Fiódor Dostoyevski

Crimen y castigo

GENIO MALIGNO

1866

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Crimen y castigo

1866

GENIO MALIGNO

Crimen y castigo, de Fiódor Dostoyevski (1866).

Traducción de Genio Maligno, hecha para la biblioteca desde el texto original, publicada bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual (CC BY-SA 4.0).

Esta es una traducción nueva de Crimen y castigo (Преступление и наказание, 1866), hecha para la biblioteca Genio Maligno directamente desde el texto original ruso, con asistencia de inteligencia artificial y revisión editorial.

Se tradujo del texto publicado en Wikisource en ruso, capítulo por capítulo, con una segunda pasada de cotejo contra el original. Se buscó un castellano neutro y literario, fiel al sentido y al tono de Dostoyevski, sin embellecer ni resumir: se conservan las repeticiones, los titubeos y los cambios de registro de los personajes, el paso del «usted» al «tú» donde lo marca el original y los diminutivos y patronímicos rusos (Rodia, Dúniechka, Rodión Románovich), explicados en nota la primera vez que aparecen, igual que las monedas, las medidas y los rangos de la época.

Las notas al pie son de esta edición. La traducción se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 (CC BY-SA 4.0): se puede copiar, modificar y compartir citando a Genio Maligno y con la misma licencia. Las dudas de traducción que quedaron abiertas están registradas y se irán resolviendo en revisiones futuras.

La obra original está en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). La traducción no es de dominio público: se puede copiar, modificar y compartir citando la fuente y bajo la misma licencia. Original de Fiódor Dostoyevski (m. 1881), en dominio público en Argentina desde el 1/1/1952. Traducción propia de Genio Maligno, hecha desde el original ruso, bajo licencia CC BY-SA 4.0.

Texto original tomado de Wikisource en ruso: https://ru.wikisource.org/wiki/Преступление_и_наказание_(Достоевский). La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Primera parte. Capítulo I

A comienzos de julio, en un tiempo extraordinariamente caluroso, al caer la tarde, un joven salió del cuartucho que les alquilaba a unos inquilinos en el callejón S... y, ya en la calle, despacio, como indeciso, se encaminó hacia el puente K...

Tuvo la suerte de no cruzarse con su casera en la escalera. Su cuartucho quedaba justo bajo el tejado de un alto edificio de cinco pisos y parecía más un armario que una vivienda. La casera, que le alquilaba ese cuartucho con comida y servicio, ocupaba una vivienda aparte un tramo de escalera más abajo, y cada vez que él salía a la calle tenía que pasar forzosamente frente a la cocina de la casera, casi siempre abierta de par en par hacia la escalera. Y cada vez, al pasar, el joven sentía una especie de sensación enfermiza y cobarde, que lo avergonzaba y lo hacía fruncir el ceño. Estaba endeudado hasta el cuello con la casera y tenía miedo de encontrársela.

No es que fuera tan cobarde y apocado; más bien todo lo contrario; pero desde hacía algún tiempo se hallaba en un estado de irritación y tensión parecido a la hipocondría. Se había ensimismado y aislado de todos hasta tal punto que temía cualquier encuentro, no solo el encuentro con la casera. Lo aplastaba la pobreza; pero hasta su situación apurada había

dejado de agobiarlo en los últimos tiempos. Había dejado por completo de ocuparse de sus asuntos más urgentes, y no quería ocuparse de ellos. En el fondo, no le tenía miedo a ninguna casera, tramara lo que tramara contra él. Pero detenerse en la escalera, oír toda clase de pamplinas sobre todas esas trivialidades cotidianas que no le importaban en lo más mínimo, todas esas exigencias de pago, amenazas, quejas, y tener que andar él mismo con rodeos, disculparse, mentir... no, mejor deslizarse de algún modo como un gato por la escalera y escabullirse sin que nadie lo viera.

Por lo demás, esta vez el miedo a encontrarse con su acreedora lo sorprendió incluso a él mismo al salir a la calle.

«¡A qué asunto quiero atreverme y, al mismo tiempo, de qué pequeñeces tengo miedo! —pensó con una sonrisa extraña—. Hm... sí... todo está en manos del hombre, y todo se le escapa delante de las narices, únicamente por cobardía... eso ya es un axioma... Es curioso: ¿qué es lo que más temen los hombres? Un paso nuevo, una palabra nueva y propia: eso es lo que más temen... Aunque, por otra parte, charlo demasiado. Por eso no hago nada: porque charlo. Aunque quizá también sea así: charlo porque no hago nada. Aprendí a charlar este último mes, tirado días enteros en un rincón y pensando... en las musarañas. Y bien, ¿a qué voy ahora? ¿Acaso soy capaz de eso? ¿Acaso es en serio? No es nada en serio. Me entretengo así, por pura fantasía; ¡juegos de niños! ¡Sí, quizá no sean más que juegos de niños!»

En la calle hacía un calor terrible, y además el bochorno, el gentío, por todas partes cal, andamios, ladrillos, polvo y ese hedor especial del verano, tan conocido por todo petersburgués que no tiene posibilidad de alquilar una dacha: todo eso sacudió de golpe, desagradablemente, los nervios ya

alterados del joven. El hedor insoportable de las tabernas, que en esa parte de la ciudad son particularmente numerosas, y los borrachos con que tropezaba a cada momento, pese a ser día de trabajo, completaron el colorido repugnante y triste del cuadro. Un sentimiento de profundísima repulsión asomó por un instante en los finos rasgos del joven. Dicho sea de paso, era notablemente apuesto, de hermosos ojos oscuros, pelo castaño oscuro, de estatura más que mediana, delgado y esbelto. Pero pronto cayó como en una profunda meditación, o, mejor dicho, como en una especie de sopor, y siguió andando sin advertir ya lo que lo rodeaba, y sin querer advertirlo. Solo de vez en cuando murmuraba algo para sí, por esa costumbre suya de los monólogos que acababa de confesarse. En ese mismo momento se daba cuenta de que a ratos sus pensamientos se embrollaban y de que estaba muy débil: hacía ya dos días que casi no comía nada.

Iba tan mal vestido que otro, aun alguien acostumbrado, se habría avergonzado de salir de día a la calle con semejantes harapos. Aunque el barrio era tal que allí costaba asombrar a nadie con la ropa. La cercanía de la Sennaia[1], la abundancia de ciertos establecimientos y la población, sobre todo de obreros y artesanos, apiñada en esas calles y callejones del centro de Petersburgo, salpicaban a veces el panorama general con tales personajes que habría sido raro asombrarse al cruzarse con cualquier figura. Pero en el alma del joven se había acumulado ya tanto desprecio rencoroso que, pese a toda su susceptibilidad, a veces muy juvenil, lo que menos le avergonzaba en la calle eran sus harapos. Otra cosa era encontrarse con algunos conocidos o con antiguos compañeros, con quienes en general no le gustaba encontrarse... Y sin embargo, cuando un borracho al que, no se

sabía por qué ni adónde, llevaban en ese momento por la calle en un carro enorme tirado por un enorme caballo de tiro, le gritó de pronto al pasar: «¡Eh, tú, sombrerero alemán!», y se puso a vociferar a todo pulmón señalándolo con la mano, el joven se detuvo de golpe y se aferró convulsivamente al sombrero. Era un sombrero alto, redondo, de Zimmermann[2], pero ya completamente gastado, rojizo de puro viejo, todo agujeros y manchas, sin ala y doblado hacia un lado en el ángulo más horroroso. Pero no fue vergüenza, sino un sentimiento muy distinto, parecido incluso al susto, lo que se apoderó de él.

—¡Lo sabía! —murmuraba, turbado—. ¡Ya lo pensaba yo! ¡Esto es lo peor de todo! ¡Una estupidez así, una pequeñez de lo más vulgar, puede echar a perder todo el plan! Sí, un sombrero demasiado llamativo... Ridículo, y por eso llamativo... Con mis harapos hace falta sin falta una gorra, aunque sea una vieja, chata como una torta, y no este adefesio. Nadie lleva sombreros así; lo notarán a una versta[3], se acordarán... lo principal es que después se acordarán, y ahí tienen un indicio. Aquí hay que llamar la atención lo menos posible... ¡Los detalles, los detalles son lo principal!... Son justamente los detalles los que siempre lo arruinan todo...

No tenía que andar mucho; sabía incluso cuántos pasos había desde el portón de su casa: exactamente setecientos treinta. Una vez los había contado, cuando se había dejado llevar demasiado por sus sueños. Por entonces ni él mismo creía todavía en esos sueños suyos y solo se irritaba con su audacia monstruosa pero seductora. Ahora, en cambio, un mes después, empezaba ya a verlo de otro modo y, a pesar de todos sus monólogos burlones sobre su propia impotencia e indecisión, se había acostumbrado, casi sin querer, a considerar el sueño «monstruoso» como

una empresa, aunque todavía no se creía a sí mismo. Ahora incluso iba a hacer un *ensayo* de su empresa, y a cada paso su agitación crecía más y más.

Con el corazón en suspenso y un temblor nervioso se acercó a un edificio enormísimo que daba con una pared al canal y con la otra a la calle... Todo el edificio estaba dividido en viviendas pequeñas y lo habitaba gente de todos los oficios: sastres, cerrajeros, cocineras, alemanes de toda clase, muchachas que vivían por su cuenta, funcionarios de poca monta, etcétera. Los que entraban y salían no paraban de escurrirse bajo los dos portones y por los dos patios de la casa. Allí trabajaban tres o cuatro porteros. El joven se alegró mucho de no encontrarse con ninguno de ellos y, sin que lo vieran, se deslizó enseguida desde el portón a la derecha, hacia la escalera. La escalera era oscura y estrecha, «de servicio», pero él ya lo sabía y lo había estudiado todo, y todo aquel ambiente le gustaba: en semejante oscuridad, ni siquiera una mirada curiosa era peligrosa. «Si ya ahora tengo tanto miedo, ¿qué pasaría si de verdad, de algún modo, se diera el caso de llegar hasta el *asunto* mismo?...», pensó sin querer mientras subía al cuarto piso. Allí le cerraron el paso unos soldados retirados que hacían de cargadores y sacaban muebles de una vivienda. Ya sabía de antes que en esa vivienda vivía un alemán con familia, un funcionario: «De modo que este alemán se muda ahora y, por lo tanto, en el cuarto piso, en esta escalera y en este rellano, queda por un tiempo ocupada solo la vivienda de la vieja. Esto está bien... por si acaso...», pensó otra vez, y llamó a la puerta de la vieja. La campanilla tintineó débilmente, como si fuera de hojalata y no de cobre. En las viviendas pequeñas de casas así, casi todas las campanillas son de esas. Ya había olvidado el sonido de esa campanilla, y ahora ese sonido peculiar pareció de pronto recordarle algo y hacérselo ver con claridad... Se

estremeció entero: esta vez tenía los nervios demasiado débiles. Al poco rato la puerta se entreabrió apenas una rendija diminuta: la inquilina observaba por la rendija al recién llegado con evidente desconfianza, y solo se le veían los ojillos, que brillaban en la oscuridad. Pero al ver a mucha gente en el rellano, se animó y abrió del todo. El joven cruzó el umbral y entró en un recibidor oscuro dividido por un tabique, detrás del cual había una cocina diminuta. La vieja estaba de pie ante él en silencio y lo miraba con aire interrogante. Era una viejecilla diminuta y reseca, de unos sesenta años, de ojillos agudos y malignos, con una naricita puntiaguda, y con la cabeza descubierta. Su pelo, de un rubio desvaído, apenas encanecido, estaba untado de aceite en abundancia. Alrededor del cuello, largo y delgado, parecido a una pata de gallina, llevaba enrollado un trapo de franela, y sobre los hombros, a pesar del calor, le colgaba una chaquetilla de piel, toda raída y amarillenta. La viejecilla tosía y gemía a cada momento. El joven debió de mirarla de un modo especial, porque en los ojos de ella volvió a asomar de pronto la desconfianza de antes.

—Raskólnikov, estudiante, estuve en su casa hace un mes —se apresuró a farfullar el joven con una media reverencia, recordando que tenía que ser más amable.

—Lo recuerdo, padrecito[4], recuerdo muy bien que estuvo —dijo con claridad la viejecita, sin apartar de su cara, como antes, sus ojos inquisitivos.

—Pues verá usted... vengo otra vez, por un asuntillo del mismo tipo... —prosiguió Raskólnikov, algo turbado y sorprendido por la desconfianza de la vieja.

«Aunque quizá siempre sea así y aquella vez no me fijé», pensó con

una sensación desagradable.

La vieja guardó silencio, como pensativa; luego se hizo a un lado y, señalando la puerta de la habitación, dijo, dejando pasar primero al visitante:

—Pase, padrecito.

La pequeña habitación en la que entró el joven, con papel pintado amarillo, geranios y cortinas de muselina en las ventanas, estaba en ese momento vivamente iluminada por el sol poniente. «¡Y *entonces*, por lo visto, el sol brillará igual!...», cruzó como por casualidad la mente de Raskólnikov, y con una mirada rápida recorrió todo lo que había en la habitación, para estudiar y recordar en lo posible la disposición. Pero en la habitación no había nada de particular. Los muebles, todos muy viejos y de madera amarilla, consistían en un sofá con un enorme respaldo curvo de madera, una mesa redonda de forma ovalada delante del sofá, un tocador con un espejito en el entrepaño, sillas a lo largo de las paredes y dos o tres cuadritos baratos con marcos amarillos que representaban a señoritas alemanas con pájaros en las manos: esos eran todos los muebles. En un rincón, ante un pequeño icono, ardía una lamparilla. Todo estaba muy limpio: los muebles y los suelos estaban frotados hasta sacarles brillo; todo relucía. «Obra de Lizaveta», pensó el joven. No se habría encontrado una mota de polvo en toda la vivienda. «Esta limpieza se da en las viudas malas y viejas», siguió diciéndose Raskólnikov, y miró de reojo, con curiosidad, la cortina de percal que había delante de la puerta de la segunda habitación, diminuta, donde estaban la cama y la cómoda de la vieja y donde él no se había asomado nunca. Toda la vivienda consistía en esas dos habitaciones.

—¿Qué desea? —dijo con severidad la viejecilla, entrando en la

habitación y plantándose como antes justo delante de él, para mirarlo directamente a la cara.

—Le traigo algo para empeñar, ¡aquí está! —Y sacó del bolsillo un viejo reloj de plata, plano. En la tapa trasera tenía grabado un globo terráqueo. La cadena era de acero.

—Pero si la prenda anterior también ha vencido. Anteayer se cumplió el mes.

—Le pagaré los intereses de otro mes; tenga paciencia.

—Eso depende de mi buena voluntad, padrecito: tener paciencia o vender su objeto ahora mismo.

—¿Cuánto me da por el reloj, Aliona Ivánovna[5]?

—Lo que trae no son más que naderías, padrecito; no vale casi nada. Por el anillito le di la otra vez dos billetitos de un rublo, y nuevo se puede comprar en la joyería por un rublo y medio.

—Deme unos cuatro rublos, que lo desempeñaré; era de mi padre. Pronto recibiré dinero.

—Un rublo y medio, y el interés por adelantado, si usted gusta.

—¡Un rublo y medio! —exclamó el joven.

—Como guste. —Y la vieja le tendió el reloj de vuelta. El joven lo tomó y se enojó tanto que ya iba a marcharse; pero enseguida lo pensó mejor, al recordar que no tenía adónde más ir y que además había venido por otra cosa.

—¡Deme el dinero! —dijo con rudeza.

La vieja metió la mano en el bolsillo buscando las llaves y pasó a la otra habitación, detrás de las cortinas. El joven, que se quedó solo en medio de la habitación, escuchaba con curiosidad y hacía cálculos. Se oyó cómo

abría la cómoda. «Debe de ser el cajón de arriba —calculaba él—. O sea que las llaves las lleva en el bolsillo derecho... Todas en un solo manojo, en una argolla de acero... Y hay una llave más grande que todas, tres veces más, con el paletón dentado, que no es de la cómoda, claro... O sea que hay además algún cofrecito, o un baúl... Esto es interesante. Los baúles tienen todos llaves así... Aunque, qué vil es todo esto...»

La vieja volvió.

—Aquí tiene, padrecito: a razón de una grivna[6] por rublo al mes, por un rublo y medio le corresponden quince kopeks, por un mes adelantado. Y por los dos rublos de antes le corresponden además, según la misma cuenta, veinte kopeks por adelantado. En total, entonces, treinta y cinco. De modo que ahora le toca recibir por su reloj, en total, un rublo con quince kopeks. Tome usted.

—¡Cómo! ¡Así que ahora es un rublo con quince kopeks!

—Así es, señor.

El joven no discutió y tomó el dinero. Miraba a la vieja y no se apresuraba a irse, como si aún quisiera decir o hacer algo, pero como si él mismo no supiera qué exactamente...

—Quizá le traiga, Aliona Ivánovna, uno de estos días, otro objeto... de plata... bueno... una pitillera... en cuanto me la devuelva un amigo... —Se turbó y se calló.

—Entonces hablaremos, padrecito.

—Adiós... ¿Y usted siempre está sola en casa? ¿Su hermanita no está? —preguntó con toda la desenvoltura que pudo, saliendo al recibidor.

—¿Y a usted qué le importa ella, padrecito?

—Nada en particular. Solo preguntaba. Usted enseguida... ¡Adiós,

Aliona Ivánovna!

Raskólnikov salió decididamente turbado. Esa turbación iba en aumento. Al bajar la escalera, incluso se detuvo varias veces, como si algo lo hubiera golpeado de pronto. Y por fin, ya en la calle, exclamó:

«¡Oh, Dios! ¡Qué repugnante es todo esto! ¿Y es posible, es posible que yo... no, es absurdo, es un disparate! —añadió con decisión—. ¿Y es posible que se me haya ocurrido semejante horror? ¡De qué inmundicia es capaz mi corazón, sin embargo! Lo principal: ¡es sucio, asqueroso, repugnante, repugnante!... Y yo, todo un mes...»

Pero no podía expresar con palabras ni con exclamaciones su agitación. El sentimiento de infinita repugnancia, que había empezado a oprimirle y a revolverle el corazón ya cuando apenas iba hacia la casa de la vieja, había alcanzado ahora tal magnitud y se había vuelto tan nítido que no sabía dónde meterse con su angustia. Iba por la acera como un borracho, sin ver a los transeúntes y chocando con ellos, y volvió en sí ya en la calle siguiente. Al mirar alrededor, advirtió que estaba junto a una taberna a la que se entraba desde la acera bajando una escalera, a un sótano. De la puerta, justo en ese momento, salían dos borrachos que, sosteniéndose e insultándose el uno al otro, subían a la calle. Sin pensarlo mucho, Raskólnikov bajó enseguida. Hasta entonces nunca había entrado en una taberna, pero ahora la cabeza le daba vueltas y además lo atormentaba una sed abrasadora. Le dieron ganas de beber una cerveza fría, tanto más cuanto que atribuía su repentina debilidad también al hambre. Se sentó en un rincón oscuro y sucio, ante una mesita pegajosa, pidió cerveza y se bebió con avidez el primer vaso. Al instante todo se le alivió y sus pensamientos se aclararon. «Todo esto es absurdo —se dijo esperanzado—, ¡y no había

por qué turbarse! ¡Un simple trastorno físico! Un vaso de cerveza, un mendrugo de pan seco, y en un instante se fortalece la mente, se aclara el pensamiento, se afirman las intenciones! ¡Bah, qué insignificante es todo esto!...» Pero, a pesar de ese escupitajo de desprecio, ya miraba con alegría, como si de pronto se hubiera librado de una carga terrible, y paseó una mirada amistosa por los presentes. Pero incluso en ese momento presentía vagamente que toda esa disposición favorable también era enfermiza.

En la taberna quedaba a esa hora poca gente. Además de los dos borrachos con que se había cruzado en la escalera, detrás de ellos había salido de golpe toda una pandilla, unas cinco personas, con una moza y un acordeón. Después de que se fueron, todo quedó tranquilo y espacioso. Se quedaron: uno algo bebido, aunque no mucho, sentado ante su cerveza, con aspecto de mieshchanín[7]; su compañero, gordo, enorme, con un caftán corto y barba canosa, muy borracho, que se había adormilado en el banco y de vez en cuando, de repente, como en sueños, empezaba a chasquear los dedos con los brazos abiertos y a dar saltitos con la parte superior del cuerpo, sin levantarse del banco, mientras canturreaba una tontería, esforzándose por recordar unos versos, del tipo:

Un año a mi mujer mimé,
Un a-ño a mi mu-jer mi-mé...

O de pronto, despertándose, otra vez:

Por la Podiácheskaia pasé,
A mi antigua me encontré...

Pero nadie compartía su felicidad; su taciturno compañero miraba todos esos arrebatos incluso con hostilidad y desconfianza. Había allí también otro hombre, que por su aspecto parecía un funcionario retirado.

Estaba sentado aparte, ante su botellita, bebiendo de vez en cuando y mirando alrededor. También él parecía algo agitado.

Notas

1. La plaza Sennaia (del Heno), mercado popular de San Petersburgo rodeado de tabernas, casas de vecindad baratas y prostíbulos.

2. Zimmermann era una conocida sombrerería de San Petersburgo.

3. Versta: antigua medida rusa de longitud, algo más de un kilómetro.

4. Padrecito (*bátiushka*): tratamiento familiar y respetuoso, muy usado por la gente del pueblo para dirigirse a un hombre.

5. Los rusos se tratan con cortesía por el nombre y el patronímico, formado con el nombre del padre (Iván → Ivánovna, «hija de Iván»; Román → Románovich, «hijo de Román»).

6. Grivna: diez kopeks. Cien kopeks hacen un rublo.

7. Mieshchanín: miembro del estamento urbano bajo de la Rusia imperial (pequeños comerciantes, artesanos).

Primera parte. Capítulo II

Raskólnikov no estaba acostumbrado a la multitud y, como ya se ha dicho, huía de toda compañía, sobre todo en los últimos tiempos. Pero ahora algo lo atrajo de pronto hacia la gente. Algo nuevo parecía estar ocurriendo en él, y al mismo tiempo sintió una especie de sed de gente. Estaba tan cansado de todo un mes de aquella angustia concentrada y de aquella sombría excitación que quería respirar, aunque fuera un minuto, en otro mundo, el que fuera, y, a pesar de toda la suciedad del ambiente, ahora se quedaba con gusto en la taberna.

El dueño del local estaba en otra habitación, pero entraba a menudo en la principal, bajando a ella desde algún sitio por unos escalones, y lo primero que asomaba eran sus elegantes botas engrasadas, con grandes vueltas rojas. Llevaba un caftán de paño y un chaleco de raso negro terriblemente grasiento, sin corbata, y toda la cara la tenía como untada de aceite, igual que un candado de hierro. Detrás del mostrador había un muchacho de unos catorce años, y había otro más joven que servía cuando se pedía algo. Había pepinos picados, pan negro tostado y pescado cortado en trocitos; todo olía muy mal. Hacía tanto bochorno que resultaba hasta insoportable estar sentado, y todo estaba tan impregnado de olor a

aguardiente que parecía que con solo respirar aquel aire uno podía emborracharse en cinco minutos.

Hay encuentros, incluso con personas que nos son totalmente desconocidas, por las que empezamos a interesarnos desde la primera mirada, así, de pronto, de repente, antes de cruzar una palabra. Exactamente esa impresión le produjo a Raskólnikov aquel parroquiano que estaba sentado aparte y parecía un funcionario retirado. El joven recordó luego varias veces esa primera impresión y hasta la atribuyó a un presentimiento. No dejaba de mirar al funcionario, desde luego también porque el otro lo miraba a él con insistencia, y se notaba que tenía muchas ganas de entablar conversación. A los demás que estaban en la taberna, sin excluir al dueño, el funcionario los miraba con una especie de costumbre y hasta con hastío, y a la vez con un matiz de altivo desdén, como a gente de condición y cultura inferiores con la que no tenía nada que hablar. Era un hombre que ya pasaba de los cincuenta, de estatura mediana y complexión robusta, entrecano y con una gran calva, con la cara amarilla, hasta verdosa, hinchada por la bebida constante, y con los párpados abotagados, tras los cuales brillaban unos ojillos enrojecidos, diminutos como rendijas, pero llenos de vida. Pero había en él algo muy extraño; en su mirada parecía brillar incluso cierto entusiasmo —quizá había en ella también sentido e inteligencia—, pero al mismo tiempo parecía asomar la locura. Vestía un viejo frac negro, completamente andrajoso, al que se le habían caído los botones. Solo uno se sostenía todavía a duras penas, y con ese se lo abrochaba, deseando por lo visto no apartarse del decoro. Por debajo del chaleco de nanquín asomaba una pechera toda arrugada, sucia y manchada. Tenía la cara afeitada, a la manera de los funcionarios, pero

hacía ya mucho, de modo que empezaba a despuntar espesa una barba gris azulada. Y en sus modales había, en efecto, algo de sólida compostura de funcionario. Pero estaba intranquilo, se revolvía el pelo y a veces, angustiado, se sostenía la cabeza con ambas manos, apoyando los codos agujereados en la mesa mojada y pegajosa. Por fin miró directamente a Raskólnikov y dijo en voz alta y firme:

—¿Me atrevería, muy señor mío, a dirigirle a usted una conversación decorosa? Pues, aunque su aspecto no sea muy distinguido, mi experiencia distingue en usted a un hombre instruido y no acostumbrado a la bebida. Yo mismo siempre he respetado la instrucción unida a los sentimientos del corazón, y además soy consejero titular[1]. Marmeládov: tal es mi apellido; consejero titular. ¿Me atrevo a preguntarle si se ha dignado usted servir en la administración?

—No, estudio... —respondió el joven, algo sorprendido tanto por el tono peculiar y rebuscado de aquel discurso como por que se dirigieran a él tan directamente, a quemarropa. A pesar de su reciente y momentáneo deseo de compañía humana, la que fuera, a la primera palabra que efectivamente le dirigieron sintió de pronto su habitual sensación, desagradable e irritada, de repulsión hacia cualquier persona ajena que tocara o solo quisiera tocar su persona.

—¡Estudiante, entonces, o ex estudiante! —exclamó el funcionario—. ¡Ya lo pensaba yo! ¡La experiencia, muy señor mío, la reiterada experiencia! —Y en señal de jactancia se llevó un dedo a la frente—. ¡Ha sido usted estudiante o ha cursado la carrera de las ciencias! Pero permítame... —Se incorporó, se tambaleó, agarró su botellita, su vasito, y se sentó junto al joven, un poco en diagonal respecto de él. Estaba borracho, pero hablaba

con soltura y desparpajo, aunque de vez en cuando se trabucaba un poco aquí y allá y alargaba las palabras. Se abalanzó sobre Raskólnikov con una especie de avidez, como si también él llevara un mes entero sin hablar con nadie.

—Muy señor mío —empezó casi con solemnidad—, la pobreza no es un vicio, esa es una verdad. Sé que tampoco la embriaguez es una virtud, y eso todavía más. Pero la miseria, muy señor mío, la miseria sí es un vicio, señor. En la pobreza todavía conserva usted la nobleza de sus sentimientos innatos; en la miseria, en cambio, nunca y nadie. Por la miseria a uno ni siquiera lo echan a palos, sino que lo barren con la escoba de la compañía humana, para que resulte todavía más humillante; y con razón, pues en la miseria yo soy el primero en estar dispuesto a humillarme a mí mismo. ¡Y de ahí, la bebida! Muy señor mío, hace un mes el señor Lebeziátnikov le dio una paliza a mi esposa, ¡y mi esposa no es como yo! ¿Entiende usted, señor? Permítame preguntarle además, así, aunque sea a modo de simple curiosidad: ¿se ha dignado usted pasar la noche en el Neva, en las barcazas de heno?

—No, no se me ha dado el caso —respondió Raskólnikov—. ¿Qué es eso?

—Pues yo vengo de allí, señor, y ya es la quinta noche...

Se sirvió un vasito, lo bebió y se quedó pensativo. En efecto, en su ropa y hasta en el pelo se veían aquí y allá briznas de heno pegadas. Era muy probable que llevara cinco días sin desvestirse ni lavarse. Sobre todo las manos estaban sucias, grasientas, rojas, con las uñas negras.

Su conversación pareció despertar una atención general, aunque perezosa. Los muchachos del mostrador empezaron a soltar risitas. El

dueño, al parecer, había bajado a propósito de la habitación de arriba para escuchar al «gracioso», y se sentó a cierta distancia, bostezando con pereza pero con importancia. Era evidente que a Marmeládov lo conocían allí desde hacía tiempo. Y la inclinación al discurso rebuscado la había adquirido probablemente por la costumbre de sus frecuentes conversaciones de tasca con distintos desconocidos. Esa costumbre se convierte en algunos bebedores en una necesidad, sobre todo en aquellos a quienes en casa tratan con severidad y mangonean. Por eso, en compañía de bebedores, siempre procuran conseguirse una justificación y, si es posible, hasta respeto.

—¡Gracioso! —dijo en voz alta el dueño—. ¿Y por qué no trabajas? ¿Por qué no está en el servicio, si es funcionario?

—Por qué no estoy en el servicio, muy señor mío —replicó Marmeládov, dirigiéndose exclusivamente a Raskólnikov, como si hubiera sido él quien le hizo la pregunta—, ¿por qué no estoy en el servicio? ¿Y acaso no me duele el corazón por arrastrarme en vano? Cuando el señor Lebeziátnikov, hace un mes, le pegó a mi esposa con sus propias manos, y yo estaba tirado, borrachito, ¿acaso no sufría? Permítame, joven, ¿le ha ocurrido alguna vez... hm... bueno, aunque sea pedir dinero prestado sin esperanza?

—Me ha ocurrido... es decir, ¿cómo sin esperanza?

—Es decir, sin ninguna esperanza, señor, sabiendo de antemano que de ello no saldrá nada. Pongamos por caso que usted sabe de antemano y a ciencia cierta que este hombre, este ciudadano bienintencionadísimo y utilísimo, no le dará dinero por nada del mundo, pues ¿por qué, pregunto yo, habría de dárselo? Si sabe muy bien que no se lo devolveré. ¿Por

compasión? Pero el señor Lebeziátnikov, que sigue las ideas nuevas, explicaba el otro día que la compasión, en nuestra época, está prohibida incluso por la ciencia, y que así se hace ya en Inglaterra, donde está la economía política. ¿Por qué, pregunto yo, habría de dármelo? Y he aquí que, sabiendo de antemano que no le dará nada, usted, sin embargo, se pone en camino y...

—¿Y para qué ir? —añadió Raskólnikov.

—¡Y si no hay a quién acudir, si no queda adónde ir! Porque es preciso que todo hombre tenga al menos algún lugar adonde poder ir. ¡Pues hay momentos en que es absolutamente necesario ir a alguna parte, adonde sea! Cuando mi hija unigénita salió por primera vez con la cartilla amarilla[2], yo también fui entonces... (pues mi hija vive con la cartilla amarilla, señor...) —añadió entre paréntesis, mirando al joven con cierta inquietud—. ¡No es nada, muy señor mío, no es nada! —se apresuró a declarar enseguida, al parecer con calma, cuando los dos muchachos del mostrador soltaron una risotada y hasta el dueño sonrió—. ¡No es nada, señor! No me turban esos meneos de cabeza, pues ya todos lo saben todo, y todo lo oculto sale a la luz; y no lo tomo con desprecio, sino con humildad. ¡Que sea así! ¡Que sea así! «¡He aquí el hombre!» Permítame, joven: ¿puede usted...? Pero no, diré de un modo más enérgico y más gráfico: no si puede usted, sino si se atreve usted, contemplándome en esta hora, a afirmar que no soy un cerdo.

El joven no respondió una palabra.

—Bien, señor —continuó el orador, después de esperar con aplomo, y esta vez hasta con redoblada dignidad, a que pasaran las risitas que volvieron a oírse en la habitación—. Bien, señor: que yo sea un cerdo, ¡pero ella es una dama! Yo tengo imagen de bestia, pero Katerina Ivánovna, mi

esposa, es una persona instruida, hija de un oficial superior[3] por nacimiento. Que yo sea un canalla, sea; ella, en cambio, está llena de un corazón elevado y de sentimientos ennoblecidos por la educación. Y sin embargo... ¡oh, si ella me compadeciera! Muy señor mío, muy señor mío, ¡es preciso que todo hombre tenga al menos un lugar donde también a él lo compadezcan! Pero Katerina Ivánovna, aunque es una dama generosa, es injusta... Y aunque yo mismo entiendo que, cuando me tira de los pelos, no lo hace sino por la compasión de su corazón (pues, lo repito sin turbarme, me tira de los pelos, joven —confirmó con redoblada dignidad, al oír otra vez las risitas—), pero, Dios mío, si ella aunque fuera una sola vez... ¡Pero no! ¡No! Todo esto es en vano, ¡y no hay nada que decir! ¡No hay nada que decir!... pues más de una vez se ha cumplido lo deseado, y más de una vez me han compadecido, pero... así es mi natural, ¡y soy un bruto nato!

—¡Faltaría más! —observó el dueño, bostezando.

Marmeládov dio un puñetazo resuelto en la mesa.

—¡Así es mi natural! ¿Sabe usted, sabe usted, señor mío, que hasta sus medias me he bebido? No los zapatos, señor, que eso todavía se parecería en algo al orden de las cosas, ¡sino las medias, sus medias me he bebido, señor! Su pañoleta de lana de cabra también me la bebí, una que le habían regalado, de antes, suya propia, no mía; y vivimos en un rincón frío, y este invierno ella se resfrió y empezó a toser, ya con sangre. Hijos pequeños tenemos tres, y Katerina Ivánovna trabaja de la mañana a la noche, friega y lava y baña a los niños, pues desde chiquita está acostumbrada a la limpieza, y con el pecho débil e inclinado a la tisis, y yo lo siento. ¿Acaso no lo siento? Y cuanto más bebo, más lo siento. Para eso bebo, porque en la

bebida busco compasión y sentimiento. No busco alegría, sino solo aflicción... ¡Bebo porque quiero sufrir doblemente! —Y, como desesperado, inclinó la cabeza sobre la mesa.

—Joven —prosiguió, enderezándose de nuevo—, en su rostro leo como cierta aflicción. En cuanto entró, la leí, y por eso me dirigí a usted enseguida. Pues, al comunicarle la historia de mi vida, no quiero exponerme a la vergüenza ante estos holgazanes, que de todos modos lo saben todo, sino que busco a un hombre sensible e instruido. Sepa, pues, que mi esposa se educó en un noble instituto provincial para hijas de la nobleza y que, en la ceremonia de graduación, bailó la danza del chal ante el gobernador y otras personalidades, por lo cual recibió una medalla de oro y un diploma de honor. La medalla... bueno, la medalla la vendimos... hace ya mucho... hm... el diploma de honor todavía lo tienen en el baúl, y no hace mucho se lo mostró a la casera. Y aunque con la casera tiene las más incesantes desavenencias, quiso enorgullecerse ante alguien, quien fuera, y contarle sus felices días pasados. Y no la juzgo, no la juzgo, pues es lo último que le ha quedado en sus recuerdos, ¡y todo lo demás se ha hecho polvo! Sí, sí; es una dama ardiente, orgullosa e inflexible. Ella misma friega el suelo y vive a pan negro, pero no consentirá que le falten al respeto. Por eso no quiso pasarle por alto su grosería al señor Lebeziátnikov, y cuando el señor Lebeziátnikov le pegó por eso, cayó en cama, no tanto por los golpes como por el sentimiento. La tomé ya viuda, con tres hijos, a cuál más pequeño. Se casó con su primer marido, un oficial de infantería, por amor, y huyó con él de la casa paterna. Amaba desmedidamente a su marido, pero él se dio a las cartas, fue llevado a juicio y así murió. Hacia el final le pegaba; y ella, aunque no se lo dejaba pasar, cosa que me consta fehacientemente y

por documentos, hasta hoy lo recuerda con lágrimas y me lo echa en cara, y yo me alegro, me alegro, pues al menos en sus imaginaciones se ve feliz alguna vez. Y se quedó ella, después de él, con tres hijos pequeños en un distrito lejano y salvaje, donde yo también me encontraba entonces, y se quedó en una miseria tan desesperada que yo, aunque he visto muchas aventuras de toda clase, no soy capaz siquiera de describirla. Los parientes, todos, renegaron de ella. Y además era orgullosa, demasiado orgullosa... Y fue entonces, muy señor mío, entonces cuando yo, viudo también, y con una hija de catorce años de mi primera mujer, le ofrecí mi mano, pues no podía ver semejante sufrimiento. Puede juzgar por eso hasta qué grado llegaban sus desgracias, ¡que ella, instruida y educada y de familia conocida, consintió en casarse conmigo! ¡Pero se casó! ¡Llorando y sollozando y retorciéndose las manos, se casó! Pues no tenía adónde ir. ¿Entiende usted, entiende usted, muy señor mío, lo que significa no tener ya adónde ir? ¡No! Eso usted todavía no lo entiende... Y durante un año entero cumplí mi deber piadosa y santamente, y no toqué esto (señaló con el dedo la media botella[4]), pues tengo sentimientos. Pero ni con eso pude complacerla; y entonces perdí el empleo, y tampoco por culpa mía, sino por un cambio en la plantilla, ¡y entonces sí que lo toqué!... Hará ya año y medio que fuimos a parar por fin, tras peregrinaciones y numerosas desgracias, a esta magnífica capital, adornada con numerosos monumentos. Y aquí conseguí un empleo... Lo conseguí y volví a perderlo. ¿Entiende usted, señor? Esta vez lo perdí por mi propia culpa, pues asomó mi natural... Vivimos ahora en un rincón, en casa de la casera Amalia Fiódorovna Lippewechsel, y de qué vivimos y con qué pagamos, no lo sé. Viven allí muchos más, además de nosotros... Una Sodoma, señor, de lo

más monstruosa... hm... sí... Y mientras tanto creció mi hija, la del primer matrimonio, y lo que soportó, mi hija, de su madrastra mientras crecía, eso me lo callo. Pues aunque Katerina Ivánovna está llena de sentimientos generosos, es una dama ardiente e irritable, y salta... ¡Sí, señor! ¡Pero no hay por qué recordarlo! Educación, como puede imaginarse, Sonia[5] no recibió. Intenté, hará unos cuatro años, estudiar con ella geografía e historia universal; pero como yo mismo no era firme en esos conocimientos, y tampoco teníamos manuales adecuados, pues los libritos que teníamos... ¡hm!... bueno, ya no están, esos libritos, ahí terminó toda la enseñanza. Nos quedamos en Ciro el Persa. Después, ya llegada a la edad madura, leyó algunos libros de contenido novelesco, y no hace mucho, por mediación del señor Lebeziátnikov, un librito, la «Fisiología» de Lewes[6], ¿lo conoce usted, señor?, lo leyó con gran interés y hasta nos leyó fragmentos en voz alta: esa es toda su ilustración. Y ahora me dirigiré a usted, muy señor mío, por mi cuenta, con una pregunta privada: ¿cuánto puede ganar, a su juicio, una muchacha pobre pero honrada con su trabajo honrado?... ¡No gana quince kopeks al día, señor, si es honrada y no tiene talentos especiales, y eso trabajando sin descanso! Y aun así, el consejero de Estado[7] Klopstock, Iván Ivánovich, ¿ha oído hablar de él?, no solo no le ha pagado hasta hoy la costura de media docena de camisas de holanda, sino que encima la echó ofendido, pateando el suelo y llamándola de mala manera, con el pretexto de que el cuello de la camisa estaba cosido fuera de medida y torcido. Y los chiquillos con hambre... Y Katerina Ivánovna recorriendo la habitación retorciéndose las manos, con esas manchas rojas que le salen en las mejillas, como siempre pasa en esa enfermedad: «Vives aquí con nosotros, holgazana, comes y bebes y disfrutas del calor», ¡y qué vas a comer y beber,

si hasta los chiquillos se pasan tres días sin ver una corteza! Yo estaba tirado entonces... ¡bueno, qué más da!, estaba tirado, borrachito, señor, y oigo que dice mi Sonia (no replica nunca, y tiene una vocecita tan dulce... rubita, la carita siempre pálida, delgadita), dice: «¿Y qué, Katerina Ivánovna, de veras tengo que hacer eso?». Y ya Daria Frántsevna, una mujer malintencionada y muchas veces conocida por la policía, había venido a preguntar unas tres veces a través de la casera. «¿Y qué? —responde Katerina Ivánovna, con burla—. ¿Qué hay que cuidar? ¡Vaya tesoro!» ¡Pero no la culpe, no la culpe, muy señor mío, no la culpe! No lo dijo en su sano juicio, sino con los sentimientos alterados, enferma y con los niños llorando sin haber comido, y lo dijo más por ofender que en sentido literal... Pues Katerina Ivánovna tiene ese carácter, y en cuanto los niños se echan a llorar, aunque sea de hambre, enseguida empieza a pegarles. Y veo que, pasadas las cinco, Sóniechka se levantó, se puso el pañuelo, se puso la capita y salió del piso, y pasadas las ocho volvió. Llegó y fue derecho hacia Katerina Ivánovna, y en silencio le puso en la mesa treinta rublos de plata[8]. Ni una palabra dijo, ni siquiera la miró; solo tomó nuestro gran chal verde de drap de dames[9] (tenemos un chal así, de uso común, de drap de dames), se cubrió con él toda la cabeza y la cara y se acostó en la cama, de cara a la pared; solo los hombritos y todo el cuerpo le temblaban... Y yo, como antes, estaba tirado en el mismo estado, señor... Y vi entonces, joven, vi cómo después Katerina Ivánovna, también sin decir palabra, se acercó a la camita de Sóniechka y se pasó toda la tarde de rodillas a sus pies, besándole los pies, sin querer levantarse, y luego así se durmieron las dos juntas, abrazadas... las dos... las dos... sí, señor... y yo... estaba tirado, borrachito, señor.

Marmeládov se calló, como si se le hubiera quebrado la voz. Luego, de pronto, se sirvió deprisa, bebió y carraspeó.

—Desde entonces, señor mío —prosiguió tras un silencio—, desde entonces, por un caso desafortunado y por la denuncia de personas malintencionadas —a lo cual contribuyó especialmente Daria Frántsevna, porque supuestamente no se le había mostrado el debido respeto—, desde entonces mi hija, Sofía Semiónovna, se vio obligada a sacar la cartilla amarilla, y por esa razón ya no pudo seguir viviendo con nosotros. Pues la casera, Amalia Fiódorovna, no quiso consentirlo (y eso que antes ella misma había ayudado a Daria Frántsevna), y también el señor Lebeziátnikov... hm... Fue justamente por Sonia que tuvo él aquel incidente con Katerina Ivánovna. Al principio él mismo pretendía a Sóniechka, y de pronto se le subieron los humos: «¿Cómo? ¿Un hombre tan ilustrado como yo va a vivir en el mismo piso con una de esas?». Y Katerina Ivánovna no se lo dejó pasar, salió en su defensa... y pasó lo que pasó... Y ahora Sóniechka viene a vernos más bien al anochecer, y alivia a Katerina Ivánovna, y aporta los medios que puede. Vive en casa del sastre Kapernaúmov, les alquila una habitación, y Kapernaúmov es cojo y tartamudo, y toda su numerosísima familia también es tartamuda. Y su mujer también es tartamuda... Viven todos en una habitación, y Sonia tiene la suya aparte, con un tabique... Hm, sí... Gente pobrísima y tartamuda... sí... Solo que entonces me levanté por la mañana, señor, me puse mis harapos, alcé las manos al cielo y fui a ver a Su Excelencia Iván Afanásievich. ¿Conoce usted a Su Excelencia Iván Afanásievich?... ¿No? ¡Pues no conoce usted a un hombre de Dios! Es cera... cera ante la faz del Señor; ¡como se derrite la cera!... Hasta se le saltaron las lágrimas cuando se

dignó escucharlo todo. «Bueno, Marmeládov —dijo—, ya una vez defraudaste mis esperanzas... Te tomo una vez más bajo mi responsabilidad personal —así lo dijo—; acuérdate, ¡y vete!». Besé el polvo de sus pies, en pensamiento, pues en realidad no lo habría permitido, siendo un dignatario y hombre de ideas nuevas, estatales e ilustradas; volví a casa, y cuando anuncié que me habían readmitido en el servicio y que cobraría sueldo, ¡qué fue aquello!...

Marmeládov volvió a detenerse, muy agitado. En ese momento entró de la calle todo un grupo de borrachos, ya bastante borrachos de por sí, y en la entrada sonaron un organillo alquilado y la vocecita cascada de un niño de siete años que cantaba «El caserío»[10]. Se armó bullicio. El dueño y los mozos se ocuparon de los recién llegados. Marmeládov, sin prestar atención a los que entraban, siguió con su relato. Parecía ya muy debilitado, pero cuanto más se emborrachaba, más locuaz se volvía. Los recuerdos de su reciente éxito en el servicio parecían reanimarlo y hasta se le reflejaron en el rostro como un resplandor. Raskólnikov escuchaba con atención.

—Fue eso, señor mío, hace cinco semanas. Sí... En cuanto se enteraron las dos, Katerina Ivánovna y Sóniechka, Señor, fue como si me hubiera mudado al reino de Dios. Antes, me quedaba tirado como un bruto, ¡y solo insultos! Y ahora: andan de puntillas, hacen callar a los niños: «Semión Zajárych[11] está cansado del servicio, está descansando, ¡chis!». ¡Me dan café antes de ir al servicio, hierven crema! ¡Empezaron a conseguir crema de verdad, fíjese! Y de dónde juntaron para un equipo decente, once rublos con cincuenta kopeks, no lo entiendo. Botas, pecheras de percal, magníficas, el uniforme, todo lo arreglaron por once y medio de la manera

más espléndida, señor. Llego del servicio el primer día por la mañana, y veo: Katerina Ivánovna ha preparado dos platos, sopa y carne en salazón con rábano picante, cosa de la que hasta entonces ni idea se tenía. Vestidos no tiene ninguno... lo que se dice ninguno, señor, y de pronto, como si fuera de visita, se arregló, y no es que tuviera algo especial, sino que, de la nada, saben hacerlo todo: se peinan, un cuellito limpio cualquiera, unos puñitos, y resulta otra persona completamente, y se ha rejuvenecido y se ha puesto más guapa. Sóniechka, palomita mía, solo contribuía con dinero, y ella misma, dice, ahora, por un tiempo, no conviene que venga a menudo, a no ser al anochecer, para que nadie la vea. ¿Oye usted, oye usted? Fui a echarme una siesta después de comer, y qué cree usted: no se aguantó Katerina Ivánovna: una semana antes se había peleado de la peor manera con la casera, con Amalia Fiódorovna, y ahora la invitó a una taza de café. Se pasaron dos horas sentadas, y cuchicheando todo el tiempo: «Que ahora Semión Zajárych está en el servicio y cobra un sueldo, y que se presentó él mismo ante Su Excelencia, y que Su Excelencia salió en persona, mandó a todos que esperaran, y a Semión Zajárych lo llevó de la mano a su despacho, por delante de todos». ¿Oye usted, oye usted? «Yo, desde luego, Semión Zajárych —dice—, recordando sus méritos, y aunque usted se ha entregado a esa frívola debilidad, como ahora promete, y como además sin usted las cosas nos han ido mal (¡oiga, oiga!), confío —dice— en su palabra de honor», es decir, todo esto, le diré, se lo inventó, ¡y no por ligereza, solo por jactarse, señor! No, señor, ella misma se lo cree todo, se consuela con su propia imaginación, ¡palabra de Dios, señor! Y no la juzgo: ¡no, eso no lo juzgo!... Y cuando, hace seis días, traje mi primer sueldo —veintitrés rublos con cuarenta kopeks— entero, me llamó chiquitín:

«¡Chiquitín, eso es lo que eres!», me dijo. Y a solas, señor, ¿comprende usted? Bueno, qué belleza puede haber en mí, y qué clase de esposo soy. Pues no, me pellizcó la mejilla: «¡Chiquitín, eso es lo que eres!», me dice.

Marmeládov se detuvo, quiso sonreír, pero de pronto le empezó a temblar la barbilla. Sin embargo, se contuvo. Aquella tasca, el aspecto depravado, las cinco noches en las barcazas de heno y la botella, y al mismo tiempo ese amor enfermizo por su mujer y su familia desconcertaban a su oyente. Raskólnikov escuchaba con tensión, pero con una sensación dolorosa. Le fastidiaba haber entrado allí.

—¡Muy señor mío, muy señor mío! —exclamó Marmeládov, reponiéndose—. Oh, señor mío, a usted quizá todo esto le dé risa, como a los demás, y no hago más que molestarlo con la tontería de todos estos mezquinos detalles de mi vida doméstica, ¡pero a mí no me da risa! Pues yo puedo sentir todo esto. Y durante todo aquel día paradisíaco de mi vida y toda aquella tarde, yo mismo me la pasé en ensoñaciones fugaces: cómo iba a arreglarlo todo, y a vestir a los chiquillos, y a darle descanso a ella, y a devolver a mi hija unigénita de la deshonra al seno de la familia... Y mucho, mucho más... Es lícito, señor. Pues bien, señor mío (Marmeládov pareció estremecerse de pronto, levantó la cabeza y miró fijamente a su oyente), pues bien, al día siguiente mismo, después de todas esas ensoñaciones (es decir, hará exactamente cinco días), al anochecer, con astuto engaño, como ladrón en la noche, le robé a Katerina Ivánovna la llave de su baúl, saqué lo que quedaba del sueldo que había traído, cuánto era ya no lo recuerdo, y aquí me tiene, señor, ¡míreme, eso es todo! Es el quinto día fuera de casa, y allá me buscan, y se acabó el servicio, y el uniforme está en una taberna junto al puente Egipcio, a cambio del cual recibí esta vestimenta... ¡y se

acabó todo!

Marmeládov se golpeó la frente con el puño, apretó los dientes, cerró los ojos y apoyó con fuerza el codo en la mesa. Pero al cabo de un minuto su cara cambió de golpe y, con cierta picardía fingida y un descaro estudiado, miró a Raskólnikov, se echó a reír y dijo:

—¡Y hoy estuve en casa de Sonia, fui a pedirle para la resaca! ¡Je, je, je!

—¿Y te lo dio? —gritó desde un costado alguien de los recién llegados; gritó y soltó una carcajada a todo pulmón.

—Esta misma media botella, señor, se compró con su dinero —dijo Marmeládov, dirigiéndose exclusivamente a Raskólnikov—. Treinta kopeks me sacó, con sus propias manos, los últimos, todo lo que tenía, lo vi yo mismo... No dijo nada, solo me miró en silencio... Así, no en la tierra, sino allá arriba... se apenan por los hombres, lloran, pero no reprochan, ¡no reprochan! ¡Y eso duele más, señor, duele más cuando no reprochan!... Treinta kopeks, sí, señor. ¿Y acaso ella no los necesita ahora, eh? ¿Qué le parece, mi querido señor? Porque ahora ella tiene que cuidar la limpieza. Cuesta dinero esa limpieza, esa limpieza especial, ¿entiende? ¿Entiende? Pues sí, también tiene que comprar pomada, no puede ser de otro modo, señor; enaguas almidonadas, unos botines así, más coquetos, para lucir el pie cuando tenga que cruzar un charco. ¿Entiende usted, entiende usted, señor, lo que significa esa limpieza? Pues bien, señor, y yo, su padre de sangre, ¡esos treinta kopeks me los he llevado para la resaca! ¡Y bebo, señor! ¡Y ya me los he bebido, señor!... Bueno, ¿quién va a compadecer a uno como yo? ¿Eh? ¿Me compadece usted ahora, señor, o no? Diga, señor, ¿me compadece o no? ¡Je, je, je, je!

Quiso servirse, pero ya no quedaba nada. La media botella estaba vacía.

—¿Y por qué habría que compadecerte? —gritó el dueño, que otra vez estaba junto a ellos.

Estallaron risas y hasta insultos. Reían e insultaban los que escuchaban y los que no, solo con mirar la figura del funcionario retirado.

—¡Compadecer! ¿Por qué habría que compadecerme? —clamó de pronto Marmeládov, levantándose con la mano tendida hacia delante, en franca inspiración, como si no hubiera esperado más que esas palabras—. ¿Por qué compadecerme, dices? ¡Sí! ¡No hay por qué compadecerme! ¡A mí hay que crucificarme, crucificarme en la cruz, y no compadecerme! ¡Pero crucifica, juez, crucifica, y después de crucificarlo, compadécelo! Y entonces yo mismo iré a ti para ser crucificado, pues no tengo sed de alegría, sino de aflicción y de lágrimas... ¿Crees tú, tabernero, que esta media botella tuya me ha sabido dulce? Aflicción, aflicción buscaba yo en su fondo, aflicción y lágrimas, y las probé, y las hallé; pero se compadecerá de nosotros Aquel que se compadeció de todos y que todo y a todos comprendía, Él solo, Él es también el juez. Vendrá en aquel día y preguntará: «¿Dónde está la hija que por una madrastra malvada y tísica, que por unos niños ajenos y pequeños, se entregó a sí misma? ¿Dónde está la hija que se compadeció de su padre terrenal, borracho indecente, sin horrorizarse de su bestialidad?». Y dirá: «¡Ven! Ya te perdoné una vez... Te perdoné una vez... Perdonados te son también ahora tus muchos pecados, porque amaste mucho...». Y perdonará a mi Sonia, la perdonará, yo ya sé que la perdonará... ¡Lo sentí hace un rato en mi corazón, cuando estuve en su casa!... Y a todos juzgará y perdonará, a los buenos y a los malos, a los sabios y a los humildes... Y cuando haya terminado con todos, entonces nos dirá también a nosotros: «¡Salgan —dirá—, salgan también ustedes!

¡Salgan, borrachitos; salgan, débiles; salgan, desvergonzados!». Y saldremos todos, sin avergonzarnos, y nos presentaremos. Y dirá: «¡Cerdos son ustedes! A imagen de la bestia y con su marca; ¡pero vengan también ustedes!». Y dirán los sabios, dirán los entendidos: «¡Señor! ¿Por qué recibes a estos?». Y dirá: «Los recibo, sabios; los recibo, entendidos, porque ni uno solo de ellos se consideró digno de esto...». Y nos tenderá sus manos, y nos postraremos... y lloraremos... ¡y lo entenderemos todo! ¡Entonces lo entenderemos todo!... y todos lo entenderán... y Katerina Ivánovna... también ella lo entenderá... ¡Señor, venga a nosotros tu reino!

Y se dejó caer en el banco, exhausto y sin fuerzas, sin mirar a nadie, como si hubiera olvidado lo que lo rodeaba, profundamente ensimismado. Sus palabras produjeron cierta impresión; por un minuto reinó el silencio, pero pronto volvieron a oírse las risas y los insultos de antes:

—¡Ya juzgó!

—¡Ya desbarra!

—¡Funcionario!

Etcétera, etcétera.

—Vámonos, señor —dijo de pronto Marmeládov, levantando la cabeza y dirigiéndose a Raskólnikov—, acompáñeme... La casa de Kozel, en el patio. Ya es hora... de volver con Katerina Ivánovna...

Raskólnikov tenía ganas de irse hacía rato; y ayudarlo, ya lo había pensado él mismo. Marmeládov resultó mucho más débil de piernas que de palabra, y se apoyó con fuerza en el joven. Había que andar unos doscientos o trescientos pasos. La turbación y el miedo se iban apoderando más y más del borracho a medida que se acercaban a la casa.

—No es a Katerina Ivánovna a quien temo ahora —murmuraba

agitado—, ni que me vaya a tirar de los pelos. ¡Qué son los pelos!... ¡Tonterías, los pelos! ¡Soy yo quien lo dice! Hasta es mejor si me tira de los pelos, no es eso lo que temo... yo... temo sus ojos... sí... sus ojos... Las manchas rojas en las mejillas también las temo... y además... temo su respiración... ¿Has visto cómo respiran con esa enfermedad... cuando tienen los sentimientos alterados? El llanto de los niños también lo temo... Porque si Sonia no les dio de comer, entonces... ¡ya no sé qué! ¡No lo sé! Pero los golpes no los temo... Has de saber, señor, que esos golpes no solo no me duelen, sino que hasta son un placer para mí... Pues sin eso yo mismo no puedo pasar. Es mejor así. Que me pegue, que se desahogue... es mejor... Y aquí está la casa. La casa de Kozel. Un cerrajero, alemán, rico... ¡llévame!

Entraron por el patio y subieron al cuarto piso. La escalera, cuanto más subían, más oscura se volvía. Eran ya casi las once, y aunque en esa época del año en Petersburgo no hay verdadera noche, en lo alto de la escalera estaba muy oscuro.

La puerta pequeña y ahumada al final de la escalera, arriba del todo, estaba abierta. Un cabo de vela iluminaba una habitación pobrísima, de unos diez pasos de largo; se la veía entera desde el zaguán. Todo estaba tirado y en desorden, sobre todo trapos de niños de toda clase. A través del rincón del fondo colgaba una sábana agujereada. Detrás de ella, probablemente, estaba la cama. En la habitación misma no había más que dos sillas y un sofá de hule muy raído, delante del cual había una vieja mesa de cocina de pino, sin pintar y sin nada encima. En el borde de la mesa había un cabo de vela de sebo que se consumía en un candelero de hierro. Resultaba que Marmeládov ocupaba una habitación aparte, y no un

rincón, pero su habitación era de paso. La puerta hacia las demás estancias o jaulas en que se dividía el piso de Amalia Lippewechsel estaba entreabierta. Allí había ruido y gritos. Reían a carcajadas. Parecía que jugaban a las cartas y tomaban té. A veces salían volando las palabras más descomedidas.

Raskólnikov reconoció enseguida a Katerina Ivánovna. Era una mujer terriblemente demacrada, delgada, bastante alta y esbelta, con un hermoso cabello todavía castaño oscuro y, en efecto, con las mejillas encendidas hasta las manchas. Iba y venía por su pequeña habitación, con las manos apretadas contra el pecho, los labios resecos, y respiraba de forma irregular, entrecortada. Los ojos le brillaban como de fiebre, pero la mirada era dura e inmóvil, y aquel rostro tísico y agitado, a la última luz del cabo de vela que se consumía y temblaba sobre su cara, producía una impresión enfermiza. A Raskólnikov le pareció que tendría unos treinta años, y en efecto no hacía pareja con Marmeládov... No oyó ni vio a los que entraban; parecía estar en una especie de ensimismamiento, sin oír ni ver. En la habitación hacía bochorno, pero no había abierto la ventana; de la escalera subía hedor, pero la puerta de la escalera no estaba cerrada; desde las habitaciones interiores, por la puerta sin cerrar, llegaban oleadas de humo de tabaco; ella tosía, pero no cerraba la puerta. La niña más pequeña, de unos seis años, dormía en el suelo, como sentada, encogida y con la cabeza hundida en el sofá. Un niño, un año mayor que ella, temblaba entero en un rincón y lloraba. Seguramente acababan de pegarle. La niña mayor, de unos nueve años, altita y delgada como un palillo, con solo una camisa raída y rota por todas partes y con una vieja capita de drap de dames echada sobre los hombros desnudos, que le habían cosido seguramente dos

años antes, porque ahora no le llegaba ni a las rodillas, estaba de pie en el rincón junto a su hermanito, rodeándole el cuello con su brazo largo, seco como un palillo. Parecía que lo calmaba, le susurraba algo, lo contenía de todas las maneras para que no volviera a lloriquear, y al mismo tiempo seguía con miedo a su madre con sus grandes, grandes ojos oscuros, que parecían todavía más grandes en su carita demacrada y asustada. Marmeládov, sin entrar en la habitación, se arrodilló en el mismo umbral y empujó a Raskólnikov hacia delante. La mujer, al ver a un desconocido, se detuvo distraída ante él, volviendo en sí por un instante y como preguntándose: ¿a qué habrá entrado este? Pero seguramente enseguida se figuró que iba a las otras habitaciones, ya que la suya era de paso. Tras comprenderlo, y sin prestarle ya atención, fue hacia la puerta del zaguán para cerrarla, y de pronto lanzó un grito al ver a su marido arrodillado en el mismo umbral.

—¡Ah! —gritó fuera de sí—. ¡Ha vuelto! ¡Presidiario! ¡Monstruo!... ¿Y dónde está el dinero? ¿Qué tienes en el bolsillo? ¡Enséñamelo! ¡Y esa ropa no es la tuya! ¿Dónde está tu ropa? ¿Dónde está el dinero? ¡Habla!...

Y se lanzó a registrarlo. Marmeládov, obediente y sumiso, abrió enseguida los brazos para facilitar el registro de los bolsillos. No había ni un kopek.

—¿Dónde está el dinero? —gritaba ella—. ¡Oh, Señor! ¿Será posible que se lo haya bebido todo? ¡Si quedaban doce rublos de plata en el baúl!... —Y de pronto, rabiosa, lo agarró de los pelos y lo arrastró a la habitación. Marmeládov mismo le facilitaba el esfuerzo, arrastrándose humildemente tras ella de rodillas.

—¡Y esto es un placer para mí! ¡Esto no es un dolor para mí, sino un

pla-cer, muy se-ñor mí-o! —gritaba, sacudido por los pelos, y hasta se golpeó una vez la frente contra el suelo. La niña que dormía en el suelo se despertó y se echó a llorar. El niño del rincón no aguantó más, tembló, gritó y se arrojó hacia su hermana con un susto terrible, casi en un ataque. La niña mayor temblaba como una hoja, como recién despertada.

—¡Se lo ha bebido! ¡Todo, todo se lo ha bebido! —gritaba desesperada la pobre mujer—. ¡Y esa ropa no es la suya! ¡Tienen hambre, hambre! (y, retorciéndose las manos, señalaba a los niños). ¡Oh, vida tres veces maldita! ¡Y a usted, a usted no le da vergüenza —se lanzó de pronto contra Raskólnikov—, viniendo de la tasca! ¿Tú bebiste con él? ¡Tú también bebiste con él! ¡Fuera!

El joven se apresuró a salir sin decir palabra. Además, la puerta interior se abrió de par en par y por ella se asomaron varios curiosos. Se estiraban cabezas insolentes y risueñas, con cigarrillos y pipas, con casquetes. Se veían figuras en bata y completamente desabrochadas, con ropas de verano hasta la indecencia, algunos con cartas en la mano. Se reían con especial regocijo cuando Marmeládov, arrastrado de los pelos, gritaba que aquello era un placer para él. Empezaron incluso a entrar en la habitación; se oyó, por fin, un chillido siniestro: era la mismísima Amalia Lippewechsel, que se abría paso para poner orden a su manera y asustar por centésima vez a la pobre mujer con la orden, entre insultos, de desalojar el piso al día siguiente. Al salir, Raskólnikov alcanzó a meter la mano en el bolsillo, agarró las monedas de cobre que le tocaron, las del rublo que había cambiado en la taberna, y las dejó sin que lo vieran en el alféizar. Después, ya en la escalera, se arrepintió y quiso volver.

«Pero qué tontería he hecho —pensó—; ellos tienen a Sonia, y yo

mismo lo necesito». Pero, considerando que ya era imposible recuperarlo y que, de todos modos, no lo habría recogido, hizo un gesto con la mano y se fue a su casa. «Sonia también necesita pomada —prosiguió, caminando por la calle, y sonrió con sarcasmo—; cuesta dinero esa limpieza... ¡Hm! Aunque Sóniechka quizá hoy mismo se quede en bancarrota, porque es el mismo riesgo, la caza mayor... la minería del oro... y entonces todos ellos se quedarán mañana con las manos vacías sin mi dinero... ¡Bravo por Sonia! ¡Qué pozo han sabido cavar, sin embargo! ¡Y lo aprovechan! ¡Vaya si lo aprovechan! Y se han acostumbrado. Lloraron, y se acostumbraron. ¡A todo se acostumbra el canalla del hombre!»

Se quedó pensativo.

—Bueno, ¿y si he mentido? —exclamó de pronto sin querer—. Si de verdad el hombre no es un canalla, el hombre en general, todo el género humano, quiero decir, entonces todo lo demás son prejuicios, nada más que miedos infundidos, y no hay ninguna barrera, ¡y así es como debe ser!...

Notas

1. Consejero titular: noveno de los catorce grados de la Tabla de Rangos de la administración imperial, un cargo modesto.

2. Documento que la policía entregaba a las prostitutas registradas en lugar del pasaporte interno.

3. Oficial superior: de mayor a coronel. El grado daba a la familia un lugar respetable en la sociedad.

4. En el original, *polushtof*: botella de algo más de medio litro, la medida habitual del aguardiente en las tabernas.

5. Sonia es el diminutivo de Sofía; Sóniechka, un diminutivo cariñoso. Más adelante aparece también como Sofía Semiónovna, con el patronímico.

6. *The Physiology of Common Life* (1859-1860), de George Henry Lewes, obra de divulgación muy leída por la juventud progresista rusa de esos años.

7. Consejero de Estado: quinto grado de la Tabla de Rangos, un funcionario de alto nivel.

8. En el original, *tselkovy*, nombre popular del rublo de plata.

9. Drap de dames: tejido de lana fino y liviano, entonces barato.

10. «Jutorok» («El caserío»), canción popular sobre un poema de Alekséi Koltsov.

11. Zajárych: forma coloquial y familiar del patronímico Zajárovich.

Primera parte. Capítulo III

Se despertó al día siguiente ya tarde, tras un sueño agitado, pero el sueño no lo había repuesto. Se despertó bilioso, irritable, de mal humor, y miró con odio su cuartucho. Era una celda diminuta, de unos seis pasos de largo, de aspecto lamentable, con su papel pintado amarillento, polvoriento y despegado de las paredes por todas partes, y tan baja que a un hombre apenas un poco alto le daba angustia estar allí, y todo el tiempo parecía que de un momento a otro se iba a golpear la cabeza contra el techo. Los muebles correspondían al lugar: había tres sillas viejas, no del todo sanas, una mesa pintada en un rincón, sobre la que había algunos cuadernos y libros; solo por lo empolvados que estaban se veía que hacía mucho que ninguna mano los tocaba; y, por último, un sofá grande y desgarbado, que ocupaba casi toda una pared y la mitad del ancho de la habitación, tapizado alguna vez de percal, pero ahora hecho jirones, y que le servía de cama a Raskólnikov. A menudo dormía en él tal como estaba, sin desvestirse, sin sábana, tapándose con su viejo y raído abrigo de estudiante y con una sola almohada pequeña bajo la cabeza, debajo de la cual metía toda la ropa blanca que tenía, limpia y sucia, para que la cabecera quedara más alta. Delante del sofá había una mesita.

Era difícil caer más bajo y abandonarse más; pero a Raskólnikov, en su estado de ánimo actual, eso hasta le resultaba agradable. Se había apartado decididamente de todos, como una tortuga en su caparazón, y hasta la cara de la criada, que tenía la obligación de atenderlo y a veces se asomaba a su habitación, le provocaba bilis y convulsiones. Así les ocurre a algunos monomaníacos que se concentran demasiado en algo. Su casera había dejado de darle de comer hacía ya dos semanas, y a él todavía no se le había ocurrido ir a hablar con ella, aunque se quedaba sin comer. Nastasia, la cocinera y única criada de la casera, se alegraba en parte de ese humor del inquilino y había dejado por completo de ordenar y barrer su cuarto; solo una vez por semana, como por descuido, agarraba a veces la escoba. Fue ella quien lo despertó ahora.

—¡Levántate! ¿Qué haces durmiendo? —le gritó, inclinada sobre él—. Ya son más de las nueve. Te traje té; ¿quieres un tecito? Debes de estar en los huesos, ¿no?

El inquilino abrió los ojos, se estremeció y reconoció a Nastasia.

—¿El té es de parte de la casera, o qué? —preguntó, incorporándose despacio y con aire enfermizo en el sofá.

—¡Qué va a ser de la casera!

Le puso delante su propia tetera, rajada, con té ya usado, y dejó dos terroncitos de azúcar amarillos.

—Toma, Nastasia, por favor —dijo él, hurgando en el bolsillo (había dormido vestido), y sacó un puñado de monedas de cobre—: ve y cómprame un panecillo. Y en la fiambrería trae aunque sea un poco de salchichón, del más barato.

—El panecillo te lo traigo en un minuto, pero ¿no quieres mejor, en

vez de salchichón, sopa de repollo? Buena sopa, de ayer. Ya ayer te la había apartado, pero llegaste tarde. Buena sopa.

Cuando le trajeron la sopa y él se puso a comerla, Nastasia se sentó a su lado en el sofá y empezó a charlar. Era una campesina, y muy charlatana.

—Praskovia Pávlovna quiere quejarse de ti a la policía —dijo.

Él frunció el ceño con fuerza.

—¿A la policía? ¿Qué quiere?

—No pagas y no te vas del cuarto. Ya se sabe lo que quiere.

—Eh, lo que me faltaba —murmuraba él, rechinando los dientes—, no, esto ahora... no me conviene... Es una tonta —añadió en voz alta—. Hoy paso a verla y hablo con ella.

—Tonta sí que es, tan tonta como yo, ¿pero y tú, que eres tan listo, qué haces tirado como una bolsa, que no se te ve hacer nada? Antes, dices, ibas a dar clases a los niños, ¿y ahora por qué no haces nada?

—Hago... —dijo Raskólnikov de mala gana y con severidad.

—¿Qué haces?

—Un trabajo...

—¿Qué trabajo?

—Pienso —respondió él en serio, tras un silencio.

Nastasia se desternilló de risa. Era de las que se ríen fácil y, cuando la hacían reír, se reía sin ruido, meciéndose y sacudiéndose con todo el cuerpo, hasta que ella misma ya no podía más.

—¿Y pensaste mucho dinero, o qué? —logró decir por fin.

—Sin botas no se puede dar clases a los niños. Y además, me da igual, escupo sobre todo eso.

—No escupas en el pozo, que de él has de beber.

—Por los niños pagan en cobre. ¿Qué se hace con unos kopeks? —prosiguió él de mala gana, como respondiendo a sus propios pensamientos.

—¿Y tú quisieras todo el capital de una vez?

Él la miró de un modo extraño.

—Sí, todo el capital —respondió con firmeza, tras un silencio.

—Bueno, despacito, que me vas a asustar; das mucho miedo. ¿Voy por el panecillo o no?

—Como quieras.

—¡Ay, me olvidaba! Ayer, cuando no estabas, te llegó una carta.

—¡Una carta! ¡Para mí! ¿De quién?

—De quién, no sé. Le di tres kopeks míos al cartero. ¿Me los devuelves o qué?

—¡Pues tráela, por Dios, tráela! —gritó Raskólnikov, muy agitado—. ¡Señor!

Al minuto apareció la carta. Así era: de su madre, de la provincia de R... Hasta palideció al recibirla. Hacía mucho que no recibía cartas; pero ahora además algo distinto le encogió de pronto el corazón.

—Nastasia, vete, por Dios; aquí tienes tus tres kopeks, ¡pero, por Dios, vete rápido!

La carta le temblaba en las manos; no quería abrirla delante de ella: quería quedarse *a solas* con esa carta. Cuando Nastasia salió, se la llevó rápidamente a los labios y la besó; luego estuvo mucho rato mirando la letra del sobre, la letra conocida y querida, menuda e inclinada, de su madre, que en otro tiempo le había enseñado a leer y escribir. Se demoraba; hasta parecía temer algo. Por fin la abrió: la carta era larga, gruesa, pesaba

dos lotes[1]; dos grandes pliegos de papel de carta estaban escritos con letra muy, muy menuda.

«Mi querido Rodia[2] —escribía la madre—: hace ya más de dos meses que no converso contigo por carta, y por eso yo misma he sufrido y hasta alguna noche no he dormido, pensando. Pero seguramente no me culparás por este silencio mío involuntario. Sabes cuánto te quiero; eres el único que tenemos, yo y Dunia, eres todo para nosotras, toda nuestra esperanza, nuestra confianza. ¡Qué fue de mí cuando supe que hacía ya varios meses que habías dejado la universidad por no tener con qué mantenerte, y que tus clases y tus demás recursos se habían terminado! ¿Cómo podía yo ayudarte con mis ciento veinte rublos de pensión al año? Los quince rublos que te mandé hace cuatro meses los pedí prestados, como tú mismo sabes, a cuenta de esa misma pensión, a nuestro comerciante de aquí, Afanasi Ivánovich Vajrushin. Es un hombre bueno y era amigo de tu padre. Pero, como le di derecho a cobrar la pensión por mí, tuve que esperar a que se pagara la deuda, y eso se ha cumplido apenas ahora, así que en todo este tiempo no pude mandarte nada. Pero ahora, gracias a Dios, creo que puedo mandarte algo más, y en general ahora hasta podemos jactarnos de nuestra fortuna, de lo cual me apresuro a informarte. Y, en primer lugar, ¿adivinas, querido Rodia, que tu hermana vive conmigo desde hace ya mes y medio y que ya no nos separaremos más en adelante? Gloria a Ti, Señor, se terminaron sus tormentos, pero te lo contaré todo por orden, para que sepas cómo fue todo y lo que te hemos ocultado hasta ahora. Cuando me escribiste, hace dos meses, que habías oído a alguien que Dunia sufría mucho por la grosería en la casa de los señores Svidrigáilov, y me pedías explicaciones precisas, ¿qué podía escribirte yo entonces en respuesta? Si te

hubiera escrito toda la verdad, tal vez lo habrías dejado todo y habrías venido con nosotras aunque fuera a pie, porque yo conozco tu carácter y tus sentimientos, y no habrías permitido que ofendieran a tu hermana. Yo misma estaba desesperada, pero ¿qué podía hacer? Ni yo misma sabía entonces toda la verdad. La principal dificultad era que Dúniechka, al entrar el año pasado en su casa como institutriz, había tomado por adelantado nada menos que cien rublos, con la condición de que se los descontaran todos los meses del sueldo, y por lo tanto no podía dejar el puesto sin saldar la deuda. Y esa suma (ahora puedo explicártelo todo, Rodia de mi alma) la tomó más que nada para mandarte los sesenta rublos que entonces tanto necesitabas y que recibiste de nosotras el año pasado. Te engañamos entonces, te escribimos que era de los ahorros que Dúniechka tenía de antes, pero no era así, y ahora te comunico toda la verdad, porque ahora todo ha cambiado de pronto, por voluntad de Dios, para bien, y para que sepas cuánto te quiere Dunia y qué corazón inapreciable tiene. En efecto, el señor Svidrigáilov al principio la trataba con mucha grosería y le hacía distintas descortesías y burlas en la mesa... Pero no quiero entrar en todos esos detalles penosos, para no inquietarte en vano, cuando ya todo ha terminado. En resumen, a pesar del trato bondadoso y noble de Marfa Petróvna, la esposa del señor Svidrigáilov, y de toda la gente de la casa, Dúniechka lo pasaba muy mal, sobre todo cuando el señor Svidrigáilov se hallaba, por su vieja costumbre de regimiento, bajo la influencia de Baco. ¿Pero qué resultó después? Imagínate que ese insensato hacía mucho que había concebido una pasión por Dunia, pero lo ocultaba todo bajo la apariencia de grosería y desprecio hacia ella. Quizá él mismo se avergonzaba y se horrorizaba, viéndose ya

entrado en años y padre de familia, con esperanzas tan frívolas, y por eso, sin querer, se enfurecía con Dunia. Y quizá también quería, con la grosería de su trato y sus burlas, solamente ocultar a los demás toda la verdad. Pero por fin no se contuvo y se atrevió a hacerle a Dunia una propuesta abierta e infame, prometiéndole diversas recompensas y, además, dejarlo todo e irse con ella a otra aldea o, quizá, al extranjero. ¡Puedes imaginarte todos sus sufrimientos! Dejar enseguida el puesto no se podía, no solo por la deuda de dinero, sino también por consideración a Marfa Petróvna, que podría haber concebido sospechas de pronto, y por lo tanto habría habido que sembrar la discordia en la familia. Y también para Dúniechka habría sido un gran escándalo; no se habría salvado de eso. Había además muchas otras razones, de modo que antes de seis semanas Dunia no podía de ningún modo contar con escapar de esa casa horrible. Desde luego, tú conoces a Dunia, sabes lo inteligente que es y el carácter firme que tiene. Dúniechka puede soportar mucho e incluso en los casos más extremos encontrar en sí tanta grandeza de alma como para no perder la firmeza. Ni siquiera a mí me escribió de todo esto, para no afligirme, y eso que nos mandábamos noticias a menudo. El desenlace llegó de manera inesperada. Marfa Petróvna oyó por casualidad a su marido, que suplicaba a Dúniechka en el jardín, y, entendiéndolo todo al revés, le echó a ella toda la culpa, pensando que era ella la causa de todo. Hubo allí mismo, en el jardín, una escena horrible: Marfa Petróvna hasta le pegó a Dunia, no quiso escuchar nada, estuvo gritando una hora entera y por fin mandó que llevaran enseguida a Dunia a mi casa, en la ciudad, en una simple carreta de campesinos, en la que arrojaron todas sus cosas, la ropa blanca, los vestidos, todo como cayó, sin atar ni acomodar. Y entonces se largó a llover a cántaros, y Dunia,

ofendida y deshonrada, tuvo que hacer con un campesino nada menos que diecisiete verstas en la carreta descubierta. Piensa ahora qué podía yo escribirte en una carta, en respuesta a la tuya, que había recibido dos meses antes, ¿y de qué escribir? Yo misma estaba desesperada; no me atrevía a escribirte la verdad, porque te habrías sentido muy desgraciado, dolido e indignado, ¿y qué habrías podido hacer? Quizá hasta perderte, y además Dúniechka me lo prohibía; y llenar la carta de naderías y de cualquier cosa, cuando en el alma había tanto dolor, no podía. Durante un mes entero corrieron por toda la ciudad chismes sobre esta historia, y se llegó a tal punto que ni siquiera podíamos ir a la iglesia con Dunia por las miradas de desprecio y los cuchicheos, y hasta se hablaba en voz alta delante de nosotras. Todos los conocidos se apartaron de nosotras, todos dejaron hasta de saludarnos, y supe con certeza que unos dependientes de comercio y algunos escribientes querían inferirnos una ofensa baja, embadurnando de brea el portón de nuestra casa[3], de modo que los dueños empezaron a exigir que dejáramos la vivienda. La causa de todo esto era Marfa Petróvna, que había tenido tiempo de acusar y ensuciar a Dunia en todas las casas. Ella conoce a todo el mundo aquí y en ese mes venía a la ciudad a cada rato, y como es un poco charlatana y le gusta contar sus asuntos de familia y, sobre todo, quejarse de su marido a todo el mundo, lo cual está muy mal, difundió toda la historia en poco tiempo, no solo en la ciudad, sino por todo el distrito. Yo me enfermé; Dúniechka, en cambio, fue más firme que yo, ¡y si hubieras visto cómo lo soportaba todo y encima me consolaba y me daba ánimos! ¡Es un ángel! Pero, por la misericordia de Dios, nuestros tormentos se acortaron: el señor Svidrigáilov recapacitó y se arrepintió y, compadeciéndose probablemente de Dunia, le presentó a Marfa Petróvna

pruebas completas y evidentes de toda la inocencia de Dúniechka, a saber: una carta que Dunia, todavía antes de que Marfa Petróvna los sorprendiera en el jardín, se había visto obligada a escribirle y entregarle para evitar las explicaciones personales y las citas secretas en que él insistía, y que, tras la partida de Dúniechka, había quedado en manos del señor Svidrigáilov. En esa carta ella le reprochaba de la manera más ardiente y con total indignación precisamente la falta de nobleza de su conducta con respecto a Marfa Petróvna, le hacía ver que era padre y hombre de familia y que, en fin, qué infame era de su parte atormentar y hacer desdichada a una muchacha ya de por sí desdichada e indefensa. En una palabra, querido Rodia, esa carta está escrita con tanta nobleza y de manera tan conmovedora que yo sollozaba al leerla, y todavía hoy no puedo leerla sin lágrimas. Además, en favor de Dunia aparecieron por fin también los testimonios de los criados, que habían visto y sabían mucho más de lo que suponía el propio señor Svidrigáilov, como siempre ocurre. Marfa Petróvna quedó completamente atónita y "otra vez destrozada", como ella misma nos confesó, pero en cambio se convenció por completo de la inocencia de Dúniechka, y al día siguiente mismo, que era domingo, fue directamente a la catedral y de rodillas y con lágrimas suplicó a la Madre de Dios que le diera fuerzas para soportar esa nueva prueba y cumplir con su deber. Después, directamente desde la catedral, sin pasar por casa de nadie, vino a vernos, nos lo contó todo, lloró amargamente y, completamente arrepentida, abrazaba a Dunia y le suplicaba que la perdonara. Esa misma mañana, sin demorarse en lo más mínimo, desde nuestra casa, se fue por todas las casas de la ciudad, y en todas partes, con las expresiones más halagadoras para Dúniechka y derramando lágrimas, restableció su

inocencia y la nobleza de sus sentimientos y su conducta. Y no solo eso: a todos les mostraba y les leía en voz alta la carta de puño y letra de Dúniechka al señor Svidrigáilov, y hasta dejaba que sacaran copias (lo cual, me parece, ya está de más). De ese modo tuvo que recorrer varios días seguidos a todo el mundo en la ciudad, ya que algunos empezaron a ofenderse de que se hubiera dado preferencia a otros, y así se establecieron turnos, de modo que en cada casa ya la esperaban de antemano y todos sabían que tal día Marfa Petróvna iba a leer esa carta en tal sitio, y a cada lectura volvían a reunirse incluso los que ya habían escuchado la carta varias veces, en sus casas y en las de otros conocidos, por turno. Mi opinión es que mucho, muchísimo de todo eso estaba de más; pero Marfa Petróvna ya tiene ese carácter. Por lo menos restableció por completo el honor de Dúniechka, y toda la infamia de este asunto recayó como una deshonra imborrable sobre su marido, como principal culpable, de modo que hasta me da lástima; se ha procedido con demasiada severidad con ese insensato. A Dunia enseguida empezaron a invitarla a dar clases en algunas casas, pero ella se negó. En general, todos empezaron de pronto a tratarla con un respeto especial. Todo esto contribuyó principalmente también a ese suceso inesperado por el cual ahora cambia, puede decirse, todo nuestro destino. Has de saber, querido Rodia, que a Dunia le ha pedido la mano un pretendiente y que ella ya ha dado su consentimiento, de lo cual me apresuro a informarte cuanto antes. Y aunque este asunto se hizo sin tu consejo, seguramente no te quejarás ni de mí ni de tu hermana, porque tú mismo verás, por el asunto mismo, que esperar y aplazarlo hasta recibir tu respuesta nos habría sido imposible. Y tú mismo no habrías podido, a distancia, juzgarlo todo con exactitud. Ocurrió así. Él es ya consejero de

corte[4], Piotr Petróvich Luzhin, y pariente lejano de Marfa Petróvna, que contribuyó mucho a todo esto. Empezó por manifestar, a través de ella, el deseo de conocernos; fue recibido como corresponde, tomó café, y al día siguiente mismo mandó una carta en la que exponía muy cortésmente su propuesta y pedía una respuesta pronta y definitiva. Es un hombre de negocios y ocupado, y ahora tiene prisa por ir a Petersburgo, de modo que aprecia cada minuto. Desde luego, al principio quedamos muy sorprendidas, ya que todo ocurrió demasiado rápido e inesperadamente. Lo estuvimos considerando y pensando juntas todo aquel día. Es un hombre de confianza y acomodado, trabaja en dos sitios y ya tiene su capital. Es verdad que ya tiene cuarenta y cinco años, pero tiene un aspecto bastante agradable y todavía puede gustar a las mujeres, y en general es un hombre muy serio y decoroso, solo que un poco adusto y como altivo. Pero quizá solo lo parece a primera vista. Y te prevengo, querido Rodia, que cuando lo veas en Petersburgo, cosa que ocurrirá muy pronto, no lo juzgues demasiado rápido y con ardor, como es propio de ti, si a primera vista algo en él no te parece bien. Te lo digo por si acaso, aunque estoy segura de que te causará una impresión agradable. Y además, para conocer a cualquier persona hay que tratarla poco a poco y con cuidado, para no caer en un error y un prejuicio que después son muy difíciles de corregir y reparar. Y Piotr Petróvich, por lo menos según muchos indicios, es un hombre muy respetable. En su primera visita nos declaró que es un hombre positivo, pero que en muchas cosas comparte, como se expresó él mismo, "las convicciones de nuestras generaciones más nuevas" y que es enemigo de todos los prejuicios. Dijo además muchas otras cosas, porque es algo así como vanidoso y le gusta mucho que lo escuchen, pero eso casi

no es un defecto. Yo, desde luego, entendí poco, pero Dunia me explicó que es un hombre de poca instrucción, pero inteligente y, parece, bueno. Tú conoces el carácter de tu hermana, Rodia. Es una muchacha firme, sensata, paciente y generosa, aunque de corazón ardiente, cosa que he estudiado bien en ella. Desde luego, ni de parte de ella ni de parte de él hay aquí un amor especial, pero Dunia, además de ser una muchacha inteligente, es al mismo tiempo una criatura noble como un ángel, y se pondrá como deber hacer la felicidad de su marido, que a su vez se ocuparía de la felicidad de ella, y de esto último no tenemos, por ahora, grandes motivos para dudar, aunque el asunto se hizo, hay que confesarlo, un poco deprisa. Además, es un hombre muy calculador y, desde luego, él mismo verá que su propia felicidad conyugal será tanto más segura cuanto más feliz sea Dúniechka a su lado. Y en cuanto a alguna que otra aspereza de carácter, algunas viejas costumbres y hasta cierto desacuerdo en las ideas (cosa que no se puede evitar ni en los matrimonios más felices), sobre eso Dúniechka misma me dijo que confía en sí misma; que no hay por qué inquietarse y que ella puede soportar mucho, con la condición de que las relaciones en adelante sean honestas y justas. A mí, por ejemplo, también me pareció al principio como brusco; pero eso puede venir precisamente de que es un hombre franco, y sin duda es así. Por ejemplo, en la segunda visita, ya recibido el consentimiento, dijo en la conversación que ya desde antes, sin conocer a Dunia, había resuelto tomar por esposa a una muchacha honrada pero sin dote, y sin falta una que ya hubiera pasado por una situación de penuria; porque, según explicó, el marido no debe estarle obligado en nada a su mujer, y es mucho mejor si la mujer considera a su marido su benefactor. Agrego que se expresó de un modo algo más suave y

cariñoso de lo que lo he escrito, porque olvidé la expresión exacta y solo recuerdo la idea, y además lo dijo de ningún modo a propósito, sino, evidentemente, dejándosele escapar en el calor de la conversación, de modo que hasta procuró después corregirse y suavizarlo; pero a mí de todos modos me pareció un poco como brusco, y se lo comenté a Dunia. Pero Dunia me respondió incluso con fastidio que "las palabras no son hechos", y eso, desde luego, es justo. Antes de decidirse, Dúniechka no durmió en toda la noche y, creyendo que yo ya dormía, se levantó de la cama y estuvo toda la noche yendo y viniendo por la habitación; por fin se arrodilló y rezó largamente y con fervor ante el icono, y a la mañana me anunció que se había decidido.

»Ya te mencioné que Piotr Petróvich sale ahora para Petersburgo. Tiene allí grandes negocios y quiere abrir en Petersburgo un bufete público de abogado. Hace mucho que se dedica a gestionar distintas demandas y pleitos, y hace unos días acaba de ganar un pleito importante. Y además le es necesario ir a Petersburgo porque allí tiene un asunto importante en el Senado. De ese modo, querido Rodia, también a ti puede serte muy útil, incluso en todo, y Dunia y yo ya hemos decidido que tú, incluso desde hoy mismo, podrías empezar decididamente tu futura carrera y considerar tu suerte ya claramente decidida. ¡Oh, si esto se realizara! Sería una ventaja tal que hay que considerarla nada menos que una gracia directa del Todopoderoso hacia nosotros. Dunia no sueña con otra cosa. Ya nos arriesgamos a decirle algunas palabras al respecto a Piotr Petróvich. Él se expresó con cautela y dijo que, desde luego, como no puede arreglárselas sin un secretario, por supuesto es mejor pagarle el sueldo a un pariente que a un extraño, siempre que resulte capaz para el

puesto (¡faltaría más que tú no resultaras capaz!), pero enseguida expresó la duda de que tus estudios universitarios te dejaran tiempo para trabajar en su bufete. Esta vez el asunto terminó ahí, pero Dunia ahora no piensa en otra cosa. Ahora, desde hace unos días, está simplemente como con fiebre y ha hecho todo un proyecto de que más adelante tú puedas ser colega y hasta socio de Piotr Petróvich en sus asuntos judiciales, tanto más cuanto que tú mismo estás en la facultad de Derecho. Yo, Rodia, estoy completamente de acuerdo con ella y comparto todos sus planes y esperanzas, porque los veo perfectamente posibles; y, a pesar de la actual reticencia de Piotr Petróvich, muy explicable (porque todavía no te conoce), Dunia está firmemente convencida de que lo conseguirá todo con su buena influencia sobre su futuro marido, y de eso está convencida. Desde luego, tuvimos cuidado de no decirle a Piotr Petróvich ni una palabra de estos sueños nuestros a más largo plazo y, sobre todo, de que tú serás su socio. Es un hombre positivo y quizá lo tomaría con mucha sequedad, ya que todo eso le parecería nada más que fantasías. Del mismo modo, ni yo ni Dunia le hemos dicho todavía ni media palabra de nuestra firme esperanza de que nos ayude a mantenerte con dinero mientras estés en la universidad; no se lo dijimos porque, en primer lugar, eso se hará solo más adelante, y él seguramente, sin más palabras, lo ofrecerá él mismo (¡faltaría más que le negara eso a Dúniechka!), tanto más pronto cuanto que tú mismo puedes llegar a ser su mano derecha en el bufete y recibir esa ayuda no como una caridad, sino como un sueldo bien ganado por ti. Así quiere arreglarlo Dúniechka, y yo estoy completamente de acuerdo con ella. En segundo lugar, no se lo dijimos porque yo quería especialmente ponerte en un pie de igualdad con él en el encuentro que tendremos ahora.

Cuando Dunia le hablaba de ti con entusiasmo, él respondió que a cualquier hombre primero hay que examinarlo uno mismo y de cerca para juzgarlo, y que él mismo piensa, cuando te conozca, formarse su opinión sobre ti. ¿Sabes una cosa, Rodia de mi alma? Me parece, por ciertas consideraciones (que de ningún modo tienen que ver con Piotr Petróvich, sino así, con ciertos caprichos míos, propios, personales, quizá hasta caprichos de vieja, de mujer), me parece que quizá haré mejor si después de su boda vivo aparte, como vivo ahora, y no con ellos. Estoy completamente segura de que él será tan noble y delicado que él mismo me invitará y me propondrá no separarme más de mi hija, y si no lo ha dicho hasta ahora es, desde luego, porque se sobrentiende sin palabras; pero me negaré. He observado más de una vez en la vida que las suegras no son muy del agrado de los maridos, y yo no solo no quiero ser ni la más mínima carga para nadie, sino que yo misma quiero ser completamente libre, mientras tenga aunque sea un pedazo de pan propio y unos hijos como tú y Dúniechka. Si es posible, me instalaré cerca de los dos, porque, Rodia, lo más agradable lo he guardado para el final de la carta: has de saber, querido amigo mío, que quizá muy pronto volvamos a reunirnos todos y nos abracemos los tres tras casi tres años de separación. Ya está decidido con seguridad que Dunia y yo salimos para Petersburgo; cuándo exactamente, no lo sé, pero en todo caso muy, muy pronto, quizá dentro de una semana. Todo depende de las disposiciones de Piotr Petróvich, que, en cuanto se oriente en Petersburgo, nos avisará enseguida. Él quiere, por ciertos cálculos, apresurar todo lo posible la ceremonia de la boda e incluso, si es posible, celebrarla en este mismo tiempo de carne[5], y si no se logra, por lo corto del plazo, enseguida después del ayuno de la Dormición[6]. ¡Oh, con qué felicidad te estrecharé

contra mi corazón! Dunia está toda agitada de alegría por volver a verte, y una vez dijo en broma que solo por eso ya se casaría con Piotr Petróvich. ¡Es un ángel! Ahora no te agrega nada, solo me pidió que te escribiera que tiene tanto que hablar contigo, tanto, que ahora ni la mano se le levanta para tomar la pluma, porque en unas pocas líneas no se puede escribir nada y uno solo se angustia; y me pidió que te abrace fuerte y te mande incontables besos. Pero, a pesar de que quizá muy pronto nos veamos en persona, de todos modos te mandaré dinero uno de estos días, todo lo que pueda. Ahora que todos saben que Dúniechka se casa con Piotr Petróvich, también mi crédito ha aumentado de pronto, y sé con seguridad que Afanasi Ivánovich me fiará ahora, a cuenta de la pensión, hasta setenta y cinco rublos, de modo que quizá te mande veinticinco o hasta treinta rublos. Te mandaría más, pero temo por nuestros gastos de viaje; y aunque Piotr Petróvich fue tan bueno que se hizo cargo de una parte de los gastos de nuestro viaje a la capital, a saber, él mismo se ofreció a llevar a su costa nuestro equipaje y el baúl grande (lo tiene arreglado de algún modo a través de conocidos), de todos modos tenemos que contar con la llegada a Petersburgo, donde no se puede aparecer sin un centavo, aunque sea para los primeros días. Por lo demás, Dúniechka y yo ya lo calculamos todo con exactitud, y resultó que el viaje costará poco. Hasta el ferrocarril, desde aquí, hay solo noventa verstas, y ya, por si acaso, nos arreglamos con un campesino cochero conocido; y desde allí Dúniechka y yo viajaremos de lo más bien en tercera clase. Así que quizá no veinticinco, sino, seguramente, treinta rublos me ingeniaré para mandarte. Pero basta; he llenado dos pliegos enteros, y ya no queda más lugar; toda nuestra historia; ¡y es que se han juntado tantos sucesos! Y ahora, Rodia de mi alma, te abrazo hasta

nuestro próximo encuentro y te bendigo con mi bendición de madre. Quiere a Dunia, a tu hermana, Rodia; quiérela como ella te quiere a ti, y sabe que ella te quiere sin límites, más que a sí misma. Ella es un ángel, y tú, Rodia, tú eres todo para nosotras: toda nuestra esperanza y toda nuestra confianza. Con que tú seas feliz, nosotras seremos felices. ¿Le rezas a Dios, Rodia, como antes, y crees en la bondad de nuestro Creador y Redentor? Temo en mi corazón que te haya visitado la incredulidad de moda más reciente. Si es así, rezo por ti. Recuerda, querido, cómo todavía de niño, cuando vivía tu padre, balbuceabas tus oraciones sobre mis rodillas y qué felices éramos todos entonces. Adiós, o, mejor dicho, *¡hasta pronto!* Te abrazo muy, muy fuerte y te beso incontables veces.

Tuya hasta la tumba,

Pulqueria Raskólnikova».

Casi todo el tiempo que estuvo leyendo Raskólnikov, desde el principio mismo de la carta, tuvo la cara mojada de lágrimas; pero cuando terminó, estaba pálida, torcida por una convulsión, y una sonrisa pesada, biliosa, malvada, serpenteaba en sus labios. Apoyó la cabeza en su almohada flaca y gastada y pensó, pensó largo rato. Le latía con fuerza el corazón, y sus pensamientos se agitaban con fuerza. Por fin empezó a sentirse sofocado y apretado en ese cuartucho amarillo, parecido a un armario o a un baúl. La mirada y el pensamiento pedían espacio. Agarró el sombrero y salió, esta vez ya sin temer encontrarse con nadie en la escalera; se había olvidado de eso. Tomó el camino hacia la isla Vasílievski por la avenida V..., como si tuviera prisa por ir allí por algún asunto, pero, como de costumbre, andaba sin fijarse en el camino, susurrando para sí y hasta hablando en voz alta consigo mismo, lo cual asombraba mucho a los

transeúntes. Muchos lo tomaban por borracho.

Notas

1. Lote: antigua medida rusa de peso, unos trece gramos.

2. Rodia: diminutivo familiar de Rodión. Más abajo, Dunia y Dúniechka son diminutivos de Avdotia, la hermana.

3. Embadurnar de brea el portón de una casa era una injuria popular que señalaba a una muchacha como deshonrada.

4. Consejero de corte: séptimo grado de la Tabla de Rangos.

5. Tiempo de carne: período del calendario ortodoxo entre dos ayunos, en el que se permite comer carne y celebrar bodas.

6. Ayuno de la Dormición de la Virgen, del 1 al 15 de agosto.

Primera parte. Capítulo IV

La carta de su madre lo había atormentado. Pero en cuanto al punto principal, al punto capital, no tuvo ni un minuto de duda, ni siquiera mientras la leía. La esencia principal del asunto estaba decidida en su cabeza, y decidida definitivamente: «No habrá tal boda mientras yo viva, ¡y al diablo con el señor Luzhin!».

«Porque la cosa es evidente —murmuraba para sí, con una sonrisa torcida, saboreando de antemano con malicia el triunfo de su decisión—. No, mamá; no, Dunia, ¡a mí no me engañan!... ¡Y encima se disculpan por no haberme pedido consejo y haber decidido el asunto sin mí! ¡Faltaría más! Creen que ahora ya no se puede romper; ¡pues ya veremos si se puede o no se puede! Y qué excusa tan capital: "Piotr Petróvich es un hombre tan de negocios, tan de negocios, que ni casarse puede si no es en caballos de posta, casi en ferrocarril". No, Dúniechka, lo veo todo y sé de qué es eso *tanto* que quieres hablar conmigo; sé también en qué estuviste pensando toda la noche, yendo y viniendo por la habitación, y por qué rezabas ante la Virgen de Kazán[1] que mamá tiene en el dormitorio. Cuesta subir al Gólgota. Hm... Así que está decidido definitivamente: se digna usted casarse, Avdotia Románovna, con un hombre de negocios y racional, que

tiene su capital (que *ya* tiene su capital: eso es más sólido, más imponente), que trabaja en dos sitios y que comparte las convicciones de nuestras generaciones más nuevas (como escribe mamá) y que es, "*parece*, bueno", como observa la propia Dúniechka. ¡Ese *parece* es lo más magnífico de todo! ¡Y esa misma Dúniechka se casa por ese mismo *parece*!... ¡Magnífico! ¡Magnífico!...

»... Aunque es curioso: ¿para qué me escribió mamá eso de las "generaciones más nuevas"? ¿Simplemente para describir al personaje, o con un fin más lejano: ganarme a favor del señor Luzhin? ¡Oh, qué astutas! Sería curioso aclarar además otra circunstancia: ¿hasta qué punto fueron francas la una con la otra, aquel día y aquella noche, y en todo el tiempo siguiente? ¿Se dijeron todas las *palabras* directamente, o las dos comprendieron que una y otra tenían lo mismo en el corazón y en la cabeza, y que entonces no había por qué decirlo todo en voz alta y que se escapara algo en vano? Probablemente así fue en parte; se ve por la carta: a mamá le pareció brusco, *un poco*, y la ingenua de mamá fue a Dunia con sus observaciones. Y la otra, desde luego, se enojó y "respondió con fastidio". ¡Faltaría más! ¿A quién no lo enfurece, cuando el asunto se entiende sin preguntas ingenuas y cuando está decidido que ya no hay nada que decir? ¿Y qué es eso que me escribe: "Quiere a Dunia, Rodia, que ella te quiere más que a sí misma"? ¿No será que la atormentan en secreto los remordimientos de conciencia por haber aceptado sacrificar a la hija por el hijo? "¡Tú eres nuestra esperanza, tú eres todo para nosotras!" ¡Oh, mamá!...». La rabia hervía en él cada vez con más fuerza, y si en ese momento se hubiera topado con el señor Luzhin, parece que lo habría matado.

«Hm, es verdad —prosiguió, siguiendo el torbellino de pensamientos que giraba en su cabeza—, es verdad que a una persona hay que "tratarla poco a poco y con cuidado, para conocerla"; pero el señor Luzhin está claro. Lo principal: "hombre de negocios y, *parece*, bueno": no es poca cosa, se hizo cargo del equipaje, ¡lleva el baúl grande a su costa! ¿Cómo no va a ser bueno? Y ellas dos, la *novia* y la madre, contratan a un campesino, en una carreta cubierta con una estera (¡yo he viajado así!). ¡No importa! Son solo noventa verstas, "y desde allí viajaremos de lo más bien en tercera clase", unas mil verstas. Y es sensato: hay que estirar los pies hasta donde alcanza la manta; pero usted, señor Luzhin, ¿qué? Es su novia... ¿Y no podía usted ignorar que la madre pide prestado por adelantado, a cuenta de su pensión, para el viaje? Desde luego, aquí ustedes tienen una operación comercial común, una empresa de beneficios mutuos y a partes iguales, y por lo tanto los gastos a medias; el pan y la sal juntos, pero el tabaco cada uno el suyo, como dice el refrán. Y aun en eso el hombre de negocios las engañó un poquito: el equipaje cuesta menos que el viaje de ellas, y quizá hasta le salga gratis. ¿Y qué, ellas dos no lo ven, o no quieren verlo? ¡Y están contentas, contentas! ¡Y pensar que esto no son más que las flores, y que los verdaderos frutos están por venir! Porque aquí lo importante es esto: lo importante no es la avaricia, no es la tacañería, sino el *tono* de todo esto. Es el tono futuro, después de la boda, una profecía... ¿Y mamá, por qué derrocha así? ¿Con qué va a presentarse en Petersburgo? ¿Con tres rublos de plata o con dos "billetitos", como dice aquella... vieja... hm! ¿De qué piensa vivir después en Petersburgo? Porque ella ya, por alguna razón, se ha dado cuenta de que *no* podrá vivir con Dunia después de la boda, ni siquiera al principio, ¿no? El buen hombre seguramente *dejó*

escapar algo de algún modo, se dio a conocer, aunque mamá rechaza la idea con las dos manos: "Yo misma me negaré". ¿Y entonces con qué cuenta, con quién? ¿Con los ciento veinte rublos de pensión, menos lo que se descuenta por la deuda con Afanasi Ivánovich? Teje pañoletas de invierno y borda puñitos, y se arruina sus viejos ojos. Pero las pañoletas solo agregan veinte rublos al año a esos ciento veinte, eso lo sé. Así que, de todos modos, cuentan con la nobleza de sentimientos del señor Luzhin: "Él mismo lo propondrá, rogará que lo aceptemos". ¡Espérenlo sentadas! Y siempre pasa así con estas almas bellas schillerianas: hasta el último momento visten a una persona con plumas de pavo real, hasta el último momento esperan lo bueno y no lo malo; y aunque presienten el reverso de la medalla, por nada del mundo se dicen de antemano la palabra verdadera; los estremece la sola idea; rechazan la verdad con las dos manos, hasta el momento mismo en que el hombre engalanado les hace un palmo de narices con sus propias manos. Y es curioso: ¿tendrá condecoraciones el señor Luzhin? Apuesto a que tiene la Ana[2] en el ojal y que se la pone en las comidas con los contratistas y los comerciantes. ¡Quizá se la ponga también en su boda! Aunque, ¡al diablo con él!...

»... Bueno, que mamá sea así, Dios la ampare, ella es así, ¿pero Dunia? Dúniechka, querida, ¡si la conozco a usted! Ya tenía usted diecinueve años cumplidos la última vez que nos vimos: su carácter ya lo había entendido. Ahí escribe mamá que "Dúniechka puede soportar mucho". Eso ya lo sabía, se lo aseguro. Eso ya lo sabía hace dos años y medio, y desde entonces llevo dos años y medio pensando en eso, precisamente en eso, en que "Dúniechka puede soportar mucho". Si puede soportar al señor Svidrigáilov, con todas las consecuencias, quiere decir que, en efecto, puede

soportar mucho. Y ahora se les ha ocurrido, a ella y a mamá, que también se puede soportar al señor Luzhin, que expone la teoría de la superioridad de las esposas sacadas de la miseria y colmadas de beneficios por sus maridos, y encima la expone casi en el primer encuentro. Bueno, supongamos que "se le escapó", aunque es un hombre racional (de modo que quizá no se le escapó en absoluto, sino que se propuso justamente aclararlo cuanto antes), ¿pero Dunia, Dunia? El hombre lo tiene claro, pero con ese hombre hay que vivir. Ella comería solo pan negro y bebería agua, pero el alma no la vendería, y su libertad moral no la daría por la comodidad; no la daría por todo Schleswig-Holstein[3], y menos todavía por el señor Luzhin. No, Dunia no era así, que yo sepa, y... ¡bueno, desde luego que tampoco ha cambiado ahora!... ¡Qué hay que decir! ¡Pesan los Svidrigáilov! Pesa andar toda la vida de institutriz por las provincias por doscientos rublos, pero yo de todos modos sé que mi hermana antes se haría negra en la plantación de un amo o letona al servicio de un alemán del Báltico, que envilecer su espíritu y su sentimiento moral uniéndose con un hombre al que no respeta y con el que no tiene nada que ver, ¡para siempre, solo por su propio provecho! ¡Y aunque el señor Luzhin fuera todo de oro purísimo o de un solo diamante, ni así aceptaría ser la concubina legítima del señor Luzhin! ¿Por qué acepta ahora, entonces? ¿Dónde está el truco? ¿Dónde está la clave del enigma? La cosa está clara: por sí misma, por su comodidad, ni siquiera para salvarse de la muerte se vendería; ¡pero por otro, sí que se vende! ¡Por un ser querido, adorado, se venderá! En eso consiste todo el truco: ¡por el hermano, por la madre se venderá! ¡Lo venderá todo! Oh, aquí, llegado el caso, aplastamos hasta nuestro sentimiento moral; la libertad, la tranquilidad, hasta la conciencia,

todo, todo lo llevamos al mercadillo de cosas usadas. ¡Que se pierda la vida! Con tal de que esos seres queridos nuestros sean felices. Y no solo eso: inventaremos nuestra propia casuística, aprenderemos de los jesuitas y por un tiempo, quizá, nos tranquilizaremos incluso a nosotros mismos, nos convenceremos de que así hay que hacerlo, de que de verdad hay que hacerlo por un buen fin. Así somos, y todo está claro como el día. Está claro que aquí no se trata de otro que de Rodión Románovich Raskólnikov, que es quien está en juego y en primer plano. ¡Pues claro, señor! Puede asegurarle la felicidad, mantenerlo en la universidad, hacerlo socio del bufete, asegurarle todo el destino; quizá más adelante sea rico, honrado, respetado, ¡y quizá hasta termine la vida como un hombre célebre! ¿Y la madre? ¡Pero si aquí se trata de Rodia, de Rodia de su alma, del primogénito! ¡Cómo no sacrificar por semejante primogénito aunque sea a semejante hija! ¡Oh, corazones queridos e injustos! Pero qué digo: aquí, quizá, ni siquiera renunciaríamos a la suerte de Sóniechka. ¡Sóniechka, Sóniechka Marmeládova, la eterna Sóniechka, mientras el mundo exista! El sacrificio, ¿lo han medido bien, las dos, el sacrificio? ¿Seguro? ¿Lo podrán soportar? ¿Servirá de algo? ¿Es razonable? ¿Sabe usted, Dúniechka, que la suerte de Sóniechka no es en nada peor que la suerte con el señor Luzhin? "Amor aquí no puede haber", escribe mamá. ¿Y si, además del amor, tampoco puede haber respeto, y al contrario ya hay repulsión, desprecio, asco, entonces qué? Entonces resulta que de nuevo habrá que *"cuidar la limpieza"*. ¿No es así? ¿Entiende usted, entiende usted lo que significa esa limpieza? ¿Entiende que la limpieza a lo Luzhin es lo mismo que la limpieza de Sóniechka, y quizá hasta peor, más sucia, más vil, porque usted, Dúniechka, de todos modos cuenta con un exceso

de comodidad, mientras que allá se trata lisa y llanamente de morirse de hambre? "¡Cara, cara cuesta, Dúniechka, esa limpieza!" Y bien, ¿y si después no puede soportarlo, se arrepentirá? Cuánta aflicción, tristeza, maldiciones, cuántas lágrimas escondidas de todos, porque usted no es ninguna Marfa Petróvna, ¿no? ¿Y qué será entonces de la madre? Si ya ahora está intranquila, se atormenta; ¿y entonces, cuando lo vea todo con claridad? ¿Y yo?... ¿Pero qué han pensado ustedes de mí, en realidad? ¡No quiero su sacrificio, Dúniechka, no lo quiero, mamá! ¡No será, mientras yo viva, no será, no será! ¡No lo acepto!».

De pronto volvió en sí y se detuvo.

«¿No será? ¿Y qué vas a hacer tú para que no sea? ¿Prohibirlo? ¿Y con qué derecho? ¿Qué puedes prometerles tú a cambio, para tener ese derecho? ¿Consagrarles todo tu destino, todo tu porvenir, *cuando termines la carrera y consigas un puesto?* Eso ya lo hemos oído, pero eso todavía es el abecé, ¿y ahora? Porque aquí hay que hacer algo ahora mismo, ¿entiendes? ¿Y qué haces tú ahora? Las despojas a ellas mismas. ¡Si el dinero lo consiguen empeñando una pensión de cien rublos y empeñándose con los señores Svidrigáilov! ¿Con qué las vas a proteger de los Svidrigáilov, de Afanasi Ivánovich Vajrushin, futuro millonario, Zeus que dispone de su destino? ¿Dentro de diez años? Pero en diez años la madre tendrá tiempo de quedarse ciega con las pañoletas, y quizá también con las lágrimas; se consumirá con los ayunos; ¿y la hermana? A ver, imagínate qué puede ser de tu hermana dentro de diez años, o en estos diez años. ¿Adivinaste?»

Así se atormentaba y se provocaba con esas preguntas, incluso con una especie de deleite. Por lo demás, todas esas preguntas no eran nuevas, no eran repentinas, sino viejas, dolorosas, antiguas. Hacía mucho que habían

empezado a desgarrarlo y le habían desgarrado el corazón. Hacía muchísimo que había nacido en él toda esa angustia de ahora; había ido creciendo, acumulándose, y en los últimos tiempos había madurado y se había concentrado, tomando la forma de una pregunta horrible, salvaje y fantástica que le había atormentado el corazón y la mente, exigiendo irresistiblemente una respuesta. Y ahora la carta de su madre lo había golpeado de pronto como un rayo. Estaba claro que ahora no había que angustiarse, no había que sufrir pasivamente, con meros razonamientos sobre lo irresolubles que eran las preguntas, sino hacer algo sin falta, y ya, y cuanto antes. Había que decidirse a toda costa, aunque fuera a algo, o...

«¡O renunciar del todo a la vida! —exclamó de pronto, fuera de sí—. ¡Aceptar obedientemente el destino tal como es, de una vez para siempre, y ahogar todo en uno mismo, renunciando a todo derecho a actuar, a vivir y a amar!»

«¿Entiende usted, entiende usted, muy señor mío, lo que significa no tener ya adónde ir? —le vino de pronto a la memoria la pregunta de Marmeládov del día anterior—. Porque es preciso que todo hombre tenga al menos algún lugar adonde poder ir...»

De pronto se estremeció: un pensamiento, también del día anterior, volvió a cruzarle por la cabeza. Pero no se estremeció porque le cruzara ese pensamiento. Él sabía, él *presentía* que sin falta iba a «cruzarle», y ya lo esperaba; y además ese pensamiento no era en absoluto del día anterior. Pero la diferencia era que hacía un mes, e incluso todavía ayer, no era más que un sueño, y ahora... ahora se presentaba de pronto no como un sueño, sino con un aspecto nuevo, amenazador y completamente desconocido para él, y de pronto él mismo se dio cuenta de eso... Sintió un golpe en la

cabeza, y se le nublaron los ojos.

Miró alrededor apresuradamente; buscaba algo. Quería sentarse, y buscaba un banco; pasaba entonces por el bulevar K... Se veía un banco más adelante, a unos cien pasos. Fue hacia él lo más rápido que pudo; pero en el camino le ocurrió una pequeña aventura que durante unos minutos atrajo toda su atención.

Mientras buscaba el banco con la mirada, advirtió delante de él, a unos veinte pasos, a una mujer que caminaba, pero al principio no le prestó ninguna atención, como a todos los objetos que hasta entonces habían pasado ante él. Muchas veces ya le había ocurrido, por ejemplo, volver a casa y no recordar en absoluto el camino por el que había ido, y ya se había acostumbrado a andar así. Pero en la mujer que caminaba había algo tan extraño y, desde la primera mirada, tan llamativo, que poco a poco su atención empezó a fijarse en ella; al principio de mala gana y como con fastidio, y después cada vez con más fuerza. De pronto quiso entender qué era exactamente lo que tenía de tan extraño esa mujer. En primer lugar, debía de ser una muchacha muy jovencita; iba con ese calor con la cabeza descubierta, sin sombrilla y sin guantes, agitando los brazos de un modo algo ridículo. Llevaba un vestidito de seda, de tela liviana («de tela»), pero también puesto de un modo muy raro, apenas abrochado y, por detrás, en la cintura, justo donde empezaba la falda, desgarrado; todo un jirón se había soltado y colgaba bamboleándose. Una pañoleta pequeña le cubría el cuello desnudo, pero estaba como torcida y de costado. Para colmo, la muchacha andaba con paso inseguro, tropezando y hasta tambaleándose hacia todos lados. Ese encuentro despertó, por fin, toda la atención de Raskólnikov. Alcanzó a la muchacha justo junto al banco, pero ella, al

llegar al banco, se desplomó en él, en un rincón, echó la cabeza hacia atrás sobre el respaldo y cerró los ojos, al parecer por un cansancio extremo. Al observarla, él adivinó enseguida que estaba completamente borracha. Era extraño y absurdo ver algo así. Hasta pensó si no se equivocaría. Tenía delante una carita extremadamente jovencita, de unos dieciséis años, quizá incluso de solo quince: pequeña, rubita, bonita, pero toda encendida y como hinchada. La muchacha, al parecer, entendía ya muy poco; había cruzado una pierna sobre la otra, mostrándola mucho más de lo que convenía, y, a todas luces, tenía muy poca conciencia de que estaba en la calle.

Raskólnikov no se sentó ni quería irse, sino que se quedó de pie ante ella, perplejo. Ese bulevar siempre está desierto, y ahora, pasada la una y con semejante calor, casi no había nadie. Y sin embargo, a un costado, a unos quince pasos, en el borde del bulevar, se había detenido un señor que, a todas luces, tenía muchas ganas de acercarse también a la muchachita con ciertos fines. También él, probablemente, la había visto de lejos y la seguía, pero Raskólnikov se lo había impedido. Le lanzaba miradas rabiosas, procurando, sin embargo, que el otro no las notara, y esperaba impaciente su turno, a que el molesto andrajoso se fuera. La cosa estaba clara. Ese señor tenía unos treinta años; era robusto, gordo, rebosante de salud, con labios rosados y bigotito, y vestido con mucha elegancia. Raskólnikov se enfureció terriblemente; de pronto tuvo ganas de ofender de algún modo a ese petimetre gordo. Dejó un momento a la muchachita y se acercó al señor.

—¡Eh, usted, Svidrigáilov! ¿Qué busca aquí? —gritó, apretando los puños y riéndose con los labios llenos de espuma de rabia.

—¿Qué significa esto? —preguntó con severidad el señor, frunciendo las cejas y sorprendido con altivez.

—¡Lárguese, eso significa!

—¿Cómo te atreves, canalla?...

Y levantó la fusta. Raskólnikov se lanzó contra él con los puños, sin calcular siquiera que aquel señor robusto podía con dos como él. Pero en ese momento alguien lo agarró con fuerza por detrás: entre ellos se interpuso un guardia.

—Basta, señores, no se peleen en lugares públicos. ¿Qué busca usted? ¿Quién es usted? —se dirigió con severidad a Raskólnikov, tras examinar sus harapos. Raskólnikov lo miró con atención. Era una cara gallarda de soldado, con bigote y patillas canosos y una mirada sensata.

—Justo a usted lo necesitaba —gritó él, agarrándolo del brazo—. Soy ex estudiante, Raskólnikov... Esto también puede saberlo usted —se dirigió al señor—, y usted venga, que le voy a mostrar algo...

Y, agarrando al guardia del brazo, lo arrastró hacia el banco.

—Mire, mire, completamente borracha, hace un momento venía por el bulevar: quién sabe de qué familia será, pero no parece que sea del oficio. Lo más probable es que en algún lado la hayan emborrachado y engañado... por primera vez... ¿entiende?, y así la hayan soltado a la calle. Mire qué roto está el vestido, mire cómo lo tiene puesto: la vistieron, no se vistió ella sola, y la vistieron unas manos torpes, de hombre. Se ve. Y ahora mire aquí: este petimetre, con el que hace un momento me quería pelear, no lo conozco, es la primera vez que lo veo; pero él también la tenía marcada por el camino, hace un momento, borracha, sin saber lo que hace, y ahora tiene unas ganas terribles de acercarse y quedarse con ella, ya que

está en ese estado, llevarla a algún lado... Y seguro que es así; créame que no me equivoco. Yo mismo vi cómo la observaba y la seguía, solo que yo se lo impedí, y ahora está esperando a que me vaya. Ahí está, se apartó un poquito, está parado como si liara un cigarrillo... ¿Cómo hacemos para no dejársela? ¿Cómo hacemos para mandarla a su casa? ¡Piénselo!

El guardia lo entendió y lo calculó todo en un instante. El señor gordo, desde luego, estaba claro; quedaba la muchachita. El uniformado se inclinó sobre ella para examinarla de más cerca, y una compasión sincera se pintó en sus rasgos.

—¡Ah, qué lástima! —dijo, meneando la cabeza—. Si es todavía casi una criatura. La engañaron, eso seguro. Oiga, señorita —empezó a llamarla—, ¿dónde se digna usted vivir? —La muchacha abrió los ojos cansados y vidriosos, miró con torpeza a los que la interrogaban e hizo un gesto con la mano para apartarlos.

—Oiga —dijo Raskólnikov—, tome (hurgó en el bolsillo y sacó veinte kopeks; los encontró), tome, consiga un coche de alquiler y dígale que la lleve a la dirección. ¡Si al menos supiéramos la dirección!

—Señorita, ¿eh, señorita? —volvió a empezar el guardia, después de tomar el dinero—, ahora le consigo un coche y yo mismo la acompaño. ¿Adónde ordena? ¿Eh? ¿Dónde se digna usted alojarse?

—¡Fuera!... ¡qué pesados!... —murmuró la muchachita, y volvió a hacer un gesto con la mano.

—¡Ay, ay, qué mal está esto! ¡Ay, qué vergüenza, señorita, qué vergüenza! —Volvió a menear la cabeza, avergonzándola, compadeciéndola e indignado—. ¡Vaya problema! —se dirigió a Raskólnikov, y en ese mismo momento, de pasada, volvió a mirarlo de arriba abajo. Seguramente

también él le parecía extraño: con esos harapos, ¡y reparte dinero!

—¿Muy lejos de aquí la encontró? —le preguntó.

—Ya le digo: venía delante de mí, tambaleándose, aquí mismo, en el bulevar. En cuanto llegó al banco, se desplomó.

—¡Ay, qué vergüenza hay ahora en el mundo, Señor! Tan inocentona, y ya borracha. ¡La engañaron, así es! Mire, hasta el vestidito lo tiene roto... ¡Ay, cómo se ha extendido hoy el libertinaje!... Y quizá sea de buena familia, de alguna pobre... Hoy en día hay muchas así. Por la pinta parece de las delicadas, como una señorita —y volvió a inclinarse sobre ella.

Quizá también él tenía hijas que crecían así: «como señoritas y de las delicadas», con modales de bien educadas y con toda clase de afectaciones de moda ya aprendidas...

—Lo principal —se afanaba Raskólnikov— es no dejársela a este canalla. ¡Si encima va a ultrajarla! Se le ve de memoria lo que quiere; ¡mire al canalla, no se va!

Raskólnikov hablaba en voz alta y lo señalaba directamente con la mano. El otro lo oyó y estuvo a punto de enojarse otra vez, pero lo pensó mejor y se limitó a una mirada de desprecio. Después se alejó despacio unos diez pasos más y volvió a detenerse. —No dejársela, eso sí se puede, señor —respondió pensativo el suboficial—. Si al menos dijera adónde llevarla, porque si no... ¡Señorita, eh, señorita! —volvió a inclinarse.

Ella de pronto abrió del todo los ojos, miró con atención, como si hubiera entendido algo, se levantó del banco y echó a andar en la dirección por la que había venido. —¡Uf, sinvergüenzas, qué pesados! —dijo, haciendo otra vez el gesto con la mano. Iba deprisa, pero tambaleándose mucho, como antes. El petimetre la siguió, pero por otra alameda, sin

quitarle los ojos de encima. —No se preocupe, no se la dejaré, señor —dijo con decisión el bigotudo, y fue tras ellos—. ¡Eh, cómo se ha extendido hoy el libertinaje! —repitió en voz alta, suspirando.

En ese momento fue como si algo hubiera picado a Raskólnikov; en un instante fue como si lo pusieran del revés. —¡Oiga, eh! —le gritó al bigotudo.

El otro se volvió.

—¡Déjelo! ¿A usted qué le importa? ¡Olvídelo! Que se divierta (señaló al petimetre). ¿A usted qué le importa?

El guardia no entendía y lo miraba con los ojos muy abiertos. Raskólnikov se echó a reír.

—¡Ah, vaya! —dijo el uniformado, haciendo un gesto con la mano, y siguió al petimetre y a la muchachita, tomando probablemente a Raskólnikov por un loco o por algo todavía peor.

«Se llevó mis veinte kopeks —dijo Raskólnikov con rabia cuando se quedó solo—. Bueno, que le saque también algo al otro y le deje ir con él a la muchachita, y asunto terminado... ¡Y para qué me metí a ayudar! ¿Acaso me toca a mí ayudar? ¿Acaso tengo yo derecho a ayudar? Que se traguen vivos unos a otros: ¿a mí qué me importa? ¿Y cómo me atreví a dar esos veinte kopeks? ¿Acaso son míos?»

A pesar de esas palabras extrañas, se sintió muy abatido. Se sentó en el banco abandonado. Sus pensamientos andaban dispersos... Y en general le resultaba penoso pensar en ese momento en cualquier cosa. Habría querido olvidarse por completo, olvidarlo todo, despertarse después y empezar todo de nuevo... —¡Pobre muchacha!... —dijo, mirando el rincón vacío del banco—. Volverá en sí, llorará, después se enterará la madre...

Primero le pegará, y después la azotará, con dolor y con vergüenza, y quizá la eche de casa... Y si no la echa, de todos modos la olfatearán las Darias Frántsevnas, y mi muchachita empezará a andar de aquí para allá... Después enseguida el hospital (eso siempre les pasa a las que viven con madres muy honradas y hacen travesuras a escondidas), y después... y después otra vez el hospital... el aguardiente... las tascas... y otra vez el hospital... dentro de dos o tres años, una ruina, y en total habrá vivido diecinueve o dieciocho años, nada más, señor mío... ¿Acaso no las he visto? ¿Y cómo llegaron a serlo? Pues así llegaron a serlo, todas... ¡Bah! ¡Que sea así! Esto, dicen, es como debe ser. Un tanto por ciento así, dicen, tiene que irse cada año... a alguna parte... al diablo, seguramente, para refrescar a los demás y no estorbarlos. ¡Un tanto por ciento! Qué palabritas tan estupendas tienen, de verdad: tan tranquilizadoras, tan científicas. Se dijo: tanto por ciento, y entonces no hay por qué inquietarse. Si fuera otra palabra, bueno, entonces... quizá sería más inquietante... ¿Y si también Dúniechka cae de algún modo en el tanto por ciento?... ¿Si no en ese, en otro?...

«¿Y adónde voy? —pensó de pronto—. Qué extraño. Si salí para algo. En cuanto leí la carta, salí... A la isla Vasílievski, a ver a Razumíjin, ahí iba, ahora... me acuerdo. ¿Pero para qué, sin embargo? ¿Y cómo se me metió en la cabeza precisamente ahora la idea de ir a ver a Razumíjin? Esto es notable».

Se asombraba de sí mismo. Razumíjin era uno de sus antiguos compañeros de la universidad. Era notable que Raskólnikov, cuando estaba en la universidad, casi no tuviera compañeros; rehuía a todos, no visitaba a nadie y recibía en su casa a disgusto. Por lo demás, también todos

le dieron pronto la espalda. No tomaba parte, por algún motivo, ni en las reuniones comunes, ni en las conversaciones, ni en las diversiones, en nada. Estudiaba con empeño, sin escatimarse, y por eso lo respetaban, pero nadie lo quería. Era muy pobre y de un orgullo como altanero, y poco comunicativo; como si guardara algo para sí. A algunos de sus compañeros les parecía que los miraba a todos como a niños, desde arriba, como si los hubiera dejado atrás a todos en desarrollo, en conocimientos y en convicciones, y que miraba sus convicciones e intereses como algo inferior.

Con Razumíjin, en cambio, por algún motivo había congeniado; es decir, no es que hubiera congeniado, sino que era con él más comunicativo, más franco. Por lo demás, con Razumíjin era imposible tener otra clase de relación. Era un muchacho extraordinariamente alegre y comunicativo, bueno hasta la ingenuidad. Aunque bajo esa ingenuidad se ocultaban también profundidad y dignidad. Los mejores de sus compañeros lo entendían, todos lo querían. Era bastante inteligente, aunque a veces, en efecto, algo simplón. Tenía un aspecto expresivo: alto, flaco, siempre mal afeitado, de pelo negro. A veces armaba escándalos y tenía fama de forzudo. Una noche, en compañía de otros, derribó de un solo golpe a un guardián del orden de doce vershkí[4] de estatura. Podía beber sin fin, pero podía también no beber en absoluto; a veces hacía travesuras hasta inadmisibles, pero podía también no hacer ninguna. Razumíjin era notable además porque ningún fracaso lo turbaba nunca, y ninguna mala circunstancia, parecía, podía aplastarlo. Podía alojarse aunque fuera en un tejado, soportar un hambre infernal y un frío extraordinario. Era muy pobre y se mantenía decididamente solo, por sí mismo, consiguiendo dinero con trabajos de cualquier clase. Conocía un

sinfín de fuentes de donde sacarlo, trabajando, desde luego. Una vez se pasó todo un invierno sin calentar su habitación, y aseguraba que hasta era más agradable, porque con frío se duerme mejor. Ahora también él se había visto obligado a dejar la universidad, pero no por mucho tiempo, y se apresuraba con todas sus fuerzas a enderezar sus circunstancias para poder continuar. Raskólnikov no había ido a verlo desde hacía unos cuatro meses, y Razumíjin ni siquiera conocía su vivienda. Una vez, hacía unos dos meses, se habían cruzado en la calle, pero Raskólnikov volvió la cara y hasta cruzó a la otra acera para que el otro no lo viera. Y Razumíjin, aunque lo vio, siguió de largo, sin querer molestar a su *amigo*.

Notas

1. La Virgen de Kazán, uno de los iconos más venerados de Rusia.

2. La Orden de Santa Ana, condecoración civil frecuente entre los funcionarios de rango medio.

3. Ducados disputados en la guerra de 1864 entre Dinamarca, Prusia y Austria.

4. La estatura se daba en vershkí (unos 4,4 cm) por encima de dos arshines: doce vershkí son casi dos metros.

Primera parte. Capítulo V

«Es verdad que hace poco quería pedirle trabajo a Razumíjin, que me consiguiera clases o algo... —iba pensando Raskólnikov—, ¿pero en qué puede ayudarme ahora? Supongamos que me consigue clases, supongamos incluso que comparte conmigo su último kopek, si es que tiene un kopek, de modo que hasta se puedan comprar unas botas y arreglar la ropa para ir a dar clases... hm... ¿Y después? ¿Qué voy a hacer con unas monedas de cinco kopeks? ¿Acaso es eso lo que necesito ahora? De verdad, es ridículo que haya ido a ver a Razumíjin...»

La pregunta de por qué iba ahora a ver a Razumíjin lo inquietaba más de lo que a él mismo le parecía; con inquietud buscaba un sentido siniestro para sí en ese acto, al parecer, de lo más corriente.

«¿Y qué? ¿Acaso quería arreglar todo el asunto solo con Razumíjin y encontré la salida de todo en Razumíjin?», se preguntaba con asombro.

Pensaba y se frotaba la frente, y, cosa extraña, de algún modo por casualidad, de pronto y casi por sí sola, después de una larga meditación, le vino a la cabeza una idea extrañísima.

«Hm... A Razumíjin —dijo de pronto con total tranquilidad, como si se tratara de una decisión definitiva—, a ver a Razumíjin iré, desde luego...

pero no ahora... Iré a verlo... al día siguiente, después de aquello, cuando aquello ya esté terminado y todo empiece de nuevo...»

Y de pronto volvió en sí.

«Después de aquello —gritó, levantándose de un salto del banco—, ¿pero acaso aquello va a ser? ¿De verdad va a ser?»

Dejó el banco y se fue, casi corriendo; quiso volver atrás, a su casa, pero de pronto ir a casa le resultó terriblemente repugnante: allí, en el rincón, en ese horrible armario, había madurado todo aquello desde hacía ya más de un mes, y echó a andar a donde lo llevaran los pies.

Su temblor nervioso se había convertido en una especie de temblor febril; sentía hasta escalofríos; con aquel calor, tenía frío. Como con esfuerzo, casi inconscientemente, por una especie de necesidad interior, empezó a fijarse en todos los objetos que encontraba, como si buscara con empeño distraerse, pero lo lograba mal, y a cada momento volvía a caer en la meditación. Y cuando de nuevo, estremeciéndose, levantaba la cabeza y miraba alrededor, enseguida olvidaba en qué acababa de pensar y hasta por dónde pasaba. Así recorrió toda la isla Vasílievski, salió al Pequeño Neva, cruzó el puente y dobló hacia las Islas. El verdor y la frescura agradaron al principio a sus ojos cansados, acostumbrados al polvo de la ciudad, a la cal y a las casas enormes que oprimían y aplastaban. Aquí no había bochorno, ni hedor, ni tabernas. Pero pronto también esas sensaciones nuevas y agradables se volvieron enfermizas e irritantes. A veces se detenía delante de alguna dacha engalanada entre el verdor, miraba por la verja y veía a lo lejos, en los balcones y en las terrazas, a mujeres emperifolladas y a niños que corrían por el jardín. Sobre todo le interesaban las flores; las miraba más que ninguna otra cosa. Se cruzaba también con carruajes lujosos, con

jinetes y amazonas; los seguía con los ojos, con curiosidad, y los olvidaba antes de que se perdieran de vista. Una vez se detuvo y contó su dinero: tenía unos treinta kopeks. «Veinte al guardia, tres a Nastasia por la carta; o sea que a los Marmeládov les di ayer unos cuarenta y siete o cincuenta kopeks», pensó, calculando no sabía para qué, pero pronto olvidó incluso para qué había sacado el dinero del bolsillo. Se acordó al pasar delante de un establecimiento de comidas, una especie de fonda, y sintió que tenía hambre. Al entrar en la fonda, se bebió una copita de vodka y se comió una empanada con no sé qué relleno. La terminó otra vez por el camino. Hacía mucho que no bebía vodka, y le hizo efecto al instante, aunque no había bebido más que una copita. De pronto las piernas le pesaron y empezó a sentir unas ganas tremendas de dormir. Echó a andar hacia su casa; pero al llegar a la isla Petrovski se detuvo completamente agotado, se apartó del camino, se metió entre los arbustos, se dejó caer sobre la hierba y en el mismo instante se durmió.

En un estado enfermizo, los sueños se distinguen a menudo por un relieve, una viveza y un parecido con la realidad extraordinarios. A veces se compone un cuadro monstruoso, pero el ambiente y todo el desarrollo de la representación son tan verosímiles, y con detalles tan finos, tan inesperados, pero tan acordes artísticamente con la plenitud del cuadro, que el mismo soñador no podría inventarlos despierto aunque fuera un artista como Pushkin o Turguéniev. Estos sueños, los sueños enfermizos, se recuerdan siempre mucho tiempo y producen una fuerte impresión en el organismo trastornado y ya excitado del hombre.

Raskólnikov tuvo un sueño espantoso. Soñó con su infancia, todavía en su pueblo. Tiene unos siete años y pasea un día de fiesta, al atardecer,

con su padre, en las afueras. Es un día gris, sofocante, y el lugar es exactamente como quedó en su memoria; incluso en su memoria se había borrado mucho más de lo que ahora se le presentaba en sueños. El pueblo está a la vista, como en la palma de la mano, sin un sauce alrededor; en algún lugar muy lejano, en el borde mismo del cielo, negrea un bosquecillo. A pocos pasos de la última huerta del pueblo hay una tasca, una tasca grande, que siempre le producía una impresión desagradabilísima y hasta miedo cuando pasaba delante de ella paseando con su padre. Allí siempre había tanta gente, se gritaba, se reía, se insultaba tanto, se cantaba de un modo tan horrible y tan ronco, y se peleaban tan a menudo; alrededor de la tasca siempre rondaban unas caras tan borrachas y tan espantosas... Al cruzarse con ellas, él se apretaba contra su padre y temblaba entero. Junto a la tasca está el camino, un camino de tierra, siempre polvoriento, y el polvo en él siempre es tan negro. Va serpenteando más allá y a unos trescientos pasos rodea por la derecha el cementerio del pueblo. En medio del cementerio hay una iglesia de piedra con una cúpula verde, a la que él iba dos veces al año con su padre y su madre a misa, cuando se oficiaban responsos por su abuela, muerta hacía ya mucho, a la que nunca había conocido. En esas ocasiones siempre llevaban kutiá[1] en una fuente blanca, envuelta en una servilleta, y la kutiá era dulce, de arroz con pasas hundidas en el arroz formando una cruz. Él quería esa iglesia y sus antiguos iconos, en su mayoría sin marco de metal, y al viejo sacerdote de cabeza temblorosa. Junto a la tumba de la abuela, que tenía una lápida, estaba también la tumbita de su hermano menor, muerto a los seis meses, al que tampoco había conocido ni podía recordar; pero le habían dicho que había tenido un hermanito, y cada vez que visitaba el cementerio se

santiguaba religiosa y respetuosamente sobre la tumbita, se inclinaba ante ella y la besaba. Y he aquí que sueña: van con su padre por el camino hacia el cementerio y pasan delante de la tasca; él lleva a su padre de la mano y mira con miedo hacia la tasca. Una circunstancia especial le llama la atención: esta vez parece haber allí una fiesta, una multitud de mujeres de la ciudad engalanadas, de campesinas, de sus maridos y de toda clase de chusma. Todos están borrachos, todos cantan canciones, y junto a la escalinata de la tasca hay una carreta, pero una carreta extraña. Es una de esas carretas grandes a las que se enganchan grandes caballos de tiro y en las que se transportan mercancías y barriles de aguardiente. A él siempre le gustaba mirar esos enormes caballos de tiro, de largas crines y patas gruesas, que avanzan tranquilos, a paso regular, arrastrando detrás de sí toda una montaña, sin el menor esfuerzo, como si con la carga les resultara incluso más fácil que sin ella. Pero ahora, cosa extraña, a esa carreta grande estaba enganchada una yegüita de campesino pequeña, flaca, baya, una de esas que —él lo había visto a menudo— se revientan a veces con alguna carga alta de leña o de heno, sobre todo si la carga se atasca en el barro o en un surco, y entonces los campesinos siempre les pegan con el látigo tan fuerte, tan fuerte, a veces hasta en el mismo hocico y en los ojos, y a él le da tanta lástima, tanta lástima mirarlo, que casi llora, y mamá siempre lo apartaba de la ventana. Pero he aquí que de pronto se arma un gran alboroto: de la tasca salen con gritos, con canciones, con balalaikas, unos campesinos borrachos, muy borrachos, unos hombretones con camisas rojas y azules y con los caftanes echados sobre los hombros. «¡Suban, suban todos! —grita uno, todavía joven, de cuello muy grueso y cara carnosa, roja como una zanahoria—. ¡Los llevo a todos, suban!» Pero enseguida se oyen risas y

exclamaciones:

—¡Como si ese jamelgo pudiera tirar!

—Pero, Mikolka, ¿estás en tus cabales? ¡Mira que enganchar esa yegüita a semejante carreta!

—¡Y la baya debe de tener ya veinte años por lo menos, hermanos!

—¡Suban, los llevo a todos! —vuelve a gritar Mikolka, saltando el primero a la carreta; toma las riendas y se pone de pie, bien erguido, en la delantera—. El bayo oscuro se fue hace un rato con Matvéi —grita desde la carreta—, y esta yegüita, hermanos, no hace más que partirme el corazón: la mataría, me parece, come de balde. ¡Les digo que suban! ¡La pongo al galope! ¡Va a ir al galope! —Y toma el látigo, preparándose con deleite para azotar a la baya.

—¡Pues suban, qué tanto! —ríen en la multitud—. ¿Oyen? ¡Va a ir al galope!

—Esa hace por lo menos diez años que no galopa.

—¡Ya va a galopar!

—¡Sin lástima, hermanos, que cada uno agarre un látigo, prepárense!

—¡Eso! ¡Azótala!

Todos se trepan a la carreta de Mikolka entre risas y chistes. Se suben unos seis, y todavía cabe gente. Se llevan a una mujer gorda y colorada. Va vestida de percal rojo, con un tocado de cuentas, con botines de cuero, partiendo avellanas y riéndose por lo bajo. Alrededor, en la multitud, también se ríen, y de verdad, cómo no reírse: ¡semejante yegüita esmirriada va a llevar semejante carga al galope! Dos mozos de la carreta toman enseguida un látigo cada uno para ayudar a Mikolka. Se oye: «¡Arre!», el jamelgo tira con todas sus fuerzas, pero no solo no va al galope, sino que

apenas puede avanzar al paso; solo mueve las patas a pasitos cortos, resopla y se encoge bajo los golpes de los tres látigos, que le caen encima como granizo. Las risas en la carreta y en la multitud se redoblan, pero Mikolka se enfurece y, rabioso, azota a la yegüita con golpes cada vez más seguidos, como si de verdad creyera que va a ir al galope.

—¡Déjenme subir a mí también, hermanos! —grita un mozo de la multitud al que se le ha abierto el apetito.

—¡Sube! ¡Suban todos! —grita Mikolka—. A todos los va a llevar. ¡La mato a latigazos! —Y azota, azota, y ya no sabe con qué pegar, de tan enfurecido.

—Papá, papá —le grita él a su padre—, papá, ¿qué están haciendo? ¡Papá, le pegan al pobre caballito!

—¡Vámonos, vámonos! —dice el padre—. Están borrachos, hacen tonterías, son unos estúpidos: ¡vámonos, no mires! —Y quiere llevárselo, pero él se suelta de sus manos y, fuera de sí, corre hacia el caballito. Pero el pobre caballito ya está mal. Se ahoga, se detiene, vuelve a tirar, casi se cae.

—¡Azótala hasta matarla! —grita Mikolka—. A eso hemos llegado. ¡La mato a latigazos!

—Pero ¿es que no llevas una cruz encima, demonio? —grita un viejo de la multitud.

—¿Dónde se ha visto que un caballito así tire de semejante carga? —añade otro.

—¡La vas a reventar! —grita un tercero.

—¡No te metas! ¡Es mía! Hago lo que quiero. ¡Suban más! ¡Suban todos! ¡Quiero que vaya al galope sin falta!...

De pronto estalla una carcajada general que lo cubre todo: la yegüita

no aguantó los golpes cada vez más seguidos y, sin fuerzas, empezó a cocear. Ni siquiera el viejo pudo contenerse y sonrió. Y de verdad: ¡semejante yegüita esmirriada, y encima cocea!

Dos mozos de la multitud sacan otro látigo cada uno y corren hacia el caballito para azotarlo por los costados. Cada uno corre por su lado.

—¡En el hocico, dale en los ojos, en los ojos! —grita Mikolka.

—¡Una canción, hermanos! —grita alguien desde la carreta, y todos en la carreta la siguen. Resuena una canción desenfrenada, tintinea una pandereta, en los estribillos se silba. La mujercita parte avellanas y se ríe por lo bajo.

...Él corre junto al caballito, se adelanta, ve cómo le pegan en los ojos, ¡en los mismos ojos! Llora. El corazón le sube a la garganta, le corren las lágrimas. Uno de los que azotan lo alcanza en la cara; él no lo siente, se retuerce las manos, grita, se lanza hacia el viejo canoso de barba canosa, que menea la cabeza y reprueba todo aquello. Una mujer lo toma de la mano y quiere llevárselo; pero él se suelta y vuelve a correr hacia el caballito. Este ya está en sus últimos esfuerzos, pero empieza a cocear una vez más.

—¡Que te lleve el demonio! —grita Mikolka, enfurecido. Tira el látigo, se agacha y saca del fondo de la carreta una vara larga y gruesa, la toma por un extremo con las dos manos y la levanta con esfuerzo sobre la baya.

—¡La va a partir! —gritan alrededor.

—¡La va a matar!

—¡Es mía! —grita Mikolka, y deja caer la vara con todas sus fuerzas. Se oye un golpe pesado.

—¡Azótala, azótala! ¿Qué se quedaron mirando? —gritan voces en la multitud.

Y Mikolka levanta la vara otra vez, y otro golpe con todas sus fuerzas cae sobre el lomo de la desdichada yegua. Se le hunden por completo los cuartos traseros, pero se levanta de un salto y tira, tira con sus últimas fuerzas hacia un lado y hacia el otro, para sacar la carreta; pero desde todos lados la reciben seis látigos, y la vara vuelve a alzarse y cae por tercera vez, después por cuarta, acompasadamente, con todas las fuerzas. Mikolka está furioso porque no puede matarla de un solo golpe.

—¡Es dura de matar! —gritan alrededor.

—¡Ahora mismo cae, hermanos, y ahí se acaba! —grita desde la multitud un aficionado.

—¡Con el hacha, qué tanto! Termina con ella de una vez —grita un tercero.

—¡Eh, que te coman los mosquitos! ¡Abran paso! —grita Mikolka como un poseso; tira la vara, vuelve a agacharse en la carreta y saca una barra de hierro—. ¡Cuidado! —grita, y con todas sus fuerzas descarga la barra sobre su pobre caballito. El golpe cae de lleno; la yegüita se tambalea, se hunde, quiere tirar, pero la barra vuelve a caerle con todas las fuerzas sobre el lomo, y se desploma en el suelo, como si le hubieran cortado las cuatro patas a la vez.

—¡Remátala! —grita Mikolka, y salta de la carreta, como fuera de sí. Unos cuantos mozos, también colorados y borrachos, agarran lo que encuentran —látigos, palos, la vara— y corren hacia la yegüita moribunda. Mikolka se pone a un costado y empieza a pegarle con la barra en el lomo, a lo loco. El jamelgo estira el hocico, suspira pesadamente y muere.

—¡La liquidó! —gritan en la multitud.

—¡Por qué no iba al galope!

—¡Es mía! —grita Mikolka, con la barra en las manos y los ojos inyectados en sangre. Está de pie como lamentando que ya no haya a quién pegarle.

—¡Pues sí que no llevas cruz encima! —gritan ya muchas voces en la multitud.

Pero el pobre niño ya no sabe lo que hace. Gritando, se abre paso entre la multitud hasta la baya, abraza su hocico muerto, ensangrentado, y lo besa, la besa en los ojos, en los labios... Después, de pronto, se levanta de un salto y, fuera de sí, se lanza con sus puñitos contra Mikolka. En ese instante su padre, que llevaba rato persiguiéndolo, lo agarra por fin y lo saca de la multitud.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —le dice—. ¡Vámonos a casa!

—¡Papá! ¿Por qué... al pobre caballito... lo mataron? —solloza él, pero se le corta la respiración y las palabras le salen como gritos del pecho oprimido.

—Están borrachos, hacen tonterías, no es asunto nuestro, ¡vámonos! —dice el padre. Él abraza a su padre, pero el pecho se le oprime, se le oprime. Quiere tomar aire, gritar, y se despierta.

Se despertó todo sudado, con el pelo mojado de sudor, sin aliento, y se incorporó horrorizado.

«¡Gracias a Dios, no es más que un sueño! —dijo, sentándose bajo un árbol y respirando hondo—. ¿Pero qué es esto? ¿No me estará empezando una fiebre? ¡Un sueño tan monstruoso!»

Tenía todo el cuerpo como molido; el alma, turbia y oscura. Apoyó los codos en las rodillas y se sostuvo la cabeza con las dos manos.

«¡Dios mío! —exclamó—. ¿Será posible, será posible que de verdad

tome un hacha, que le pegue en la cabeza, que le parta el cráneo... que resbale en la sangre pegajosa y tibia, que fuerce la cerradura, que robe y tiemble; que me esconda, todo cubierto de sangre... con el hacha... Señor, ¿será posible?»

Temblaba como una hoja mientras lo decía.

—¡Pero qué me pasa! —prosiguió, enderezándose otra vez y como profundamente asombrado—. Si yo sabía que no lo iba a soportar, ¿entonces para qué me he atormentado hasta ahora? Si ayer mismo, ayer, cuando fui a hacer ese... ensayo, ayer mismo comprendí por completo que no lo iba a aguantar... ¿Y ahora qué? ¿Por qué seguía dudando hasta ahora? Si ayer mismo, al bajar la escalera, yo mismo me dije que era vil, repugnante, bajo, bajo... si la sola idea, despierto, me dio náuseas y me llenó de horror...

—¡No, no lo aguantaré, no lo aguantaré! Aunque, aunque no haya ninguna duda en todos esos cálculos, aunque todo lo que se decidió este mes esté claro como el día, sea justo como la aritmética. ¡Señor! ¡Si de todos modos no me voy a decidir! ¡Si no lo voy a aguantar, no lo voy a aguantar!... ¿Entonces por qué, por qué hasta ahora...?

Se puso de pie, miró alrededor con asombro, como sorprendido incluso de haber llegado hasta allí, y se encaminó hacia el puente T... Estaba pálido, le ardían los ojos, tenía todos los miembros agotados, pero de pronto pareció que respiraba con más facilidad. Sintió que ya se había quitado de encima esa carga terrible que lo había oprimido tanto tiempo, y en su alma de pronto todo se volvió ligero y en paz. «¡Señor! —suplicaba—. ¡Muéstrame mi camino, y yo renuncio a este maldito... sueño mío!»

Al cruzar el puente, miraba en silencio y con calma el Neva, la vívida puesta de un sol vívido y rojo. A pesar de su debilidad, ni siquiera sentía cansancio. Era como si un absceso en el corazón, que se le había ido formando durante todo el mes, hubiera reventado de pronto. ¡Libertad, libertad! ¡Ahora estaba libre de ese encantamiento, de la brujería, del hechizo, de la obsesión!

Más tarde, cuando recordaba ese tiempo y todo lo que le había ocurrido en esos días, minuto a minuto, punto por punto, rasgo por rasgo, siempre lo impresionaba hasta la superstición una circunstancia, aunque en el fondo no muy extraordinaria, pero que después siempre le pareció como una especie de predestinación de su destino.

A saber: no podía de ningún modo comprender ni explicarse por qué él, cansado, extenuado, que habría hecho mejor en volver a casa por el camino más corto y directo, volvió a casa por la plaza Sennaia, por la que no tenía en absoluto por qué pasar. El rodeo era pequeño, pero evidente y completamente innecesario. Desde luego, decenas de veces le había ocurrido volver a casa sin recordar las calles por las que había pasado. ¿Pero por qué, se preguntaba siempre, por qué un encuentro tan importante, tan decisivo para él y al mismo tiempo tan sumamente casual en la Sennaia (por la que ni siquiera tenía por qué pasar) llegó justo entonces, a esa hora, a ese minuto de su vida, justo a ese estado de ánimo y a esas circunstancias, las únicas en que podía ese encuentro producir el efecto más decisivo y más definitivo sobre todo su destino? ¡Como si lo hubiera estado esperando allí a propósito!

Eran cerca de las nueve cuando pasaba por la Sennaia. Todos los vendedores de las mesas, de los puestos, de las tiendas y tenditas cerraban

sus negocios o recogían y guardaban su mercancía, y se iban a sus casas, igual que sus clientes. Junto a las fondas de los bajos, en los patios sucios y hediondos de las casas de la plaza Sennaia, y sobre todo junto a las tabernas, se apiñaban muchos buscavidas y harapientos de toda clase y condición. Raskólnikov tenía preferencia por esos lugares, igual que por todos los callejones cercanos, cuando salía a la calle sin rumbo. Allí sus harapos no atraían la mirada altiva de nadie, y se podía andar con el aspecto que fuera sin escandalizar a nadie. Justo en la esquina del callejón K..., un mieshchanín y una mujer, su esposa, vendían en dos mesas su mercancía: hilos, cintas, pañuelos de percal, etcétera. También ellos se disponían a volver a casa, pero se habían demorado conversando con una conocida que se había acercado. Esa conocida era Lizaveta Ivánovna, o simplemente, como la llamaban todos, Lizaveta, la hermana menor de aquella misma vieja, Aliona Ivánovna, viuda de un registrador colegiado[2] y prestamista, en cuya casa había estado Raskólnikov el día anterior para empeñarle el reloj y hacer su ensayo... Hacía tiempo que sabía todo sobre esa Lizaveta, y hasta ella lo conocía un poco. Era una mujerona alta, desgarbada, tímida y sumisa, casi idiota, de treinta y cinco años, que vivía en completa esclavitud bajo su hermana, trabajaba para ella día y noche, temblaba ante ella y soportaba de ella hasta golpes. Estaba de pie, pensativa, con un bulto, delante del mieshchanín y de la mujer, y los escuchaba con atención. Los otros le explicaban algo con especial ardor. Cuando Raskólnikov la vio de pronto, lo invadió una sensación extraña, parecida al asombro más profundo, aunque en ese encuentro no había nada asombroso.

—Usted, Lizaveta Ivánovna, debería decidirlo en persona —decía en voz alta el mieshchanín—. Venga mañana, señora, entre las seis y las siete. Y

vendrán también ellos.

—¿Mañana? —dijo Lizaveta, arrastrando las palabras, pensativa, como si no se decidiera.

—¡Ay, cómo la tiene asustada Aliona Ivánovna! —parloteó la mujer del vendedor, una mujercita despierta—. La miro a usted y parece toda una criatura. Y ni siquiera es hermana suya de sangre, sino hermanastra, y mire cuánto poder se ha tomado.

—Esta vez no le diga nada a Aliona Ivánovna, señora —interrumpió el marido—, ese es mi consejo, y venga a vernos sin pedirle permiso. Es un negocio que conviene, señora. Después su hermanita misma podrá darse cuenta.

—¿Y si voy?

—Entre las seis y las siete, mañana; y vendrán de parte de ellos, señora; y lo decide usted en persona, señora.

—Y pondremos el samovar —añadió la mujer.

—Está bien, iré —dijo Lizaveta, todavía pensativa, y despacio empezó a ponerse en marcha.

Raskólnikov ya había pasado y no oyó más. Pasaba despacio, sin hacerse notar, procurando no perder ni una sola palabra. Su asombro inicial se fue convirtiendo poco a poco en horror, como si un escalofrío le recorriera la espalda. Se había enterado, se había enterado de pronto, de repente y de un modo completamente inesperado, de que al día siguiente, a las siete de la tarde en punto, Lizaveta, la hermana de la vieja y la única que vivía con ella, no estaría en casa, y de que, por lo tanto, la vieja, a las siete de la tarde en punto, se quedaría sola en casa.

Hasta su vivienda solo quedaban unos pasos. Entró en su cuarto como

un condenado a muerte. No razonaba nada, ni podía razonar en absoluto; pero con todo su ser sintió de pronto que ya no tenía libertad de juicio ni voluntad, y que todo, de pronto, estaba decidido definitivamente.

Desde luego, aunque hubiera tenido que esperar años enteros una ocasión propicia, ni así, teniendo ese propósito, habría podido contar con seguridad con un paso más evidente hacia el éxito de ese propósito que el que se le presentaba de pronto ahora. En todo caso, habría sido difícil enterarse la víspera y con seguridad, con mayor precisión y con el menor riesgo, sin ninguna pregunta ni averiguación peligrosa, de que al día siguiente, a tal hora, tal vieja, contra la que se preparaba un atentado, estaría en casa completamente sola.

Notas

1. Kutiá: dulce de arroz o de trigo con pasas o miel que se lleva a los oficios de difuntos.

2. Registrador colegiado: el grado más bajo (el decimocuarto) de la Tabla de Rangos.

Primera parte. Capítulo VI

Más adelante Raskólnikov llegó a enterarse de por qué exactamente el mieshchanín y su mujer habían invitado a Lizaveta a su casa. El asunto era de lo más corriente y no tenía nada de particular. Una familia forastera y empobrecida vendía cosas, ropa, etcétera, todo de mujer. Como vender en el mercado no convenía, buscaban una revendedora, y Lizaveta se dedicaba a eso: aceptaba encargos, se ocupaba de negocios y tenía mucha clientela, porque era muy honrada y siempre decía el precio último: el precio que decía, ese era. Hablaba poco, en general, y, como ya se ha dicho, era tan sumisa y asustadiza...

Pero Raskólnikov se había vuelto supersticioso en los últimos tiempos. Las huellas de esa superstición le quedaron todavía mucho tiempo después, casi imborrables. Y en todo este asunto siempre se inclinó después a ver como una especie de rareza, de misterio, como la presencia de ciertas influencias y coincidencias especiales. Todavía en invierno, un estudiante conocido suyo, Pókorev, al irse a Járkov, le había dado en una conversación la dirección de la vieja Aliona Ivánovna, por si alguna vez tenía que empeñar algo. Durante mucho tiempo no fue a verla, porque tenía clases y se las arreglaba de algún modo. Hacía mes y medio se había acordado de la

dirección; tenía dos objetos que se podían empeñar: el viejo reloj de plata de su padre y un pequeño anillo de oro con tres piedrecitas rojas, que su hermana le había regalado de recuerdo al despedirse. Decidió llevar el anillo; tras dar con la vieja, desde la primera mirada, sin saber todavía nada especial de ella, sintió hacia ella una repulsión invencible, le sacó dos «billetitos» y por el camino entró en una tabernucha de mala muerte. Pidió té, se sentó y se quedó muy pensativo. Una idea extraña se le estaba incubando en la cabeza, como un pollito en el huevo, y lo ocupaba mucho, muchísimo.

Casi a su lado, en otra mesita, estaban sentados un estudiante, al que no conocía ni recordaba en absoluto, y un joven oficial. Habían jugado al billar y se habían puesto a tomar té. De pronto oyó que el estudiante le hablaba al oficial de la prestamista Aliona Ivánovna, viuda de un secretario colegiado, y le daba su dirección. Eso solo ya le pareció a Raskólnikov algo extraño: él venía en ese momento de allí, y justo aquí se hablaba de ella. Desde luego, una casualidad, pero ahí estaba él, que no podía librarse de una impresión muy extraordinaria, y justo entonces fue como si alguien le hiciera un favor: el estudiante se pone de pronto a contarle a su compañero distintos detalles sobre esa Aliona Ivánovna.

—Es estupenda —decía—, con ella siempre se puede conseguir dinero. Es rica como un judío, puede soltar cinco mil de golpe, y tampoco le hace ascos a una prenda de un rublo. Muchos de los nuestros han pasado por su casa. Solo que es una bruja terrible...

Y se puso a contar lo mala y caprichosa que era, que bastaba con retrasarse un solo día con una prenda para que el objeto se perdiera. Daba cuatro veces menos de lo que valía el objeto y cobraba un interés del cinco

y hasta del siete por ciento al mes, etcétera. El estudiante se fue de la lengua y contó, además, que la vieja tenía una hermana, Lizaveta, a la que ella, tan chiquita y tan asquerosa, le pegaba a cada momento y tenía en completa esclavitud, como a una niña pequeña, mientras que Lizaveta medía por lo menos ocho vershkí...

—¡Eso sí que es un fenómeno! —exclamó el estudiante, y soltó una carcajada.

Se pusieron a hablar de Lizaveta. El estudiante hablaba de ella con un placer especial y no paraba de reírse, y el oficial escuchaba con mucho interés y le pedía al estudiante que le mandara a esa Lizaveta para que le remendara la ropa blanca. Raskólnikov no perdió ni una palabra y se enteró de todo de una vez: Lizaveta era la hermana menor de la vieja, hermanastra (de madres distintas), y tenía ya treinta y cinco años. Trabajaba para su hermana día y noche, hacía en la casa de cocinera y de lavandera, y además cosía para vender, hasta se empleaba para fregar suelos, y todo se lo entregaba a la hermana. No se atrevía a aceptar ningún encargo ni ningún trabajo sin permiso de la vieja. La vieja ya había hecho testamento, cosa que sabía la propia Lizaveta, a quien por ese testamento no le tocaba ni un centavo, salvo los muebles, las sillas y demás; todo el dinero se destinaba a un monasterio de la provincia de N..., para misas perpetuas por su alma. Lizaveta era del estamento de los mieshchane y no de familia de funcionarios, soltera, y terriblemente desgarbada, de estatura notablemente alta, con unos pies enormes, como torcidos hacia afuera, siempre con zapatos de cabritilla gastados, y era muy limpia. Y lo principal, lo que asombraba y hacía reír al estudiante, era que Lizaveta estaba embarazada a cada rato...

—¿Pero no dices que es un adefesio? —observó el oficial.

—Sí, es tan morena, como un soldado disfrazado, pero ¿sabes?, no es ningún adefesio. Tiene una cara y unos ojos tan buenos. Muchísimo. La prueba es que les gusta a muchos. Es tan callada, tan mansa, tan sumisa, tan complaciente, complaciente con todo. Y la sonrisa la tiene hasta muy linda.

—¿Así que también a ti te gusta? —se rió el oficial.

—Por lo rara. No, mira lo que te voy a decir. Yo a esa vieja maldita la mataría y la robaría, y te aseguro que sin el menor remordimiento de conciencia —añadió el estudiante con ardor.

El oficial volvió a soltar una carcajada, y Raskólnikov se estremeció. ¡Qué extraño era aquello!

—Permíteme, quiero hacerte una pregunta seria —se acaloró el estudiante—. Yo, desde luego, hace un momento bromeaba, pero mira: por un lado, una viejecilla estúpida, sin sentido, insignificante, mala, enferma, que no le sirve a nadie y al contrario les hace daño a todos, que ella misma no sabe para qué vive y que mañana mismo se va a morir sola. ¿Entiendes? ¿Entiendes?

—Bueno, entiendo —respondió el oficial, mirando fijamente con atención a su compañero acalorado.

—Escucha más. Por otro lado, fuerzas jóvenes, frescas, que se pierden en vano por falta de apoyo, ¡y eso por millares, y eso en todas partes! ¡Cien, mil buenas obras y empresas que se podrían organizar y enderezar con el dinero de la vieja, condenado al monasterio! Cientos, miles quizá de existencias encaminadas; decenas de familias salvadas de la miseria, de la descomposición, de la ruina, del libertinaje, de los hospitales venéreos, y

todo eso con su dinero. Mátala y toma su dinero, para dedicarte después con su ayuda al servicio de toda la humanidad y de la causa común: ¿qué te parece, no se borrará un solo crimencito diminuto con miles de buenas obras? Por una vida, miles de vidas salvadas de la podredumbre y la descomposición. Una muerte y cien vidas a cambio: ¡pero si eso es aritmética! ¿Y qué significa, en la balanza común, la vida de esa viejecilla tísica, estúpida y mala? No más que la vida de un piojo, de una cucaracha, y ni siquiera eso vale, porque la viejecilla es dañina. Se come la vida ajena: el otro día le mordió a Lizaveta un dedo por pura maldad; ¡por poco no se lo cortan!

—Desde luego, no es digna de vivir —observó el oficial—, pero ahí está la naturaleza.

—Eh, hermano, pero a la naturaleza se la corrige y se la encamina, y sin eso habría que ahogarse en los prejuicios. Sin eso no habría habido ni un solo gran hombre. Dicen: «el deber, la conciencia»; yo no quiero decir nada contra el deber y la conciencia, ¿pero cómo los entendemos? Espera, te voy a hacer otra pregunta. ¡Escucha!

—No, espera tú; yo te voy a hacer una pregunta. ¡Escucha!

—¡A ver!

—Ahí estás hablando y haciendo discursos, pero dime una cosa: ¿matarías tú mismo a la vieja o no?

—¡Claro que no! Yo, por la justicia... No se trata de mí...

—¡Pues a mi parecer, si tú mismo no te decides, entonces aquí no hay ninguna justicia! ¡Vamos a jugar otra partida!

Raskólnikov estaba extraordinariamente agitado. Desde luego, todas esas eran las conversaciones y las ideas juveniles más corrientes y más

frecuentes, que él ya había oído más de una vez, solo que en otras formas y sobre otros temas. ¿Pero por qué precisamente ahora le había tocado oír precisamente esa conversación y esas ideas, cuando en su propia cabeza acababan de nacer... exactamente las mismas ideas? ¿Y por qué precisamente ahora, en cuanto se llevaba el germen de su idea de casa de la vieja, iba a dar justo con una conversación sobre la vieja?... Esa coincidencia siempre le pareció extraña. Esa conversación insignificante, de taberna, tuvo una influencia extraordinaria sobre él en el desarrollo posterior del asunto: como si de verdad hubiera habido allí una especie de predestinación, de indicación... . . . . .

Al volver de la Sennaia, se dejó caer en el sofá y se quedó una hora entera sentado sin moverse. Mientras tanto oscureció; no tenía vela, y tampoco se le ocurría encender una. Nunca pudo recordar si pensaba en algo en ese tiempo. Por fin sintió la fiebre de antes, los escalofríos, y con deleite se dio cuenta de que en el sofá también se podía acostar. Pronto un sueño pesado, de plomo, cayó sobre él, como si lo aplastara.

Durmió un tiempo extraordinariamente largo y sin sueños. Nastasia, que entró en su cuarto a las diez de la mañana del día siguiente, a duras penas logró despertarlo a empujones. Le trajo té y pan. El té era otra vez de hojas usadas, y otra vez en su propia tetera.

—¡Mira cómo duerme! —exclamó indignada—. ¡Y se pasa la vida durmiendo!

Él se incorporó con esfuerzo. Le dolía la cabeza; se puso de pie, dio una vuelta por su cuartucho y volvió a caer en el sofá.

—¡Otra vez a dormir! —exclamó Nastasia—. ¿Pero qué, estás enfermo?

Él no respondió nada.

—¿Quieres té?

—Después —dijo él con esfuerzo, cerrando otra vez los ojos y volviéndose hacia la pared. Nastasia se quedó de pie junto a él.

—Quizá sí que esté enfermo —dijo, se dio la vuelta y se fue.

Volvió a entrar a las dos, con sopa. Él estaba acostado como antes. El té seguía sin tocar. Nastasia hasta se ofendió y, furiosa, empezó a sacudirlo.

—¿Qué haces roncando? —exclamó, mirándolo con repugnancia. Él se incorporó y se sentó, pero no le dijo nada y miraba al suelo.

—¿Estás enfermo o no? —preguntó Nastasia, y otra vez no obtuvo respuesta.

—Por lo menos podrías salir a la calle —dijo ella tras un silencio—, que te diera un poco el aire. ¿Vas a comer o qué?

—Después —dijo él débilmente—. ¡Vete! —E hizo un gesto con la mano.

Ella se quedó todavía un momento, lo miró con compasión y salió.

Al cabo de unos minutos él levantó los ojos y estuvo mucho rato mirando el té y la sopa. Después tomó el pan, tomó la cuchara y se puso a comer.

Comió poco, sin apetito, tres o cuatro cucharadas, como maquinalmente. La cabeza le dolía menos. Después de comer, se volvió a tender en el sofá, pero ya no podía dormirse, y estaba acostado sin moverse, boca abajo, con la cara hundida en la almohada. No dejaba de soñar despierto, y eran unas ensoñaciones muy extrañas: lo que más a menudo se le aparecía era que estaba en algún lugar de África, en Egipto, en una especie de oasis. La caravana descansa, los camellos están echados tranquilos; alrededor crecen palmeras formando todo un círculo; todos

comen. Y él no hace más que beber agua, directamente del arroyo, que corre y murmura allí mismo, a un costado. Y hace tanto fresco, y el agua es tan maravillosa, tan maravillosa, tan azul, fría, que corre sobre piedras de colores y sobre una arena tan limpia, con destellos de oro... De pronto oyó claramente que un reloj daba la hora. Se estremeció, volvió en sí, levantó la cabeza, miró por la ventana, calculó la hora y de pronto se levantó de un salto, completamente despejado, como si alguien lo hubiera arrancado del sofá. De puntillas se acercó a la puerta, la entreabrió despacio y se puso a escuchar hacia abajo, por la escalera. El corazón le latía terriblemente. Pero en la escalera todo estaba en silencio, como si todos durmieran... Le pareció absurdo y extraño haber podido dormir en semejante sopor desde el día anterior sin haber hecho todavía nada, sin haber preparado nada... Y mientras tanto quizá ya habían dado las seis... Y en lugar del sueño y el embotamiento, lo invadió de pronto un ajetreo extraordinario, febril y como desconcertado. Por lo demás, los preparativos eran pocos. Ponía todo su empeño en calcularlo todo y no olvidar nada; y el corazón seguía latiendo, golpeándole tanto que le costaba respirar. En primer lugar, había que hacer una presilla y coserla al abrigo: cosa de un minuto. Metió la mano debajo de la almohada y, entre la ropa blanca amontonada allí, encontró una camisa suya vieja, completamente deshecha, sin lavar. De sus jirones arrancó una tira de un vershok de ancho y unos ocho de largo. Dobló la tira en dos, se quitó su abrigo de verano ancho y resistente, de una tela gruesa de algodón (su única prenda de abrigo), y empezó a coser los dos extremos de la tira bajo la axila izquierda, por dentro. Le temblaban las manos mientras cosía, pero lo logró, y de modo que por fuera no se veía nada cuando volvió a ponerse el abrigo. La aguja y el hilo los tenía

preparados desde hacía mucho y estaban en la mesita, envueltos en un papel. En cuanto a la presilla, era una invención suya muy ingeniosa: la presilla estaba destinada al hacha. No se podía llevar un hacha por la calle en la mano. Y si la escondía bajo el abrigo, de todos modos habría tenido que sostenerla con la mano, cosa que se notaría. Ahora, en cambio, con la presilla, bastaba con meter en ella la hoja del hacha, y colgaría tranquilamente, por dentro, bajo la axila, todo el camino. Y metiendo la mano en el bolsillo lateral del abrigo podía sostener también el extremo del mango del hacha, para que no se bamboleara; y como el abrigo era muy ancho, un verdadero saco, no se podía notar por fuera que sostenía algo con la mano a través del bolsillo. Esa presilla también la había ideado ya dos semanas antes.

Terminado esto, metió los dedos en una pequeña rendija entre su sofá «turco» y el suelo, tanteó junto al rincón izquierdo y sacó la prenda que tenía preparada y escondida allí desde hacía mucho. Esa prenda, por lo demás, no era ninguna prenda, sino simplemente una tablita de madera, bien cepillada, no más grande ni más gruesa de lo que podría ser una pitillera de plata. Había encontrado esa tablita por casualidad, en uno de sus paseos, en un patio donde, en un ala del edificio, había una especie de taller. Después le había agregado a la tablita una plaquita de hierro lisa y delgada, seguramente un trozo roto de algo, que también había encontrado en la calle entonces. Juntó las dos tablitas, de las cuales la de hierro era más pequeña que la de madera, y las ató con fuerza, en cruz, con hilo; después las envolvió con cuidado y elegancia en un papel blanco limpio y las ató con un cordoncito fino, también en cruz, y dispuso el nudo de manera que fuera bastante complicado de desatar. Eso era para

distraer por un momento la atención de la vieja, cuando se pusiera a pelear con el nudo, y aprovechar así un minuto. La plaquita de hierro estaba agregada para el peso, para que la vieja, por lo menos en el primer momento, no adivinara que el «objeto» era de madera. Todo eso lo guardaba hasta el momento debajo del sofá. Apenas había sacado la prenda cuando, de pronto, en algún lugar del patio, alguien gritó:

—¡Hace rato que pasaron las seis!

—¡Hace rato! ¡Dios mío!

Se lanzó hacia la puerta, escuchó, agarró el sombrero y empezó a bajar sus trece escalones, con cuidado, sin ruido, como un gato. Le esperaba lo más importante: robar el hacha de la cocina. Que el asunto había que hacerlo con un hacha, lo tenía decidido desde hacía mucho. Tenía además una navaja de jardín plegable; pero no confiaba en la navaja, y sobre todo no confiaba en sus fuerzas, y por eso se había quedado definitivamente con el hacha. Señalemos, de paso, una particularidad de todas las decisiones definitivas que ya había tomado en este asunto. Tenían una propiedad extraña: cuanto más definitivas se volvían, más monstruosas, más absurdas se volvían enseguida también a sus ojos. A pesar de toda su torturante lucha interior, nunca, ni por un instante, en todo ese tiempo, pudo creer que sus planes fueran realizables.

Y aunque alguna vez hubiera ocurrido que ya todo, hasta el último punto, lo hubiera analizado y decidido definitivamente, y que ya no le quedara ninguna duda, entonces, precisamente, parece que habría renunciado a todo como a un absurdo, a una monstruosidad y a una imposibilidad. Pero quedaba todavía un abismo de puntos sin resolver y de dudas. En cuanto a dónde conseguir el hacha, esa pequeñez no lo

inquietaba en lo más mínimo, porque no había nada más fácil. El caso era que Nastasia, sobre todo por las tardes, a cada momento no estaba en casa: o salía corriendo a casa de los vecinos, o a la tienda, y siempre dejaba la puerta abierta de par en par. La casera solo por eso se peleaba con ella. Así que bastaba con entrar sin ruido en la cocina, cuando llegara el momento, y tomar el hacha, y después, al cabo de una hora (cuando todo hubiera terminado), entrar y dejarla en su lugar. Pero se le presentaban también dudas: supongamos que vuelve al cabo de una hora para dejarla en su lugar, y Nastasia está allí, ha vuelto. Desde luego, habría que pasar de largo y esperar a que volviera a salir. ¿Y si en ese tiempo echa en falta el hacha, se pone a buscarla, arma un escándalo? Ahí estaría la sospecha o, por lo menos, un motivo de sospecha.

Pero esas eran todavía pequeñeces, en las que ni había empezado a pensar, y además no tenía tiempo. Pensaba en lo principal, y las pequeñeces las dejaba para cuando él mismo estuviera convencido de todo. Pero esto último le parecía decididamente irrealizable. Así, por lo menos, le parecía a él mismo. No podía de ningún modo imaginarse, por ejemplo, que alguna vez terminaría de pensar, se levantaría y simplemente iría allí... Incluso su reciente ensayo (es decir, la visita con la intención de examinar definitivamente el lugar) solo lo había intentado, pero ni mucho menos en serio, sino así: «Vamos, iré a probar, ¡para qué soñar tanto!», y enseguida no pudo más, escupió y huyó, furioso consigo mismo. Y sin embargo, parecía que todo el análisis, en el sentido de la solución moral de la cuestión, ya lo había terminado: su casuística se había afilado como una navaja de afeitar, y ya no encontraba en sí mismo objeciones conscientes. Pero en este último punto sencillamente no se creía a sí mismo, y con

obstinación, servilmente, buscaba objeciones a los costados y a tientas, como si alguien lo obligara y lo arrastrara a eso. Y el último día, que llegó de manera tan imprevista y lo decidió todo de golpe, actuó sobre él de un modo casi completamente mecánico: como si alguien lo hubiera tomado de la mano y lo arrastrara tras de sí, irresistiblemente, a ciegas, con una fuerza antinatural, sin objeciones. Como si un jirón de su ropa se hubiera enganchado en la rueda de una máquina y esta empezara a arrastrarlo hacia adentro.

Al principio (aunque ya mucho antes) le interesaba una pregunta: ¿por qué casi todos los crímenes se descubren y se delatan con tanta facilidad, y se marcan con tanta evidencia las huellas de casi todos los criminales? Poco a poco llegó a conclusiones variadas y curiosas, y, a su juicio, la causa principal no estaba tanto en la imposibilidad material de ocultar el crimen como en el propio criminal; el propio criminal, y casi cualquiera, en el momento del crimen sufre una especie de desfallecimiento de la voluntad y de la razón, que son reemplazadas, por el contrario, por una ligereza infantil fenomenal, y precisamente en el momento en que más necesarias son la razón y la prudencia. Según su convicción, resultaba que ese eclipse de la razón y ese desfallecimiento de la voluntad se apoderan del hombre como una enfermedad, se desarrollan poco a poco y llegan a su punto más alto poco antes de cometerse el crimen; continúan de la misma forma en el momento mismo del crimen y todavía algún tiempo después, según el individuo; después pasan, igual que pasa cualquier enfermedad. Pero la pregunta de si es la enfermedad la que engendra el crimen o si el crimen mismo, por alguna naturaleza particular suya, va siempre acompañado de algo parecido a una enfermedad, todavía no se sentía capaz de resolverla.

Al llegar a esas conclusiones, decidió que a él personalmente, en su asunto, no podían ocurrirle semejantes trastornos enfermizos, que la razón y la voluntad permanecerían con él, inseparables, durante toda la ejecución de lo planeado, por la única razón de que lo que él había planeado «no era un crimen»... Omitimos todo el proceso por el cual llegó a esta última decisión; ya nos hemos adelantado demasiado... Añadiremos solo que las dificultades fácticas, puramente materiales, del asunto, en general desempeñaban en su mente el papel más secundario. «Basta con conservar sobre ellas toda la voluntad y toda la razón, y todas serán vencidas, a su debido tiempo, cuando haya que conocer hasta en sus más mínimos detalles todas las circunstancias del asunto...» Pero el asunto no empezaba. En sus decisiones definitivas era en lo que menos seguía creyendo, y cuando sonó la hora, todo salió de un modo completamente distinto, como por casualidad, incluso casi inesperadamente.

Una circunstancia de lo más insignificante lo dejó en un callejón sin salida antes incluso de que bajara la escalera. Al llegar a la altura de la cocina de la casera, abierta de par en par como siempre, miró de reojo con cuidado hacia adentro para comprobar de antemano si no estaría allí, en ausencia de Nastasia, la propia casera, y, si no estaba, si las puertas de su habitación estaban bien cerradas, para que tampoco ella se asomara de algún modo cuando él entrara por el hacha. ¡Pero cuál no sería su asombro cuando vio de pronto que Nastasia no solo estaba esta vez en casa, en su cocina, sino que además estaba ocupada: sacaba ropa blanca de un cesto y la colgaba en las cuerdas! Al verlo, dejó de colgar, se volvió hacia él y lo estuvo mirando todo el tiempo mientras pasaba. Él apartó los ojos y pasó como si no notara nada. Pero el asunto estaba terminado: ¡no había hacha!

Quedó terriblemente impresionado.

«¿Y de dónde saqué yo —pensaba, mientras bajaba hacia el portón—, de dónde saqué que precisamente en ese momento ella no iba a estar en casa? ¿Por qué, por qué, por qué lo di por tan seguro?» Estaba aplastado, incluso como humillado. Tenía ganas de reírse de sí mismo, de rabia... Una rabia sorda, bestial, hervía en él.

Se detuvo pensativo bajo el portón. Salir a la calle, así, para disimular, a pasear, le repugnaba; volver a casa, todavía más. «¡Y qué ocasión he perdido para siempre!», murmuró, de pie sin objeto bajo el portón, justo enfrente del cuartucho oscuro del portero, también abierto. De pronto se estremeció. Del cuartucho del portero, que estaba a dos pasos de él, de debajo del banco, a la derecha, algo le brilló en los ojos... Miró alrededor: nadie. De puntillas se acercó a la portería, bajó los dos escalones y con voz débil llamó al portero. «¡Así es, no está! Anda cerca, de todos modos, en el patio, porque la puerta está abierta de par en par». Se lanzó de cabeza sobre el hacha (era un hacha) y la sacó de debajo del banco, donde estaba entre dos leños; ahí mismo, sin salir, la sujetó en la presilla, metió las dos manos en los bolsillos y salió de la portería; ¡nadie lo vio! «¡Si no es la razón, es el diablo!», pensó, con una sonrisa extraña. Esa casualidad lo animó extraordinariamente.

Iba por el camino despacio y con aplomo, sin apresurarse, para no despertar ninguna sospecha. Miraba poco a los transeúntes, procuraba incluso no mirarles la cara en absoluto y pasar lo más inadvertido posible. Entonces se acordó del sombrero. «¡Dios mío! ¡Y anteayer tenía dinero, y no fui capaz de cambiarlo por una gorra!» Una maldición le salió del alma.

Al echar por casualidad un vistazo, con un ojo, dentro de una tienda,

vio que allí, en el reloj de pared, eran ya las siete y diez. Había que apresurarse y al mismo tiempo dar un rodeo: acercarse a la casa dando la vuelta, por el otro lado...

Antes, cuando se imaginaba todo esto, a veces pensaba que iba a tener mucho miedo. Pero ahora no tenía mucho miedo, incluso no tenía ningún miedo. En ese momento lo ocupaban incluso ciertos pensamientos ajenos al asunto, aunque ninguno por mucho tiempo. Al pasar junto al jardín Yusúpov, hasta se entretuvo bastante pensando en la instalación de fuentes altas y en lo bien que refrescarían el aire en todas las plazas. Poco a poco llegó a la convicción de que, si se extendiera el Jardín de Verano a todo el Campo de Marte y hasta se lo uniera con el jardín del palacio Mijáilovski, sería algo hermoso y utilísimo para la ciudad. Entonces le interesó de pronto por qué precisamente en todas las grandes ciudades el hombre, no solo por necesidad, sino como por una inclinación especial, tiende a vivir y a instalarse precisamente en esas partes de la ciudad donde no hay jardines ni fuentes, donde hay suciedad y hedor y toda clase de porquerías. Entonces se acordó de sus propios paseos por la Sennaia, y por un momento volvió en sí. «Qué disparate —pensó—. ¡No, mejor no pensar en nada!»

«Así, seguramente, los que llevan al patíbulo se aferran con el pensamiento a todos los objetos que encuentran por el camino», le cruzó por la cabeza, pero solo le cruzó como un relámpago; él mismo apagó enseguida ese pensamiento... Pero ya está cerca, ya está la casa, ya está el portón. En algún lugar, de pronto, un reloj dio una campanada.

«¿Qué es eso? ¿Serán las siete y media? ¡No puede ser, seguro que adelanta!»

Por suerte para él, en el portón todo salió bien otra vez. Más aún: como hecho a propósito, en ese mismo instante, justo delante de él, entró por el portón una enorme carreta de heno, que lo tapó por completo todo el tiempo que tardó en cruzar el pasaje, y apenas la carreta salió del portón al patio, él se deslizó en un instante a la derecha. Allí, del otro lado de la carreta, se oía que varias voces gritaban y discutían, pero nadie lo vio, y no se cruzó con nadie. Muchas ventanas que daban a ese enorme patio cuadrado estaban abiertas en ese momento, pero él no levantó la cabeza: no tenía fuerzas. La escalera de la vieja estaba cerca, enseguida, a la derecha del portón. Ya estaba en la escalera...

Recobrando el aliento y apretándose con la mano el corazón que golpeaba, palpando y ajustando una vez más el hacha, empezó a subir la escalera con cuidado y en silencio, escuchando a cada momento. Pero también la escalera estaba en ese momento completamente vacía; todas las puertas estaban cerradas; no se cruzó con nadie. En el segundo piso, es verdad, una vivienda vacía estaba abierta de par en par, y en ella trabajaban unos pintores, pero ni lo miraron. Se detuvo, pensó y siguió subiendo. «Desde luego, sería mejor que no estuvieran aquí, pero... por encima de ellos hay todavía dos pisos».

Pero ya está el cuarto piso, ya está la puerta, ya está la vivienda de enfrente, la vacía. En el tercer piso, por todos los indicios, la vivienda que está justo debajo de la de la vieja también está vacía: la tarjeta de visita, clavada a la puerta con clavitos, ha sido retirada: ¡se han mudado!... Se ahogaba. Por un instante le cruzó por la mente un pensamiento: «¿Y si me voy?». Pero no se dio respuesta y se puso a escuchar hacia la vivienda de la vieja: un silencio de muerte. Después escuchó una vez más hacia abajo, por

la escalera; escuchó mucho rato, con atención... Después miró alrededor por última vez, se recompuso, se arregló y probó una vez más el hacha en la presilla. «¿No estaré pálido... demasiado? —pensaba—. ¿No estaré especialmente agitado? Ella es desconfiada... ¿Y si espero un poco más... a que se calme el corazón?...»

Pero el corazón no se calmaba. Al contrario, como a propósito, golpeaba más fuerte, más fuerte, más fuerte... No pudo más, extendió despacio la mano hacia la campanilla y llamó. Al cabo de medio minuto volvió a llamar, más fuerte.

No hubo respuesta. Llamar sin sentido no tenía por qué, y además no le iba a su papel. La vieja, desde luego, estaba en casa, pero era desconfiada y estaba sola. Él conocía en parte sus costumbres... y una vez más pegó con fuerza la oreja a la puerta. Ya fuera que sus sentidos estuvieran tan aguzados (cosa que en general es difícil suponer), o que de verdad se oyera mucho, de pronto distinguió como un roce cauteloso de una mano en el picaporte y como el frufrú de un vestido contra la puerta misma. Alguien estaba de pie, sin hacerse notar, justo junto a la cerradura, y exactamente igual que él aquí, afuera, escuchaba, escondido adentro y, al parecer, también con la oreja pegada a la puerta...

Él se movió a propósito y murmuró algo en voz más alta, para no dejar ver que se escondía; después llamó por tercera vez, pero despacio, con aplomo y sin ninguna impaciencia. Al recordarlo después, de manera vívida, clara (ese minuto quedó grabado en él para siempre), no podía entender de dónde había sacado tanta astucia, tanto más cuanto que su mente parecía apagarse por momentos y su propio cuerpo casi no lo sentía... Un instante después se oyó que quitaban el cerrojo.

Primera parte. Capítulo VII

La puerta, como la otra vez, se entreabrió apenas una rendija diminuta, y otra vez dos miradas agudas y desconfiadas se clavaron en él desde la oscuridad. Entonces Raskólnikov perdió la cabeza y estuvo a punto de cometer un error grave.

Temiendo que la vieja se asustara de que estuvieran solos, y sin esperar que su aspecto la tranquilizara, agarró la puerta y tiró de ella hacia sí, para que a la vieja no se le ocurriera volver a cerrar. Al ver eso, ella no tiró de la puerta hacia atrás, pero tampoco soltó el picaporte, de modo que él casi la sacó a la escalera junto con la puerta. Y viendo que ella estaba atravesada en la puerta y no lo dejaba pasar, fue directamente hacia ella. Ella retrocedió de un salto, asustada; quiso decir algo, pero pareció que no podía, y lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Buenas tardes, Aliona Ivánovna —empezó él con toda la desenvoltura que pudo, pero la voz no le obedeció, se le cortó y tembló—. Le traigo... un objeto... pero mejor vamos aquí... a la luz... —Y, dejándola, entró directamente en la habitación, sin que lo invitaran. La vieja corrió tras él; se le soltó la lengua.

—¡Señor! ¿Pero qué quiere usted?... ¿Quién es? ¿Qué desea?

—Por favor, Aliona Ivánovna... soy un conocido suyo... Raskólnikov... aquí tiene, le traigo la prenda que le prometí el otro día... —Y le tendía la prenda.

La vieja echó una mirada a la prenda, pero enseguida clavó los ojos directamente en los ojos del visitante inesperado. Miraba con atención, con malicia y desconfianza. Pasó como un minuto; a él hasta le pareció ver en sus ojos algo así como burla, como si ya lo hubiera adivinado todo. Sentía que perdía la cabeza, que casi tenía miedo, tanto miedo que, le parecía, si ella seguía mirándolo así, sin decir palabra, medio minuto más, él habría huido.

—¿Pero por qué me mira así, como si no me reconociera? —dijo él de pronto, también con rabia—. Si la quiere, tómela, y si no, me voy a otro, que no tengo tiempo.

Ni siquiera había pensado decir eso; le salió así, solo, de pronto.

La vieja volvió en sí, y el tono resuelto del visitante, por lo visto, la tranquilizó.

—¿Pero qué te pasa, padrecito, así de golpe...? ¿Qué es esto? —preguntó, mirando la prenda.

—Una pitillera de plata: ya se lo dije la otra vez.

Ella extendió la mano.

—¿Pero por qué está usted tan pálido? ¡Y le tiemblan las manos! ¿Se ha bañado, o qué, padrecito?

—Fiebre —respondió él, cortante—. Uno se pone pálido sin querer... cuando no tiene qué comer —añadió, articulando apenas las palabras. Las fuerzas volvían a abandonarlo. Pero la respuesta le pareció verosímil; la vieja tomó la prenda.

—¿Qué es esto? —preguntó, examinando otra vez fijamente a Raskólnikov y sopesando la prenda en la mano.

—Un objeto... una pitillera... de plata... mírela.

—Pero si parece que no es de plata... Mira cómo la ha envuelto.

Tratando de desatar el cordel y volviéndose hacia la ventana, hacia la luz (tenía todas las ventanas cerradas, a pesar del bochorno), lo dejó del todo por unos segundos y se puso de espaldas a él. Él se desabrochó el abrigo y liberó el hacha de la presilla, pero todavía no la sacó del todo, sino que solo la sostenía con la mano derecha bajo la ropa. Tenía las manos terriblemente débiles; él mismo sentía cómo, a cada instante, se le iban entumeciendo y agarrotando más. Temía soltar y dejar caer el hacha... de pronto la cabeza pareció darle vueltas.

—¡Pero cómo la ha envuelto! —exclamó con fastidio la vieja, e hizo un movimiento hacia él.

No se podía perder ni un instante más. Sacó del todo el hacha, la levantó con las dos manos, sin sentirse apenas, y casi sin esfuerzo, casi maquinalmente, la dejó caer sobre la cabeza, con el lomo. Era como si no tuviera fuerzas. Pero en cuanto dejó caer el hacha una vez, le nació la fuerza.

La vieja, como siempre, tenía la cabeza descubierta. Su pelo claro, entrecano, ralo, untado de aceite como de costumbre, estaba trenzado en una coletita de rata y recogido bajo un pedazo de peineta de cuerno que le asomaba en la nuca. El golpe le dio justo en la coronilla, a lo que contribuyó su baja estatura. Ella gritó, pero muy débilmente, y de pronto se desplomó toda hacia el suelo, aunque todavía alcanzó a levantar las dos manos hacia la cabeza. En una mano seguía sosteniendo la «prenda».

Entonces él golpeó con todas sus fuerzas una vez y otra, siempre con el lomo y siempre en la coronilla. La sangre brotó como de un vaso volcado, y el cuerpo cayó de espaldas. Él retrocedió, la dejó caer y enseguida se inclinó sobre su cara; ya estaba muerta. Tenía los ojos desorbitados, como si quisieran saltarle afuera, y la frente y toda la cara arrugadas y desfiguradas por una convulsión.

Dejó el hacha en el suelo, junto a la muerta, y enseguida le metió la mano en el bolsillo, procurando no mancharse con la sangre que corría: en aquel mismo bolsillo derecho del que ella la otra vez había sacado las llaves. Estaba en su sano juicio, ya no había eclipses ni mareos, pero las manos le seguían temblando. Recordó después que hasta había estado muy atento, muy cuidadoso, que procuraba no mancharse... Las llaves las sacó enseguida; todas, como la otra vez, estaban en un solo manojo, en una sola argolla de acero. Enseguida corrió con ellas al dormitorio. Era una habitación muy pequeña, con una enorme vitrina de iconos. Contra otra pared había una cama grande, muy limpia, con una colcha guateada de seda hecha de retazos. Contra la tercera pared había una cómoda. Cosa extraña: apenas empezó a probar las llaves en la cómoda, apenas oyó su tintineo, fue como si le recorriera una convulsión. De pronto tuvo otra vez ganas de dejarlo todo e irse. Pero fue solo un instante; ya era tarde para irse. Hasta se sonrió de sí mismo, cuando de pronto otra idea inquietante le golpeó la cabeza. De pronto le pareció que la vieja, quizá, todavía estaba viva y todavía podía volver en sí. Dejando las llaves y la cómoda, corrió de vuelta hacia el cuerpo, agarró el hacha y la levantó una vez más sobre la vieja, pero no la dejó caer. No había duda de que estaba muerta. Al inclinarse y examinarla de nuevo más de cerca, vio claramente que el cráneo

estaba destrozado e incluso un poquito torcido hacia un lado. Quiso tocarlo con el dedo, pero retiró la mano; de todos modos se veía. Mientras tanto ya se había formado todo un charco de sangre. De pronto advirtió en su cuello un cordón, tiró de él, pero el cordón era resistente y no se rompía; además estaba empapado de sangre. Intentó sacarlo así, del pecho, pero algo lo impedía, se había enganchado. Impaciente, levantó otra vez el hacha para cortar el cordón allí mismo, sobre el cuerpo, desde arriba, pero no se atrevió, y con dificultad, manchándose las manos y el hacha, tras dos minutos de forcejeo, cortó el cordón sin tocar el cuerpo con el hacha y lo sacó; no se había equivocado: un monedero. En el cordón había dos cruces, una de ciprés y otra de cobre, y además una medallita esmaltada; y allí mismo, junto con ellas, colgaba un monedero pequeño, de gamuza, grasiento, con un aro de acero y una argollita. El monedero estaba muy repleto; Raskólnikov se lo metió en el bolsillo sin mirarlo, arrojó las cruces sobre el pecho de la vieja y, llevándose esta vez también el hacha, volvió corriendo al dormitorio.

Tenía una prisa terrible; agarró las llaves y volvió a forcejear con ellas. Pero todo le salía mal: no entraban en las cerraduras. No es que le temblaran tanto las manos, pero se equivocaba una y otra vez: ve, por ejemplo, que la llave no es esa, que no entra, y sigue metiéndola. De pronto recordó y comprendió que esa llave grande, con el paletón dentado, que se bamboleaba allí mismo con las otras pequeñas, seguramente no era de la cómoda (como ya se le había ocurrido la otra vez), sino de algún baúl, y que en ese baúl, quizá, estaba todo escondido. Dejó la cómoda y enseguida se metió debajo de la cama, sabiendo que las viejas suelen guardar los baúles debajo de la cama. Así era: había un baúl considerable, de más de un

arshín[1] de largo, con tapa abombada, forrado de tafilete rojo y tachonado de clavitos de acero. La llave dentada encajó justo y lo abrió. Arriba, bajo una sábana blanca, había un abriguito de piel de liebre cubierto de una tela roja; debajo había un vestido de seda, después un chal, y más abajo, en el fondo, parecía no haber más que trapos. Lo primero que hizo fue ponerse a limpiar en la tela roja sus manos manchadas de sangre. «Es rojo, y sobre el rojo la sangre se nota menos», razonó, y de pronto volvió en sí: «¡Señor! ¿Me estaré volviendo loco?», pensó asustado.

Pero apenas removió esos trapos, de pronto, de debajo del abriguito, se escurrió un reloj de oro. Se lanzó a revolverlo todo. En efecto, entre los trapos había objetos de oro mezclados —probablemente todos prendas, desempeñadas y sin desempeñar—: pulseras, cadenitas, aretes, alfileres, etcétera. Algunos estaban en estuches, otros simplemente envueltos en papel de periódico, pero con cuidado y esmero, en hojas dobles, y atados alrededor con cintas. Sin la menor demora, empezó a llenarse con ellos los bolsillos del pantalón y del abrigo, sin examinar ni abrir los paquetes y los estuches; pero no alcanzó a juntar mucho...

De pronto se oyó que alguien andaba en la habitación donde estaba la vieja. Se detuvo y se quedó quieto, como muerto. Pero todo estaba en silencio; entonces le había parecido. De pronto se oyó claramente un grito ligero, o como si alguien gimiera bajo y entrecortado y se callara. Después, otra vez un silencio de muerte, un minuto o dos. Él estaba en cuclillas junto al baúl y esperaba, respirando apenas, pero de pronto se levantó de un salto, agarró el hacha y salió corriendo del dormitorio.

En medio de la habitación estaba Lizaveta, con un gran bulto en las manos, y miraba atónita a su hermana asesinada, blanca como el lienzo y

como incapaz de gritar. Al verlo salir corriendo, se puso a temblar como una hoja, con un temblor menudo, y convulsiones le recorrieron toda la cara; levantó un poco la mano, abrió la boca, pero aun así no gritó, y despacio, de espaldas, empezó a retroceder hacia el rincón, mirándolo fijamente, directo a los ojos, pero sin gritar, como si le faltara el aire para gritar. Él se lanzó sobre ella con el hacha; los labios de ella se torcieron de un modo tan lastimero, como los de los niños muy pequeños cuando empiezan a asustarse de algo, miran fijamente lo que los asusta y están a punto de gritar. Y era tan simple esa desdichada Lizaveta, tan apocada y tan asustada de una vez para siempre, que ni siquiera levantó la mano para protegerse la cara, aunque ese era el gesto más necesario y natural en ese momento, porque el hacha estaba levantada justo sobre su cara. Solo levantó un poquito su mano izquierda libre, ni de lejos hasta la cara, y la tendió despacio hacia él, como apartándolo. El golpe le dio de lleno en el cráneo, con el filo, y le partió de una vez toda la parte superior de la frente, casi hasta la coronilla. Se desplomó. Raskólnikov perdió por completo la cabeza, agarró el bulto de ella, lo volvió a tirar y corrió al recibidor.

El miedo se apoderaba de él cada vez más, sobre todo después de ese segundo asesinato, completamente inesperado. Quería huir de allí cuanto antes. Y si en ese momento hubiera sido capaz de ver y razonar con más acierto; si solo hubiera podido darse cuenta de todas las dificultades de su situación, de toda la desesperación, toda la monstruosidad y todo el absurdo de ella, y comprender cuántos obstáculos, y quizá cuántas atrocidades, le quedaban todavía por superar y cometer para escapar de allí y llegar a casa, es muy posible que lo hubiera dejado todo y hubiera ido enseguida a denunciarse a sí mismo, y no siquiera por miedo por sí mismo,

sino solo por el horror y la repugnancia ante lo que había hecho. La repugnancia, sobre todo, subía y crecía en él a cada minuto. Por nada del mundo habría vuelto ahora al baúl, ni siquiera a las habitaciones.

Pero una especie de distracción, como una especie de ensimismamiento, empezó poco a poco a apoderarse de él: por momentos parecía olvidarse, o, mejor dicho, olvidaba lo principal y se aferraba a pequeñeces. Por lo demás, al echar una mirada a la cocina y ver en un banco un balde medio lleno de agua, se le ocurrió lavarse las manos y el hacha. Tenía las manos ensangrentadas y pegajosas. Metió el hacha con la hoja directamente en el agua, agarró un pedacito de jabón que había en la ventana, en un platito rajado, y se puso a lavarse las manos dentro del mismo balde. Una vez lavadas, sacó también el hacha, lavó el hierro y estuvo largo rato, unos tres minutos, lavando la madera, donde se había ensangrentado, probando incluso con jabón. Después lo secó todo con la ropa que se estaba secando allí mismo, en una cuerda tendida a través de la cocina, y luego estuvo largo rato examinando con atención el hacha junto a la ventana. No quedaban huellas, solo el mango todavía estaba húmedo. Metió con cuidado el hacha en la presilla, bajo el abrigo. Después, en la medida en que lo permitía la luz de la cocina sombría, examinó el abrigo, el pantalón, las botas. Por fuera, a primera vista, parecía no haber nada; solo en las botas había manchas. Mojó un trapo y limpió las botas. Sabía, por lo demás, que no miraba bien, que quizá había algo que saltaba a la vista y que él no notaba. Se quedó pensativo en medio de la habitación. Un pensamiento torturante, oscuro, subía en él: el pensamiento de que estaba enloqueciendo y de que en ese momento no era capaz ni de razonar ni de defenderse, de que quizá no era en absoluto eso lo que había que hacer, lo

que ahora estaba haciendo... «¡Dios mío! ¡Hay que huir, huir!», murmuró, y se lanzó al recibidor. Pero allí lo esperaba un horror como, desde luego, no había experimentado nunca.

Estaba de pie, miraba y no creía a sus ojos: la puerta, la puerta de afuera, la del recibidor a la escalera, la misma por la que había llamado y entrado hacía un rato, estaba abierta, incluso entornada un palmo entero: ¡sin llave, sin cerrojo, todo el tiempo, durante todo ese tiempo! La vieja no había cerrado detrás de él, quizá por precaución. ¡Pero Dios! ¡Si después había visto a Lizaveta! ¡Y cómo pudo, cómo pudo no darse cuenta de que ella había entrado por algún lado! No a través de la pared.

Se precipitó hacia la puerta y echó el cerrojo.

«¡Pero no, otra vez no es eso! Hay que irse, irse...»

Quitó el cerrojo, abrió la puerta y se puso a escuchar hacia la escalera.

Escuchó largo rato. En algún lugar lejano, abajo, probablemente bajo el portón, dos voces gritaban fuerte y chillón, discutían e insultaban. «¿Qué les pasa?...» Esperaba con paciencia. Por fin todo calló de golpe, como cortado; se habían ido. Ya quería salir, pero de pronto, un piso más abajo, se abrió con ruido una puerta que daba a la escalera, y alguien empezó a bajar canturreando una melodía. «¡Cómo hacen ruido todos!», le cruzó por la cabeza. Volvió a entornar la puerta detrás de sí y esperó. Por fin todo calló, ni un alma. Ya había dado un paso hacia la escalera cuando de pronto volvieron a oírse unos pasos nuevos.

Esos pasos se oyeron muy lejos, todavía al principio mismo de la escalera, pero él recordaba muy bien y con claridad que desde el primer sonido, ya entonces, empezó a sospechar, no sabía por qué, que venían sin falta hacia aquí, al cuarto piso, a casa de la vieja. ¿Por qué? ¿Acaso los

sonidos eran tan especiales, tan significativos? Los pasos eran pesados, regulares, sin prisa. Ya había pasado el primer piso, ya subía más; ¡cada vez se oía más! Se oyó la respiración pesada, jadeante, del que subía. Ya empezaba el tercero... ¡Aquí! Y de pronto le pareció que se había quedado como petrificado, que era exactamente como en un sueño, cuando uno sueña que lo persiguen, que están cerca, que quieren matarlo, y uno está como clavado en el sitio y no puede mover los brazos.

Y por fin, cuando el visitante ya empezaba a subir al cuarto piso, solo entonces se sobresaltó entero de pronto y alcanzó, a pesar de todo, a deslizarse rápida y hábilmente de vuelta del rellano a la vivienda y a entornar la puerta detrás de sí. Después agarró el cerrojo y despacio, sin ruido, lo encajó en la armella. El instinto lo ayudaba. Terminado todo, se quedó escondido sin respirar, justo junto a la puerta. El visitante inesperado ya estaba también ante la puerta. Ahora estaban uno frente al otro, como hacía un rato él con la vieja, cuando la puerta los separaba y él escuchaba.

El visitante resopló pesadamente varias veces. «Debe de ser gordo y grande», pensó Raskólnikov, apretando el hacha en la mano. En efecto, era exactamente como si todo aquello fuera un sueño. El visitante agarró la campanilla y llamó con fuerza.

En cuanto tintineó el sonido de hojalata de la campanilla, de pronto le pareció que en la habitación algo se había movido. Durante unos segundos incluso escuchó en serio. El desconocido volvió a hacer sonar la campanilla, esperó un poco más y de pronto, impaciente, empezó a sacudir con todas sus fuerzas el picaporte. Horrorizado, Raskólnikov miraba el gancho del cerrojo, que saltaba en la armella, y con un miedo sordo

esperaba que de un momento a otro el cerrojo se soltara. En efecto, parecía posible: tiraban con tanta fuerza. Pensó en sujetar el cerrojo con la mano, pero el otro podía darse cuenta. La cabeza parecía empezar a darle vueltas de nuevo. «¡Me voy a caer!», le cruzó por la mente, pero el desconocido se puso a hablar, y él enseguida volvió en sí.

—¿Pero qué les pasa ahí, están roncando o alguien las estranguló? ¡Trrres veces malditas! —rugió como desde el fondo de un barril—. ¡Eh, Aliona Ivánovna, vieja bruja! ¡Lizaveta Ivánovna, belleza indescriptible! ¡Abran! ¡Uf, malditas, ¿estarán durmiendo, o qué?

Y otra vez, enfurecido, tiró de la campanilla unas diez veces seguidas, con todas sus fuerzas. Desde luego, era un hombre autoritario y de confianza en la casa.

En ese mismo momento, de pronto, se oyeron pasos menudos y apresurados no lejos, en la escalera. Se acercaba alguien más. Raskólnikov ni siquiera lo oyó al principio.

—¿Será posible que no haya nadie? —gritó con voz sonora y alegre el recién llegado, dirigiéndose directamente al primer visitante, que seguía tirando de la campanilla—. ¡Buenas tardes, Koch!

«A juzgar por la voz, debe de ser muy joven», pensó de pronto Raskólnikov.

—Pues el diablo sabrá, casi rompo la cerradura —respondió Koch—. ¿Y usted cómo se digna conocerme?

—¡Vaya! ¡Si anteayer, en el «Gambrinus», le gané tres partidas seguidas al billar!

—Ah, ah, ah...

—¿Así que no están? Qué raro. Qué estúpido, por lo demás,

terriblemente. ¿Adónde habrá ido la vieja? Tengo un asunto.

—¡Pues yo también, padrecito, tengo un asunto!

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Hay que volver. ¡Eh, vaya! ¡Y yo que pensaba conseguir dinero! —exclamó el joven.

—Desde luego hay que volver, ¿pero para qué cita a la gente? La propia bruja me dio la hora. Y a mí me queda a trasmano. ¿Y adónde diablos se le ocurre ir a pasear, no lo entiendo? Se pasa el año entero metida en casa, la bruja, amargándose, que le duelen las piernas, ¡y ahora de pronto se va de paseo!

—¿Y si le preguntamos al portero?

—¿Qué?

—¿Adónde se fue y cuándo vuelve?

—Hm... diablos... preguntar... Pero si ella no va a ninguna parte... —Y volvió a tirar del picaporte—. ¡Diablos, no hay nada que hacer, vámonos!

—¡Espere! —gritó de pronto el joven—. Mire: ¿ve cómo cede la puerta si se tira?

—¿Y?

—¡Quiere decir que no está cerrada con llave, sino con el cerrojo, con el gancho, quiero decir! ¿Oye cómo suena el cerrojo?

—¿Y?

—¿Pero cómo no entiende? Quiere decir que alguna de ellas está en casa. Si hubieran salido todas, habrían cerrado con llave desde afuera, y no con el cerrojo desde adentro. Y aquí... ¿oye cómo suena el cerrojo? ¡Entonces están en casa, pero no abren!

—¡Vaya! ¡Pues es verdad! —gritó Koch, sorprendido—. ¿Pero entonces qué les pasa ahí adentro? —Y empezó a sacudir la puerta como un loco.

—¡Espere! —volvió a gritar el joven—. ¡No tire! Aquí hay algo que no está bien... usted llamó, tiró... y no abren; entonces, o las dos están desmayadas, o...

—¿Qué?

—Mire lo que hacemos: vamos a buscar al portero; que las despierte él.

—¡Buena idea! —Los dos echaron a andar hacia abajo.

—¡Espere! Quédese usted aquí, y yo bajo corriendo a buscar al portero.

—¿Para qué quedarme?

—¿Y si pasa algo?...

—Bueno...

—¡Es que yo me estoy preparando para juez de instrucción! ¡Aquí es evidente, e-vi-den-te que hay algo que no está bien! —exclamó con ardor el joven, y echó a correr escaleras abajo.

Koch se quedó, volvió a mover despacio la campanilla, y esta dio una sola campanada; después, despacio, como reflexionando y examinando, empezó a mover el picaporte, tirando de él y soltándolo, para convencerse una vez más de que la puerta estaba cerrada solo con el cerrojo. Después, resoplando, se agachó y se puso a mirar por el ojo de la cerradura; pero en ella estaba la llave puesta por dentro, y por lo tanto no se podía ver nada.

Raskólnikov estaba de pie y apretaba el hacha. Estaba como delirando. Se preparaba incluso para pelear con ellos cuando entraran. Mientras golpeaban y se ponían de acuerdo, varias veces le vino de pronto la idea de terminar todo de una vez y gritarles desde detrás de la puerta. A ratos tenía ganas de ponerse a insultarlos, a provocarlos, mientras no abrieran. «¡Que sea pronto!», le cruzó por la cabeza.

—Pero ese, diablos...

Pasaba el tiempo, un minuto, otro; no venía nadie. Koch empezó a moverse.

—¡Pero qué diablos!... —gritó de pronto, e impaciente, abandonando su guardia, bajó también él, apresurándose y haciendo resonar las botas en la escalera. Los pasos se apagaron.

—¡Señor, qué hago!

Raskólnikov quitó el cerrojo, entreabrió la puerta: no se oía nada; y de pronto, ya sin pensar en absoluto, salió, entornó la puerta detrás de sí lo más ajustada que pudo y se lanzó escaleras abajo.

Ya había bajado tres tramos cuando de pronto se oyó un fuerte ruido más abajo: ¡dónde meterse! No había dónde esconderse. Echó a correr de vuelta, otra vez hacia la vivienda.

—¡Eh, demonio, diablo! ¡Agárralo!

Alguien salió gritando de alguna vivienda de abajo y no es que corriera, sino que se precipitó escaleras abajo, como cayéndose, gritando a todo pulmón:

—¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Que te lleve el diablo-o-o!

El grito terminó en un chillido; los últimos sonidos se oyeron ya en el patio; todo se calmó. Pero en ese mismo instante varias personas, que hablaban fuerte y deprisa, empezaron a subir ruidosamente la escalera. Eran tres o cuatro. Distinguió la voz sonora del joven. «¡Son ellos!»

Completamente desesperado, fue directamente a su encuentro: ¡pase lo que pase! Si lo detienen, todo está perdido; si lo dejan pasar, también todo está perdido: se acordarán. Ya estaban a punto de cruzarse; entre ellos quedaba solo un tramo de escalera, ¡y de pronto la salvación! A unos pocos escalones de él, a la derecha, una vivienda vacía y abierta de par en par,

aquella misma vivienda del segundo piso donde pintaban los obreros, que ahora, como a propósito, se habían ido. Seguramente eran ellos los que acababan de salir corriendo con semejante griterío. Los suelos estaban recién pintados; en medio de la habitación había una cubeta y un tiesto con pintura y una brocha. En un instante se escurrió por la puerta abierta y se escondió detrás de la pared, y llegó a tiempo: ellos ya estaban en el rellano mismo. Después giraron hacia arriba y pasaron de largo, hacia el cuarto piso, hablando en voz alta. Él esperó, salió de puntillas y echó a correr escaleras abajo.

¡Nadie en la escalera! Bajo el portón, tampoco. Cruzó deprisa el pasaje y dobló a la izquierda por la calle.

Sabía muy bien, sabía perfectamente que ellos, en ese instante, ya estaban en la vivienda, que se habían sorprendido mucho al ver que estaba abierta, cuando hacía un momento estaba cerrada, que ya estaban mirando los cuerpos y que no pasaría más de un minuto antes de que adivinaran y comprendieran del todo que el asesino acababa de estar allí y había alcanzado a esconderse en algún lado, a escabullirse junto a ellos, a huir; adivinarían quizá también que había estado en la vivienda vacía mientras ellos subían. Y mientras tanto, de ningún modo se atrevía a apurar mucho el paso, aunque hasta la primera esquina quedaban unos cien pasos. «¿Y si me meto en algún pasaje y espero en alguna escalera desconocida? ¡No, eso es la ruina! ¿Y si tiro el hacha en algún lado? ¿Y si tomo un coche? ¡La ruina! ¡La ruina!»

Por fin, ahí estaba el callejón; dobló por él medio muerto; allí ya estaba medio a salvo y lo comprendía: menos sospechas, y además allí pasaba mucha gente, y él se borraba entre ella como un grano de arena. Pero todos

esos tormentos lo habían debilitado tanto que apenas podía moverse. El sudor le corría a gotas; tenía todo el cuello empapado. «¡Mira cómo se ha puesto!», le gritó alguien cuando salió al canal.

Ahora apenas sabía lo que hacía; y cuanto más avanzaba, peor. Recordaba, sin embargo, que de pronto, al salir al canal, se asustó de que hubiera poca gente y de que allí llamara más la atención, y quiso volver al callejón. A pesar de que estaba a punto de caerse, de todos modos dio un rodeo y llegó a su casa por un lado completamente distinto.

Sin estar del todo consciente cruzó también el portón de su casa; por lo menos, ya estaba en la escalera cuando solo entonces se acordó del hacha. Y sin embargo le esperaba una tarea muy importante: dejarla en su lugar y lo más inadvertidamente posible. Desde luego, ya no era capaz de darse cuenta de que quizá habría sido mucho mejor no dejar el hacha en su sitio de antes, sino tirarla, aunque fuera después, en algún patio ajeno.

Pero todo salió bien. La puerta de la portería estaba entornada, pero sin llave; por lo tanto, lo más probable era que el portero estuviera en casa. Pero había perdido hasta tal punto la capacidad de pensar nada que fue directamente a la portería y la abrió. Si el portero le hubiera preguntado: «¿Qué busca?», quizá le habría entregado el hacha sin más. Pero el portero otra vez no estaba, y alcanzó a dejar el hacha en su sitio de antes, debajo del banco; hasta la tapó con un leño, como antes. No se cruzó con nadie, ni con un alma, hasta su habitación; la puerta de la casera estaba cerrada. Al entrar en su cuarto, se dejó caer en el sofá tal como estaba. No dormía, pero estaba como ausente. Si alguien hubiera entrado entonces en su habitación, él se habría levantado de un salto y habría gritado. Jirones y fragmentos de pensamientos le hervían en la cabeza; pero no podía atrapar

ninguno, no podía detenerse en ninguno, a pesar incluso de sus esfuerzos...

Notas

1. Arshín: antigua medida rusa de longitud, unos 71 centímetros.

Segunda parte. Capítulo I

Así estuvo acostado muchísimo tiempo. A veces parecía que se despertaba, y en esos momentos advertía que ya hacía rato que era de noche, pero no se le ocurría levantarse. Por fin advirtió que ya había luz de día. Estaba acostado de espaldas en el sofá, todavía aturdido por el sopor de hacía poco. Le llegaban con nitidez unos alaridos horribles, desesperados, desde la calle, que por lo demás oía todas las noches bajo su ventana, pasadas las dos. Fueron ellos los que lo despertaron ahora. «¡Ah! Ya salen los borrachos de las tabernas —pensó—, son más de las dos». Y de pronto se levantó de un salto, como si alguien lo hubiera arrancado del sofá. «¡Cómo! ¡Ya son más de las dos!» Se sentó en el sofá, ¡y entonces lo recordó todo! ¡De pronto, en un instante, lo recordó todo!

En el primer momento pensó que iba a volverse loco. Lo invadió un frío terrible; pero el frío venía también de la fiebre, que había empezado hacía rato, mientras dormía. Y ahora, de pronto, lo sacudió un escalofrío tal que casi se le saltan los dientes y todo él se puso a temblar. Abrió la puerta y se puso a escuchar: en la casa todos dormían profundamente. Con asombro se examinaba a sí mismo y examinaba todo alrededor, en la habitación, y no entendía cómo había podido, la víspera, al entrar, no

cerrar la puerta con el gancho y dejarse caer en el sofá no solo sin desvestirse, sino incluso con el sombrero puesto: se le había caído y estaba allí mismo, en el suelo, junto a la almohada. «Si alguien hubiera entrado, ¿qué habría pensado? Que estoy borracho, pero...» Se precipitó hacia la ventana. Había bastante luz, y enseguida se puso a examinarse, todo, de pies a cabeza, toda su ropa: ¿no habría huellas? Pero así no se podía: temblando de frío, empezó a quitarse todo y a examinarlo otra vez por todos lados. Lo revolvió todo, hasta el último hilo y el último jirón, y, sin fiarse de sí mismo, repitió el examen unas tres veces. Pero no había nada, al parecer, ninguna huella; solo en el lugar donde el pantalón se había deshilachado por abajo y colgaba en flecos, en esos flecos quedaban espesas huellas de sangre seca. Agarró una navaja grande plegable y cortó los flecos. No parecía haber nada más. De pronto recordó que el monedero y los objetos que había sacado del baúl de la vieja ¡seguían todavía en sus bolsillos! ¡Ni siquiera se le había ocurrido hasta ahora sacarlos y esconderlos! ¡No se había acordado de ellos ni siquiera ahora, mientras examinaba la ropa! ¿Pero qué es esto? En un instante se lanzó a sacarlos y a tirarlos sobre la mesa. Una vez que lo sacó todo, volviendo del revés incluso los bolsillos para asegurarse de que no quedaba nada más, llevó todo ese montón al rincón. Allí, en el rincón mismo, abajo, en un lugar, el papel de la pared, despegado, estaba desgarrado: enseguida empezó a meter todo en ese agujero, debajo del papel. «¡Entró! ¡Todo fuera de la vista, y también el monedero!», pensaba con alegría, incorporándose y mirando estúpidamente el rincón, el agujero, que había quedado aún más abultado. De pronto se estremeció entero de horror: «Dios mío —susurraba desesperado—, ¿qué me pasa? ¿Acaso esto está escondido? ¿Acaso se

esconde así?».

Es verdad que no había contado con los objetos; pensaba que habría solo dinero, y por eso no había preparado de antemano un lugar. «¿Pero ahora, ahora de qué me alegro? —pensaba—. ¿Acaso se esconde así? ¡De verdad la razón me abandona!» Agotado, se sentó en el sofá, y enseguida un escalofrío insoportable volvió a sacudirlo. Maquinalmente tiró del que había sido su abrigo de invierno de estudiante, que estaba al lado, en una silla, abrigado pero ya casi hecho jirones, se tapó con él, y el sueño y el delirio volvieron a apoderarse de él de golpe. Perdió el conocimiento.

No más de cinco minutos después volvió a levantarse de un salto y enseguida, frenético, se lanzó otra vez sobre su ropa. «¡Cómo pude volver a dormirme, si no está nada hecho! ¡Claro, claro: la presilla de la axila todavía no la he quitado! ¡Me olvidé, me olvidé de algo así! ¡Semejante prueba!» Arrancó la presilla y se puso a romperla deprisa en pedazos, metiéndolos bajo la almohada, entre la ropa blanca. «Unos pedazos de lienzo roto de ningún modo despertarán sospechas; me parece que sí, me parece que sí», repetía, de pie en medio de la habitación, y con una atención tensa hasta el dolor se puso de nuevo a escudriñar alrededor, por el suelo y por todas partes, por si se había olvidado de algo más. La certeza de que todo, hasta la memoria, hasta el simple raciocinio, lo abandonaban, empezaba a atormentarlo de manera insoportable. «¿Qué, será que ya empieza, será que ya llega el castigo? ¡Ahí está, ahí está, así es!» En efecto, los recortes de los flecos que había cortado del pantalón estaban tirados en el suelo, en medio de la habitación, ¡para que los viera el primero que entrara! «¡Pero qué me pasa!», volvió a exclamar, como perdido.

Entonces le vino a la cabeza una idea extraña: que quizá toda su ropa

estaba ensangrentada, que quizá había muchas manchas, pero que él no las veía, no las notaba, porque su raciocinio estaba debilitado, hecho añicos... la mente, ofuscada... De pronto recordó que también en el monedero había sangre. «¡Vaya! ¡Entonces también en el bolsillo tiene que haber sangre, porque metí el monedero todavía mojado en el bolsillo!» En un instante volvió del revés el bolsillo y... así es: ¡en el forro del bolsillo hay huellas, manchas! «¡Entonces la razón todavía no me ha abandonado del todo, entonces tengo raciocinio y memoria, si yo mismo me di cuenta y lo adiviné! —pensó con triunfo, suspirando hondo y con alegría a pleno pulmón—. No es más que debilidad de la fiebre, un delirio momentáneo». Y arrancó todo el forro del bolsillo izquierdo del pantalón. En ese momento un rayo de sol iluminó su bota izquierda: en el calcetín, que asomaba de la bota, parecían verse marcas. Se quitó la bota: «¡De verdad hay marcas! Toda la punta del calcetín está empapada de sangre»; debió de pisar sin cuidado aquel charco... «¿Pero qué hago ahora con esto? ¿Dónde meto este calcetín, los flecos, el bolsillo?».

Lo juntó todo en la mano y se quedó de pie en medio de la habitación. «¿En la estufa? Pero lo primero que harán es revolver la estufa. ¿Quemarlo? ¿Y con qué lo quemo? No tengo ni fósforos. No, mejor salir a algún lado y tirarlo todo. ¡Sí! ¡Mejor tirarlo! —repetía, volviendo a sentarse en el sofá—. ¡Y ya, ahora mismo, sin demora!...» Pero en lugar de eso la cabeza se le volvió a inclinar sobre la almohada; otra vez lo heló un escalofrío insoportable; otra vez se tapó con el capote. Y durante mucho tiempo, varias horas, se le aparecía todavía a ratos que «ahora mismo, sin aplazarlo, habría que ir a algún lado y tirarlo todo, para que ya no se vea, ¡pronto, pronto!». Varias veces intentó salir del sofá, quiso levantarse, pero

ya no podía. Lo despertó del todo un fuerte golpe en la puerta.

—¡Abre de una vez! ¿Estás vivo o no? ¡Y se pasa la vida roncando! —gritaba Nastasia, golpeando la puerta con el puño—. ¡Días enteros ronca como un perro! ¡Un perro, eso es! Abre, ¿quieres? Son más de las diez.

—A lo mejor no está en casa —dijo una voz de hombre.

«¡Vaya! Es la voz del portero... ¿Qué querrá?»

Se levantó de un salto y se sentó en el sofá. El corazón le golpeaba tanto que hasta le dolía.

—¿Y quién cerró con el gancho, entonces? —replicó Nastasia—. ¡Mira, ahora le ha dado por cerrar! ¿Qué, tiene miedo de que se lo lleven? ¡Abre, cabeza hueca, despierta!

«¿Qué quieren? ¿Para qué el portero? Todo se sabe. ¿Resistirme o abrir? Que sea lo que sea...»

Se incorporó un poco, se inclinó hacia delante y quitó el gancho.

Toda su habitación era de tal tamaño que se podía quitar el gancho sin levantarse de la cama.

Así era: allí estaban el portero y Nastasia.

Nastasia lo miró de un modo algo extraño. Él miró al portero con aire desafiante y desesperado. El otro le tendió en silencio un papelito gris, doblado en dos, sellado con lacre de botella.

—Una citación, de la oficina —dijo, entregándole el papel.

—¿De qué oficina?...

—De la policía, quiere decir, lo llaman a la comisaría. Ya se sabe qué oficina.

—¡A la policía!... ¿Para qué?...

—Y yo qué sé. Lo llaman, y hay que ir. —Lo miró con atención, echó

una mirada alrededor y se volvió para irse.

—¿Parece que te has enfermado del todo? —observó Nastasia, que no le quitaba los ojos de encima. El portero también volvió la cabeza un momento—. Desde ayer tiene fiebre —añadió ella.

Él no respondía y tenía el papel en las manos, sin abrirlo.

—No te levantes —prosiguió Nastasia, conmovida, al ver que él bajaba los pies del sofá—. Si estás enfermo, no vayas: no se va a incendiar nada. ¿Qué tienes en la mano?

Él miró: en la mano derecha tenía los pedazos cortados de los flecos, el calcetín y los jirones del bolsillo arrancado. Así había dormido con ellos. Después, pensando en eso, recordaba que, incluso medio despierto por la fiebre, apretaba todo eso con fuerza en la mano y así volvía a dormirse.

—Mira qué trapos ha juntado, y duerme con ellos como con un tesoro... —Y Nastasia se echó a reír con su risa enfermiza y nerviosa. En un instante él lo metió todo bajo el capote y clavó en ella los ojos con fijeza. Aunque en ese momento era muy poco lo que podía razonar con sensatez, sentía que no tratarían así a un hombre cuando vinieran a detenerlo. «Pero... ¿la policía?»

—¿No te tomarías un té? ¿Quieres? Te lo traigo; quedó...

—No... voy a ir: ahora mismo voy —murmuraba él, poniéndose de pie.

—¿Y no te vas a caer por la escalera?

—Voy a ir...

—Como quieras.

Se fue detrás del portero. Él enseguida se lanzó hacia la luz para examinar el calcetín y los flecos: «Hay manchas, pero no se notan del todo; todo se ha ensuciado, se ha frotado y ya ha perdido el color. El que no lo

sepa de antemano no verá nada. Así que Nastasia, de lejos, no pudo notar nada, ¡gracias a Dios!». Entonces, temblando, abrió la citación y se puso a leer; leyó mucho rato y por fin entendió. Era una citación corriente de la comisaría del barrio para presentarse ese mismo día, a las nueve y media, en la oficina del comisario.

«¿Pero cuándo se ha visto esto? ¡Yo no tengo ningún asunto con la policía! ¿Y por qué justamente hoy? —pensaba con una perplejidad torturante—. ¡Señor, que sea pronto!» Estuvo a punto de arrodillarse para rezar, pero hasta él mismo se echó a reír, no de la oración, sino de sí mismo. Empezó a vestirse deprisa. «¡Si estoy perdido, estoy perdido, me da igual! ¡Ponerme el calcetín! —se le ocurrió de pronto—. Se va a ensuciar todavía más con el polvo, y las huellas desaparecerán». Pero apenas se lo puso, enseguida se lo arrancó con repugnancia y horror. Se lo arrancó, pero, considerando que no tenía otro, lo tomó y se lo volvió a poner, y otra vez se echó a reír. «Todo esto es convencional, todo es relativo, todo esto no son más que formas —pensó de pasada, solo con un bordecito del pensamiento, mientras temblaba con todo el cuerpo—. ¡Pues ya me lo puse! ¡Pues terminé poniéndomelo!» La risa, por lo demás, enseguida dejó paso a la desesperación. «No, es superior a mis fuerzas...», pensó. Le temblaban las piernas. «De miedo», murmuró para sí. La cabeza le daba vueltas y le dolía por la fiebre. «¡Es una trampa! Quieren atraerme con una trampa y de pronto hacerme caer en todo —siguió diciéndose, mientras salía a la escalera—. Lo malo es que estoy casi delirando... puedo decir alguna estupidez...»

En la escalera recordó que dejaba todas las cosas así, en el agujero del papel de la pared, «y quizá aprovechen a propósito que no estoy para hacer

un registro»; lo recordó y se detuvo. Pero lo invadió de pronto tal desesperación y tal, si puede decirse, cinismo de la perdición, que hizo un gesto con la mano y siguió adelante.

«¡Con tal de que sea pronto!...»

En la calle volvía a hacer un calor insoportable; ni una gota de lluvia en todos esos días. Otra vez el polvo, los ladrillos y la cal, otra vez el hedor de las tiendas y las tabernas, otra vez borrachos a cada momento, vendedores ambulantes finlandeses y coches de alquiler medio desvencijados. El sol le dio de lleno en los ojos, tanto que le dolía mirar y la cabeza le daba vueltas por completo: la sensación habitual de un febril que sale de pronto a la calle en un día de sol radiante.

Al llegar a la esquina de la calle de la víspera, miró hacia ella con una inquietud torturante, hacia aquella casa... y enseguida apartó los ojos.

«Si me preguntan, quizá lo diga», pensó, acercándose a la comisaría.

La comisaría estaba a un cuarto de versta de su casa. Acababa de mudarse a un local nuevo, en una casa nueva, en el cuarto piso. En el local anterior había estado alguna vez, de pasada, pero hacía mucho. Al entrar por el portón vio a la derecha una escalera por la que bajaba un campesino con un libro en la mano: «Un portero, entonces; entonces aquí está la comisaría», y se puso a subir al azar. No quería preguntarle nada a nadie.

«Entraré, me pondré de rodillas y lo contaré todo...», pensó, al llegar al cuarto piso.

La escalera era estrechita, empinada y toda cubierta de aguas sucias. Todas las cocinas de todas las viviendas de los cuatro pisos daban a esa escalera y estaban abiertas así casi todo el día. Por eso había un bochorno terrible. Por ella subían y bajaban porteros con libros bajo el brazo,

ordenanzas de la policía y gente diversa de ambos sexos: visitantes. La puerta de la comisaría misma también estaba abierta de par en par. Entró y se detuvo en el recibidor. Allí estaban de pie, esperando, unos campesinos. También allí el bochorno era extraordinario y, además, golpeaba la nariz hasta la náusea el olor de la pintura fresca, todavía sin secar, hecha con aceite rancio, de las habitaciones recién pintadas. Tras esperar un poco, decidió avanzar más, a la habitación siguiente. Todas las habitaciones eran diminutas y bajas. Una impaciencia terrible lo empujaba cada vez más adelante. Nadie lo notaba. En la segunda habitación estaban sentados escribiendo unos escribientes, vestidos apenas un poco mejor que él, gente de aspecto bastante extraño. Se dirigió a uno de ellos.

—¿Qué quieres?

Le mostró la citación de la comisaría.

—¿Usted es estudiante? —preguntó el otro, tras echar una mirada a la citación.

—Sí, ex estudiante.

El escribiente lo examinó, aunque sin ninguna curiosidad. Era un hombre especialmente desgreñado, con una idea fija en la mirada.

«De este no sacaré nada, porque todo le da igual», pensó Raskólnikov.

—Vaya allá, al secretario —dijo el escribiente, y señaló con el dedo hacia delante, a la última habitación.

Entró en esa habitación (la cuarta), estrecha y atestada de público: gente algo mejor vestida que en las otras habitaciones. Entre los visitantes había dos señoras. Una, de luto, pobremente vestida, estaba sentada a la mesa frente al secretario y escribía algo que él le dictaba. La otra señora, muy gruesa y de un rojo morado, con manchas, una mujer vistosa y vestida

con mucho lujo, con un broche en el pecho del tamaño de un platito de té, estaba de pie a un costado y esperaba algo. Raskólnikov le alargó al secretario su citación. Este le echó una mirada de pasada, dijo: «Espere», y siguió ocupándose de la señora de luto.

Respiró con más libertad. «¡Seguro que no es eso!» Poco a poco empezó a cobrar ánimo; se exhortaba con todas sus fuerzas a cobrar ánimo y a volver en sí.

«¡Una estupidez cualquiera, la más mínima imprudencia, y puedo delatarme por completo! Hm... lástima que aquí no haya aire —añadió—, qué bochorno... La cabeza me da todavía más vueltas... y la mente también...»

Sentía en todo su ser un desorden terrible. Él mismo temía no poder dominarse. Procuraba aferrarse a algo y pensar en lo que fuera, en algo completamente ajeno, pero no lo lograba en absoluto. El secretario, por lo demás, le interesaba mucho: no dejaba de querer adivinar algo en su cara, descifrarlo. Era un hombre muy joven, de unos veintidós años, de rostro moreno y móvil que parecía mayor de lo que era, vestido a la moda y con afectación, con la raya en la nuca, peinado y untado de pomada, con muchos anillos y sortijas en los dedos blancos, cepillados, y cadenas de oro en el chaleco. Con un extranjero que había allí hasta dijo un par de palabras en francés, y de manera muy satisfactoria.

—Luisa Ivánovna, siéntese —le dijo de pasada a la señora emperifollada de un rojo morado, que seguía de pie, como si no se atreviera a sentarse sola, aunque había una silla al lado.

—Ich danke —dijo ella, y se dejó caer despacio en la silla, con un susurro de seda. Su vestido celeste con adornos de encaje blanco se

extendió alrededor de la silla como un globo aerostático y ocupó casi media habitación. Llegó un olor a perfume. Pero la señora, evidentemente, se sentía cohibida de ocupar media habitación y de oler tanto a perfume, y aunque sonreía con una sonrisa cobarde y descarada a la vez, se notaba en ella una inquietud evidente.

La señora de luto terminó por fin y empezó a levantarse. De pronto, con cierto ruido, muy garboso y moviendo los hombros de un modo especial a cada paso, entró un oficial, tiró la gorra con la escarapela sobre la mesa y se sentó en un sillón. La señora vistosa dio un salto de su sitio al verlo y con un entusiasmo especial se puso a hacer reverencias; pero el oficial no le prestó la menor atención, y ella ya no se atrevía a sentarse en su presencia. Era el teniente, ayudante del comisario del barrio, con unos bigotes rojizos que le salían horizontalmente hacia los dos lados y con unos rasgos extraordinariamente menudos, que por lo demás no expresaban nada especial, salvo cierto descaro. Miró de reojo y en parte con indignación a Raskólnikov: la ropa que llevaba era demasiado mala, y, a pesar de todo su abatimiento, su porte todavía no se correspondía con la ropa; Raskólnikov, por imprudencia, lo miró demasiado directamente y demasiado rato, tanto que el otro hasta se ofendió.

—¿Qué quieres? —gritó, probablemente sorprendido de que semejante andrajoso ni pensara en achicarse ante su mirada fulminante.

—Me han citado... por una citación... —respondió Raskólnikov como pudo.

—Es por el asunto del cobro de dinero a él, al estudiante —se apresuró a decir el secretario, apartándose de los papeles—. ¡Aquí tiene, señor! —Y le tiró a Raskólnikov un cuaderno, señalándole un lugar—. ¡Lea!

«¿Dinero? ¿Qué dinero? —pensaba Raskólnikov—. Pero... ¡entonces seguro que no es eso!» Y se estremeció de alegría. De pronto se sintió terriblemente, indeciblemente aliviado. Se le quitó todo de encima.

—¿Y a qué hora dice que tenía que venir, muiseñormío? —gritó el teniente, cada vez más ofendido no se sabía por qué—. ¡Le escriben a las nueve, y ya pasan de las once!

—Me la trajeron hace apenas un cuarto de hora —respondió Raskólnikov en voz alta y por encima del hombro, enojándose también él de pronto, sin esperarlo, y hasta encontrando en ello cierto placer—. Y ya es bastante que haya venido enfermo, con fiebre.

—¡No se digne gritar!

—Yo no grito, hablo con toda calma; es usted el que me grita a mí; y yo soy estudiante y no permito que me griten.

El ayudante se encendió tanto que en el primer momento ni siquiera pudo decir nada, y solo le salieron de la boca unas salpicaduras. Se levantó de un salto.

—¡Se-e-e digne callarse! Está usted en una dependencia oficial. ¡No sea gr-r-rosero, señorr!

—También usted está en una dependencia oficial —exclamó Raskólnikov—, y además de gritar, está fumando un cigarrillo, de modo que nos falta el respeto a todos. —Al decir esto, Raskólnikov sintió un placer indecible.

El secretario los miraba sonriendo. El fogoso teniente estaba visiblemente desconcertado.

—¡Eso no es asunto suyo, señor! —gritó por fin, de un modo antinaturalmente fuerte—. Y ahora sírvase presentar la declaración que se

le exige. Muéstreselo, Aleksandr Grigórievich. ¡Hay quejas contra usted! ¡No paga sus deudas! ¡Mira qué halcón nos ha salido!

Pero Raskólnikov ya no escuchaba y había agarrado ávidamente el papel, buscando cuanto antes la solución del enigma. Lo leyó una vez, otra, y no entendió.

—¿Qué es esto? —le preguntó al secretario.

—Le reclaman dinero por un pagaré, un cobro. Usted debe pagar con todas las costas, multas y demás, o dar por escrito una declaración de cuándo puede pagar, y al mismo tiempo comprometerse a no salir de la capital hasta haber pagado y a no vender ni ocultar sus bienes. Y el acreedor tiene derecho a vender sus bienes y a proceder contra usted según la ley.

—¡Pero yo... no le debo nada a nadie!

—Eso ya no es asunto nuestro. A nosotros nos ha llegado para su cobro un pagaré vencido y legalmente protestado por ciento quince rublos, firmado por usted a la viuda del asesor colegiado[1], Zarnítsyna, hace nueve meses, y que de la viuda Zarnítsyna pasó, en pago, al consejero de corte Chebárov, y por eso lo citamos a usted a declarar.

—¿Pero si ella es mi casera?

—¿Y qué tiene que sea su casera?

El secretario lo miraba con una sonrisa condescendiente de lástima y al mismo tiempo de cierto triunfo, como a un novato al que empiezan a tirotear por primera vez: «¿Qué tal? ¿Cómo te sientes ahora?». ¡Pero qué, qué le importaban ahora a él el pagaré y el cobro! ¿Valía eso ahora la menor inquietud, ni siquiera la menor atención? Estaba de pie, leía, escuchaba, respondía, él mismo hasta preguntaba, pero todo maquinalmente. El triunfo del instinto de conservación, la salvación del peligro que lo

aplastaba: eso era lo que llenaba en ese momento todo su ser, sin previsión, sin análisis, sin conjeturas ni adivinanzas sobre el futuro, sin dudas y sin preguntas. Era un momento de alegría plena, inmediata, puramente animal. Pero en ese mismo momento en la comisaría se produjo algo así como un trueno y un relámpago. El teniente, todavía sacudido por la falta de respeto, todo encendido y deseando evidentemente sostener su amor propio herido, se lanzó con todos sus rayos sobre la desdichada «señora vistosa», que lo miraba, desde el momento mismo en que había entrado, con una sonrisa estupidísima.

—¡Y tú, fulana, mengana y zutana —gritó de pronto a todo pulmón (la señora de luto ya había salido)—, ¿qué pasó anoche en tu casa? ¿Eh? Otra vez la vergüenza, el escándalo para toda la calle. Otra vez peleas y borracheras. ¡Estás pidiendo a gritos la casa de corrección! ¡Ya te lo dije, ya te lo advertí diez veces, que a la undécima no te la pasaba! ¡Y tú otra vez, otra vez, fulana, mengana y zutana!

Hasta el papel se le cayó de las manos a Raskólnikov, que miraba con ojos desorbitados a la señora vistosa, a la que zarandeaban con tan poca ceremonia; pero pronto comprendió de qué se trataba, y enseguida toda esa historia empezó a gustarle muchísimo. Escuchaba con placer, tanto que tenía ganas de reírse a carcajadas, a carcajadas, a carcajadas... Todos sus nervios saltaban.

—¡Iliá Petróvich! —empezó a decir el secretario, solícito, pero se detuvo a esperar el momento, porque al teniente enardecido no había forma de contenerlo más que sujetándole las manos, cosa que sabía por propia experiencia.

En cuanto a la señora vistosa, al principio se echó a temblar con el

trueno y el relámpago; pero, cosa extraña: cuanto más numerosos y fuertes se volvían los insultos, más amable se volvía su aspecto, más encantadora se hacía su sonrisa, dirigida al terrible teniente. Daba pasitos en el sitio y hacía reverencias sin parar, esperando con impaciencia que por fin le permitieran a ella también meter su palabra, y lo consiguió.

—En mi casa no hubo ningún ruido ni peleas, señor capitán —se puso a parlotear de pronto, como si se derramaran garbanzos, con un fuerte acento alemán, aunque con desparpajo en ruso—, y ningún, ningún escandal, y ellos llegó borracho, y esto yo todo lo cuenta, señor capitán, y yo no es culpable... la mía es casa noble, señor capitán, y trato noble, señor capitán, y yo siempre, siempre no quería ningún escandal. Y ellos llegó del todo borracho y después pidió otra vez tres potellas, y después uno levantó los pies y se puso a tocar el piano con el pie, y esto no está nada bien en casa noble, y él ganz rompió el piano, y no hay aquí nada, nada de maneras, y yo lo dije. Y él agarró una potella y empezó a empujar a todos por detrás con la potella. Y entonces yo enseguida llamó al portero y vino Karl, y él agarró a Karl y le pegó en el ojo, y a Henriette también le pegó en el ojo, y a mí cinco veces me pegó en la mejilla. Y esto es tan poco delicado en casa noble, señor capitán, y yo gritaba. Y él abrió la ventana que da al canal y se puso a chillar por la ventana como un cerdito; y esto es vergüenza. ¿Y cómo se puede chillar por la ventana a la calle como un cerdito? Y esto es vergüenza. ¡Fui, fui, fui! Y Karl lo tiró del frac por detrás para sacarlo de la ventana y entonces, eso es verdad, señor capitán, le rompió sein Rock. Y entonces él gritó que man muss pagarle quince rublos de multa. Y yo misma, señor capitán, le pagó cinco rublos por sein Rock. ¡Y esto es un huésped no noble, señor capitán, que hizo toda clase de escandal! Yo, dijo, voy a hacer

gedruckt una gran sátira de usted, porque yo en todos los periódicos puedo escribir todo de usted.

—¿Es escritor, entonces?

—Sí, señor capitán, y qué huésped tan poco noble, señor capitán, cuando en casa noble...

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Basta! Ya te lo he dicho, te lo he dicho, ya te lo he dicho...

—¡Iliá Petróvich! —volvió a decir el secretario de manera significativa. El teniente le echó una mirada rápida; el secretario hizo un leve gesto con la cabeza.

—... Pues aquí tienes, respetabilísima Laviza Ivánovna, mi última palabra, y ya es la última vez —prosiguió el teniente—. Si en tu casa noble hay aunque sea una sola vez más un escándalo, te mando a ti misma al calabozo, como se dice en estilo elevado. ¿Oíste? ¿Así que el literato, el escritor, cobró cinco rublos de plata en la «casa noble» por un faldón? ¡Así son los escritores! —Y le lanzó una mirada de desprecio a Raskólnikov—. Anteayer, en una fonda, otra historia: comió y no quiere pagar; «yo, dice, lo voy a describir en una sátira». En un vapor, otro, la semana pasada, insultó con las palabras más viles a la respetable familia de un consejero de Estado, a la mujer y a la hija. De una confitería echaron a empujones a otro el otro día. ¡Así son, los escritores, los literatos, los estudiantes, los pregoneros... ¡bah! ¡Y tú, vete! Ya iré yo a darte una vuelta... ¡entonces cuidado! ¿Oíste?

Luisa Ivánovna, con una amabilidad apresurada, se puso a hacer reverencias hacia todos lados y, haciendo reverencias, retrocedió hasta la puerta; pero en la puerta chocó de espaldas con un oficial apuesto, de cara

franca y fresca y unas espléndidas patillas rubias, espesísimas. Era el propio Nikodim Fomich, el comisario del barrio. Luisa Ivánovna se apresuró a hacer una reverencia casi hasta el suelo y, con pasitos menudos y apresurados, dando saltitos, salió volando de la comisaría.

—¡Otra vez el estruendo, otra vez truenos y relámpagos, tromba, huracán! —se dirigió amable y amistosamente Nikodim Fomich a Iliá Petróvich—. ¡Otra vez le alteraron el corazón, otra vez hirvió! Lo oí ya desde la escalera.

—¡Pues qué! —dijo Iliá Petróvich con noble indiferencia (y ni siquiera «qué», sino algo así como: «¡Pue-e-es qué-e-e!»), pasando con unos papeles a otra mesa y moviendo pintorescamente los hombros a cada paso, hacia donde iba el paso, iba el hombro—. Aquí lo tiene, señor, sírvase ver: el señor escritor, digo, el estudiante, el ex estudiante, mejor dicho, no paga, ha firmado pagarés, no desocupa la vivienda, llegan quejas continuas contra él, ¡y se ha dignado ofenderse porque encendí un cigarrillo delante de él! Ellos mismos co-co-cometen vilezas, y aquí lo tiene, señor, sírvase mirarlo: ¡aquí está en su aspecto más atractivo, señor!

—La pobreza no es un vicio, amigo, ¡pero en fin! Ya se sabe, es pólvora, no pudo soportar la ofensa. Usted seguramente se ofendió por algo con él y tampoco se contuvo —prosiguió Nikodim Fomich, dirigiéndose amablemente a Raskólnikov—, pero hizo mal: es el hombre más no-o-o-ble del mundo, se lo aseguro, ¡pero es pólvora, pólvora! Se encendió, hirvió, se quemó... ¡y listo! ¡Y todo pasó! ¡Y al final no queda más que un corazón de oro! En el regimiento lo llamaban «el teniente Pólvora»...

—¡Y qué r-r-regimiento era! —exclamó Iliá Petróvich, muy contento

de que le hicieran cosquillas tan agradables, pero todavía enfurruñado.

A Raskólnikov le entraron de pronto ganas de decirles a todos algo extraordinariamente agradable.

—Pero, por favor, capitán —empezó con mucha desenvoltura, dirigiéndose de pronto a Nikodim Fomich—, póngase también en mi situación... Estoy dispuesto incluso a pedirle disculpas a él, si por mi parte le falté en algo. Soy un estudiante pobre y enfermo, agobiado (así lo dijo: «agobiado») por la pobreza. Soy ex estudiante, porque ahora no puedo mantenerme, pero voy a recibir dinero... Tengo a mi madre y a mi hermana en la provincia de ..... Me lo mandarán, y yo... pagaré. Mi casera es una buena mujer, pero se ha enfadado tanto porque perdí las clases y no le pago desde hace cuatro meses que ya ni siquiera me manda la comida... ¡Y no entiendo para nada qué pagaré es ese! Ahora me exige ese pagaré, ¿pero cómo le voy a pagar? ¡Júzguelo usted!...

—Pero eso no es asunto nuestro... —volvió a observar el secretario...

—Permítame, permítame, estoy completamente de acuerdo con usted, pero permítame también a mí aclarar —prosiguió Raskólnikov, dirigiéndose no al secretario, sino siempre a Nikodim Fomich, pero esforzándose con todas sus fuerzas por dirigirse también a Iliá Petróvich, aunque este se obstinaba en hacer como que revolvía papeles y no le prestaba atención con desprecio—. Permítame también a mí, por mi parte, aclarar que vivo en su casa desde hace ya unos tres años, desde que llegué de la provincia, y antes... antes... por lo demás, ¿por qué no habría de confesarlo yo también?, desde el principio prometí que me casaría con su hija, una promesa de palabra, completamente libre... Era una muchacha... por lo demás, hasta me gustaba... aunque no estaba enamorado... en una

palabra, la juventud, es decir, quiero decir que la casera me daba entonces mucho crédito y yo llevaba en parte una vida así... era muy frívolo...

—No se le exigen en absoluto esas intimidades, muiseñormío, y además no hay tiempo —lo interrumpió grosero y triunfante Iliá Petróvich, pero Raskólnikov lo detuvo con ardor, aunque de pronto le resultaba extraordinariamente penoso hablar.

—Pero permítame, permítame, en parte, contarlo todo... cómo fue el asunto y... por mi parte... aunque esto está de más, estoy de acuerdo con usted, contarlo; pero hace un año esa muchacha murió de tifus, y yo me quedé de inquilino, como estaba, y la casera, cuando se mudó a la vivienda actual, me dijo... y me lo dijo amistosamente... que tenía plena confianza en mí y todo eso... pero que si no querría darle ese pagaré por ciento quince rublos, todo lo que ella calculaba que le debía. Permítame, señor: me dijo precisamente que, en cuanto le diera ese papel, volvería a fiarme todo lo que yo quisiera y que nunca, nunca, por su parte (esas fueron sus propias palabras), se valdría de ese papel, mientras yo mismo no pagara... Y ahora, cuando he perdido las clases y no tengo qué comer, lo presenta para cobrarlo... ¿Qué voy a decir ahora?

—Todos esos detalles sentimentales, muiseñormío, no nos conciernen —cortó con insolencia Iliá Petróvich—, usted debe dar la declaración y el compromiso, y lo de que usted se dignó estar enamorado y todos esos pasajes trágicos no nos importan en absoluto.

—Pues mira... qué cruel... —murmuró Nikodim Fomich, sentándose a la mesa y poniéndose también a firmar. Le había dado algo de vergüenza.

—Escriba, entonces —le dijo el secretario a Raskólnikov.

—¿Qué escribo? —preguntó este de un modo especialmente grosero.

—Yo se lo dicto.

A Raskólnikov le pareció que el secretario lo trataba con más displicencia y desprecio después de su confesión, pero, cosa extraña, de pronto le resultó a él mismo absolutamente indiferente la opinión de quien fuera, y ese cambio se produjo como en un instante, en un minuto. Si hubiera querido pensar un poco, desde luego se habría asombrado de cómo había podido hablarles así un minuto antes, e incluso imponerles sus sentimientos. ¿Y de dónde habían salido esos sentimientos? Al contrario, ahora, si la habitación se hubiera llenado de pronto no de policías, sino de sus amigos más íntimos, ni así, parece, habría encontrado para ellos una sola palabra humana, hasta tal punto se le había vaciado de pronto el corazón. Una sensación sombría de torturante, infinita soledad y extrañamiento se hizo presente de pronto, conscientemente, en su alma. No fue la bajeza de sus efusiones ante Iliá Petróvich, ni la bajeza del triunfo del teniente sobre él, lo que le dio la vuelta así al corazón. ¡Oh, qué le importaban ahora su propia vileza, todos esos amores propios, los tenientes, las alemanas, los cobros, las comisarías, etcétera, etcétera! Si en ese momento lo hubieran condenado incluso a la hoguera, ni así se habría movido, y difícilmente habría escuchado la sentencia con atención. Le estaba ocurriendo algo completamente desconocido para él, nuevo, repentino y nunca visto. No es que lo entendiera, pero sentía con claridad, con toda la fuerza de la sensación, que ya no podía dirigirse a esa gente, en la comisaría del barrio, no solo con efusiones sentimentales, como hacía un rato, sino con nada en absoluto, y aunque todos fueran sus propios hermanos y hermanas, y no tenientes de policía, ni así tendría por qué dirigirse a ellos, en ninguna circunstancia de la vida; nunca hasta ese

momento había experimentado una sensación tan extraña y tan terrible. Y lo más torturante era que se trataba más de una sensación que de una conciencia, que de una idea; una sensación inmediata, la más torturante de todas las sensaciones que había vivido hasta entonces.

El secretario empezó a dictarle la fórmula habitual de declaración en esos casos, es decir: no puedo pagar, me comprometo a pagar en tal fecha (algún día), no saldré de la ciudad, no venderé ni regalaré mis bienes, etcétera.

—Pero usted no puede escribir, se le cae la pluma de las manos —observó el secretario, examinando con curiosidad a Raskólnikov—. ¿Está enfermo?

—Sí... me da vueltas la cabeza... ¡siga!

—Ya está todo; firme.

El secretario recogió el papel y se ocupó de otros.

Raskólnikov devolvió la pluma, pero en lugar de levantarse e irse, apoyó los dos codos en la mesa y se apretó la cabeza con las manos. Era como si le clavaran un clavo en la coronilla. De pronto le vino una idea extraña: levantarse ahora mismo, acercarse a Nikodim Fomich y contarle todo lo de la víspera, todo hasta el último detalle, y después ir con ellos a su vivienda y mostrarles las cosas, en el rincón, en el agujero. El impulso fue tan fuerte que ya se había levantado para cumplirlo. «¿Y si lo pienso aunque sea un minuto? —le cruzó por la cabeza—. ¡No, mejor sin pensar, y quitármelo de encima!» Pero de pronto se detuvo en seco: Nikodim Fomich le hablaba con ardor a Iliá Petróvich, y le llegaron estas palabras:

—¡No puede ser, soltarán a los dos! En primer lugar, todo es contradictorio; juzgue usted: ¿para qué iban a llamar al portero, si

hubieran sido ellos? ¿Para denunciarse a sí mismos? ¿O por astucia? ¡No, eso ya sería demasiado astuto! Y, por último, al estudiante Pestriakov lo vieron junto al portón mismo los dos porteros y una mieshchanka justo en el momento en que entraba: venía con tres amigos y se separó de ellos junto al portón mismo, y les preguntó a los porteros por la vivienda, todavía delante de los amigos. ¿Y va a preguntar por la vivienda uno así, si iba con semejante intención? Y Koch, ese, antes de subir a ver a la vieja, estuvo media hora abajo, en casa del platero, y a las ocho menos cuarto exactas subió desde allí a ver a la vieja. Ahora piénselo...

—Pero permítame, ¿cómo es que les salió esa contradicción? Ellos mismos aseguran que golpearon y que la puerta estaba cerrada, y tres minutos después, cuando volvieron con el portero, resulta que la puerta estaba abierta.

—Ahí está el truco: el asesino estaba allí, sin duda, y se había encerrado con el cerrojo; y sin duda lo habrían atrapado allí si Koch no hubiera hecho la tontería de ir él mismo a buscar al portero. Y él, justo en ese intervalo, alcanzó a bajar por la escalera y a escabullirse de algún modo junto a ellos. Koch se santigua con las dos manos: «Si me hubiera quedado allí, dice, habría salido de un salto y me habría matado con el hacha». Quiere encargar un oficio de acción de gracias, a la rusa, ¡je, je!...

—¿Y al asesino no lo vio nadie?

—¿Y cómo lo iban a ver? La casa es un arca de Noé —observó el secretario, que escuchaba desde su sitio.

—¡El asunto está claro, el asunto está claro! —repitió con ardor Nikodim Fomich.

—No, el asunto es muy poco claro —sentenció Iliá Petróvich.

Raskólnikov recogió su sombrero y fue hacia la puerta, pero no llegó a la puerta...

Cuando volvió en sí, vio que estaba sentado en una silla, que a la derecha lo sostenía un hombre, que a la izquierda había otro hombre con un vaso amarillo lleno de agua amarilla, y que Nikodim Fomich estaba de pie delante de él y lo miraba fijamente; se levantó de la silla.

—¿Qué es esto, está usted enfermo? —preguntó con bastante brusquedad Nikodim Fomich.

—Ya cuando firmaba apenas podía mover la pluma —observó el secretario, sentándose en su sitio y volviendo a sus papeles.

—¿Y hace mucho que está enfermo? —gritó Iliá Petróvich desde su sitio, revolviendo también papeles. Desde luego, también él había examinado al enfermo mientras estaba desmayado, pero se apartó enseguida cuando volvió en sí.

—Desde ayer... —murmuró Raskólnikov en respuesta.

—¿Y ayer salió de casa?

—Salí.

—¿Enfermo?

—Enfermo.

—¿A qué hora?

—Pasadas las siete de la tarde.

—¿Y adónde, si se me permite preguntar?

—Por la calle.

—Breve y claro.

Raskólnikov respondía con brusquedad, entrecortadamente, pálido como un pañuelo y sin bajar sus ojos negros e inflamados ante la mirada de

Iliá Petróvich.

—Apenas se tiene en pie, y tú... —estuvo a punto de observar Nikodim Fomich.

—¡No es na-da! —dijo Iliá Petróvich de un modo algo especial.

Nikodim Fomich quiso añadir algo más, pero al mirar al secretario, que también lo miraba a él con mucha fijeza, se calló. De pronto todos se callaron. Era extraño.

—Bueno, señor, está bien, señor —concluyó Iliá Petróvich—, no lo retenemos.

Raskólnikov salió. Todavía alcanzó a oír cómo, tras su salida, empezaba una conversación animada, en la que se oía más que ninguna la voz interrogativa de Nikodim Fomich... En la calle volvió en sí del todo.

«¡Un registro, un registro, ahora mismo un registro! —repetía para sí, apresurándose a llegar—. ¡Bandidos! ¡Sospechan!» El miedo de antes volvió a apoderarse de él por entero, de pies a cabeza.

Notas

1. Asesor colegiado: octavo grado de la Tabla de Rangos.

Segunda parte. Capítulo II

«¿Y si ya hubo registro? ¿Y si los encuentro justo en mi cuarto?»

Pero ahí está su habitación. Nada y nadie; nadie se había asomado. Ni siquiera Nastasia había tocado nada. ¡Pero, Señor! ¿Cómo había podido dejar hacía un rato todas esas cosas en ese agujero?

Se lanzó al rincón, metió la mano bajo el papel de la pared y empezó a sacar las cosas y a llenarse con ellas los bolsillos. Resultaron ocho piezas en total: dos cajitas con aretes o algo por el estilo, no lo miró bien; después, cuatro estuches pequeños de tafilete. Una cadenita estaba simplemente envuelta en papel de periódico. Algo más en papel de periódico, parecía una condecoración...

Lo repartió todo en distintos bolsillos, en el abrigo y en el bolsillo derecho del pantalón, el que le quedaba, procurando que se notara lo menos posible. El monedero también lo tomó junto con las cosas. Después salió de la habitación, dejándola esta vez incluso abierta de par en par.

Caminaba rápido y con firmeza, y aunque se sentía todo molido, tenía la conciencia clara. Temía que lo persiguieran, temía que dentro de media hora, de un cuarto de hora, quizá ya salieran instrucciones de vigilarlo; por lo tanto, a toda costa, había que borrar las huellas a tiempo. Había que

arreglarlo mientras todavía le quedaran algunas fuerzas y algo de juicio... ¿Pero adónde ir?

Eso ya lo tenía decidido hacía mucho: «Tirarlo todo al canal, y al agua las huellas, y asunto terminado». Así lo había resuelto ya por la noche, en el delirio, en esos momentos en que, lo recordaba, varias veces había intentado levantarse e ir: «pronto, pronto, y tirarlo todo». Pero tirarlo resultó muy difícil.

Ya hacía como media hora, o quizá más, que andaba por el muelle del canal de Catalina, y varias veces había mirado las bajadas al canal, donde se las encontraba. Pero ni pensar en cumplir su propósito: o había balsas justo junto a las bajadas y en ellas las lavanderas lavaban la ropa, o había botes amarrados, y por todas partes hormigueaba la gente, y además desde los muelles, desde todos lados, se podía ver, notar: es sospechoso que un hombre baje a propósito, se detenga y tire algo al agua. ¿Y si los estuches no se hunden, sino que flotan? Y seguro que es así. Todos lo verán. Y ya sin eso todos lo miran, al cruzarse lo examinan, como si no tuvieran otra cosa que hacer que ocuparse de él. «¿Por qué será, o quizá me lo parece?», pensaba.

Por fin se le ocurrió que quizá sería mejor ir a algún lugar del Neva. Allí hay menos gente, se nota menos y en todo caso es más cómodo, y lo principal: está más lejos de estos lugares. Y de pronto se asombró de haber pasado media hora entera vagando angustiado e inquieto, y en lugares peligrosos, sin que se le hubiera ocurrido antes. ¡Y había perdido media hora entera en un asunto insensato solo porque así lo había decidido una vez en sueños, en el delirio! Se estaba volviendo extraordinariamente distraído y olvidadizo, y lo sabía. ¡Decididamente, había que darse prisa!

Fue hacia el Neva por la avenida V...; pero por el camino se le ocurrió de pronto otra idea: «¿Para qué al Neva? ¿Para qué al agua? ¿No sería mejor ir a algún lugar muy lejano, otra vez a las Islas, por ejemplo, y allí, en algún lugar solitario, en el bosque, bajo un arbusto, enterrarlo todo y quizá marcar el árbol?». Y aunque sentía que en ese momento no era capaz de examinarlo todo con claridad y sensatez, la idea le pareció infalible.

Pero tampoco a las Islas estaba destinado a llegar; ocurrió otra cosa: al salir de la avenida V... a la plaza, vio de pronto a la izquierda la entrada a un patio rodeado de paredes completamente ciegas. A la derecha, enseguida después de entrar por el portón, se extendía muy adentro del patio la pared ciega, sin blanquear, de la casa vecina de cuatro pisos. A la izquierda, paralela a la pared ciega y también justo desde el portón, iba una cerca de madera, unos veinte pasos hacia el fondo del patio, y después doblaba a la izquierda. Era un lugar apartado y cercado, donde había materiales de alguna clase. Más allá, en el fondo del patio, asomaba por encima de la cerca la esquina de un cobertizo de piedra bajo y ahumado, evidentemente parte de algún taller. Allí, seguramente, había algún establecimiento, de carrocería o de cerrajería o algo por el estilo; por todas partes, casi desde el mismo portón, negreaba mucho polvo de carbón. «¡Aquí podría tirarlo y largarme!», se le ocurrió de pronto. Sin ver a nadie en el patio, cruzó el portón y vio justo, al lado mismo del portón, una canaleta adosada a la cerca (como se suele instalar en casas así, donde hay muchos obreros de fábrica, jornaleros, cocheros, etcétera), y encima de la canaleta, en la cerca misma, estaba escrita con tiza la gracia de siempre en esos casos: «Aki está proibido parar carros». Así que ya eso era bueno: ninguna sospecha de que hubiera entrado y se hubiera detenido. «¡Aquí tiro todo de una vez en

algún montoncito y me voy!»

Tras mirar alrededor una vez más, ya había metido la mano en el bolsillo cuando de pronto, junto a la pared exterior misma, entre el portón y la canaleta, donde todo el espacio tenía un arshín de ancho, advirtió una gran piedra sin labrar, de quizá un pud y medio[1] de peso, pegada directamente a la pared de piedra que daba a la calle. Detrás de esa pared estaba la calle, la acera; se oía el ir y venir de los transeúntes, que allí siempre son bastantes; pero detrás del portón nadie podía verlo, salvo que entrara alguien desde la calle, cosa que, por lo demás, bien podía ocurrir, y por eso había que darse prisa.

Se agachó hacia la piedra, la agarró con fuerza por arriba, con las dos manos, juntó todas sus fuerzas y le dio la vuelta. Debajo de la piedra se formó un pequeño hueco; enseguida empezó a tirar en él todo lo que tenía en el bolsillo. El monedero quedó encima de todo, y aun así quedaba lugar en el hueco. Después volvió a agarrar la piedra, la volvió de un solo giro a su posición anterior, y quedó justo en su sitio de antes; solo parecía un poquito más alta. Pero él juntó tierra y la apisonó con el pie por los bordes. No se notaba nada.

Entonces salió y se dirigió a la plaza. Otra vez una alegría intensa, casi insoportable, como hacía un rato en la comisaría, se apoderó de él por un instante. «¡Las huellas están enterradas! ¿Y a quién, a quién se le puede ocurrir buscar debajo de esa piedra? Está ahí, quizá, desde que se construyó la casa, y estará otro tanto. Y aunque la encontraran: ¿quién va a pensar en mí? ¡Todo terminó! ¡No hay pruebas!» Y se echó a reír. Sí, recordaba después que se echó a reír con una risa nerviosa, menuda, sin ruido, larga, y no dejaba de reírse, todo el tiempo, mientras cruzaba la plaza. Pero cuando

pisó el bulevar K..., donde anteayer se había cruzado con aquella muchachita, la risa se le pasó de pronto. Otros pensamientos se le metieron en la cabeza. De pronto le pareció también que ahora le resultaría terriblemente repugnante pasar junto a aquel banco en el que se había sentado entonces, cuando la muchachita se fue, a pensar, y que también le resultaría terriblemente penoso encontrarse otra vez con aquel bigotudo al que había dado entonces los veinte kopeks: «¡Que se lo lleve el diablo!».

Caminaba mirando alrededor con distracción y con rabia. Todos sus pensamientos giraban ahora alrededor de un punto principal, y él mismo sentía que de verdad ese era el punto principal y que ahora, precisamente ahora, se había quedado a solas con ese punto principal, y que eso ocurría incluso por primera vez en esos dos meses.

«¡Al diablo con todo esto! —pensó de pronto, en un arrebato de rabia inagotable—. ¡Pues si empezó, empezó, al diablo con ella y con la nueva vida! ¡Qué estúpido es todo esto, Señor!... ¡Y cuánto he mentido y cuántas vilezas he cometido hoy! ¡Qué asquerosamente me arrastré y le hice gracias hace un rato al repugnante Iliá Petróvich! Aunque, también eso es una tontería. ¡Me importan un comino todos ellos, y también que me haya arrastrado y les haya hecho gracias! ¡No es eso para nada! ¡No es eso para nada!...»

De pronto se detuvo; una pregunta nueva, completamente inesperada y extraordinariamente simple, lo desconcertó de golpe y lo asombró con amargura:

«Si de verdad todo este asunto se hizo conscientemente y no como un idiota, si de verdad tenías un objetivo determinado y firme, ¿cómo es que hasta ahora ni siquiera has mirado dentro del monedero y no sabes qué te

tocó, por qué aceptaste todos los tormentos y fuiste conscientemente a un asunto tan vil, tan repugnante, tan bajo? ¡Si hace un momento querías tirarlo al agua, el monedero, junto con todas las cosas, que tampoco has visto todavía!... ¿Cómo es eso?»

Sí, así es; todo eso es así. Por lo demás, ya lo sabía antes, y no es en absoluto una pregunta nueva para él; y cuando de noche se decidió tirarlo al agua, se decidió sin ninguna vacilación ni objeción, sino así, como si así tuviera que ser, como si no pudiera ser de otro modo... Sí, todo eso lo sabía y lo recordaba todo; y casi se había decidido así ya ayer, en el momento mismo en que estaba sentado sobre el baúl sacando los estuches... ¡Y así es!...

«Es porque estoy muy enfermo —decidió por fin, sombrío—. Yo mismo me he atormentado y desgarrado, y yo mismo no sé lo que hago... Y ayer, y anteayer, y todo este tiempo me he desgarrado... Me curaré y... no me desgarraré... ¿Y si no me curo nunca? ¡Señor! ¡Qué harto estoy de todo esto!...» Caminaba sin detenerse. Tenía unas ganas terribles de distraerse de algún modo, pero no sabía qué hacer ni qué emprender. Una sensación nueva, invencible, se apoderaba de él cada vez más, casi a cada minuto: era una especie de repugnancia infinita, casi física, hacia todo lo que encontraba y lo rodeaba, obstinada, rabiosa, llena de odio. Le asqueaban todos con los que se cruzaba; le asqueaban sus caras, su manera de andar, sus movimientos. Habría escupido a cualquiera, le habría mordido, parece, si alguien le hubiera dirigido la palabra...

Se detuvo de pronto al salir al muelle del Pequeño Neva, en la isla Vasílievski, junto al puente. «Aquí vive él, en esta casa —pensó—. ¿Qué es esto? ¡Si he venido solo a ver a Razumíjin! Otra vez la misma historia que

aquella vez... Pero es muy curioso: ¿vine yo solo, o simplemente iba andando y entré aquí? Da lo mismo; dije... anteayer... que iría a verlo al día siguiente de aquello; bueno, ¡pues iré! Como si ahora no pudiera entrar...»

Subió al quinto piso, a casa de Razumíjin.

Este estaba en casa, en su cuartucho, y en ese momento estudiaba, escribía, y le abrió él mismo. Hacía unos cuatro meses que no se veían. Razumíjin estaba sentado en su cuarto con una bata gastada hasta los jirones, con pantuflas sobre los pies descalzos, despeinado, sin afeitar y sin lavar. En su cara se pintó el asombro.

—¿Qué te pasa? —gritó, examinando de pies a cabeza al compañero que entraba; después calló y soltó un silbido.

—¿Tan mal andas? Pues, hermano, has dejado atrás a todos los de nuestra especie —añadió, mirando los harapos de Raskólnikov—. ¡Pero siéntate, debes de estar cansado! —Y cuando el otro se desplomó en el sofá turco de hule, que era todavía peor que el suyo, Razumíjin advirtió de pronto que su visitante estaba enfermo.

—Pero tú estás enfermo de verdad, ¿lo sabes? —Se puso a tomarle el pulso; Raskólnikov retiró la mano de un tirón.

—No hace falta —dijo—. Vine... mira: no tengo ninguna clase... quería... aunque, no necesito para nada clases...

—¿Sabes qué? ¡Estás delirando! —observó Razumíjin, que lo miraba con atención.

—No, no deliro... —Raskólnikov se levantó del sofá. Al subir a casa de Razumíjin no había pensado que, por lo tanto, tendría que encontrarse cara a cara con él. Ahora, en cambio, en un instante, adivinó, ya por experiencia, que en ese momento lo último que deseaba era encontrarse

cara a cara con quien fuera en el mundo entero. Toda la bilis se le subió. Casi se ahogó de rabia contra sí mismo en cuanto cruzó el umbral de Razumíjin.

—¡Adiós! —dijo de pronto, y fue hacia la puerta.

—¡Pero espera, espera, raro!

—¡No hace falta!... —repitió el otro, volviendo a soltar la mano de un tirón.

—¿Y entonces para qué diablos viniste? ¿Te has vuelto loco, o qué? Esto es... casi ofensivo. Así no te dejo ir.

—Bueno, escucha: vine a verte porque, aparte de ti, no conozco a nadie que pudiera ayudarme... a empezar... porque eres el más bueno de todos, es decir, el más inteligente, y puedes juzgar... Y ahora veo que no necesito nada, ¿oyes?, absolutamente nada... ni los servicios ni la simpatía de nadie... Yo solo... solo... ¡Y basta! ¡Déjenme en paz!

—¡Pero espera un minuto, deshollinador! ¡Completamente loco! Por mí, haz lo que quieras. Mira: clases tampoco tengo yo, y me da igual, pero hay en el mercado de cosas usadas un librero, Jeruvímov, que ya es él solo una clase en su género. Ahora no lo cambiaría por cinco clases en casas de comerciantes. Hace unas edicioncitas y saca libritos de ciencias naturales, ¡y cómo se venden! ¡Solo los títulos ya valen lo suyo! Tú siempre has sostenido que soy estúpido; ¡te juro, hermano, que hay otros más estúpidos que yo! Ahora se ha metido también en las ideas avanzadas; él mismo no entiende ni jota, pero yo, desde luego, lo animo. Aquí hay dos pliegos y pico de texto alemán, a mi parecer de la charlatanería más estúpida: en una palabra, se examina si la mujer es un ser humano o no. Y, desde luego, se demuestra solemnemente que lo es. Jeruvímov lo prepara para la sección de

la cuestión femenina; yo traduzco; él estirará esos dos pliegos y medio hasta unos seis, inventaremos un título pomposísimo de media página y lo venderemos a cincuenta kopeks. ¡Pasará! Por la traducción me pagan seis rublos de plata por pliego, o sea que por todo me tocarán unos quince rublos, y seis los cobré por adelantado. Cuando terminemos esto, empezaremos a traducir algo sobre las ballenas, y después, de la segunda parte de las «Confessions», también marcaron unos chismes aburridísimos, que vamos a traducir; a Jeruvímov alguien le dijo que Rousseau es, en su género, una especie de Radíshchev[2]. Yo, desde luego, no lo contradigo, ¡al diablo con él! Bueno, ¿quieres traducir el segundo pliego de «¿Es la mujer un ser humano?»? Si quieres, toma ahora mismo el texto, toma plumas, papel (todo esto es del patrón) y toma tres rublos: como yo cobré por adelantado por toda la traducción, por el primer pliego y por el segundo, entonces tres rublos te corresponden justo a ti. Y cuando termines el pliego, recibirás otros tres rublos de plata. Y otra cosa, por favor, no lo tomes como un favor de mi parte. Al contrario, apenas entraste ya calculé en qué me vas a ser útil. En primer lugar, ando mal con la ortografía, y en segundo lugar, en alemán a veces estoy francamente flojo, de modo que la mayor parte la invento yo y solo me consuelo pensando que así sale todavía mejor. Aunque, quién sabe, quizá no sale mejor, sino peor... ¿Lo tomas o no?

Raskólnikov tomó en silencio las hojas alemanas del artículo, tomó los tres rublos y, sin decir una palabra, salió. Razumíjin se quedó mirándolo con asombro. Pero, al llegar ya a la Primera Línea[3], Raskólnikov dio de pronto la vuelta, subió otra vez a casa de Razumíjin y, dejando sobre la mesa las hojas alemanas y los tres rublos, otra vez sin decir una palabra, se

fue.

—¿Pero qué, tienes delirium tremens? —rugió Razumíjin, enfurecido por fin—. ¿Qué comedias estás representando? Hasta a mí me desconcertaste... ¿Para qué viniste, entonces, diablo?

—No necesito... traducciones... —murmuró Raskólnikov, ya bajando la escalera.

—¿Y entonces qué diablos necesitas? —gritó Razumíjin desde arriba. El otro siguió bajando en silencio.

—¡Eh, tú! ¿Dónde vives?

No hubo respuesta.

—¡Pues al di-a-a-blo contigo!...

Pero Raskólnikov ya salía a la calle. En el puente Nikoláievski tuvo que volver en sí del todo una vez más, a causa de un incidente muy desagradable para él. El cochero de un carruaje le dio un latigazo bien dado en la espalda, porque había estado a punto de meterse bajo los caballos, a pesar de que el cochero le había gritado unas tres o cuatro veces. El latigazo lo enfureció tanto que, después de apartarse de un salto hacia la baranda (no se sabe por qué iba por el medio mismo del puente, por donde pasan los coches y no la gente), rechinó y castañeteó los dientes con rabia. Alrededor, desde luego, se oían risas.

—¡Y se lo merece!

—Algún pícaro.

—Ya se sabe, se hace el borracho y se mete a propósito bajo las ruedas; y después responde tú por él.

—De eso viven, buen hombre, de eso viven...

Pero en el momento en que estaba de pie junto a la baranda, mirando

todavía sin sentido y con rabia el carruaje que se alejaba, frotándose la espalda, sintió de pronto que alguien le metía dinero en las manos. Miró: una mujer de comerciante entrada en años, con cofia y zapatos de cabritilla, y con ella una muchacha con sombrerito y una sombrilla verde, probablemente su hija. «Tome, padrecito, por amor de Cristo». Él lo tomó y ellas pasaron de largo. Eran veinte kopeks. Por la ropa y por el aspecto bien podían haberlo tomado por un mendigo, por un auténtico pedigüeño callejero, y lo de darle veinte kopeks enteros se lo debía seguramente al latigazo, que las había conmovido.

Apretó los veinte kopeks en la mano, dio unos diez pasos y se volvió de cara al Neva, en dirección al palacio. En el cielo no había ni la más mínima nube, y el agua estaba casi azul, cosa que en el Neva ocurre muy pocas veces. La cúpula de la catedral, que desde ningún punto se dibuja mejor que mirándola desde aquí, desde el puente, unos veinte pasos antes de llegar a la capilla, resplandecía, y a través del aire limpio se podía distinguir con nitidez incluso cada uno de sus adornos. El dolor del latigazo se calmó, y Raskólnikov se olvidó del golpe; un solo pensamiento inquieto y no del todo claro lo ocupaba ahora por completo. Estaba de pie y miraba a lo lejos largo rato y con fijeza; ese lugar le era especialmente conocido. Cuando iba a la universidad, solía ocurrirle —casi siempre al volver a casa—, quizá unas cien veces, detenerse precisamente en ese mismo lugar, contemplar fijamente ese panorama verdaderamente magnífico y asombrarse casi cada vez de una impresión suya, confusa e indescifrable. De ese panorama magnífico siempre le llegaba un frío inexplicable; ese cuadro suntuoso estaba para él lleno de un espíritu mudo y sordo... Cada vez se asombraba de esa impresión sombría y enigmática, y aplazaba su explicación para el

futuro, sin fiarse de sí mismo. Ahora, de pronto, recordó con viveza esas preguntas y perplejidades de antes, y le pareció que no era por casualidad que las recordaba ahora. Ya solo eso le pareció absurdo y extraño: haberse detenido en el mismo lugar que antes, como si de verdad se hubiera imaginado que podía pensar ahora en lo mismo que antes, e interesarse por los mismos temas y cuadros de antes por los que se interesaba... hacía tan poco. Casi le dio risa, y al mismo tiempo se le oprimió el pecho hasta el dolor. En una especie de profundidad, abajo, en algún lugar apenas visible bajo sus pies, le pareció ahora todo ese pasado de antes, y los pensamientos de antes, y los problemas de antes, y los temas de antes, y las impresiones de antes, y todo ese panorama, y él mismo, y todo, todo... Parecía que se elevaba volando a alguna parte, y que todo desaparecía ante sus ojos... Al hacer un movimiento involuntario con la mano, sintió de pronto en el puño los veinte kopeks apretados. Abrió la mano, miró fijamente la monedita, tomó impulso y la tiró al agua; después se dio la vuelta y se fue a casa. Le pareció que en ese momento se había cortado a sí mismo, como con unas tijeras, de todos y de todo.

Llegó a su casa ya al anochecer; por lo tanto, había andado en total unas seis horas. Por dónde y cómo había vuelto, no recordaba nada. Desvestido y temblando todo, como un caballo reventado, se acostó en el sofá, se tapó con el capote y enseguida perdió el conocimiento...

Volvió en sí en plena oscuridad por unos gritos horribles. ¡Dios, qué gritos! Nunca había oído ni visto semejantes sonidos antinaturales, semejantes aullidos, alaridos, rechinar de dientes, lágrimas, golpes e insultos. No podía siquiera imaginar semejante bestialidad, semejante frenesí. Horrorizado, se incorporó y se sentó en la cama, quedándose sin

aliento y atormentándose a cada instante. Pero las peleas, los alaridos y los insultos se volvían cada vez más fuertes. Y he aquí que, para su enorme asombro, distinguió de pronto la voz de su casera. Aullaba, chillaba y se lamentaba, deprisa, atropelladamente, soltando las palabras de un modo que no se podía distinguir qué suplicaba; desde luego, que dejaran de pegarle, porque le pegaban sin piedad en la escalera. La voz del que pegaba se había vuelto tan horrible de rabia y furia que ya solo era un estertor, pero de todos modos también el que pegaba decía algo, y también deprisa, ininteligible, atropelladamente y ahogándose. De pronto Raskólnikov se puso a temblar como una hoja: había reconocido esa voz; era la voz de Iliá Petróvich. ¡Iliá Petróvich está aquí y le pega a la casera! ¡Le pega con los pies, le golpea la cabeza contra los escalones; está claro, se oye por los sonidos, por los alaridos, por los golpes! ¿Qué es esto, el mundo se ha vuelto del revés, o qué? Se oía cómo en todos los pisos, por toda la escalera, se juntaba una multitud; se oían voces, exclamaciones, subían, golpeaban, daban portazos, acudían corriendo. «¿Pero por qué, por qué, y cómo es posible?», repetía, pensando en serio que se había vuelto completamente loco. ¡Pero no, oye con demasiada claridad!... Pero entonces, si es así, también vendrán a buscarlo a él ahora mismo, «porque... seguramente, todo esto es por lo mismo... por lo de ayer... ¡Señor!». Quiso cerrar la puerta con el gancho, pero la mano no se le levantó... ¡y además es inútil! El miedo, como hielo, le envolvió el alma, lo atormentó, lo dejó entumecido... Pero por fin todo ese alboroto, que duró sus buenos diez minutos, empezó a calmarse poco a poco. La casera gemía y se quejaba, Iliá Petróvich todavía amenazaba e insultaba... Pero por fin, al parecer, también él se calló; ya no se le oye; «¿será que se fue? ¡Señor!». Sí, ahí se va también la casera, todavía

gimiendo y llorando... ahí se cerró de golpe su puerta... Ahí está la multitud que se dispersa desde las escaleras a sus viviendas: se lamentan, discuten, se llaman unos a otros, ya alzando la voz hasta el grito, ya bajándola hasta el susurro. Debían de ser muchos; casi toda la casa había acudido. «Pero, Dios, ¿acaso todo esto es posible? ¿Y para qué, para qué vino aquí?»

Raskólnikov cayó sin fuerzas en el sofá, pero ya no podía cerrar los ojos; estuvo acostado como media hora en tal sufrimiento, en tal sensación insoportable de horror sin límites como nunca había experimentado. De pronto una luz viva iluminó su habitación: entró Nastasia con una vela y con un plato de sopa. Después de mirarlo con atención y de ver que no dormía, dejó la vela sobre la mesa y empezó a disponer lo que traía: pan, sal, un plato, una cuchara.

—Seguro que no comes desde ayer. Se pasó el día entero dando vueltas, y él mismo con la fiebre encima.

—Nastasia... ¿por qué le pegaron a la casera?

Ella lo miró fijamente.

—¿Quién le pegó a la casera?

—Hace un momento... hace media hora, Iliá Petróvich, el ayudante del comisario, en la escalera... ¿Por qué le pegó así? Y... ¿para qué vino?...

Nastasia lo examinaba en silencio y frunciendo el ceño, y estuvo mucho rato mirándolo así. A él le resultó muy desagradable ese examen, incluso le dio miedo.

—Nastasia, ¿por qué te callas? —dijo él por fin, tímidamente, con voz débil.

—Es la sangre —respondió ella por fin, en voz baja y como hablando

para sí.

—¡La sangre!... ¿Qué sangre?... —murmuraba él, palideciendo y apartándose hacia la pared. Nastasia seguía mirándolo en silencio.

—Nadie le pegó a la casera —dijo ella otra vez con voz severa y decidida. Él la miraba, respirando apenas.

—Yo mismo lo oí... no dormía... estaba sentado —dijo él, todavía más tímidamente—. Estuve escuchando mucho rato... Vino el ayudante del comisario... Acudieron todos a la escalera, de todas las viviendas...

—No vino nadie. Es la sangre que te grita por dentro. Es cuando no tiene salida y empieza a cuajarse en el hígado, entonces uno empieza a ver visiones... ¿Vas a comer, o qué?

Él no respondía. Nastasia seguía de pie junto a él, lo miraba fijamente y no se iba.

—Dame de beber... Nastásiushka.

Ella bajó y al cabo de unos dos minutos volvió con agua en un jarro blanco de barro; pero él ya no recordaba qué pasó después. Recordaba solo que tomó un sorbo de agua fría y se derramó el jarro sobre el pecho. Después vino la inconsciencia.

Notas

1. Pud: antigua medida rusa de peso, unos dieciséis kilos.

2. Aleksandr Radíshchev (1749-1802), escritor ilustrado ruso, desterrado por su *Viaje de Petersburgo a Moscú*.

3. Las calles transversales de la isla Vasílievski se llaman «líneas» y están numeradas.

Segunda parte. Capítulo III

No es, sin embargo, que estuviera del todo inconsciente durante toda la enfermedad: era un estado febril, con delirio y semiconsciencia. Muchas cosas las recordó después. A veces le parecía que alrededor de él se juntaba mucha gente que quería llevárselo a alguna parte, que discutían y se peleaban mucho por él. De pronto estaba solo en la habitación, todos se habían ido y le tenían miedo, y solo de vez en cuando entreabrían apenas la puerta para mirarlo, lo amenazaban, se ponían de acuerdo en algo entre ellos, se reían y lo provocaban. A Nastasia la recordaba a menudo junto a él; distinguía también a otra persona, que parecía serle muy conocida, pero no podía de ningún modo adivinar quién era, y eso lo angustiaba, y hasta lloraba. A veces le parecía que llevaba ya un mes acostado; otras, que seguía siendo el mismo día. Pero de aquello, de aquello se había olvidado por completo; en cambio, a cada minuto recordaba que se había olvidado de algo que no se podía olvidar; se desgarraba, se atormentaba tratando de recordar, gemía, caía en la furia o en un miedo horrible, insoportable. Entonces intentaba levantarse, quería huir, pero siempre alguien lo detenía por la fuerza, y él volvía a caer en la impotencia y la inconsciencia. Por fin volvió en sí del todo.

Ocurrió por la mañana, a las diez. A esa hora de la mañana, los días claros, el sol siempre pasaba en una larga franja por su pared derecha e iluminaba el rincón junto a la puerta. Junto a su cama estaban Nastasia y otro hombre, que lo examinaba con mucha curiosidad y que le era completamente desconocido. Era un muchacho joven con caftán, con barbita, y por su aspecto parecía un recadero de cooperativa. Por la puerta entreabierta se asomaba la casera. Raskólnikov se incorporó.

—¿Quién es este, Nastasia? —preguntó, señalando al muchacho.

—¡Mira, volvió en sí! —dijo ella.

—Volvió en sí —repitió el recadero. Al darse cuenta de que había vuelto en sí, la casera, que espiaba desde la puerta, la entornó enseguida y se escondió. Siempre había sido tímida y soportaba con pena las conversaciones y las explicaciones; tenía unos cuarenta años, era gorda y rolliza, de cejas y ojos negros, bondadosa por gorda y por perezosa; y hasta bastante bonita. Pudorosa más de lo necesario.

—¿Usted... quién es? —siguió preguntando él, dirigiéndose al propio recadero. Pero en ese momento volvió a abrirse la puerta de par en par y, agachándose un poco porque era alto, entró Razumíjin.

—¡Qué camarote de barco! —gritó al entrar—. Siempre me golpeo la frente; ¡y a esto lo llaman vivienda! ¿Y tú, hermano, volviste en ti? Me lo acaba de decir Páshenka[1].

—Acaba de volver en sí —dijo Nastasia.

—Acaba de volver en sí —asintió otra vez el recadero, con una sonrisita.

—¿Y usted, quién se digna ser, señor? —preguntó Razumíjin, dirigiéndose de pronto a él—. Yo, como ve usted, soy Vrazumíjin[2]; no

Razumíjin, como me llaman todos, sino Vrazumíjin, estudiante, hijo de noble, y él es mi amigo. Bien, señor, ¿y usted quién es?

—Yo soy recadero de nuestra oficina, de parte del comerciante Shelopáiev, señor, y vengo por un asunto, señor.

—Sírvase sentarse en esta silla. —Razumíjin se sentó en otra, del otro lado de la mesita—. Hiciste bien, hermano, en volver en ti —prosiguió, dirigiéndose a Raskólnikov—. Hace cuatro días que apenas comes y bebes. De verdad, te dábamos el té con cucharita. Te traje dos veces a Zosímov. ¿Te acuerdas de Zosímov? Te examinó con atención y dijo enseguida que no era nada, que se te había subido algo a la cabeza, o algo así. Una tontería nerviosa, dice, la ración era mala, te daban poca cerveza y poco rábano picante, de ahí la enfermedad, pero que no es nada, ya pasará y se olvidará. ¡Un tipazo, Zosímov! Ha empezado a curar de lo lindo. Bien, señor, no lo entretengo —se dirigió otra vez al recadero—. ¿Tiene a bien explicar qué necesita? Fíjate, Rodia, que ya es la segunda vez que vienen de su oficina; solo que antes no vino este, sino otro, y con aquel ya nos explicamos. ¿Quién vino aquí antes que usted?

—Pues ha de ser anteayer, señor, así es, señor. Era Alekséi Semiónovich; también trabaja en nuestra oficina, señor.

—¿Y no es más listo que usted, qué le parece?

—Sí, señor; él es más formal, sin duda, señor.

—Muy loable; bien, señor, prosiga.

—Pues por medio de Afanasi Ivánovich Vajrushin, de quien, me figuro, habrá oído hablar usted más de una vez, señor, a pedido de su mamá, hay para usted un giro por medio de nuestra oficina, señor —empezó el recadero, dirigiéndose directamente a Raskólnikov—. En caso

de que usted ya esté en su entendimiento, señor, tengo que entregarle treinta y cinco rublos, señor, ya que Semión Semiónovich recibió aviso de Afanasi Ivánovich, a pedido de su mamá, de la manera de antes. ¿Está usted al tanto, señor?

—Sí... me acuerdo... Vajrushin... —dijo Raskólnikov, pensativo.

—¿Oye? ¡Conoce al comerciante Vajrushin! —exclamó Razumíjin—. ¿Cómo no va a estar en su entendimiento? Aunque, ahora noto que también usted es un hombre sensato. ¡Bien, señor! Da gusto escuchar palabras inteligentes.

—El mismo, señor, Vajrushin, Afanasi Ivánovich, y a pedido de su mamá, que por medio de él ya le mandó dinero una vez de la misma manera, tampoco esta vez se negó, señor, y uno de estos días avisó desde su tierra a Semión Semiónovich para que le entregara a usted treinta y cinco rublos, señor, en espera de algo mejor, señor.

—Eso de «en espera de algo mejor» es lo que mejor le salió; tampoco está mal lo de «su mamá». Bueno, ¿y qué le parece a usted: está o no está en pleno juicio, eh?

—A mí qué más me da, señor. Solo que habría que ver lo del recibito, señor.

—¡Lo garabateará! ¿Qué tiene, un libro, o qué?

—Un libro, señor, aquí está, señor.

—Démelo. Bueno, Rodia, levántate. Yo te sostengo; échale una firma, «Raskólnikov», toma la pluma, porque, hermano, ahora el dinero nos es más dulce que la melaza.

—No hace falta —dijo Raskólnikov, apartando la pluma.

—¿Cómo que no hace falta?

—No voy a firmar.

—¡Uf, diablos! ¿Y cómo va a ser sin recibo?

—No necesito... dinero...

—¡Que no necesitas dinero! ¡Eso, hermano, es mentira, yo soy testigo! No se preocupe, por favor, es que él... anda de viaje otra vez. Aunque esto también le pasa despierto... Usted es un hombre sensato, y nosotros lo guiaremos, es decir, sencillamente le guiaremos la mano, y firmará. Incorpórate...

—Aunque también puedo volver otro día, señor.

—No, no; para qué va a molestarse. Usted es un hombre sensato... Bueno, Rodia, no entretengas al visitante... ya ves que está esperando. —Y se preparó en serio para guiarle la mano a Raskólnikov.

—Déjalo, lo hago yo... —dijo este, tomó la pluma y firmó en el libro. El recadero dejó el dinero y se retiró.

—¡Bravo! Y ahora, hermano, ¿quieres comer?

—Quiero —respondió Raskólnikov.

—¿Tienen sopa?

—De ayer —respondió Nastasia, que había estado allí todo el tiempo.

—¿Con papas y sémola de arroz?

—Con papas y sémola.

—Me lo sé de memoria. Trae la sopa, y también té.

—Ya lo traigo.

Raskólnikov lo miraba todo con profundo asombro y con un miedo sordo, sin sentido. Decidió callar y esperar: ¿qué pasaría después?

«Parece que no deliro —pensaba—, parece que esto es de verdad...»

Al cabo de dos minutos Nastasia volvió con la sopa y anunció que

enseguida estaría también el té. Con la sopa aparecieron dos cucharas, dos platos y todo el servicio: salero, pimentero, mostaza para la carne y demás, cosa que no se veía hacía mucho, en semejante orden. El mantel estaba limpio.

—No estaría mal, Nastásiushka, que Praskovia Pávlovna destacara un par de botellitas de cerveza. Nos las beberemos, señor.

—¡Mira qué listo! —murmuró Nastasia, y fue a cumplir la orden.

Raskólnikov seguía observando con extrañeza y tensión. Mientras tanto Razumíjin se pasó al sofá, junto a él; torpemente, como un oso, le rodeó la cabeza con el brazo izquierdo, a pesar de que él mismo habría podido incorporarse, y con la mano derecha le acercó a la boca una cucharada de sopa, después de soplarla varias veces para que no se quemara. Pero la sopa estaba apenas tibia. Raskólnikov tragó con avidez una cucharada, después otra, una tercera. Pero tras darle unas cuantas cucharadas, Razumíjin se detuvo de pronto y anunció que para lo que seguía había que consultar con Zosímov.

Entró Nastasia con dos botellas de cerveza.

—¿Y té quieres?

—Quiero.

—Trae rápido el té también, Nastasia, porque para el té parece que se puede prescindir de la facultad. ¡Pero aquí está la cervecita! —Se pasó a su silla, se acercó la sopa y la carne y se puso a comer con tanto apetito como si llevara tres días sin comer.

—Yo, hermano Rodia, ahora como así aquí todos los días —murmuró, en la medida en que se lo permitía la boca llena de carne—, y todo es cosa de Páshenka, tu caserita, que lleva la casa y me agasaja de todo corazón. Yo,

desde luego, no insisto, pero tampoco protesto. Y aquí está Nastasia con el té. ¡Qué rápida! Nástenka, ¿quieres cervecita?

—¡Ay, déjame en paz, pícaro!

—¿Y un tecito?

—Un tecito, bueno.

—Sírvete. Espera, te lo sirvo yo; siéntate a la mesa.

Enseguida dispuso todo, le sirvió, después sirvió otra taza, dejó su desayuno y se pasó otra vez al sofá. Como antes, le rodeó la cabeza al enfermo con el brazo izquierdo, lo incorporó y empezó a darle el té con una cucharita, otra vez soplando sin cesar y con especial empeño sobre la cuchara, como si en ese proceso de soplar consistiera el punto más importante y salvador de la curación. Raskólnikov callaba y no se resistía, a pesar de que se sentía con fuerzas más que suficientes para incorporarse y quedarse sentado en el sofá sin ninguna ayuda ajena, y no solo para manejar las manos lo bastante como para sostener la cuchara o la taza, sino incluso, quizá, para caminar. Pero por una especie de astucia extraña, casi animal, se le ocurrió de pronto ocultar por un tiempo sus fuerzas, agazaparse, fingir, si hacía falta, que todavía no entendía del todo, y mientras tanto escuchar y averiguar qué estaba pasando allí. Por lo demás, no pudo dominar su repugnancia: después de sorber unas diez cucharadas de té, liberó de pronto la cabeza, apartó la cuchara con un capricho y volvió a dejarse caer sobre la almohada. Bajo su cabeza había ahora, en efecto, almohadas de verdad, de plumas y con fundas limpias; también eso lo notó y lo tomó en cuenta.

—Hay que pedirle a Páshenka que hoy mismo nos traiga mermelada de frambuesa, para hacerle una bebida —dijo Razumíjin, sentándose en su

sitio y volviendo a la sopa y a la cerveza.

—¿Y de dónde va a sacar frambuesas? —preguntó Nastasia, que sostenía el platito sobre los cinco dedos abiertos y sorbía el té «a través del azúcar»[3].

—Las frambuesas, amiga mía, las va a sacar de la tienda. Mira, Rodia, mientras no estabas aquí pasó toda una historia. Cuando te escapaste de mí de esa manera tan bribona y no me dijiste dónde vivías, me dio tanta rabia de pronto que decidí buscarte y castigarte. Ese mismo día me puse manos a la obra. ¡Cuánto anduve, anduve, cuánto pregunté, pregunté! Esta vivienda de ahora la había olvidado; aunque, en realidad, nunca la recordé, porque no la conocía. Bueno, y la vivienda de antes... solo recuerdo que estaba cerca de las Cinco Esquinas, en la casa de Jarlámov. Busqué y busqué esa casa de Jarlámov... y resultó después que no era la casa de Jarlámov, sino la de Buch: ¡cómo se confunde uno a veces con los sonidos! Bueno, me enojé. Me enojé y me fui, a lo que saliera, al día siguiente a la oficina de direcciones, e imagínate: en dos minutos te encontraron. Estás registrado allí.

—¡Registrado!

—¡Claro que sí! En cambio, al general Kobeliov no pudieron encontrarlo de ningún modo mientras yo estaba allí. Bien, señor, es largo de contar. Lo cierto es que, en cuanto caí por aquí, enseguida me enteré de todos tus asuntos; de todos, hermanito, de todos, lo sé todo; ella lo vio: conocí a Nikodim Fomich, me mostraron a Iliá Petróvich, conocí al portero y al señor Zamétov, Aleksandr Grigórievich, secretario de la comisaría de aquí, y por último a Páshenka, que fue la corona de todo; ella lo sabe...

—La tiene endulzada —murmuró Nastasia, con una sonrisa pícara.

—Pues usted debería ponerle el azúcar dentro del té, Nastasia Nikíforovna.

—¡Ay, tú, perro! —gritó de pronto Nastasia, y soltó la risa—. Y yo soy Petróvna, no Nikíforovna —añadió de pronto, cuando dejó de reírse.

—Lo tendremos en cuenta, señora. Bueno, pues, hermano, para no hablar de más, al principio quería soltar aquí una corriente eléctrica por todas partes, para arrancar de raíz de una vez todos los prejuicios de esta localidad, pero Páshenka venció. Yo, hermano, no me esperaba de ningún modo que fuera tan... tan avenantita... ¿eh? ¿Qué te parece?

Raskólnikov callaba, aunque no apartaba de él ni un minuto su mirada inquieta, y ahora seguía mirándolo con obstinación.

—Y mucho —prosiguió Razumíjin, sin turbarse en absoluto por el silencio y como asintiendo a la respuesta recibida—, y muy en su punto, en todos los aspectos.

—¡Mira qué bicho! —volvió a exclamar Nastasia, a quien esa conversación, al parecer, le producía una dicha indecible.

—Lo malo, hermano, es que desde el principio no supiste manejar el asunto. Con ella había que hacerlo de otro modo. ¡Si es, por así decirlo, el carácter más inesperado! Bueno, del carácter, después... ¿Pero cómo, por ejemplo, llegar a que se atreviera a no mandarte la comida? ¿O, por ejemplo, ese pagaré? ¿Pero te volviste loco, firmar pagarés? O, por ejemplo, esa boda proyectada, cuando todavía vivía la hija, Natalia Yegórovna... ¡Lo sé todo! Aunque, veo que es una cuerda delicada y que soy un burro; perdóname. Pero, hablando de estupidez: ¿qué te parece, no es cierto, hermano, que Praskovia Pávlovna no es en absoluto tan tonta como se

podría suponer a primera vista, eh?

—Sí... —masculló Raskólnikov, mirando hacia un lado, pero comprendiendo que convenía seguir la conversación.

—¿No es verdad? —exclamó Razumíjin, visiblemente contento de que le hubieran respondido—. Pero tampoco es inteligente, ¿eh? ¡Un carácter completamente, completamente inesperado! Yo, hermano, en parte me pierdo, te lo aseguro... Cuarenta años, seguro, los tiene. Ella dice treinta y seis, y tiene todo el derecho. Aunque, te juro que la juzgo más bien intelectualmente, por pura metafísica; aquí, hermano, se nos ha armado un emblema que ni el álgebra. ¡No entiendo nada! Bueno, todo eso es una tontería; lo cierto es que ella, viendo que ya no eras estudiante, que habías perdido las clases y la ropa y que, tras la muerte de la señorita, ya no tenía por qué tratarte como de la familia, se asustó de pronto; y como tú, por tu parte, te metiste en un rincón y no mantuviste nada de lo de antes, se le ocurrió echarte de la vivienda. Hacía mucho que alimentaba esa intención, pero le daba pena el pagaré. Además, tú mismo le asegurabas que tu mamá pagaría...

—Eso lo decía por vileza... Mi madre misma casi pide limosna... y yo mentía para que me tuvieran en la vivienda y... me dieran de comer —dijo Raskólnikov en voz alta y con claridad.

—Sí, eso lo hiciste con sensatez. Solo que todo el truco está en que ahí apareció el señor Chebárov, consejero de corte y hombre de negocios. Páshenka, sin él, no habría inventado nada, es demasiado pudorosa; pero el hombre de negocios no es pudoroso, y lo primero que hizo, desde luego, fue plantear la pregunta: ¿hay esperanza de cobrar el pagarecito? Respuesta: la hay, porque hay una mamá que, de su pensión de ciento

veinticinco rublos, aunque ella misma no coma, sacará a su Ródienka del apuro, y hay una hermanita que por su hermanito se venderá como esclava. En eso se basó... ¿Por qué te mueves? Yo, hermano, me he enterado ahora de todos tus secretos, no en vano te sincerabas con Páshenka cuando todavía estabas en pie de familia, y ahora te lo digo con cariño... Ahí está la cosa: el hombre honrado y sensible se sincera, y el hombre de negocios escucha y come, y después se lo come a uno. Y ella le cedió el pagarecito a ese Chebárov, como si fuera en pago, y él lo reclamó formalmente, sin turbarse. Yo quería, cuando me enteré de todo, soltarle también a él una corriente, así, para tener la conciencia tranquila, pero justo entonces Páshenka y yo entramos en armonía, y ordené que se terminara todo el asunto, es decir, en su fuente misma, garantizando que tú pagarías. Yo, hermano, salí de garante por ti, ¿oyes? Llamamos a Chebárov, diez rublos de plata en el hocico y el papel de vuelta, y aquí tengo el honor de presentárselo, ahora le creen a usted bajo palabra; aquí tiene, tómelo, y roto por mí como corresponde.

Razumíjin dejó sobre la mesa el pagaré; Raskólnikov le echó una mirada y, sin decir una palabra, se volvió hacia la pared. Hasta a Razumíjin le dolió.

—Veo, hermano —dijo al cabo de un minuto—, que otra vez hice el tonto. Pensaba distraerte y divertirte con mi charla, y parece que solo te revolví la bilis.

—¿Era a ti a quien no reconocía en el delirio? —preguntó Raskólnikov, callando también un minuto y sin volver la cabeza.

—A mí, y hasta te pusiste frenético por eso, sobre todo una vez que traje a Zamétov.

—¿Zamétov?... ¿El secretario?... ¿Para qué? —Raskólnikov se volvió rápidamente y clavó los ojos en Razumíjin.

—¿Pero qué te pasa... por qué te inquietas? Quiso conocerte; él mismo quiso, porque hablamos mucho de ti con él... Si no, ¿de quién me habría enterado yo de tantas cosas sobre ti? Es un muchacho estupendo, hermano, de lo más maravilloso... en su género, desde luego. Ahora somos amigos; nos vemos casi todos los días. Es que me mudé a este barrio. ¿Todavía no lo sabes? Acabo de mudarme. Fuimos dos veces con él a casa de Laviza. ¿Te acuerdas de Laviza, de Laviza Ivánovna?

—¿Dije algo en el delirio?

—¡Ya lo creo! No era usted dueño de sí, señor.

—¿Qué dije en el delirio?

—¡Vaya! ¿Que qué dijiste? Ya se sabe qué se dice en el delirio... Bueno, hermano, ahora, para no perder tiempo, manos a la obra.

Se levantó de la silla y agarró la gorra.

—¿Qué dije en el delirio?

—¡Mira cómo insiste! ¿No será que temes por algún secreto? No te preocupes: de la condesa no se dijo nada. Pero de un bulldog, y de unos aretes, y de unas cadenitas, y de la isla Krestovski, y de un portero, y de Nikodim Fomich, y de Iliá Petróvich, el ayudante del comisario, se habló mucho. Y además, de su propio calcetín se dignó usted interesarse muchísimo, ¡muchísimo! Se quejaba: denme el calcetín, y nada más. Zamétov mismo buscó tus calcetines por todos los rincones, y con sus propias manitas, lavadas con perfume, con anillos, le alcanzaba a usted esa porquería. Solo entonces se calmó usted, y un día entero tuvo esa porquería en las manos; no había manera de quitársela. Seguramente

todavía estará en algún lado, debajo de tu colcha. Y además pedías los flecos del pantalón, ¡y con qué lágrimas! Nosotros tratábamos de averiguar: ¿qué flecos son esos? Pero no había forma de entender nada... ¡Bueno, señor, manos a la obra! Aquí hay treinta y cinco rublos; de ellos tomo diez, y dentro de un par de horitas rendiré cuentas. Mientras tanto avisaré también a Zosímov, aunque ya hace rato que debería estar aquí, porque son más de las once. Y usted, Nástenka, venga a ver seguido mientras no estoy, por si quiere beber o alguna otra cosa que se le ofrezca... Y a Páshenka yo mismo le digo ahora lo que haga falta. ¡Hasta luego!

—¡La llama Páshenka! ¡Ay, qué cara de pícaro! —dijo Nastasia mientras él se iba; después abrió la puerta y se puso a escuchar, pero no se aguantó y bajó ella misma corriendo. Tenía demasiadas ganas de saber de qué hablaba él allí con la casera; y en general se veía que Razumíjin la tenía completamente encantada.

Apenas se cerró la puerta detrás de ella, el enfermo se quitó de encima la colcha y saltó de la cama como un loco. Con una impaciencia ardiente, convulsiva, había esperado a que se fueran cuanto antes, para ponerse enseguida manos a la obra sin ellos. ¿Pero a qué obra, a qué asunto? Ahora, como a propósito, parecía haberlo olvidado. «¡Señor! Dime solo una cosa: ¿lo saben todo o todavía no lo saben? ¿Y si ya lo saben y solo fingen, me provocan mientras estoy acostado, y después de pronto entrarán y me dirán que todo se sabe desde hace mucho y que ellos solo así... ¿Qué hago ahora? Y me olvidé, como a propósito; ¡me olvidé de pronto, si hace un momento me acordaba!...»

Estaba de pie en medio de la habitación y miraba alrededor con una perplejidad torturante; se acercó a la puerta, la abrió, escuchó; pero no era

eso. De pronto, como si se acordara, se lanzó al rincón donde estaba el agujero del papel de la pared, se puso a examinarlo todo, metió la mano en el agujero, tanteó, pero tampoco era eso. Fue hacia la estufa, la abrió y se puso a revolver la ceniza: los pedacitos de los flecos del pantalón y los jirones del bolsillo arrancado estaban allí tirados, tal como los había dejado entonces; ¡o sea que nadie había mirado! Entonces se acordó del calcetín del que acababa de hablar Razumíjin. Es verdad, ahí está, en el sofá, debajo de la colcha, pero se había frotado y ensuciado tanto desde entonces que, desde luego, Zamétov no pudo distinguir nada.

«¡Vaya, Zamétov!... ¡La comisaría!... ¿Y para qué me llaman a la comisaría? ¿Dónde está la citación? ¡Vaya!... Me confundí: ¡eso fue aquella vez! Aquella vez también examiné el calcetín, y ahora... ahora estuve enfermo. ¿Y para qué vino Zamétov? ¿Para qué lo trajo Razumíjin?... —murmuraba sin fuerzas, volviendo a sentarse en el sofá—. ¿Qué es esto? ¿Sigo delirando o es de verdad? Parece que es de verdad... ¡Ah, ya me acordé: huir! ¡Huir cuanto antes, sin falta, sin falta huir! Sí... ¿pero adónde? ¿Y dónde está mi ropa? ¡No están las botas! ¡Se las llevaron! ¡Las escondieron! ¡Entiendo! Ah, ahí está el abrigo: ¡se les pasó! Ahí está el dinero en la mesa, ¡gracias a Dios! Ahí está el pagaré... Tomaré el dinero y me iré, y alquilaré otra vivienda, ¡no me encontrarán!... Sí, ¿y la oficina de direcciones? ¡Me encontrarán! Razumíjin me encontrará. Mejor huir del todo... lejos... a América, ¡y que se vayan al diablo! Y llevarme el pagaré... allí me servirá. ¿Qué más llevarme? ¡Creen que estoy enfermo! No saben que puedo caminar, ¡je, je, je!... ¡Les adiviné en los ojos que lo saben todo! ¡Con tal de bajar la escalera! ¿Y si tienen allí guardias apostados, policías? ¿Qué es esto, té? ¡Ah, y quedó cerveza, media botella, fría!»

Agarró la botella, en la que todavía quedaba cerveza para un vaso entero, y se la bebió de un trago con deleite, como apagando un fuego en el pecho. Pero no había pasado ni un minuto cuando la cerveza se le subió a la cabeza y por la espalda le corrió un escalofrío ligero y hasta agradable. Se acostó y se tapó con la colcha. Sus pensamientos, ya de por sí enfermos e incoherentes, empezaron a mezclarse cada vez más, y pronto un sueño ligero y agradable se apoderó de él. Con deleite buscó con la cabeza un lugar en la almohada, se envolvió mejor en la colcha guateada y suave, que ahora tenía encima en lugar del viejo capote roto, suspiró en silencio y se durmió con un sueño profundo, sólido, curativo.

Se despertó al oír que alguien entraba en su cuarto, abrió los ojos y vio a Razumíjin, que había abierto la puerta de par en par y estaba de pie en el umbral, dudando si entrar o no. Raskólnikov se incorporó rápidamente en el sofá y lo miraba como esforzándose por recordar algo.

—Ah, no duermes, ¡pues aquí estoy! ¡Nastasia, trae acá el bulto! —gritó Razumíjin hacia abajo—. Ahora mismo te rindo cuentas...

—¿Qué hora es? —preguntó Raskólnikov, mirando alrededor con inquietud.

—Pues has dormido de lo lindo, hermano: ya es de tarde, deben de ser las seis. Dormiste más de seis horas...

—¡Señor! ¡Qué me pasa!...

—¿Y qué tiene de malo? ¡Que te aproveche! ¿Adónde tienes prisa? ¿A una cita, o qué? Ahora todo el tiempo es nuestro. Ya hace unas tres horas que te espero; vine un par de veces, y dormías. A casa de Zosímov fui dos veces: no está, y no hay más que hablar. ¡Pero no importa, ya vendrá!... También salí por mis asuntillos. Es que hoy me mudé, me mudé del todo,

con mi tío. Es que ahora tengo un tío... Bueno, ¡al diablo, manos a la obra!... Dame el bulto, Nástenka. Ahora mismo... ¿Y cómo te sientes, hermano?

—Estoy sano; no estoy enfermo... Razumíjin, ¿hace mucho que estás aquí?

—Te digo que hace tres horas que espero.

—No, ¿y antes?

—¿Antes qué?

—¿Desde cuándo vienes aquí?

—Pero si te lo conté hace un rato; ¿o no te acuerdas?

Raskólnikov se quedó pensativo. Como en un sueño se le aparecía lo de hacía un rato. Solo no podía recordarlo y miraba con aire interrogante a Razumíjin.

—¡Hm! —dijo este—. ¡Te olvidaste! Ya hace un rato me pareció que todavía no estabas en tus... Ahora, con el sueño, te has repuesto... De verdad, tienes mucho mejor cara. ¡Muy bien! ¡Bueno, a lo nuestro! Ahora mismo te acordarás. Mira aquí, querido.

Se puso a desatar el bulto, que evidentemente le interesaba muchísimo.

—Esto, hermano, créeme, lo tenía especialmente en el corazón. Porque hay que hacer de ti un hombre. Empecemos: empezaremos por arriba. ¿Ves esta gorra? —empezó, sacando del bulto una gorra bastante bonita, pero al mismo tiempo muy corriente y barata—. ¿Me permites probártela?

—Después, más tarde —dijo Raskólnikov, rechazándolo con un gesto malhumorado.

—No, hermano Rodia, no te resistas, después será tarde; y además yo no voy a dormir en toda la noche, porque la compré sin medida, a ojo.

¡Justa! —exclamó triunfante, tras probársela—. ¡Justa a la medida! El sombrero, hermano, es lo más importante de la vestimenta, una especie de carta de presentación. Tolstiakov, un amigo mío, tiene que quitarse la tapadera cada vez que entra en algún lugar público donde todos los demás están con sombrero y gorra. Todos piensan que es por servilismo, pero es simplemente porque le avergüenza su nido de pájaro: ¡un hombre tan pudoroso! Bueno, señora, Nástenka, aquí tiene usted dos sombreros: este palmerston (sacó del rincón el sombrero redondo y deformado de Raskólnikov, al que, no se sabe por qué, llamó palmerston) o esta joyita. Calcula, Rodia, ¿cuánto crees que pagué? ¿Nastásiushka? —se dirigió a ella, viendo que el otro callaba.

—Veinte kopeks habrás dado, seguro —respondió Nastasia.

—¡Veinte kopeks, tonta! —gritó él, ofendido—. Hoy en día ni a ti te compran por veinte kopeks: ¡ochenta kopeks! Y eso porque está usada. Es verdad que hay un trato: cuando gastes esta, el año que viene te dan otra gratis, ¡te lo juro! Bien, señor, pasemos ahora a los Estados Unidos de América[4], como lo llamábamos en el gimnasio. Te prevengo: ¡de los pantalones estoy orgulloso! —Y desplegó ante Raskólnikov unos pantalones grises, de una tela de lana liviana de verano—. Ni un agujerito, ni una manchita, y bastante decentes, aunque usados; y lo mismo el chaleco, del mismo color, como manda la moda. Y que sea usado, a decir verdad, es mejor: más suave, más delicado... Mira, Rodia, para hacer carrera en el mundo basta, a mi parecer, con observar siempre la temporada; si en enero no pides espárragos, guardarás unos cuantos rublos en el bolsillo; lo mismo vale para esta compra. Ahora es la temporada de verano, y yo hice una compra de verano, porque para el otoño la temporada pedirá de todos

modos una tela más abrigada, así que habrá que tirarla... tanto más cuanto que todo esto ya habrá tenido tiempo de deshacerse solo, si no por el aumento del lujo, por los desórdenes internos. ¡Bueno, calcula! ¿Cuánto, según tú? ¡Dos rublos con veinticinco kopeks! Y recuerda, otra vez con la condición de antes: cuando los gastes, el año que viene te llevas otros gratis. En la tienda de Fediáiev no comercian de otro modo: pagas una vez, y tienes para toda la vida, porque otra vez ya no vas tú. Bien, señor, pasemos ahora a las botas: ¿qué tal? Se ve que están usadas, pero te durarán un par de meses, porque son de fabricación extranjera y de cuero extranjero: el secretario de la embajada inglesa las vendió la semana pasada en el mercado de cosas usadas; solo las había llevado seis días, pero necesitaba mucho el dinero. Precio: un rublo con cincuenta kopeks. ¿Buena compra?

—¡A lo mejor no le van! —observó Nastasia.

—¡Que no le van! ¿Y esto qué es? —Y sacó del bolsillo la bota vieja de Raskólnikov, endurecida, toda pegoteada de barro seco, agujereada—. Fui preparado, y con este monstruo me sacaron la medida verdadera. Todo este asunto se llevó con el corazón. Y lo de la ropa blanca lo arreglamos con la casera. Aquí tienes, primero, tres camisas de lienzo, pero con la pechera a la moda... Bien, señor: ochenta kopeks la gorra, dos rublos con veinticinco el resto de la ropa, en total tres rublos con cinco kopeks; un rublo con cincuenta las botas, porque son muy buenas, en total cuatro rublos con cincuenta y cinco kopeks, y cinco rublos toda la ropa blanca, que la regateamos al por mayor; en total, nueve rublos con cincuenta y cinco kopeks exactos. Cuarenta y cinco kopeks de cambio, en monedas de cobre de cinco, aquí tiene, señor, sírvase recibirlos; y así, Rodia, ahora estás restablecido en toda tu vestimenta, porque, a mi parecer, tu abrigo no solo

puede seguir sirviendo, sino que incluso tiene un aire de especial nobleza: ¡eso es lo que significa encargarlo a Charmeur! Lo de los calcetines y lo demás te lo dejo a ti; nos quedan veinticinco rublitos, y de Páshenka y del pago de la vivienda no te preocupes; ya te dije: crédito ilimitadísimo. Y ahora, hermano, permíteme cambiarte la ropa blanca, porque, quizá, la enfermedad solo sigue metida en la camisa...

—¡Déjalo! ¡No quiero! —lo rechazaba Raskólnikov, que escuchaba con repugnancia el relato forzadamente juguetón de Razumíjin sobre la compra de la ropa...

—Eso, hermano, es imposible; ¿para qué me gasté las suelas, entonces? —insistía Razumíjin—. Nastásiushka, no tenga vergüenza y ayude, ¡así! —Y, a pesar de la resistencia de Raskólnikov, le cambió de todos modos la ropa blanca. Este se dejó caer sobre la almohada y durante unos dos minutos no dijo ni una palabra.

«¡No me los voy a sacar de encima en mucho tiempo!», pensaba. —¿Con qué dinero se compró todo esto? —preguntó por fin, mirando la pared.

—¿El dinero? ¡Lo que faltaba! Pues con el tuyo propio. Hace un rato vino el recadero, de parte de Vajrushin, te lo mandó tu mamá; ¿o también eso te olvidaste?

—Ahora me acuerdo... —dijo Raskólnikov, tras una larga y sombría meditación. Razumíjin, con el ceño fruncido, lo miraba con inquietud.

Se abrió la puerta y entró un hombre alto y robusto, que también parecía algo conocido de vista para Raskólnikov.

—¡Zosímov! ¡Por fin! —gritó Razumíjin, contento.

Notas

1. Páshenka: diminutivo cariñoso de Praskovia (la casera, Praskovia Pávlovna).

2. Juego de palabras: *razum* es «razón», y *vrazumit*, «hacer entrar en razón».

3. Costumbre popular: beber el té sosteniendo un terrón de azúcar en la boca.

4. Chiste escolar: *shtaty* («Estados») suena como *shtany* («pantalones»).

Segunda parte. Capítulo IV

Zosímov era un hombre alto y gordo, de cara abotagada, de una palidez descolorida y bien afeitada, de pelo lacio rubio desvaído, con anteojos y un gran anillo de oro en un dedo hinchado de grasa. Tenía unos veintisiete años. Vestía un abrigo liviano, amplio y elegante, pantalones claros de verano, y en general todo en él era amplio, elegante y flamante; la ropa blanca, impecable; la cadena del reloj, maciza. Sus maneras eran lentas, como desganadas, y al mismo tiempo de una desenvoltura estudiada; una pretensión, aunque disimulada con empeño, asomaba a cada momento. Todos los que lo conocían lo consideraban un hombre pesado, pero decían que conocía su oficio.

—Yo, hermano, fui dos veces a tu casa... ¡Mira, volvió en sí! —gritó Razumíjin.

—Ya veo, ya veo; bueno, ¿y cómo nos sentimos ahora, eh? —se dirigió Zosímov a Raskólnikov, mirándolo con fijeza y sentándose en el sofá, a sus pies, donde enseguida se repantigó todo lo que pudo.

—Pues sigue de mal humor —prosiguió Razumíjin—. Le cambiamos la ropa blanca hace un momento y casi se echa a llorar.

—Es comprensible; la ropa blanca se podía cambiar después, si él no

quiere... El pulso está estupendo. ¿La cabeza todavía le duele un poco, eh?

—¡Estoy sano, estoy completamente sano! —dijo Raskólnikov con insistencia e irritación, incorporándose de pronto en el sofá y con un destello en los ojos, pero enseguida volvió a dejarse caer sobre la almohada y se volvió hacia la pared. Zosímov lo observaba con fijeza.

—Muy bien... todo como debe ser —dijo con desgana—. ¿Ha comido algo?

Se lo contaron y le preguntaron qué se le podía dar.

—Pues se le puede dar de todo... Sopa, té... Hongos y pepinos, desde luego, no, y tampoco carne de vaca, y... bueno, ¡para qué hablar tanto!... —Intercambió una mirada con Razumíjin—. Fuera el jarabe y fuera todo; y mañana lo veré... Aunque hoy también... bueno, en fin...

—¡Mañana por la tarde lo llevo a pasear! —decidió Razumíjin—. Al jardín Yusúpov, y después pasaremos por el «Palais de Cristal».

—Mañana yo ni lo movería, aunque... un poco... bueno, ya veremos.

—¡Qué fastidio! Justo hoy celebro la mudanza, a dos pasos de aquí; ojalá viniera él. ¡Aunque fuera para quedarse acostado en el sofá entre nosotros! ¿Tú vienes? —se dirigió de pronto Razumíjin a Zosímov—. No te olvides, eh, lo prometiste.

—Quizá, más tarde. ¿Qué has organizado?

—Nada, té, vodka, arenque. Servirán una empanada: vendrán los amigos.

—¿Quiénes exactamente?

—Todos de aquí, y casi todos nuevos, de verdad; salvo quizá mi viejo tío, y ese también es nuevo: llegó ayer a Petersburgo por unos asuntillos; nos vemos una vez cada cinco años.

—¿Quién es?

—Pues se pasó la vida vegetando como jefe de correos de distrito... cobra una pensioncita, sesenta y cinco años, no vale la pena hablar de él... Aunque lo quiero. Vendrá Porfiri Petróvich: el juez de instrucción de aquí... un jurista. Sí, si tú lo conoces...

—¿También es pariente tuyo, o algo así?

—Lejanísimo, de algún modo; ¿pero por qué frunces el ceño? ¿Porque una vez se pelearon, quizá no vas a venir?

—Me importa un comino...

—Mejor que mejor. Bueno, y además, estudiantes, un maestro, un funcionario, un músico, un oficial, Zamétov...

—Dime, por favor, ¿qué puedes tener en común tú, o este —Zosímov señaló con la cabeza a Raskólnikov—, con un Zamétov cualquiera?

—¡Ay, estos gruñones! ¡Principios!... Todo tú estás sobre principios, como sobre resortes; no te atreves a darte la vuelta por tu propia voluntad; y para mí, si es buena persona, ese es el principio, y no quiero saber nada más. Zamétov es una persona maravillosa.

—Y se llena los bolsillos.

—¡Bueno, se llena los bolsillos, y qué! ¿Y qué tiene que se los llene? —gritó de pronto Razumíjin, irritándose de un modo algo antinatural—. ¿Acaso te lo alabé por llenarse los bolsillos? ¡Dije que solo en su género es bueno! Y si se mira a todos de frente, en todos los géneros, ¿cuántas buenas personas quedarían? ¡Si estoy seguro de que por mí, con tripas y todo, darían una sola cebolla asada, y eso si te dan a ti de propina!...

—Es poco; yo por ti daría dos...

—¡Y yo por ti solo una! ¡Sigue haciéndote el gracioso! Zamétov todavía

es un chiquillo, todavía le voy a tirar de las mechas, porque hay que atraerlo y no rechazarlo. Rechazando a un hombre no lo corriges, y menos a un chiquillo. Con un chiquillo hay que tener el doble de cuidado. ¡Eh, ustedes, cabezas duras progresistas, no entienden nada! No respetan al hombre, se ofenden a sí mismos... Y si quieres saberlo, entre nosotros, quizá, hasta ha nacido un asunto en común.

—Me gustaría saberlo.

—Pues todo es por el asunto del pintor, es decir, del pintor de paredes... ¡Ya lo sacaremos de esta! Aunque ahora no hay ningún peligro. ¡El asunto ahora es completamente, completamente evidente! Solo vamos a echarle más leña.

—¿Pero qué pintor es ese?

—¿Cómo, no te lo conté? ¿O no? Ah, es verdad, solo te conté el principio... lo del asesinato de la vieja prestamista, viuda de un funcionario... bueno, y ahora está metido también un pintor...

—Pues de ese asesinato ya había oído yo antes que tú, y hasta me interesa el asunto... en parte... por cierta razón... ¡y lo leí en los periódicos! Pero...

—¡A Lizaveta también la mataron! —soltó de pronto Nastasia, dirigiéndose a Raskólnikov. Había estado todo el tiempo en la habitación, pegada a la puerta, escuchando.

—¿A Lizaveta? —murmuró Raskólnikov con voz apenas audible.

—Pues sí, a Lizaveta, la revendedora, ¿no la conoces? Venía aquí abajo. Hasta te remendó una camisa.

Raskólnikov se volvió hacia la pared, donde, en el papel sucio y amarillo con florecitas blancas, eligió una flor blanca desgarbada, con unas

rayitas marrones, y se puso a examinarla: cuántas hojitas tenía, qué dientecitos había en las hojitas y cuántas rayitas. Sentía que se le habían entumecido los brazos y las piernas, como si se le hubieran paralizado, pero ni intentó moverse y miraba obstinadamente la flor.

—¿Y entonces qué hay del pintor? —interrumpió Zosímov con un disgusto especial la charla de Nastasia. Esta suspiró y se calló.

—¡Que también lo anotaron como asesino! —prosiguió con ardor Razumíjin.

—¿Hay alguna prueba, o qué?

—¡Qué diablos de prueba! Aunque, sí, justamente por una prueba, pero esa prueba no es una prueba, ¡eso es lo que hay que demostrar! Es exactamente como al principio, cuando detuvieron y sospecharon de esos, cómo se llaman... Koch y Pestriakov. ¡Bah! ¡Qué estúpidamente se hace todo esto, hasta da asco aunque a uno no le toque! Pestriakov quizá venga hoy a mi casa... A propósito, Rodia, tú ya conoces este asunto, pasó antes de tu enfermedad, justo la víspera de que te desmayaras en la comisaría, cuando allí se hablaba de eso...

Zosímov miró con curiosidad a Raskólnikov; este no se movía.

—¿Sabes qué, Razumíjin? Te miro y pienso: qué metido en todo eres, sin embargo —observó Zosímov.

—Será, ¡pero de todos modos lo sacaremos! —gritó Razumíjin, dando un puñetazo en la mesa—. ¿Porque qué es lo más indignante aquí? No es que mientan; la mentira siempre se puede perdonar; la mentira es algo simpático, porque lleva a la verdad. No, lo que fastidia es que mienten y encima adoran su propia mentira. Yo respeto a Porfiri, pero... ¿Qué es, por ejemplo, lo que los desconcertó primero? La puerta estaba cerrada, y

cuando llegaron con el portero, estaba abierta: ¡entonces Koch y Pestriakov la mataron! Esa es su lógica.

—No te acalores; simplemente los detuvieron; no se puede... A propósito: yo me he cruzado con ese Koch; resultó que le compraba a la vieja las prendas vencidas, ¿no? ¿Eh?

—¡Sí, un estafador de algún tipo! También compra pagarés. Un negociante. ¡Pero al diablo con él! ¿Sabes con qué me enojo yo, lo entiendes? Me enojo con su rutina decrépita, vulgarísima, anquilosada... Y aquí, en este solo asunto, se podría abrir todo un camino nuevo. Con solo los datos psicológicos se puede mostrar cómo hay que dar con la verdadera pista. «¡Nosotros tenemos hechos!», dicen. ¡Pero los hechos no son todo; por lo menos la mitad del asunto está en cómo sabes manejar los hechos!

—¿Y tú sabes manejar los hechos?

—Es que no se puede callar cuando sientes, sientes a tientas, que podrías ayudar en el asunto, si... ¡Eh!... ¿Conoces el asunto en detalle?

—Pues estoy esperando lo del pintor.

—¡Ah, es verdad! Bueno, escucha la historia: justo al tercer día después del asesinato, por la mañana, cuando todavía andaban mimando a Koch y a Pestriakov, aunque ellos demostraron cada uno de sus pasos, ¡la evidencia salta a la vista!, se presenta de pronto el hecho más inesperado. Un tal campesino Dushkin, dueño de una taberna justo enfrente de aquella casa, se presenta en la comisaría y trae un estuche de joyería con unos aretes de oro y cuenta toda una novela: «Anteayer al atardecer, dice, a eso de las ocho y pico (¡el día y la hora!, ¿te das cuenta?), vino corriendo a verme un obrero pintor, que ya ese día había pasado por mi casa, Mikolái, y me trajo esta cajita con unos aretitos de oro con piedritas, y me pidió por ellos dos

rublos en prenda, y a mi pregunta de dónde los había sacado, declaró que los había recogido en la acera. Yo no le pregunté más —esto lo dice Dushkin—, y le saqué un billetito, es decir, un rublo, porque pensé que si no me los empeñaba a mí, se los empeñaría a otro, y de todos modos se lo bebería, y mejor que el objeto estuviera en mi casa: lo que guardas lejos lo tienes más cerca, y si aparece algo o corren rumores, lo presento». Bueno, desde luego, cuenta cuentos de vieja, miente como respira, porque yo conozco a ese Dushkin, él mismo presta sobre prendas y esconde lo robado, y un objeto de treinta rublos no se lo birló a Mikolái para «presentarlo». Simplemente se asustó. Bueno, al diablo, escucha; sigue Dushkin: «Y a ese campesino, a Mikolái Deméntiev, lo conozco desde chico, es de nuestra provincia y de nuestro distrito, el de Zaraisk, porque nosotros mismos somos de Riazán. Y Mikolái, aunque no es un borracho, bebe, y sabíamos que trabajaba en esa misma casa, pintando, junto con Mitréi, y Mitréi y él son de la misma tierra. Y cuando recibió el billetito, lo cambió enseguida, se tomó de una vez dos vasitos, recogió el cambio y se fue, y a Mitréi no lo vi con él a esa hora. Y al día siguiente oímos que a Aliona Ivánovna y a su hermana Lizaveta Ivánovna las habían matado con un hacha, y nosotros las conocíamos, señor, y me entró recelo por los aretes, porque sabíamos que la difunta prestaba dinero sobre objetos. Fui a la casa de ellas y empecé a averiguar con cuidado por mi cuenta, a pasitos callados, y lo primero que pregunté fue si estaba Mikolái. Y me dijo Mitréi que Mikolái se había ido de juerga, que había llegado a casa al amanecer, borracho, que había estado en casa unos diez minutos y se había vuelto a ir, y que Mitréi ya no lo había visto después y estaba terminando solo el trabajo. Y el trabajo de ellos está en la misma escalera que las asesinadas, en

el segundo piso. Oído todo eso, nosotros entonces no le dijimos nada a nadie —esto lo dice Dushkin—, y averiguamos todo lo que pudimos del asesinato y volvimos a casa con el mismo recelo de antes. Y hoy por la mañana, a las ocho —es decir, al tercer día, ¿entiendes?—, veo que entra Mikolái, no sobrio, pero tampoco muy borracho, que podía entender una conversación. Se sentó en el banco, callado. Y aparte de él, en la taberna había en ese momento un solo forastero, y otro dormía en un banco, un conocido, y dos de nuestros muchachos, señor. "¿Viste a Mitréi?", le pregunto. "No, dice, no lo vi". "¿Y aquí no estuvo?" "No estuvo, dice, desde anteayer". "¿Y hoy dónde pasaste la noche?" "En Peskí, dice, con unos de Kolomna". "¿Y de dónde sacaste, digo, aquella vez los aretes?" "Los encontré en la acera", y lo dice como sin ganas, y sin mirar. "¿Y oíste, digo, que pasó esto y aquello aquella misma tarde y a esa hora, en aquella escalera?" "No, dice, no lo oí", y escucha con los ojos desorbitados, y de pronto se puso blanco como la tiza. Yo le voy contando, miro, y él agarra la gorra y empieza a levantarse. Entonces quise retenerlo: "Espera, Mikolái, digo, ¿no te tomas algo?". Y le hice una seña al muchacho para que sujetara la puerta, y salgo de detrás del mostrador: y él entonces se me escapa como un rayo, y a la calle, y corriendo, y al callejón, y no lo vi más. Ahí se me acabó el recelo, porque el pecado es suyo, así como lo digo...»

—¡Claro!... —dijo Zosímov.

—¡Espera! ¡Escucha el final! Se lanzaron, desde luego, a toda prisa a buscar a Mikolái: detuvieron a Dushkin y le hicieron un registro, a Mitréi también; les revolvieron todo también a los de Kolomna; y de pronto, anteayer, traen al propio Mikolái: lo detuvieron cerca de la barrera de ...ski, en una posada. Llegó allí, se quitó la cruz, de plata, y pidió por la cruz una

copita de vodka. Se la dieron. Al cabo de unos minutos, una mujer fue al establo y ve por una rendija: él, al lado, en el cobertizo, había atado la faja a una viga, había hecho un lazo; se había subido a un tronco y quería ponerse el lazo al cuello; la mujer pegó un grito con todas sus fuerzas, acudieron corriendo: «¡Así que eres de esos!». «Llévenme, dice, a tal comisaría; lo confesaré todo». Bueno, con los honores debidos lo presentaron en tal comisaría, aquí, es decir. Bueno, esto y aquello, quién, cómo, cuántos años, «veintidós», etcétera, etcétera. Pregunta: «Cuando trabajaban con Mitréi, ¿no vieron a nadie en la escalera a tal y tal hora?». Respuesta: «Se sabe que pasaba gente, quizá, pero no nos fijamos». «¿Y no oyeron nada, algún ruido o algo?» «No oímos nada así especial». «¿Y sabías tú, Mikolái, ese mismo día, que a tal viuda, en tal día y a tal hora, la habían matado y robado junto con su hermana?» «No sé nada ni de nada me entero. La primera vez lo oí de Afanasi Pávlych, al tercer día, en la taberna». «¿Y de dónde sacaste los aretes?» «Los encontré en la acera». «¿Por qué al día siguiente no fuiste al trabajo con Mitréi?» «Porque me fui de juerga». «¿Y dónde anduviste de juerga?» «Pues aquí y allá». «¿Por qué huiste de Dushkin?» «Porque nos asustamos mucho entonces». «¿De qué te asustaste?» «De que me condenaran». «¿Y cómo pudiste asustarte de eso, si no te sientes culpable de nada?...» Bueno, créelo o no, Zosímov, esa pregunta se le hizo, y literalmente con esas palabras, lo sé con certeza, ¡me lo contaron fielmente! ¿Qué tal? ¿Qué tal?

—Bueno, no, pero las pruebas existen.

—¡No hablo ahora de las pruebas, hablo de la pregunta, de cómo entienden ellos su propia esencia! ¡Bueno, diablos!... Bueno, lo apretaron y apretaron, lo presionaron y presionaron, y confesó: «No los encontré en la

acera, dice, sino en la vivienda donde pintábamos con Mitréi». «¿De qué manera?» «Pues de esta misma manera: estuvimos pintando con Mitréi todo el día, hasta las ocho, y ya nos íbamos a ir, y Mitréi agarró la brocha y me pasó pintura por la cara, me embadurnó la cara con pintura, y salió corriendo, y yo detrás. Y yo corro detrás de él y grito con todas mis fuerzas; y al salir de la escalera al pasaje, me choqué de golpe con el portero y con unos señores, y cuántos señores había con él no me acuerdo, y el portero me insultó por eso, y el otro portero también me insultó, y salió la mujer del portero y también nos insultó, y un señor entraba al pasaje con una señora y también nos insultó, porque Mitka y yo quedamos tirados atravesados en el camino: yo agarré a Mitka de los pelos y lo tiré y me puse a darle golpes, y Mitka también, desde abajo, me agarró de los pelos y se puso a darme golpes, y no lo hacíamos por rabia, sino por puro cariño, jugando. Y después Mitka se soltó y salió corriendo a la calle, y yo detrás, pero no lo alcancé y volví solo a la vivienda, porque había que recoger. Me puse a recoger y espero a Mitréi, a ver si viene. Y junto a la puerta del recibidor, detrás de la pared, en el rincón, pisé la cajita. Miro: ahí está, envuelta en papel. Le saqué el papel, veo unos ganchitos así de chiquitos, soltamos los ganchitos, y en la cajita, unos aretes...»

—¿Detrás de la puerta? ¿Estaba detrás de la puerta? ¿Detrás de la puerta? —exclamó de pronto Raskólnikov, mirando a Razumíjin con ojos turbios y asustados, y se incorporó despacio, apoyándose en la mano, en el sofá.

—Sí... ¿y qué? ¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? —También Razumíjin se levantó de su sitio.

—¡Nada!... —respondió Raskólnikov con voz apenas audible,

volviendo a dejarse caer sobre la almohada y volviéndose otra vez hacia la pared. Todos callaron un rato.

—Se habrá adormilado, debe de estar medio dormido —dijo por fin Razumíjin, mirando con aire interrogante a Zosímov; este hizo un leve gesto negativo con la cabeza.

—Bueno, sigue —dijo Zosímov—, ¿qué más?

—¿Qué más? En cuanto vio los aretes, enseguida, olvidándose de la vivienda y de Mitka, agarró la gorra y corrió a casa de Dushkin y, como se sabe, recibió de él un rublo, y le mintió que los había encontrado en la acera, y enseguida se fue de juerga. Y sobre el asesinato confirma lo de antes: «No sé nada ni de nada me entero, solo al tercer día lo oí». «¿Y por qué no te presentaste hasta ahora?» «De miedo». «¿Y para qué quisiste ahorcarte?» «Por darle vueltas». «¿Vueltas a qué?» «A que me condenarían». Bueno, esa es toda la historia. Ahora, ¿qué crees que sacaron de esto?

—Pero qué hay que pensar, hay una pista, sea la que sea, pero la hay. Un hecho. ¿No van a soltar a tu pintor, no?

—¡Pero si ahora lo anotaron directamente como asesino! Ya no tienen ninguna duda...

—Mentira; te acaloras. ¿Y los aretes? Reconoce tú mismo que si ese mismo día y a esa misma hora van a parar a manos de Nikolái unos aretes del baúl de la vieja, reconoce tú mismo que de algún modo tuvieron que ir a parar allí. Eso no es poco en una investigación así.

—¡Cómo fueron a parar! ¿Cómo fueron a parar? —exclamó Razumíjin—. ¿Y es posible que tú, médico, tú que, antes que nada, tienes la obligación de estudiar al hombre y tienes la oportunidad, antes que

ningún otro, de estudiar la naturaleza humana, es posible que no veas, por todos estos datos, qué naturaleza es la de este Nikolái? ¿Es posible que no veas desde el primer momento que todo lo que declaró en los interrogatorios es la verdad más santa? Fueron a parar a sus manos exactamente como él declaró. ¡Pisó la cajita y la recogió!

—¡La verdad más santa! ¿Pero él mismo no confesó que la primera vez mintió?

—Escúchame, escucha con atención: el portero, y Koch, y Pestriakov, y el otro portero, y la mujer del primer portero, y una mieshchanka que estaba sentada en ese momento con ella en la portería, y el consejero de corte Kriúkov, que en ese mismo momento bajaba de un coche y entraba al pasaje del brazo de una señora, todos, es decir, ocho o diez testigos, declaran unánimemente que Nikolái tenía aplastado a Dmitri contra el suelo, estaba encima de él y le daba golpes, y el otro se le había prendido de los pelos y también le daba golpes. Están tirados atravesados en el camino y cierran el paso; los insultan desde todos lados, y ellos, «como niños chicos» (expresión literal de los testigos), están uno encima del otro, chillan, se pelean y se ríen a carcajadas, los dos se ríen a cual más, con las caras más graciosas, y salen corriendo a la calle uno detrás del otro, persiguiéndose, como niños. ¿Lo oíste? Ahora fíjate bien: los cuerpos arriba todavía estaban tibios, ¿oyes?, tibios, ¡así los encontraron! Si los mataron ellos, o solo Nikolái, y además robaron los baúles forzándolos, o si solo participaron de algún modo en el robo, permíteme hacerte una sola pregunta: ¿cuadra semejante estado de ánimo, es decir, los chillidos, las carcajadas, la pelea infantil bajo el portón, con hachas, con sangre, con astucia criminal, con prudencia, con robo? Los mataron en ese mismo

momento, apenas cinco o diez minutos antes (porque así resulta, los cuerpos todavía están tibios), y de pronto, abandonando los cuerpos y la vivienda abierta, y sabiendo que acababa de pasar gente hacia allí, y abandonando el botín, se revuelcan como niños chicos en el camino, se ríen a carcajadas, atraen la atención de todos, ¡y de eso hay diez testigos unánimes!

—¡Desde luego, es extraño! Por supuesto, es imposible, pero...

—No, hermano, nada de pero, y si los aretes, que ese mismo día y a esa misma hora aparecieron en manos de Nikolái, constituyen de verdad una prueba material importante en su contra, aunque explicada directamente por sus declaraciones, y por lo tanto una prueba todavía discutible, entonces hay que tomar en consideración también los hechos que lo justifican, tanto más cuanto que son hechos irrefutables. ¿Y qué te parece, por el carácter de nuestra jurisprudencia, aceptarán, o son capaces de aceptar, un hecho así, basado únicamente en una sola imposibilidad psicológica, en un solo estado de ánimo, como un hecho irrefutable que destruye todos los hechos acusatorios y materiales, sean los que sean? No, no lo aceptarán, no lo aceptarán por nada del mundo, porque, dicen, encontraron la cajita y el hombre quiso ahorcarse, «¡lo que no podría haber pasado si no se sintiera culpable!». ¡Esa es la cuestión capital, por eso me acaloro! ¡Entiéndelo!

—Ya veo que te acaloras. Espera, me olvidé de preguntar: ¿qué prueba que la cajita con los aretes es realmente del baúl de la vieja?

—Eso está probado —respondió Razumíjin, frunciendo el ceño y como de mala gana—. Koch reconoció el objeto e indicó quién lo había empeñado, y este demostró con certeza que el objeto era efectivamente

suyo.

—Mal. Ahora otra cosa: ¿no vio nadie a Nikolái en el momento en que Koch y Pestriakov subieron, y no se puede probar eso de algún modo?

—Eso es lo malo, que nadie lo vio —respondió Razumíjin con fastidio—, eso es lo peor; ni siquiera Koch y Pestriakov los vieron cuando subían, aunque su testimonio tampoco valdría ahora gran cosa. «Vimos, dicen, que la vivienda estaba abierta, que en ella debían de estar trabajando, pero al pasar no prestamos atención y no recordamos con exactitud si en ese momento había obreros o no».

—Hm. Entonces toda la justificación que hay es que se daban golpes y se reían. Supongamos que es una prueba fuerte, pero... Permíteme ahora: ¿cómo explicas tú todo el hecho? ¿Cómo explicas el hallazgo de los aretes, si de verdad los encontró como declara?

—¿Cómo lo explico? ¿Pero qué hay que explicar? ¡El asunto está claro! Por lo menos, el camino por el que hay que llevar el asunto está claro y probado, y lo probó precisamente la cajita. El verdadero asesino dejó caer esos aretes. El asesino estaba arriba cuando Koch y Pestriakov golpeaban, y se había encerrado con el cerrojo. Koch hizo la tontería de bajar; entonces el asesino salió y bajó corriendo también, porque no tenía ninguna otra salida. En la escalera se escondió de Koch, de Pestriakov y del portero en la vivienda vacía, justo en el momento en que Dmitri y Nikolái salían de ella corriendo; se quedó detrás de la puerta mientras el portero y los otros subían, esperó a que se apagaran los pasos y bajó tranquilísimo, justo en el mismo momento en que Dmitri y Nikolái salían corriendo a la calle, y todos se habían dispersado, y no quedaba nadie bajo el portón. Quizá lo vieron, pero no se fijaron; ¿acaso pasa poca gente? Y la cajita se le cayó del

bolsillo mientras estaba detrás de la puerta, y no notó que se le había caído, porque no estaba para eso. Y la cajita prueba claramente que estuvo precisamente allí. ¡Ese es todo el truco!

—¡Ingenioso! No, hermano, eso es ingenioso. ¡Es lo más ingenioso de todo!

—¿Pero por qué, por qué?

—Pues porque todo coincidió con demasiada suerte... y se entrelazó... exactamente como en el teatro.

—¡Eh, eh! —estuvo a punto de exclamar Razumíjin, pero en ese momento se abrió la puerta y entró una persona nueva, que no conocía ninguno de los presentes.

Segunda parte. Capítulo V

Era un señor ya entrado en años, estirado, de porte imponente, de cara cautelosa y avinagrada, que empezó por detenerse en la puerta, mirando alrededor con un asombro ofensivamente indisimulado y como preguntando con la mirada: «¿Pero adónde he venido a parar?». Con desconfianza e incluso con la afectación de cierto susto, casi de ofensa, recorría con la vista el estrecho y bajo «camarote de barco» de Raskólnikov. Con el mismo asombro pasó después los ojos al propio Raskólnikov y los clavó en él, desvestido, despeinado, sin lavar, acostado en su sofá mísero y sucio, y que también lo examinaba inmóvil. Después, con la misma lentitud, se puso a examinar la figura desaliñada, sin afeitar y sin peinar de Razumíjin, que a su vez lo miraba directamente a los ojos con aire insolente e interrogante, sin moverse de su sitio. El silencio tenso duró como un minuto, y por fin, como era de esperar, se produjo un pequeño cambio de decorado. Comprendiendo, sin duda, por ciertos datos, aunque bastante bruscos, que con un porte exageradamente severo no se conseguiría absolutamente nada allí, en ese «camarote de barco», el señor que había entrado se ablandó un poco y, cortés, aunque no sin severidad, dijo, dirigiéndose a Zosímov y recalcando cada sílaba de su pregunta:

—¿Rodión Románych Raskólnikov, el señor estudiante o ex estudiante?

Zosímov se movió despacio y quizá habría respondido, si Razumíjin, al que nadie se había dirigido en absoluto, no se le hubiera adelantado enseguida:

—¡Ahí lo tiene, acostado en el sofá! ¿Y usted qué quiere?

Ese familiar «¿y usted qué quiere?» desarmó al señor estirado; incluso estuvo a punto de volverse hacia Razumíjin, pero alcanzó a contenerse a tiempo y se volvió enseguida otra vez hacia Zosímov.

—¡Ese es Raskólnikov! —masculló Zosímov, señalando con la cabeza al enfermo; después bostezó, abriendo la boca de un modo extraordinariamente grande y manteniéndola así un tiempo extraordinariamente largo. Luego se llevó despacio la mano al bolsillo del chaleco, sacó un reloj de oro enorme, abombado, de tapa cerrada, lo abrió, lo miró y con la misma lentitud y pereza volvió a guardarlo.

El propio Raskólnikov estuvo todo el tiempo acostado en silencio, de espaldas, y miraba obstinadamente, aunque sin ningún pensamiento, al que había entrado. Su cara, apartada ahora de la curiosa flor del papel de la pared, estaba extraordinariamente pálida y expresaba un sufrimiento extraordinario, como si acabara de soportar una operación dolorosa o lo hubieran sacado en ese momento del tormento. Pero el señor que había entrado empezó poco a poco a despertar en él cada vez más atención, después perplejidad, después desconfianza y hasta algo así como temor. Y cuando Zosímov, señalándolo, dijo: «Ese es Raskólnikov», él de pronto, incorporándose rápidamente, como de un salto, se sentó en la cama y con una voz casi desafiante, pero entrecortada y débil, dijo:

—¡Sí! ¡Yo soy Raskólnikov! ¿Qué quiere usted?

El visitante lo miró con atención y dijo con aire imponente:

—Piotr Petróvich Luzhin. Tengo plena esperanza de que mi nombre no le sea a usted del todo desconocido.

Pero Raskólnikov, que esperaba algo completamente distinto, lo miró con torpeza y pensativo y no respondió nada, como si oyera el nombre de Piotr Petróvich decididamente por primera vez.

—¿Cómo? ¿Es posible que hasta ahora no se haya dignado usted recibir ninguna noticia? —preguntó Piotr Petróvich, algo envarado.

En respuesta, Raskólnikov se dejó caer despacio sobre la almohada, se puso las manos detrás de la cabeza y se quedó mirando el techo. La angustia asomó en la cara de Luzhin. Zosímov y Razumíjin se pusieron a examinarlo con más curiosidad todavía, y él, por fin, se turbó visiblemente.

—Yo suponía y contaba —balbuceó— con que una carta enviada ya hace más de diez días, quizá casi dos semanas...

—Oiga, ¿por qué se queda de pie en la puerta? —lo interrumpió de pronto Razumíjin—. Si tiene algo que explicar, siéntese, que ahí, con Nastasia, los dos están apretados. Nastásiushka, hazte a un lado, ¡déjalo pasar! Pase, aquí tiene una silla, ¡aquí! ¡Pásese!

Apartó su silla de la mesa, liberó un poco de espacio entre la mesa y sus rodillas y esperó en una postura algo forzada a que el visitante «se pasara» por esa rendija. El momento estaba elegido de tal modo que no había forma de negarse, y el visitante se metió por el espacio estrecho, apresurándose y tropezando. Una vez que llegó a la silla, se sentó y miró con recelo a Razumíjin.

—Pero no se turbe —le soltó este—, Rodia está enfermo desde hace

cinco días y deliró tres, y ahora volvió en sí y hasta comió con apetito. Este que está aquí es su médico, acaba de examinarlo, y yo soy compañero de Rodia, también ex estudiante, y ahora lo estoy cuidando; así que no cuente con nosotros ni se cohíba, y siga con lo que tenga que decir.

—Le agradezco. ¿Pero no molestaré al enfermo con mi presencia y mi conversación? —se dirigió Piotr Petróvich a Zosímov.

—N-no —masculló Zosímov—, hasta puede distraerlo. —Y volvió a bostezar.

—¡Oh, si ya hace rato que está consciente, desde la mañana! —prosiguió Razumíjin, cuya familiaridad tenía un aire de candidez tan auténtica que Piotr Petróvich lo pensó y empezó a cobrar ánimo, quizá en parte también porque ese andrajoso descarado había alcanzado a presentarse como estudiante.

—Su mamá... —empezó Luzhin.

—¡Hm! —hizo Razumíjin en voz alta. Luzhin lo miró con aire interrogante.

—Nada, es que sí; siga...

Luzhin se encogió de hombros.

—... Su mamá, cuando yo todavía estaba con ellas, empezó una carta para usted. Al llegar aquí, dejé pasar a propósito unos días y no vine a verlo, para estar completamente seguro de que usted estaba informado de todo; pero ahora, para mi sorpresa...

—¡Ya sé, ya sé! —dijo de pronto Raskólnikov, con una expresión del fastidio más impaciente—. ¿Es usted? ¿El novio? ¡Bueno, ya sé!... ¡Y basta!

Piotr Petróvich se ofendió decididamente, pero se calló. Se apresuraba con todas sus fuerzas a comprender qué significaba todo aquello. El

silencio duró como un minuto.

Mientras tanto Raskólnikov, que se había vuelto un poco hacia él al responder, se puso de pronto a examinarlo otra vez con fijeza y con una curiosidad especial, como si hacía un momento no hubiera alcanzado a examinarlo todo o como si algo nuevo en él lo hubiera impresionado; hasta se incorporó a propósito de la almohada. En efecto, en el aspecto general de Piotr Petróvich llamaba la atención algo como especial, a saber, algo que parecía justificar el título de «novio» que le acababan de dar con tan poca ceremonia. En primer lugar, se veía, y hasta se notaba demasiado, que Piotr Petróvich se había apresurado con empeño a aprovechar unos días en la capital para alcanzar a acicalarse y emperifollarse en espera de la novia, lo cual, por lo demás, era muy inocente y lícito. Incluso su propia conciencia, quizá demasiado satisfecha, de su agradable cambio para mejor podría haberse perdonado en tal ocasión, pues Piotr Petróvich estaba en situación de novio. Toda su ropa acababa de salir del sastre, y todo estaba bien, salvo quizá que todo era demasiado nuevo y delataba demasiado cierto propósito. Hasta el sombrero redondo, elegante, flamante, daba testimonio de ese propósito: Piotr Petróvich lo trataba con demasiado respeto y lo sostenía en las manos con demasiado cuidado. Hasta el precioso par de guantes lilas, auténticos de Jouvin[1], decía lo mismo, aunque solo fuera porque no se los ponía, sino que solo los llevaba en la mano para lucirse. En la ropa de Piotr Petróvich predominaban los colores claros y juveniles. Llevaba una bonita chaqueta de verano de un tono marrón claro, pantalones claros y livianos, el chaleco igual, ropa blanca fina recién comprada, una corbatita de batista de lo más liviana con rayitas rosadas, y lo mejor de todo: todo eso hasta le quedaba bien a Piotr Petróvich. Su cara,

muy fresca y hasta bien parecida, ya de por sí parecía más joven que sus cuarenta y cinco años. Unas patillas oscuras la sombreaban agradablemente por ambos lados, en forma de dos chuletas, y se espesaban muy bonitas junto al mentón, recién afeitado y reluciente. Incluso el pelo, aunque apenas un poquito entrecano, peinado y rizado por el peluquero, no presentaba por eso nada ridículo ni ningún aspecto tonto, como suele ocurrir siempre con el pelo rizado, que le da a la cara un inevitable parecido con un alemán camino del altar. Y si había algo en esa fisonomía bastante agradable y sólida que fuera realmente desagradable y repulsivo, se debía ya a otras causas. Después de examinar sin ceremonia al señor Luzhin, Raskólnikov sonrió con veneno, volvió a dejarse caer sobre la almohada y se quedó mirando el techo como antes.

Pero el señor Luzhin se contuvo y, al parecer, decidió no advertir por el momento todas esas rarezas.

—Lamento muchísimo encontrarlo en este estado —empezó de nuevo, rompiendo el silencio con esfuerzo—. Si hubiera sabido de su indisposición, habría venido antes. ¡Pero, sabe usted, los trámites!... Tengo además un asunto muy importante de mi especialidad de abogado en el Senado. Y no menciono ya esas preocupaciones que usted adivinará. A los suyos, es decir, a su mamá y a su hermanita, los espero de un momento a otro...

Raskólnikov se movió y quiso decir algo; su cara expresó cierta agitación. Piotr Petróvich se detuvo, esperó, pero como no siguió nada, continuó:

—... De un momento a otro. Les he encontrado por lo pronto una vivienda...

—¿Dónde? —articuló débilmente Raskólnikov.

—Muy cerca de aquí, en la casa de Bakaléiev...

—Eso está en la Voznesenski —interrumpió Razumíjin—, dos pisos de cuartos amueblados; los regenta el comerciante Yushin; he estado allí.

—Sí, cuartos amueblados, señor...

—Una porquería horrorosa: suciedad, hedor, y además un lugar sospechoso; han pasado cosas; ¡y el diablo sabrá quién no vive allí!... Yo mismo fui por un asunto escandaloso. Barato, eso sí.

—Yo, desde luego, no pude reunir tantas informaciones, ya que también soy nuevo aquí —replicó Piotr Petróvich, picado—, pero, de todos modos, son dos cuartitos muy, muy limpitos, y como es por un plazo muy corto... Ya he encontrado la verdadera, es decir, nuestra futura vivienda —se volvió hacia Raskólnikov—, y ahora la están arreglando; y mientras tanto yo mismo me alojo apretado en unos cuartos, a dos pasos de aquí, en casa de la señora Lippewechsel, en la vivienda de un joven amigo mío, Andréi Semiónych Lebeziátnikov; fue él quien me indicó la casa de Bakaléiev...

—¿Lebeziátnikov? —dijo despacio Raskólnikov, como si recordara algo.

—Sí, Andréi Semiónych Lebeziátnikov, empleado en el ministerio. ¿Lo conoce usted?

—Sí... no... —respondió Raskólnikov.

—Disculpe, me lo pareció por su pregunta. Fui en otro tiempo su tutor... un joven muy simpático... y que se mantiene al día... Yo me alegro de tratar con la juventud: por ella se entera uno de lo nuevo. —Piotr Petróvich miró esperanzado a todos los presentes.

—¿En qué sentido? —preguntó Razumíjin.

—En el más serio, por así decirlo, en la esencia misma de la cuestión —repuso Piotr Petróvich, como si se alegrara de la pregunta—. Yo, verá usted, hacía ya diez años que no visitaba Petersburgo. Todas estas novedades nuestras, reformas, ideas, todo eso nos ha llegado también a nosotros en la provincia; pero para verlo con más claridad y verlo todo hay que estar en Petersburgo. Bien, señor, y mi idea es precisamente que lo que más se nota y se aprende es observando a nuestras generaciones jóvenes. Y confieso: me he alegrado...

—¿De qué exactamente?

—Su pregunta es amplia. Puedo equivocarme, pero me parece que encuentro una visión más clara, más espíritu crítico, por así decirlo; más sentido práctico...

—Eso es verdad —masculló Zosímov.

—Mientes, sentido práctico no hay —se aferró Razumíjin—. El sentido práctico se adquiere con dificultad y no cae gratis del cielo. Y nosotros hace casi doscientos años que estamos desacostumbrados de todo quehacer... Ideas, quizá, sí que andan dando vueltas —se dirigió a Piotr Petróvich—, y hay deseo de hacer el bien, aunque infantil; y hasta honradez se encuentra, a pesar de que ha llegado una cantidad incontable de estafadores, ¡pero sentido práctico, de todos modos, no hay! El sentido práctico hay que ganárselo caminando.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó con visible deleite Piotr Petróvich—. Desde luego, hay apasionamientos, irregularidades, pero hay que ser también indulgente: los apasionamientos demuestran el ardor por la causa y las condiciones externas irregulares en que se encuentra la causa.

Y si se ha hecho poco, también ha habido poco tiempo. De los medios ni hablo. Y en mi opinión personal, si usted quiere, hasta se ha hecho algo: se han difundido ideas nuevas, útiles, se han difundido algunas obras nuevas, útiles, en lugar de las antiguas, soñadoras y novelescas; la literatura adquiere un matiz más maduro; se han extirpado y ridiculizado muchos prejuicios dañinos... En una palabra, nos hemos separado irrevocablemente del pasado, y eso, a mi parecer, ya es algo, señor...

—¡Se lo aprendió de memoria! Se está luciendo —dijo de pronto Raskólnikov.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Piotr Petróvich, que no lo había oído bien, pero no obtuvo respuesta.

—Todo eso es justo —se apresuró a intercalar Zosímov.

—¿No es verdad, señor? —prosiguió Piotr Petróvich, mirando agradablemente a Zosímov—. Reconozca usted mismo —prosiguió, dirigiéndose a Razumíjin, pero ya con un matiz de cierto triunfo y superioridad, y estuvo a punto de añadir «joven»— que hay un adelanto, o, como se dice ahora, un progreso, aunque sea en nombre de la ciencia y de la verdad económica...

—¡Un lugar común!

—¡No, no es un lugar común, señor! Si a mí, por ejemplo, hasta ahora me decían: «ama», y yo amaba, ¿qué resultaba de eso? —prosiguió Piotr Petróvich, quizá con excesiva prisa—. Resultaba que yo partía el caftán por la mitad, lo compartía con el prójimo, y los dos nos quedábamos medio desnudos, según el refrán ruso: «Quien persigue a varias liebres a la vez no atrapa ninguna». La ciencia, en cambio, dice: ama, antes que a nadie, solo a ti mismo, porque todo en el mundo se basa en el interés personal. Si te

amas solo a ti mismo, harás bien tus negocios, y tu caftán quedará entero. Y la verdad económica añade que cuantos más negocios privados bien organizados haya en la sociedad y, por así decirlo, cuantos más caftanes enteros, tanto más sólidas serán sus bases y tanto mejor se organizará en ella también la causa común. Por lo tanto, adquiriendo única y exclusivamente para mí, precisamente con eso adquiero, por así decirlo, para todos, y contribuyo a que el prójimo reciba algo más que un caftán roto, y ya no por generosidades privadas, individuales, sino a consecuencia del adelanto general. Una idea simple, pero que por desgracia tardó demasiado en llegar, oculta por el entusiasmo y la ensoñación, y parecería que no hace falta mucho ingenio para darse cuenta...

—Disculpe, yo tampoco soy ingenioso —lo interrumpió bruscamente Razumíjin—, y por eso dejémoslo. Yo empecé a hablar con un propósito, porque toda esta charla para darse gusto, todos estos lugares comunes incesantes, continuos, y siempre lo mismo y siempre lo mismo, me han asqueado tanto en tres años que, palabra, me pongo colorado cuando otros, ya no digo yo, hablan así delante de mí. Usted, desde luego, se apresuró a presentar sus conocimientos, cosa muy perdonable, y no lo juzgo. Yo solo quería saber ahora quién es usted, porque, verá, a la causa común se han pegado en los últimos tiempos tantos negociantes de toda clase, y han deformado tanto, en su propio interés, todo lo que tocaron, que han echado a perder decididamente toda la causa. ¡Bien, señor, y basta!

—Muy señor mío —empezó el señor Luzhin, envarándose con extraordinaria dignidad—, ¿no querrá usted, con tan poca ceremonia, dar a entender que también yo...?

—¡Oh, por favor, por favor!... ¿Cómo iba yo a...? ¡Bien, señor, y basta!

—cortó Razumíjin, y se volvió bruscamente hacia Zosímov para continuar la conversación de antes.

Piotr Petróvich resultó lo bastante inteligente como para creer enseguida la explicación. Por lo demás, decidió irse al cabo de dos minutos.

—Espero que nuestro conocimiento, ahora iniciado —se dirigió a Raskólnikov—, se afiance todavía más después de su restablecimiento y en vista de las circunstancias que usted conoce... Le deseo sobre todo salud...

Raskólnikov ni siquiera volvió la cabeza. Piotr Petróvich empezó a levantarse de la silla.

—¡La mató sin duda uno de los que empeñaban! —decía Zosímov con seguridad.

—¡Sin duda uno de los que empeñaban! —asintió Razumíjin—. Porfiri no revela lo que piensa, pero de todos modos interroga a los que empeñaban...

—¿Interroga a los que empeñaban? —preguntó en voz alta Raskólnikov.

—Sí, ¿y qué?

—Nada.

—¿De dónde los saca? —preguntó Zosímov.

—A algunos los indicó Koch; los nombres de otros estaban escritos en los envoltorios de los objetos, y algunos vinieron solos, en cuanto se enteraron...

—¡Pues qué canalla tan hábil y experimentado debe de ser! ¡Qué audacia! ¡Qué decisión!

—¡Ahí está, que no! —interrumpió Razumíjin—. Eso es lo que los desorienta a todos. ¡Y yo digo que torpe, inexperto, y seguramente era su

primer paso! Supón cálculo y un canalla hábil, y resultará inverosímil. Supón en cambio a un inexperto, y resultará que solo la casualidad lo sacó del apuro, ¿y qué no hace la casualidad? ¡Por favor, si quizá ni siquiera previó los obstáculos! ¿Y cómo lleva el asunto? Toma objetos de diez o veinte rublos, se llena con ellos el bolsillo, revuelve en el baúl de la vieja, entre los trapos, ¡y en la cómoda, en el cajón de arriba, en un cofrecito, encontraron mil quinientos rublos en dinero contante, además de los billetes! ¡Y ni robar supo, lo único que supo fue matar! El primer paso, te digo, el primer paso; ¡perdió la cabeza! ¡Y no se salvó por cálculo, sino por casualidad!

—Esto, al parecer, es sobre el reciente asesinato de la vieja viuda de funcionario —intervino Piotr Petróvich, dirigiéndose a Zosímov, ya de pie con el sombrero y los guantes en la mano, pero deseando, antes de irse, soltar todavía algunas palabras inteligentes. Por lo visto, se afanaba por causar una impresión favorable, y la vanidad venció a la prudencia.

—Sí. ¿Usted se enteró?

—Cómo no, señor, en la vecindad...

—¿Conoce los detalles?

—No podría decir; pero me interesa, al respecto, otra circunstancia, por así decirlo, toda una cuestión. No hablo ya de que los crímenes en la clase baja, en los últimos cinco años, han aumentado; no hablo de los robos y los incendios en todas partes y continuos; lo más extraño para mí es que los crímenes aumentan del mismo modo también en las clases altas y, por así decirlo, en paralelo. Allí, se oye decir, un ex estudiante asaltó el correo en un camino real; allí, personas avanzadas por su posición social fabrican billetes falsos; allí, en Moscú, atrapan a toda una banda de

falsificadores de billetes del último empréstito con lotería, y entre los principales participantes, un profesor de historia universal; allí matan a un secretario nuestro en el extranjero, por una razón de dinero y enigmática... Y si ahora esta vieja usurera fue asesinada por uno de los que empeñaban, entonces también era un hombre de una sociedad más alta, porque los campesinos no empeñan objetos de oro; ¿con qué explicar entonces este desenfreno, por un lado, de la parte civilizada de nuestra sociedad?

—Hay muchos cambios económicos... —respondió Zosímov.

—¿Con qué explicarlo? —se aferró Razumíjin—. Pues precisamente con la falta de sentido práctico, demasiado arraigada, se podría explicar.

—¿Es decir, cómo, señor?

—¿Qué respondió en Moscú ese profesor suyo a la pregunta de por qué falsificaba billetes?: «Todos se enriquecen de distintas maneras, y yo también quise enriquecerme rápido». Las palabras exactas no las recuerdo, pero el sentido es: gratis, rápido, ¡sin esfuerzo! Se acostumbraron a vivir con todo hecho, a andar con andaderas ajenas, a comer lo masticado. Bueno, y cuando sonó la gran hora, cada uno mostró de qué pie cojea...

—¿Pero, sin embargo, la moralidad? Y, por así decirlo, los principios...

—¿Pero por qué se preocupa usted? —intervino inesperadamente Raskólnikov—. ¡Salió según su teoría!

—¿Cómo según mi teoría?

—Pues lleve hasta sus consecuencias lo que usted predicaba hace un rato, y resultará que se puede degollar a la gente...

—¡Por favor! —exclamó Luzhin.

—¡No, eso no es así! —respondió Zosímov.

Raskólnikov estaba acostado, pálido, con el labio superior tembloroso,

y respiraba con dificultad.

—Todo tiene una medida —prosiguió Luzhin con altivez—, una idea económica no es todavía una invitación al asesinato, y si solo se supone...

—¿Y es verdad que usted —lo interrumpió de pronto otra vez Raskólnikov con una voz temblorosa de rabia, en la que se oía una especie de alegría de la ofensa—, es verdad que usted le dijo a su novia... en la misma hora en que recibió su consentimiento, que lo que más le alegraba era... que ella fuera pobre... porque es más conveniente tomar a una mujer de la miseria, para después dominarla... y reprocharle que la ha colmado de beneficios?...

—¡Muy señor mío! —exclamó Luzhin con rabia e irritación, todo encendido y desconcertado—. Muy señor mío... ¡deformar así una idea! Discúlpeme, pero debo manifestarle que los rumores que le han llegado, o, mejor dicho, que le han hecho llegar, no tienen ni sombra de fundamento sensato, y yo... sospecho quién... en una palabra... esa flecha... en una palabra, su mamá... Ya de por sí me pareció, con todas sus excelentes cualidades, por lo demás, de un matiz algo exaltado y novelesco en sus ideas... Pero aun así estaba a mil verstas de suponer que pudiera entender y presentar el asunto de un modo tan deformado por la fantasía... Y por último... por último...

—¿Y sabe qué? —exclamó Raskólnikov, incorporándose sobre la almohada y mirándolo fijamente con una mirada penetrante, centelleante—. ¿Sabe qué?

—¿Qué, señor? —Luzhin se detuvo y esperó con aire ofendido y desafiante. El silencio duró unos segundos.

—Pues que si usted otra vez... se atreve a mencionar aunque sea una

palabra... sobre mi madre... ¡lo tiro escaleras abajo de cabeza!

—¿Qué te pasa? —gritó Razumíjin.

—¡Ah, así que es eso, señor! —Luzhin palideció y se mordió el labio—. Escúcheme, señor —empezó con pausas y conteniéndose con todas sus fuerzas, pero de todos modos sin aliento—, ya hace un rato, desde el primer paso, adiviné su antipatía, pero me quedé aquí a propósito para saber más. Mucho le podría perdonar a un enfermo y a un pariente, pero ahora... a usted... nunca, señor...

—¡No estoy enfermo! —exclamó Raskólnikov.

—Tanto peor, señor...

—¡Váyase al diablo!

Pero Luzhin ya se estaba yendo solo, sin terminar su discurso, metiéndose otra vez entre la mesa y la silla; Razumíjin esta vez se levantó para dejarlo pasar. Sin mirar a nadie y sin hacer siquiera una inclinación de cabeza a Zosímov, que hacía rato le hacía señas con la cabeza para que dejara en paz al enfermo, Luzhin salió, levantando con cuidado su sombrero a la altura del hombro cuando, agachándose un poco, pasó por la puerta. Y hasta en la curva de su espalda parecía expresarse en esa ocasión que se llevaba consigo una ofensa terrible.

—¿Pero cómo puedes, cómo puedes hacer eso? —decía Razumíjin, desconcertado, meneando la cabeza.

—¡Déjenme, déjenme todos! —exclamó Raskólnikov, frenético—. ¡Pero me van a dejar de una vez, verdugos! ¡No les tengo miedo! ¡No le tengo miedo a nadie, a nadie, ahora! ¡Fuera de aquí! ¡Quiero estar solo, solo, solo, solo!

—¡Vámonos! —dijo Zosímov, haciéndole una seña a Razumíjin.

—¡Por favor! ¿Cómo lo vamos a dejar así?

—¡Vámonos! —repitió con insistencia Zosímov, y salió. Razumíjin lo pensó y corrió a alcanzarlo.

—Podría haber sido peor si no le hubiéramos hecho caso —dijo Zosímov, ya en la escalera—. No se lo puede irritar...

—¿Qué tiene?

—¡Si al menos recibiera algún impulso favorable, eso sí que haría falta! Hace un rato estaba con fuerzas... ¿Sabes?, tiene algo en la cabeza. Algo fijo, que lo agobia... Eso me da mucho miedo; ¡sin duda!

—¡Pues quizá sea este señor, Piotr Petróvich! Por la conversación se ve que se casa con su hermana y que Rodia, justo antes de la enfermedad, recibió una carta sobre eso...

—Sí; el diablo lo trajo justo ahora; quizá lo echó todo a perder. ¿Y te fijaste que todo le es indiferente, que a todo responde con el silencio, salvo a un punto, que lo saca de quicio: ese asesinato?...

—¡Sí, sí! —repuso Razumíjin—. ¡Me fijé muy bien! Le interesa, lo asusta. Lo asustaron el mismo día en que se enfermó, en la comisaría, en el despacho del comisario; se desmayó.

—Cuéntamelo más en detalle esta noche, y yo después te diré algo. ¡Me interesa, mucho! Dentro de media hora vendré a ver cómo está... Inflamación, por lo demás, no habrá...

—¡Gracias! Y yo mientras tanto esperaré en casa de Páshenka y lo vigilaré por medio de Nastasia...

Raskólnikov, cuando se quedó solo, miró con impaciencia y angustia a Nastasia; pero esta todavía tardaba en irse.

—¿Y ahora te vas a tomar el té? —preguntó.

—¡Después! Quiero dormir. Déjame...

Se volvió convulsivamente hacia la pared; Nastasia salió.

Notas

1. Jouvin: célebre fabricante de guantes de París.

Segunda parte. Capítulo VI

Pero apenas salió ella, él se levantó, cerró la puerta con el gancho, desató el bulto con la ropa que había traído hacía un rato Razumíjin y que él mismo había vuelto a atar, y empezó a vestirse. Cosa extraña: parecía que de pronto se había quedado completamente tranquilo; no había ni el delirio de loco de hacía un rato, ni el miedo pánico de todos los últimos tiempos. Era el primer minuto de una especie de tranquilidad extraña, repentina. Sus movimientos eran precisos y claros; en ellos asomaba una intención firme. «¡Hoy mismo, hoy mismo!...», murmuraba para sí. Comprendía, sin embargo, que todavía estaba débil, pero una tensión espiritual fortísima, que había llegado hasta la tranquilidad, hasta la idea fija, le daba fuerzas y seguridad en sí mismo; esperaba, por lo demás, no caerse en la calle. Una vez vestido del todo, con todo nuevo, echó una mirada al dinero que había sobre la mesa, lo pensó y se lo metió en el bolsillo. Eran veinticinco rublos. Tomó también todas las monedas de cobre de cinco kopeks, el cambio de los diez rublos que Razumíjin había gastado en la ropa. Después quitó despacio el gancho, salió de la habitación, bajó la escalera y echó una mirada a la cocina, abierta de par en par: Nastasia estaba de espaldas a él y, agachada, soplaba el samovar de la casera. No oyó

nada. ¿Y quién podía suponer que él se iría? Al cabo de un minuto ya estaba en la calle.

Serían las ocho, el sol se ponía. El bochorno era el de antes; pero respiró con avidez ese aire hediondo, polvoriento, contaminado por la ciudad. La cabeza empezó a darle un poco de vueltas; una especie de energía salvaje brilló de pronto en sus ojos inflamados y en su cara demacrada, de un amarillo pálido. No sabía, ni pensaba, adónde ir; sabía una sola cosa: «que todo esto había que terminarlo hoy mismo, de una vez, ahora mismo; que si no, no volvería a casa, porque no quería vivir así». ¿Cómo terminarlo? ¿Con qué terminarlo? De eso no tenía ni idea, ni quería pensarlo. Apartaba el pensamiento: el pensamiento lo desgarraba. Solo sentía y sabía que era necesario que todo cambiara, de un modo o de otro, «como fuera», repetía con una seguridad y una decisión desesperadas, inmóviles.

Por la vieja costumbre, por el camino habitual de sus paseos de antes, se dirigió directamente a la Sennaia. Antes de llegar a la Sennaia, en la calzada, delante de una tiendita de comestibles, había un organillero joven, de pelo negro, que daba vueltas a una romanza muy sentimental. Acompañaba a una muchacha de unos quince años que estaba de pie delante de él en la acera, vestida como una señorita, con crinolina, con una manteleta, con guantes y con un sombrerito de paja con una pluma color fuego; todo era viejo y gastado. Con una voz callejera, cascada, pero bastante agradable y fuerte, cantaba la romanza, esperando una moneda de dos kopeks de la tienda. Raskólnikov se detuvo junto a dos o tres oyentes, escuchó, sacó una moneda de cinco kopeks y se la puso en la mano a la muchacha. Esta cortó de pronto el canto en la nota más sentimental y más alta, como con un cuchillo, le gritó bruscamente al organillero: «¡Basta!», y los dos se

arrastraron más allá, hacia la tienda siguiente.

—¿Le gusta a usted el canto callejero? —se dirigió de pronto Raskólnikov a un transeúnte ya entrado en años, que estaba de pie junto a él al lado del organillo y tenía aspecto de paseante ocioso. El otro lo miró con extrañeza y se sorprendió—. A mí me gusta —prosiguió Raskólnikov, pero con un aire como si no hablara en absoluto del canto callejero—, me gusta cómo se canta con organillo en una tarde de otoño fría, oscura y húmeda, húmeda sin falta, cuando todos los transeúntes tienen las caras de un verde pálido y enfermas; o, todavía mejor, cuando cae nieve mojada, completamente derecha, sin viento, ¿sabe usted?, y a través de ella brillan los faroles de gas...

—No sé, señor... Disculpe... —murmuró el señor, asustado tanto por la pregunta como por el aspecto extraño de Raskólnikov, y cruzó a la otra acera.

Raskólnikov siguió derecho y salió a aquella esquina de la Sennaia donde vendían el mieshchanín y su mujer que habían hablado entonces con Lizaveta; pero ahora no estaban. Al reconocer el lugar, se detuvo, miró alrededor y se dirigió a un muchacho joven de camisa roja, que bostezaba en la entrada de un almacén de harina.

—¿Aquí, en la esquina, vende un mieshchanín, con una mujer, con su esposa, no?

—Venden de todo tipo —respondió el muchacho, midiendo a Raskólnikov de arriba abajo con altanería.

—¿Cómo se llama?

—Como lo bautizaron, así se llama.

—¿No serás tú también de Zaraisk? ¿De qué provincia?

El muchacho volvió a mirar a Raskólnikov.

—Nosotros, su señoría, no somos de provincia, sino de distrito, y el que viajaba era mi hermano, que yo me quedaba en casa, así que no sé, señor... Usted perdone, su señoría, sea generoso.

—¿Eso de arriba es una fonda?

—Es una fonda, y tiene billar; y hasta princesas se encuentran... ¡Ay, lalá!

Raskólnikov cruzó la plaza. Allí, en la esquina, había una multitud compacta, todos campesinos. Se metió en lo más espeso, mirándoles las caras. Por algún motivo sentía ganas de hablar con todos. Pero los campesinos no le prestaban atención, y todos vociferaban algo entre ellos, apiñándose en grupitos. Se quedó parado, pensó y se fue a la derecha, por la acera, en dirección a la V... Pasada la plaza, fue a dar a un callejón...

Ya antes había pasado por ese callejón cortito, que hace un codo y lleva de la plaza a la Sadóvaia. En los últimos tiempos incluso lo atraía vagar por todos esos lugares cuando se sentía asqueado, «para sentirse todavía más asqueado». Ahora, en cambio, entró sin pensar en nada. Hay allí una casa grande, toda ocupada por tabernas y otros establecimientos de comer y beber; de ellos salían corriendo a cada momento mujeres vestidas como se anda «por el vecindario»: con la cabeza descubierta y solo con el vestido. En dos o tres lugares se apiñaban en grupos en la acera, sobre todo junto a las bajadas a los sótanos, adonde, por dos escalones, se podía bajar a distintos establecimientos muy divertidos. En uno de ellos, en ese momento, había golpes y alboroto para toda la calle, rasgueaba una guitarra, se cantaban canciones, y había mucha alegría. Un gran grupo de mujeres se apiñaba en la entrada; algunas estaban sentadas en los escalones,

otras en la acera, otras de pie conversando. Al lado, en la calzada, deambulaba, insultando en voz alta, un soldado borracho con un cigarrillo, y parecía que quería entrar en algún lado, pero como si se le hubiera olvidado dónde. Un harapiento insultaba a otro harapiento, y un borracho perdido estaba tirado atravesado en la calle. Raskólnikov se detuvo junto al grupo grande de mujeres. Hablaban con voces roncas; todas llevaban vestidos de percal, zapatos de cabritilla y la cabeza descubierta. Algunas pasaban de los cuarenta, pero había también de diecisiete, casi todas con los ojos amoratados.

Por algún motivo le interesaban el canto y todos esos golpes y ese alboroto, allí, abajo... Desde allí se oía cómo, entre carcajadas y chillidos, al son del falsete fino de una tonada desenfrenada y de la guitarra, alguien bailaba desesperadamente, marcando el compás con los tacones. Escuchaba con atención, sombrío y pensativo, agachado junto a la entrada, y miraba con curiosidad desde la acera hacia el zaguán.

Mi guardián tan guapetón, ¡no me pegues sin razón! —

se derramaba la vocecita fina del cantor. Raskólnikov tuvo unas ganas terribles de distinguir lo que cantaban, como si en eso estuviera todo el asunto.

«¿Y si entro? —pensó—. ¡Se ríen a carcajadas! Por la borrachera. ¿Y qué tal si me emborracho?»

—¿No entra, señorito querido? —preguntó una de las mujeres con una voz bastante sonora y todavía no del todo enronquecida. Era joven y ni siquiera repugnante: la única de todo el grupo.

—¡Mira qué bonita! —respondió él, incorporándose y mirándola.

Ella sonrió; el cumplido le gustó mucho.

—Usted también es muy guapo —dijo.

—¡Qué flaco! —observó otra con voz grave—. ¿Qué, le dieron el alta del hospital?

—¡Parecen hijas de general, y todas tienen la nariz respingada! —interrumpió de pronto un campesino que se acercó, achispado, con el caftán desabrochado y una jeta de risa pícara—. ¡Mira qué alegría!

—¡Pasa, ya que viniste!

—¡Paso! ¡Qué delicia!

Y se precipitó hacia abajo dando tumbos.

Raskólnikov siguió adelante.

—¡Oiga, señorito! —le gritó la muchacha.

—¿Qué?

Ella se turbó.

—Yo, señorito querido, siempre tendré mucho gusto en pasar un rato con usted, pero ahora, no sé cómo, delante de usted no me sale la desvergüenza. ¡Regáleme, caballero simpático, seis kopeks para un trago!

Raskólnikov sacó lo que salió: tres monedas de cinco.

—¡Ay, qué señorito tan bueno!

—¿Cómo te llamas?

—Pregunte por Duklida.

—No, eso sí que no —observó de pronto una del grupo, meneando la cabeza hacia Duklida—. ¡No sé cómo se puede pedir así! Yo creo que me hundiría de pura vergüenza...

Raskólnikov miró con curiosidad a la que hablaba. Era una moza picada de viruelas, de unos treinta años, toda llena de moretones, con el labio superior hinchado. Hablaba y reprobaba con calma y seriedad.

«¿Dónde fue —pensó Raskólnikov, siguiendo adelante—, dónde fue que leí que un condenado a muerte, una hora antes de morir, dice o piensa que, si tuviera que vivir en algún lugar en lo alto, en una roca, en una plataforma tan estrecha que solo se pudieran apoyar los dos pies, y alrededor hubiera abismos, el océano, tinieblas eternas, soledad eterna y tempestad eterna, y tuviera que quedarse así, de pie en un arshín de espacio, toda la vida, mil años, la eternidad, prefería vivir así antes que morir ahora mismo? ¡Con tal de vivir, vivir y vivir! ¡Vivir como sea, pero vivir!... ¡Qué verdad! ¡Señor, qué verdad! ¡Canalla, el hombre! Y canalla también el que por eso lo llama canalla», añadió al cabo de un minuto.

Salió a otra calle: «¡Vaya! ¡El "Palacio de Cristal"! Hace un rato Razumíjin hablaba del "Palacio de Cristal". Solo que, ¿qué era lo que quería yo? ¡Sí, leer!... Zosímov decía que lo había leído en los periódicos...».

—¿Tienen periódicos? —preguntó, entrando en un establecimiento de fonda muy espacioso e incluso pulcro, de varias salas, aunque bastante vacías. Dos o tres parroquianos tomaban té, y en una sala lejana estaba sentado un grupo de unas cuatro personas que bebían champaña. A Raskólnikov le pareció que entre ellos estaba Zamétov. Aunque de lejos no se podía ver bien.

«¡Qué más da!», pensó.

—¿Desea vodka, señor? —preguntó el mozo.

—Tráeme té. Y tráeme periódicos, viejos, de unos cinco días seguidos, y te daré para un trago.

—Enseguida, señor. Aquí están los de hoy, señor. ¿Y desea vodka, señor?

Aparecieron los periódicos viejos y el té. Raskólnikov se sentó y se puso a buscar: «Isler... Isler... Los aztecas... Los aztecas... Isler... Bartola... Massimo... Los aztecas... Isler...[1] ¡Uf, diablos! Ah, aquí están las noticias breves: se cayó por la escalera... un mieshchanín se quemó por la bebida... incendio en Peskí... incendio en la Petersbúrgskaia... otro incendio en la Petersbúrgskaia... otro incendio en la Petersbúrgskaia... Isler... Isler... Isler... Isler... Massimo... Ah, aquí...».

Encontró por fin lo que buscaba y se puso a leer; las líneas le saltaban ante los ojos, pero aun así leyó toda la «noticia» y se puso a buscar con avidez en los números siguientes los agregados posteriores. Las manos le temblaban, de impaciencia convulsiva, mientras pasaba las hojas. De pronto alguien se sentó junto a él, a su mesa. Miró: Zamétov, el mismo Zamétov y con el mismo aspecto, con anillos, con cadenitas, con la raya en el pelo negro, rizado y untado de pomada, con un chaleco elegante y una levita algo gastada y ropa blanca no muy fresca. Estaba alegre, o por lo menos sonreía con mucha alegría y bonachonería. Su cara morena estaba algo encendida por el champaña bebido.

—¡Cómo! ¿Usted aquí? —empezó perplejo y en un tono como si lo conociera de toda la vida—. Y a mí todavía ayer me decía Razumíjin que usted seguía inconsciente. ¡Qué raro! Y yo estuve en su casa...

Raskólnikov sabía que se acercaría. Dejó los periódicos y se volvió hacia Zamétov. En sus labios había una sonrisita, y en esa sonrisita asomaba una especie de impaciencia irritada, nueva.

—Ya sé que estuvo —respondió—, me lo dijeron, señor. Buscaba el calcetín... ¿Y sabe?, Razumíjin está loco por usted, dice que usted fue con él a casa de Laviza Ivánovna, esa por la que usted intercedía aquella vez, que

le hacía guiños al teniente Pólvora, y él no entendía nada, ¿se acuerda? Y parece que no había cómo no entender: el asunto estaba claro... ¿eh?

—¡Pero qué alborotador es!

—¿Pólvora?

—No, su amigo, Razumíjin...

—Qué buena vida se da usted, señor Zamétov; ¡en los lugares más agradables entra sin pagar peaje! ¿Quién le estaba sirviendo champaña hace un momento?

—Pues nosotros... bebimos... ¿Y ya me lo sirvieron?

—¡Un honorario! ¡Usted lo aprovecha todo! —Raskólnikov se echó a reír—. ¡No es nada, muchacho buenísimo, no es nada! —añadió, dándole una palmada en el hombro a Zamétov—. No lo digo por fastidiar, sino «por puro cariño, jugando», como decía ese obrero suyo cuando le daba golpes a Mitka, ahí, por el asunto de la vieja.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Pues yo quizá sé más que usted.

—Qué raro está usted... Seguramente todavía está muy enfermo. Hizo mal en salir...

—¿Y le parezco raro?

—Sí. ¿Qué está leyendo en los periódicos?

—Periódicos.

—Escriben mucho de incendios...

—No, no leo lo de los incendios. —Entonces miró a Zamétov de un modo enigmático; una sonrisa burlona volvió a torcerle los labios—. No, no leo lo de los incendios —prosiguió, guiñándole el ojo a Zamétov—. Pero confiese, querido joven, que tiene unas ganas terribles de saber qué

estaba leyendo, ¿eh?

—Para nada; solo pregunté. ¿Acaso no se puede preguntar? Usted siempre...

—Oiga, usted es un hombre culto, literario, ¿eh?

—Yo llegué al sexto curso del gimnasio —respondió Zamétov con cierta dignidad.

—¡Al sexto! ¡Ay, gorrioncito mío! Con raya, con anillos... ¡un hombre rico! ¡Uf, qué muchachito tan mono! —Y entonces Raskólnikov estalló en una risa nerviosa, directamente en la cara de Zamétov. Este se echó hacia atrás, y no es que se ofendiera, sino que se sorprendió muchísimo.

—¡Uf, qué raro! —repitió Zamétov muy en serio—. Me parece que usted todavía delira.

—¿Que deliro? ¡Mientes, gorrioncito!... ¿Así que soy raro? Bueno, ¿y le resulto interesante, eh? ¿Interesante?

—Interesante.

—¿Decirle qué leía, qué buscaba? ¡Mire cuántos números mandé traer! Sospechoso, ¿eh?

—Bueno, dígalo.

—¿Con la oreja bien parada?

—¿Qué oreja parada?

—Después le diré qué oreja, y ahora, queridísimo, le anuncio... no, mejor: «confieso»... No, tampoco es eso: «presto declaración y usted la toma»: ¡eso es! Pues presto declaración de que leía, me interesaba... buscaba... rebuscaba... —Raskólnikov entornó los ojos y esperó—. Rebuscaba, y para eso entré aquí, lo del asesinato de la vieja viuda de funcionario —dijo por fin, casi en un susurro, acercando muchísimo su

cara a la de Zamétov. Zamétov lo miraba directamente a los ojos, sin moverse y sin apartar su cara de la de él. Lo más extraño le pareció después a Zamétov que el silencio entre ellos durara exactamente un minuto entero y que exactamente un minuto entero se estuvieran mirando así el uno al otro.

—¿Y qué tiene que lo haya leído? —exclamó de pronto, perplejo e impaciente—. ¡A mí qué me importa! ¿Qué hay con eso?

—Es aquella misma vieja —prosiguió Raskólnikov, con el mismo susurro y sin inmutarse por la exclamación de Zamétov—, aquella misma de la que, ¿se acuerda?, empezaron a hablar en la comisaría cuando yo me desmayé. ¿Qué, ahora entiende?

—¿Pero qué es esto? ¿Qué... «entiende»? —dijo Zamétov, casi alarmado.

La cara inmóvil y seria de Raskólnikov se transformó en un instante, y de pronto volvió a estallar en la misma risa nerviosa de hacía un rato, como si él mismo no fuera en absoluto capaz de contenerse. Y en un instante recordó, con una claridad extraordinaria de la sensación, un momento reciente en que estaba detrás de la puerta, con el hacha, el cerrojo saltaba, ellos insultaban y empujaban detrás de la puerta, y a él le dieron de pronto ganas de gritarles, de insultarlos, de sacarles la lengua, de provocarlos, de reírse, ¡de reírse a carcajadas, a carcajadas, a carcajadas!

—Usted o está loco, o... —dijo Zamétov, y se detuvo, como golpeado de pronto por una idea que le cruzó repentinamente la mente.

—¿O? ¿O qué? Bueno, ¿qué? ¡Vamos, dígalo!

—¡Nada! —respondió Zamétov, enfadado—. ¡Todo son tonterías!

Los dos se callaron. Después del súbito estallido de risa, como de

ataque, Raskólnikov se quedó de pronto pensativo y triste. Apoyó el codo en la mesa y se sostuvo la cabeza con la mano. Parecía haberse olvidado por completo de Zamétov. El silencio duró bastante.

—¿Por qué no se toma el té? Se va a enfriar —dijo Zamétov.

—¿Eh? ¿Qué? ¿El té?... Bueno... —Raskólnikov tomó un sorbo del vaso, se metió en la boca un pedacito de pan y de pronto, mirando a Zamétov, pareció recordarlo todo y se sacudió: en ese mismo momento su cara tomó la expresión burlona del principio. Siguió tomando el té.

—Hoy en día se han multiplicado estas estafas —dijo Zamétov—. Hace poco leí en las «Noticias de Moscú» que en Moscú atraparon a toda una banda de falsificadores de moneda. Era toda una sociedad. Falsificaban billetes.

—¡Oh, eso ya es viejo! Yo lo leí hace un mes —respondió con calma Raskólnikov—. ¿Así que esos, según usted, son estafadores? —añadió, sonriendo.

—¿Cómo que no son estafadores?

—¿Esos? ¡Esos son niños, pipiolos, y no estafadores! ¡Medio centenar de personas que se juntan para semejante fin! ¿Acaso es posible? Aquí hasta tres serían muchos, y eso si cada uno estuviera más seguro del otro que de sí mismo. ¡Si no, basta con que uno se vaya de la lengua estando borracho y todo se va al diablo! ¡Pipiolos! Contratan a gente poco fiable para cambiar los billetes en las oficinas: ¡confiarle un asunto así al primero que pasa! Bueno, supongamos que les salió bien, aun siendo pipiolos; supongamos que cada uno cambió un millón para sí, ¿y después? ¿Toda la vida? ¡Cada uno dependiendo del otro toda la vida! ¡Mejor ahorcarse! Y ni cambiarlos supieron: uno fue a cambiarlos a una oficina, recibió cinco mil,

y le temblaron las manos. Contó cuatro, y el quinto lo recibió sin contarlo, de confianza, solo para metérselo en el bolsillo y escapar cuanto antes. Bueno, y despertó sospechas. ¡Y todo reventó por un solo tonto! ¿Acaso es posible así?

—¿Que le temblaron las manos? —repuso Zamétov—. No, eso sí es posible, señor. No, estoy completamente seguro de que eso es posible. A veces uno no aguanta.

—¿Eso?

—¿Y usted, seguro, aguantaría? ¡No, yo no aguantaría! ¡Por cien rublos de recompensa ir a semejante horror! Ir con un billete falso, ¿adónde?, a una oficina bancaria, donde de eso saben un rato largo... no, yo me turbaría. ¿Y usted no se turbaría?

A Raskólnikov le dieron de pronto unas ganas terribles de volver a «sacar la lengua». Un escalofrío, a ratos, le recorría la espalda.

—Yo no lo habría hecho así —empezó desde lejos—. Yo los habría cambiado así: contaría el primer millar, unas cuatro veces, desde todos los lados, examinando cada billete, y pasaría al segundo millar; empezaría a contarlo, llegaría a la mitad, y sacaría algún billete de cincuenta rublos, y a la luz, y le daría la vuelta, y otra vez a la luz: ¿no será falso? «Es que tengo miedo, ¿sabe?, una parienta mía perdió así veinticinco rublos el otro día»; y contaría ahí una historia. Y cuando empezara a contar el tercer millar... no, permítame: me parece que allí, en el segundo millar, conté mal el séptimo centenar, me entra la duda, y dejaría el tercero, y otra vez al segundo... y así los cinco. Y cuando terminara, sacaría un billete del quinto y otro del segundo, y otra vez a la luz, y otra vez dudoso: «cámbiemelo, por favor», y llevaría al empleado al séptimo sudor, de modo que ya no sabría

cómo quitarme de encima. Terminaría todo por fin, me iría, abriría la puerta... pero no, disculpe, otra vez volvería, a preguntar algo, a pedir alguna explicación: ¡así lo haría yo!

—¡Uf, qué cosas tan terribles dice usted! —dijo Zamétov, riéndose—. Solo que todo eso no es más que hablar, y en la práctica seguramente tropezaría. Aquí, se lo digo yo, a mi parecer, no solo usted o yo, ni siquiera un hombre curtido, desesperado, puede responder de sí mismo. Pero para qué ir lejos, aquí tiene un ejemplo: en nuestro barrio mataron a una vieja. Parece que era una cabeza desesperada, que en pleno día se arriesgó a todos los riesgos, que se salvó por puro milagro... y aun así le temblaron las manos: no supo robar, no aguantó; se ve por el asunto...

Raskólnikov pareció ofenderse.

—¡Se ve! ¡Pues atrápenlo ahora, vayan! —exclamó, provocando a Zamétov con malicia.

—Bueno, ya lo atraparán.

—¿Quién? ¿Ustedes? ¿Atraparlo ustedes? ¡Se cansarán de dar saltos! Porque lo principal para ustedes es esto: ¿gasta dinero el hombre o no? No tenía dinero, y de pronto empieza a gastar: ¿cómo no va a ser él? ¡Así cualquier criatura los engaña con eso, si quiere!

—Eso es justamente lo que hacen todos —respondió Zamétov—: matan con astucia, arriesgan la vida, y después enseguida los atrapan en la taberna. Por los gastos los atrapan. No todos son tan astutos como usted. Usted no iría a la taberna, desde luego, ¿no?

Raskólnikov frunció las cejas y miró fijamente a Zamétov.

—Parece que se le ha abierto el apetito y quiere saber cómo actuaría yo también en eso —preguntó con disgusto.

—Me gustaría —respondió el otro con firmeza y seriedad. Había empezado a hablar y a mirar con demasiada seriedad.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Bien. Yo actuaría así —empezó Raskólnikov, acercando otra vez de pronto su cara a la de Zamétov, otra vez mirándolo fijamente y hablando otra vez en un susurro, de modo que esta vez el otro hasta se estremeció—. Yo lo haría así: tomaría el dinero y los objetos y, en cuanto me fuera de allí, enseguida, sin entrar en ninguna parte, me iría a algún lugar apartado donde solo hubiera cercas y casi nadie: alguna huerta o algo por el estilo. Ya antes me habría fijado allí, en ese patio, en alguna piedra de un pud o un pud y medio de peso, en algún rincón, junto a la cerca, que quizá esté ahí desde que se construyó la casa; levantaría esa piedra, debajo tiene que haber un hoyito, y en ese hoyito pondría todos los objetos y el dinero. Los pondría, y les echaría la piedra encima, como estaba antes, la apisonaría con el pie, y me iría. Y no los tocaría en un año, en dos, en tres años no los tocaría: ¡y ahora búsquenlos! ¡Si te he visto no me acuerdo!

—Usted está loco —dijo, no se sabe por qué, Zamétov, también casi en un susurro, y no se sabe por qué se apartó de pronto de Raskólnikov. A este le centellearon los ojos; palideció terriblemente; el labio superior le tembló y empezó a saltarle. Se inclinó hacia Zamétov lo más cerca posible y empezó a mover los labios sin pronunciar nada; así duró como medio minuto; sabía lo que hacía, pero no podía contenerse. Una palabra terrible, como aquel cerrojo de la puerta, le saltaba en los labios: de un momento a otro se le escaparía; de un momento a otro, solo soltarla, ¡de un momento a otro, solo pronunciarla!

—¿Y si fui yo quien mató a la vieja y a Lizaveta? —dijo de pronto y... volvió en sí.

Zamétov lo miró con extrañeza y se puso blanco como el mantel. Su cara se torció en una sonrisa.

—¿Pero acaso es posible? —dijo con voz apenas audible.

Raskólnikov lo miró con rabia.

—¿Confiese que lo creyó? ¿Sí? ¿Verdad que sí?

—¡Para nada! ¡Ahora menos que nunca lo creo! —dijo Zamétov, apresurado.

—¡Por fin cayó! Atrapamos al gorrioncito. ¿O sea que antes sí lo creía, si ahora «menos que nunca lo cree»?

—¡Pero para nada! —exclamaba Zamétov, visiblemente turbado—. ¿Así que para eso me asustaba usted, para llevarme a esto?

—¿Así que no lo cree? ¿Y de qué hablaron sin mí cuando yo salí aquella vez de la comisaría? ¿Y para qué me interrogó el teniente Pólvora después del desmayo? ¡Eh, tú! —le gritó al mozo, levantándose y tomando la gorra—. ¿Cuánto te debo?

—Treinta kopeks en total, señor —respondió este, acercándose corriendo.

—Y aquí tienes otros veinte kopeks para un trago. ¡Mire cuánto dinero! —Le tendió a Zamétov la mano temblorosa con los billetes—. Rojitos, azulitos[2], veinticinco rublos. ¿De dónde? ¿Y de dónde salió la ropa nueva? ¡Si usted sabe que no tenía ni un kopek! A la casera, seguro, ya la interrogaron... ¡Bueno, basta! Assez causé! Hasta la vista... ¡encantadísimo!...

Salió, temblando todo por una especie de sensación salvaje, histérica,

en la que, sin embargo, había una parte de placer insoportable; aunque sombrío, terriblemente cansado. Tenía la cara torcida, como después de algún ataque. Su cansancio aumentaba rápidamente. Sus fuerzas se excitaban y le llegaban ahora de pronto, con el primer impulso, con la primera sensación irritante, y con la misma rapidez se debilitaban a medida que se debilitaba la sensación.

Y Zamétov, que se quedó solo, estuvo todavía mucho rato sentado en el mismo lugar, pensativo. Raskólnikov, sin querer, le había dado la vuelta a todos sus pensamientos sobre cierto punto y había fijado definitivamente su opinión.

«¡Iliá Petróvich es un zoquete!», decidió definitivamente.

Apenas Raskólnikov abrió la puerta que daba a la calle, cuando de pronto, en la escalinata misma, chocó con Razumíjin, que entraba. Ninguno de los dos, ni siquiera un paso antes, había visto al otro, de modo que casi se dieron con las cabezas. Durante un rato se midieron mutuamente con la mirada. Razumíjin estaba en el colmo del asombro, pero de pronto la ira, una ira verdadera, centelleó amenazadora en sus ojos.

—¡Así que aquí estás! —gritó a todo pulmón—. ¡Te escapaste de la cama! ¡Y yo que hasta te buscaba debajo del sofá! ¡Si hasta fuimos a la buhardilla! Casi le pego a Nastasia por tu culpa... ¡Y él, aquí! ¡Rodka! ¿Qué significa esto? ¡Di toda la verdad! ¡Confiesa! ¿Oyes?

—Significa que todos ustedes me tienen harto a muerte y que quiero estar solo —respondió tranquilamente Raskólnikov.

—¿Solo? ¡Cuando todavía no puedes caminar, cuando todavía tienes la jeta pálida como un lienzo y te ahogas! ¡Estúpido!... ¿Qué hacías en el «Palacio de Cristal»? ¡Confiesa inmediatamente!

—¡Suéltame! —dijo Raskólnikov, y quiso pasar de largo. Eso ya sacó de quicio a Razumíjin: lo agarró con fuerza del hombro.

—¿Que te suelte? ¿Te atreves a decir «suéltame»? ¿Sabes lo que voy a hacer contigo ahora mismo? ¡Te agarro en brazos, te ato como un fardo y te llevo bajo el brazo a casa, bajo llave!

—Escucha, Razumíjin —empezó Raskólnikov en voz baja y al parecer completamente tranquilo—, ¿es posible que no veas que no quiero tus favores? ¿Y qué ganas tienes de hacerles favores a los que... escupen sobre ellos? ¿A los que, en fin, les resulta en serio penoso soportarlos? ¿Para qué me buscaste al principio de la enfermedad? ¿Quizá yo habría estado muy contento de morirme? ¿Es posible que hoy no te haya mostrado lo bastante que me atormentas, que me tienes... harto? ¡Qué ganas, de verdad, de atormentar a la gente! Te aseguro que todo esto estorba en serio mi curación, porque me irrita sin cesar. ¡Si hace un rato Zosímov se fue para no irritarme! ¡Déjame tú también, por Dios! ¿Y con qué derecho, en fin, me retienes por la fuerza? ¿Es posible que no veas que ahora hablo en pleno juicio? ¿Con qué, con qué, enséñame, puedo suplicarte por fin que no te me pegues y no me hagas favores? ¡Que sea un ingrato, que sea un ser bajo, pero déjenme todos, por Dios, déjenme! ¡Déjenme! ¡Déjenme!

Había empezado tranquilo, saboreando de antemano todo el veneno que se preparaba a derramar, y terminó frenético y ahogándose, como hacía un rato con Luzhin.

Razumíjin se quedó parado, pensó y le soltó el brazo.

—¡Pues vete al diablo! —dijo en voz baja y casi pensativo—. ¡Espera! —rugió de pronto, cuando Raskólnikov se ponía en marcha—. Escúchame. Te declaro que todos ustedes, hasta el último, son unos

charlatanes y unos fanfarrones. ¡En cuanto les sale un sufrimientito, andan con él como la gallina con el huevo! Hasta en eso les roban a autores ajenos. ¡Ni un indicio de vida propia hay en ustedes! ¡Están hechos de pomada de esperma de ballena, y en lugar de sangre tienen suero! ¡No le creo a ninguno de ustedes! ¡Lo primero para ustedes, en todas las circunstancias, es no parecerse a un ser humano! ¡E-e-espera! —gritó con furia redoblada, al notar que Raskólnikov volvía a ponerse en marcha—. ¡Escucha hasta el final! Sabes que hoy se reúnen en mi casa para celebrar la mudanza; quizá ya han llegado, y dejé allí a mi tío (pasé corriendo hace un momento) para recibir a los que vengan. Pues bien, si no fueras un estúpido, un estúpido vulgar, un estúpido rematado, una traducción del extranjero... mira, Rodia, lo confieso, eres un muchacho inteligente, ¡pero eres un estúpido!... pues bien, si no fueras un estúpido, harías mejor en venir hoy a mi casa, a pasar la velada, que en gastar las suelas en vano. ¡Ya que saliste, no hay nada que hacer! Te arrimaría unos sillones blanditos, los dueños tienen... Un tecito, compañía... Y si no, te acuesto en el diván: de todos modos estarás acostado entre nosotros... Y también vendrá Zosímov. ¿Vendrás, o qué?

—No.

—¡Mie-e-entes! —exclamó Razumíjin con impaciencia—. ¿Cómo lo sabes? ¡No puedes responder de ti mismo! Y además no entiendes nada de esto... Yo mil veces me he peleado exactamente así con la gente y después he vuelto corriendo... ¡Te da vergüenza y vuelves con la persona! Así que acuérdate: la casa de Pochinkov, tercer piso...

—Pues así, señor Razumíjin, quizá se deje usted pegar por alguien, por el placer de hacer favores.

—¿A quién? ¡A mí! ¡Por esa sola fantasía te desatornillo la nariz! La

casa de Pochinkov, número cuarenta y siete, en la vivienda del funcionario Bábushkin...

—No iré, Razumíjin. —Raskólnikov se dio la vuelta y se fue.

—¡Apuesto a que vendrás! —le gritó Razumíjin—. Si no, tú... ¡si no, no quiero saber nada de ti! ¡Espera, eh! ¿Está Zamétov ahí?

—Está.

—¿Lo viste?

—Lo vi.

—¿Y hablaste con él?

—Hablé.

—¿De qué? Bueno, al diablo contigo, mejor no me lo digas. ¡Pochinkov, cuarenta y siete, Bábushkin, acuérdate!

Raskólnikov llegó hasta la Sadóvaia y dobló la esquina. Razumíjin se quedó mirándolo, pensativo. Por fin, haciendo un gesto con la mano, entró en la casa, pero se detuvo en mitad de la escalera.

«¡Al diablo! —prosiguió, casi en voz alta—. Habla con sentido, pero como si... ¡Si también yo soy un estúpido! ¿Acaso los locos no hablan con sentido? ¡Y Zosímov, me pareció, justamente de eso tiene un poco de miedo! —Se golpeó la frente con el dedo—. ¿Y si...? ¿Cómo lo voy a dejar ir solo ahora? Quizá se ahogue... ¡Eh, metí la pata! ¡No se puede!» Y corrió de vuelta, tras Raskólnikov, pero ya no quedaba ni rastro. Escupió y a paso rápido volvió al «Palacio de Cristal» para interrogar cuanto antes a Zamétov.

Raskólnikov fue derecho al puente ...ski, se detuvo en el medio, junto a la baranda, apoyó en ella los dos codos y se puso a mirar a lo largo. Al despedirse de Razumíjin se había debilitado tanto que apenas había

podido llegar hasta allí. Tenía ganas de sentarse o acostarse en algún lado, en la calle. Inclinado sobre el agua, miraba maquinalmente el último reflejo rosado del ocaso, la hilera de casas que oscurecían en el crepúsculo que se espesaba, una ventanita lejana, en alguna buhardilla, en el muelle de la izquierda, que resplandecía como en llamas por el último rayo de sol que le dio por un instante, el agua del canal que oscurecía, y parecía examinar con atención esa agua. Por fin empezaron a girarle ante los ojos unos círculos rojos, las casas se movieron, los transeúntes, los muelles, los coches, todo empezó a girar y a bailar alrededor. De pronto se estremeció, quizá salvado otra vez del desmayo por una visión salvaje y monstruosa. Sintió que alguien se ponía junto a él, a la derecha, al lado; miró y vio a una mujer alta, con un pañuelo en la cabeza, con una cara amarilla, alargada, consumida por la bebida, y unos ojos rojizos y hundidos. Lo miraba directamente, pero evidentemente no veía nada ni distinguía a nadie. De pronto apoyó la mano derecha en la baranda, levantó la pierna derecha y la pasó por encima de la reja, después la izquierda, y se arrojó al canal. El agua sucia se abrió, se tragó por un instante a la víctima, pero al cabo de un minuto la ahogada salió a la superficie, y la corriente se la llevó despacio río abajo, con la cabeza y las piernas en el agua, la espalda arriba, con la falda revuelta e hinchada sobre el agua como una almohada.

—¡Se ahogó! ¡Se ahogó! —gritaban decenas de voces; la gente acudía corriendo, los dos muelles se llenaban de espectadores; en el puente, alrededor de Raskólnikov, se apiñó la gente, empujándolo y aplastándolo por detrás.

—¡Ay, Dios mío, si es nuestra Afrosíniushka! —se oyó cerca un grito lastimero de mujer—. ¡Ay, Dios mío, sálvenla! ¡Padrecitos, sáquenla!

—¡Un bote! ¡Un bote! —gritaban en la multitud.

Pero ya no hacía falta el bote: un guardia bajó corriendo los escalones de la bajada al canal, se quitó el capote y las botas y se tiró al agua. No le costó mucho: la corriente llevaba a la ahogada a dos pasos de la bajada; la agarró de la ropa con la mano derecha, con la izquierda alcanzó a agarrarse de una pértiga que le tendió un compañero, y enseguida sacaron a la ahogada. La pusieron sobre las losas de granito de la bajada. Volvió en sí pronto, se incorporó y empezó a estornudar y a resoplar, secándose sin sentido con las manos el vestido mojado. No decía nada.

—Bebió hasta ver diablitos, padrecitos, hasta ver diablitos —aullaba la misma voz de mujer, ya junto a Afrosíniushka—. El otro día también quiso ahorcarse, la descolgaron de la cuerda. Ahora fui a la tienda, le dejé a la chiquilla para que la cuidara, ¡y ya ven la desgracia! Una mieshchanka, padrecito, una mieshchanka de aquí, vivimos al lado, en la segunda casa desde la esquina, aquí mismo...

La gente se dispersaba, los policías seguían ocupándose de la ahogada, alguien gritó algo de la comisaría... Raskólnikov lo miraba todo con una extraña sensación de indiferencia y desapego. Le dio asco. «No, es repugnante... el agua... no vale la pena —murmuraba para sí—. No pasará nada —añadió—, no hay nada que esperar. ¿Qué es eso, la comisaría...? ¿Y por qué Zamétov no está en la comisaría? La comisaría está abierta pasadas las nueve...» Se puso de espaldas a la baranda y miró alrededor.

«¡Pues bueno! ¡Y por qué no!», dijo con decisión, se apartó del puente y se dirigió hacia donde estaba la comisaría. Tenía el corazón vacío y sordo. No quería pensar. Hasta la angustia había pasado; ni rastro de la energía de hacía un rato, cuando había salido de casa para «¡terminarlo todo!». Una

apatía completa había ocupado su lugar.

«¿Y qué? ¡Es una salida! —pensaba, caminando despacio y sin ganas por el muelle del canal—. De todos modos terminaré, porque quiero... ¿Pero es una salida? ¡Da igual! Habrá un arshín de espacio... ¡je! ¡Pero qué final! ¿Será el final? ¿Se lo diré o no se lo diré? ¡Eh... diablos! Y además estoy cansado: ¡acostarme o sentarme en algún lado cuanto antes! Lo más vergonzoso es que es demasiado estúpido. Y eso también me importa un comino. Uf, qué tonterías se me ocurren...»

Para ir a la comisaría había que seguir todo derecho y en la segunda esquina doblar a la izquierda: estaba allí, a dos pasos. Pero al llegar a la primera esquina se detuvo, pensó, dobló por un callejón y dio un rodeo, por dos calles, quizá sin ningún objetivo, o quizá para alargarlo aunque fuera un minuto más y ganar tiempo. Caminaba mirando al suelo. De pronto fue como si alguien le hubiera susurrado algo al oído. Levantó la cabeza y vio que estaba junto a aquella casa, justo al lado del portón. Desde aquella tarde no había estado allí ni había pasado por delante.

Un deseo irresistible e inexplicable lo arrastró. Entró en la casa, cruzó todo el pasaje, después la primera entrada a la derecha, y empezó a subir por la escalera conocida, al cuarto piso. En la escalera estrechita y empinada estaba muy oscuro. Se detenía en cada rellano y miraba alrededor con curiosidad. En el rellano del primer piso, en la ventana, habían sacado el marco del todo: «Esto entonces no estaba», pensó. Ahí está la vivienda del segundo piso donde trabajaban Nikolashka y Mitka: «Cerrada; y la puerta recién pintada; o sea que se alquila». Ahí está el tercer piso... y el cuarto... «¡Aquí!» Lo invadió la perplejidad: la puerta de esa vivienda estaba abierta de par en par, había gente adentro, se oían voces; no se lo esperaba de

ningún modo. Tras vacilar un poco, subió los últimos escalones y entró en la vivienda.

También a ella la estaban arreglando de nuevo; había obreros; eso pareció impresionarlo. Por algún motivo se había imaginado que lo encontraría todo exactamente igual que como lo había dejado entonces, quizá incluso los cadáveres en los mismos lugares del suelo. Y ahora: paredes desnudas, ningún mueble; ¡qué extraño! Fue hasta la ventana y se sentó en el alféizar.

Había solo dos obreros, los dos muchachos jóvenes, uno mayor y el otro mucho más joven. Estaban empapelando las paredes con papel nuevo, blanco, con florecitas lilas, en lugar del anterior, amarillo, gastado y raído. A Raskólnikov, por algún motivo, eso le disgustó terriblemente; miraba ese papel nuevo con hostilidad, como si le diera pena que lo hubieran cambiado todo así.

Los obreros, evidentemente, se habían demorado y ahora enrollaban a toda prisa su papel y se disponían a irse a casa. La aparición de Raskólnikov casi no les llamó la atención. Hablaban de algo. Raskólnikov se cruzó de brazos y se puso a escuchar.

—Viene ella, mira, a verme por la mañana —le decía el mayor al menor—, tempranito, tempranito, toda emperifollada. «¿Y qué te haces la limoncita conmigo, le digo, qué te haces la naranjita?» «Quiero, dice, Tit Vasílievich, de ahora en adelante estar en todo a su voluntad». ¡Así es como fue! Y qué emperifollada: un figurín, ¡un verdadero figurín!

—¿Y qué es un figurín, tío? —preguntó el joven. Evidentemente aprendía del «tío».

—Un figurín, hermanito mío, son unos dibujitos pintados, y les llegan

aquí a los sastres de esta ciudad todos los sábados, por correo, del extranjero, para mostrar cómo tiene que vestirse cada uno, tanto el sexo masculino como, igualmente, el femenino. Un dibujo, quiere decir. El sexo masculino se pinta casi siempre con levita, pero en la sección femenina, hermano, hay unos suflés, que dame todo y todavía es poco.

—¡Y qué no habrá en este Píter[3]! —gritó con entusiasmo el menor—. ¡Fuera de padre y madre, hay de todo!

—Fuera de eso, hermanito mío, se encuentra de todo —sentenció en tono aleccionador el mayor.

Raskólnikov se levantó y fue a la otra habitación, donde antes estaban el baúl y la cómoda; la habitación le pareció terriblemente pequeña sin muebles. El papel era el mismo; en el rincón, en el papel, se marcaba nítidamente el lugar donde había estado la vitrina de los iconos. Miró y volvió a su ventana. El obrero mayor lo observaba de reojo.

—¿Qué desea, señor? —preguntó de pronto, dirigiéndose a él.

En lugar de responder, Raskólnikov se levantó, salió al recibidor, agarró la campanilla y tiró. ¡La misma campanilla, el mismo sonido de hojalata! Tiró una segunda vez, una tercera; escuchaba y recordaba. La sensación de antes, torturante y terrible, monstruosa, empezaba a recordársele cada vez con más nitidez y viveza; se estremecía con cada campanada, y cada vez le resultaba más y más agradable.

—¿Pero qué quieres? ¿Quién eres? —gritó el obrero, saliendo hacia él. Raskólnikov volvió a entrar por la puerta.

—Quiero alquilar la vivienda —dijo—, la estoy viendo.

—Las viviendas no se alquilan de noche; y además tiene que venir con el portero.

—¿Lavaron el suelo? ¿Van a pintar? —prosiguió Raskólnikov—. ¿No hay sangre?

—¿Qué sangre?

—Pues aquí mataron a la vieja con su hermana. Aquí había todo un charco.

—¿Pero qué clase de hombre eres tú? —gritó inquieto el obrero.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Y quieres saberlo?... Vamos a la comisaría, allí te lo diré.

Los obreros lo miraron perplejos.

—Tenemos que irnos, señor, se nos hizo tarde. Vamos, Alioshka. Hay que cerrar —dijo el obrero mayor.

—¡Pues vamos! —respondió Raskólnikov con indiferencia, y salió delante, bajando despacio la escalera—. ¡Eh, portero! —gritó, al salir bajo el portón.

Varias personas estaban paradas justo en la entrada de la casa desde la calle, mirando a los transeúntes: los dos porteros, una mujer, un mieshchanín en bata y alguien más. Raskólnikov fue directamente hacia ellos.

—¿Qué quiere? —respondió uno de los porteros.

—¿Fuiste a la comisaría?

—Acabo de estar. ¿Qué quiere?

—¿Están allí?

—Están.

—¿Y el ayudante está?

—Estaba hace un rato. ¿Qué quiere?

Raskólnikov no respondió y se quedó a su lado, pensativo.

—Vino a ver la vivienda —dijo, acercándose, el obrero mayor.

—¿Qué vivienda?

—Donde trabajamos. «¿Por qué, dice, lavaron la sangre? Aquí, dice, hubo un asesinato, y yo vine a alquilar». Y se puso a tocar la campanilla, casi la arranca. Y vamos, dice, a la comisaría, allí lo demostraré todo. Se nos pegó.

El portero examinaba a Raskólnikov perplejo y con el ceño fruncido.

—¿Pero usted quién es? —gritó, más amenazador.

—Soy Rodión Románovich Raskólnikov, ex estudiante, y vivo en la casa de Schil, aquí en el callejón, no lejos de aquí, en la vivienda número catorce. Pregúntale al portero... me conoce. —Raskólnikov dijo todo eso de un modo algo perezoso y pensativo, sin volverse y mirando fijamente la calle que se oscurecía.

—¿Y para qué vino a la vivienda?

—A verla.

—¿Y qué hay que ver ahí?

—¿Y si lo agarramos y lo llevamos a la comisaría? —intervino de pronto el mieshchanín, y se calló.

Raskólnikov lo miró de reojo por encima del hombro, lo examinó con atención y dijo con la misma calma y pereza:

—¡Vamos!

—¡Pues llevémoslo! —repuso el mieshchanín, animado—. ¿Para qué preguntaba eso, qué tiene en la cabeza, eh?

—Borracho o no borracho, Dios sabrá —murmuró el obrero.

—¿Pero qué quiere usted? —volvió a gritar el portero, que empezaba a

enfadarse en serio—. ¿Por qué te nos pegas?

—¿Te dio miedo ir a la comisaría? —le dijo Raskólnikov con burla.

—¿Miedo de qué? ¿Por qué te nos pegas?

—¡Un pícaro! —gritó la mujer.

—Pero para qué hablar con él —gritó el otro portero, un campesino enorme, con el caftán desabrochado y las llaves en el cinturón—. ¡Fuera!... De verdad es un pícaro... ¡Fuera!

Y, agarrando a Raskólnikov del hombro, lo arrojó a la calle. Este dio un traspié, pero no se cayó; se enderezó, miró en silencio a todos los espectadores y siguió adelante.

—Raro el hombre —dijo el obrero.

—Rara se ha vuelto hoy la gente —dijo la mujer.

—Pero igual habría que llevarlo a la comisaría —añadió el mieshchanín.

—No hay que meterse —decidió el portero grande—. ¡Es un pícaro, así como lo digo! Él mismo lo busca, ya se sabe, y si te metes, no te desenredas... ¡Ya sabemos!

«¿Voy, entonces, o no?», pensaba Raskólnikov, deteniéndose en medio de la calzada, en el cruce, y mirando alrededor, como si esperara de alguien la última palabra. Pero nada respondió desde ninguna parte; todo estaba sordo y muerto, como las piedras que pisaba, muerto para él, solo para él... De pronto, lejos, a unos doscientos pasos de él, al final de la calle, en la oscuridad que se espesaba, distinguió una multitud, voces, gritos... En medio de la multitud había un coche... Brilló una lucecita en medio de la calle. «¿Qué es eso?» Raskólnikov dobló a la derecha y fue hacia la multitud. Era como si se aferrara a todo, y sonrió con frialdad al pensarlo,

porque ya había decidido con seguridad lo de la comisaría y sabía firmemente que ahora mismo todo terminaría.

Notas

1. Noticias de los periódicos de 1865: Isler era el dueño de un jardín de diversiones de Petersburgo; «los aztecas» Bartola y Massimo, dos personas con microcefalia exhibidas como espectáculo.

2. Por el color de los billetes: rojo, de diez rublos; azul, de cinco.

3. Píter: nombre popular de Petersburgo.

Segunda parte. Capítulo VII

En medio de la calle había un carruaje, elegante y señorial, tirado por un par de caballos grises fogosos; no tenía pasajeros, y el propio cochero, que había bajado del pescante, estaba de pie al lado; sujetaban a los caballos por las bridas. Alrededor se apiñaba muchísima gente, y delante de todos, los policías. Uno de ellos tenía en la mano un farolito encendido, con el que, agachándose, iluminaba algo en la calzada, justo junto a las ruedas. Todos hablaban, gritaban, se lamentaban; el cochero parecía perplejo y de vez en cuando repetía:

—¡Qué desgracia! ¡Señor, qué desgracia!

Raskólnikov se abrió paso como pudo y vio por fin el objeto de todo aquel ajetreo y aquella curiosidad. En el suelo yacía un hombre al que los caballos acababan de atropellar, al parecer sin sentido, muy mal vestido, pero con ropa de «gente decente», todo ensangrentado. De la cara, de la cabeza, le corría la sangre; la cara estaba toda golpeada, desollada, desfigurada. Se veía que lo habían atropellado de verdad.

—¡Padrecitos! —se lamentaba el cochero—. ¡Cómo iba a verlo! Si yo hubiera ido a todo galope o no le hubiera gritado, pero iba sin prisa, parejo. Todos lo vieron: si la gente miente, yo también. El borracho no le pone

velas a nadie, ¡ya se sabe!... Lo veo cruzando la calle, tambaleándose, casi cayéndose; le grité una vez, y otra, y una tercera, y frené los caballos; ¡y él se tiró derechito bajo sus patas! Si lo hizo a propósito, o si estaba muy borracho... Los caballos son jóvenes, asustadizos, dieron un tirón, y él gritó, y ellos todavía más... y ahí está la desgracia.

—¡Así como lo dice fue! —se oyó en la multitud la voz de un testigo.

—Gritar, gritó, es verdad, le gritó tres veces —respondió otra voz.

—¡Justo tres veces, todos lo oyeron! —gritó un tercero.

Por lo demás, el cochero no estaba muy abatido ni asustado. Se veía que el coche pertenecía a un dueño rico e importante, que esperaba su llegada en algún lugar; los policías, desde luego, se preocupaban no poco de cómo arreglar esta última circunstancia. Había que llevar al atropellado a la comisaría y al hospital. Nadie sabía su nombre.

Mientras tanto Raskólnikov se abrió paso y se inclinó todavía más cerca. De pronto el farolito iluminó con viveza la cara del desdichado; lo reconoció.

—¡Lo conozco, lo conozco! —gritó, abriéndose paso hasta delante del todo—. ¡Es un funcionario, retirado, consejero titular, Marmeládov! Vive aquí, al lado, en la casa de Kozel... ¡Un médico, rápido! Yo pago, ¡aquí está! —Sacó dinero del bolsillo y se lo mostró al policía. Estaba asombrosamente agitado.

Los policías se alegraron de saber quién era el atropellado. Raskólnikov dio también su propio nombre, su dirección, y con todas sus fuerzas, como si se tratara de su propio padre, insistía en que llevaran cuanto antes al inconsciente Marmeládov a su vivienda.

—Aquí mismo, a tres casas —se afanaba—, la casa de Kozel, un

alemán, rico... Seguramente ahora volvía borracho a casa. Lo conozco... Es un borracho... Allí tiene a su familia, su mujer, sus hijos, tiene una hija. Hasta que lo lleven al hospital... y aquí seguramente en la misma casa hay un médico. ¡Yo pago, yo pago!... De todos modos lo cuidarán los suyos, lo ayudarán enseguida, y si no, se va a morir antes de llegar al hospital...

Hasta alcanzó a ponerle algo en la mano sin que se notara; el asunto, por lo demás, era claro y legal, y en todo caso allí la ayuda estaba más cerca. Levantaron al atropellado y lo llevaron; aparecieron ayudantes. La casa de Kozel estaba a unos treinta pasos. Raskólnikov iba detrás, le sostenía con cuidado la cabeza y mostraba el camino.

—¡Por aquí, por aquí! Por la escalera hay que subirlo con la cabeza para arriba; denle la vuelta... ¡así! Yo pago, se lo agradeceré —murmuraba.

Katerina Ivánovna, como siempre, en cuanto tenía un minuto libre, enseguida se ponía a andar de un lado a otro por su pequeña habitación, de la ventana a la estufa y de vuelta, con los brazos bien cruzados sobre el pecho, hablando sola y tosiendo. En los últimos tiempos había empezado a hablar cada vez más a menudo y más tiempo con su hija mayor, Pólenka, de diez años, que, aunque todavía no entendía muchas cosas, había entendido muy bien que su madre la necesitaba, y por eso siempre la seguía con sus grandes ojitos inteligentes y hacía todo lo posible por fingir que lo entendía todo. Esta vez Pólenka estaba desvistiendo a su hermanito, que había estado indispuesto todo el día, para acostarlo. Mientras esperaba que le cambiaran la camisa, que había que lavar esa misma noche, el niño estaba sentado en una silla, callado, con cara seria, derecho e inmóvil, con las piernitas estiradas hacia delante, bien juntas, los talones hacia el público y las puntas separadas. Escuchaba lo que hablaban mamá y su hermanita,

con los labios fruncidos, los ojitos muy abiertos y sin moverse, exactamente como suelen tener que sentarse todos los niños inteligentes cuando los desvisten para irse a dormir. Una niña todavía más pequeña que él, completamente en harapos, estaba de pie junto al biombo esperando su turno. La puerta de la escalera estaba abierta, para protegerse aunque fuera un poco de las oleadas de humo de tabaco que irrumpían desde las otras habitaciones y a cada momento hacían toser larga y dolorosamente a la pobre tísica. Katerina Ivánovna parecía haber adelgazado todavía más esa semana, y las manchas rojas de las mejillas le ardían todavía más que antes.

—No lo vas a creer, no te puedes ni imaginar, Pólenka —decía, andando por la habitación—, qué alegre y qué espléndidamente vivíamos en casa de papá, ¡y cómo este borracho me ha arruinado a mí y los va a arruinar a todos ustedes! Papá era coronel civil[1] y ya casi gobernador; solo le faltaba un pasito, de modo que todos iban a visitarlo y le decían: «Nosotros ya lo consideramos, Iván Mijáilych, nuestro gobernador». Cuando yo... ¡kje! cuando yo... ¡kje, kje, kje!... ¡oh, vida tres veces maldita! —exclamó, escupiendo una flema y llevándose la mano al pecho—. Cuando yo... ah, cuando en el último baile... en casa del mariscal de la nobleza[2]... me vio la princesa Bezzemélnaia[3], que después me bendijo cuando me casé con tu papá, Polia, preguntó enseguida: «¿No es esa la encantadora muchacha que bailó con el chal en la graduación?»... (Hay que coser ese desgarrón; deberías tomar la aguja y zurcirlo ahora mismo, como te enseñé, porque si no, mañana... ¡kje! mañana... ¡kje, kje, kje!... ¡se rom-pe-rá más! —gritó, desgañitándose)... Entonces acababa de llegar de Petersburgo el gentilhombre de cámara príncipe Shchegolskói... bailó conmigo una mazurca y al día siguiente mismo quería venir a pedir mi

mano; pero yo misma se lo agradecí con expresiones halagadoras y le dije que mi corazón hacía tiempo que pertenecía a otro. Ese otro era tu padre, Polia; papá se enojó terriblemente... ¿Y el agua está lista? Bueno, dame la camisita; ¿y las mediecitas?... Lida —se dirigió a su hija pequeña—, tú duerme así esta noche, sin camisa; de algún modo... y deja las mediecitas al lado... Se lavan de paso... ¡Por qué no viene ese harapiento, ese borracho! Ha gastado la camisa como un trapo de cocina, la ha roto toda... ¡Mejor todo de una vez, para no atormentarse dos noches seguidas! ¡Señor! ¡Kje, kje, kje, kje! ¡Otra vez! ¿Qué es esto? —exclamó, mirando a la multitud en el zaguán y a la gente que se abría paso hacia su habitación con una especie de carga—. ¿Qué es esto? ¿Qué traen? ¡Señor!

—¿Dónde lo ponemos? —preguntaba un policía, mirando alrededor, cuando ya habían metido en la habitación al ensangrentado e inconsciente Marmeládov.

—¡En el sofá! Pónganlo directamente en el sofá, la cabeza aquí —indicaba Raskólnikov.

—¡Lo atropellaron en la calle! ¡Borracho! —gritó alguien desde el zaguán.

Katerina Ivánovna estaba de pie, toda pálida, y respiraba con dificultad. Los niños se asustaron. La pequeña Lídochka gritó, se lanzó hacia Pólenka, la abrazó y se puso a temblar entera.

Después de acostar a Marmeládov, Raskólnikov se lanzó hacia Katerina Ivánovna:

—¡Por Dios, cálmese, no se asuste! —decía atropelladamente—. Cruzaba la calle, lo atropelló un coche, no se preocupe, volverá en sí, mandé que lo trajeran aquí... estuve en su casa, ¿se acuerda?... ¡Volverá en

sí, yo pago!

—¡Ya lo consiguió! —exclamó desesperada Katerina Ivánovna, y se lanzó hacia su marido.

Raskólnikov notó pronto que esa mujer no era de las que se desmayan enseguida. En un instante, bajo la cabeza del desdichado apareció una almohada, en la que nadie había pensado todavía; Katerina Ivánovna empezó a desvestirlo, a examinarlo; se afanaba y no perdía la cabeza, olvidada de sí misma, mordiéndose los labios temblorosos y ahogando los gritos que estaban a punto de salirle del pecho.

Mientras tanto Raskólnikov convenció a alguien de que corriera a buscar un médico. El médico, según resultó, vivía en la casa de al lado.

—Mandé a buscar a un médico —le repetía a Katerina Ivánovna—, no se preocupe, yo pago. ¿No hay agua?... Y deme una servilleta, una toalla, algo, rápido; todavía no se sabe cómo está herido... Está herido, no muerto, esté segura... ¡A ver qué dice el médico!

Katerina Ivánovna se precipitó hacia la ventana; allí, en una silla hundida, en el rincón, había una gran palangana de barro con agua, preparada para el lavado nocturno de la ropa de los niños y del marido. Ese lavado nocturno lo hacía la propia Katerina Ivánovna, con sus propias manos, por lo menos dos veces por semana, y a veces más a menudo, porque habían llegado a tal punto que ya casi no tenían ropa para cambiarse, y cada miembro de la familia tenía una sola muda, y Katerina Ivánovna no podía soportar la suciedad y prefería atormentarse por las noches, más allá de sus fuerzas, cuando todos dormían, para alcanzar a secar para la mañana la ropa mojada en una cuerda tendida y dar ropa limpia, antes que ver mugre en la casa. Agarró la palangana para llevarla,

como pedía Raskólnikov, pero casi se cayó con la carga. Pero este ya había encontrado una toalla, la mojó en el agua y empezó a lavar la cara ensangrentada de Marmeládov. Katerina Ivánovna estaba allí mismo de pie, respirando con dolor y sosteniéndose el pecho con las manos. Ella misma necesitaba ayuda. Raskólnikov empezó a comprender que quizá había hecho mal en convencerlos de que trajeran allí al atropellado. El guardia también estaba de pie, perplejo.

—¡Polia! —gritó Katerina Ivánovna—. Corre a casa de Sonia, rápido. Si no la encuentras en casa, da igual, di que a su padre lo atropellaron los caballos y que venga enseguida... en cuanto vuelva. ¡Rápido, Polia! ¡Toma, tápate con el pañuelo!

—¡Code con toda tu fuedza! —gritó de pronto el niño desde la silla, y dicho esto volvió a hundirse en su anterior posición silenciosa y erguida en la silla, con los ojitos muy abiertos, los talones hacia delante y las puntas separadas.

Mientras tanto la habitación se llenó tanto que no cabía un alfiler. Los policías se fueron, salvo uno, que se quedó un tiempo y procuraba echar de vuelta a la escalera al público que había entrado desde la escalera. En cambio, de las habitaciones interiores salieron casi todos los inquilinos de la señora Lippewechsel, y al principio se apiñaban solo en la puerta, pero después irrumpieron en tropel en la habitación misma. Katerina Ivánovna se puso frenética.

—¡Al menos déjenlo morir en paz! —les gritó a todos—. ¡Qué espectáculo han encontrado! ¡Con cigarrillos! ¡Kje, kje, kje! ¡Entren con sombrero, encima!... Y hay uno con sombrero... ¡Fuera! ¡Al menos tengan respeto por un cuerpo moribundo!

La tos la ahogó, pero la intimidación surtió efecto. A Katerina Ivánovna, evidentemente, hasta le tenían algo de miedo; los inquilinos, uno tras otro, se abrieron paso de vuelta hacia la puerta con esa extraña sensación interior de satisfacción que siempre se observa, incluso en las personas más cercanas, ante una desgracia repentina del prójimo, y de la que no está libre ningún hombre, sin excepción, pese incluso al sentimiento más sincero de lástima y compasión.

Detrás de la puerta, por lo demás, se oyeron voces que hablaban del hospital y de que allí no convenía molestar en vano.

—¡Lo que no conviene es morirse! —gritó Katerina Ivánovna, y ya se lanzaba a abrir la puerta para estallar contra ellos con todo un trueno, pero en la puerta chocó con la propia señora Lippewechsel, que acababa de enterarse de la desgracia y había venido corriendo a poner orden. Era una alemana extraordinariamente pendenciera y desordenada.

—¡Ay, Dios mío! —juntó las manos—. Su marido borracho el caballo lo pisoteó. ¡Al hospital él! ¡Yo es la dueña!

—¡Amalia Liúdvigovna! Le ruego que recuerde lo que dice —empezó Katerina Ivánovna con altivez (con la casera siempre hablaba en tono altivo, para que esta «supiera cuál era su lugar», y ni siquiera ahora podía negarse ese placer)—, Amalia Liúdvigovna...

—Yo le ha dicho una vez para siempre que usted nunca se atreve decirme Amal Liúdvigovna; ¡yo es Amal-Iván!

—Usted no es Amal-Iván, sino Amalia Liúdvigovna, y como yo no pertenezco a sus viles aduladores, como el señor Lebeziátnikov, que ahora se ríe detrás de la puerta (detrás de la puerta, en efecto, se oyó una risa y un grito: «¡Ya se agarraron!»), siempre la llamaré Amalia Liúdvigovna,

aunque decididamente no puedo entender por qué no le gusta ese nombre. Usted misma ve lo que le ha pasado a Semión Zajárovich; se está muriendo. Le ruego que cierre ahora mismo esa puerta y no deje entrar a nadie. ¡Al menos déjenlo morir en paz! De lo contrario, le aseguro que mañana mismo su comportamiento será conocido por el propio gobernador general. El príncipe me conoció ya de soltera y recuerda muy bien a Semión Zajárovich, a quien favoreció muchas veces. Todos saben que Semión Zajárovich tenía muchos amigos y protectores, a los que él mismo abandonó por un noble orgullo, sintiendo su desdichada debilidad, pero ahora (señaló a Raskólnikov) nos ayuda un joven generoso, que tiene medios y relaciones, y al que Semión Zajárovich conocía ya de niño, y esté segura, Amalia Liúdvigovna...

Todo esto lo dijo con extraordinaria rapidez, cada vez más deprisa, pero la tos cortó de golpe la elocuencia de Katerina Ivánovna. En ese momento el moribundo volvió en sí y gimió, y ella corrió hacia él. El enfermo abrió los ojos y, todavía sin reconocer ni entender, se puso a mirar a Raskólnikov, que estaba de pie junto a él. Respiraba con dificultad, hondo y de vez en cuando; en las comisuras de los labios le había brotado sangre; el sudor le cubría la frente. Sin reconocer a Raskólnikov, empezó a pasear inquieto la mirada. Katerina Ivánovna lo miraba con una mirada triste pero severa, y de los ojos le corrían lágrimas.

—¡Dios mío! ¡Tiene todo el pecho aplastado! ¡Cuánta sangre, cuánta sangre! —dijo desesperada—. ¡Hay que quitarle toda la ropa de encima! Vuélvete un poco, Semión Zajárovich, si puedes —le gritó.

Marmeládov la reconoció.

—¡Un sacerdote! —dijo con voz ronca.

Katerina Ivánovna se apartó hacia la ventana, apoyó la frente en el marco y exclamó desesperada:

—¡Oh, vida tres veces maldita!

—¡Un sacerdote! —volvió a decir el moribundo tras un minuto de silencio.

—¡Ya mandé a buscarlo-o-o! —le gritó Katerina Ivánovna; él obedeció el grito y se calló. Con una mirada tímida, angustiada, la buscaba con los ojos; ella volvió junto a él y se puso a la cabecera. Él se tranquilizó un poco, pero no por mucho tiempo. Pronto sus ojos se detuvieron en la pequeña Lídochka (su preferida), que temblaba en el rincón, como en un ataque, y lo miraba con sus ojos asombrados, fijos como los de los niños.

—Ah... ah... —la señalaba con inquietud. Quería decir algo.

—¿Qué más? —gritó Katerina Ivánovna.

—¡Descalcita! ¡Descalcita! —murmuraba él, señalando con una mirada de loco los piececitos descalzos de la niña.

—¡Cálla-a-ate! —gritó irritada Katerina Ivánovna—. ¡Tú sabes muy bien por qué está descalcita!

—¡Gracias a Dios, el médico! —gritó Raskólnikov, contento.

Entró el médico, un viejecito pulcro, alemán, mirando alrededor con aire desconfiado; se acercó al enfermo, le tomó el pulso, le palpó con atención la cabeza y, con ayuda de Katerina Ivánovna, desabrochó la camisa empapada de sangre y le descubrió el pecho al enfermo. Todo el pecho estaba desfigurado, aplastado, desgarrado; varias costillas del lado derecho estaban rotas. En el lado izquierdo, justo sobre el corazón, había una mancha siniestra, grande, de un negro amarillento: una coz feroz. El médico frunció el ceño. El policía le contó que al atropellado lo había

enganchado la rueda y lo había arrastrado, dando vueltas, unos treinta pasos por la calzada.

—Es asombroso que haya vuelto en sí —le susurró en voz baja el médico a Raskólnikov.

—¿Qué dice usted? —preguntó este.

—Morirá enseguida.

—¿Es posible que no haya ninguna esperanza?

—¡Ni la más mínima! Está dando el último suspiro... Además la cabeza está herida de mucho peligro... Hm. Quizá se pueda sangrar... pero... será inútil. Dentro de cinco o diez minutos morirá sin falta.

—¡Entonces mejor sángrelo!

—Bueno... Aunque le prevengo que será completamente inútil.

En ese momento se oyeron más pasos, la multitud del zaguán se abrió, y en el umbral apareció un sacerdote con el viático, un viejecito canoso. Detrás de él venía un policía, que lo había ido a buscar a la calle. El médico enseguida le cedió el lugar e intercambió con él una mirada significativa. Raskólnikov le rogó al médico que esperara aunque fuera un poco. Este se encogió de hombros y se quedó.

Todos se apartaron. La confesión duró muy poco. El moribundo difícilmente entendía bien nada; solo podía pronunciar sonidos entrecortados, confusos. Katerina Ivánovna tomó a Lídochka, bajó de la silla al niño y, apartándose al rincón junto a la estufa, se arrodilló y puso a los niños de rodillas delante de ella. La niña no hacía más que temblar; el niño, en cambio, arrodillado sobre sus rodillitas desnudas, levantaba acompasadamente la manita, se santiguaba con la señal de la cruz completa y se inclinaba hasta el suelo, golpeándolo con la frente, lo que, por lo visto,

le producía un placer especial. Katerina Ivánovna se mordía los labios y contenía las lágrimas; también ella rezaba, arreglándole de vez en cuando la camisita al niño, y alcanzó a echar sobre los hombros demasiado desnudos de la niña una pañoleta que sacó de la cómoda sin levantarse de las rodillas y sin dejar de rezar. Mientras tanto las puertas de las habitaciones interiores volvieron a abrirse por los curiosos. En el zaguán, en cambio, se apretujaban cada vez más los espectadores, inquilinos de toda la escalera, sin cruzar, sin embargo, el umbral de la habitación. Un solo cabo de vela iluminaba toda la escena.

En ese momento, desde el zaguán, a través de la multitud, se abrió paso rápidamente Pólenka, que había ido corriendo a buscar a su hermana. Entró, respirando apenas por la carrera, se quitó el pañuelo, buscó con los ojos a su madre, se acercó a ella y dijo: «¡Ya viene! ¡La encontré en la calle!». La madre la hizo arrodillarse y la puso a su lado. Entre la multitud, sin ruido y tímidamente, se abrió paso una muchacha, y era extraña su repentina aparición en esa habitación, en medio de la miseria, los harapos, la muerte y la desesperación. También ella iba en harapos; su atuendo era barato, pero adornado a la manera callejera, según el gusto y las reglas que se habían formado en su mundo particular, con un propósito vistosa y vergonzosamente evidente. Sonia se detuvo en el zaguán, justo en el umbral, pero no lo cruzaba, y miraba como perdida, sin darse cuenta, al parecer, de nada, olvidada de su vestido de seda de color, comprado de cuarta mano, indecente allí, con una cola larguísima y ridícula, y de la inmensa crinolina, que tapaba toda la puerta, y de los botines claros, y de la sombrilla, inútil de noche, pero que había traído consigo, y del ridículo sombrerito redondo de paja con una pluma vistosa color fuego. Bajo ese

sombrerito, puesto ladeado como el de un muchacho, asomaba una carita delgada, pálida y asustada, con la boca abierta y los ojos inmóviles de horror. Sonia era de baja estatura, de unos dieciocho años, delgadita, pero una rubia bastante bonita, con unos ojos azules notables. Miraba fijamente la cama, al sacerdote; también ella se ahogaba por haber caminado tan rápido. Por fin los cuchicheos, algunas palabras de la multitud, probablemente le llegaron. Bajó los ojos, dio un paso por encima del umbral y se quedó en la habitación, pero otra vez justo en la puerta.

La confesión y la comunión terminaron. Katerina Ivánovna volvió a acercarse a la cama de su marido. El sacerdote se apartó y, al irse, se volvió para decirle a Katerina Ivánovna un par de palabras de despedida y consuelo.

—¿Y dónde meto yo a estos? —lo interrumpió ella, brusca e irritada, señalando a los pequeños.

—Dios es misericordioso; confíe en la ayuda del Altísimo —empezó el sacerdote.

—¡Eh! ¡Misericordioso, pero no con nosotros!

—Eso es pecado, pecado, señora —observó el sacerdote, meneando la cabeza.

—¿Y esto no es pecado? —gritó Katerina Ivánovna, señalando al moribundo.

—Quizá aquellos que fueron la causa involuntaria accedan a resarcirla, aunque sea por la pérdida de ingresos...

—¡No me entiende usted! —gritó irritada Katerina Ivánovna, haciendo un gesto con la mano—. ¿Y por qué resarcir? ¡Si él mismo, borracho, se metió bajo los caballos! ¿Qué ingresos? De él no había

ingresos, sino solo tormento. Si él, borracho, se lo bebía todo. ¡Nos robaba y lo llevaba a la tasca, y su vida y la mía las consumió en la tasca! ¡Y gracias a Dios que se muere! ¡Menos pérdidas!

—Habría que perdonar en la hora de la muerte, y esto es pecado, señora; ¡semejantes sentimientos son un gran pecado!

Katerina Ivánovna se afanaba alrededor del enfermo, le daba de beber, le secaba el sudor y la sangre de la cabeza, le arreglaba las almohadas y hablaba con el sacerdote, alcanzando a volverse hacia él de vez en cuando, entre una cosa y otra. Pero ahora se lanzó de pronto contra él casi frenética.

—¡Eh, padrecito! ¡Palabras y nada más que palabras! ¡Perdonar! Si hoy hubiera llegado borracho, si no lo hubieran atropellado, con una sola camisa encima, toda gastada y hecha jirones, se habría tirado a roncar, y yo me habría pasado hasta el amanecer chapoteando en el agua, lavando sus andrajos y los de los niños, y después los habría secado en la ventana, y enseguida, en cuanto amaneciera, me habría sentado a zurcir: ¡esa es mi noche!... ¡Así que para qué hablar de perdón! ¡Y aun así lo perdoné!

Una tos profunda, terrible, cortó sus palabras. Escupió en el pañuelo y se lo mostró al sacerdote, sosteniéndose con dolor el pecho con la otra mano. El pañuelo estaba todo ensangrentado...

El sacerdote bajó la cabeza y no dijo nada.

Marmeládov estaba en la última agonía; no apartaba los ojos de la cara de Katerina Ivánovna, que otra vez se había inclinado sobre él. No dejaba de querer decirle algo; hasta empezó, moviendo la lengua con esfuerzo y pronunciando las palabras de manera confusa, pero Katerina Ivánovna, que entendió que quería pedirle perdón, enseguida le gritó imperiosamente:

—¡Cálla-a-ate! ¡No hace falta!... ¡Sé lo que quieres decir!... —Y el enfermo se calló; pero en ese mismo momento su mirada errante cayó sobre la puerta, y vio a Sonia...

Hasta entonces no la había notado: estaba en el rincón y en la sombra.

—¿Quién es? ¿Quién es? —dijo de pronto con voz ronca, ahogada, todo alarmado, señalando con horror con los ojos la puerta donde estaba su hija, y esforzándose por incorporarse.

—¡Quédate acostado! ¡Quédate acosta-a-ado! —estuvo a punto de gritar Katerina Ivánovna.

Pero él, con un esfuerzo antinatural, alcanzó a apoyarse en el brazo. Miró un rato a su hija con extrañeza e inmovilidad, como si no la reconociera. Y es que nunca la había visto con semejante vestimenta. De pronto la reconoció, humillada, aniquilada, emperifollada y avergonzada, esperando humildemente su turno para despedirse de su padre moribundo. Un sufrimiento infinito se pintó en su cara.

—¡Sonia! ¡Hija! ¡Perdóname! —gritó, y quiso tenderle la mano, pero, perdiendo el apoyo, resbaló y se desplomó del sofá, de cara al suelo; se lanzaron a levantarlo, lo acostaron, pero ya se estaba yendo. Sonia gritó débilmente, corrió, lo abrazó y se quedó inmóvil en ese abrazo. Él murió en sus brazos.

—¡Se salió con la suya! —gritó Katerina Ivánovna al ver el cadáver de su marido—. ¡Y ahora qué hago! ¡Con qué lo voy a enterrar! ¿Y a estos, a estos, con qué les doy de comer mañana?

Raskólnikov se acercó a Katerina Ivánovna.

—Katerina Ivánovna —empezó—, la semana pasada su difunto marido me contó toda su vida y todas sus circunstancias... Esté segura de

que hablaba de usted con un respeto entusiasta. Desde aquella tarde, cuando supe cuán entregado les estaba a todas ustedes y cómo, en especial a usted, Katerina Ivánovna, la respetaba y la amaba, a pesar de su desdichada debilidad, desde aquella tarde nos hicimos amigos... Permítame, pues, ahora... contribuir... a cumplir el deber hacia mi difunto amigo. Aquí hay... veinte rublos, me parece, y si esto puede servirle de ayuda, entonces... yo... en una palabra, vendré, vendré sin falta... quizá venga mañana mismo... ¡Adiós!

Y salió rápidamente de la habitación, abriéndose paso deprisa entre la multitud hacia la escalera; pero entre la multitud chocó de pronto con Nikodim Fomich, que se había enterado de la desgracia y quería dar las órdenes en persona. Desde la escena de la comisaría no se habían visto, pero Nikodim Fomich lo reconoció al instante.

—Ah, ¿es usted? —le preguntó.

—Murió —respondió Raskólnikov—. Vino el médico, vino el sacerdote, todo está en orden. No molesten demasiado a la pobre mujer, ya de por sí está tísica. Anímela, si puede de algún modo... Usted es un hombre bueno, lo sé... —añadió con una sonrisa, mirándolo directamente a los ojos.

—Pero cómo se ha manchado usted de sangre —observó Nikodim Fomich, al distinguir a la luz del farol unas manchas frescas en el chaleco de Raskólnikov.

—Sí, me he manchado... ¡estoy todo cubierto de sangre! —dijo Raskólnikov con un aire algo especial; después sonrió, hizo una inclinación de cabeza y bajó por la escalera.

Bajaba despacio, sin apresurarse, todo febril y, sin darse cuenta, lleno de

una sola sensación nueva, inmensa, de una vida plena y poderosa que le había afluido de pronto. Esa sensación podía parecerse a la de un condenado a muerte al que de pronto e inesperadamente le anuncian el indulto. A mitad de la escalera lo alcanzó el sacerdote, que volvía a su casa; Raskólnikov lo dejó pasar delante en silencio, intercambiando con él un saludo mudo. Pero ya al bajar los últimos escalones oyó de pronto pasos apresurados detrás de él. Alguien lo alcanzaba. Era Pólenka; corría tras él y lo llamaba: «¡Oiga! ¡Oiga!».

Se volvió hacia ella. La niña bajó corriendo el último tramo y se detuvo muy cerca de él, un escalón más arriba. Una luz turbia llegaba del patio. Raskólnikov distinguió la carita delgada pero simpática de la niña, que le sonreía y lo miraba con alegría, como una niña. Había venido corriendo con un encargo que, por lo visto, a ella misma le gustaba mucho.

—Oiga, ¿cómo se llama usted?... y además: ¿dónde vive? —preguntó apresurada, con una vocecita sin aliento.

Él le puso las dos manos en los hombros y la miraba con una especie de felicidad. Le resultaba tan agradable mirarla... ni él mismo sabía por qué.

—¿Y quién la mandó?

—Me mandó mi hermanita Sonia —respondió la niña, sonriendo todavía con más alegría.

—Ya sabía yo que la había mandado su hermanita Sonia.

—Y mamá también me mandó. Cuando mi hermanita Sonia empezó a mandarme, mamá también se acercó y dijo: «¡Corre rápido, Pólenka!».

—¿Quiere usted a su hermanita Sonia?

—¡La quiero más que a nadie! —dijo Pólenka con una firmeza especial, y su sonrisa se volvió de pronto más seria.

—¿Y a mí me va a querer?

En lugar de respuesta, vio acercarse la carita de la niña y unos labios regordetes que se tendían ingenuamente para besarlo. De pronto sus bracitos, delgados como palillos, lo abrazaron muy, muy fuerte, la cabeza se le inclinó sobre el hombro, y la niña se echó a llorar bajito, apretando la cara contra él cada vez más fuerte.

—¡Me da tanta pena papá! —dijo al cabo de un minuto, levantando la carita llorosa y secándose las lágrimas con las manos—. Ahora vienen tantas desgracias —añadió inesperadamente, con ese aire especialmente formal que los niños adoptan con empeño cuando de pronto quieren hablar como «los grandes».

—¿Y su papá la quería?

—A la que más quería de todos era a Lídochka —prosiguió ella muy seria y sin sonreír, ya exactamente como hablan los grandes—, la quería porque es chiquita, y además porque está enferma, y siempre le traía golosinas, y a nosotros nos enseñaba a leer, y a mí la gramática y la historia sagrada —añadió con dignidad—, y mamita no decía nada, pero nosotros sabíamos que a ella le gustaba, y papito lo sabía, y mamita quiere enseñarme francés, porque ya es hora de que reciba educación.

—¿Y saben rezar?

—¡Oh, claro que sabemos! Desde hace mucho; yo, como ya soy grande, rezo para mí sola, y Kolia y Lídochka, en voz alta con mamá; primero rezan el Ave María, y después otra oración: «Dios mío, perdona y bendice a nuestra hermanita Sonia», y después otra: «Dios mío, perdona y bendice a nuestro otro papá», porque nuestro papá mayor ya murió, y este es el otro, y también rezamos por aquel.

—Pólechka, me llamo Rodión; rece alguna vez también por mí: «y por tu siervo Rodión», nada más.

—Toda mi vida futura voy a rezar por usted —dijo con ardor la niña, y de pronto volvió a reírse, se lanzó hacia él y otra vez lo abrazó con fuerza.

Raskólnikov le dijo su nombre, le dio la dirección y prometió venir sin falta al día siguiente. La niña se fue completamente encantada con él. Eran más de las diez cuando salió a la calle. Al cabo de cinco minutos estaba en el puente, exactamente en el mismo lugar desde donde se había arrojado hacía un rato la mujer.

«¡Basta! —dijo con decisión y solemnidad—. ¡Fuera los espejismos, fuera los miedos fingidos, fuera los fantasmas!... ¡Hay vida! ¿Acaso no acabo de vivir? ¡Mi vida no ha muerto todavía junto con la vieja! Que en paz descanse... ¡y basta, viejita, es hora de descansar! Ahora el reino de la razón y de la luz y... y de la voluntad, y de la fuerza... ¡y ahora veremos! ¡Ahora nos mediremos! —añadió con arrogancia, como dirigiéndose a una fuerza oscura y desafiándola—. ¡Y yo que ya aceptaba vivir en un arshín de espacio!

»... Estoy muy débil en este momento, pero... parece que toda la enfermedad ha pasado. Ya sabía yo que pasaría cuando salí hace un rato. A propósito: la casa de Pochinkov está a dos pasos. A ver a Razumíjin, sin falta, aunque no estuviera a dos pasos... ¡que gane la apuesta!... Que se divierta él también... ¡no importa, que se divierta!... La fuerza, hace falta fuerza: sin fuerza no se consigue nada; y la fuerza hay que conseguirla con fuerza: eso es lo que ellos no saben», añadió con orgullo y seguridad, y se fue del puente, arrastrando apenas los pies. El orgullo y la seguridad crecían en él a cada minuto; ya al minuto siguiente no era el mismo

hombre que había sido en el anterior. ¿Pero qué había ocurrido, sin embargo, de tan especial que lo había trastornado así? Ni él mismo lo sabía; como quien se agarra a una paja, de pronto le pareció que también él «podía vivir, que había todavía vida, que su vida no había muerto junto con la vieja». Quizá se apresuró demasiado en su conclusión, pero no pensaba en eso.

«Pero eso sí, le pedí que recordara al siervo Rodión —le cruzó de pronto por la cabeza—; bueno, eso es... ¡por si acaso!», añadió, y él mismo se rió enseguida de su ocurrencia de chiquillo. Estaba del mejor humor.

Encontró fácilmente a Razumíjin; en la casa de Pochinkov ya conocían al nuevo inquilino, y el portero le indicó enseguida el camino. Ya desde la mitad de la escalera se distinguía el ruido y la conversación animada de una reunión numerosa. La puerta de la escalera estaba abierta de par en par; se oían gritos y discusiones. La habitación de Razumíjin era bastante grande, y la reunión era de unas quince personas. Raskólnikov se detuvo en el recibidor. Allí, detrás de un tabique, dos criadas de los dueños se afanaban junto a dos grandes samovares, junto a botellas, platos y fuentes con la empanada y los entremeses, traídos de la cocina de los dueños. Raskólnikov mandó a llamar a Razumíjin. Este vino corriendo, entusiasmado. A primera vista se notaba que había bebido muchísimo, y aunque Razumíjin casi nunca llegaba a emborracharse, esta vez se le notaba algo.

—Escucha —se apresuró Raskólnikov—, solo vine a decirte que ganaste la apuesta y que de verdad nadie sabe lo que le puede pasar. Pero entrar no puedo: estoy tan débil que me voy a caer de un momento a otro. ¡Así que hola y adiós! Y mañana ven a verme...

—¿Sabes qué? ¡Te acompaño a casa! Si tú mismo dices que estás débil, entonces...

—¿Y los invitados? ¿Quién es ese de pelo rizado que acaba de asomarse aquí?

—¿Ese? ¡El diablo sabrá! Un conocido de mi tío, debe de ser, o quizá vino por su cuenta... Con ellos dejo a mi tío; es una persona preciosísima; lástima que no puedas conocerlo ahora. ¡Pero al diablo con todos ellos! Ahora no están para mí, y yo necesito refrescarme, así que, hermano, viniste a tiempo: dos minutos más y me habría peleado allí, ¡te lo juro! Dicen tales disparates... ¡No te puedes imaginar hasta qué punto puede llegar a mentir un hombre! Aunque, ¿cómo no te lo vas a imaginar? ¿Acaso nosotros no mentimos? Y que mientan: así después ya no mentirán... Siéntate un minuto, traigo a Zosímov.

Zosímov se abalanzó sobre Raskólnikov incluso con una especie de avidez; se le notaba una curiosidad especial; pronto se le aclaró la cara.

—A dormir inmediatamente —decidió, tras examinar al paciente en lo posible—, y para la noche convendría tomar una cosita. ¿La tomará? Ya la preparé hace un rato... un polvito.

—Aunque sean dos —respondió Raskólnikov.

El polvo se tomó allí mismo.

—Está muy bien que lo lleves tú mismo —le observó Zosímov a Razumíjin—; qué pasará mañana, ya veremos, pero hoy está nada mal: un cambio considerable desde hace un rato. Nunca se acaba de aprender...

—¿Sabes qué me susurró Zosímov hace un momento, cuando salíamos? —soltó Razumíjin, apenas salieron a la calle—. Yo, hermano, te lo voy a decir todo derecho, porque ellos son unos estúpidos. Zosímov me

mandó que charlara contigo por el camino y que te hiciera charlar, y después se lo contara, porque tiene la idea... de que tú... estás loco o cerca de estarlo. ¡Imagínate! En primer lugar, eres tres veces más inteligente que él; en segundo lugar, si no estás loco, te importa un comino que él tenga semejante disparate en la cabeza; y en tercer lugar, ese pedazo de carne, cirujano de especialidad, ahora se ha vuelto loco por las enfermedades mentales, y respecto de ti lo convenció definitivamente tu conversación de hoy con Zamétov.

—¿Zamétov te lo contó todo?

—Todo, e hizo muy bien. Ahora lo entendí todo hasta el fondo, y Zamétov lo entendió... Bueno, en una palabra, Rodia... la cosa es... Ahora estoy un poquito borracho... Pero eso no importa... la cosa es que esa idea... ¿entiendes?, de verdad se les estaba incubando... ¿entiendes? Es decir, ninguno se atrevía a decirla en voz alta, porque es el disparate más absurdo, y sobre todo cuando detuvieron a ese pintor, todo eso reventó y se apagó para siempre. ¿Pero por qué son tan estúpidos? Yo aquella vez le di unos golpes a Zamétov, esto entre nosotros, hermano; por favor, ni insinúes que lo sabes; noté que es susceptible; fue en casa de Laviza; pero hoy, hoy todo quedó claro. ¡Sobre todo ese Iliá Petróvich! Aquella vez se aprovechó de tu desmayo en la comisaría, y después a él mismo le dio vergüenza; yo lo sé...

Raskólnikov escuchaba con avidez. Razumíjin, por la borrachera, se iba de la lengua.

—Aquella vez me desmayé porque hacía bochorno y olía a pintura al óleo —dijo Raskólnikov.

—¡Y encima lo explica! Y no solo la pintura: la inflamación se venía

preparando todo el mes; ¡Zosímov está ahí de testigo! ¡Pero no te puedes imaginar lo abatido que está ahora ese chiquillo! «No valgo, dice, ni el dedo meñique de ese hombre». El tuyo, es decir. A veces, hermano, tiene buenos sentimientos. ¡Pero la lección, la lección que le diste hoy en el «Palacio de Cristal» es el colmo de la perfección! ¡Primero lo asustaste, lo llevaste hasta las convulsiones! Casi lo obligaste a convencerse otra vez de todo ese absurdo monstruoso, y después, de pronto, le sacaste la lengua: «¡Toma, ahí tienes!». ¡Perfecto! ¡Ahora está aplastado, aniquilado! Eres un maestro, te lo juro, así hay que tratarlos. ¡Eh, lástima que no estuve allí! Ahora te esperaba con unas ganas terribles. Porfiri también desea conocerte...

—Ah... ese también... ¿Y por qué me anotaron entre los locos?

—Es decir, no entre los locos. Yo, hermano, parece que te he contado demasiado... Lo que le impresionó hace un rato, verás, fue que solo te interesara ese punto; ahora está claro por qué te interesa; conociendo todas las circunstancias... y cómo te irritó aquella vez y se mezcló con la enfermedad... Yo, hermano, estoy un poco borracho, pero, el diablo sabrá, él tiene una idea propia... Te digo: se ha vuelto loco por las enfermedades mentales. Pero tú no le hagas caso...

Durante medio minuto los dos callaron.

—Escucha, Razumíjin —empezó Raskólnikov—, quiero decírtelo francamente: vengo de estar con un muerto, murió un funcionario... allí di todo mi dinero... y además hace un momento me besó un ser que, aunque yo hubiera matado a alguien, también... en una palabra, allí vi además a otro ser... con una pluma color fuego... pero, en fin, estoy desvariando; estoy muy débil, sostenme... ahora viene la escalera...

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? —preguntaba Razumíjin, alarmado.

—Me da un poco vueltas la cabeza, pero no se trata de eso, sino de que estoy tan triste, ¡tan triste!, como una mujer... ¡de verdad! Mira, ¿qué es eso? ¡Mira! ¡Mira!

—¿Qué pasa?

—¿Acaso no lo ves? Hay luz en mi habitación, ¿ves? Por la rendija...

Ya estaban ante el último tramo de escalera, junto a la puerta de la casera, y en efecto se notaba desde abajo que en el cuartucho de Raskólnikov había luz.

—¡Qué raro! Quizá sea Nastasia —observó Razumíjin.

—Nunca está en mi cuarto a esta hora, y además hace rato que duerme, pero... ¡me da igual! ¡Adiós!

—¿Qué dices? Te acompaño, ¡entraremos juntos!

—Ya sé que entraremos juntos, pero quiero estrecharte la mano aquí y despedirme de ti aquí. Bueno, dame la mano, ¡adiós!

—¿Qué te pasa, Rodia?

—Nada; vamos; serás testigo...

Empezaron a subir la escalera, y a Razumíjin se le cruzó la idea de que quizá Zosímov tenía razón. «¡Eh! ¡Lo alteré con mi charla!», murmuró para sí. De pronto, al acercarse a la puerta, oyeron voces en la habitación.

—¿Pero qué pasa aquí? —exclamó Razumíjin.

Raskólnikov fue el primero en agarrar la puerta y la abrió de par en par; la abrió y se quedó en el umbral, clavado en el sitio.

Su madre y su hermana estaban sentadas en su sofá y lo esperaban desde hacía ya hora y media. ¿Por qué era a ellas a quienes menos esperaba y en quienes menos pensaba, a pesar de la noticia, repetida incluso ese

mismo día, de que salían, venían, llegaban de un momento a otro? Durante toda esa hora y media habían interrogado, quitándose la palabra la una a la otra, a Nastasia, que todavía estaba de pie ante ellas y que ya había tenido tiempo de contarles todos los detalles. No sabían lo que les pasaba del susto cuando oyeron que «hoy se había escapado», enfermo y, según se desprendía del relato, ¡sin duda delirando! «¡Dios, qué le pasa!» Las dos lloraban, las dos habían soportado un verdadero calvario en esa hora y media de espera.

Un grito alegre, entusiasta, saludó la aparición de Raskólnikov. Las dos se lanzaron hacia él. Pero él estaba de pie como muerto; una conciencia repentina, insoportable, lo golpeó como un rayo. Y los brazos no se le levantaban para abrazarlas: no podían. La madre y la hermana lo estrechaban en sus brazos, lo besaban, reían, lloraban... Dio un paso, se tambaleó y se desplomó en el suelo, desmayado.

Alarma, gritos de horror, gemidos... Razumíjin, que estaba en el umbral, irrumpió en la habitación, agarró al enfermo con sus brazos poderosos, y en un instante este estuvo en el sofá.

—¡No es nada, no es nada! —les gritaba a la madre y a la hermana—. ¡Es un desmayo, es una tontería! ¡Hace un momento el médico dijo que estaba mucho mejor, que está completamente sano! ¡Agua! Bueno, ya está volviendo en sí, bueno, ¡ya volvió en sí!...

Y, agarrando a Dúniechka de la mano de tal modo que casi le dislocó el brazo, la hizo inclinarse para que viera que «ya había vuelto en sí». Y la madre y la hermana miraban a Razumíjin como a la providencia, con ternura y gratitud; ya habían oído de Nastasia lo que había sido para su Rodia, durante toda la enfermedad, ese «joven tan diligente», como lo

llamó esa misma noche, en una conversación íntima con Dunia, la propia Pulqueria Aleksándrovna Raskólnikova.

Notas

1. Coronel civil: así se llamaba en el habla corriente al consejero colegiado, sexto grado de la Tabla de Rangos.

2. Mariscal de la nobleza: cargo electivo que representaba a la nobleza de una provincia.

3. Bezzemélnaia («Sin Tierra») y, más abajo, Shchegolskói («Petimetre»): apellidos con intención burlona.

Tercera parte. Capítulo I

Raskólnikov se incorporó y se sentó en el sofá.

Hizo un débil gesto a Razumíjin para que interrumpiera todo el torrente de sus consuelos incoherentes y ardientes, dirigidos a la madre y a la hermana, las tomó a las dos de las manos y durante unos dos minutos las estuvo mirando en silencio, ya a una, ya a la otra. La madre se asustó de su mirada. En esa mirada se transparentaba un sentimiento fuerte hasta el sufrimiento, pero al mismo tiempo había algo inmóvil, como si fuera incluso de loco. Pulqueria Aleksándrovna se echó a llorar.

Avdotia Románovna estaba pálida; su mano temblaba en la mano de su hermano.

—Váyanse a casa... con él —dijo con voz entrecortada, señalando a Razumíjin—, hasta mañana; mañana, todo... ¿Hace mucho que llegaron?

—Esta tarde, Rodia —respondió Pulqueria Aleksándrovna—, el tren se atrasó muchísimo. ¡Pero, Rodia, por nada del mundo me voy a separar de ti ahora! Pasaré la noche aquí, a tu lado...

—¡No me atormenten! —dijo él, haciendo un gesto irritado con la mano.

—¡Yo me quedaré con él! —exclamó Razumíjin—. No lo dejaré ni un

minuto, y al diablo con todos los míos, ¡que se suban por las paredes! Allí tengo a mi tío de presidente.

—¡Cómo, cómo podré agradecérselo! —empezó Pulqueria Aleksándrovna, apretando otra vez las manos de Razumíjin, pero Raskólnikov volvió a interrumpirla:

—No puedo, no puedo —repetía irritado—, ¡no me atormenten! Basta, váyanse... ¡No puedo!...

—Vamos, mamá, salgamos aunque sea un minuto de la habitación —susurró Dunia, asustada—, lo estamos matando, se ve.

—¿Pero es posible que ni siquiera lo mire, después de tres años? —lloró Pulqueria Aleksándrovna.

—¡Esperen! —volvió a detenerlas él—. Ustedes no hacen más que interrumpir, y a mí se me mezclan las ideas... ¿Vieron a Luzhin?

—No, Rodia, pero ya sabe que hemos llegado. Supimos, Rodia, que Piotr Petróvich fue tan bueno que vino a verte hoy —añadió con cierta timidez Pulqueria Aleksándrovna.

—Sí... fue tan bueno... Dunia, hace un rato le dije a Luzhin que lo iba a tirar por la escalera, y lo mandé al diablo...

—Rodia, ¿qué dices? Seguramente... no quieres decir... —empezó asustada Pulqueria Aleksándrovna, pero se detuvo, mirando a Dunia.

Avdotia Románovna miraba fijamente a su hermano y esperaba lo que seguía. Las dos estaban ya prevenidas de la pelea por Nastasia, en la medida en que esta había podido entenderla y contarla, y habían sufrido mucho en la perplejidad y la espera.

—Dunia —prosiguió con esfuerzo Raskólnikov—, yo no quiero esa boda, y por eso tú debes, mañana mismo, a la primera palabra, rechazar a

Luzhin, para que no quede de él ni el olor.

—¡Dios mío! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

—¡Hermano, piensa lo que dices! —empezó con vehemencia Avdotia Románovna, pero enseguida se contuvo—. Quizá ahora no estás en condiciones, estás cansado —dijo con dulzura.

—¿Delirando? No... Te casas con Luzhin por mí. Y yo no acepto sacrificios. Así que, para mañana, escribe una carta... rechazándolo... Por la mañana me la das a leer, ¡y se acabó!

—¡Eso no puedo hacerlo! —exclamó ofendida la muchacha—. ¿Con qué derecho...?

—Dúniechka, tú también eres vehemente, basta, mañana... ¿Acaso no ves...? —se asustó la madre, lanzándose hacia Dunia—. ¡Ay, mejor vámonos!

—¡Delira! —gritó Razumíjin, achispado—. ¡Si no, cómo se iba a atrever! Mañana se le pasará toda esta tontería... Pero hoy, en efecto, lo echó. Así fue. Bueno, y el otro se enojó... Estuvo aquí haciendo discursos, luciendo sus conocimientos, y se fue con la cola entre las piernas...

—¿Entonces es verdad? —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

—Hasta mañana, hermano —dijo Dunia con compasión—. Vamos, mamá... ¡Adiós, Rodia!

—Oye, hermana —repitió él mientras se iban, reuniendo sus últimas fuerzas—, no estoy delirando; esa boda es una vileza. Que yo sea un canalla, pero tú no debes... uno de los dos... y yo, aunque sea un canalla, a una hermana así no la consideraré mi hermana. ¡O yo, o Luzhin! Váyanse...

—¡Pero te volviste loco! ¡Déspota! —rugió Razumíjin, pero Raskólnikov ya no respondía, o quizá ya no tenía fuerzas para responder.

Se acostó en el sofá y se volvió hacia la pared, completamente agotado. Avdotia Románovna miró con curiosidad a Razumíjin; sus ojos negros centellearon: Razumíjin hasta se estremeció bajo esa mirada. Pulqueria Aleksándrovna estaba de pie como fulminada.

—¡Por nada del mundo puedo irme! —le susurraba a Razumíjin, casi desesperada—. Me quedaré aquí, en algún lado... acompañe usted a Dunia.

—¡Y lo echará todo a perder! —susurró también Razumíjin, fuera de sí—. Salgamos aunque sea a la escalera. ¡Nastasia, alumbra! Le juro —prosiguió a media voz, ya en la escalera— que hace un rato casi nos pega, a mí y al médico. ¿Entiende usted? ¡Al médico mismo! Y el médico cedió, para no irritarlo, y se fue, y yo me quedé abajo vigilando, y él se vistió y se escabulló. Y se escabullirá también ahora, si lo irrita, de noche, y hará algo contra sí mismo...

—¡Ay, qué dice usted!

—¡Y además Avdotia Románovna no puede quedarse sola en esos cuartos sin usted! ¡Piense dónde se alojan! ¿Es que ese canalla de Piotr Petróvich no pudo encontrarles algo mejor...? Aunque, sabe, estoy un poco borracho y por eso... lo insulté; no le haga caso...

—Pero iré a ver a la casera de aquí —insistía Pulqueria Aleksándrovna—, le rogaré que nos dé a Dunia y a mí un rincón para esta noche. ¡No puedo dejarlo así, no puedo!

Mientras decían esto estaban en la escalera, en el rellano, justo delante de la puerta de la casera. Nastasia los alumbraba desde el escalón de abajo. Razumíjin estaba extraordinariamente excitado. Media hora antes, al acompañar a Raskólnikov a casa, aunque estaba excesivamente charlatán, cosa de la que se daba cuenta, estaba completamente despejado y casi

fresco, a pesar de la cantidad terrible de vino que había bebido esa noche. Ahora, en cambio, su estado se parecía a una especie de entusiasmo, y al mismo tiempo era como si todo el vino bebido se le hubiera subido otra vez a la cabeza, de golpe y con fuerza redoblada. Estaba de pie con las dos señoras, a las que tenía agarradas de las manos, convenciéndolas y exponiéndoles razones con una franqueza asombrosa, y, probablemente para convencerlas mejor, casi a cada palabra les apretaba a las dos las manos con fuerza, como en un torno, hasta hacerles daño, y parecía devorar con los ojos a Avdotia Románovna, sin cohibirse en lo más mínimo. A veces, por el dolor, ellas retiraban las manos de su manaza enorme y huesuda, pero él no solo no notaba lo que pasaba, sino que las atraía todavía más hacia sí. Si en ese momento le hubieran mandado, para servirlas, que se tirara de cabeza por la escalera, lo habría hecho enseguida, sin razonar y sin dudar. Pulqueria Aleksándrovna, toda alarmada por la idea de su Rodia, aunque sentía que el joven era demasiado excéntrico y le apretaba la mano demasiado fuerte, como al mismo tiempo era para ella la providencia, no quería notar todos esos detalles excéntricos. Pero, a pesar de la misma alarma, Avdotia Románovna, aunque no era de carácter asustadizo, recibía con asombro y casi con miedo las miradas que centelleaban con un fuego salvaje del amigo de su hermano, y solo la confianza ilimitada que le habían inspirado los relatos de Nastasia sobre ese hombre extraño la contuvo de intentar huir de él y llevarse consigo a su madre. Comprendía también que, quizá, ahora ya ni siquiera podían huir de él. Por lo demás, al cabo de unos diez minutos se calmó bastante: Razumíjin tenía la cualidad de mostrarse entero en un instante, en cualquier estado de ánimo, de modo que todos sabían muy pronto con quién estaban tratando.

—¡Imposible ir a ver a la casera, y además es el disparate más grande! —exclamó, tratando de convencer a Pulqueria Aleksándrovna—. Aunque usted sea su madre, si se queda lo va a poner furioso, ¡y entonces el diablo sabrá qué pasará! Escuche, esto es lo que voy a hacer: ahora Nastasia se quedará con él, y yo las acompaño a las dos a su casa, porque solas no pueden andar por las calles; aquí en Petersburgo, en ese sentido... ¡Bueno, qué importa!... Después, desde su casa, vuelvo corriendo enseguida aquí y dentro de un cuarto de hora, palabra de honor, les traigo un informe: ¿cómo está?, ¿duerme o no?, y todo lo demás. Después, ¡escuche! Después, desde su casa, voy volando a la mía (allí tengo invitados, todos borrachos), agarro a Zosímov, que es el médico que lo atiende, ahora está en mi casa, no está borracho; ese no está borracho, ¡ese nunca está borracho! Lo llevo a ver a Rodka y después enseguida a su casa; o sea que en una hora recibirán dos noticias de él, y del médico, ¿entiende?, ¡del médico mismo!, que ya no es lo mismo que de mí. Si está mal, le juro que yo mismo la traigo aquí, y si está bien, entonces a dormir. Y yo paso toda la noche aquí, en el zaguán, él ni me oirá, y a Zosímov le digo que duerma en casa de la casera, para tenerlo a mano. ¿Y qué es mejor ahora para él, usted o el médico? El médico es más útil, más útil. ¡Así que váyanse a casa! Y a casa de la casera es imposible; a mí me es posible, pero a ustedes no: no las dejará, porque... porque es una tonta. Se pondrá celosa de mí por Avdotia Románovna, si quieren saberlo, y también por usted... Y por Avdotia Románovna, sin falta. ¡Es un carácter completamente, completamente inesperado! Aunque, yo también soy un tonto... ¡Qué importa! ¡Vamos! ¿Me creen? ¿Me creen o no?

—Vamos, mamá —dijo Avdotia Románovna—, seguro que hará lo

que promete. Ya resucitó a mi hermano, y si es verdad que el médico acepta pasar la noche aquí, ¿qué puede haber mejor?

—¡Usted... usted... me entiende, porque es un ángel! —exclamó Razumíjin, entusiasmado—. ¡Vamos! ¡Nastasia! Sube enseguida y quédate con él, con la luz; yo vengo dentro de un cuarto de hora...

Pulqueria Aleksándrovna, aunque no estaba del todo convencida, ya no se resistió más. Razumíjin las tomó a las dos del brazo y las arrastró escaleras abajo. Por lo demás, él la inquietaba: «Diligente es, y bueno, pero ¿estará en condiciones de cumplir lo que promete? ¡En el estado en que está!...».

—¡Ah, ya entiendo, usted piensa que estoy en un estado! —interrumpió sus pensamientos Razumíjin, adivinándolos, mientras daba unos pasos enormes por la acera, de modo que las dos señoras apenas podían seguirlo, cosa que, por lo demás, él no notaba—. ¡Tonterías! Es decir... estoy borracho como un zopenco, pero no se trata de eso; no estoy borracho de vino. Es que, en cuanto las vi a ustedes, se me subió a la cabeza... ¡Pero qué importo yo! No me hagan caso: digo disparates; no soy digno de ustedes... ¡Soy en el más alto grado indigno de ustedes!... Y en cuanto las acompañe, enseguida, aquí mismo, en el canal, me echo dos baldes de agua en la cabeza, y listo... ¡Si supieran cuánto las quiero a las dos!... ¡No se rían ni se enojen!... ¡Enójense con todos, pero no conmigo! Soy amigo de él, y por lo tanto también amigo de ustedes. Así lo quiero... Lo presentía... el año pasado hubo un instante así... Aunque no lo presentía en absoluto, porque ustedes cayeron como del cielo. Y yo, quizá, no duerma en toda la noche... Ese Zosímov tenía miedo hace un rato de que se volviera loco... Por eso no hay que irritarlo...

—¡Qué dice usted! —exclamó la madre.

—¿Es posible que el propio médico haya dicho eso? —preguntó Avdotia Románovna, asustada.

—Lo dijo, pero no es eso, no es para nada eso. También le dio un remedio, un polvo, lo vi, y ustedes llegaron justo... ¡Eh!... ¡Habría sido mejor que llegaran mañana! Está bien que nos hayamos ido. Y dentro de una hora el propio Zosímov les dará el parte de todo. ¡Ese sí que no está borracho! Y yo tampoco estaré borracho... ¿Y por qué me emborraché así? ¡Porque me metieron en una discusión, los malditos! ¡Si había jurado no discutir!... ¡Dicen unas sandeces! ¡Casi me peleo! Dejé allí a mi tío, de presidente... Bueno, créanlo o no: exigen la impersonalidad completa, ¡y en eso encuentran el mayor gusto! ¡Con tal de no ser uno mismo, con tal de parecerse lo menos posible a sí mismo! Eso es lo que ellos consideran el progreso más alto. Y si al menos mintieran a su manera, pero...

—Oiga —interrumpió tímidamente Pulqueria Aleksándrovna, pero eso solo echó más leña al fuego.

—¿Pero qué creen ustedes? —gritaba Razumíjin, levantando todavía más la voz—. ¿Creen que me enojo porque mienten? ¡Tonterías! ¡Me gusta que mientan! La mentira es el único privilegio humano sobre todos los organismos. ¡Mintiendo se llega a la verdad! Soy hombre porque miento. No se llegó nunca a ninguna verdad sin haber mentido antes unas catorce veces, o quizá ciento catorce, y eso es honroso en su género; ¡pero nosotros ni mentir sabemos con nuestra propia cabeza! Miénteme, pero miente a tu manera, y entonces te daré un beso. Mentir a la manera propia es casi mejor que una verdad a la manera ajena; en el primer caso eres un hombre, y en el segundo no eres más que un pájaro. La verdad no se escapa, pero la

vida se puede clavar en un ataúd; ejemplos ha habido. Bueno, ¿qué somos ahora? ¡Todos, todos sin excepción, en materia de ciencia, desarrollo, pensamiento, inventos, ideales, deseos, liberalismo, razón, experiencia y todo, todo, todo, todo, todo, seguimos sentados en el primer curso preparatorio del gimnasio! ¡Nos gustó vivir de la cabeza ajena, y nos acostumbramos! ¿No es así? ¿No es así lo que digo? —gritaba Razumíjin, sacudiendo y apretando las manos de las dos señoras—. ¿No es así?

—Oh, Dios mío, no sé —dijo la pobre Pulqueria Aleksándrovna.

—Así es, así es... aunque no estoy de acuerdo con usted en todo —añadió seria Avdotia Románovna, y enseguida soltó un grito: tan fuerte le apretó esta vez la mano.

—¿Así es? ¿Dice usted que así es? Pues entonces usted... usted... —gritó él, entusiasmado—, ¡usted es una fuente de bondad, de pureza, de razón y... de perfección! Deme su mano, démela... usted también deme la suya, ¡quiero besarles las manos aquí, ahora, de rodillas!

Y se arrodilló en medio de la acera, por suerte desierta en ese momento.

—¡Basta, se lo ruego! ¿Qué hace usted? —exclamó Pulqueria Aleksándrovna, alarmada al extremo.

—¡Levántese, levántese! —se reía y también se alarmaba Dunia.

—¡Por nada del mundo, antes de que me den las manos! Así, y basta, y ya me levanté, ¡y vamos! Soy un zopenco desdichado, no soy digno de ustedes, y estoy borracho, y me avergüenzo... No soy digno de amarlas, pero inclinarse ante ustedes es la obligación de cualquiera, ¡siempre que no sea un bruto completo! Y yo me incliné... Aquí están sus cuartos, ¡y ya solo por eso tiene razón Rodión en haber echado hace un rato a su Piotr Petróvich! ¿Cómo se atrevió a alojarlas en semejantes cuartos? ¡Es un

escándalo! ¿Saben a quién dejan entrar aquí? ¡Y usted es una novia! Usted es una novia, ¿sí? ¡Pues entonces le diré que su novio, después de esto, es un canalla!

—Oiga, señor Razumíjin, usted se ha olvidado de sí... —empezó Pulqueria Aleksándrovna.

—¡Sí, sí, tiene razón, me olvidé, me avergüenzo! —se contuvo Razumíjin—. Pero... pero... ¡no pueden enojarse conmigo por hablar así! Porque hablo sinceramente, y no porque... ¡hm! eso sería vil; en una palabra, no porque yo esté... ¡hm!... bueno, sea, no hace falta, no diré por qué, ¡no me atrevo!... Y todos nosotros entendimos hace un rato, en cuanto entró, que ese hombre no es de nuestra sociedad. No porque entrara rizado por el peluquero, no porque se apresurara a lucir su inteligencia, sino porque es un espía y un especulador; porque es un judío y un farsante, y se ve. ¿Creen que es inteligente? ¡No, es un tonto, un tonto! ¿Y acaso es pareja para usted? ¡Oh, Dios mío! Miren, señoras —se detuvo de pronto, ya subiendo la escalera de los cuartos—, aunque los de mi casa están todos borrachos, en cambio son todos honrados, y aunque mentimos, porque también yo miento, a fuerza de mentir llegaremos por fin a la verdad, porque estamos en un camino noble, y Piotr Petróvich... no está en un camino noble. Aunque hace un momento los insulté de lo lindo, yo los respeto a todos; incluso a Zamétov, si no lo respeto, lo quiero, porque es un cachorro. Incluso a ese bruto de Zosímov, porque es honrado y conoce su oficio... Pero basta, todo está dicho y perdonado. ¿Perdonado? ¿Es así? Bueno, vamos. Conozco este pasillo, he estado aquí; aquí, en el cuarto número tres, hubo un escándalo... Bueno, ¿dónde están ustedes? ¿Qué número? ¿El ocho? Pues entonces cierren con llave por la noche, no

dejen entrar a nadie. Dentro de un cuarto de hora vuelvo con noticias, y después, media hora más tarde, con Zosímov, ¡ya verán! ¡Adiós, me voy corriendo!

—Dios mío, Dúniechka, ¿qué va a pasar? —dijo Pulqueria Aleksándrovna, dirigiéndose inquieta y asustada a su hija.

—Cálmese, mamá —respondió Dunia, quitándose el sombrerito y la manteleta—, a este señor nos lo ha mandado el mismo Dios, aunque venga derecho de alguna borrachera. Se puede confiar en él, se lo aseguro. Y todo lo que ya ha hecho por mi hermano...

—¡Ay, Dúniechka, Dios sabrá si vendrá! ¡Y cómo pude decidirme a dejar a Rodia!... ¡Y de ningún modo, de ningún modo me imaginaba encontrarlo así! Qué severo estaba, como si no se alegrara de vernos...

Le asomaron lágrimas a los ojos.

—No, no es así, mamá. Usted no lo miró bien, no hacía más que llorar. Está muy alterado por una enfermedad grave: esa es la causa de todo.

—¡Ay, esa enfermedad! ¡Qué va a pasar, qué va a pasar! ¡Y cómo te habló, Dunia! —dijo la madre, mirando tímidamente a los ojos de su hija para leerle todo el pensamiento, y ya a medias consolada porque la propia Dunia defendía a Rodia y, por lo tanto, lo había perdonado—. Estoy segura de que mañana lo pensará mejor —añadió, sondeándola hasta el fondo.

—Y yo estoy segura de que mañana dirá lo mismo... sobre eso —cortó Avdotia Románovna, y, desde luego, ahí estaba el nudo, porque ese era un punto del que Pulqueria Aleksándrovna tenía ahora demasiado miedo de hablar. Dunia se acercó y besó a su madre. Esta la abrazó con fuerza, en silencio. Después se sentó a esperar inquieta el regreso de Razumíjin y se

puso a seguir tímidamente con la mirada a su hija, que, con los brazos cruzados, y también esperando, empezó a andar de un lado a otro por la habitación, pensando para sí. Ese andar de un rincón a otro, pensativa, era una costumbre habitual de Avdotia Románovna, y su madre siempre temía de algún modo interrumpir su meditación en esos momentos.

Razumíjin, desde luego, resultaba ridículo con su pasión repentina, encendida por la borrachera, por Avdotia Románovna; pero, al mirar a Avdotia Románovna, sobre todo ahora, cuando andaba con los brazos cruzados por la habitación, triste y pensativa, quizá muchos lo habrían disculpado, sin hablar ya de su estado excéntrico. Avdotia Románovna era notablemente hermosa: alta, asombrosamente esbelta, fuerte, segura de sí, cosa que se expresaba en cada uno de sus gestos y que, por lo demás, no les quitaba a sus movimientos nada de suavidad ni de gracia. De cara se parecía a su hermano, pero a ella hasta se la podía llamar una belleza. Tenía el pelo castaño oscuro, un poco más claro que el de su hermano; los ojos, casi negros, centelleantes, orgullosos y al mismo tiempo a veces, por momentos, extraordinariamente bondadosos. Estaba pálida, pero no con una palidez enfermiza; su cara resplandecía de frescura y salud. Tenía la boca un poco pequeña, y el labio inferior, fresco y encarnado, sobresalía apenas un poquito, junto con el mentón: la única irregularidad de esa cara hermosa, pero que le daba un carácter especial y, entre otras cosas, algo así como altivez. La expresión de su cara era siempre más seria que alegre, reflexiva; ¡pero qué bien le sentaba a esa cara la sonrisa, qué bien le sentaba la risa, alegre, joven, entregada! Se entiende que el ardiente, franco, algo simple, honrado, fuerte como un gigante de leyenda y borracho Razumíjin, que nunca había visto nada parecido, perdiera la cabeza desde

la primera mirada. Además, la casualidad, como a propósito, le había mostrado por primera vez a Dunia en un hermoso momento de amor y de alegría por el reencuentro con su hermano. Después vio cómo le temblaba de indignación el labio inferior en respuesta a las órdenes insolentes, ingratas y crueles de su hermano, y no pudo resistir.

Por lo demás, había dicho la verdad cuando, hacía un rato, se le había escapado en la escalera, por la borrachera, que la excéntrica casera de Raskólnikov, Praskovia Pávlovna, se pondría celosa de él no solo por Avdotia Románovna, sino quizá también por la propia Pulqueria Aleksándrovna. A pesar de que Pulqueria Aleksándrovna tenía ya cuarenta y tres años, su cara conservaba todavía restos de su antigua belleza, y además parecía mucho más joven de lo que era, cosa que ocurre casi siempre con las mujeres que han conservado hasta la vejez la claridad de espíritu, la frescura de las impresiones y el ardor honrado y puro del corazón. Digamos entre paréntesis que conservar todo eso es el único medio de no perder la belleza ni siquiera en la vejez. Su pelo empezaba ya a encanecer y a ralear, unas arruguitas pequeñas, como rayos, le habían aparecido hacía tiempo alrededor de los ojos, las mejillas se le habían hundido y secado de preocupación y de pena, y aun así esa cara era hermosa. Era el retrato de la cara de Dúniechka, solo que veinte años después, y salvo la expresión del labio inferior, que en ella no sobresalía. Pulqueria Aleksándrovna era sensible, aunque no hasta el empalago, tímida y condescendiente, pero hasta cierto límite: podía ceder mucho, podía aceptar mucho, incluso de lo que contradecía sus convicciones, pero siempre había un límite de honradez, de principios y de convicciones extremas que ninguna circunstancia podía obligarla a cruzar.

Exactamente veinte minutos después de que se fuera Razumíjin, se oyeron dos golpes no fuertes pero apresurados en la puerta; había vuelto.

—¡No entro, no tengo tiempo! —se apresuró, cuando abrieron la puerta—. Duerme a pierna suelta, de maravilla, tranquilo, y quiera Dios que duerma unas diez horas. Está con él Nastasia; le mandé que no saliera hasta que yo vuelva. Ahora traigo a Zosímov, él les dará el parte, y después ustedes también, a la cama; están agotadas, ya lo veo, hasta más no poder.

Y se fue corriendo por el pasillo.

—¡Qué joven tan diligente y... tan abnegado! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna, extraordinariamente contenta.

—¡Parece una persona estupenda! —respondió con cierto ardor Avdotia Románovna, volviendo a andar de un lado a otro por la habitación.

Casi una hora después se oyeron pasos en el pasillo y otro golpe en la puerta. Las dos mujeres esperaban, esta vez creyendo por completo en la promesa de Razumíjin; y, en efecto, él había logrado traer a Zosímov. Zosímov había aceptado enseguida dejar el festín e ir a ver a Raskólnikov, pero a ver a las señoras fue de mala gana y con mucha desconfianza, sin fiarse de Razumíjin borracho. Pero su amor propio quedó enseguida tranquilizado e incluso halagado: comprendió que de verdad lo esperaban como a un oráculo. Estuvo exactamente diez minutos y logró convencer y tranquilizar por completo a Pulqueria Aleksándrovna. Hablaba con un interés extraordinario, pero con reserva y con una seriedad algo forzada, exactamente como un médico de veintisiete años en una consulta importante, y no se apartó del tema ni con una sola palabra ni mostró el menor deseo de entrar en relaciones más personales y particulares con las

dos señoras. Habiendo notado ya al entrar lo deslumbrantemente hermosa que era Avdotia Románovna, enseguida procuró incluso no fijarse en ella en absoluto durante toda la visita, y se dirigía únicamente a Pulqueria Aleksándrovna. Todo eso le producía una extraordinaria satisfacción interior. Sobre el enfermo propiamente dijo que lo encontraba en ese momento en un estado muy satisfactorio. Según sus observaciones, la enfermedad del paciente, además de las malas condiciones materiales de los últimos meses de su vida, tenía también algunas causas morales, «es, por así decirlo, el producto de muchas influencias morales y materiales complejas, de inquietudes, temores, preocupaciones, de ciertas ideas... y demás». Notando de pasada que Avdotia Románovna se ponía a escuchar con especial atención, Zosímov se extendió algo más sobre el tema. A la pregunta inquieta y tímida de Pulqueria Aleksándrovna acerca de «ciertas supuestas sospechas de locura», respondió con una sonrisa tranquila y franca que sus palabras habían sido muy exageradas; que, desde luego, en el enfermo se notaba una especie de idea fija, algo que revelaba una monomanía (ya que él, Zosímov, seguía ahora con especial atención esa rama extraordinariamente interesante de la medicina), pero que había que recordar que casi hasta ese mismo día el enfermo había estado delirando, y... y, desde luego, la llegada de sus parientes lo fortalecería, lo distraería y actuaría de manera saludable, «siempre que se puedan evitar nuevas conmociones especiales», añadió de manera significativa. Después se levantó, se despidió con aplomo y cordialidad, acompañado de bendiciones, de un ardiente agradecimiento, de súplicas y hasta de la manita de Avdotia Románovna, que se le tendió para estrechársela sin que él la buscara, y salió extraordinariamente contento de su visita y todavía

más de sí mismo.

—Y hablaremos mañana; acuéstense ya, ¡sin falta! —remachó Razumíjin, al irse con Zosímov—. Mañana, lo más temprano posible, estoy aquí con el informe.

—¡Pero qué muchachita tan encantadora esta Avdotia Románovna! —observó Zosímov, casi relamiéndose, cuando los dos salieron a la calle.

—¿Encantadora? ¡Dijiste encantadora! —rugió Razumíjin, y de pronto se lanzó sobre Zosímov y lo agarró del cuello—. Si alguna vez te atreves... ¿Entiendes? ¿Entiendes? —gritaba, sacudiéndolo por el cuello y apretándolo contra la pared—. ¿Oíste?

—¡Suéltame, diablo borracho! —se defendía Zosímov, y después, cuando el otro ya lo había soltado, lo miró fijamente y de pronto se desternilló de risa. Razumíjin estaba de pie ante él, con los brazos caídos, en una meditación sombría y seria.

—Desde luego, soy un burro —dijo, sombrío como un nubarrón—, pero... tú también.

—No, hermano, nada de también. Yo no sueño con tonterías.

Siguieron andando en silencio, y solo al acercarse a la vivienda de Raskólnikov, Razumíjin, muy preocupado, rompió el silencio.

—Escucha —le dijo a Zosímov—, eres un buen muchacho, pero, además de todas tus malas cualidades, eres un mujeriego, eso lo sé, y de los sucios. Eres una porquería nerviosa, débil, caprichosa, te has puesto gordo y no sabes negarte nada, y eso yo lo llamo suciedad, porque lleva directamente a la suciedad. Te has mimado tanto que, lo confieso, lo que menos entiendo es cómo, con todo eso, puedes ser un buen médico y hasta abnegado. ¡Duerme en un colchón de plumas (un médico!), y por las

noches se levanta para atender a un enfermo! Dentro de tres años ya no te levantarás para ningún enfermo... Bueno, diablos, no se trata de eso, sino de esto: hoy duermes en la vivienda de la casera (¡me costó convencerla!), y yo en la cocina: ¡ahí tienen ocasión de conocerse mejor! ¡No es lo que piensas! Aquí, hermano, no hay ni sombra de eso...

—Pero si yo no pienso nada.

—Aquí, hermano, hay pudor, silencio, timidez, castidad encarnizada, y con todo eso, suspiros, y se derrite como la cera, ¡así se derrite! ¡Líbrame de ella, por todos los diablos del mundo! ¡Avenantísima!... ¡Te lo pagaré, te lo pagaré con mi cabeza!

Zosímov se rió a carcajadas todavía más que antes.

—¡Mira cómo te ha dado! ¿Y para qué la quiero yo?

—Te aseguro que no da mucho trabajo, solo tienes que decir los disparates que quieras, solo sentarte al lado y hablar. Además, eres médico: empieza a curarla de algo. Te juro que no te arrepentirás. Tiene un clavicordio; yo, ya sabes, toco un poquito; tengo allí una cancioncita, rusa, auténtica: «Me desharé en lágrimas ardientes...». A ella le gustan las auténticas; bueno, con la cancioncita empezó todo; y tú en el piano eres un virtuoso, un maestro, un Rubinstein... ¡Te aseguro que no te arrepentirás!

—¿Pero qué, le hiciste alguna promesa? ¿Le firmaste algo en regla? Le prometiste casarte, quizá...

—¡Nada, nada, absolutamente nada de eso! Y además ella no es para nada así; Chebárov quiso acercársele...

—¡Pues déjala!

—¡Pero no se la puede dejar así!

—¿Y por qué no se puede?

—Pues, no sé cómo, no se puede, ¡y nada más! Aquí, hermano, hay un principio que lo arrastra a uno.

—¿Entonces para qué la sedujiste?

—Pero si yo no la seduje para nada; quizá hasta el seducido soy yo, por mi estupidez, y a ella le dará absolutamente igual que seas tú o yo, con tal de que alguien se siente al lado y suspire. Aquí, hermano... No puedo expresártelo; aquí... bueno, tú sabes bien matemáticas, y todavía te ocupas de eso, lo sé... bueno, empieza a enseñarle cálculo integral; te juro que no bromeo, lo digo en serio, le dará absolutamente igual: te mirará y suspirará, y así todo un año seguido. Yo, entre otras cosas, le estuve hablando muchísimo tiempo, dos días seguidos, de la Cámara de los Señores de Prusia (porque, ¿de qué se va a hablar con ella?): ¡no hacía más que suspirar y derretirse! Solo no le hables de amor, que es tímida hasta las convulsiones; pero da a entender que no puedes apartarte de ella, y con eso basta. Es terriblemente cómodo; exactamente como en casa: lee, siéntate, acuéstate, escribe... Hasta se la puede besar, con cuidado...

—¿Y para qué la quiero yo?

—¡Eh, no puedo explicártelo de ningún modo! Mira: los dos son completamente el uno para el otro. Ya antes pensaba en ti... ¡Si vas a terminar así! ¿Entonces no te da lo mismo antes que después? Aquí, hermano, hay un principio de colchón de plumas... ¡eh! ¡y no solo de colchón de plumas! Aquí te arrastra; aquí está el fin del mundo, el ancla, el puerto tranquilo, el ombligo de la tierra, los tres peces que sostienen el mundo[1], la esencia de los blinis, de las empanadas grasientas, del samovar de la tarde, de los suspiros callados y de las chaquetillas de piel abrigadas, de los poyos de la estufa bien calientes; bueno, exactamente como si

estuvieras muerto y al mismo tiempo vivo, ¡las dos ventajas a la vez! Bueno, hermano, diablos, ya desbarro, ¡es hora de dormir! Escucha: yo a veces me despierto de noche, y bajo a verlo. Pero no es nada, tonterías, todo está bien. No te inquietes tú tampoco demasiado, y si quieres, ve también una vez. Pero en cuanto notes algo, delirio, por ejemplo, o fiebre, o lo que sea, despiértame enseguida. Aunque no puede ser...

Notas

1. Según una creencia popular rusa, la tierra descansa sobre tres peces.

Tercera parte. Capítulo II

Preocupado y serio se despertó Razumíjin al día siguiente, pasadas las siete. Esa mañana le habían surgido de pronto muchas perplejidades nuevas e imprevistas. Nunca antes se había imaginado que alguna vez se despertaría así. Recordaba hasta los últimos detalles todo lo de la víspera y comprendía que le había ocurrido algo fuera de lo común, que había recibido en sí una impresión hasta entonces completamente desconocida para él y distinta de todas las anteriores. Al mismo tiempo era claramente consciente de que el sueño que se le había encendido en la cabeza era irrealizable en el más alto grado, tan irrealizable que hasta le dio vergüenza, y pasó enseguida a otras preocupaciones y perplejidades más urgentes que le había dejado en herencia «el tres veces maldito día de ayer».

El recuerdo más espantoso era cómo se había mostrado la víspera «bajo y repugnante», no solo porque estaba borracho, sino porque había insultado delante de la muchacha, aprovechándose de su situación, por unos celos estúpidamente precipitados, a su novio, sin conocer no solo las relaciones y los compromisos que había entre ellos, sino ni siquiera al hombre como es debido. ¿Y qué derecho tenía él a juzgarlo de manera tan precipitada e imprudente? ¡Y quién lo había llamado a ser juez! ¿Y acaso

una criatura como Avdotia Románovna puede entregarse a un hombre indigno por dinero? Entonces él también tendrá sus méritos. ¿Los cuartos? ¿Pero cómo podía él saber, en realidad, que eran semejantes cuartos? Si está preparando una vivienda... ¡uf, qué bajo es todo esto! ¿Y qué justificación es que estaba borracho? ¡Una excusa estúpida, que lo humilla todavía más! En el vino está la verdad, y la verdad entera se dejó ver, «es decir, ¡se dejó ver toda la suciedad de su corazón envidioso y grosero!». ¿Y acaso le está permitido, aunque sea en lo más mínimo, semejante sueño a él, a Razumíjin? ¿Quién es él al lado de semejante muchacha, él, un alborotador borracho y el fanfarrón de anoche? «¿Acaso es posible una comparación tan cínica y ridícula?» Razumíjin se puso desesperadamente colorado ante esa idea, y de pronto, como a propósito, en ese mismo instante recordó con claridad cómo les había dicho la víspera, de pie en la escalera, que la casera se pondría celosa de él por Avdotia Románovna... eso ya era insoportable. Con todas sus fuerzas dio un puñetazo contra la estufa de la cocina, se lastimó la mano y arrancó un ladrillo.

«Desde luego —murmuró para sí al cabo de un minuto, con una especie de sentimiento de autohumillación—, desde luego, todas estas porquerías ya no se pueden tapar ni borrar nunca... y por lo tanto ni hay que pensar en eso, y por eso hay que presentarse en silencio y... cumplir con sus obligaciones... también en silencio, y... y no pedir perdón, y no decir nada, y... y, desde luego, ¡ahora todo está perdido!»

Y sin embargo, al vestirse, examinó su ropa con más cuidado que de costumbre. No tenía otra ropa, y aunque la hubiera tenido, quizá no se la habría puesto: «así, a propósito no me la pondría». Pero en todo caso no se puede seguir siendo un cínico y un sucio desaliñado: no tiene derecho a

ofender los sentimientos de los demás, tanto más cuanto que esos otros lo necesitan y lo llaman a su casa. Cepilló su ropa con cuidado. La ropa blanca que llevaba siempre era aceptable; en ese aspecto era especialmente limpio.

Esa mañana se lavó con esmero (Nastasia tenía jabón), se lavó el pelo, el cuello y sobre todo las manos. Pero cuando llegó la cuestión de si afeitarse o no la barba de varios días (Praskovia Pávlovna tenía unas navajas excelentes, que le habían quedado del difunto señor Zarnitsyn), la cuestión fue resuelta incluso con encarnizamiento por la negativa: «¡Que se quede así! ¿Y si piensan que me afeité para...? ¡Seguro que lo pensarán! ¡Por nada del mundo!

»Y... y lo principal: él es tan grosero, tan sucio, tiene modales de tasca; y... y, supongamos que sabe que también él es, aunque sea un poco, una persona decente... ¿Y de qué hay que enorgullecerse por ser una persona decente? Todo el mundo tiene que ser una persona decente, y más todavía, y... y de todos modos (lo recuerda) también él tuvo algunos asuntillos... no es que fueran deshonestos, pero aun así... ¡Y qué pensamientos ha tenido! Hm... ¡y poner todo esto al lado de Avdotia Románovna! ¡Bueno, diablos! ¡Que sea así! Pues a propósito seré así de sucio, grasiento, de tasca, ¡y me importa un comino! ¡Todavía más lo seré!...»

En esos monólogos lo encontró Zosímov, que había pasado la noche en la sala de Praskovia Pávlovna.

Se iba a su casa y, al irse, se apresuraba a ver al enfermo. Razumíjin le informó que dormía como una marmota. Zosímov ordenó que no lo despertaran hasta que se despertara solo. Él prometió pasar pasadas las diez.

—Si es que está en casa —añadió—. ¡Uf, diablos! No manda uno sobre

su propio enfermo, ¡y cúralo! ¿No sabes si él irá a verlas a ellas o ellas vendrán aquí?

—Ellas, creo —respondió Razumíjin, comprendiendo el objeto de la pregunta—, y desde luego hablarán de sus asuntos de familia. Yo me iré. Tú, como médico, desde luego, tienes más derechos que yo.

—Tampoco soy un confesor; vendré y me iré; tengo mucho que hacer sin ellas.

—Me inquieta una cosa —lo interrumpió, frunciendo el ceño, Razumíjin—: anoche, borracho, se me escaparon, por el camino, distintas tonterías... distintas... entre otras, que tú temías que él... tuviera inclinación a la locura...

—Anoche también a las señoras se te escapó lo mismo.

—¡Ya sé que fue estúpido! ¡Pégame si quieres! ¿Pero de verdad tenías alguna idea firme?

—Te digo que son tonterías; ¡qué idea firme! Tú mismo me lo describiste como un monomaníaco cuando me llevaste a verlo... Bueno, y anoche todavía echamos más leña, es decir, tú, con esos relatos... lo del pintor; ¡linda conversación, cuando quizá él mismo se ha vuelto loco con eso! Si yo hubiera sabido con exactitud lo que pasó entonces en la comisaría y que allí algún canalla lo había... ofendido con esa sospecha... ¡Hm!... no habría permitido anoche semejante conversación. Porque estos monomaníacos hacen de una gota un océano, ven despiertos fantasías en carne y hueso... Por lo que recuerdo, anoche, con ese relato de Zamétov, se me aclaró la mitad del asunto. ¡Pero qué digo! Conozco un caso de un hipocondríaco, de cuarenta años, que, incapaz de soportar las burlas diarias en la mesa de un chiquillo de ocho años, ¡lo degolló! Y aquí: todo en

harapos, un comisario insolente, una enfermedad que empezaba, ¡y semejante sospecha! ¡A un hipocondríaco exaltado! ¡Con una vanidad rabiosa, excepcional! ¡Quizá ahí mismo está todo el punto de partida de la enfermedad! ¡Bueno, diablos!... Y a propósito, ese Zamétov de verdad es un chiquillo simpático, solo que, hm... hizo mal en contar todo eso anoche. ¡Es un charlatán terrible!

—¿Pero a quién se lo contó? ¿A mí y a ti?

—Y a Porfiri.

—¿Y qué tiene que se lo haya contado a Porfiri?

—A propósito, ¿tienes alguna influencia sobre ellas, sobre la madre y la hermana? Que tengan cuidado con él hoy...

—¡Ya se arreglarán! —respondió Razumíjin de mala gana.

—¿Y por qué la tiene tomada así con ese Luzhin? Un hombre con dinero, a ella no parece desagradarle... ¿y ellos no tienen ni un centavo, eh?

—¿Pero por qué me sonsacas tú? —gritó Razumíjin, irritado—. ¿Qué sé yo si tienen o no tienen un centavo? Pregúntaselo tú mismo, quizá te enteres...

—¡Uf, qué estúpido eres a veces! Te dura la borrachera de anoche... Hasta luego; dale las gracias de mi parte a tu Praskovia Pávlovna por el alojamiento. Se encerró, no respondió a través de la puerta a mi bonjour, y eso que se levantó a las siete, le llevaron el samovar desde la cocina por el pasillo... No fui digno de contemplarla...

A las nueve en punto Razumíjin se presentó en los cuartos de Bakaléiev. Las dos señoras lo esperaban desde hacía muchísimo tiempo con una impaciencia histérica. Se habían levantado a eso de las siete o incluso antes. Entró sombrío como la noche y saludó con torpeza, por lo que

enseguida se enojó; consigo mismo, desde luego. Había echado las cuentas sin la huéspeda: Pulqueria Aleksándrovna se lanzó hacia él, lo agarró de las dos manos y casi se las besó. Él miró tímidamente a Avdotia Románovna; pero también en esa cara altiva había en ese momento una expresión tal de gratitud y de amistad, un respeto tan completo e inesperado para él (¡en lugar de las miradas burlonas y del desprecio involuntario, mal disimulado!), que de verdad le habría resultado más fácil si lo hubieran recibido con insultos, porque así se sentía demasiado turbado. Por suerte había un tema de conversación preparado, y se aferró a él enseguida.

Al oír que «todavía no se había despertado», pero que «todo iba de maravilla», Pulqueria Aleksándrovna declaró que eso era lo mejor, «porque ella necesitaba mucho, mucho, mucho hablar antes». Siguió la pregunta del té y la invitación a tomarlo juntos; ellas todavía no lo habían tomado, esperando a Razumíjin. Avdotia Románovna llamó; a la llamada se presentó un andrajoso sucio, y se le encargó el té, que por fin sirvieron, pero tan sucio y de un modo tan indecoroso que a las señoras les dio vergüenza. Razumíjin empezó a insultar enérgicamente el cuarto, pero, acordándose de Luzhin, se calló, se turbó y se alegró terriblemente cuando las preguntas de Pulqueria Aleksándrovna empezaron por fin a llover una tras otra sin interrupción.

Respondiéndolas, estuvo hablando tres cuartos de hora, interrumpido sin cesar y obligado a repetir, y alcanzó a contar todos los hechos más importantes y necesarios que conocía del último año de la vida de Rodión Románovich, terminando con un relato detallado de su enfermedad. Por lo demás, omitió muchas cosas, que había que omitir, entre otras la escena de la comisaría con todas sus consecuencias. Escuchaban su relato con

avidez; pero cuando él pensó que ya había terminado y satisfecho a sus oyentes, resultó que para ellas era como si todavía no hubiera empezado.

—Dígame, dígame qué piensa... ¡ay, perdone, todavía no sé su nombre! —se apresuraba Pulqueria Aleksándrovna.

—Dmitri Prokófich.

—Pues bien, Dmitri Prokófich, yo querría muchísimo saber... cómo, en general... mira él ahora las cosas, es decir, entiéndame, cómo decírselo, es decir, mejor dicho: ¿qué le gusta y qué no le gusta? ¿Está siempre tan irritable? ¿Qué deseos tiene y, por así decirlo, qué sueños, si se puede? ¿Qué es lo que ahora tiene especial influencia sobre él? En una palabra, yo desearía...

—¡Ay, mamá, cómo se puede responder a todo eso así, de golpe! —observó Dunia.

—¡Ay, Dios mío, si yo no esperaba para nada, para nada, para nada encontrarlo así, Dmitri Prokófich!

—Es muy natural, señora —respondió Dmitri Prokófich—. Yo no tengo madre, pero mi tío viene aquí todos los años y casi todas las veces no me reconoce, ni siquiera por fuera, y es un hombre inteligente; y en tres años de separación ha corrido mucha agua. ¿Y qué le voy a decir? Conozco a Rodión desde hace año y medio: taciturno, sombrío, altivo y orgulloso; en los últimos tiempos (y quizá desde mucho antes), suspicaz e hipocondríaco. Generoso y bueno. No le gusta expresar sus sentimientos, y antes cometerá una crueldad que expresar con palabras lo que tiene en el corazón. A veces, por lo demás, no es para nada hipocondríaco, sino simplemente frío e insensible hasta la inhumanidad, de verdad, como si en él se turnaran dos caracteres opuestos. ¡A veces es terriblemente callado!

Nunca tiene tiempo, todos lo molestan, y él está acostado sin hacer nada. No es burlón, y no porque le falte ingenio, sino como si no tuviera tiempo para semejantes pequeñeces. No escucha hasta el final lo que le dicen. Nunca se interesa por lo que a todos interesa en ese momento. Se tiene en terriblemente alta estima y, al parecer, no sin cierto derecho. Bueno, ¿qué más?... Me parece que la llegada de ustedes tendrá sobre él una influencia saludabilísima.

—¡Ay, Dios lo quiera! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna, atormentada por lo que Razumíjin decía de su Rodia.

Y Razumíjin miró por fin con más ánimo a Avdotia Románovna. La había mirado a menudo durante la conversación, pero de pasada, solo un instante, y enseguida apartaba los ojos. Avdotia Románovna ya se sentaba a la mesa y escuchaba con atención, ya se levantaba de nuevo y se ponía a andar, según su costumbre, de un rincón a otro, con los brazos cruzados, los labios apretados, haciendo de vez en cuando una pregunta, sin interrumpir su ir y venir, pensativa. También ella tenía la costumbre de no escuchar hasta el final lo que le decían. Llevaba un vestidito oscuro de tela liviana, y al cuello tenía atado un pañuelito blanco transparente. Por muchos indicios Razumíjin notó enseguida que la situación de las dos mujeres era extremadamente pobre. Si Avdotia Románovna hubiera estado vestida como una reina, parece que él no le habría tenido miedo en absoluto; pero ahora, quizá precisamente porque iba tan pobremente vestida y porque él había notado todo ese ambiente mezquino, en su corazón se instaló el miedo, y empezó a temer por cada una de sus palabras, por cada gesto, cosa que, desde luego, resultaba incómoda para un hombre que ya de por sí no confiaba en sí mismo.

—Usted ha dicho muchas cosas curiosas sobre el carácter de mi hermano y... las ha dicho con imparcialidad. Eso está bien; yo pensaba que usted lo veneraba —observó Avdotia Románovna con una sonrisa—. Parece también cierto que a su lado debería haber una mujer —añadió, pensativa.

—Yo no dije eso, aunque quizá también en eso tenga usted razón, solo que...

—¿Qué?

—Es que él no quiere a nadie; quizá nunca llegue a querer a nadie —cortó Razumíjin.

—¿Es decir, que no es capaz de amar?

—¿Y sabe una cosa, Avdotia Románovna? ¡Usted misma se parece terriblemente a su hermano, hasta en todo! —soltó de pronto, sin esperarlo él mismo, pero enseguida, recordando lo que acababa de decirle de su hermano, se puso rojo como un cangrejo y se turbó terriblemente. Avdotia Románovna no pudo menos que echarse a reír al mirarlo.

—Sobre Rodia pueden equivocarse los dos —repuso Pulqueria Aleksándrovna, algo picada—. No hablo de lo de ahora, Dúniechka. Lo que escribe Piotr Petróvich en esta carta... y lo que suponíamos tú y yo... quizá no sea verdad, pero usted no puede imaginarse, Dmitri Prokófich, qué fantasioso es y, cómo decirlo, qué caprichoso. Nunca pude fiarme de su carácter, ni siquiera cuando tenía solo quince años. Estoy segura de que también ahora puede hacer de pronto consigo mismo algo que a ningún ser humano se le ocurriría nunca hacer... Pero no hay que ir lejos: ¿sabe usted cómo, hace año y medio, me asombró, me conmocionó y casi me mata cuando se le ocurrió casarse con esa, cómo se llama, con la hija de esa

Zarnítsyna, su casera?

—¿Sabe usted algo en detalle de esa historia? —preguntó Avdotia Románovna.

—¿Cree usted —prosiguió con ardor Pulqueria Aleksándrovna— que lo habrían detenido entonces mis lágrimas, mis ruegos, mi enfermedad, mi muerte, quizá, de pena, nuestra miseria? Habría pasado tranquilísimo por encima de todos los obstáculos. ¿Y es posible, es posible que no nos quiera?

—Él mismo nunca me contó nada de esa historia —respondió con cautela Razumíjin—, pero algo sí oí de la propia señora Zarnítsyna, que tampoco es, en su género, de las que cuentan cosas, y lo que oí es quizá hasta algo extraño...

—¿Y qué, qué oyó usted? —preguntaron a la vez las dos mujeres.

—Aunque, nada demasiado especial. Supe solo que esa boda, ya completamente arreglada y que no se celebró solo por la muerte de la novia, no le gustaba nada a la propia señora Zarnítsyna... Además, dicen que la novia ni siquiera era bonita, es decir, dicen que hasta era fea... y tan enfermiza, y... y extraña... aunque, al parecer, con algunos méritos. Sin duda tenía que tener algunos méritos; si no, no se entiende nada... Tampoco tenía dote, y él no habría contado con la dote... En general, en un asunto así es difícil juzgar.

—Estoy segura de que era una muchacha digna —observó brevemente Avdotia Románovna.

—Dios me perdone, pero yo entonces me alegré de su muerte, aunque no sé cuál de los dos habría perdido al otro: ¿él a ella, o ella a él? —concluyó Pulqueria Aleksándrovna; después, con cautela, con

interrupciones y mirando sin cesar a Dunia, cosa que evidentemente a esta le desagradaba, se puso otra vez a preguntar por la escena de la víspera entre Rodia y Luzhin. Ese suceso, por lo visto, la inquietaba más que nada, hasta el miedo y el temblor. Razumíjin volvió a contarlo todo, en detalle, pero esta vez añadió también su conclusión: acusó directamente a Raskólnikov de haber ofendido premeditadamente a Piotr Petróvich, disculpándolo esta vez muy poco por la enfermedad.

—Lo tenía pensado ya antes de la enfermedad —añadió.

—Yo también lo creo —dijo Pulqueria Aleksándrovna con aire abatido. Pero le impresionó mucho que esta vez Razumíjin se expresara de Piotr Petróvich con tanta cautela e incluso como con respeto. También a Avdotia Románovna le impresionó.

—¿Así que esa es su opinión de Piotr Petróvich? —no pudo contenerse de preguntar Pulqueria Aleksándrovna.

—Del futuro marido de su hija no puedo tener otra opinión —respondió con firmeza y ardor Razumíjin—, y no lo digo solo por una cortesía vulgar, sino porque... porque... bueno, aunque solo fuera porque la propia Avdotia Románovna, voluntariamente, se dignó elegir a ese hombre. Y si ayer lo vilipendié así, fue porque ayer estaba borracho como un cerdo y además... loco; sí, loco, sin cabeza, había perdido el juicio por completo... ¡y hoy me avergüenzo de ello!... —Se puso colorado y se calló. Avdotia Románovna se encendió, pero no rompió el silencio. No había pronunciado una sola palabra desde el momento mismo en que habían empezado a hablar de Luzhin.

Y mientras tanto Pulqueria Aleksándrovna, sin su apoyo, estaba visiblemente indecisa. Por fin, balbuceando y mirando sin cesar a su hija,

declaró que una circunstancia la preocupaba ahora extraordinariamente.

—Verá, Dmitri Prokófich... —empezó—. ¿Seré completamente franca con Dmitri Prokófich, Dúniechka?

—Desde luego, mamá —observó Avdotia Románovna con aire imponente.

—De esto se trata —se apresuró aquella, como si le hubieran quitado una montaña de encima al permitirle comunicar su pena—. Hoy, muy temprano, recibimos una nota de Piotr Petróvich en respuesta a nuestro aviso de ayer sobre nuestra llegada. Verá, ayer él tenía que esperarnos, como había prometido, en la estación misma. En lugar de eso, a la estación mandaron a recibirnos a un lacayo con la dirección de estos cuartos y para mostrarnos el camino, y Piotr Petróvich mandaba decir que vendría él mismo a vernos aquí hoy por la mañana. En lugar de eso, hoy por la mañana llegó de su parte esta nota... Lo mejor es que la lea usted mismo; aquí hay un punto que me inquieta mucho... ya verá usted mismo qué punto es, y... ¡dígame su opinión franca, Dmitri Prokófich! Usted conoce mejor que nadie el carácter de Rodia y puede aconsejarnos mejor que nadie. Le prevengo que Dúniechka ya lo decidió todo desde el primer momento, pero yo, yo todavía no sé cómo actuar, y... y lo estaba esperando a usted.

Razumíjin desplegó la nota, fechada el día anterior, y leyó lo siguiente:

«Muy señora mía, Pulqueria Aleksándrovna: Tengo el honor de comunicarle que, a causa de demoras repentinas acaecidas, no pude recibirla en el andén, habiendo enviado con tal fin a un hombre muy diligente. Igualmente me privaré del honor de verla mañana por la mañana, por asuntos impostergables del Senado y para no estorbar el

encuentro familiar de usted con su hijo y de Avdotia Románovna con su hermano. Tendré, pues, el honor de visitarla y presentarle mis respetos en su vivienda no antes de mañana, a las ocho en punto de la tarde, y me atrevo a añadir mi ruego convincente y, agregaré, insistente, de que en nuestro encuentro común Rodión Románovich ya no esté presente, ya que me ofendió de manera inaudita y descortés en mi visita de ayer a su lecho de enfermo, y, además, teniendo yo personalmente con usted una explicación necesaria y detallada sobre cierto punto, acerca del cual deseo conocer la interpretación de usted misma. Tengo el honor de advertirle de antemano que si, contra mi ruego, encuentro a Rodión Románovich, me veré obligado a retirarme de inmediato, y entonces cúlpese usted misma. Escribo en la suposición de que Rodión Románovich, que en mi visita parecía tan enfermo, dos horas después se curó de pronto, y por lo tanto, saliendo de casa, puede presentarse también en la de usted. Me confirmé en ello con mis propios ojos, en la vivienda de un borracho atropellado por unos caballos, que murió a causa de ello, a cuya hija, muchacha de conducta notoria, entregó ayer hasta veinticinco rublos, con el pretexto del entierro, lo que mucho me asombró, sabiendo con cuántos trabajos reunieron ustedes esa suma. Con lo cual, testimoniando mi especial consideración a la respetada Avdotia Románovna, le ruego acepte los sentimientos de respetuosa devoción

de su humilde servidor,

P. Luzhin».

—¿Qué hago ahora, Dmitri Prokófich? —empezó Pulqueria Aleksándrovna, casi llorando—. ¿Cómo le voy a proponer a Rodia que no venga? Exigió con tanta insistencia ayer que rechazáramos a Piotr

Petróvich, ¡y ahora nos mandan no recibirlo a él! Pero si viene a propósito en cuanto se entere, y... ¿qué pasará entonces?

—Haga lo que decidió Avdotia Románovna —respondió Razumíjin, tranquilo y sin vacilar.

—¡Ay, Dios mío! Ella dice... ella dice Dios sabe qué y no me explica el propósito. Dice que será mejor, es decir, no que será mejor, sino que por algún motivo es absolutamente necesario que también Rodia venga a propósito hoy a las ocho y que se encuentren sin falta... Y yo ni siquiera quería mostrarle la carta, y arreglarlo de algún modo con astucia, por medio de usted, para que no viniera... porque es tan irritable... Y además no entiendo nada: qué borracho murió, y qué hija, y cómo pudo darle a esa hija todo el último dinero... que...

—Que tanto le costó a usted, mamá —añadió Avdotia Románovna.

—Ayer no estaba en sí —dijo pensativo Razumíjin—. Si supieran lo que dijo ayer en la taberna, aunque con inteligencia... ¡hm! De un muerto y de una muchacha, en efecto, me dijo algo ayer cuando volvíamos a casa, pero no entendí una palabra... Aunque, yo mismo ayer...

—Lo mejor, mamá, es que vayamos nosotras a verlo, y allí, se lo aseguro, enseguida veremos qué hacer. Y además ya es hora... ¡Señor! ¡Son más de las diez! —exclamó, mirando su magnífico reloj de oro esmaltado, que le colgaba del cuello en una finísima cadenita veneciana y que no armonizaba en absoluto con el resto de su atuendo. «Regalo del novio», pensó Razumíjin.

—¡Ay, ya es hora!... Es hora, Dúniechka, es hora —se puso a afanarse inquieta Pulqueria Aleksándrovna—. Todavía va a pensar que estamos enojadas por lo de ayer, que tardamos tanto en ir. ¡Ay, Dios mío!

Mientras decía esto, se echaba encima apresuradamente la manteleta y se ponía el sombrerito; Dúniechka también se vistió. Llevaba unos guantes no solo gastados, sino incluso rotos, cosa que notó Razumíjin, y sin embargo esa evidente pobreza de la ropa hasta les daba a las dos señoras un aire de dignidad especial, como siempre les ocurre a quienes saben llevar ropa pobre. Razumíjin miraba con veneración a Dúniechka y se enorgullecía de acompañarla. «Aquella reina —pensaba para sí— que zurcía sus medias en la prisión, desde luego en ese momento parecía una verdadera reina, y hasta más que en las ceremonias y las recepciones más suntuosas».

—¡Dios mío! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna—. ¿Cómo iba a pensar que tendría miedo de ver a mi hijo, a mi querido, querido Rodia, como ahora tengo miedo?... ¡Tengo miedo, Dmitri Prokófich! —añadió, mirándolo tímidamente.

—No tenga miedo, mamá —dijo Dunia, besándola—, mejor crea en él. Yo creo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Yo también creo, y no dormí en toda la noche! —exclamó la pobre mujer.

Salieron a la calle.

—¿Sabes, Dúniechka?, en cuanto me dormí un poco hacia la mañana, soñé de pronto con la difunta Marfa Petróvna... toda de blanco... se me acercó, me tomó de la mano, y me meneaba la cabeza, y con tanta severidad, tanta severidad, como si me reprochara algo... ¿Será de buen agüero? ¡Ay, Dios mío, Dmitri Prokófich, usted todavía no lo sabe: Marfa Petróvna murió!

—No, no lo sé; ¿qué Marfa Petróvna?

—¡De repente! E imagínese...

—Después, mamá —intervino Dunia—, si él todavía no sabe quién es Marfa Petróvna.

—Ah, ¿no lo sabe? Y yo que pensaba que usted ya lo sabía todo. Perdóneme, Dmitri Prokófich, en estos días se me va la cabeza. De verdad, lo considero a usted como nuestra providencia, y por eso estaba convencida de que ya lo sabía todo. Lo considero como de la familia... No se enoje porque le hable así. ¡Ay, Dios mío, qué tiene en la mano derecha! ¿Se lastimó?

—Sí, me lastimé —murmuró Razumíjin, feliz.

—A veces hablo demasiado con el corazón, de modo que Dunia me corrige... ¡Pero, Dios mío, en qué cuartucho vive! ¿Se habrá despertado, sin embargo? ¿Y esa mujer, su casera, considera eso una habitación? Oiga, usted dice que no le gusta mostrar lo que siente, así que quizá yo lo canse con mis... ¿debilidades?... ¿No me enseñaría usted, Dmitri Prokófich? ¿Cómo debo tratarlo? Yo, sabe, ando completamente perdida.

—No le pregunte mucho por nada si ve que frunce el ceño; sobre todo no le pregunte mucho por la salud; no le gusta.

—¡Ay, Dmitri Prokófich, qué difícil es ser madre! Pero aquí está esta escalera... ¡Qué escalera tan horrible!

—Mamá, hasta está pálida, cálmese, palomita mía —dijo Dunia, acariciándola—. Él tendría que ser feliz de verla, y usted se atormenta así —añadió, con un destello en los ojos.

—Esperen, me adelanto a ver si se despertó.

Las señoras siguieron despacio a Razumíjin, que se había adelantado por la escalera, y cuando llegaron, en el cuarto piso, a la altura de la puerta

de la casera, notaron que la puerta estaba entreabierta una rendijita y que dos ojos negros y rápidos las examinaban a las dos desde la oscuridad. Y cuando las miradas se cruzaron, la puerta se cerró de pronto de golpe, y con tal estruendo que Pulqueria Aleksándrovna casi gritó del susto.

Tercera parte. Capítulo III

—¡Está sano, está sano! —gritó alegremente Zosímov al recibir a los que entraban. Había llegado hacía unos diez minutos y estaba sentado en su rincón de la víspera, en el sofá. Raskólnikov estaba sentado en el rincón de enfrente, completamente vestido e incluso cuidadosamente lavado y peinado, cosa que hacía mucho que no le ocurría. La habitación se llenó de golpe, pero aun así Nastasia alcanzó a pasar detrás de los visitantes y se quedó a escuchar.

En efecto, Raskólnikov estaba casi sano, sobre todo en comparación con la víspera, solo que estaba muy pálido, distraído y sombrío. Por fuera parecía un hombre herido o que soporta algún fuerte dolor físico: tenía las cejas fruncidas, los labios apretados, la mirada inflamada. Hablaba poco y de mala gana, como haciendo un esfuerzo o cumpliendo una obligación, y una especie de inquietud aparecía de vez en cuando en sus movimientos.

Solo le faltaba alguna venda en la mano o un dedil de tafetán en un dedo para parecerse por completo a un hombre al que, por ejemplo, le duele mucho un dedo con un absceso, o se ha lastimado una mano, o algo por el estilo.

Por lo demás, también esa cara pálida y sombría se iluminó por un

instante como con una luz cuando entraron la madre y la hermana, pero eso solo añadió a su expresión, en lugar de la anterior distracción angustiada, como un tormento más concentrado. La luz se apagó pronto, pero el tormento quedó, y Zosímov, que observaba y estudiaba a su paciente con todo el ardor juvenil de un médico que acaba de empezar a curar, notó con asombro en él, con la llegada de los suyos, en lugar de alegría, como una pesada decisión oculta de soportar una o dos horas de tortura que ya no se podía evitar. Vio después cómo casi cada palabra de la conversación que siguió parecía tocar alguna herida de su paciente y hurgar en ella; pero al mismo tiempo se asombró en parte de la habilidad que tenía hoy para dominarse y ocultar sus sentimientos el monomaníaco de la víspera, que por la menor palabra caía la víspera casi en la furia.

—Sí, ahora yo mismo veo que estoy casi sano —dijo Raskólnikov, besando cariñosamente a su madre y a su hermana, con lo que Pulqueria Aleksándrovna resplandeció enseguida—, y ya no lo digo como ayer —añadió, dirigiéndose a Razumíjin y estrechándole amistosamente la mano.

—Pues yo hasta me he asombrado de él hoy —empezó Zosímov, muy contento de que hubieran llegado, porque en diez minutos ya había perdido el hilo de la conversación con su enfermo—. Dentro de tres o cuatro días, si sigue así, estará completamente como antes, es decir, como estaba hace un mes, o dos... ¿o quizá tres? Porque esto empezó de lejos y se venía preparando... ¿eh? ¿Reconoce ahora que quizá usted mismo tuvo la culpa? —añadió con una sonrisa cautelosa, como si todavía temiera irritarlo con algo.

—Es muy posible —respondió fríamente Raskólnikov.

—Lo digo porque —prosiguió Zosímov, entusiasmado— su completa curación depende ahora, en lo principal, únicamente de usted mismo. Ahora que ya se puede hablar con usted, quisiera inculcarle que es necesario eliminar las causas primeras, por así decirlo, las causas de raíz que influyeron en el nacimiento de su estado enfermizo; entonces se curará; si no, hasta será peor. Esas causas primeras no las conozco, pero usted tiene que conocerlas. Usted es un hombre inteligente y, desde luego, se ha observado a sí mismo. Me parece que el comienzo de su trastorno coincide en parte con su salida de la universidad. Usted no puede quedarse sin ocupación, y por eso el trabajo y una meta firmemente fijada, me parece, podrían ayudarle mucho.

—Sí, sí, tiene usted toda la razón... volveré cuanto antes a la universidad, y entonces todo irá... sobre ruedas...

Zosímov, que había empezado sus sabios consejos en parte también por el efecto ante las señoras, quedó desde luego algo desconcertado cuando, al terminar su discurso y mirar a su oyente, notó en su cara una burla decidida. Por lo demás, eso duró un instante. Pulqueria Aleksándrovna se puso enseguida a agradecerle a Zosímov, en especial la visita nocturna de la víspera en la posada.

—¿Cómo, fue a verlas también de noche? —preguntó Raskólnikov, como alarmándose—. ¿Entonces tampoco ustedes durmieron después del viaje?

—Ay, Rodia, si todo eso fue solo hasta las dos. Dunia y yo, en casa, nunca nos acostábamos antes de las dos.

—Yo tampoco sé cómo agradecérselo —prosiguió Raskólnikov, frunciendo de pronto el ceño y bajando los ojos—. Dejando de lado la

cuestión del dinero (perdone que lo mencione —se dirigió a Zosímov—), ya no sé con qué me he merecido de usted una atención tan especial. Sencillamente no lo entiendo... y... y hasta me pesa, porque es incomprensible: se lo digo con franqueza.

—Pero no se irrite —se rió Zosímov con esfuerzo—. Suponga que es usted mi primer paciente; bueno, y los de nuestro oficio, que acabamos de empezar a ejercer, queremos a nuestros primeros pacientes como a hijos propios, y algunos casi se enamoran de ellos. Y yo no ando sobrado de pacientes.

—Y no hablo ya de este —añadió Raskólnikov, señalando a Razumíjin—, que tampoco ha recibido de mí más que ofensas y molestias.

—¡Mira cómo miente! ¿Pero qué, hoy estás sentimental? —gritó Razumíjin.

Si hubiera sido más perspicaz, habría visto que allí no había ningún estado sentimental, sino incluso algo completamente contrario. Pero Avdotia Románovna lo notó. Seguía a su hermano con la mirada fija e inquieta.

—De usted, mamá, ni me atrevo a hablar —prosiguió él, como si recitara una lección aprendida desde la mañana—. Solo hoy he podido darme cuenta un poco de cómo debieron de atormentarse ayer aquí esperando que yo volviera. —Dicho esto, le tendió de pronto la mano a su hermana, en silencio y con una sonrisa. Pero en esa sonrisa asomó esta vez un sentimiento verdadero, auténtico. Dunia agarró enseguida la mano que le tendía y la estrechó con ardor, contenta y agradecida. Era la primera vez que se dirigía a ella después de la pelea de la víspera. La cara de la madre se iluminó de entusiasmo y felicidad al ver esa reconciliación definitiva y sin

palabras entre el hermano y la hermana.

—¡Por esto es que lo quiero! —susurró Razumíjin, que todo lo exageraba, volviéndose enérgicamente en la silla—. ¡Tiene estos arranques!...

«Y qué bien le sale todo —pensaba la madre para sí—, qué arranques nobles tiene, y con qué sencillez, con qué delicadeza terminó todo ese malentendido de ayer con su hermana: solo con tenderle la mano en un momento así y mirarla bien... Y qué ojos tan hermosos tiene, y qué hermosa toda la cara... Es hasta más guapo que Dúniechka... Pero, Dios mío, qué ropa lleva, qué espantosamente vestido está. ¡Vasia, el recadero de la tienda de Afanasi Ivánovich, va mejor vestido!... Y así, así, me parece, me lanzaría hacia él y lo abrazaría, y... lloraría, pero tengo miedo... cómo está, ¡Señor!... Si habla con cariño, y tengo miedo. ¿De qué tengo miedo?...»

—¡Ay, Rodia, no lo vas a creer —repuso de pronto, apresurándose a responder a su observación— lo... desdichadas que estábamos ayer Dúniechka y yo! Ahora que ya todo pasó y terminó y todos somos otra vez felices, se puede contar. Imagínate: venimos corriendo aquí para abrazarte, casi directamente desde el vagón, y esa mujer... ¡ah, si aquí está! ¡Buenos días, Nastasia!... nos dice de pronto que estás en cama con delirium tremens y que acabas de escaparte a escondidas del médico, delirando, a la calle, y que habían salido a buscarte. ¡No vas a creer lo que nos pasó! Me acordé justo de cómo murió trágicamente el teniente Potánchikov, un conocido nuestro, amigo de tu padre (tú no te acuerdas de él, Rodia), también con delirium tremens, que salió corriendo del mismo modo y se cayó a un pozo en el patio; solo al día siguiente pudieron sacarlo. Y nosotras, desde luego, lo exageramos todavía más. Quisimos salir corriendo

a buscar a Piotr Petróvich, para que al menos con su ayuda... porque estábamos solas, completamente solas —dijo arrastrando la voz, lastimera, y de pronto se cortó del todo, recordando que hablar de Piotr Petróvich todavía era bastante peligroso, a pesar de que «ya todos eran otra vez completamente felices».

—Sí, sí... todo eso, desde luego, es fastidioso... —murmuró en respuesta Raskólnikov, pero con un aire tan distraído y casi desatento que Dúniechka lo miró asombrada.

—¿Qué era lo que quería decir? —prosiguió él, recordando con esfuerzo—. Ah, sí: por favor, mamá, y tú, Dúniechka, no piensen que yo no quería ir a verlas primero hoy y que esperaba que vinieran ustedes primero.

—¡Pero qué dices, Rodia! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna, también asombrada.

«¿Qué, nos responde por obligación? —pensó Dúniechka—. Y se reconcilia, y pide perdón, como si cumpliera un servicio o recitara una lección».

—Acabo de despertarme y ya quería ir, pero me retuvo la ropa; ayer me olvidé de decirle a ella... a Nastasia... que lavara esa sangre... Solo ahora alcancé a vestirme.

—¡Sangre! ¿Qué sangre? —se alarmó Pulqueria Aleksándrovna.

—No es nada... no se preocupe. Es sangre porque ayer, cuando andaba algo delirando, me encontré con un hombre atropellado... un funcionario...

—¿Delirando? Pero si te acuerdas de todo —interrumpió Razumíjin.

—Es verdad —respondió Raskólnikov con una solicitud algo

especial—, me acuerdo de todo, hasta del menor detalle, pero vaya: ¿por qué hice eso, y fui allí, y dije aquello? Ya no puedo explicarlo bien.

—Un fenómeno demasiado conocido —intervino Zosímov—: la ejecución del acto es a veces magistral, astutísima, pero el gobierno de los actos, el origen de los actos, está trastornado y depende de distintas impresiones enfermizas. Se parece a un sueño.

«Pues quizá hasta sea bueno que me tome casi por loco», pensó Raskólnikov.

—Pero así, quizá, también les pasa a los sanos —observó Dúniechka, mirando con inquietud a Zosímov.

—Una observación bastante acertada —respondió este—. En ese sentido, en efecto, todos nosotros, y muy a menudo, somos casi como locos, con la pequeña diferencia de que los «enfermos» están algo más locos que nosotros, y por eso aquí es necesario distinguir un límite. Y un hombre armónico, es verdad, casi no existe; por decenas, y quizá por muchos cientos de miles, se encuentra uno, y eso en ejemplares bastante endebles...

Ante la palabra «loco», que se le escapó imprudentemente a Zosímov, que se había ido de la lengua con su tema favorito, todos fruncieron el ceño. Raskólnikov estaba sentado como si no prestara atención, pensativo y con una sonrisa extraña en los labios pálidos. Seguía calculando algo.

—Bueno, ¿y qué pasó con ese atropellado? ¡Te interrumpí! —gritó enseguida Razumíjin.

—¿Qué? —pareció despertar este—. Sí... bueno, me manché de sangre cuando ayudaba a llevarlo a su vivienda... A propósito, mamá, ayer hice algo imperdonable; de verdad no estaba en mis cabales. Ayer di todo el

dinero que ustedes me mandaron... a su mujer... para el entierro. Ahora es viuda, tísica, una mujer lastimosa... tres huérfanos pequeños, hambrientos... la casa vacía... y hay además una hija... Quizá ustedes mismas lo habrían dado, si lo hubieran visto... Aunque no tenía ningún derecho, lo reconozco, sobre todo sabiendo cómo les costó a ustedes ese dinero. Para ayudar, primero hay que tener ese derecho; si no: «Crevez chiens, si vous n'êtes pas contents!»[1] —Se echó a reír—. ¿No es así, Dunia?

—No, no es así —respondió Dunia con firmeza.

—¡Vaya! También tú... ¡con intenciones!... —murmuró él, mirándola casi con odio y sonriendo con burla—. Debí darme cuenta... Bueno, y es loable; mejor para ti... y llegarás a un límite tal que, si no lo cruzas, serás desdichada, y si lo cruzas, quizá serás todavía más desdichada... ¡Aunque todo esto es una tontería! —añadió irritado, fastidiado por haberse dejado llevar sin querer—. Solo quería decir que le pido perdón a usted, mamá —concluyó, brusco y entrecortado.

—Basta, Rodia, ¡estoy segura de que todo lo que haces está bien! —dijo la madre, contenta.

—No esté tan segura —respondió él, torciendo la boca en una sonrisa. Siguió un silencio. Había algo tenso en toda esa conversación, y en el silencio, y en la reconciliación, y en el perdón, y todos lo sentían.

«Pues parece que de verdad me tienen miedo», pensaba Raskólnikov para sí, mirando de soslayo a su madre y a su hermana. Pulqueria Aleksándrovna, en efecto, cuanto más callaba, más se intimidaba.

«De lejos, parece, sí que las quería», le cruzó por la cabeza.

—¿Sabes, Rodia? ¡Marfa Petróvna murió! —soltó de pronto Pulqueria Aleksándrovna.

—¿Qué Marfa Petróvna?

—¡Ay, Dios mío, pues Marfa Petróvna, la de Svidrigáilov! Te escribí tanto sobre ella.

—Ah, ah, sí, me acuerdo... ¿Así que murió? ¿Ah, de verdad? —se sobresaltó de pronto, como despertando—. ¿De verdad murió? ¿Y de qué?

—¡Imagínate, de repente! —se apresuró Pulqueria Aleksándrovna, animada por su curiosidad—. ¡Y justo en el mismo tiempo en que te mandé aquella carta, hasta el mismo día! Imagínate, ese hombre horrible parece que fue la causa de su muerte. ¡Dicen que le dio una paliza terrible!

—¿Acaso vivían así? —preguntó él, dirigiéndose a su hermana.

—No, al contrario. Con ella siempre era muy paciente, hasta cortés. En muchos casos era incluso demasiado indulgente con su carácter, siete años enteros... De pronto, no sé cómo, perdió la paciencia.

—¿Entonces no es tan horrible, si aguantó siete años? Dúniechka, parece que lo justificas.

—¡No, no, es un hombre horrible! No puedo imaginar nada más horrible —respondió Dunia casi con un estremecimiento, frunció las cejas y se quedó pensativa.

—Les pasó por la mañana —prosiguió, apresurándose, Pulqueria Aleksándrovna—. Después de eso ella mandó enseguida enganchar los caballos para ir a la ciudad justo después de comer, porque en esos casos siempre iba a la ciudad; comió en la comida, dicen, con mucho apetito...

—¿Apaleada y todo?

—... Por lo demás, siempre tuvo esa... costumbre, y en cuanto comió, para no atrasarse en salir, se fue enseguida a la casa de baños... Verás, ella se curaba de algo con baños; allí tienen un manantial frío, y se bañaba en él

regularmente todos los días, ¡y en cuanto entró en el agua, de pronto le dio un ataque!

—¡Claro! —dijo Zosímov.

—¿Y le pegó muy fuerte?

—Eso da lo mismo —respondió Dunia.

—¡Hm! Aunque, qué ganas tiene usted, mamá, de contar semejantes tonterías —dijo de pronto Raskólnikov, irritado y como sin querer.

—Ay, querido, es que ya no sabía de qué hablar —se le escapó a Pulqueria Aleksándrovna.

—¿Pero qué, todos me tienen miedo, o qué? —dijo él con una sonrisa torcida.

—Eso es verdad —dijo Dunia, mirando directa y severamente a su hermano—. Mamá, al subir la escalera, hasta se santiguó de miedo.

Su cara se torció como por una convulsión.

—¡Ay, qué dices, Dunia! No te enojes, por favor, Rodia... ¿Para qué dices eso, Dunia? —empezó turbada Pulqueria Aleksándrovna—. Es que yo, de verdad, viniendo aquí, todo el camino soñaba, en el vagón, con cómo nos veríamos, con cómo nos contaríamos todo... ¡y era tan feliz que ni vi el camino! ¡Pero qué digo! También ahora soy feliz... No tenías por qué, Dunia... Yo ya soy feliz solo con verte, Rodia...

—Basta, mamá —murmuró él turbado, sin mirarla, y le apretó la mano—. ¡Tendremos tiempo de hablar!

Al decir esto, de pronto se turbó y palideció: otra vez una sensación terrible de hacía poco le recorrió el alma con un frío de muerte; otra vez le resultó de pronto completamente claro y comprensible que acababa de decir una mentira horrible, que no solo ya nunca tendría tiempo de hablar,

sino que ya no podía hablar de nada más, nunca y con nadie. La impresión de ese pensamiento torturante fue tan fuerte que, por un instante, casi perdió por completo la conciencia, se levantó y, sin mirar a nadie, fue hacia la puerta.

—¿Qué te pasa? —gritó Razumíjin, agarrándolo del brazo.

Él volvió a sentarse y se puso a mirar alrededor en silencio; todos lo miraban perplejos.

—¡Pero por qué están todos tan aburridos! —exclamó de pronto, de manera completamente inesperada—. ¡Digan algo! ¿Para qué estar así sentados? ¡Vamos, hablen! Pongámonos a conversar... Nos reunimos y nos callamos... ¡Vamos, algo!

—¡Gracias a Dios! Y yo que pensaba que empezaba algo como lo de ayer —dijo Pulqueria Aleksándrovna, santiguándose.

—¿Qué te pasa, Rodia? —preguntó con desconfianza Avdotia Románovna.

—Nada, me acordé de una cosa —respondió él, y de pronto se echó a reír.

—Bueno, si es una cosa, está bien. Porque yo mismo estaba pensando... —murmuró Zosímov, levantándose del sofá—. Pero ya es hora de irme; quizá vuelva... si lo encuentro...

Se despidió y salió.

—¡Qué hombre tan excelente! —observó Pulqueria Aleksándrovna.

—Sí, excelente, magnífico, culto, inteligente... —empezó de pronto Raskólnikov con una precipitación inesperada y con una animación hasta entonces extraordinaria—. Ya no recuerdo dónde lo conocí antes de la enfermedad... Me parece que lo conocí en algún lado... ¡Y este también es

una buena persona! —señaló con la cabeza a Razumíjin—. ¿Te gusta, Dunia? —le preguntó, y de pronto, no se sabe por qué, se echó a reír.

—Mucho —respondió Dunia.

—¡Uf, qué... cerdito eres! —dijo Razumíjin, terriblemente turbado y colorado, y se levantó de la silla. Pulqueria Aleksándrovna sonrió levemente, y Raskólnikov soltó una carcajada.

—¿Pero adónde vas?

—Yo también... tengo que irme.

—No tienes ninguna necesidad, ¡quédate! Zosímov se fue, y entonces tú también tienes que irte. No te vayas... ¿Y qué hora es? ¿Son las doce? ¡Qué relojito tan bonito tienes, Dunia! ¿Pero por qué otra vez se callan? ¡Solo hablo yo, yo!...

—Es un regalo de Marfa Petróvna —respondió Dunia.

—Y carísimo —añadió Pulqueria Aleksándrovna.

—¡Ah, ah! Qué grande, casi no es de señora.

—A mí me gustan así —dijo Dunia.

«Entonces no es regalo del novio», pensó Razumíjin, y se alegró no se sabe por qué.

—Y yo que pensaba que era regalo de Luzhin —observó Raskólnikov.

—No, él todavía no le ha regalado nada a Dúniechka.

—¡Ah, ah! ¿Y se acuerda, mamá, de que yo estuve enamorado y quería casarme? —dijo de pronto, mirando a su madre, sorprendida por el giro inesperado y por el tono con que se puso a hablar de eso.

—¡Ay, querido, sí! —Pulqueria Aleksándrovna intercambió una mirada con Dúniechka y con Razumíjin.

—¡Hm! ¡Sí! ¿Y qué les voy a contar? Hasta me acuerdo poco. Era una

muchacha tan enfermiza —prosiguió, como si de pronto volviera a quedarse pensativo y bajara los ojos—, muy enferma; le gustaba dar limosna a los pobres, y soñaba siempre con el convento, y una vez se deshizo en lágrimas cuando empezó a hablarme de eso; sí, sí... me acuerdo... me acuerdo bien. Tan feúcha... de cara. De verdad, no sé por qué me encariñé entonces con ella; me parece que porque siempre estaba enferma... Si encima hubiera sido coja o jorobada, me parece que la habría querido todavía más... (Sonrió pensativo). Así... fue una especie de delirio de primavera...

—No, aquí no hay solo un delirio de primavera —dijo con vehemencia Dúniechka.

Él miró con atención y tensión a su hermana, pero no oyó, o incluso no entendió, sus palabras. Después, profundamente pensativo, se levantó, se acercó a su madre, la besó, volvió a su sitio y se sentó.

—¡Todavía la quieres! —dijo conmovida Pulqueria Aleksándrovna.

—¿A ella? ¿Ahora? Ah, sí... ¡habla usted de ella! No. Ahora todo eso está como en el otro mundo... y hace tanto. Y todo alrededor es como si no pasara aquí...

La miró con atención.

—Y también a ustedes... es como si las mirara desde mil verstas... ¡Y el diablo sabrá para qué hablamos de esto! ¿Y para qué preguntar? —añadió con fastidio, y se calló, mordiéndose las uñas y volviendo a quedarse pensativo.

—Qué mala vivienda tienes, Rodia, parece un ataúd —dijo de pronto Pulqueria Aleksándrovna, interrumpiendo el penoso silencio—. Estoy segura de que te has vuelto tan melancólico en parte por la vivienda.

—¿La vivienda?... —respondió él distraído—. Sí, la vivienda contribuyó mucho... yo también lo pensé... Pero si supiera usted, mamá, qué idea tan extraña acaba de decir —añadió de pronto, con una sonrisa extraña.

Un poco más y esa compañía, esos parientes, después de tres años de separación, ese tono familiar de la conversación en medio de la imposibilidad completa de hablar de nada, se le habrían vuelto por fin decididamente insoportables. Había, sin embargo, un asunto impostergable que de un modo o de otro había que resolver sin falta ese día: así lo había decidido ya por la mañana, al despertarse. Ahora se alegró del asunto, como de una salida.

—Mira, Dunia —empezó serio y seco—, desde luego te pido perdón por lo de ayer, pero considero mi deber recordarte otra vez que no renuncio a lo principal. O yo, o Luzhin. Que yo sea un canalla, pero tú no debes serlo. Uno de los dos. Y si te casas con Luzhin, dejo enseguida de considerarte mi hermana.

—¡Rodia, Rodia! Pero si es lo mismo que ayer —exclamó apenada Pulqueria Aleksándrovna—. ¿Y por qué te llamas siempre canalla? ¡No puedo soportarlo! Y ayer lo mismo...

—Hermano —respondió Dunia con firmeza y también con sequedad—, en todo esto hay un error de tu parte. Lo pensé durante la noche y encontré el error. Todo está en que tú, al parecer, supones que yo me sacrifico por alguien y para alguien. No es así en absoluto. Me caso simplemente por mí, porque a mí misma me resulta penoso; y después, desde luego, me alegraré si consigo ser útil a los míos, pero en mi decisión ese no es el motivo principal...

«¡Miente! —pensaba él para sí, mordiéndose las uñas de rabia—. ¡Orgullosa! ¡No quiere reconocer que quiere hacer el bien! ¡Oh, caracteres bajos! Aman como si odiaran... ¡Oh, cómo... los odio a todos!»

—En una palabra, me caso con Piotr Petróvich —prosiguió Dúniechka— porque de dos males elijo el menor. Tengo la intención de cumplir honradamente todo lo que él espera de mí, y por lo tanto no lo engaño... ¿Por qué sonreíste así hace un momento?

También ella se encendió, y en sus ojos brilló la ira.

—¿Lo cumplirás todo? —preguntó él, sonriendo con veneno.

—Hasta cierto límite. La manera y la forma en que Piotr Petróvich pidió mi mano me mostraron enseguida lo que necesita. Desde luego, se tiene en mucho, quizá demasiado, pero espero que también me tenga en mucho a mí... ¿Por qué te ríes otra vez?

—¿Y por qué te pones colorada otra vez? Mientes, hermana, mientes a propósito, solo por terquedad de mujer, solo para salirte con la tuya delante de mí... No puedes respetar a Luzhin: yo lo vi y hablé con él. Entonces te vendes por dinero, y entonces, en todo caso, actúas con bajeza, ¡y me alegro de que por lo menos puedas ponerte colorada!

—¡No es verdad, no miento!... —exclamó Dúniechka, perdiendo toda la sangre fría—. No me casaré con él sin estar convencida de que me aprecia y me valora; no me casaré con él sin estar firmemente convencida de que yo misma puedo respetarlo. Por suerte, puedo convencerme de eso con seguridad, y hoy mismo. ¡Y un matrimonio así no es una vileza, como dices! Y aunque tuvieras razón, aunque de verdad me hubiera decidido a una vileza, ¿no es despiadado de tu parte hablarme así? ¿Por qué me exiges un heroísmo que quizá ni tú tienes? ¡Eso es despotismo, eso es violencia! Si

pierdo a alguien, será solo a mí misma... ¡Todavía no he degollado a nadie!... ¿Por qué me miras así? ¿Por qué te pusiste tan pálido? Rodia, ¿qué te pasa? ¡Rodia, querido!...

—¡Señor! ¡Lo hizo desmayar! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

—No, no... tonterías... ¡no es nada!... Me dio un poco vueltas la cabeza. No es para nada un desmayo... ¡Qué manía con esos desmayos!... ¡Hm! Sí... ¿qué era lo que quería decir? Ah, sí: ¿cómo vas a convencerte hoy mismo de que puedes respetarlo y de que él... te valora, o cómo dijiste? ¿Dijiste hoy, me parece? ¿O oí mal?

—Mamá, muéstrele a mi hermano la carta de Piotr Petróvich —dijo Dúniechka.

Pulqueria Aleksándrovna le entregó la carta con manos temblorosas. Él la tomó con mucha curiosidad. Pero antes de desplegarla, miró de pronto con una especie de asombro a Dúniechka.

—Qué extraño —dijo despacio, como golpeado de pronto por una idea nueva—, ¿pero por qué me afano tanto? ¿Por qué todo este griterío? ¡Cásate con quien quieras!

Hablaba como para sí, pero lo dijo en voz alta y durante un rato miró a su hermana, como desconcertado.

Desplegó por fin la carta, conservando todavía un aire de extraño asombro; después empezó a leer despacio y con atención, y la leyó dos veces. Pulqueria Aleksándrovna estaba especialmente inquieta; y todos esperaban algo especial.

—Esto me asombra —empezó tras pensar un poco, devolviéndole la carta a su madre, pero sin dirigirse a nadie en particular—: si se ocupa de asuntos, es abogado, y hasta su conversación es así... con pretensiones, y en

cambio qué mal escribe.

Todos se movieron; no esperaban para nada eso.

—Pero si todos ellos escriben así —observó Razumíjin, cortante.

—¿Acaso la leíste?

—Sí.

—Se la mostramos, Rodia, nosotras... le pedimos consejo hace un rato —empezó turbada Pulqueria Aleksándrovna.

—Es, propiamente, el estilo de los tribunales —interrumpió Razumíjin—: los papeles judiciales todavía se escriben así.

—¿Judicial? Sí, justamente judicial, de oficina... No es que esté muy mal escrito, ni tampoco que sea muy literario: ¡de oficina!

—Piotr Petróvich no oculta que estudió con lo justo y hasta se enorgullece de haberse abierto camino solo —observó Avdotia Románovna, algo ofendida por el tono nuevo de su hermano.

—Bueno, si se enorgullece, será que tiene de qué; no lo contradigo. Tú, hermana, parece que te ofendiste de que de toda la carta yo sacara una observación tan frívola, y crees que hablé a propósito de semejantes pequeñeces para burlarme de ti por despecho. Al contrario: a propósito del estilo se me ocurrió una observación nada superflua en el caso presente. Hay ahí una expresión, «cúlpese usted misma», puesta de un modo muy significativo y claro, y además está la amenaza de que se irá enseguida si yo vengo. Esa amenaza de irse es lo mismo que amenazar con abandonarlas a las dos si son desobedientes, y abandonarlas ahora, cuando ya las ha hecho venir a Petersburgo. Bueno, ¿qué te parece: puede uno ofenderse de una expresión así viniendo de Luzhin del mismo modo que si la hubiera escrito este (señaló a Razumíjin), o Zosímov, o alguno de nosotros?

—N-no —respondió Dúniechka, animándose—, entendí muy bien que está expresado con demasiada ingenuidad y que quizá él simplemente no es un maestro de la escritura... Eso lo razonaste bien, hermano. Ni siquiera lo esperaba...

—Está expresado al estilo judicial, y al estilo judicial no se puede escribir de otro modo, y resultó más grosero de lo que quizá él quería. Por lo demás, debo desilusionarte un poco: en esta carta hay otra expresión, una calumnia sobre mí, y bastante vilecita. Ayer di el dinero a la viuda, tísica y aniquilada, y no «con el pretexto del entierro», sino directamente para el entierro, y no en manos de la hija, muchacha, como él escribe, «de conducta notoria» (y a la que ayer vi por primera vez en mi vida), sino precisamente a la viuda. En todo esto veo un deseo demasiado apresurado de ensuciarme y de enemistarme con ustedes. Y otra vez está expresado al estilo judicial, es decir, con el propósito demasiado a la vista y con una prisa muy ingenua. Es un hombre inteligente, pero para actuar con inteligencia no basta con la inteligencia. Todo esto retrata al hombre y... no creo que te tenga en mucho. Te lo comunico únicamente para tu edificación, porque te deseo sinceramente el bien...

Dúniechka no respondió; su decisión ya estaba tomada desde hacía un rato; solo esperaba la noche.

—¿Y entonces qué decides, Rodia? —preguntó Pulqueria Aleksándrovna, todavía más inquieta que antes por su tono repentino, nuevo, de hombre de negocios.

—¿Qué es eso de «decides»?

—Pues que Piotr Petróvich escribe que no estés en nuestra casa esta noche y que se irá... si vienes. ¿Y entonces tú... vendrás?

—Eso, desde luego, no me toca decidirlo a mí, sino, en primer lugar, a usted, si semejante exigencia de Piotr Petróvich no la ofende, y en segundo lugar, a Dunia, si tampoco se ofende. Y yo haré lo que sea mejor para ustedes —añadió con sequedad.

—Dúniechka ya lo decidió, y yo estoy completamente de acuerdo con ella —se apresuró a intercalar Pulqueria Aleksándrovna.

—Decidí pedirte, Rodia, pedirte con insistencia, que estés sin falta en nuestra casa en ese encuentro —dijo Dunia—. ¿Vendrás?

—Vendré.

—Y a usted también le pido que esté en nuestra casa a las ocho —se dirigió a Razumíjin—. Mamá, también lo invito a él.

—Muy bien, Dúniechka. Bueno, como ustedes lo hayan decidido —añadió Pulqueria Aleksándrovna—, que así sea. Y para mí también es más fácil; no me gusta fingir ni mentir; mejor digamos toda la verdad... ¡Que se enoje o no se enoje ahora Piotr Petróvich!

Notas

1. «¡Revienten, perros, si no están contentos!».

Tercera parte. Capítulo IV

En ese momento la puerta se abrió despacio y en la habitación, mirando tímidamente alrededor, entró una muchacha. Todos se volvieron hacia ella con asombro y curiosidad. Raskólnikov no la reconoció a primera vista. Era Sofía Semiónovna Marmeládova. La había visto la víspera por primera vez, pero en un momento tal, en semejante ambiente y con semejante vestimenta, que en su memoria se había grabado la imagen de una persona completamente distinta. Ahora era una muchacha vestida con modestia e incluso con pobreza, todavía muy jovencita, casi parecida a una niña, de maneras modestas y decorosas, con una cara clara, pero como algo asustada. Llevaba un vestidito de casa muy sencillo, en la cabeza un sombrerito viejo, de moda pasada; solo en las manos llevaba, como la víspera, la sombrilla. Al ver de pronto la habitación llena de gente, no es que se turbara, sino que perdió del todo la cabeza, se intimidó como una niña pequeña y hasta hizo un movimiento para volverse.

—Ah... ¿es usted?... —dijo Raskólnikov, extraordinariamente asombrado, y de pronto él mismo se turbó.

Enseguida se le ocurrió que su madre y su hermana ya sabían de pasada, por la carta de Luzhin, de cierta muchacha de conducta «notoria».

Hacía un momento él había protestado contra la calumnia de Luzhin y había mencionado que veía a esa muchacha por primera vez, y de pronto entraba ella misma. Recordó también que no había protestado en absoluto contra la expresión «de conducta notoria». Todo eso le pasó por la cabeza de manera confusa y en un instante. Pero, al mirarla con más atención, vio de pronto que ese ser humillado estaba ya tan humillado que de pronto le dio lástima. Y cuando ella hizo un movimiento para huir de miedo, en él algo pareció darse la vuelta.

—No la esperaba en absoluto —se apresuró, deteniéndola con la mirada—. Hágame el favor, siéntese. Seguramente viene de parte de Katerina Ivánovna. Permítame, aquí no, siéntese aquí...

Al entrar Sonia, Razumíjin, que estaba sentado en una de las tres sillas de Raskólnikov, justo junto a la puerta, se incorporó para dejarla entrar. Al principio Raskólnikov le señaló un lugar en el rincón del sofá donde había estado sentado Zosímov, pero, recordando que ese sofá era un lugar demasiado familiar y le servía de cama, se apresuró a indicarle la silla de Razumíjin.

—Y tú siéntate aquí —le dijo a Razumíjin, sentándolo en el rincón donde había estado Zosímov.

Sonia se sentó, casi temblando de miedo, y miró tímidamente a las dos señoras. Se veía que ni ella misma entendía cómo había podido sentarse a su lado. Al darse cuenta, se asustó tanto que de pronto volvió a levantarse y, completamente turbada, se dirigió a Raskólnikov.

—Yo... yo... pasé solo un minuto, perdone que lo haya molestado —empezó, balbuceando—. Vengo de parte de Katerina Ivánovna, y ella no tenía a quién mandar... Y Katerina Ivánovna me encargó que le rogara

mucho que viniera mañana al funeral, por la mañana... en la misa... en el Mitrofánievski[1], y después a casa... a su casa... a comer... Que le haga el honor... Me mandó rogárselo.

Sonia se trabó y se calló.

—Haré lo posible sin falta... sin falta —respondió Raskólnikov, incorporándose también, también balbuceando y sin terminar las frases...—. Hágame el favor, siéntese —dijo de pronto—, tengo que hablar con usted. Por favor... quizá tiene prisa... hágame el favor, regáleme dos minutos...

Y le acercó la silla. Sonia volvió a sentarse y otra vez, tímida, perdida, echó una mirada rápida a las dos señoras y de pronto bajó los ojos.

La cara pálida de Raskólnikov se encendió; fue como si lo recorriera una sacudida; le ardieron los ojos.

—Mamá —dijo con firmeza e insistencia—, esta es Sofía Semiónovna Marmeládova, la hija de aquel desdichado señor Marmeládov al que ayer atropellaron los caballos delante de mis ojos y del que ya les hablé...

Pulqueria Aleksándrovna miró a Sonia y entornó levemente los ojos. A pesar de toda su turbación ante la mirada insistente y desafiante de Rodia, no pudo negarse ese placer. Dúniechka clavó la vista, seria y fijamente, en la cara de la pobre muchacha y la examinaba perpleja. Sonia, al oír la presentación, levantó otra vez los ojos, pero se turbó todavía más que antes.

—Quería preguntarle —se dirigió a ella enseguida Raskólnikov— cómo se arregló todo hoy. ¿No las molestaron?... por ejemplo, la policía.

—No, señor, todo pasó... Si se ve demasiado de qué fue la muerte; no nos molestaron; solo que los inquilinos se enojan.

—¿Por qué?

—Porque el cuerpo está mucho tiempo... como ahora hace calor, el olor... así que hoy, para las vísperas, lo llevarán al cementerio, hasta mañana, a la capilla. Katerina Ivánovna al principio no quería, pero ahora ella misma ve que no se puede...

—¿Así que hoy?

—Ella le ruega que nos haga el honor de estar mañana en el funeral en la iglesia, y después ir a su casa, a la comida de difuntos.

—¿Va a dar una comida de difuntos?

—Sí, señor, algo de comer; le manda agradecerle mucho que ayer nos ayudara... sin usted no habríamos tenido con qué enterrarlo. —Y de pronto le temblaron los labios y la barbilla, pero se contuvo y se dominó, bajando enseguida otra vez los ojos al suelo.

Mientras hablaban, Raskólnikov la examinaba con fijeza. Era una carita delgada, muy delgada y pálida, bastante irregular, algo puntiaguda, con una naricita pequeña y puntiaguda, y lo mismo el mentón. Ni siquiera se la podía llamar bonita, pero en cambio sus ojos azules eran tan claros, y, cuando se animaban, la expresión de su cara se volvía tan bondadosa y tan cándida, que atraía hacia ella sin querer. En su cara, y en toda su figura, había además un rasgo característico especial: a pesar de sus dieciocho años, parecía casi todavía una niña, mucho más joven de lo que era, casi una criatura, y eso a veces se manifestaba hasta de un modo gracioso en algunos de sus movimientos.

—¿Pero es posible que Katerina Ivánovna haya podido arreglarse con medios tan escasos, y que encima piense dar de comer?... —preguntó Raskólnikov, prosiguiendo con insistencia la conversación.

—El ataúd va a ser sencillo, señor... y todo va a ser sencillo, así que no es caro... hace un rato Katerina Ivánovna y yo lo calculamos todo, así que quedará para la comida de difuntos... y Katerina Ivánovna tiene muchas ganas de que sea así. Porque no se puede, señor... para ella es un consuelo... ella es así, usted ya sabe...

—Entiendo, entiendo... desde luego... ¿Por qué mira así mi habitación? Mamá también dice que parece un ataúd.

—¡Usted nos dio todo ayer! —dijo de pronto en respuesta Sóniechka, con una especie de susurro fuerte y rápido, volviendo a bajar mucho los ojos de pronto. Los labios y la barbilla le volvieron a temblar. Hacía rato que la impresionaba el ambiente pobre de Raskólnikov, y ahora esas palabras le salieron de pronto solas. Siguió un silencio. Los ojos de Dúniechka parecieron aclararse, y Pulqueria Aleksándrovna hasta miró con amabilidad a Sonia.

—Rodia —dijo, levantándose—, desde luego comemos juntos. Dúniechka, vamos... Y tú, Rodia, podrías salir, pasear un poco, y después descansar, acostarte un rato, y después ven pronto... Porque te hemos cansado, me temo...

—Sí, sí, iré —respondió él, levantándose y apresurándose...—. Aunque tengo un asunto...

—¿Pero es posible que vayan a comer por separado? —gritó Razumíjin, mirando asombrado a Raskólnikov—. ¿Qué te pasa?

—Sí, sí, iré, claro, claro... Y tú quédate un minuto. ¿No lo necesitan ahora, mamá? ¿O quizá se lo quito?

—¡Oh, no, no! ¿Y usted, Dmitri Prokófich, vendrá a comer? ¿Será tan amable?

—Por favor, venga —le pidió Dunia.

Razumíjin se despidió con una inclinación y se puso radiante. Por un instante todos se turbaron de pronto de un modo algo extraño.

—Adiós, Rodia, es decir, hasta luego; no me gusta decir «adiós». Adiós, Nastasia... ¡ay, otra vez dije «adiós»!...

Pulqueria Aleksándrovna quiso saludar también a Sóniechka, pero no sé cómo no le salió, y, apresurándose, salió de la habitación.

Pero Avdotia Románovna pareció esperar su turno y, al pasar detrás de su madre junto a Sonia, la saludó con una reverencia atenta, cortés y completa. Sóniechka se turbó, respondió con una reverencia apresurada y asustada, y en su cara se reflejó hasta una sensación dolorosa, como si la cortesía y la atención de Avdotia Románovna le resultaran penosas y torturantes.

—¡Dunia, adiós! —gritó Raskólnikov, ya en el zaguán—. ¡Dame la mano!

—Pero si ya te la di, ¿te olvidaste? —respondió Dunia, volviéndose hacia él con cariño y torpeza.

—¡Pues dámela otra vez!

Y le apretó con fuerza los deditos. Dúniechka le sonrió, se ruborizó, retiró enseguida la mano y se fue detrás de su madre, también, por algún motivo, toda feliz.

—¡Bueno, qué bien! —le dijo a Sonia, volviendo a su cuarto y mirándola con claridad—. Que Dios dé descanso a los muertos, ¡y los vivos todavía tienen que vivir! ¿No es así? ¿No es así? ¿Verdad que sí?

Sonia hasta miraba con asombro su cara, que se había iluminado de pronto; él la estuvo mirando unos instantes en silencio y con fijeza: todo el

relato que le había hecho de ella su difunto padre le pasó de pronto en ese momento por la memoria...

—¡Señor, Dúniechka! —empezó enseguida Pulqueria Aleksándrovna, en cuanto salieron a la calle—. Fíjate que ahora yo misma me alegro de habernos ido: es como un alivio. ¡Quién me iba a decir ayer, en el vagón, que hasta de esto me iba a alegrar!

—Otra vez se lo digo, mamá, todavía está muy enfermo. ¿No lo ve? Quizá se trastornó sufriendo por nosotras. Hay que ser indulgente, y mucho, mucho se puede perdonar.

—¡Pues tú no fuiste indulgente! —la interrumpió enseguida, con ardor y celos, Pulqueria Aleksándrovna—. ¿Sabes, Dunia?, los miraba a los dos, y eres su retrato exacto, y no tanto de cara como de alma: los dos son melancólicos, los dos sombríos y vehementes, los dos altivos y los dos generosos... Porque no puede ser que sea un egoísta, Dúniechka, ¿no?... ¿Eh?... ¡Y cuando pienso en lo que va a pasar esta noche en casa, se me para el corazón!

—No se preocupe, mamá, pasará lo que tenga que pasar.

—¡Dúniechka! ¡Pero piensa nada más en qué situación estamos ahora! ¿Y si Piotr Petróvich se echa atrás? —dijo de pronto, imprudentemente, la pobre Pulqueria Aleksándrovna.

—¡Pues qué valdrá él después de eso! —respondió Dúniechka con brusquedad y desprecio.

—Hicimos bien en irnos ahora —se apresuró a interrumpir Pulqueria Aleksándrovna—. Él tenía prisa por ir a algún lado por un asunto: que camine, que respire aunque sea un poco de aire... allí hay un bochorno espantoso... ¿pero dónde se puede respirar aire aquí? Aquí, hasta en las

calles, es como en habitaciones sin ventanillas. ¡Señor, qué ciudad!... Espera, hazte a un lado, que nos aplastan, ¡llevan algo! Si es un piano lo que pasaron, de verdad... cómo empujan... A esa muchacha también le tengo mucho miedo...

—¿A qué muchacha, mamá?

—Pues a esa, a Sofía Semiónovna, la que estaba hace un momento...

—¿Y por qué?

—Tengo un presentimiento, Dunia. Bueno, créelo o no, en cuanto entró, en ese mismo instante pensé que ahí está lo principal...

—¡No está nada! —exclamó Dunia con fastidio—. ¡Qué cosas tiene usted con sus presentimientos, mamá! Él la conoce solo desde ayer, y ahora, cuando entró, no la reconoció.

—¡Bueno, ya verás!... Me turba, ya verás, ¡ya verás! Y me asusté tanto: me mira, me mira, con unos ojos... casi no podía quedarme sentada en la silla, ¿te acuerdas, cuando él empezó a presentarla? Y me parece raro: Piotr Petróvich escribe eso de ella, y él nos la presenta, ¡y encima a ti! ¡Entonces la tiene en mucho!

—¡Lo que importa lo que escriba! También de nosotras hablaron, y escribieron, ¿lo olvidó? Y yo estoy segura de que ella es... excelente, ¡y de que todo eso son tonterías!

—¡Dios lo quiera!

—Y Piotr Petróvich es un chismoso despreciable —cortó de pronto Dúniechka.

Pulqueria Aleksándrovna se encogió. La conversación se interrumpió.

—Mira, este es el asunto que tengo contigo... —dijo Raskólnikov, llevando a Razumíjin hacia la ventana...

—Entonces le diré a Katerina Ivánovna que usted vendrá... —se apresuró Sonia, despidiéndose con una inclinación para irse.

—Enseguida, Sofía Semiónovna, no tenemos secretos, usted no molesta... Querría decirle dos palabras más... Mira —se dirigió de pronto, sin terminar, como arrancándoselo, a Razumíjin—. Tú conoces a ese... ¿Cómo se llama?... ¿A Porfiri Petróvich?

—¡Claro! Es pariente. ¿Por qué? —añadió este en una especie de estallido de curiosidad.

—Él lleva ahora ese asunto... bueno, el de ese asesinato... del que hablaban ayer... ¿no?

—Sí... ¿y? —Razumíjin abrió de pronto mucho los ojos.

—Interrogaba a los que empeñaban, y yo también tengo allí prendas, así, unas porquerías, pero el anillito de mi hermana, que me regaló de recuerdo cuando me vine para acá, y el reloj de plata de mi padre. Todo vale unos cinco o seis rublos, pero para mí es valioso: es un recuerdo. ¿Qué hago ahora? No quiero que se pierdan las cosas, sobre todo el reloj. Hace un rato temblaba de que mi madre pidiera verlo cuando hablaron del reloj de Dúniechka. Es lo único que quedó de mi padre. ¡Se enfermará si se pierde! ¡Las mujeres! Así que, ¿qué hago? ¡Enséñame! Sé que habría que declararlo en la comisaría. ¿Pero no sería mejor ir directamente a Porfiri? ¿Eh? ¿Qué te parece? Que el asunto se arregle cuanto antes. ¡Ya verás que antes de la comida mamá preguntará!

—¡De ningún modo a la comisaría, y sin falta a Porfiri! —gritó Razumíjin con una agitación extraordinaria—. ¡Ay, cuánto me alegro! ¡Pero qué esperamos, vamos ahora mismo, está a dos pasos, seguro que lo encontramos!

—Bueno... vamos...

—¡Y él se va a alegrar muchísimo, muchísimo, muchísimo de conocerte! Le he hablado mucho de ti, en distintas ocasiones... Y ayer le hablé. ¡Vamos!... ¿Así que conocías a la vieja? ¡Ahí está!... ¡Esto se dio de una manera mag-ní-fi-ca!... Ah, sí... Sofía Ivánovna...

—Sofía Semiónovna —corrigió Raskólnikov—. Sofía Semiónovna, este es mi amigo, Razumíjin, y es una buena persona...

—Si ustedes tienen que irse ahora... —empezó Sonia, sin mirar siquiera a Razumíjin, y por eso turbándose todavía más.

—¡Pues vámonos! —decidió Raskólnikov—. Pasaré a verla hoy mismo, Sofía Semiónovna, solo dígame dónde vive.

No es que se confundiera, sino que parecía apresurarse y evitar sus miradas. Sonia le dio su dirección y al hacerlo se puso colorada. Salieron todos juntos.

—¿No cierras con llave? —preguntó Razumíjin, bajando la escalera detrás de ellos.

—¡Nunca!... Aunque hace ya dos años que quiero comprar una cerradura —añadió con indiferencia—. ¿Felices las personas que no tienen nada que guardar bajo llave, no? —se dirigió, riéndose, a Sonia.

En la calle se detuvieron junto al portón.

—¿Usted va a la derecha, Sofía Semiónovna? A propósito: ¿cómo me encontró? —preguntó, como si quisiera decirle algo completamente distinto. No dejaba de querer mirarla a los ojos, tranquilos y claros, y de algún modo no lo lograba...

—Pero si usted le dio ayer la dirección a Pólechka.

—¿Polia? Ah, sí... ¡Pólechka! Esa... la pequeña... ¿es su hermana? ¿Así

que le di la dirección?

—¿Pero se olvidó?

—No... me acuerdo...

—Y yo ya había oído hablar de usted al difunto entonces... Solo que todavía no sabía su apellido, y él tampoco lo sabía... Y ahora vine... y como ayer supe su apellido... pregunté hoy: ¿dónde vive aquí el señor Raskólnikov?... Y no sabía que usted también vivía de subinquilino... Adiós, señor... Yo a Katerina Ivánovna...

Se alegraba terriblemente de irse por fin; se fue con los ojos bajos, apresurándose, para perderse de vista cuanto antes, para recorrer cuanto antes esos veinte pasos hasta la esquina de la derecha y quedarse por fin sola, y allí, caminando, apresurándose, sin mirar a nadie, sin notar nada, pensar, recordar, examinar cada palabra dicha, cada circunstancia. Nunca, nunca había sentido nada parecido. Todo un mundo nuevo había descendido a su alma, de un modo ignorado y confuso. Recordó de pronto que Raskólnikov quería venir a verla ese mismo día, quizá esa misma mañana, ¡quizá ahora mismo!

—Pero que no sea hoy, por favor, que no sea hoy —murmuraba con el corazón en suspenso, como suplicando a alguien, como una niña asustada—. ¡Señor! A mi casa... a esa habitación... lo va a ver... ¡oh, Señor!

Y, desde luego, en ese momento no podía notar a un señor desconocido para ella que la seguía con empeño, pisándole los talones. La seguía desde que había salido del portón. En el momento en que los tres, Razumíjin, Raskólnikov y ella, se detuvieron a decir dos palabras en la acera, ese transeúnte, al rodearlos, pareció estremecerse de pronto, al atrapar al vuelo, por casualidad, las palabras de Sonia: «y pregunté: ¿dónde

vive el señor Raskólnikov?». Echó una mirada rápida pero atenta a los tres, y sobre todo a Raskólnikov, al que se dirigía Sonia; después miró la casa y se fijó en ella. Todo eso lo hizo en un instante, al pasar, y el transeúnte, procurando no dar a entender nada, siguió adelante, aflojando el paso y como esperando. Esperaba a Sonia; había visto que se despedían y que Sonia iría ahora a alguna parte, a su casa.

«¿Y adónde, a su casa? Esa cara la he visto en algún lado —pensaba, recordando la cara de Sonia...—. Hay que averiguarlo».

Al llegar a la esquina, cruzó a la acera de enfrente, se volvió y vio que Sonia ya venía detrás de él, por el mismo camino, sin notar nada. Al llegar a la esquina, también ella dobló justo por esa calle. Él la siguió, sin quitarle los ojos de encima desde la acera de enfrente; tras recorrer unos cincuenta pasos, volvió a cruzar al lado por el que iba Sonia, la alcanzó y la siguió, manteniéndose a cinco pasos de distancia.

Era un hombre de unos cincuenta años, de estatura algo más que mediana, corpulento, de hombros anchos y altos, lo que le daba un aspecto algo cargado de espaldas. Iba vestido con elegancia y comodidad y tenía el aspecto de un señor imponente. Llevaba en las manos un bastón bonito, con el que golpeaba la acera a cada paso, y las manos con guantes nuevos. Su cara ancha, de pómulos marcados, era bastante agradable, y el color de la cara era fresco, no de Petersburgo. Su pelo, todavía muy espeso, era completamente rubio, apenas con alguna cana, y la barba ancha, espesa, que le bajaba en forma de pala, era todavía más clara que el pelo de la cabeza. Tenía los ojos azules, y miraban con una fijeza fría y pensativa; los labios, encarnados. En general era un hombre muy bien conservado, que parecía mucho más joven de lo que era.

Cuando Sonia salió al canal, se encontraron los dos solos en la acera. Observándola, él alcanzó a notar su ensimismamiento y su distracción. Al llegar a su casa, Sonia entró por el portón; él detrás, como algo sorprendido. Al entrar en el patio, ella fue a la derecha, al rincón donde estaba la escalera de su vivienda. «¡Vaya!», murmuró el señor desconocido, y empezó a subir detrás de ella por los escalones. Solo entonces lo notó Sonia. Subió al tercer piso, dobló hacia la galería y llamó al número nueve, en cuya puerta estaba escrito con tiza: «Kapernaúmov, sastre». «¡Vaya!», repitió el desconocido, sorprendido por la extraña coincidencia, y llamó al lado, al número ocho. Las dos puertas estaban a unos seis pasos una de otra.

—¡Usted vive en casa de Kapernaúmov! —dijo, mirando a Sonia y riéndose—. Ayer me arregló un chaleco. Y yo estoy aquí, al lado suyo, en casa de madame Resslich, Gertruda Kárlovna. ¡Qué coincidencia!

Sonia lo miró con atención.

—Vecinos —prosiguió él con una alegría especial—. Es que llevo apenas tres días en la ciudad. Bueno, señora, hasta la vista.

Sonia no respondió; le abrieron la puerta y se escabulló adentro. Por algún motivo sintió vergüenza, y como si se hubiera intimidado...

Razumíjin, camino de la casa de Porfiri, estaba especialmente excitado.

—Esto, hermano, es estupendo —repetía varias veces—, ¡y me alegro! ¡Me alegro!

«¿Y de qué te alegras?», pensaba Raskólnikov para sí.

—Es que yo no sabía que tú también empeñabas cosas en casa de la vieja. Y... y... ¿hace mucho de eso? Es decir, ¿hace mucho que estuviste en su casa?

«¡Qué tonto ingenuo!»

—¿Cuándo?... —Raskólnikov se detuvo, recordando—. Pues estuve en su casa unos tres días antes de su muerte, me parece. Aunque no voy ahora a desempeñar las cosas —repuso con una preocupación apresurada y especial por las cosas—: si otra vez tengo solo un rublo de plata... ¡por ese maldito delirio de ayer!...

Lo del delirio lo dijo de manera especialmente enfática.

—Bueno, sí, sí, sí —asentía Razumíjin, apresurado y no se sabía a qué—. Así que por eso te... impresionó en parte aquella vez... ¿y sabes?, en el delirio no hacías más que mencionar unos anillitos y unas cadenitas... ¡Bueno, sí, sí... Está claro, ahora todo está claro.

«¡Vaya! ¡Cómo se les ha extendido esa idea! Este hombre iría a la cruz por mí, y está contentísimo de que se haya aclarado por qué mencionaba anillitos en el delirio. ¡Cómo se les ha afirmado a todos!...»

—¿Y lo encontraremos? —preguntó en voz alta.

—Lo encontraremos, lo encontraremos —se apresuraba Razumíjin—. Es un muchacho estupendo, hermano, ¡ya verás! Un poco torpe, es decir, es hombre de mundo, pero digo torpe en otro sentido. Un muchacho inteligente, inteligente, nada tonto, solo que tiene una manera de pensar especial... Desconfiado, escéptico, cínico... le gusta engañar, es decir, no engañar, sino tomar el pelo... Bueno, y el viejo método material... Pero conoce su oficio, lo conoce... ¡El año pasado descubrió un asunto de asesinato en el que casi todas las pistas se habían perdido! ¡Tiene muchísimas, muchísimas, muchísimas ganas de conocerte!

—¿Y por qué tantas ganas?

—Es decir, no es que... verás, en los últimos tiempos, desde que te

enfermaste, a menudo y mucho me tocó hablar de ti... Bueno, él escuchaba... y cuando supo que estudiabas Derecho y que no podías terminar la carrera, por las circunstancias, dijo: «¡Qué lástima!». Y yo saqué la conclusión... es decir, todo eso junto, no solo eso; ayer Zamétov... Mira, Rodia, ayer te dije algo estando borracho, cuando volvíamos a casa... y tengo miedo, hermano, de que lo exageres, ¿sabes?...

—¿Qué? ¿Que me consideran loco? Sí, quizá sea verdad.

Sonrió con tensión.

—Sí... sí... es decir, ¡bah, no!... Bueno, todo lo que dije (y también lo otro), todo eso eran tonterías y efectos de la borrachera.

—¿Pero por qué te disculpas? ¡Qué harto estoy de todo esto! —gritó Raskólnikov con una irritación exagerada. Aunque en parte fingía.

—Ya sé, ya sé, entiendo. Ten la seguridad de que entiendo. Da vergüenza hasta hablar de eso...

—¡Pues si da vergüenza, no hables!

Los dos se callaron. Razumíjin estaba más que entusiasmado, y Raskólnikov lo sentía con repugnancia. Lo inquietaba además lo que Razumíjin acababa de decir de Porfiri.

«A este también habrá que hacerle el pobrecito —pensaba, palideciendo y con el corazón golpeándole—, y hacerlo con más naturalidad. Lo más natural sería no hacer nada. ¡No hacer nada, con empeño! No, con empeño otra vez no sería natural... Bueno, ya veremos cómo sale... veremos... ahora... ¿está bien o no está bien que vaya? La mariposa vuela sola hacia la vela. El corazón golpea, ¡eso es lo malo!...»

—En esa casa gris —dijo Razumíjin.

«Lo más importante es si Porfiri sabe o no sabe que ayer estuve en la

vivienda de esa bruja... y pregunté por la sangre. Hay que saberlo en un instante, desde el primer paso, en cuanto entre, saberlo por su cara; si-no... ¡aunque me pierda, lo sabré!»

—¿Y sabes qué? —se dirigió de pronto a Razumíjin con una sonrisa pícara—. Yo, hermano, noté hoy que desde la mañana estás en una agitación extraordinaria. ¿Es verdad?

—¿Qué agitación? No estoy en ninguna agitación —se sobresaltó Razumíjin.

—No, hermano, de verdad, se nota. Hace un rato estabas sentado en la silla como nunca te sientas, en la puntita, y te daban sacudidas todo el tiempo. Te levantabas sin ton ni son. Ya enojado, ya de pronto la jeta se te ponía no se sabe por qué como un caramelo dulcísimo. Hasta te ponías colorado; sobre todo cuando te invitaron a comer, te pusiste terriblemente colorado.

—¡Pero si no me pasa nada; mientes!... ¿De qué hablas?

—¿Pero por qué te escurres como un colegial? ¡Uf, diablos, si otra vez se puso colorado!

—¡Pero qué cerdo eres!

—¿Y por qué te turbas? ¡Romeo! Espera, que hoy lo voy a contar en algún lado, ¡ja, ja, ja! Voy a hacer reír a mamá... y a alguien más...

—Escucha, escucha, escucha, que esto es en serio, que esto es... ¡Qué será esto después, diablos! —se confundió por completo Razumíjin, helándose de horror—. ¿Qué les vas a contar? Yo, hermano... ¡Uf, qué cerdo eres!

—¡Una verdadera rosa de primavera! ¡Y qué bien te sienta, si supieras; un Romeo de diez vershkí de estatura! Y cómo te lavaste hoy, si hasta te

limpiaste las uñas, ¿eh? ¿Cuándo se ha visto? ¡Si hasta te pusiste pomada, palabra! ¡Agáchate!

—¡¡¡Cerdo!!!

Raskólnikov se reía tanto que parecía que ya no podía contenerse, y así, riéndose, entraron en la vivienda de Porfiri Petróvich. Eso era lo que Raskólnikov necesitaba: desde las habitaciones se podía oír que habían entrado riéndose y que todavía se reían a carcajadas en el recibidor.

—Ni una palabra aquí, o te... ¡te aplasto! —susurró furioso Razumíjin, agarrando a Raskólnikov del hombro.

Notas

1. El cementerio Mitrofánievski, donde se enterraba a los pobres de Petersburgo.

Tercera parte. Capítulo V

Este ya entraba en las habitaciones. Entró con el aire de quien se contiene con todas sus fuerzas para no soltar de algún modo la risa. Detrás de él, con la cara completamente descompuesta y feroz, rojo como una peonía, desgarbado y torpe, entró el avergonzado Razumíjin. Su cara y toda su figura eran en efecto ridículas en ese momento y justificaban la risa de Raskólnikov. Raskólnikov, todavía sin ser presentado, saludó al dueño de casa, que estaba de pie en medio de la habitación y los miraba con aire interrogante, le tendió y le estrechó la mano, todavía con un esfuerzo visible y extraordinario por reprimir su alegría y pronunciar por lo menos dos o tres palabras para presentarse. Pero apenas logró tomar un aire serio y murmurar algo, de pronto, como sin querer, volvió a mirar a Razumíjin y ya no pudo aguantar: la risa contenida estalló de manera tanto más incontenible cuanto más se había contenido hasta entonces. La ferocidad extraordinaria con que Razumíjin recibía esa risa «cordial» daba a toda la escena un aire de la alegría más sincera y, sobre todo, de naturalidad. Razumíjin, como a propósito, todavía ayudó al asunto.

—¡Uf, diablos! —rugió, haciendo un gesto con la mano, y le dio justo a una mesita redonda en la que había un vaso de té vacío. Todo salió volando

y tintineó.

—¿Pero para qué romper las sillas, señores? ¡Es una pérdida para el Estado! —gritó alegremente Porfiri Petróvich.

La escena se presentaba así: Raskólnikov terminaba de reírse, olvidada su mano en la mano del dueño de casa, pero, sabiendo la medida, esperaba el momento de terminar cuanto antes y con naturalidad. Razumíjin, turbado del todo por la caída de la mesita y el vaso roto, miró sombrío los pedazos, escupió y se volvió bruscamente hacia la ventana, donde se quedó de espaldas al público, con la cara terriblemente ceñuda, mirando por la ventana y sin ver nada. Porfiri Petróvich se reía y quería reírse, pero era evidente que necesitaba explicaciones. En un rincón, en una silla, estaba sentado Zamétov, que se había incorporado al entrar los visitantes y estaba de pie esperando, con la boca abierta en una sonrisa, pero mirando toda la escena con perplejidad e incluso como con desconfianza, y a Raskólnikov hasta con una especie de turbación. La presencia inesperada de Zamétov impresionó desagradablemente a Raskólnikov.

«¡Esto todavía hay que pensarlo!», se dijo.

—Disculpe, por favor —empezó, turbándose con empeño—: Raskólnikov...

—Por favor, encantado, señor, y además entró usted de un modo tan agradable... ¿Qué, él ya ni quiere saludar? —Porfiri Petróvich señaló con la cabeza a Razumíjin.

—Palabra, no sé por qué se ha puesto furioso conmigo. Solo le dije por el camino que se parecía a Romeo, y... y se lo demostré, y nada más, me parece.

—¡Cerdo! —respondió Razumíjin, sin volverse.

—Entonces tenía razones muy serias para enojarse tanto por una sola palabrita —se rió Porfiri.

—¡Vaya, tú! ¡Juez de instrucción!... ¡Bueno, al diablo con todos ustedes! —cortó Razumíjin, y de pronto, riéndose él también, con la cara más alegre, como si nada, se acercó a Porfiri Petróvich.

—¡Se acabó! Todos somos unos tontos; a lo nuestro: aquí tienes a un amigo, Rodión Románych Raskólnikov, que, en primer lugar, ha oído hablar de ti y quería conocerte, y en segundo lugar, tiene un asuntito contigo. ¡Vaya! ¡Zamétov! ¿Y tú cómo estás aquí? ¿Pero acaso se conocen? ¿Desde cuándo?

«¿Y esto qué es?», pensó inquieto Raskólnikov.

Zamétov pareció turbarse, pero no mucho.

—Nos conocimos ayer, en tu casa —dijo con desenvoltura.

—Entonces Dios me libró de una molestia: la semana pasada me pidió muchísimo que de algún modo lo presentara a ti, Porfiri, y ustedes se olfatearon sin mí... ¿Dónde tienes el tabaco?

Porfiri Petróvich estaba en traje de casa, con bata, con una ropa blanca muy limpia y con pantuflas gastadas. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de estatura algo menos que mediana, grueso y hasta con barriguita, afeitado, sin bigote ni patillas, con el pelo muy corto en una cabeza grande y redonda, de un abombamiento especialmente redondo en la nuca. Su cara regordeta, redonda y algo chata era de un color enfermizo, de un amarillo oscuro, pero bastante animada y hasta burlona. Habría sido incluso bonachona si no lo hubiera impedido la expresión de los ojos, con un brillo como líquido, acuoso, cubiertos por unas pestañas casi blancas que parpadeaban como si le guiñaran el ojo a alguien. La mirada de esos

ojos no armonizaba de un modo extraño con toda la figura, que tenía incluso algo de mujer, y le daba algo mucho más serio de lo que a primera vista se podía esperar de ella.

Porfiri Petróvich, en cuanto oyó que el visitante tenía un «asuntito» con él, enseguida le pidió que se sentara en el sofá, él mismo se sentó en el otro extremo y clavó la vista en el visitante, esperando de inmediato la exposición del asunto, con esa atención empeñosa y ya demasiado seria que incluso pesa y turba desde el primer momento, sobre todo cuando no se conoce a la persona, y sobre todo si lo que uno expone, en su propia opinión, está lejos de guardar proporción con una atención tan extraordinariamente importante. Pero Raskólnikov, con palabras breves y coherentes, expuso clara y exactamente su asunto, y quedó tan satisfecho de sí mismo que hasta alcanzó a examinar bastante bien a Porfiri. Tampoco Porfiri Petróvich apartó de él los ojos ni una vez en todo ese tiempo. Razumíjin, que se había instalado enfrente, en la misma mesa, seguía con ardor e impaciencia la exposición del asunto, pasando a cada momento los ojos de uno al otro y de vuelta, lo que ya se salía un poco de la medida.

«¡Tonto!», lo insultó Raskólnikov para sí.

—Usted debe presentar una declaración a la policía —respondió Porfiri con el aire más formal— de que, habiéndose enterado de tal suceso, es decir, de ese asesinato, usted solicita a su vez que se comunique al juez de instrucción encargado del caso que tales objetos le pertenecen y que desea desempeñarlos... o algo así... aunque eso ya se lo redactarán.

—Ahí está, que yo, en este momento —procuró turbarse lo más posible Raskólnikov—, no ando muy bien de dinero... y ni siquiera esa pequeñez puedo... yo, verá usted, querría solo declarar ahora que esos

objetos son míos, pero que cuando tenga dinero...

—Eso da lo mismo, señor —respondió Porfiri Petróvich, recibiendo con frialdad las explicaciones sobre las finanzas—. Aunque, también puede escribirme directamente a mí, si quiere, en el mismo sentido: que, habiéndome enterado de tal cosa y declarando tales objetos míos, solicito...

—¿Eso en papel común? —se apresuró a interrumpir Raskólnikov, interesándose otra vez por la parte financiera del asunto.

—¡Oh, en el más común, señor! —Y de pronto Porfiri Petróvich lo miró de un modo claramente burlón, entornando los ojos y como guiñándole uno. Aunque quizá eso solo se lo pareció a Raskólnikov, porque duró un instante. Por lo menos, algo hubo. Raskólnikov habría jurado que le guiñó el ojo, el diablo sabrá para qué.

«¡Lo sabe!», le cruzó como un rayo.

—Disculpe que lo haya molestado con semejantes pequeñeces —prosiguió, algo desconcertado—; mis objetos valen en total cinco rublos, pero me son especialmente queridos, como recuerdo de aquellos de quienes los recibí, y, lo confieso, cuando me enteré, me asusté mucho...

—¡Por eso te sobresaltaste tanto ayer cuando se me escapó delante de Zosímov que Porfiri interrogaba a los que empeñaban! —intercaló Razumíjin, con evidente intención.

Eso ya era insoportable. Raskólnikov no pudo contenerse y le lanzó una mirada rabiosa con sus ojos negros encendidos de ira. Enseguida volvió en sí.

—Tú, hermano, parece que te burlas de mí, ¿no? —se dirigió a él con una irritación hábilmente fingida—. Admito que quizá me preocupo demasiado por semejante porquería, a tus ojos; pero no se me puede

considerar por eso ni egoísta ni codicioso, y a mis ojos esas dos cositas insignificantes pueden no ser en absoluto una porquería. Ya te dije hace un momento que ese reloj de plata, que no vale un centavo, es lo único que me quedó de mi padre. Ríete de mí, pero ha venido mi madre —se volvió de pronto hacia Porfiri—, y si ella supiera —se volvió otra vez rápidamente hacia Razumíjin, esforzándose especialmente en que le temblara la voz— que ese reloj se perdió, ¡le juro que se desesperaría! ¡Las mujeres!

—¡Pero no, para nada! ¡No lo decía en ese sentido! ¡Todo lo contrario! —gritaba Razumíjin, apenado.

«¿Está bien? ¿Es natural? ¿No exageré? —temblaba Raskólnikov para sí—. ¿Por qué dije "las mujeres"?»

—¿Así que ha venido su madre? —se informó Porfiri Petróvich, no se sabe para qué.

—Sí.

—¿Y cuándo, señor?

—Ayer por la tarde.

Porfiri calló, como calculando.

—Sus objetos de ningún modo podían perderse —prosiguió tranquila y fríamente—. Hace ya mucho que lo estoy esperando aquí.

Y, como si nada, se puso a acercarle solícitamente un cenicero a Razumíjin, que ensuciaba sin piedad la alfombra con el cigarrillo. Raskólnikov se estremeció, pero Porfiri parecía no mirar siquiera, todavía preocupado por el cigarrillo de Razumíjin.

—¿Qué-é? ¡Lo esperabas! ¿Pero acaso sabías que también él empeñaba allí? —gritó Razumíjin.

Porfiri Petróvich se dirigió directamente a Raskólnikov:

—Sus dos objetos, el anillo y el reloj, estaban en casa de ella envueltos en un solo papelito, y en el papelito estaba escrito con lápiz, con claridad, el nombre de usted, igual que la fecha en que los recibió de usted...

—Qué observador es usted... —intentó sonreír torpemente Raskólnikov, esforzándose especialmente en mirarlo directo a los ojos; pero no pudo contenerse y de pronto añadió—: Lo observo ahora porque probablemente había muchísimos que empeñaban... de modo que le sería difícil recordarlos a todos... Y usted, al contrario, los recuerda a todos con tanta precisión, y... y...

«¡Estúpido! ¡Débil! ¿Para qué agregué eso?»

—Es que casi todos los que empeñaban ya son conocidos, de modo que usted es el único que no se había dignado venir —respondió Porfiri con un matiz apenas perceptible de burla.

—No estaba del todo bien de salud.

—También de eso me enteré, señor. Me enteré incluso de que estaba usted muy alterado por algo. ¿Y ahora también parece pálido, no?

—No estoy nada pálido... ¡al contrario, estoy completamente sano! —cortó Raskólnikov, grosero y rabioso, cambiando de pronto de tono. La rabia hervía en él, y no podía reprimirla. «¡Y con la rabia me voy a delatar! —le volvió a cruzar—. ¿Pero por qué me atormentan?...»

—¡No del todo bien! —repuso Razumíjin—. ¡Mira lo que dice! Hasta ayer deliraba casi sin conocimiento... Bueno, créelo, Porfiri: apenas se tenía en pie, y en cuanto nosotros, Zosímov y yo, nos dimos la vuelta ayer... se vistió y se escapó a escondidas, y anduvo haciendo locuras por ahí casi hasta medianoche, y eso en el más completo delirio, te digo, ¡imagínate! ¡Un caso notabilísimo!

—¿De veras en el más completo delirio? ¡Fíjese usted! —meneó la cabeza Porfiri con un gesto algo de mujer.

—¡Eh, tonterías! ¡No lo crea! Aunque, si usted ya de por sí no lo cree... —se le escapó a Raskólnikov con demasiada rabia. Pero Porfiri Petróvich pareció no oír esas palabras extrañas.

—¿Pero cómo pudiste salir, si no estabas delirando? —se acaloró de pronto Razumíjin—. ¿Para qué saliste? ¿Para qué?... ¿Y por qué precisamente a escondidas? ¿Tenías sentido común entonces? ¡Ahora que pasó todo el peligro, te lo digo derecho!

—Ayer me tenían muy harto —se dirigió de pronto Raskólnikov a Porfiri con una sonrisa insolente y desafiante—, y me escapé de ellos para alquilar una vivienda, para que no me encontraran, y me llevé un montón de dinero. Ahí está el señor Zamétov, que vio el dinero. ¿Y qué, señor Zamétov, estaba yo ayer en mis cabales o delirando? ¿Por qué no resuelve la discusión?

En ese momento, parecía, habría estrangulado a Zamétov. Le disgustaban demasiado su mirada y su silencio.

—A mi parecer, usted hablaba muy razonablemente, señor, e incluso con astucia, señor, solo que estaba demasiado irritable —declaró secamente Zamétov.

—Y hoy me contó Nikodim Fomich —intercaló Porfiri Petróvich— que lo encontró ayer, ya muy tarde, en la vivienda de un funcionario atropellado por unos caballos...

—¡Pues ahí tienes, ese funcionario! —repuso Razumíjin—. ¿No estabas loco en casa del funcionario? ¡Le dio a la viuda el último dinero para el entierro! Bueno, querías ayudar: da quince, da veinte, ¡pero quédate

aunque sea con tres rublos de plata, y no que soltaste los veinticinco enteros!

—¿Y si encontré un tesoro en algún lado y tú no lo sabes? Por eso ayer me puse generoso... ¡Ahí está el señor Zamétov, que sabe que encontré un tesoro!... Disculpe, por favor —se dirigió con los labios temblorosos a Porfiri—, que lo molestemos media hora con semejante charla insignificante. Lo tenemos harto, ¿eh?

—¡Por favor, señor, al contrario, al co-o-ontrario! ¡Si supiera cuánto me interesa usted! Es curioso mirarlo y escucharlo... y yo, lo confieso, me alegro tanto de que por fin se haya dignado venir...

—¡Pero danos aunque sea un té! ¡Tengo la garganta seca! —exclamó Razumíjin.

—¡Excelente idea! Quizá todos nos hagan compañía. ¿Y no quieres... algo más sustancioso, antes del té?

—¡Vete!

Porfiri Petróvich salió a encargar el té.

Los pensamientos giraban como un torbellino en la cabeza de Raskólnikov. Estaba terriblemente irritado.

«¡Lo principal es que ni siquiera disimulan, ni quieren andarse con ceremonias! ¿Y con qué motivo, si no me conoces en absoluto, hablaste de mí con Nikodim Fomich? ¡Entonces ya ni quieren ocultar que me siguen como una jauría de perros! ¡Así de francos me escupen en la jeta! —temblaba de furia—. ¡Bueno, peguen de frente, y no jueguen como el gato con el ratón! Eso es descortés, Porfiri Petróvich, porque quizá yo todavía no lo permita, señor... ¡Me levantaré, y les soltaré en la jeta toda la verdad; y verán cuánto los desprecio!... —Recobró el aliento con

dificultad—. ¿Y si solo me lo parece? ¿Y si es un espejismo, y me equivoco en todo, me enfurezco por inexperiencia, no aguanto mi vil papel? ¿Quizá todo esto es sin intención? Todas sus palabras son corrientes, pero en ellas hay algo... Todo esto siempre se puede decir, pero hay algo. ¿Por qué dijo directamente "en casa de ella"? ¿Por qué Zamétov agregó que yo hablaba con astucia? ¿Por qué hablan en ese tono? Sí... el tono... Razumíjin estaba sentado aquí mismo, ¿por qué no le parece nada? ¡A ese zoquete inocente nunca le parece nada! ¡Otra vez la fiebre!... ¿Me guiñó el ojo hace un rato Porfiri o no? Seguramente es una tontería; ¿para qué iba a guiñarme? ¿Querrán irritarme los nervios, o me provocan? ¡O todo es un espejismo, o lo saben!... Hasta Zamétov es insolente... ¿Es insolente Zamétov? Zamétov cambió de idea durante la noche. ¡Ya presentía yo que cambiaría de idea! Aquí está como en su casa, y es la primera vez. Porfiri no lo trata como a un invitado, está sentado de espaldas a él. ¡Se olfatearon! ¡Seguro que se olfatearon por mí! ¡Seguro que antes de que llegáramos hablaban de mí!... ¿Sabrán lo de la vivienda? ¡Que sea pronto!... Cuando dije que ayer me escapé para alquilar una vivienda, lo dejó pasar, no lo recogió... ¡Pero eso de la vivienda lo metí con habilidad: después me servirá!... ¡Delirando, dicen!... ¡Ja, ja, ja! ¡Sabe todo lo de la noche de ayer! ¡Lo de la llegada de mi madre no lo sabía!... ¡Y la bruja hasta anotó la fecha con lápiz!... ¡Mienten, no me dejaré! Porque eso todavía no son hechos, ¡no es más que un espejismo! ¡No, denme hechos! Y la vivienda no es un hecho, sino un delirio; sé lo que tengo que decirles... ¿Sabrán lo de la vivienda? ¡No me voy sin saberlo! ¿Para qué vine? ¡Y que ahora me enfurezca, eso sí que quizá es un hecho! ¡Uf, qué irritable estoy! Aunque quizá esté bien; el papel de enfermo... Me está tanteando. Va a tratar de desconcertarme. ¿Para qué

vine?»

Todo eso le pasó por la cabeza como un relámpago.

Porfiri Petróvich volvió en un instante. Se había puesto de pronto como más alegre.

—Yo, hermano, desde lo tuyo de ayer tengo la cabeza... Y estoy como todo desatornillado —empezó en un tono completamente distinto, riéndose, dirigiéndose a Razumíjin.

—¿Y qué, estuvo interesante? ¿Si los dejé ayer en el punto más interesante? ¿Quién ganó?

—Pues nadie, desde luego. Fuimos a dar a las cuestiones eternas, nos remontamos a las alturas celestiales.

—Imagínate, Rodia, a qué fuimos a dar ayer: ¿existe o no existe el crimen? ¡Te dije que mintieron hasta el delirio!

—¿Y qué tiene de asombroso? Una cuestión social corriente —respondió distraído Raskólnikov.

—La cuestión no estaba formulada así —observó Porfiri.

—No del todo así, es verdad —asintió enseguida Razumíjin, apresurándose y acalorándose como de costumbre—. Mira, Rodión: escucha y di tu opinión. Quiero oírla. Ayer me desvivía con ellos y te esperaba; también les dije que vendrías... Empezó con la doctrina de los socialistas. La doctrina es conocida: el crimen es una protesta contra lo anormal de la organización social, y solo eso, y nada más, y no se admite ninguna otra causa, ¡y nada!...

—¡Ahí mentiste! —gritó Porfiri Petróvich. Se animaba visiblemente y se reía a cada momento, mirando a Razumíjin, con lo que lo encendía todavía más.

—¡N-no se admite nada! —lo interrumpió con ardor Razumíjin—. ¡No miento!... Te voy a mostrar sus libritos: para ellos todo es porque «el ambiente lo devoró», ¡y nada más! ¡Su frase favorita! De ahí se sigue directamente que, si se organiza la sociedad de manera normal, de golpe desaparecerán todos los crímenes, ya que no habrá contra qué protestar, y todos en un instante se volverán justos. La naturaleza no se toma en cuenta, la naturaleza se expulsa, ¡la naturaleza no corresponde! Para ellos no es que la humanidad, desarrollándose por un camino histórico, vivo, hasta el final, se convertirá por sí misma por fin en una sociedad normal, sino que, al contrario, el sistema social, salido de alguna cabeza matemática, organizará enseguida a toda la humanidad y en un instante la hará justa y sin pecado, antes de todo proceso vivo, ¡sin ningún camino histórico y vivo! Por eso es que instintivamente no les gusta la historia: «En ella no hay más que monstruosidades y estupideces», ¡y todo se explica solo por la estupidez! Por eso no les gusta el proceso vivo de la vida: ¡no hace falta un alma viva! El alma viva exigirá vida, el alma viva no obedecerá a la mecánica, el alma viva es sospechosa, ¡el alma viva es retrógrada! Y aquí, aunque huela un poquito a carroña, se puede hacer de caucho; en cambio no está viva, en cambio no tiene voluntad, en cambio es esclava, ¡no se rebelará! ¡Y resulta que todo lo redujeron a la colocación de ladrillitos y a la disposición de los pasillos y las habitaciones en el falansterio[1]! El falansterio está listo, pero la naturaleza de ustedes todavía no está lista para el falansterio, quiere vida, todavía no ha terminado el proceso vital, ¡es temprano para el cementerio! ¡Solo con la lógica no se puede saltar por encima de la naturaleza! La lógica prevé tres casos, ¡y hay un millón! ¡Cortar todo el millón y reducirlo todo a la sola cuestión del confort! ¡La solución más fácil del problema!

¡Seductoramente clara, y no hay que pensar! Lo principal: ¡no hay que pensar! ¡Todo el misterio de la vida cabe en dos pliegos impresos!

—¡Mira cómo se desató, cómo toca el tambor! Hay que sujetarle las manos —se reía Porfiri—. Imagínese —se volvió hacia Raskólnikov—, igual que ayer por la tarde, en una sola habitación, seis voces a la vez, y encima nos dio ponche antes, ¿se lo imagina? No, hermano, tú mientes: el «ambiente» significa mucho en el crimen; eso te lo confirmo.

—Yo mismo sé que mucho, pero dime una cosa: un hombre de cuarenta años deshonra a una niña de diez; ¿lo obligó a eso el ambiente, o qué?

—Pues, en sentido estricto, quizá sí sea el ambiente —observó Porfiri con una seriedad asombrosa—. El crimen contra la niña se puede explicar muy, pero muy bien por el «ambiente».

Razumíjin casi se puso furioso.

—Bueno, ¿quieres que te demuestre ahora mismo —rugió— que tienes las pestañas blancas únicamente porque el campanario de Iván el Grande[2] mide treinta y cinco sázhenes de alto, y que te lo demuestre de manera clara, exacta, progresista y hasta con un matiz liberal? ¡Me comprometo! ¡Bueno, apostemos!

—¡Acepto! ¡Escuchemos, por favor, cómo lo demuestra!

—¡Pero si todo lo finge, diablos! —exclamó Razumíjin, se levantó de un salto e hizo un gesto con la mano—. ¡Vale la pena hablar contigo! Si todo lo hace a propósito; ¡tú todavía no lo conoces, Rodión! Y ayer se puso de su lado solo para tomarles el pelo a todos. ¡Y qué cosas decía ayer, Señor! ¡Y ellos se alegraron de tenerlo!... Si así aguanta dos semanas. El año pasado nos convenció, no se sabe para qué, de que se hacía monje: ¡dos meses

sostuvo lo mismo! Hace poco se le ocurrió convencernos de que se casaba, de que ya estaba todo listo para la boda. Hasta se hizo un traje nuevo. Nosotros ya empezamos a felicitarlo. Ni novia, ni nada había: ¡todo un espejismo!

—¡Ahí mentiste! El traje me lo hice antes. A propósito del traje nuevo se me ocurrió tomarles el pelo a todos.

—¿De veras es usted tan fingidor? —preguntó con indiferencia Raskólnikov.

—¿Y usted pensaba que no? Espere, que también a usted lo voy a engañar, ¡ja, ja, ja! No, verá usted, señor, le voy a decir toda la verdad. A propósito de todas estas cuestiones, de los crímenes, del ambiente, de las niñas, me acordé ahora (aunque, en realidad, siempre me interesó) de un articulito suyo: «Sobre el crimen»... o como se llame, olvidé el título, no lo recuerdo. Hace dos meses tuve el placer de leerlo en «La Palabra Periódica».

—¿Mi artículo? ¿En «La Palabra Periódica»? —preguntó asombrado Raskólnikov—. Es verdad que escribí, hace medio año, cuando dejé la universidad, a propósito de un libro, un artículo, pero lo llevé entonces al periódico «La Palabra Semanal», y no a «La Periódica».

—Pues fue a parar a «La Periódica».

—Pero si «La Palabra Semanal» dejó de existir; por eso no lo publicaron entonces...

—Es verdad, señor; pero, al dejar de existir, «La Palabra Semanal» se fusionó con «La Palabra Periódica», y por eso su articulito apareció hace dos meses en «La Palabra Periódica». ¿Y usted no lo sabía?

Raskólnikov, en efecto, no sabía nada.

—¡Por favor, si puede pedirles dinero por el artículo! ¡Qué carácter tiene usted, sin embargo! Vive tan aislado que no se entera de cosas así, que le conciernen directamente. Eso sí que es un hecho, señor.

—¡Bravo, Rodka! ¡Yo tampoco lo sabía! —exclamó Razumíjin—. ¡Hoy mismo paso por la sala de lectura y pido el número! ¿Hace dos meses? ¿Qué fecha? ¡Da igual, lo encontraré! ¡Qué cosa! ¡Y no lo dice!

—¿Y usted cómo supo que el artículo es mío? Está firmado con una inicial.

—Por casualidad, y hace pocos días. Por el redactor; lo conozco... Me interesó mucho.

—Examinaba, si no recuerdo mal, el estado psicológico del criminal durante todo el desarrollo del crimen.

—Sí, señor, e insiste en que el acto de ejecución del crimen va acompañado siempre de una enfermedad. Muy, muy original, pero... a mí, propiamente, no me interesó esa parte de su articulito, sino cierta idea, deslizada al final del artículo, pero que usted, por desgracia, solo sugiere, de manera poco clara... En una palabra, si lo recuerda, se sugiere que existen en el mundo, supuestamente, ciertas personas que pueden... es decir, no que pueden, sino que tienen pleno derecho a cometer toda clase de desmanes y crímenes, y que para ellas, supuestamente, la ley no está escrita.

Raskólnikov sonrió ante la deformación empeñosa e intencionada de su idea.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿El derecho al crimen? ¿Pero no porque «el ambiente lo devoró»? —se informó Razumíjin, hasta con una especie de susto.

—No, no, no del todo por eso —respondió Porfiri—. Todo está en que

en su artículo todas las personas se dividen de algún modo en «ordinarias» y «extraordinarias». Las ordinarias deben vivir en la obediencia y no tienen derecho a transgredir la ley, porque, verán ustedes, son ordinarias. Y las extraordinarias tienen derecho a cometer toda clase de crímenes y a transgredir la ley de todas las maneras, propiamente porque son extraordinarias. Así lo dice usted, me parece, si no me equivoco, ¿no?

—¿Pero cómo es eso? ¡No puede ser que sea así! —murmuraba perplejo Razumíjin.

Raskólnikov volvió a sonreír. Comprendió de golpe de qué se trataba y adónde querían empujarlo; recordaba su artículo. Decidió aceptar el desafío.

—No es exactamente así en mi artículo —empezó con sencillez y modestia—. Aunque, lo confieso, usted lo expuso casi correctamente, e incluso, si quiere, completamente bien... (Era como si le resultara agradable reconocer que estaba completamente bien.) La diferencia está únicamente en que yo no insisto en absoluto en que las personas extraordinarias deban necesariamente y estén obligadas a cometer siempre toda clase de desmanes, como usted dice. Me parece incluso que un artículo así ni siquiera lo habrían dejado imprimir. Yo sugerí lisa y llanamente que el hombre «extraordinario» tiene derecho... es decir, no un derecho oficial, sino que él mismo tiene derecho a permitirle a su conciencia pasar por encima... de ciertos obstáculos, y únicamente en el caso de que la realización de su idea (a veces salvadora, quizá, para toda la humanidad) lo exija. Usted se digna decir que mi artículo no es claro; estoy dispuesto a aclarárselo en lo posible. Quizá no me equivoque al suponer que eso es lo que usted quiere; como guste, señor. A mi parecer, si los descubrimientos

de Kepler y de Newton, a consecuencia de ciertas combinaciones, no hubieran podido de ningún modo darse a conocer a la gente sino sacrificando la vida de uno, de diez, de cien y así sucesivamente, personas que estorbaran ese descubrimiento o se interpusieran en su camino como obstáculo, entonces Newton tendría derecho, e incluso estaría obligado... a eliminar a esas diez o cien personas, para dar a conocer sus descubrimientos a toda la humanidad. De esto, sin embargo, no se sigue en absoluto que Newton tuviera derecho a matar a quien se le antojara, al primero que pasara, o a robar todos los días en el mercado. Además, si recuerdo bien, desarrollo en mi artículo que todos... bueno, por ejemplo, los legisladores y fundadores de la humanidad, empezando por los más antiguos y siguiendo por los Licurgos, los Solones, los Mahomas, los Napoleones, etcétera, todos sin excepción fueron criminales, ya solo por el hecho de que, al dar una ley nueva, violaban con ello la antigua, sagradamente venerada por la sociedad y heredada de los padres, y desde luego no se detenían tampoco ante la sangre, siempre que la sangre (a veces completamente inocente y derramada heroicamente por la ley antigua) pudiera ayudarlos. Es incluso notable que la mayor parte de esos benefactores y fundadores de la humanidad fueron derramadores de sangre especialmente terribles. En una palabra, deduzco que todos, no solo los grandes, sino también los hombres que se salen apenas un poco de la rutina, es decir, que son apenas un poco capaces de decir algo nuevo, deben, por su naturaleza, ser sin falta criminales, más o menos, desde luego. Si no, les resulta difícil salir de la rutina, y quedarse en la rutina, desde luego, no pueden aceptarlo, otra vez por su naturaleza, y a mi parecer hasta están obligados a no aceptarlo. En una palabra, ve usted que hasta aquí no hay nada especialmente nuevo.

Esto se ha impreso y leído mil veces. En cuanto a mi división de las personas en ordinarias y extraordinarias, admito que es algo arbitraria, pero tampoco insisto en cifras exactas. Solo creo en mi idea principal. Consiste precisamente en que las personas, por ley de la naturaleza, se dividen en general en dos categorías: la inferior (los ordinarios), es decir, por así decirlo, el material, que sirve únicamente para engendrar a sus semejantes, y las personas propiamente dichas, es decir, las que tienen el don o el talento de decir en su medio una palabra nueva. Las subdivisiones, desde luego, son infinitas, pero los rasgos distintivos de ambas categorías son bastante marcados: la primera categoría, es decir, el material, hablando en general, son personas conservadoras por naturaleza, formales, que viven en la obediencia y a las que les gusta obedecer. A mi parecer, están obligados a obedecer, porque ese es su destino, y en eso no hay absolutamente nada humillante para ellos. La segunda categoría: todos transgreden la ley, son destructores, o tienden a serlo, según sus capacidades. Los crímenes de estas personas, desde luego, son relativos y muy variados; en su mayoría exigen, en manifestaciones muy diversas, la destrucción de lo presente en nombre de algo mejor. Pero si para su idea necesita pasar aunque sea por encima de un cadáver, de la sangre, entonces él, dentro de sí, en conciencia, puede, a mi parecer, darse permiso para pasar por encima de la sangre, según la idea, sin embargo, y según sus dimensiones: tome nota de esto. Solo en este sentido hablo en mi artículo de su derecho al crimen. (Recordará usted que empezamos por una cuestión jurídica.) Por lo demás, no hay mucho de qué inquietarse: la masa casi nunca les reconoce ese derecho, los castiga y los ahorca (más o menos), y con eso, muy justamente, cumple su destino conservador, aunque en las generaciones

siguientes esa misma masa pone a los castigados sobre un pedestal y los venera (más o menos). La primera categoría es siempre la dueña del presente; la segunda, la dueña del futuro. Los primeros conservan el mundo y lo multiplican en número; los segundos mueven el mundo y lo conducen a su fin. Unos y otros tienen exactamente el mismo derecho a existir. En una palabra, para mí todos tienen un derecho equivalente, y... vive la guerre éternelle![3], hasta la Nueva Jerusalén, desde luego.

—¿Así que de todos modos cree usted en la Nueva Jerusalén?

—Creo —respondió con firmeza Raskólnikov; al decirlo, y durante toda su larga tirada, había mirado al suelo, eligiéndose un punto en la alfombra.

—¿Y-y-y cree usted en Dios? Disculpe que sea tan curioso.

—Creo —repitió Raskólnikov, levantando los ojos hacia Porfiri.

—¿Y-y cree en la resurrección de Lázaro?

—Cre-creo. ¿Para qué quiere saber todo eso?

—¿Cree literalmente?

—Literalmente.

—Vaya, señor... era curiosidad. Disculpe, señor. Pero permítame, vuelvo a lo de antes: si no siempre los castigan; algunos, al contrario...

—¿Triunfan en vida? Oh, sí, algunos lo logran también en vida, y entonces...

—¿Empiezan ellos mismos a castigar?

—Si hace falta, y, ¿sabe?, hasta en la mayoría de los casos. En general su observación es ingeniosa.

—Le agradezco, señor. Pero dígame esto: ¿cómo distinguir a esos extraordinarios de los ordinarios? ¿Tienen señales así al nacer, o qué? Lo

digo en el sentido de que aquí haría falta más precisión, por así decirlo, una determinación más exterior: disculpe en mí la inquietud natural de un hombre práctico y bienintencionado, ¿pero no se podría, por ejemplo, establecer una ropa especial, llevar algo, unas marcas, o algo así?... Porque, reconozca, si se produce una confusión y uno de una categoría se imagina que pertenece a la otra y empieza a «eliminar todos los obstáculos», como usted se expresó tan felizmente, entonces...

—¡Oh, eso ocurre muy a menudo! Esta observación suya es todavía más ingeniosa que la anterior...

—Le agradezco, señor...

—No hay de qué, señor; pero tenga en cuenta que el error solo es posible por parte de la primera categoría, es decir, de las personas «ordinarias» (como yo, quizá con muy poco acierto, las llamé). A pesar de su inclinación innata a la obediencia, por cierta travesura de la naturaleza, que no se le niega ni a una vaca, muchísimos de ellos gustan de imaginarse personas avanzadas, «destructores», y de meterse en la «palabra nueva», y eso con toda sinceridad, señor. A los verdaderamente nuevos, en cambio, a menudo no los notan e incluso los desprecian, como a gente atrasada y de pensamiento humillante. Pero, a mi parecer, aquí no puede haber un peligro considerable, y usted, de verdad, no tiene por qué inquietarse, porque ellos nunca dan pasos largos. Por el apasionamiento, desde luego, a veces se los podría azotar, para recordarles cuál es su lugar, pero nada más; aquí ni siquiera hace falta un verdugo: ellos mismos se azotarán, porque son muy bien educados; algunos se prestan ese servicio unos a otros, y otros se azotan a sí mismos con sus propias manos... Se imponen además distintas penitencias públicas: queda bonito y edificante; en una palabra,

usted no tiene por qué inquietarse... Hay una ley así.

—Bueno, por lo menos por ese lado me ha tranquilizado usted un poco; pero ahí está otra vez el problema, señor: dígame, por favor, ¿hay muchas de esas personas que tienen derecho a degollar a las otras, de esos «extraordinarios»? Yo, desde luego, estoy dispuesto a inclinarme, pero reconozca que da miedo, señor, si llega a haber muchísimos, ¿eh?

—Oh, tampoco se inquiete por eso —prosiguió Raskólnikov en el mismo tono—. En general, personas con una idea nueva, incluso apenas un poco capaces de decir algo nuevo, nacen extraordinariamente pocas, incluso extrañamente pocas. Solo una cosa está clara: que el orden en que nacen las personas, todas esas categorías y subdivisiones, debe de estar muy fiel y exactamente determinado por alguna ley de la naturaleza. Esa ley, desde luego, ahora es desconocida, pero yo creo que existe y que más adelante puede llegar a ser conocida. La enorme masa de la gente, el material, existe en el mundo solo para que, por fin, mediante algún esfuerzo, mediante algún proceso hasta ahora misterioso, mediante algún cruce de linajes y razas, haga fuerza y dé por fin a luz, bueno, aunque sea uno de cada mil, a un hombre algo independiente. Con una independencia todavía más amplia nace, quizá, uno de cada diez mil (hablo aproximadamente, para que se vea). Con una todavía más amplia, uno de cada cien mil. Los hombres geniales, uno de cada millones, y los grandes genios, los que coronan la humanidad, quizá después de que hayan pasado por la tierra muchos miles de millones de personas. En una palabra, en la retorta en que ocurre todo esto no me he asomado. Pero una ley determinada sin duda existe y debe existir; aquí no puede haber azar.

—¿Pero qué les pasa a los dos, están bromeando, o qué? —exclamó por

fin Razumíjin—. ¿Se están tomando el pelo o no? ¡Están ahí sentados y uno se burla del otro! ¿Lo dices en serio, Rodia?

Raskólnikov levantó hacia él en silencio su cara pálida y casi triste, y no respondió nada. Y a Razumíjin le pareció extraña, al lado de esa cara callada y triste, la mordacidad indisimulada, insistente, irritante y descortés de Porfiri.

—Bueno, hermano, si de verdad es en serio, entonces... Tú, desde luego, tienes razón al decir que eso no es nuevo y se parece a todo lo que hemos leído y oído mil veces; pero lo que de verdad es original en todo esto, y lo que de verdad te pertenece solo a ti, para mi horror, es que de todos modos permites la sangre en conciencia, y, perdóname, hasta con semejante fanatismo... Entonces en eso consiste la idea principal de tu artículo. Porque ese permiso de la sangre en conciencia, eso... eso, a mi parecer, es más terrible que un permiso oficial, legal, para derramar sangre...

—Completamente justo: más terrible, señor —respondió Porfiri.

—¡No, de algún modo te dejaste llevar! Aquí hay un error. Lo leeré... ¡Te dejaste llevar! No puedes pensar así... Lo leeré.

—En el artículo no está todo eso, solo hay sugerencias —dijo Raskólnikov.

—Así es, así es —Porfiri no podía quedarse quieto—. Ahora casi me quedó claro cómo se digna usted ver el crimen, pero... disculpe mi insistencia (lo molesto demasiado, ¡a mí mismo me da vergüenza!): verá usted, señor, hace un rato me tranquilizó mucho, señor, en cuanto a los casos erróneos de confusión entre las dos categorías, pero... ¡me vuelven a inquietar los distintos casos prácticos! ¿Y si algún hombre, o algún joven,

se imagina que es un Licurgo o un Mahoma... futuro, desde luego, y se pone a eliminar para ello todos los obstáculos? Le espera, dirá, una larga campaña, y para la campaña hace falta dinero... y empieza a conseguirse dinero para la campaña... ¿sabe?

Zamétov soltó de pronto un resoplido desde su rincón. Raskólnikov ni siquiera levantó los ojos hacia él.

—Debo admitir —respondió tranquilo— que casos así de verdad tienen que darse. Los tontitos y los vanidosos, sobre todo, caen en ese anzuelo; la juventud, en especial.

—¿Ya ve, señor? ¿Y entonces qué, señor?

—Pues nada —sonrió Raskólnikov—: no es culpa mía. Así es y así será siempre. Este (señaló con la cabeza a Razumíjin) decía hace un momento que yo permito la sangre. ¿Y qué? La sociedad está demasiado bien provista de destierros, cárceles, jueces de instrucción, presidios: ¿de qué inquietarse? ¡Y busquen al ladrón!...

—¿Y si lo encontramos?

—Se lo tendrá merecido.

—Usted es lógico, de todos modos. Bien, señor, ¿y en cuanto a su conciencia?

—¿Y a usted qué le importa?

—Pues así, por humanidad, señor.

—El que la tenga, que sufra, si reconoce el error. Ese es su castigo, además del presidio.

—¿Y los verdaderamente geniales —preguntó Razumíjin, frunciendo el ceño—, esos a los que se les ha dado el derecho de degollar, esos ya no deben sufrir en absoluto, ni siquiera por la sangre derramada?

—¿Para qué la palabra «deben»? Aquí no hay ni permiso ni prohibición. Que sufra, si le da lástima la víctima... El sufrimiento y el dolor son siempre obligatorios para una conciencia amplia y un corazón profundo. Los hombres verdaderamente grandes, me parece, deben sentir en el mundo una gran tristeza —añadió de pronto, pensativo, incluso fuera del tono de la conversación.

Levantó los ojos, miró pensativo a todos, sonrió y tomó la gorra. Estaba demasiado tranquilo en comparación con cómo había entrado hacía un rato, y lo sentía. Todos se levantaron.

—Bueno, señor, insúlteme o no, enójese o no, pero no puedo contenerme —concluyó otra vez Porfiri Petróvich—: permítame una preguntita más (¡lo estoy molestando demasiado, señor!), solo una ideíta pequeña que quería deslizar, únicamente para no olvidarla, señor...

—Bueno, diga su ideíta —esperaba de pie ante él, serio y pálido, Raskólnikov.

—Pues verá, señor... de verdad, no sé cómo expresarlo mejor... la ideíta es demasiado juguetona... psicológica, señor... Pues verá, señor, cuando usted escribía su articulito, no puede ser, ¡je, je!, que usted mismo no se considerara, aunque sea una gotita, también un hombre «extraordinario» y que dice una palabra nueva, en su sentido, es decir, señor... ¿No es así, señor?

—Es muy posible —respondió con desprecio Raskólnikov.

Razumíjin hizo un movimiento.

—Y si es así, señor, ¿es posible que usted mismo se decidiera (bueno, en vista de algunos fracasos y apuros de la vida o para contribuir de algún modo al bien de toda la humanidad) a pasar por encima del obstáculo?...

Bueno, por ejemplo, ¿a matar y robar?...

Y de pronto, de algún modo, volvió a guiñarle el ojo izquierdo y se rió sin ruido, exactamente como hacía un rato.

—Si yo hubiera pasado por encima, desde luego no se lo diría a usted —respondió Raskólnikov con un desprecio desafiante, altivo.

—No, señor, es que solo me interesa así, propiamente para comprender su artículo, solo en el aspecto literario, señor...

«¡Uf, qué evidente y qué insolente es esto!», pensó con repugnancia Raskólnikov.

—Permítame observarle —respondió secamente— que no me considero un Mahoma ni un Napoleón... ni ninguna persona por el estilo, y por lo tanto no puedo, no siéndolo, darle una explicación satisfactoria de cómo actuaría yo.

—¡Bueno, basta! ¿Quién en nuestra Rusia no se considera ahora un Napoleón? —dijo de pronto Porfiri con una familiaridad terrible. Hasta en la entonación de su voz había esta vez algo especialmente claro.

—¿No habrá sido algún Napoleón futuro el que despachó la semana pasada con un hacha a nuestra Aliona Ivánovna? —soltó de pronto Zamétov desde el rincón.

Raskólnikov callaba y miraba fija y firmemente a Porfiri. Razumíjin frunció el ceño, sombrío. Ya antes había empezado a parecerle algo. Miró alrededor con ira. Pasó un minuto de silencio sombrío. Raskólnikov se volvió para irse.

—¡Ya se va! —dijo cariñosamente Porfiri, tendiéndole la mano con extraordinaria amabilidad—. Muy, muy contento de conocerlo. Y en cuanto a su solicitud, no tenga ninguna duda. Escríbalo tal cual, como le

dije. O, mejor todavía, venga a verme allá usted mismo... algún día de estos... aunque sea mañana. Estaré allí a eso de las once, seguro. Lo arreglaremos todo... hablaremos... Usted, como uno de los últimos que estuvieron allí, quizá podría decirnos algo... —añadió con el aire más bonachón.

—¿Quiere interrogarme oficialmente, con todo el aparato? —preguntó con brusquedad Raskólnikov.

—¿Para qué, señor? Por ahora eso no se requiere en absoluto. No me entendió bien. Yo, verá usted, no dejo pasar ninguna ocasión y... y ya he hablado con todos los que empeñaban... a algunos les tomé declaración... y usted, como el último... ¡Ah, a propósito! —exclamó, alegrándose de pronto de algo—. ¡A propósito me acordé, qué cabeza la mía!... —Se volvió hacia Razumíjin—. Tú me estuviste machacando los oídos aquella vez con ese Nikolashka... pues yo mismo lo sé, yo mismo lo sé —se volvió hacia Raskólnikov— que el muchacho es inocente, ¿pero qué se le va a hacer?, también tuve que molestar a Mitka... de eso se trata, señor, toda la esencia, señor: al pasar aquella vez por la escalera... permítame: ¿usted estuvo allí pasadas las siete, señor?

—Pasadas las siete —respondió Raskólnikov, sintiendo desagradablemente en el mismo segundo que podía no haberlo dicho.

—Pues al pasar, pasadas las siete, señor, por la escalera, ¿no vio usted, en el segundo piso, en la vivienda abierta (¿se acuerda?), a dos obreros, o por lo menos a uno de ellos? Pintaban allí; ¿no los notó? ¡Esto es muy, muy importante para ellos!...

—¿Pintores? No, no los vi... —respondió Raskólnikov despacio y como hurgando en sus recuerdos, tensándose en ese mismo instante con

todo su ser y quedándose sin aliento del tormento por adivinar cuanto antes dónde estaba exactamente la trampa y no pasar nada por alto—. No, no los vi, y tampoco noté una vivienda así, abierta... pero en el cuarto piso (ya dominaba por completo la trampa y triunfaba), eso sí, recuerdo que un funcionario se mudaba de una vivienda... enfrente de la de Aliona Ivánovna... me acuerdo... eso lo recuerdo claramente... unos soldados sacaban un sofá y me aplastaron contra la pared... pero pintores, no, no recuerdo que hubiera pintores... y vivienda abierta, me parece, no había en ningún lado. Sí; no había...

—¿Pero qué te pasa? —gritó de pronto Razumíjin, como volviendo en sí y comprendiendo—. ¡Si los pintores pintaban el mismo día del asesinato, y él estuvo allí tres días antes! ¿Qué le preguntas?

—¡Uf! ¡Lo mezclé! —se golpeó la frente Porfiri—. ¡Diablos, con este asunto se me va la cabeza! —se dirigió, como disculpándose incluso, a Raskólnikov—. Nos importa tanto saber si alguien los vio, pasadas las siete, en la vivienda, que se me ocurrió ahora mismo que usted también podría decirlo... ¡lo mezclé todo!

—Pues hay que prestar más atención —observó sombrío Razumíjin.

Las últimas palabras se dijeron ya en el recibidor. Porfiri Petróvich los acompañó hasta la puerta misma con extraordinaria amabilidad. Los dos salieron a la calle sombríos y ceñudos, y durante unos pasos no dijeron una palabra. Raskólnikov respiró hondo...

Notas

1. Falansterio: edificio comunitario ideal del socialista utópico Charles Fourier.

2. El campanario de Iván el Grande, en el Kremlin de Moscú. La sazhen equivalía a algo más de dos metros.

3. «¡Viva la guerra eterna!».

Tercera parte. Capítulo VI

—...¡No lo creo! ¡No puedo creerlo! —repetía, desconcertado, Razumíjin, esforzándose con todas sus fuerzas por refutar los argumentos de Raskólnikov. Ya se acercaban a los cuartos de Bakaléiev, donde hacía rato que los esperaban Pulqueria Aleksándrovna y Dunia. Razumíjin se detenía a cada momento por el camino, en el calor de la conversación, turbado y agitado ya solo porque era la primera vez que hablaban de eso con claridad.

—¡Pues no lo creas! —respondía Raskólnikov con una sonrisa fría e indiferente—. Tú, según tu costumbre, no notabas nada, y yo sopesaba cada palabra.

—Eres suspicaz, por eso las sopesabas... Hm... en efecto, lo admito, el tono de Porfiri era bastante extraño, ¡y sobre todo ese canalla de Zamétov!... Tienes razón, había algo en él... ¿pero por qué? ¿Por qué?

—Cambió de idea durante la noche.

—¡Pero al contrario, al contrario! Si tuvieran esa idea descabellada, habrían hecho todo lo posible por esconderla y ocultar sus cartas, para atraparte después... ¡Y ahora eso es insolente e imprudente!

—Si tuvieran hechos, es decir, hechos verdaderos, o por lo menos sospechas algo fundadas, entonces de verdad habrían procurado ocultar el

juego con la esperanza de ganar todavía más (¡aunque hace rato que habrían hecho un registro!). Pero no tienen ningún hecho, ni uno: todo es un espejismo, todo tiene dos caras, una idea volátil y nada más; por eso procuran desconcertarme con insolencia. Y quizá él mismo se enfureció porque no hay hechos, y estalló por despecho. Y quizá tiene alguna intención... Parece un hombre inteligente... Quizá quería asustarme con que sabe... Aquí, hermano, hay una psicología propia... Aunque es repugnante explicar todo esto. ¡Déjalo!

—¡Y ofensivo, ofensivo! ¡Te entiendo! Pero... ya que ahora hablamos claro (¡y es estupendo que por fin hablemos claro, me alegro!), te confieso francamente que hace tiempo que les notaba esa idea, en todo este tiempo, desde luego solo en una forma pequeñita, rastrera, ¿pero por qué aunque sea rastrera? ¿Cómo se atreven? ¿Dónde, dónde se esconden en ellos esas raíces? ¡Si supieras cómo me enfurecía! Cómo: porque un estudiante pobre, desfigurado por la miseria y la hipocondría, en vísperas de una enfermedad grave con delirio, que quizá ya empezaba en él (¡fíjate bien!), suspicaz, orgulloso, que conoce su valor, y que en seis meses no vio a nadie en su rincón, con harapos y botas sin suelas, está de pie ante unos polizontes de barrio y soporta sus ultrajes; y ahí una deuda inesperada ante las narices, un pagaré vencido con el consejero de corte Chebárov, pintura podrida, treinta grados Réaumur[1], aire viciado, un montón de gente, el relato del asesinato de una persona a cuya casa había ido la víspera, ¡y todo eso con el estómago vacío! ¡Cómo no va a desmayarse uno! ¡Y en eso, en eso basarlo todo! ¡Diablos! Entiendo que es fastidioso, pero en tu lugar, Rodka, yo me les reiría a todos en la cara, o mejor: les escu-pi-ría a todos en la jeta, y bien espeso, y repartiría para todos lados un par de docenas de

bofetadas, con inteligencia, como siempre hay que darlas, y con eso terminaría. ¡Escupe sobre todo eso! ¡Anímate! ¡Qué vergüenza!

«Pues lo expuso bien», pensó Raskólnikov.

—¿Escupir? ¡Y mañana otra vez el interrogatorio! —dijo con amargura—. ¿Será que tengo que ponerme a dar explicaciones con ellos? Ya me fastidia haberme rebajado ayer en la taberna hasta Zamétov...

—¡Diablos! ¡Iré yo mismo a ver a Porfiri! Y lo voy a apretar, como pariente que soy; ¡que me lo suelte todo hasta las raíces! Y a Zamétov...

«¡Por fin se dio cuenta!», pensó Raskólnikov.

—¡Espera! —gritó Razumíjin, agarrándolo de pronto del hombro—. ¡Espera! ¡Mentiste! Lo pensé: ¡mentiste! ¿Qué trampa es esa? ¿Dices que la pregunta de los obreros era una trampa? Piénsalo: si hubieras sido tú, ¿podrías haberte delatado diciendo que viste cómo pintaban la vivienda... y a los obreros? Al contrario: ¡no habrías visto nada, aunque los hubieras visto! ¿Quién va a confesar en su contra?

—Si yo hubiera hecho aquello, sin duda habría dicho que vi a los obreros y la vivienda —siguió respondiendo Raskólnikov de mala gana y con visible repugnancia.

—¿Pero para qué hablar en tu contra?

—Porque solo los campesinos, o los novatos más inexpertos, en los interrogatorios lo niegan todo de plano y de una vez. Un hombre apenas un poco desarrollado y experimentado procura sin falta, en lo posible, reconocer todos los hechos externos e inevitables; solo que les busca otras causas, mete un rasgo suyo, especial e inesperado, que les da un significado completamente distinto y los presenta bajo otra luz. Porfiri podía calcular precisamente que yo respondería así sin falta y diría sin falta que los vi, para

que fuera verosímil, y que al mismo tiempo metería algo como explicación...

—Pero entonces él te habría dicho enseguida que dos días antes los obreros no podían estar allí y que, por lo tanto, tú estuviste precisamente el día del asesinato, pasadas las siete. ¡Te habría hecho caer con una nadería!

—Precisamente con eso contaba: que yo no alcanzaría a pensarlo, que me apresuraría a responder de manera más verosímil y olvidaría que dos días antes los obreros no podían estar.

—¿Pero cómo se va a olvidar eso?

—¡Nada más fácil! Con las cosas más insignificantes es como más fácilmente caen los astutos. Cuanto más astuto es un hombre, menos sospecha que lo harán caer con algo simple. Al hombre más astuto hay que hacerlo caer precisamente con lo más simple. Porfiri no es para nada tan tonto como crees...

—¡Entonces es un canalla!

Raskólnikov no pudo menos que reírse. Pero en ese mismo momento le parecieron extraños su propio entusiasmo y las ganas con que había dicho esa última explicación, cuando toda la conversación anterior la había sostenido con una repugnancia sombría, evidentemente por algún fin, por necesidad.

«¡En algunos puntos le estoy tomando el gusto!», pensó para sí.

Pero casi en ese mismo momento se puso de pronto inquieto, como si una idea inesperada y alarmante lo hubiera golpeado. Su inquietud aumentaba. Ya habían llegado a la entrada de los cuartos de Bakaléiev.

—Ve tú solo —dijo de pronto Raskólnikov—, enseguida vuelvo.

—¿Adónde vas? ¡Si ya llegamos!

—Tengo que ir, tengo que ir; un asunto... vengo en media hora... Diles.

—Como quieras, ¡yo voy contigo!

—¿Qué, tú también quieres atormentarme? —exclamó él con una irritación tan amarga, con tanta desesperación en la mirada, que a Razumíjin se le cayeron los brazos. Se quedó un rato en la escalinata mirando sombrío cómo el otro se alejaba a paso rápido en dirección a su callejón. Por fin, apretando los dientes y cerrando los puños, y jurándose allí mismo que ese mismo día exprimiría a Porfiri como un limón, subió para tranquilizar a Pulqueria Aleksándrovna, ya alarmada por lo mucho que tardaban.

Cuando Raskólnikov llegó a su casa, tenía las sienes empapadas de sudor y respiraba con dificultad. Subió deprisa la escalera, entró en su vivienda, que no estaba cerrada, y enseguida se encerró con el gancho. Después, asustado y como loco, se lanzó al rincón, a aquel mismo agujero del papel de la pared donde habían estado entonces las cosas, metió la mano y durante unos minutos estuvo tanteando con cuidado el agujero, revisando todos los recovecos y todos los pliegues del papel. Al no encontrar nada, se levantó y respiró hondo. Hacía un momento, al acercarse ya a la escalinata de Bakaléiev, se le había ocurrido de pronto que algún objeto, alguna cadenita, un gemelo, o incluso el papel en que estaban envueltos, con una anotación de puño y letra de la vieja, podía haberse escurrido entonces de algún modo y haberse perdido en alguna rendija, para aparecer después de pronto ante él como una prueba inesperada e irrefutable.

Estaba de pie como pensativo, y una sonrisa extraña, humillada, medio sin sentido, le vagaba por los labios. Por fin tomó la gorra y salió despacio

de la habitación. Sus pensamientos se enredaban. Pensativo, bajó hasta el portón.

—¡Pues ahí está él! —gritó una voz fuerte; levantó la cabeza.

El portero estaba de pie junto a la puerta de su cuartucho y lo señalaba directamente a un hombre bajo, con aspecto de mieshchanín, vestido con algo así como una bata, con chaleco, y que de lejos se parecía mucho a una mujer. La cabeza, con una gorra grasienta, le colgaba hacia abajo, y todo él estaba como encorvado. Su cara flácida, arrugada, mostraba más de cincuenta años; los ojillos pequeños, hundidos en grasa, miraban sombríos, severos y con disgusto.

—¿Qué pasa? —preguntó Raskólnikov, acercándose al portero.

El mieshchanín lo miró de reojo, por debajo de las cejas, y lo examinó con fijeza y atención, sin prisa; después se dio la vuelta despacio y, sin decir una palabra, salió por el portón a la calle.

—¿Pero qué pasa? —exclamó Raskólnikov.

—Pues ese preguntaba si aquí vivía un estudiante, dijo su nombre, en casa de quién vive. Usted bajó justo, se lo mostré, y él se fue. Ya ve.

También el portero estaba algo perplejo, aunque no mucho, y, pensándolo una gotita más, se dio la vuelta y se metió de nuevo en su cuartucho.

Raskólnikov se lanzó tras el mieshchanín y enseguida lo vio, yendo por la otra acera, con el mismo paso regular y sin prisa, los ojos clavados en el suelo y como pensando algo. Pronto lo alcanzó, pero durante un rato fue detrás de él; por fin se puso a su altura y le miró la cara de costado. El otro lo notó enseguida, le echó una mirada rápida, pero volvió a bajar los ojos, y así anduvieron como un minuto, uno junto al otro y sin decir palabra.

—¿Usted preguntó por mí... al portero? —dijo por fin Raskólnikov, pero en voz muy baja.

El mieshchanín no dio ninguna respuesta y ni siquiera lo miró. Volvieron a callar.

—¿Pero qué... viene usted a preguntar... y se calla... pero qué es esto? —A Raskólnikov se le cortaba la voz, y las palabras no querían salirle con claridad.

El mieshchanín esta vez levantó los ojos y miró a Raskólnikov con una mirada siniestra, sombría.

—¡Asesino! —dijo de pronto con voz baja, pero clara y nítida...

Raskólnikov iba a su lado. Las piernas se le debilitaron de pronto terriblemente, la espalda se le heló, y el corazón por un instante pareció detenerse; después de pronto empezó a golpear, como si se hubiera soltado de un gancho. Así anduvieron unos cien pasos, uno al lado del otro y otra vez en completo silencio.

El mieshchanín no lo miraba.

—¿Pero qué... qué... quién es un asesino? —murmuró Raskólnikov con voz apenas audible.

—Tú eres un asesino —dijo el otro, todavía más claro e imponente, y como con una sonrisa de triunfo lleno de odio, y otra vez miró directamente la cara pálida de Raskólnikov y sus ojos sin vida. Llegaron entonces los dos a un cruce. El mieshchanín dobló por la calle de la izquierda y siguió sin volverse. Raskólnikov se quedó en el sitio y lo siguió largo rato con la mirada. Vio cómo el otro, ya a unos cincuenta pasos, se volvió y lo miró, a él, que seguía inmóvil en el mismo lugar. No se podía distinguir, pero a Raskólnikov le pareció que también esta vez sonreía con

su sonrisa fría, llena de odio y triunfante.

Con un paso lento, debilitado, con las rodillas temblorosas y como terriblemente helado, Raskólnikov volvió atrás y subió a su cuartucho. Se quitó la gorra, la dejó en la mesa y se quedó unos diez minutos de pie a su lado, inmóvil. Después, sin fuerzas, se acostó en el sofá y se estiró en él con dolor, con un gemido débil; tenía los ojos cerrados. Así estuvo acostado como media hora.

No pensaba en nada. Había, así, unos pensamientos o jirones de pensamientos, unas imágenes, sin orden ni relación: caras de personas que había visto todavía en la infancia o con las que se había cruzado alguna vez una sola vez y de las que nunca se habría acordado; el campanario de la iglesia de V...; un billar en una taberna y un oficial junto al billar, el olor de los cigarros en una tabaquería de un sótano, una taberna, una escalera de servicio, completamente oscura, toda cubierta de aguas sucias y sembrada de cáscaras de huevo, y desde algún lugar llega el tañido dominical de las campanas... Los objetos se sucedían y giraban como un torbellino. Algunos hasta le gustaban, y se aferraba a ellos, pero se apagaban, y en general algo lo oprimía por dentro, pero no mucho. A veces hasta se sentía bien... Un escalofrío leve no se le pasaba, y también eso era casi agradable de sentir.

Oyó los pasos apresurados de Razumíjin y su voz, cerró los ojos y fingió dormir. Razumíjin abrió la puerta y se quedó un rato en el umbral, como pensando. Después entró despacio en la habitación y se acercó con cuidado al sofá. Se oyó el susurro de Nastasia:

—No lo toques; deja que duerma; después comerá.

—Es verdad —respondió Razumíjin.

Los dos salieron con cuidado y entornaron la puerta. Pasó otra media

hora. Raskólnikov abrió los ojos y volvió a echarse de espaldas, con las manos cruzadas detrás de la cabeza...

«¿Quién es? ¿Quién es ese hombre salido de debajo de la tierra? ¿Dónde estaba y qué vio? Lo vio todo, eso es indudable. ¿Dónde estaba entonces y desde dónde miraba? ¿Por qué sale de debajo del suelo solo ahora? ¿Y cómo pudo ver? ¿Acaso es posible?... Hm... —prosiguió Raskólnikov, helándose y estremeciéndose—, ¿y el estuche que encontró Nikolái detrás de la puerta? ¿Acaso eso también es posible? ¿Pruebas? Se te pasa por alto un rasguito de una cienmilésima, ¡y ahí está la prueba, del tamaño de una pirámide de Egipto! Una mosca volaba, ¡ella lo vio! ¿Acaso es posible así?»

Y de pronto sintió con repugnancia cuánto se había debilitado, debilitado físicamente.

«Debía saberlo —pensaba con una sonrisa amarga—, ¡y cómo me atreví, conociéndome, presintiéndome, a tomar el hacha y a ensangrentarme! Estaba obligado a saberlo de antemano... ¡Eh! ¡Pero si ya lo sabía de antemano!...», susurró desesperado.

A ratos se detenía inmóvil ante algún pensamiento:

«No, esos hombres no están hechos así; el verdadero soberano, al que todo le está permitido, bombardea Tolón, hace una matanza en París, olvida un ejército en Egipto, gasta medio millón de hombres en la campaña de Moscú y sale del paso con un juego de palabras en Vilna[2]; y a él mismo, después de muerto, le levantan ídolos; entonces todo está permitido. ¡No, esos hombres, se ve, no están hechos de carne, sino de bronce!»

Un pensamiento ajeno, repentino, casi lo hizo reír:

«Napoleón, las pirámides, Waterloo, y una viuda de registrador flaca y

asquerosa, una viejecilla, una usurera, con un baúl rojo debajo de la cama: ¡a ver cómo digiere eso aunque sea Porfiri Petróvich!... ¡Cómo lo van a digerir!... Se lo impedirá la estética: ¿se va a meter Napoleón, dirán, debajo de la cama de una "viejecilla"? ¡Eh, qué porquería!...»

Por momentos sentía que estaba como delirando: caía en un estado de entusiasmo febril.

«¡La viejecilla es una tontería! —pensaba con ardor e impetuosamente—. La vieja quizá fue un error, ¡no se trata de ella! La vieja fue solo una enfermedad... yo quería pasar por encima cuanto antes... ¡no maté a un ser humano, maté un principio! El principio sí lo maté, pero pasar por encima no pasé, me quedé de este lado... Lo único que supe fue matar. Y ni siquiera eso supe, por lo que se ve... ¿Un principio? ¿Por qué el tontito de Razumíjin insultaba hace un rato a los socialistas? Gente trabajadora y comerciante, que se ocupa de la "felicidad común"... No, a mí la vida se me da una sola vez, y nunca más la tendré; no quiero esperar a la "felicidad universal". Yo también quiero vivir, y si no, mejor no vivir. ¿Y qué? Solo no quise pasar junto a una madre hambrienta apretando en el bolsillo mi rublo, en espera de la "felicidad universal". "Llevo, digamos, un ladrillito para la felicidad universal, y por eso siento la paz en el corazón". ¡Ja, ja! ¿Y por qué se olvidaron de mí? Si yo vivo una sola vez, si yo también quiero... Eh, soy un piojo estético, y nada más —añadió de pronto, riéndose como un loco—. Sí, de verdad soy un piojo —prosiguió, aferrándose con malicia al pensamiento, hurgando en él, jugando y divirtiéndose con él—, y aunque solo fuera porque, en primer lugar, ahora razono sobre que soy un piojo; porque, en segundo lugar, durante un mes entero molesté a la providencia bienaventurada, poniéndola por testigo de

que no lo emprendía, digamos, por mi carne y mi lujuria, sino que tenía en vista un fin magnífico y agradable, ¡ja, ja! Porque, en tercer lugar, resolví observar en la ejecución toda la justicia posible, el peso y la medida, y la aritmética: de todos los piojos elegí el más inútil de todos y, después de matarlo, resolví tomarle exactamente lo que necesitaba para el primer paso, ni más ni menos (y el resto, entonces, iría a parar al monasterio, según el testamento, ¡ja, ja!)... Por eso, por eso soy definitivamente un piojo —añadió, rechinando los dientes—, ¡porque yo mismo soy quizá todavía más vil y más asqueroso que el piojo muerto, y presentía de antemano que me lo diría después de matar! ¿Acaso hay algo que se pueda comparar con semejante horror? ¡Oh, vulgaridad! ¡Oh, vileza!... ¡Oh, cómo entiendo al "profeta", con el sable, a caballo! Lo manda Alá, ¡y obedece, criatura "temblorosa"! ¡Tiene razón, tiene razón el "profeta" cuando planta en algún lugar, atravesada en la calle, una bue-e-ena batería y dispara contra justos y culpables, sin dignarse siquiera a explicarse! ¡Obedece, criatura temblorosa, y no desees, porque eso no es asunto tuyo!... ¡Oh, por nada, por nada del mundo le perdonaré a la viejecilla!»

Tenía el pelo empapado de sudor; los labios temblorosos, resecos; la mirada inmóvil, clavada en el techo.

«Mi madre, mi hermana, ¡cómo las quería! ¿Por qué ahora las odio? Sí, las odio, las odio físicamente, no puedo soportarlas a mi lado... Hace un rato me acerqué y besé a mi madre, me acuerdo... Abrazarla y pensar que si supiera... ¿y si se lo digo entonces? Soy capaz... ¡Hm! Ella tiene que ser igual que yo —añadió, pensando con esfuerzo, como luchando contra el delirio que lo invadía—. ¡Oh, cómo odio ahora a la viejecilla! ¡Creo que la mataría otra vez si volviera en sí! ¡Pobre Lizaveta! ¡Por qué se cruzó ahí!... Es

extraño, sin embargo, por qué casi no pienso en ella, como si no la hubiera matado... ¡Lizaveta! ¡Sonia! Pobres, mansas, de ojos mansos... ¡Queridas!... ¿Por qué no lloran? ¿Por qué no gimen?... Lo dan todo... miran mansas y calladas... ¡Sonia, Sonia! ¡Callada Sonia!...»

Perdió el conocimiento; le pareció extraño no recordar cómo había podido ir a parar a la calle. Ya era muy entrada la tarde. El crepúsculo se espesaba, la luna llena brillaba cada vez más clara; pero en el aire había un bochorno especial. La gente andaba en multitud por las calles; los artesanos y la gente ocupada volvían a sus casas, otros paseaban; olía a cal, a polvo, a agua estancada. Raskólnikov caminaba triste y preocupado: recordaba muy bien que había salido de casa con alguna intención, que había que hacer algo y apresurarse, pero qué exactamente, lo había olvidado. De pronto se detuvo y vio que del otro lado de la calle, en la acera, había un hombre que le hacía señas con la mano. Fue hacia él cruzando la calle, pero de pronto ese hombre se dio la vuelta y se fue como si nada, con la cabeza gacha, sin volverse y sin dar a entender que lo había llamado. «¿Pero de verdad me llamó?», pensó Raskólnikov, y sin embargo se puso a alcanzarlo. A unos diez pasos de él, de pronto lo reconoció y... se asustó: era el mieshchanín de antes, con la misma bata e igual de encorvado. Raskólnikov iba de lejos; el corazón le golpeaba; doblaron por un callejón: el otro no se volvía. «¿Sabrá que lo sigo?», pensaba Raskólnikov. El mieshchanín entró por el portón de una casa grande. Raskólnikov se acercó enseguida al portón y se puso a mirar: ¿no se volverá, no lo llamará? En efecto, después de cruzar todo el pasaje y al salir ya al patio, el otro se volvió de pronto y otra vez pareció hacerle una seña. Raskólnikov cruzó enseguida el pasaje, pero en el patio ya no estaba el

mieshchanín. Entonces había entrado ahí mismo, por la primera escalera. Raskólnikov se lanzó tras él. En efecto, dos pisos más arriba todavía se oían los pasos regulares, sin prisa, de alguien. ¡Qué extraño, la escalera parecía conocida! Ahí está la ventana del primer piso; triste y misteriosa pasaba por los vidrios la luz de la luna; ahí está el segundo piso. ¡Vaya! Es aquella misma vivienda donde pintaban los obreros... ¿Cómo no la reconoció enseguida? Los pasos del hombre que iba delante se apagaron: «Entonces se detuvo o se escondió en algún lado». Ahí está el tercer piso; ¿seguir subiendo? Y qué silencio hay allí, hasta da miedo... Pero siguió. El ruido de sus propios pasos lo asustaba y lo inquietaba. ¡Dios, qué oscuro está! El mieshchanín seguramente está escondido por aquí en algún rincón. ¡Ah! La vivienda está abierta de par en par a la escalera; lo pensó y entró. En el recibidor estaba muy oscuro y vacío, ni un alma, como si se lo hubieran llevado todo; despacio, de puntillas, pasó a la sala: toda la habitación estaba bañada por una luz de luna intensa; todo está como antes: las sillas, el espejo, el sofá amarillo y los cuadritos con marco. Una luna enorme, redonda, de un rojo cobrizo, miraba directamente por las ventanas. «Es por la luna que hay tanto silencio —pensó Raskólnikov—, seguramente ahora está proponiendo una adivinanza». Estaba de pie y esperaba, esperó mucho, y cuanto más callada estaba la luna, más fuerte le golpeaba el corazón, hasta le dolía. Y todo silencio. De pronto se oyó un crujido seco, instantáneo, como si alguien hubiera roto una astilla, y todo volvió a quedarse inmóvil. Una mosca que se había despertado chocó de pronto en pleno vuelo contra el vidrio y zumbó lastimera. En ese mismo momento, en el rincón, entre un pequeño armario y la ventana, distinguió algo así como un abrigo de mujer colgado en la pared. «¿Para qué está aquí ese

abrigo? —pensó—. Antes no estaba...» Se acercó despacio y adivinó que detrás del abrigo parecía esconderse alguien. Con cuidado apartó el abrigo con la mano y vio que allí había una silla, y en la silla, en el rinconcito, estaba sentada la viejecilla, toda encogida y con la cabeza inclinada, de modo que no podía de ningún modo distinguirle la cara, pero era ella. Se quedó de pie junto a ella: «¡Tiene miedo!», pensó, liberó despacio el hacha de la presilla y golpeó a la vieja en la coronilla, una vez y otra. Pero, cosa extraña: ella ni siquiera se movió con los golpes, como si fuera de madera. Se asustó, se inclinó más cerca y se puso a examinarla; pero también ella inclinó todavía más la cabeza. Entonces él se agachó hasta el suelo del todo y le miró la cara desde abajo, la miró y se quedó helado: la viejecilla estaba sentada y se reía, se deshacía en una risa callada, inaudible, conteniéndose con todas sus fuerzas para que él no la oyera. De pronto le pareció que la puerta del dormitorio se había entreabierto apenas y que allí también parecía que se reían y cuchicheaban. La furia lo dominó: con todas sus fuerzas empezó a pegarle a la vieja en la cabeza, pero a cada golpe del hacha la risa y los cuchicheos del dormitorio se oían cada vez más fuertes, y la viejecilla se sacudía entera de risa. Se lanzó a huir, pero todo el recibidor ya está lleno de gente, las puertas de la escalera están abiertas de par en par, y en el rellano, en la escalera y hacia abajo, todo gente, cabeza con cabeza, todos miran, pero todos están agazapados y esperan, callan... Se le encogió el corazón, los pies no se mueven, se le quedaron clavados... Quiso gritar y... se despertó.

Respiró hondo, con dificultad; pero, cosa extraña, el sueño parecía seguir todavía: su puerta estaba abierta de par en par, y en el umbral había un hombre completamente desconocido para él que lo examinaba con

fijeza.

Raskólnikov no había alcanzado todavía a abrir del todo los ojos y en un instante volvió a cerrarlos. Estaba acostado de espaldas y no se movió. «¿Sigue el sueño o no?», pensaba, y levantó otra vez apenas, sin que se notara, las pestañas para mirar: el desconocido seguía en el mismo lugar y continuaba mirándolo. De pronto cruzó con cuidado el umbral, entornó cuidadosamente la puerta detrás de sí, se acercó a la mesa, esperó como un minuto, sin quitarle todo ese tiempo los ojos de encima, y despacio, sin ruido, se sentó en la silla junto al sofá; dejó el sombrero a un costado, en el suelo, y apoyó las dos manos en el bastón, bajando el mentón sobre las manos. Se veía que se había preparado para esperar mucho tiempo. Por lo que se podía distinguir a través de las pestañas que parpadeaban, ese hombre ya no era joven, era robusto y tenía una barba espesa, clara, casi blanca...

Pasaron unos diez minutos. Todavía había luz, pero ya anochecía. En la habitación había un silencio completo. Ni siquiera llegaba un solo sonido desde la escalera. Solo zumbaba y se debatía una mosca grande, chocando en pleno vuelo contra el vidrio. Por fin eso se volvió insoportable: Raskólnikov se incorporó de pronto y se sentó en el sofá.

—Bueno, hable, ¿qué quiere?

—Ya sabía yo que usted no dormía, sino que solo lo fingía —respondió de un modo extraño el desconocido, riéndose con calma—. Arkadi Ivánovich Svidrigáilov, permítame presentarme...

Notas

1. Treinta grados en la escala Réaumur equivalen a unos treinta y ocho grados centígrados.

2. Se atribuye a Napoleón, en Vilna, durante la retirada de Rusia, la frase «De lo sublime a

lo ridículo no hay más que un paso».

Cuarta parte. Capítulo I

«¿Será la continuación del sueño?», volvió a pensar Raskólnikov. Con cautela y desconfianza observaba al visitante inesperado.

—¿Svidrigáilov? ¡Qué disparate! ¡No puede ser! —dijo por fin en voz alta, perplejo.

Al visitante, al parecer, no le sorprendió en absoluto esa exclamación.

—Vine a verlo por dos razones: en primer lugar, quería conocerlo personalmente, ya que hace tiempo oigo hablar de usted desde un punto de vista muy curioso y ventajoso para usted; en segundo lugar, sueño con que quizá no se niegue a ayudarme en una empresa que concierne directamente al interés de su hermanita, Avdotia Románovna. A mí solo, sin recomendación, ella quizá ahora ni me deje entrar en el patio, por prejuicio; pero con su ayuda, en cambio, cuento con...

—Cuenta mal —lo interrumpió Raskólnikov.

—Ellas llegaron apenas ayer, ¿me permite preguntar?

Raskólnikov no respondió.

—Ayer, ya lo sé. Yo mismo llegué apenas anteayer. Bien, señor, esto es lo que le diré al respecto, Rodión Románovich: considero innecesario justificarme, pero permítame también declarar: ¿qué hay, en realidad, de

especialmente criminal de mi parte en todo esto, es decir, sin prejuicios, juzgando con sensatez?

Raskólnikov seguía examinándolo en silencio.

—¿Que en mi casa perseguí a una muchacha indefensa y «la ofendí con mis propuestas infames»? ¿No es así, señor? (¡Yo mismo me adelanto!) Pero suponga nada más que también yo soy hombre, et nihil humanum[1]... en una palabra, que también yo soy capaz de dejarme seducir y de enamorarme (cosa que, desde luego, no ocurre por nuestra voluntad): entonces todo se explica de la manera más natural. Toda la cuestión está aquí: ¿soy un monstruo o soy yo mismo una víctima? ¿Y si soy una víctima? Porque, al proponerle a mi objeto fugarse conmigo a América o a Suiza, quizá yo alimentaba los sentimientos más respetuosos, ¡y encima pensaba organizar la felicidad de los dos!... La razón está al servicio de la pasión; yo, quizá, me perdía todavía más a mí mismo, ¡por favor!...

—No se trata para nada de eso —lo interrumpió con repugnancia Raskólnikov—. Lisa y llanamente, usted es repugnante, tenga razón o no la tenga, y por eso no quieren tratarlo, y lo echan, ¡y váyase!...

Svidrigáilov de pronto soltó una carcajada.

—¡Pero usted... a usted no hay quien lo desconcierte! —dijo, riéndose del modo más franco—. Yo pensaba hacerme el astuto, pero no, ¡usted se puso justo en el punto más verdadero!

—Si sigue haciéndose el astuto en este mismo momento.

—¿Y qué? ¿Y qué? —repetía Svidrigáilov, riéndose a sus anchas—. Esto es bonne guerre[2], como se dice, ¡y la astucia más permitida!... Pero de todos modos me interrumpió; de un modo u otro, lo confirmo otra vez: no habría habido ningún disgusto si no hubiera sido por el incidente del

jardín. Marfa Petróvna...

—¿Y a Marfa Petróvna también la liquidó usted, según dicen? —lo interrumpió groseramente Raskólnikov.

—¿Así que también eso oyó? Aunque, cómo no oírlo... Bueno, en cuanto a esa pregunta suya, de verdad no sé cómo decírselo, aunque mi conciencia está en el más alto grado tranquila al respecto. Es decir, no piense que temo algo de ese tipo: todo se hizo en perfecto orden y con toda exactitud: la investigación médica descubrió una apoplejía producida por un baño justo después de una comida copiosa, con casi una botella de vino bebida, y no podía descubrir otra cosa... No, señor, lo que pensé para mí durante algún tiempo, sobre todo en el viaje, sentado en el vagón, fue esto: ¿no habré contribuido a toda esta... desgracia, de algún modo, con una irritación moral o algo por el estilo? Pero concluí que tampoco eso podía ser de ningún modo.

Raskólnikov se echó a reír.

—¡Qué ganas de inquietarse así!

—¿Pero de qué se ríe? Piénselo: le di solo dos golpes con una fustita, ni siquiera quedaron marcas... No me considere, por favor, un cínico; yo sé exactamente lo infame que es de mi parte, y así sucesivamente; pero también sé con seguridad que Marfa Petróvna quizá hasta se alegró de ese, por así decirlo, arrebato mío. La historia de su hermanita se había agotado hasta la última letra. Marfa Petróvna ya llevaba tres días obligada a quedarse en casa; no tenía con qué presentarse en el pueblo, y además ya tenía a todos hartos con esa carta suya (¿oyó lo de la lectura de la carta?). ¡Y de pronto esos dos golpes de fusta caen como del cielo! ¡Lo primero que hizo fue mandar enganchar el carruaje!... Y no hablo ya de que las mujeres

tienen casos en que es muy, pero muy agradable ser ofendidas, a pesar de toda la indignación aparente. Todos los tienen, esos casos; al hombre en general le gusta muchísimo ser ofendido, ¿lo notó? Pero en las mujeres eso es especial. Hasta se puede decir que de eso viven.

En un momento Raskólnikov pensó en levantarse e irse y terminar así el encuentro. Pero cierta curiosidad e incluso algo así como un cálculo lo retuvieron por un instante.

—¿Le gusta pegar? —preguntó distraído.

—No, no mucho —respondió tranquilamente Svidrigáilov—. Y con Marfa Petróvna casi nunca nos peleábamos. Vivíamos muy de acuerdo, y ella siempre estaba contenta conmigo. La fusta la usé, en nuestros siete años, solo dos veces (si no se cuenta un tercer caso, por lo demás muy ambiguo): la primera vez, dos meses después de nuestra boda, enseguida de llegar a la aldea, y este último caso de ahora. ¿Y usted ya pensaba que yo era un monstruo, un retrógrado, un partidario de la servidumbre? Je, je... Y a propósito: ¿no recuerda usted, Rodión Románovich, cómo hace algunos años, todavía en tiempos de la bienhechora glásnost[3], avergonzaron aquí ante todo el pueblo y toda la literatura a un noble (¡olvidé el apellido!) que azotó a una alemana en un vagón? ¿Se acuerda? Entonces, ese mismo año, me parece, ocurrió también el «Acto indecoroso» de «*El Siglo*»[4] (bueno, las «Noches egipcias», la lectura pública, ¿se acuerda? ¡Esos ojos negros! ¡Oh, dónde estás, tiempo dorado de nuestra juventud!). Bien, señor, esta es mi opinión: con el señor que azotó a la alemana no simpatizo en lo más mínimo, porque en efecto eso... ¡qué simpatía se puede tener! Pero al mismo tiempo no puedo dejar de declarar que a veces se dan unas «alemanas» tan provocadoras que, me parece, no hay un solo progresista

que pueda responder por completo de sí mismo. Desde ese punto de vista nadie miró entonces el asunto, y sin embargo ese es el verdadero punto de vista humano, ¡de verdad, señor!

Dicho esto, Svidrigáilov volvió de pronto a reírse. A Raskólnikov le resultó evidente que era un hombre firmemente decidido a algo y que no revelaba sus intenciones.

—Usted debe de llevar varios días seguidos sin hablar con nadie —preguntó.

—Casi. ¿Y qué? ¿Seguro que se asombra de que sea un hombre tan acomodaticio?

—No, me asombra que sea un hombre demasiado acomodaticio.

—¿Porque no me ofendí por la grosería de sus preguntas? ¿Es eso? Sí... ¿y por qué ofenderse? Como me preguntaba, así le respondía —añadió con una expresión asombrosa de candidez—. Es que casi nada me interesa especialmente, palabra —prosiguió de un modo pensativo—. Sobre todo ahora, no estoy ocupado en nada... Aunque usted tiene derecho a pensar que lo adulo con algún fin, tanto más cuanto que tengo un asunto con su hermanita, como yo mismo declaré. Pero le diré con franqueza: ¡me aburro mucho! Sobre todo estos tres días, tanto que hasta me alegré de verlo... No se enoje, Rodión Románovich, pero usted mismo, no sé por qué, me parece terriblemente extraño. Como quiera, pero hay algo en usted; y precisamente ahora, es decir, no propiamente en este momento, sino en general ahora... ¡Bueno, bueno, no lo haré, no lo haré, no frunza el ceño! No soy tan oso como usted piensa.

Raskólnikov lo miró sombrío.

—Quizá ni siquiera sea un oso en absoluto —dijo—. Hasta me parece

que usted es de muy buena sociedad o, por lo menos, que sabe, llegado el caso, ser también una persona decente.

—Es que la opinión de nadie me interesa especialmente —respondió Svidrigáilov secamente y como con un matiz de altivez—, y por eso, ¿por qué no ser de vez en cuando un ordinario, si ese traje es tan cómodo de llevar en nuestro clima y... sobre todo si además se tiene una inclinación natural? —añadió, volviendo a reírse.

—He oído, sin embargo, que usted tiene aquí muchos conocidos. Usted es lo que se llama «un hombre con relaciones». ¿Para qué me quiere a mí en ese caso, si no es con algún fin?

—Es verdad lo que dice, que tengo conocidos —repuso Svidrigáilov, sin responder al punto principal—; ya me crucé con algunos; llevo tres días dando vueltas; yo los reconozco, y parece que a mí también me reconocen. Desde luego, voy bien vestido y se me tiene por un hombre que no es pobre; a nosotros la reforma campesina no nos tocó: bosques y prados inundables, la renta no se pierde; pero... no iré allá; ya antes me tenía harto: llevo tres días dando vueltas y no me doy a conocer a nadie... ¡Y además, la ciudad! Dígame, por favor, ¿cómo se nos compuso esto? ¡Una ciudad de escribientes y de seminaristas de toda clase! De verdad, antes no notaba muchas cosas, hace unos ocho años, cuando andaba por aquí... ¡Ahora solo confío en la anatomía, palabra!

—¿Qué anatomía?

—Y en cuanto a esos clubes, los Dussaut[5], esas Puntas suyas o, si quiere, el progreso: bueno, eso que sea sin nosotros —prosiguió, otra vez sin notar la pregunta—. ¿Y qué ganas hay de ser tahúr?

—¿Y usted fue también tahúr?

—¿Cómo no? Éramos toda una compañía, de lo más decente, hace unos ocho años; pasábamos el tiempo; y todos, sabe, gente con modales; había poetas, había capitalistas. Y en general entre nosotros, en la sociedad rusa, los mejores modales los tienen los que han recibido palizas, ¿lo notó? Es que ahora, en la aldea, me he venido abajo. Y sin embargo entonces me metieron preso por deudas, un griego de Nézhin. Entonces apareció Marfa Petróvna, regateó y me rescató por treinta mil monedas de plata. (En total yo debía setenta mil). Nos unimos con ella en legítimo matrimonio, y me llevó enseguida a su aldea, como un tesoro. Era cinco años mayor que yo. Me quería mucho. Siete años no salí de la aldea. Y fíjese: toda la vida guardó contra mí un documento, a nombre de otro, por esos treinta mil, de modo que, si se me ocurría rebelarme en algo, ¡enseguida a la trampa! ¡Y lo habría hecho! En las mujeres todo eso convive junto.

—¿Y si no hubiera sido por el documento, se habría escapado?

—No sé cómo decírselo. Ese documento casi no me molestaba. No tenía ganas de ir a ninguna parte, y al extranjero Marfa Petróvna misma me invitó un par de veces, viendo que me aburría. ¡Pero qué! Al extranjero ya había ido antes, y siempre me daba náuseas. No es que... pero amanece, el golfo de Nápoles, el mar, uno mira, y le da como una tristeza. ¡Lo más repugnante es que de verdad uno está triste por algo! No, en la patria se está mejor: aquí, por lo menos, de todo se culpa a los demás y uno se justifica a sí mismo. Quizá ahora me iría en una expedición al Polo Norte, porque j'ai le vin mauvais[6], y beber me da asco, y aparte del vino no me queda nada más. Lo he probado. ¿Y qué, dicen que Berg volará el domingo en el jardín Yusúpov en un globo enorme, que invita a compañeros de viaje por cierta suma, es verdad?

—¿Y qué, usted volaría?

—¿Yo? No... así... —murmuró Svidrigáilov, como pensativo de verdad.

«¿Pero qué le pasa, en realidad?», pensó Raskólnikov.

—No, el documento no me molestaba —prosiguió Svidrigáilov, pensativo—, era yo mismo el que no salía de la aldea. Y además hará ya un año que Marfa Petróvna, en el día de mi santo, me devolvió ese documento, y encima me regaló una suma considerable. Es que ella tenía capital. «Ya ve cuánto confío en usted, Arkadi Ivánovich»: de verdad, así se expresó. ¿No cree que se expresó así? ¿Y sabe? Me volví un hacendado bastante bueno en la aldea; en la comarca me conocen. También encargaba libros. Marfa Petróvna al principio lo aprobaba, pero después temía que me volviera demasiado erudito.

—Parece que extraña mucho a Marfa Petróvna, ¿no?

—¿Yo? Quizá. De verdad, quizá. Y a propósito, ¿cree usted en los aparecidos?

—¿Qué aparecidos?

—¡Los aparecidos corrientes, cuáles van a ser!

—¿Y usted cree?

—Pues quizá no, pour vous plaire[7]... Es decir, no es que no...

—¿Se le aparecen, o qué?

Svidrigáilov lo miró de un modo algo extraño.

—Marfa Petróvna se digna visitarme —dijo, torciendo la boca en una sonrisa extraña.

—¿Cómo que se digna visitarlo?

—Pues ya vino tres veces. La primera vez la vi el mismo día del entierro, una hora después del cementerio. Fue la víspera de mi viaje aquí. La

segunda vez, anteayer, en el viaje, al amanecer, en la estación de Málaia Vishera; y la tercera, hace dos horas, en la vivienda donde me alojo, en la habitación; estaba solo.

—¿Despierto?

—Completamente. Las tres veces despierto. Viene, habla un minuto y se va por la puerta; siempre por la puerta. Hasta parece que se oye.

—¡Por qué pensaba yo que a usted sin falta le pasaba algo así! —dijo de pronto Raskólnikov, y en ese mismo instante se asombró de haberlo dicho. Estaba muy agitado.

—¿Vaya? ¿Usted lo pensó? —preguntó asombrado Svidrigáilov—. ¿De veras? Bueno, ¿no le dije que entre nosotros hay un punto en común, eh?

—¡Usted nunca dijo eso! —respondió Raskólnikov con brusquedad y vehemencia.

—¿No lo dije?

—¡No!

—Me pareció que lo había dicho. Hace un rato, cuando entré y vi que estaba acostado con los ojos cerrados y que solo lo fingía, enseguida me dije: «¡Este es el mismo!».

—¿Qué es eso de «el mismo»? ¿De qué habla? —exclamó Raskólnikov.

—¿De qué? De verdad, no sé de qué... —murmuró Svidrigáilov con toda sinceridad, y como enredándose él mismo.

Durante un minuto callaron. Los dos se miraban con los ojos muy abiertos.

—¡Todo esto es un disparate! —exclamó Raskólnikov con fastidio—. ¿Y qué le dice ella cuando viene?

—¿Ella? Imagínese, de las pequeñeces más insignificantes, y asómbrese del ser humano: eso es precisamente lo que me enfurece. La primera vez entró (yo, sabe, estaba cansado: el oficio de difuntos, el «Con los santos haz descansar», después la letanía, la comida; por fin me quedé solo en el despacho, encendí un cigarro, me puse a pensar), entró por la puerta: «Usted, Arkadi Ivánovich —dice—, hoy, con tanto ajetreo, se olvidó de dar cuerda al reloj del comedor». Y ese reloj, en efecto, durante los siete años, todas las semanas le daba cuerda yo mismo, y si me olvidaba, ella siempre me lo recordaba. Al día siguiente ya venía hacia aquí. Entré al amanecer en la estación (por la noche había dormitado, estaba molido, los ojos hinchados de sueño), pedí café; miro: Marfa Petróvna de pronto se sienta a mi lado, con una baraja en las manos: «¿No quiere que le eche las cartas para el viaje, Arkadi Ivánovich?». Y ella era una maestra echando las cartas. ¡Y no me perdonaré no haber dejado que me las echara! Huí asustado, y además, es verdad, sonó la campana. Hoy estoy sentado después de una comida malísima de una casa de comidas, con el estómago pesado; estoy sentado, fumo, y de pronto otra vez Marfa Petróvna: entra toda emperifollada con un vestido nuevo de seda verde, con una cola larguísima: «¡Buenos días, Arkadi Ivánovich! ¿Qué le parece mi vestido? Aniska no lo cose así». (Aniska es una costurera de nuestra aldea, de las antiguas siervas, que estuvo aprendiendo en Moscú; una muchachita bonita). Está de pie, da vueltas ante mí. Examiné el vestido, después la miré con atención a la cara: «Qué ganas tiene, Marfa Petróvna —le digo—, de venir a verme por semejantes pequeñeces y molestarse». «¡Ay, Dios mío, padrecito, ya ni molestarte se puede!» Yo le digo, para fastidiarla: «Marfa Petróvna, quiero casarme». «Es muy propio de usted, Arkadi Ivánovich;

no le hace mucho honor que, sin tiempo apenas de enterrar a su mujer, ya salga a casarse. Y si al menos eligiera bien, pero, ya sé, ni para ella ni para usted: solo hará reír a la buena gente». Y se fue, y la cola parece que hacía ruido. Qué disparate, ¿eh?

—¿Y no estará usted mintiendo en todo? —respondió Raskólnikov.

—Rara vez miento —respondió Svidrigáilov, pensativo y como sin notar en absoluto la grosería de la pregunta.

—¿Y antes, nunca había visto aparecidos?

—N... no, vi, una sola vez en la vida, hace seis años. Tenía un criado, Filka; apenas lo enterramos, grité, distraído: «¡Filka, la pipa!». Entró, y fue derecho al estante donde tengo las pipas. Yo estoy sentado, pienso: «Es para vengarse de mí», porque justo antes de su muerte nos peleamos fuerte. «¿Cómo te atreves —le digo— a entrar a verme con el codo roto? ¡Fuera, sinvergüenza!» Se dio la vuelta, salió y no volvió más. No se lo dije entonces a Marfa Petróvna. Quise mandar decir un responso por él, pero me dio vergüenza.

—Vaya a ver a un médico.

—Eso de que no estoy bien lo entiendo sin que me lo diga usted, aunque, de verdad, no sé de qué; a mi parecer, seguro que estoy cinco veces más sano que usted. No le pregunté eso, si cree o no cree que los aparecidos se aparecen. Le pregunté: ¿cree usted que existen los aparecidos?

—¡No, de ningún modo lo creeré! —exclamó Raskólnikov, hasta con una especie de rabia.

—¿Cómo se suele decir? —murmuraba Svidrigáilov, como para sí, mirando hacia un lado e inclinando un poco la cabeza—. Dicen: «Estás enfermo; por lo tanto, lo que se te aparece no es más que un delirio

inexistente». Pero ahí no hay una lógica estricta. Admito que los aparecidos solo se les aparecen a los enfermos; pero eso solo demuestra que los aparecidos no pueden aparecerse sino a los enfermos, y no que no existan por sí mismos.

—¡Desde luego que no existen! —insistía Raskólnikov, irritado.

—¿No? ¿Usted lo cree así? —prosiguió Svidrigáilov, mirándolo despacio—. ¿Y si se razona así? (A ver, ayúdeme). «Los aparecidos son, por así decirlo, jirones y fragmentos de otros mundos, su comienzo. El hombre sano, desde luego, no tiene por qué verlos, porque el hombre sano es el hombre más terrenal, y por lo tanto debe vivir solo la vida de aquí, para la plenitud y para el orden. Pero en cuanto se enferma, en cuanto se altera el orden terrenal normal del organismo, enseguida empieza a manifestarse la posibilidad de otro mundo, y cuanto más enfermo está, más contactos tiene con el otro mundo, de modo que cuando el hombre muere del todo, pasa directamente al otro mundo». Hace mucho que razono sobre esto. Si cree en la vida futura, también se puede creer en este razonamiento.

—Yo no creo en la vida futura —dijo Raskólnikov.

Svidrigáilov estaba sentado, pensativo.

—¿Y si allí no hay más que arañas o algo por el estilo? —dijo de pronto.

«Este es un loco», pensó Raskólnikov.

—Nosotros siempre nos imaginamos la eternidad como una idea que no se puede comprender, ¡algo enorme, enorme! ¿Pero por qué enorme sin falta? Y de pronto, en lugar de todo eso, imagínese, habrá allí un cuartito, algo así como un baño de aldea, ahumado, y en todos los rincones arañas, y esa será toda la eternidad. A mí, sabe, a veces se me aparece algo así.

—¿Y es posible, es posible que no se le ocurra nada más consolador y más justo que eso? —exclamó Raskólnikov con un sentimiento doloroso.

—¿Más justo? ¿Y quién sabe? Quizá eso sea lo justo, ¿y sabe?, yo sin falta lo haría así, ¡a propósito! —respondió Svidrigáilov, sonriendo vagamente.

Una especie de frío invadió de pronto a Raskólnikov ante esa respuesta monstruosa. Svidrigáilov levantó la cabeza, lo miró fijamente y de pronto soltó una carcajada.

—No, piense usted en esto —gritó—: hace media hora todavía no nos habíamos visto, nos consideramos enemigos, entre nosotros hay un asunto sin resolver; dejamos el asunto, ¡y mire a qué literatura fuimos a parar! Bueno, ¿no dije la verdad, que somos del mismo palo?

—Hágame el favor —prosiguió Raskólnikov, irritado—, permítame rogarle que se explique cuanto antes y me diga por qué se ha dignado honrarme con su visita... y... y... tengo prisa, no tengo tiempo, quiero salir...

—Como guste, como guste. Su hermanita, Avdotia Románovna, se casa con el señor Luzhin, con Piotr Petróvich, ¿no?

—¿No se podría de algún modo evitar toda cuestión relativa a mi hermana y no mencionar su nombre? Ni siquiera entiendo cómo se atreve a pronunciar su nombre delante de mí, si es que de verdad es usted Svidrigáilov.

—¡Pero si vine precisamente a hablar de ella! ¿Cómo no mencionarla?

—Bien; hable, ¡pero rápido!

—Estoy seguro de que usted ya se ha formado su opinión sobre ese señor Luzhin, pariente mío por parte de mi mujer, si lo ha visto aunque sea

media hora o ha oído de él algo cierto y exacto. No es pareja para Avdotia Románovna. A mi parecer, Avdotia Románovna se sacrifica en este asunto con mucha generosidad y sin cálculo por... por su familia. Me pareció, por todo lo que oí de usted, que usted, por su parte, estaría muy contento si ese matrimonio pudiera deshacerse sin perjudicar los intereses. Ahora, tras conocerlo personalmente, hasta estoy seguro.

—De su parte todo esto es muy ingenuo; disculpe, quería decir: insolente —dijo Raskólnikov.

—Es decir, con eso usted da a entender que me afano por mi bolsillo. No se preocupe, Rodión Románovich: si me afanara por mi provecho, no me expresaría tan directamente; no soy del todo tonto. Al respecto le revelaré una rareza psicológica. Hace un rato, al justificar mi amor por Avdotia Románovna, dije que yo mismo había sido una víctima. Pues sepa que ahora no siento ningún amor, n-ninguno, tanto que hasta a mí mismo me resulta extraño, porque de verdad sentía algo...

—Por ociosidad y libertinaje —lo interrumpió Raskólnikov.

—En efecto, soy un hombre libertino y ocioso. Aunque su hermanita tiene tantas cualidades que tampoco yo podía dejar de ceder a cierta impresión. Pero todo eso es un disparate, como ahora yo mismo veo.

—¿Desde cuándo lo ve?

—Empecé a notarlo ya antes, y me convencí definitivamente anteayer, casi en el momento mismo de llegar a Petersburgo. Aunque todavía en Moscú me imaginaba que venía a pedir la mano de Avdotia Románovna y a competir con el señor Luzhin.

—Disculpe que lo interrumpa, hágame el favor: ¿no podría abreviar y pasar directamente al objeto de su visita? Tengo prisa, tengo que salir...

—Con el mayor gusto. Al llegar aquí y habiendo decidido emprender ahora cierto... viaje, quise tomar las disposiciones previas necesarias. Mis hijos se quedaron con su tía; son ricos, y a mí personalmente no me necesitan. ¡Y qué padre soy yo! Para mí tomé solo lo que me regaló hace un año Marfa Petróvna. Me basta. Disculpe, ahora mismo paso al asunto mismo. Antes del viaje, que quizá se realice, quiero terminar también con el señor Luzhin. No es que no pueda soportarlo, pero por él, sin embargo, surgió esa pelea mía con Marfa Petróvna, cuando supe que ella había cocinado esa boda. Deseo ahora ver a Avdotia Románovna, por mediación de usted, y, quizá, en presencia de usted, explicarle, en primer lugar, que del señor Luzhin no solo no obtendrá el menor provecho, sino que seguramente obtendrá un perjuicio evidente. Después, tras pedirle perdón por todos esos disgustos recientes, le pediría permiso para ofrecerle diez mil rublos y facilitar así la ruptura con el señor Luzhin, ruptura que, estoy seguro, ella misma no rechazaría si se presentara la posibilidad.

—¡Pero usted está de verdad, de verdad loco! —exclamó Raskólnikov, no tanto enojado como asombrado—. ¡Cómo se atreve a hablar así!

—Ya sabía que gritaría; pero, en primer lugar, aunque no soy rico, esos diez mil rublos los tengo libres, es decir, no los necesito para nada, para nada. Si Avdotia Románovna no los acepta, quizá los emplee de un modo todavía más estúpido. Eso uno. Dos: mi conciencia está completamente tranquila; los ofrezco sin ningún cálculo. Créalo o no, más adelante lo sabrán usted y Avdotia Románovna. Todo está en que, en efecto, le causé algunas molestias y disgustos a su muy respetada hermanita; por lo tanto, sintiendo un arrepentimiento sincero, deseo de corazón, no comprar mi perdón, no pagar por los disgustos, sino lisa y llanamente hacer por ella

algo provechoso, con el fundamento de que en realidad no me he arrogado el privilegio de hacer solo el mal. Si en mi propuesta hubiera aunque fuera una millonésima de cálculo, no la haría tan directamente; y tampoco le ofrecería solo diez mil, cuando hace apenas cinco semanas le ofrecía más. Además, quizá muy, muy pronto me case con una muchacha, y por lo tanto toda sospecha de algún intento contra Avdotia Románovna debe desaparecer con ello. Para terminar diré que, al casarse con el señor Luzhin, Avdotia Románovna toma el mismo dinero, solo que de otro lado... Pero no se enoje, Rodión Románovich, piénselo con calma y sangre fría.

Mientras decía esto, el propio Svidrigáilov estaba extraordinariamente tranquilo y sereno.

—Le ruego que termine —dijo Raskólnikov—. En todo caso, es de una insolencia imperdonable.

—Para nada. Entonces resultaría que en este mundo un hombre solo puede hacerle mal a otro y, al contrario, no tiene derecho a hacerle ni una migaja de bien, por formalidades vacías y establecidas. Eso es absurdo. Porque si yo, por ejemplo, me muriera y le dejara esa suma a su hermanita por testamento, ¿es posible que también entonces se negara a aceptarla?

—Es muy posible.

—Bueno, eso no, señor. Aunque, si no, pues no, que así sea. Solo que diez mil rublos son una cosa estupenda, llegado el caso. En todo caso, le ruego que le transmita lo dicho a Avdotia Románovna.

—No, no se lo transmitiré.

—En ese caso, Rodión Románovich, me veré obligado a procurar yo mismo un encuentro personal, y por lo tanto a molestar.

—¿Y si se lo transmito, no procurará un encuentro personal?

—No sé, de verdad, cómo decírselo. Verla una vez lo desearía mucho.

—No lo espere.

—Lástima. Aunque usted no me conoce. Quizá lleguemos a tratarnos más de cerca.

—¿Usted cree que llegaremos a tratarnos más de cerca?

—¿Y por qué no? —dijo Svidrigáilov sonriendo, se levantó y tomó el sombrero—. Es que no es que deseara tanto molestarlo, y al venir aquí ni siquiera contaba mucho con ello, aunque, por lo demás, su fisonomía ya esta mañana me impresionó...

—¿Dónde me vio esta mañana? —preguntó inquieto Raskólnikov.

—Por casualidad, señor... Me sigue pareciendo que en usted hay algo que se parece a lo mío... Pero no se preocupe, no soy pesado; me llevé bien con los tahúres, y no le resulté pesado al príncipe Svirbéi, pariente lejano mío y gran señor, y supe escribir sobre la Madona de Rafael en el álbum de la señora Prilúkova, y viví siete años con Marfa Petróvna sin salir de la aldea, y en otros tiempos pasé noches en la casa de Viázemski, en la Sennaia[8], y quizá vuele en globo con Berg.

—Bueno, está bien, señor. Permítame preguntarle: ¿saldrá pronto de viaje?

—¿Qué viaje?

—Pues ese «viaje»... Usted mismo lo dijo.

—¿El viaje? ¡Ah, sí!... En efecto, le hablé de un viaje... Bueno, esa es una cuestión amplia... ¡Pero si supiera usted, sin embargo, por qué pregunta! —añadió, y de pronto soltó una risa fuerte y breve—. Quizá en lugar del viaje me case; me están proponiendo una novia.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Cuándo tuvo tiempo?

—Pero ver una vez a Avdotia Románovna lo deseo mucho. Se lo pido en serio. Bueno, hasta la vista... ¡ah, sí! ¡Mire lo que olvidaba! Dígale, Rodión Románovich, a su hermanita que en el testamento de Marfa Petróvna se la menciona con tres mil rublos. Es completamente cierto. Marfa Petróvna lo dispuso una semana antes de morir, y fue en mi presencia. Dentro de dos o tres semanas Avdotia Románovna puede recibir el dinero.

—¿Dice usted la verdad?

—La verdad. Dígaselo. Bueno, señor, servidor suyo. Me alojo muy cerca de usted.

Al salir, Svidrigáilov se cruzó en la puerta con Razumíjin.

Notas

1. «Y nada humano [me es ajeno]», verso de Terencio.

2. «Buena guerra»: juego limpio.

3. Glásnost: la apertura de la prensa en los primeros años del reinado de Alejandro II.

4. En 1861 la revista *El Siglo* publicó un artículo indignado contra una dama que había leído en público las *Noches egipcias* de Pushkin.

5. Dussaut: restaurante elegante de Petersburgo. La Punta: paseo de moda en una de las Islas.

6. «Tengo mal vino»: me pongo malo cuando bebo.

7. «Para complacerlo».

8. Albergue nocturno de mala fama en la Sennaia.

Cuarta parte. Capítulo II

Eran ya casi las ocho; los dos se apresuraban hacia la casa de Bakaléiev para llegar antes que Luzhin.

—Bueno, ¿quién era ese? —preguntó Razumíjin apenas salieron a la calle.

—Era Svidrigáilov, aquel terrateniente en cuya casa ofendieron a mi hermana cuando trabajaba para ellos como institutriz. Por su acoso amoroso tuvo que irse de su casa, echada por su mujer, Marfa Petróvna. Esa Marfa Petróvna le pidió después perdón a Dunia, y ahora de pronto murió. De ella hablaban hace un rato. No sé por qué, ese hombre me da mucho miedo. Vino enseguida después del entierro de su mujer. Es muy extraño y está decidido a algo... Parece que sabe algo... Hay que proteger de él a Dunia... eso es lo que quería decirte, ¿oyes?

—¡Proteger! ¿Y qué puede él contra Avdotia Románovna? Bueno, gracias, Rodia, por decírmelo así... ¡La protegeremos, la protegeremos!... ¿Dónde vive?

—No sé.

—¿Por qué no se lo preguntaste? ¡Eh, qué lástima! Aunque, ¡ya lo averiguaré!

—¿Tú lo viste? —preguntó Raskólnikov tras un silencio.

—Pues sí, me fijé; me fijé bien.

—¿Seguro que lo viste? ¿Lo viste con claridad? —insistía Raskólnikov.

—Pues sí, lo recuerdo claramente; lo reconocería entre mil, tengo memoria para las caras.

Volvieron a callar.

—Hm... ahí está... —murmuró Raskólnikov—. Porque, ¿sabes?... se me ocurrió... me sigue pareciendo... que puede ser una fantasía.

—¿Pero de qué hablas? No te entiendo muy bien.

—Ustedes no hacen más que decir —prosiguió Raskólnikov, torciendo la boca en una sonrisa— que estoy loco; y ahora me pareció que quizá de verdad estoy loco y solo vi un fantasma.

—¿Pero qué dices?

—¡Pues quién sabe! Quizá de verdad estoy loco, y todo lo que pasó en todos estos días quizá no fue más que imaginación...

—¡Eh, Rodia! ¡Otra vez te alteraron!... ¿Pero qué te dijo, a qué vino?

Raskólnikov no respondía; Razumíjin pensó un minuto.

—Bueno, escucha mi informe —empezó—. Fui a tu casa, dormías. Después comimos, y después fui a ver a Porfiri. Zamétov seguía en su casa. Quise empezar, y no salió nada. No lograba hablar como es debido. Es como si no entendieran ni pudieran entender, pero no se turban en absoluto. Llevé a Porfiri a la ventana y me puse a hablar, pero otra vez, no sé por qué, no salió bien: él mira hacia un lado, y yo miro hacia un lado. Por fin le acerqué el puño a la jeta y le dije que lo aplastaría, como pariente. Él solo me miró. Escupí y me fui, eso es todo. Muy estúpido. Con Zamétov ni una palabra. Solo que, mira: yo pensaba que lo había echado a

perder, pero al bajar la escalera se me ocurrió una idea, me iluminó de golpe: ¿por qué nos afanamos tú y yo? Si tú estuvieras en peligro, o algo así, bueno, desde luego. ¡Pero a ti qué te importa! Tú no tienes nada que ver, así que al diablo con ellos; ya nos reiremos de ellos después, y yo en tu lugar todavía les tomaría el pelo. ¡Qué vergüenza van a sentir después! Escupe sobre eso; después se les podrá también dar una paliza, ¡y ahora riámonos!

—¡Desde luego que sí! —respondió Raskólnikov. «¿Y qué dirás mañana?», pensó para sí. Cosa extraña: hasta ese momento nunca se le había ocurrido: «¿qué pensará Razumíjin cuando lo sepa?». Al pensarlo, Raskólnikov lo miró fijamente. El informe de Razumíjin sobre la visita a Porfiri le interesaba ahora muy poco: ¡cuánto se había perdido desde entonces, y cuánto se había añadido!...

En el pasillo se encontraron con Luzhin: había llegado a las ocho en punto y buscaba el número, de modo que entraron los tres juntos, pero sin mirarse y sin saludarse. Los jóvenes pasaron delante, y Piotr Petróvich, por decoro, se demoró un poco en el recibidor quitándose el abrigo. Pulqueria Aleksándrovna salió enseguida a recibirlo al umbral. Dunia saludaba a su hermano.

Piotr Petróvich entró y saludó a las señoras con bastante amabilidad, aunque con una gravedad redoblada. Por lo demás, miraba como si se hubiera desconcertado un poco y todavía no se hubiera repuesto. Pulqueria Aleksándrovna, también como turbada, se apresuró enseguida a sentar a todos a la mesa redonda, en la que hervía el samovar. Dunia y Luzhin se colocaron uno frente al otro, en los dos extremos de la mesa. Razumíjin y Raskólnikov quedaron frente a Pulqueria Aleksándrovna: Razumíjin más cerca de Luzhin, y Raskólnikov junto a su hermana.

Hubo un silencio momentáneo. Piotr Petróvich sacó sin prisa un pañuelo de batista, del que se desprendió un olor a perfume, y se sonó la nariz con el aire de un hombre virtuoso, pero algo ofendido en su dignidad, y además firmemente decidido a exigir explicaciones. Ya en el recibidor se le había ocurrido no quitarse el abrigo e irse, y castigar así rápida e imponentemente a las dos señoras, para que lo sintieran todo de golpe. Pero no se decidió. Además, ese hombre no soportaba la incertidumbre, y aquí había que aclarar: si se había violado tan abiertamente su orden, entonces algo había, y por lo tanto era mejor saberlo antes; castigar siempre habría tiempo, y estaba en sus manos.

—Espero que el viaje haya transcurrido sin contratiempos —se dirigió oficialmente a Pulqueria Aleksándrovna.

—Gracias a Dios, Piotr Petróvich.

—Muy grato, señora. ¿Y Avdotia Románovna tampoco se cansó?

—Yo soy joven y fuerte, no me canso, pero a mamá le resultó muy pesado —respondió Dúniechka.

—Qué le vamos a hacer, señora; nuestros caminos nacionales son muy largos. Es grande la llamada «madrecita Rusia»... Yo, con todo mi deseo, ayer de ningún modo pude apresurarme a recibirlas. Espero, sin embargo, que todo haya transcurrido sin especiales trastornos.

—¡Ay, no, Piotr Petróvich, estábamos muy desanimadas! —se apresuró a declarar Pulqueria Aleksándrovna con una entonación especial—. Y si Dios mismo, parece, no nos hubiera mandado ayer a Dmitri Prokófich, sencillamente nos habríamos perdido. Aquí lo tiene: Dmitri Prokófich Razumíjin —añadió, presentándoselo a Luzhin.

—Cómo no, tuve el gusto... ayer —murmuró Luzhin, mirando de

reojo y con antipatía a Razumíjin; después frunció el ceño y se calló. Y en general Piotr Petróvich pertenecía a esa clase de personas al parecer extraordinariamente amables en sociedad y que pretenden especialmente ser amables, pero que, en cuanto algo no les sale como quieren, pierden enseguida todos sus recursos y se parecen más a sacos de harina que a caballeros desenvueltos que animan la reunión. Todos volvieron a callar: Raskólnikov callaba obstinadamente, Avdotia Románovna no quería todavía romper el silencio, Razumíjin no tenía nada que decir, de modo que Pulqueria Aleksándrovna volvió a inquietarse.

—Marfa Petróvna murió, ¿se enteró? —empezó, recurriendo a su recurso capital.

—Cómo no, me enteré, señora. Me informaron con la primera noticia, y hasta vine ahora a comunicarles que Arkadi Ivánovich Svidrigáilov, inmediatamente después del entierro de su esposa, salió apresuradamente para Petersburgo. Así es, por lo menos, según las noticias más exactas que he recibido.

—¿A Petersburgo? ¿Aquí? —preguntó alarmada Dúniechka, e intercambió una mirada con su madre.

—Así es, señora, y desde luego no sin propósitos, tomando en cuenta lo apresurado de la partida y, en general, las circunstancias anteriores.

—¡Señor! ¿Será posible que tampoco aquí deje en paz a Dúniechka? —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

—Me parece que no hay especial motivo de inquietud, ni para usted ni para Avdotia Románovna, desde luego si ustedes mismas no desean entrar en ninguna clase de relación con él. En lo que a mí respecta, estoy vigilando, y ahora estoy averiguando dónde se ha alojado...

—¡Ay, Piotr Petróvich, no creerá cuánto me ha asustado ahora! —prosiguió Pulqueria Aleksándrovna—. Lo vi solo dos veces, y me pareció horrible, ¡horrible! Estoy segura de que fue la causa de la muerte de la difunta Marfa Petróvna.

—Sobre eso no se puede concluir. Tengo noticias exactas. No discuto que quizá contribuyó a acelerar el curso de las cosas, por así decirlo, con la influencia moral de la ofensa; pero en cuanto a la conducta y, en general, a la caracterización moral del individuo, estoy de acuerdo con usted. No sé si ahora es rico ni qué le dejó exactamente Marfa Petróvna; de eso me enteraré en el plazo más breve; pero desde luego aquí, en Petersburgo, teniendo aunque sea algunos medios económicos, volverá enseguida a las andadas. ¡Es el hombre más depravado y más perdido en los vicios de todos los de esa clase! Tengo considerable fundamento para suponer que Marfa Petróvna, que tuvo la desgracia de quererlo tanto y de rescatarlo de las deudas hace ocho años, le sirvió además en otro sentido: únicamente por su empeño y sus sacrificios se sofocó, desde el principio, un caso criminal, con una mezcla de asesinato bestial y, por así decirlo, fantástico, por el que bien podría haber ido de paseo a Siberia. Así es ese hombre, si quiere saberlo.

—¡Ay, Señor! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna. Raskólnikov escuchaba con atención.

—¿Dice usted la verdad, que tiene informaciones exactas sobre eso? —preguntó Dunia con severidad e intención.

—Digo solo lo que oí yo mismo, en secreto, de la difunta Marfa Petróvna. Hay que observar que, desde el punto de vista jurídico, el caso es muy oscuro. Aquí vivía, y al parecer todavía vive, una tal Resslich,

extranjera y además pequeña prestamista, que se ocupa también de otros negocios. Con esa Resslich el señor Svidrigáilov mantenía desde hacía tiempo unas relaciones muy estrechas y misteriosas. Vivía con ella una parienta lejana, una sobrina, me parece, sordomuda, una niña de quince e incluso de catorce años, a la que esa Resslich odiaba sin límites y le reprochaba cada bocado; hasta le pegaba de manera inhumana. Un día la encontraron ahorcada en el desván. Se dictaminó que fue un suicidio. Después de los trámites habituales, ahí terminó el caso, pero más tarde apareció, sin embargo, una denuncia de que la niña había sido... cruelmente ultrajada por Svidrigáilov. Es verdad que todo eso era oscuro; la denuncia venía de otra alemana, una mujer de mala fama y sin credibilidad; en fin, en realidad, ni siquiera hubo denuncia, gracias al empeño y al dinero de Marfa Petróvna; todo se redujo a un rumor. Pero ese rumor, sin embargo, era muy significativo. Usted, desde luego, Avdotia Románovna, también habrá oído en casa de ellos la historia del criado Filipp, que murió por los malos tratos hace unos seis años, todavía en tiempos de la servidumbre.

—Yo oí, al contrario, que ese Filipp se ahorcó él mismo.

—Así es, señora, pero lo obligó o, mejor dicho, lo indujo a la muerte violenta un sistema incesante de persecuciones y castigos del señor Svidrigáilov.

—No sé nada de eso —respondió secamente Dunia—. Oí solo una historia muy extraña: que ese Filipp era una especie de hipocondríaco, una especie de filósofo casero; la gente decía que «leía demasiado», y que se ahorcó más por las burlas que por los golpes del señor Svidrigáilov. Y él, mientras yo estuve allí, trataba bien a la servidumbre, y la gente hasta lo

quería, aunque es verdad que también lo culpaban de la muerte de Filipp.

—Veo, Avdotia Románovna, que de pronto se ha vuelto usted algo inclinada a justificarlo —observó Luzhin, torciendo la boca en una sonrisa ambigua—. En efecto, es un hombre astuto y seductor con las damas, de lo cual es un ejemplo lamentable Marfa Petróvna, muerta de manera tan extraña. Yo solo quería servirles, a usted y a su mamá, con mi consejo, en vista de sus nuevos e indudablemente inminentes intentos. En lo que a mí respecta, estoy firmemente convencido de que ese hombre sin duda volverá a desaparecer en la sección de deudores. Marfa Petróvna nunca tuvo la intención de asegurarle nada, teniendo en cuenta a los hijos, y si le dejó algo, será lo más indispensable, de poco valor, efímero, que no le alcanzará ni para un año a un hombre con sus costumbres.

—Piotr Petróvich, se lo ruego —dijo Dunia—, dejemos de hablar del señor Svidrigáilov. Me produce angustia.

—Acaba de venir a verme —dijo de pronto Raskólnikov, rompiendo por primera vez el silencio.

Se oyeron exclamaciones desde todos lados; todos se volvieron hacia él. Hasta Piotr Petróvich se agitó.

—Hace hora y media, cuando yo dormía, entró, me despertó y se presentó —prosiguió Raskólnikov—. Estaba bastante desenvuelto y alegre, y tiene plena esperanza de que yo llegue a tratarme con él. Entre otras cosas, pide mucho y busca un encuentro contigo, Dunia, y me pidió que hiciera de intermediario en ese encuentro. Tiene una propuesta para ti; me dijo en qué consiste. Además, me informó con certeza de que Marfa Petróvna, una semana antes de morir, alcanzó a dejarte por testamento, Dunia, tres mil rublos, y ese dinero puedes recibirlo ahora en muy poco

tiempo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna, y se santiguó—. ¡Reza por ella, Dunia, reza!

—Eso es la pura verdad —se le escapó a Luzhin.

—Bueno, bueno, ¿y qué más? —apuraba Dúniechka.

—Después dijo que él no es rico y que toda la hacienda pasa a sus hijos, que ahora están con su tía. Después, que se ha alojado en algún lugar cerca de mi casa; ¿dónde? No sé, no se lo pregunté...

—¿Pero qué, qué quiere proponerle a Dúniechka? —preguntó asustada Pulqueria Aleksándrovna—. ¿Te lo dijo?

—Sí, me lo dijo.

—¿Y qué?

—Después lo diré. —Raskólnikov se calló y volvió a su té.

Piotr Petróvich sacó el reloj y lo miró.

—Debo irme por un asunto, y así no estorbaré —añadió con un aire algo picado, y empezó a levantarse de la silla.

—Quédese, Piotr Petróvich —dijo Dunia—, si usted tenía intención de pasar la velada. Además, usted mismo escribió que deseaba explicarse con mamá sobre algo.

—Así es, Avdotia Románovna —dijo con aire imponente Piotr Petróvich, volviendo a sentarse en la silla, pero conservando todavía el sombrero en las manos—, en efecto deseaba explicarme con usted y con su muy respetada mamá, e incluso sobre puntos muy importantes. Pero, así como su hermano no puede explicarse en mi presencia sobre ciertas propuestas del señor Svidrigáilov, tampoco yo deseo ni puedo explicarme... delante de otros... sobre ciertos puntos muy, muy importantes. Además,

mi ruego capital y convincentísimo no fue cumplido...

Luzhin puso un aire amargo y se calló con dignidad.

—Su ruego de que mi hermano no estuviera en nuestro encuentro no se cumplió únicamente por insistencia mía —dijo Dunia—. Usted escribió que mi hermano lo había ofendido; creo que eso hay que aclararlo de inmediato, y que ustedes deben reconciliarse. Y si Rodia de verdad lo ofendió, debe pedirle perdón y lo hará.

Piotr Petróvich enseguida se envalentonó.

—Hay ciertas ofensas, Avdotia Románovna, que, con toda la buena voluntad, no se pueden olvidar, señora. En todo hay un límite que es peligroso cruzar; pues, una vez traspasado, es imposible volver atrás.

—No le hablaba de eso propiamente, Piotr Petróvich —lo interrumpió Dunia con algo de impaciencia—. Entienda bien que todo nuestro futuro depende ahora de que todo esto se aclare y se arregle cuanto antes o no. Le digo francamente, desde la primera palabra, que no puedo verlo de otro modo, y si usted me aprecia aunque sea un poco, entonces, aunque sea difícil, toda esta historia tiene que terminar hoy mismo. Le repito: si mi hermano es culpable, pedirá perdón.

—Me asombra que plantee usted así la cuestión, Avdotia Románovna —se irritaba cada vez más Luzhin—. Apreciándola y, por así decirlo, adorándola, al mismo tiempo bien puedo no querer a alguno de sus parientes. Aspirando a la felicidad de su mano, no puedo al mismo tiempo asumir obligaciones incompatibles...

—Ay, deje toda esa susceptibilidad, Piotr Petróvich —lo interrumpió Dunia con sentimiento—, y sea el hombre inteligente y noble que siempre lo consideré y quiero considerarlo. Le di una gran promesa, soy su novia;

confíe en mí en este asunto, y créame, seré capaz de juzgar con imparcialidad. Que yo asuma el papel de juez es una sorpresa tanto para mi hermano como para usted. Cuando lo invité hoy, después de su carta, a venir sin falta a nuestro encuentro, no le comuniqué nada de mis intenciones. Entienda que, si no se reconcilian, tendré que elegir entre ustedes: o usted, o él. Así quedó planteada la cuestión, por su parte y por la de él. No quiero ni debo equivocarme en la elección. Por usted debo romper con mi hermano; por mi hermano debo romper con usted. Quiero y puedo saber ahora con certeza: ¿es él mi hermano? Y de usted: ¿le soy querida, me aprecia: es usted mi marido?

—Avdotia Románovna —dijo Luzhin, envarándose—, sus palabras son demasiado significativas para mí; diré más, hasta ofensivas, en vista de la posición que tengo el honor de ocupar respecto de usted. Sin decir ni una palabra de la comparación ofensiva y extraña, al mismo nivel, entre yo y... un joven insolente, con sus palabras usted admite la posibilidad de violar la promesa que me dio. Usted dice: «¿o usted, o él?»; por lo tanto, con eso mismo me muestra lo poco que significo para usted... No puedo admitirlo con las relaciones y... las obligaciones que existen entre nosotros.

—¡Cómo! —se encendió Dunia—. ¡Pongo su interés al lado de todo lo que hasta ahora fue lo más precioso de mi vida, de lo que hasta ahora constituyó toda mi vida, y de pronto usted se ofende de que lo valore en poco!

Raskólnikov sonrió en silencio y con sarcasmo; Razumíjin se estremeció entero; pero Piotr Petróvich no aceptó la objeción; al contrario, con cada palabra se volvía más pendenciero e irritable, como si le tomara el gusto.

—El amor por el futuro compañero de la vida, por el marido, debe superar el amor por el hermano —dijo sentenciosamente—, y en todo caso yo no puedo estar al mismo nivel... Aunque hace un momento insistí en que en presencia de su hermano no deseo ni puedo explicar todo aquello por lo que vine, de todos modos tengo intención de dirigirme ahora mismo a su muy respetada mamá para una explicación necesaria sobre un punto muy capital y ofensivo para mí. Su hijo —se dirigió a Pulqueria Aleksándrovna— ayer, en presencia del señor Rassudkin[1] (¿o... así, me parece? Disculpe, olvidé su apellido —se inclinó amablemente ante Razumíjin), me ofendió deformando una idea mía que yo le comuniqué a usted entonces en una conversación privada, tomando café, a saber: que casarse con una muchacha pobre, que ya ha pasado por las penas de la vida, es a mi parecer más conveniente en el aspecto conyugal que con una que ha conocido la abundancia, porque es más útil para la moralidad. Su hijo exageró intencionadamente el significado de las palabras hasta el absurdo, acusándome de intenciones malignas, y, a mi juicio, basándose en la correspondencia de usted misma. Me consideraré feliz si usted, Pulqueria Aleksándrovna, puede convencerme de lo contrario y tranquilizarme así considerablemente. Dígame, pues: ¿en qué términos exactos transmitió usted mis palabras en su carta a Rodión Románovich?

—No lo recuerdo —se desconcertó Pulqueria Aleksándrovna—, las transmití como yo misma las entendí. No sé cómo se las transmitió Rodia... Quizá él exageró algo.

—Sin la sugestión de usted no podía exagerar.

—Piotr Petróvich —dijo con dignidad Pulqueria Aleksándrovna—, la prueba de que Dunia y yo no tomamos sus palabras a muy mal es que

estamos aquí.

—¡Bien, mamá! —dijo Dunia con aprobación.

—¡Entonces también en esto tengo la culpa yo! —se ofendió Luzhin.

—Mire, Piotr Petróvich, usted culpa todo el tiempo a Rodión, y usted mismo escribió en la carta una falsedad sobre él —añadió, cobrando ánimo, Pulqueria Aleksándrovna.

—No recuerdo haber escrito ninguna falsedad, señora.

—Usted escribió —dijo bruscamente Raskólnikov, sin volverse hacia Luzhin— que ayer di el dinero no a la viuda del atropellado, como fue en realidad, sino a su hija (a la que hasta ayer nunca había visto). Usted escribió eso para enemistarme con los míos, y para eso añadió, en términos infames, algo sobre la conducta de una muchacha a la que usted no conoce. Todo eso es chisme y bajeza.

—Disculpe, señor —respondió Luzhin, temblando de rabia—: en mi carta me extendí sobre sus cualidades y sus actos únicamente para cumplir con ello los ruegos de su hermanita y su mamá de que les describiera cómo lo encontré y qué impresión me causó. En cuanto a lo indicado en mi carta, encuentre aunque sea una línea injusta, es decir, que usted no gastara el dinero y que en esa familia, aunque desdichada, no hubiera personas indignas.

—Y a mi parecer, usted, con todos sus méritos, no vale el dedo meñique de esa desdichada muchacha a la que usted le tira piedras.

—¿Entonces se decidiría usted a introducirla en la compañía de su madre y su hermana?

—Ya lo hice, si quiere saberlo. Hoy la senté al lado de mamá y de Dunia.

—¡Rodia! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

Dúniechka se puso colorada; Razumíjin frunció las cejas. Luzhin sonrió con sarcasmo y altivez.

—Usted misma se digna ver, Avdotia Románovna —dijo—, si aquí es posible un acuerdo. Espero ahora que este asunto esté terminado y aclarado de una vez para siempre. Yo me retiraré, para no estorbar la continuación del agrado del encuentro familiar y la comunicación de los secretos (se levantó de la silla y tomó el sombrero). Pero, al irme, me atreveré a observar que en adelante espero verme libre de semejantes encuentros y, por así decirlo, compromisos. A usted especialmente le rogaré, muy respetada Pulqueria Aleksándrovna, en el mismo sentido, tanto más cuanto que mi carta estaba dirigida a usted y no a otra persona.

Pulqueria Aleksándrovna se ofendió un poco.

—Pues parece que ya nos tiene usted completamente bajo su poder, Piotr Petróvich. Dunia le dijo la razón de que no se cumpliera su deseo: tenía buenas intenciones. Y además me escribe usted como si diera órdenes. ¿Es posible que tengamos que tomar cada deseo suyo como una orden? Pues yo le digo, al contrario, que usted ahora debería ser con nosotras especialmente delicado e indulgente, porque lo dejamos todo y, confiando en usted, vinimos aquí, y por lo tanto, ya de por sí, estamos casi en su poder.

—Eso no es del todo justo, Pulqueria Aleksándrovna, y sobre todo en este momento, cuando se ha anunciado lo de los tres mil rublos legados por Marfa Petróvna, lo cual, al parecer, llega muy a tiempo, a juzgar por el tono nuevo con que me hablan —añadió con sarcasmo.

—A juzgar por esa observación, en efecto se puede suponer que usted

contaba con nuestro desamparo —observó Dunia, irritada.

—Pero ahora, por lo menos, no puedo contar con ello, y sobre todo no deseo estorbar la comunicación de las propuestas secretas de Arkadi Ivánovich Svidrigáilov, para las que él dio poderes a su hermanito y que, según veo, tienen para ustedes una importancia capital, y quizá también muy agradable.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

Razumíjin no podía quedarse quieto en la silla.

—¿Y no te da vergüenza ahora, hermana? —preguntó Raskólnikov.

—Me da vergüenza, Rodia —dijo Dunia—. ¡Piotr Petróvich, váyase! —se dirigió a él, pálida de ira.

Piotr Petróvich, al parecer, no esperaba en absoluto semejante final. Confiaba demasiado en sí mismo, en su poder y en el desamparo de sus víctimas. Tampoco ahora lo creyó. Palideció, y le temblaron los labios.

—Avdotia Románovna, si salgo ahora por esa puerta, con semejante despedida, entonces (tómelo en cuenta) ya no volveré nunca. ¡Piénselo bien! Mi palabra es firme.

—¡Qué insolencia! —exclamó Dunia, levantándose rápidamente de su sitio—. ¡Si yo tampoco quiero que vuelva!

—¿Cómo? ¡Así que así es la co-o-osa, señora! —exclamó Luzhin, que hasta el último instante no había creído en semejante desenlace y por eso había perdido ahora completamente el hilo—. ¡Así que así, señora! Pero sabe, Avdotia Románovna, que yo podría protestar, señora.

—¡Qué derecho tiene a hablarle así! —intervino con ardor Pulqueria Aleksándrovna—. ¿Con qué puede usted protestar? ¿Y qué derechos son esos? ¿Le voy a dar yo a un hombre como usted a mi Dunia? ¡Váyase,

déjenos del todo! Nosotras mismas tenemos la culpa de habernos metido en un asunto injusto, y yo más que nadie...

—Sin embargo, Pulqueria Aleksándrovna —se acaloraba furioso Luzhin—, ustedes me ataron con la palabra dada, de la que ahora reniegan... y por último... por último, me vi arrastrado, por así decirlo, por ello a ciertos gastos...

Esta última pretensión era tan propia del carácter de Piotr Petróvich que Raskólnikov, que palidecía de ira y del esfuerzo por contenerla, de pronto no pudo más y... soltó una carcajada. Pulqueria Aleksándrovna perdió los estribos:

—¿Gastos? ¿Qué gastos son esos? ¿No estará hablando de nuestro baúl? ¡Si se lo trajo gratis el conductor! ¡Señor, nosotras lo atamos a usted! Pero vuelva en sí, Piotr Petróvich: ¡es usted quien nos ató de pies y manos a nosotras, y no nosotras a usted!

—Basta, mamá, por favor, ¡basta! —suplicaba Avdotia Románovna—. Piotr Petróvich, hágame el favor, ¡váyase!

—Me voy, señora, ¡pero solo una última palabra! —dijo, ya casi sin dominarse—. Su mamá, al parecer, ha olvidado por completo que me decidí a tomarla a usted, por así decirlo, después de los rumores de la ciudad que se habían difundido por toda la comarca sobre su reputación. Despreciando por usted la opinión pública y restableciendo su reputación, desde luego podía yo, muy, muy legítimamente, esperar una recompensa e incluso exigir su gratitud... ¡Y solo ahora se me han abierto los ojos! Veo yo mismo que quizá actué con muchísima, muchísima imprudencia, despreciando la voz pública...

—¿Pero qué, tiene dos cabezas, o qué? —gritó Razumíjin,

levantándose de un salto de la silla y preparándose ya para darle su merecido.

—¡Es usted un hombre bajo y malo! —dijo Dunia.

—¡Ni una palabra! ¡Ni un gesto! —exclamó Raskólnikov, sujetando a Razumíjin; después, acercándose casi pegado a Luzhin:

—¡Sírvase salir! —dijo en voz baja y separando las palabras—. Y ni una palabra más, o si no...

Piotr Petróvich lo miró unos segundos con la cara pálida y torcida de rabia; después se dio la vuelta, salió, y desde luego rara vez alguien se ha llevado en el corazón tanto odio rabioso contra otro como ese hombre contra Raskólnikov. A él, y solo a él, lo culpaba de todo. Es notable que, ya bajando la escalera, todavía se imaginaba que quizá el asunto no estaba en absoluto perdido y que, en lo que respectaba solo a las señoras, era incluso «muy, muy» remediable.

Notas

1. Luzhin confunde el apellido: *rassudok* significa, como *razum*, «razón», «juicio».

Cuarta parte. Capítulo III

Lo principal era que él, hasta el último minuto, de ningún modo esperaba semejante desenlace. Se había envalentonado hasta el último límite, sin suponer siquiera la posibilidad de que dos mujeres pobres e indefensas pudieran escapar de su poder. A esa convicción contribuyeron mucho la vanidad y ese grado de seguridad en sí mismo que mejor se llamaría amor a sí mismo. Piotr Petróvich, que se había abierto paso desde la insignificancia, se había acostumbrado de un modo enfermizo a admirarse, tenía en alta estima su inteligencia y sus capacidades e incluso a veces, a solas, admiraba su cara en el espejo. Pero lo que más quería y apreciaba en el mundo era su dinero, conseguido con trabajo y por todos los medios: lo igualaba con todo lo que estaba por encima de él.

Al recordarle ahora con amargura a Dunia que se había decidido a tomarla a pesar de los malos rumores sobre ella, Piotr Petróvich hablaba con total sinceridad e incluso sentía una profunda indignación ante semejante «negra ingratitud». Y sin embargo, cuando pidió entonces la mano de Dunia, ya estaba completamente convencido de lo absurdo de todos esos chismes, desmentidos públicamente por la propia Marfa Petróvna y abandonados hacía tiempo por todo el pueblo, que justificaba

con ardor a Dunia. Y él mismo no negaría ahora que ya entonces sabía todo eso. Y no obstante seguía teniendo en alta estima su decisión de elevar a Dunia hasta él y lo consideraba una hazaña. Al echárselo ahora en cara a Dunia, expresaba su idea secreta, acariciada, que más de una vez había admirado, y no podía entender cómo los demás podían no admirar su hazaña. Al presentarse entonces de visita en casa de Raskólnikov, había entrado con el sentimiento de un benefactor que se dispone a recoger los frutos y a escuchar cumplidos muy dulces. Y desde luego ahora, bajando la escalera, se consideraba ofendido y desconocido en el más alto grado.

Dunia le era simplemente indispensable; renunciar a ella le resultaba impensable. Hacía mucho tiempo, ya varios años, que soñaba con deleite con casarse, pero seguía juntando dinero y esperaba. Pensaba con embeleso, en el más profundo secreto, en una muchacha bien educada y pobre (pobre sin falta), muy jovencita, muy bonita, noble e instruida, muy asustada, que hubiera pasado por muchísimas desgracias y que se inclinara por completo ante él, una que toda la vida lo considerara su salvación, lo venerara, se sometiera a él, lo admirara, a él y solo a él. ¡Cuántas escenas, cuántos episodios deliciosos había creado en su imaginación sobre ese tema seductor y juguetón, descansando en silencio de sus negocios! Y he aquí que el sueño de tantos años casi se realizaba: la belleza y la instrucción de Avdotia Románovna lo habían impresionado; su situación de desamparo lo había excitado al extremo. Aquí aparecía incluso algo más de lo que había soñado: aparecía una muchacha orgullosa, de carácter, virtuosa, superior a él por educación y desarrollo (él lo sentía), y semejante criatura le estaría servilmente agradecida toda la vida por su hazaña y se anularía con veneración ante él, ¡y él dominaría sin límites y por completo!... Como

a propósito, poco antes, tras largas consideraciones y esperas, había decidido por fin cambiar definitivamente de carrera y entrar en un círculo de actividad más amplio, y al mismo tiempo pasar poco a poco a una sociedad más alta, en la que hacía tiempo pensaba con voluptuosidad... En una palabra, había decidido probar Petersburgo. Sabía que con las mujeres se puede ganar «muchísimo, muchísimo». El encanto de una mujer preciosa, virtuosa e instruida podía embellecer asombrosamente su camino, atraer gente hacia él, crearle una aureola... ¡y todo se había derrumbado! Esa ruptura repentina, monstruosa, de ahora, le había hecho el efecto de un rayo. ¡Era una especie de broma monstruosa, un absurdo! Él solo se había envalentonado una gotita; ni siquiera había alcanzado a explicarse, simplemente había bromeado, se había dejado llevar, ¡y terminó tan en serio! Por último, si ya hasta quería a Dunia a su manera, si ya la dominaba en sus sueños, ¡y de pronto!... ¡No! Mañana mismo, mañana mismo había que restablecer, curar, corregir todo eso, y lo principal: aniquilar a ese mocoso insolente, a ese chiquillo que tenía la culpa de todo. Con una sensación dolorosa recordaba, también como sin querer, a Razumíjin... pero por ese lado se tranquilizó pronto: «¡Faltaría más que ponerlo a ese al lado de él!». Pero a quien temía de verdad en serio era a Svidrigáilov... En una palabra, le esperaban muchos trámites. . . . . .

. . . . . .

—¡No, yo, yo soy la que más culpa tiene! —decía Dúniechka, abrazando y besando a su madre—. Me dejé tentar por su dinero, pero te juro, hermano, que no me imaginaba que fuera un hombre tan indigno. Si lo hubiera visto antes, no me habría dejado tentar por nada. ¡No me culpes, hermano!

—¡Dios nos libró! ¡Dios nos libró! —murmuraba Pulqueria Aleksándrovna, pero como inconscientemente, como si todavía no hubiera comprendido del todo lo que había pasado.

Todos se alegraban; al cabo de cinco minutos hasta se reían. Solo a veces Dúniechka palidecía y fruncía las cejas, recordando lo ocurrido. Pulqueria Aleksándrovna ni podía imaginar que también ella se alegraría; la ruptura con Luzhin le había parecido todavía por la mañana una desgracia terrible. Pero Razumíjin estaba entusiasmado. No se atrevía a expresarlo por completo, pero temblaba todo como de fiebre, como si se le hubiera caído del corazón una pesa de cinco puds. Ahora tiene derecho a darles toda su vida, a servirlas... ¡Y qué no tendría ahora! Aunque apartaba con todavía más miedo los pensamientos que seguían y temía a su imaginación. Solo Raskólnikov seguía sentado en el mismo lugar, casi sombrío y hasta distraído. Él, que más había insistido en echar a Luzhin, parecía ahora el que menos se interesaba por lo ocurrido. Dunia pensó sin querer que todavía estaba muy enojado con ella, y Pulqueria Aleksándrovna lo observaba con temor.

—¿Y qué te dijo Svidrigáilov? —se le acercó Dunia.

—¡Ah, sí, sí! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

Raskólnikov levantó la cabeza:

—Quiere regalarte sin falta diez mil rublos, y además expresa el deseo de verte una vez en mi presencia.

—¡Verla! ¡Por nada del mundo! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna—. ¡Y cómo se atreve a ofrecerle dinero!

Después Raskólnikov contó (bastante secamente) su conversación con Svidrigáilov, omitiendo lo de los fantasmas de Marfa Petróvna, para no

entrar en materia superflua y sintiendo repugnancia de iniciar cualquier conversación que no fuera la más necesaria.

—¿Y qué le respondiste? —preguntó Dunia.

—Primero le dije que no te transmitiría nada. Entonces declaró que él mismo buscaría por todos los medios un encuentro. Aseguraba que su pasión por ti había sido un capricho y que ahora no siente nada por ti... No quiere que te cases con Luzhin... En general hablaba de manera confusa.

—¿Cómo te lo explicas tú mismo, Rodia? ¿Qué te pareció?

—Lo confieso, no entiendo nada bien. Ofrece diez mil, y él mismo decía que no es rico. Declara que quiere irse a algún lado, y diez minutos después se olvida de haberlo dicho. De pronto dice también que quiere casarse y que ya le proponen una novia... Desde luego, tiene propósitos, y lo más probable es que malos. Pero también es extraño suponer que emprendería el asunto de manera tan estúpida si tuviera malas intenciones contigo... Yo, desde luego, rechacé por ti ese dinero, de una vez para siempre. En general me pareció muy extraño, y... hasta... como con señales de locura. Pero pude equivocarme; quizá sea simplemente una especie de engaño. La muerte de Marfa Petróvna, al parecer, le causa impresión...

—¡Que Dios dé descanso a su alma! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna—. ¡Siempre, siempre rezaré a Dios por ella! ¡Qué sería ahora de nosotras, Dunia, sin esos tres mil! ¡Señor, como caídos del cielo! Ay, Rodia, si esta mañana no nos quedaban más que tres rublos de plata, y Dúniechka y yo solo pensábamos en empeñar cuanto antes el reloj en algún lado, para no tener que pedirle a ese, hasta que se diera cuenta él solo.

A Dunia la había impresionado demasiado la propuesta de

Svidrigáilov. Seguía de pie, pensativa.

—¡Algo horrible está tramando! —dijo casi en un susurro, para sí, casi estremeciéndose.

Raskólnikov notó ese miedo excesivo.

—Parece que tendré que verlo todavía más de una vez —le dijo a Dunia.

—¡Lo vigilaremos! ¡Yo le seguiré la pista! —gritó enérgicamente Razumíjin—. ¡No le quitaré los ojos de encima! Rodia me dio permiso. Él mismo me dijo hace un rato: «Cuida a mi hermana». ¿Y usted me lo permite, Avdotia Románovna?

Dunia sonrió y le tendió la mano, pero la preocupación no se le iba de la cara. Pulqueria Aleksándrovna la miraba tímidamente; aunque, por lo visto, los tres mil la tranquilizaban.

Al cabo de un cuarto de hora todos estaban en la conversación más animada. Hasta Raskólnikov, aunque no hablaba, escuchó un rato con atención. Hablaba Razumíjin.

—¿Y para qué, para qué irse? —se derramaba con embeleso en un discurso entusiasta—. ¿Y qué van a hacer en el pueblo? Y lo principal: aquí están todos juntos y se necesitan unos a otros, ¡y cuánto se necesitan, entiéndame! Bueno, aunque sea por un tiempo... Y a mí tómenme como amigo, como socio, y les aseguro que emprenderemos un negocio estupendo. Escuchen, les explicaré todo en detalle, ¡todo el proyecto! Ya esta mañana, cuando todavía no había pasado nada, se me cruzaba por la cabeza... De esto se trata: tengo un tío (se lo presentaré; ¡un viejecito de lo más tratable y respetable!), y ese tío tiene un capital de mil rublos, y él mismo vive de su pensión y no lo necesita. Hace ya dos años que me insiste

para que acepte esos mil y le pague un seis por ciento. Veo el truco: simplemente quiere ayudarme; pero el año pasado no lo necesitaba, y este año solo esperaba su llegada y decidí aceptarlo. Después ustedes ponen otros mil, de sus tres mil, y ya basta para empezar, y ahí estamos unidos. ¿Y qué vamos a hacer?

Entonces Razumíjin se puso a desarrollar su proyecto y habló mucho de que casi todos nuestros libreros y editores entienden poco de su mercancía, y por eso suelen ser malos editores, mientras que las ediciones decentes en general se pagan solas y dan un interés, a veces considerable. Con la actividad editorial soñaba Razumíjin, que ya hacía dos años que trabajaba para otros y conocía bastante bien tres lenguas europeas, a pesar de que unos seis días antes le había dicho a Raskólnikov que en alemán estaba «flojo», con el propósito de convencerlo de que se encargara de la mitad del trabajo de traducción y de tres rublos de adelanto: entonces mintió, y Raskólnikov sabía que mentía.

—¿Por qué, por qué dejar escapar lo nuestro, cuando tenemos uno de los medios más importantes: dinero propio? —se acaloraba Razumíjin—. Desde luego, hace falta mucho trabajo, pero trabajaremos: usted, Avdotia Románovna, yo, Rodión... ¡algunas ediciones dan ahora un interés estupendo! Y la base principal de la empresa estará en que sabremos qué es exactamente lo que hay que traducir. Traduciremos, y editaremos, y estudiaremos, todos juntos. Ahora puedo ser útil, porque tengo experiencia. Ya hace casi dos años que ando metido entre los editores y conozco todos sus secretos: no son santos los que hacen las ollas, créanme. ¡Y por qué, por qué dejar pasar el bocado de la boca! Si yo mismo conozco, y lo guardo en secreto, dos o tres obras tales que solo por la idea de

traducirlas y editarlas se pueden cobrar unos cien rublos por cada libro, y por una de ellas no aceptaría ni quinientos rublos por la idea. ¿Y qué creen? Si se lo dijera a alguno, quizá hasta dudaría, ¡qué zoquetes! Y en cuanto a los trámites propiamente dichos, las imprentas, el papel, la venta, ¡eso déjenmelo a mí! ¡Conozco todos los recovecos! Empezaremos de a poco, llegaremos a lo grande; por lo menos habrá con qué vivir, y en todo caso recuperaremos lo nuestro.

A Dunia le brillaban los ojos.

—Lo que dice me gusta mucho, Dmitri Prokófich —dijo.

—Yo, desde luego, no entiendo nada de esto —respondió Pulqueria Aleksándrovna—, quizá esté bien, pero también, Dios sabrá. Es algo nuevo, desconocido. Desde luego, quedarnos aquí es necesario, aunque sea por un tiempo...

Miró a Rodia.

—¿Qué te parece, hermano? —dijo Dunia.

—Me parece que tiene una idea muy buena —respondió él—. Con la forma, desde luego, no hay que soñar de antemano, pero cinco o seis libros de verdad se pueden editar con un éxito indudable. Yo mismo conozco una obra que se venderá sin falta. Y en cuanto a que sabe llevar el asunto, de eso no hay duda: entiende del asunto... Aunque ya habrá tiempo de que se pongan de acuerdo...

—¡Hurra! —gritó Razumíjin—. Ahora esperen: aquí hay una vivienda, en esta misma casa, de los mismos dueños. Es aparte, independiente, no comunica con estos cuartos, y amueblada, de precio moderado, tres cuartitos. Ocúpenla para empezar. El reloj se lo empeño yo mañana y les traigo el dinero, y después todo se arreglará. Y lo principal:

pueden vivir los tres juntos, y Rodia con ustedes... ¿Pero adónde vas, Rodia?

—¿Cómo, Rodia, ya te vas? —preguntó, hasta con susto, Pulqueria Aleksándrovna.

—¡En un momento así! —gritó Razumíjin.

Dunia miraba a su hermano con un asombro desconfiado. Tenía la gorra en las manos; se disponía a salir.

—Pero qué les pasa, como si me enterraran o se despidieran para siempre —dijo de un modo algo extraño.

Pareció sonreír, pero como si no fuera una sonrisa.

—Aunque, quién sabe, quizá sea la última vez que nos vemos —añadió sin querer.

Lo había pensado para sí, pero de algún modo le salió solo en voz alta.

—¿Pero qué te pasa? —exclamó la madre.

—¿Adónde vas, Rodia? —preguntó Dunia de un modo algo extraño.

—Así, tengo mucha necesidad —respondió él vagamente, como vacilando en lo que quería decir. Pero en su cara pálida había una especie de decisión brusca.

—Quería decir... al venir aquí... quería decirles, mamá... y a ti, Dunia, que sería mejor que nos separáramos por un tiempo. No me siento bien, no estoy tranquilo... vendré después, vendré yo mismo, cuando... se pueda. Las recuerdo y las quiero... ¡Déjenme! ¡Déjenme solo! Así lo decidí, ya antes... Lo decidí con seguridad... Pase lo que pase conmigo, me pierda o no, quiero estar solo. Olvídenme del todo. Es mejor... No pregunten por mí. Cuando haga falta, vendré yo mismo o... las llamaré. ¡Quizá todo resucite!... Y ahora, si me quieren, renuncien... Si no, las odiaré, lo siento...

¡Adiós!

—¡Señor! —exclamó Pulqueria Aleksándrovna.

La madre y la hermana estaban terriblemente asustadas; Razumíjin también.

—¡Rodia, Rodia! ¡Reconcíliate con nosotras, que seamos como antes! —exclamó la pobre madre.

Él se volvió despacio hacia la puerta y salió despacio de la habitación. Dunia lo alcanzó.

—¡Hermano! ¡Qué le estás haciendo a mamá! —susurró, con una mirada que ardía de indignación.

Él la miró con pesadez.

—No es nada, vendré, vendré a verlas —murmuró a media voz, como sin darse del todo cuenta de lo que quería decir, y salió de la habitación.

—¡Egoísta insensible y malvado! —exclamó Dunia.

—¡Está lo-co, no es insensible! ¡Ha perdido el juicio! ¿Es posible que no lo vea? ¡Entonces la insensible es usted!... —le susurró con ardor Razumíjin al oído, apretándole con fuerza la mano.

—¡Ahora vuelvo! —gritó, dirigiéndose a Pulqueria Aleksándrovna, que se había quedado helada, y salió corriendo de la habitación.

Raskólnikov lo esperaba al final del pasillo.

—Ya sabía que saldrías corriendo —dijo—. Vuelve con ellas y quédate con ellas... Quédate también mañana con ellas... y siempre. Yo... quizá venga... si se puede. ¡Adiós!

Y, sin tenderle la mano, se alejó de él.

—¿Pero adónde vas? ¿Qué te pasa? ¿Pero qué tienes? ¿Pero cómo se puede así?... —murmuraba Razumíjin, completamente perdido.

Raskólnikov se detuvo una vez más.

—De una vez para siempre: nunca me preguntes nada. No tengo nada que responderte... No vengas a verme. Quizá yo venga aquí... Déjame, pero a ellas... *no las dejes*. ¿Me entiendes?

En el pasillo estaba oscuro; estaban de pie junto a una lámpara. Durante un minuto se miraron en silencio. Razumíjin recordó ese minuto toda su vida. La mirada ardiente y fija de Raskólnikov parecía intensificarse a cada instante, le penetraba en el alma, en la conciencia. De pronto Razumíjin se estremeció. Algo extraño pareció pasar entre ellos... Una especie de idea se deslizó, como una insinuación; algo horrible, monstruoso y de pronto comprendido por ambas partes... Razumíjin palideció como un muerto.

—¿Entiendes ahora?... —dijo de pronto Raskólnikov, con la cara dolorosamente torcida—. Vuelve, ve con ellas —añadió de pronto y, volviéndose rápidamente, salió de la casa...

No voy a describir ahora lo que pasó esa noche en casa de Pulqueria Aleksándrovna, cómo volvió con ellas Razumíjin, cómo las tranquilizaba, cómo juraba que había que dejar descansar a Rodia en su enfermedad, juraba que Rodia vendría sin falta, que vendría todos los días, que estaba muy, muy alterado, que no había que irritarlo; cómo él, Razumíjin, lo vigilaría, le conseguiría un médico bueno, el mejor, toda una junta de médicos... En una palabra, desde esa noche Razumíjin fue para ellas un hijo y un hermano.

Cuarta parte. Capítulo IV

Y Raskólnikov fue directamente a la casa del canal donde vivía Sonia. La casa era de tres pisos, vieja y de color verde. Encontró al portero y obtuvo de él indicaciones vagas de dónde vivía el sastre Kapernaúmov. Tras encontrar en un rincón del patio la entrada a una escalera estrecha y oscura, subió por fin al segundo piso y salió a la galería que lo rodeaba del lado del patio. Mientras vagaba en la oscuridad, sin saber dónde podía estar la entrada a casa de Kapernaúmov, de pronto, a tres pasos de él, se abrió una puerta; la agarró maquinalmente.

—¿Quién es? —preguntó alarmada una voz de mujer.

—Soy yo... vengo a verla —respondió Raskólnikov, y entró en un recibidor diminuto. Allí, en una silla hundida, en un candelero de cobre torcido, había una vela.

—¡Es usted! ¡Señor! —exclamó débilmente Sonia, y se quedó clavada en el sitio.

—¿Dónde está su cuarto? ¿Aquí?

Y Raskólnikov, procurando no mirarla, pasó enseguida a la habitación.

Al cabo de un minuto entró también Sonia con la vela, la dejó y se quedó de pie ante él, completamente perdida, toda en una agitación

indecible y, por lo visto, asustada por su visita inesperada. De pronto el color le subió a la cara pálida, y hasta se le asomaron lágrimas a los ojos... Sentía náuseas, y vergüenza, y dulzura... Raskólnikov se volvió rápidamente y se sentó en una silla junto a la mesa. De pasada alcanzó a abarcar con la mirada la habitación.

Era una habitación grande, pero extraordinariamente baja, la única que alquilaban los Kapernaúmov, cuya puerta, cerrada con llave, estaba en la pared de la izquierda. En el lado opuesto, en la pared de la derecha, había además otra puerta, siempre cerrada a cal y canto. Allí ya había otra vivienda vecina, con otro número. La habitación de Sonia parecía un cobertizo, tenía la forma de un cuadrilátero muy irregular, y eso le daba algo deforme. La pared de las tres ventanas, que daba al canal, cortaba la habitación de algún modo en diagonal, por lo que un rincón, terriblemente agudo, se perdía en alguna parte del fondo, de modo que con la luz débil ni siquiera se lo podía distinguir bien; y el otro rincón era ya de un ángulo obtuso demasiado deforme. En toda esa habitación grande casi no había muebles. En el rincón de la derecha estaba la cama; junto a ella, más cerca de la puerta, una silla. Contra la misma pared de la cama, justo junto a la puerta de la vivienda ajena, había una mesa sencilla de tablas, cubierta con un mantelito azul; junto a la mesa, dos sillas de mimbre. Después, contra la pared opuesta, cerca del rincón agudo, había una cómoda pequeña, de madera sencilla, como perdida en el vacío. Eso era todo lo que había en la habitación. El papel de la pared, amarillento, raído y gastado, se había ennegrecido en todos los rincones; debía de haber humedad y humo de carbón en invierno. La pobreza era visible; ni siquiera la cama tenía cortinas.

Sonia miraba en silencio a su visitante, que examinaba su habitación con tanta atención y tan poca ceremonia, e incluso empezó por fin a temblar de miedo, como si estuviera ante un juez y árbitro de su suerte.

—Es tarde... ¿Ya son las once? —preguntó él, todavía sin levantar los ojos hacia ella.

—Sí —murmuró Sonia—. ¡Ah, sí, ya son! —se apresuró de pronto, como si en eso estuviera toda la salida para ella—. Acaba de dar la hora el reloj de los dueños... y yo misma lo oí... Ya son.

—Vine a verla por última vez —prosiguió sombrío Raskólnikov, aunque también ahora era solo la primera—. Quizá no la vuelva a ver...

—¿Usted... se va de viaje?

—No sé... todo mañana...

—¿Entonces no irá mañana a casa de Katerina Ivánovna? —le tembló la voz a Sonia.

—No sé. Todo mañana por la mañana... No se trata de eso: vine a decirle una palabra...

Levantó hacia ella su mirada pensativa y de pronto notó que él estaba sentado y ella seguía de pie ante él.

—¿Por qué está de pie? Siéntese —dijo de pronto con una voz cambiada, baja y cariñosa.

Ella se sentó. Él la miró un minuto con afecto y casi con compasión.

—¡Qué delgadita está usted! ¡Mire qué mano tiene! Completamente transparente. Los dedos como de muerta.

Le tomó la mano. Sonia sonrió débilmente.

—Siempre fui así —dijo.

—¿También cuando vivía en casa?

—Sí.

—¡Bueno, desde luego! —dijo él, cortante, y la expresión de su cara y el sonido de su voz volvieron a cambiar de pronto. Miró una vez más alrededor.

—¿Usted le alquila esto a Kapernaúmov?

—Sí, señor...

—¿Ellos están ahí, detrás de la puerta?

—Sí... Ellos tienen una habitación igual.

—¿Todos en una?

—En una, señor.

—Yo en su habitación tendría miedo de noche —observó sombrío.

—Los dueños son muy buenos, muy cariñosos —respondía Sonia, todavía como sin haber vuelto en sí ni haberse repuesto—, y todos los muebles, y todo... todo es de los dueños. Y son muy buenos, y los niños también vienen a verme a menudo...

—¿Los tartamudos?

—Sí, señor... Él tartamudea y además es cojo. Y la mujer también... No es que tartamudee, sino que como que no pronuncia todo. Ella es buena, mucho. Y él fue siervo de una casa. Y niños son siete... y solo el mayor tartamudea, y los otros simplemente están enfermos... pero no tartamudean... ¿Y usted cómo sabe de ellos? —añadió con cierto asombro.

—Su padre me lo contó todo aquella vez. Me lo contó todo de usted... Y de cómo salió usted a las seis y volvió pasadas las ocho, y de cómo Katerina Ivánovna estuvo de rodillas junto a su cama.

Sonia se turbó.

—Hoy fue como si lo viera —susurró indecisa.

—¿A quién?

—A mi padre. Iba por la calle, ahí cerca, en la esquina, pasadas las nueve, y era como si él fuera delante. Y como si fuera él. Ya quería pasar por casa de Katerina Ivánovna...

—¿Usted estaba paseando?

—Sí —susurró Sonia, cortante, volviendo a turbarse y a bajar los ojos.

—¿Katerina Ivánovna casi le pegaba, en casa de su padre, no?

—¡Ay, no, qué dice, qué dice, no! —Sonia lo miró hasta con una especie de susto.

—¿Así que usted la quiere?

—¿A ella? ¡Pero cla-a-aro! —dijo Sonia, arrastrando la voz, lastimera, y juntando de pronto las manos con sufrimiento—. ¡Ay! Usted a ella... Si supiera. Si es completamente como una niña... Si tiene la cabeza como trastornada... de pena. Y qué inteligente era... qué generosa... ¡qué buena! Usted no sabe nada, nada... ¡ay!

Sonia dijo esto como desesperada, agitándose y sufriendo, y retorciéndose las manos. Sus mejillas pálidas volvieron a encenderse, en sus ojos se expresó el tormento. Se veía que habían tocado en ella algo terriblemente hondo, que tenía unas ganas terribles de expresar algo, de decir, de defender. Una especie de compasión insaciable, si se puede decir así, se pintó de pronto en todos los rasgos de su cara.

—¡Pegarme! ¡Pero qué dice! ¡Señor, pegarme! Y aunque me pegara, ¿qué? ¿Y qué? Usted no sabe nada, nada... Es tan desdichada, ¡ay, tan desdichada! Y enferma... Busca la justicia... Es pura. Cree tanto en que en todo tiene que haber justicia, y la exige... Y aunque la torturen, no hará nada injusto. Ella misma no se da cuenta de que es imposible que haya

justicia entre la gente, y se irrita... ¡Como una niña, como una niña! ¡Es justa, justa!

—¿Y qué será de usted?

Sonia lo miró con aire interrogante.

—Porque quedaron a su cargo. Es verdad que también antes todo estaba a su cargo, y el difunto iba a pedirle a usted para la resaca. Bueno, ¿y ahora qué será?

—No sé —dijo tristemente Sonia.

—¿Se quedarán allí?

—No sé; deben en esa vivienda; solo que la casera, dicen, dijo hoy que quiere echarlos, y Katerina Ivánovna dice que ella misma no se quedará ni un minuto.

—¿Y de dónde saca tanto valor? ¿Cuenta con usted?

—¡Ay, no, no diga eso!... Somos una sola cosa, vivimos juntas —se agitó otra vez de pronto Sonia, y hasta se irritó, exactamente como si se enojara un canario o algún otro pajarito—. ¿Y qué va a hacer ella? ¿Qué, qué va a hacer? —preguntaba, acalorándose y agitándose—. ¡Y cuánto, cuánto lloró hoy! Se le trastorna la cabeza, ¿no lo notó? Se le trastorna; ya se inquieta, como una niña, de que mañana todo esté decoroso, que haya comida y todo... ya se retuerce las manos, escupe sangre, llora, de pronto se pone a golpear la cabeza contra la pared, como desesperada. Y después vuelve a consolarse, cuenta con usted: dice que usted ahora es su ayuda, y que pedirá un poco de dinero prestado en algún lado y se irá a su ciudad, conmigo, y abrirá un pensionado para señoritas nobles, y a mí me tomará de celadora, y empezará para nosotras una vida completamente nueva, hermosa, y me besa, me abraza, me consuela, ¡y cree tanto! ¡Cree tanto en

sus fantasías! ¿Acaso se le puede contradecir? Y ella misma hoy se pasó todo el día lavando, limpiando, arreglando, ella misma metió la tina en la habitación, con sus pocas fuerzas, se quedó sin aliento y cayó en la cama; y por la mañana todavía fuimos con ella a las tiendas a comprarles zapatitos a Pólechka y a Lionia, porque se les rompieron todos, solo que no nos alcanzó el dinero según la cuenta, faltó muchísimo, y ella eligió unos botincitos tan lindos, porque tiene gusto, usted no sabe... Allí mismo en la tienda se echó a llorar, delante de los comerciantes, porque no alcanzaba... Ay, qué lástima daba verla.

—Bueno, después de eso se entiende que usted... viva así —dijo Raskólnikov con una sonrisa amarga.

—¿Y a usted no le da lástima? ¿No le da lástima? —volvió a saltar Sonia—. Si usted, lo sé, dio lo último que tenía sin haber visto nada todavía. ¡Y si lo hubiera visto todo, oh, Señor! ¡Y cuántas, cuántas veces la hice llorar! ¡Si todavía la semana pasada! ¡Ay, yo! Apenas una semana antes de que él muriera. ¡Actué con crueldad! ¡Y cuántas, cuántas veces lo hice! ¡Ay, qué doloroso fue recordarlo hoy todo el día!

Sonia hasta se retorcía las manos al hablar, por el dolor del recuerdo.

—¿Usted, cruel?

—¡Sí, yo, yo! Fui aquella vez —prosiguió, llorando—, y el difunto me dice: «Léeme, Sonia, me duele un poco la cabeza, léeme... aquí tienes un librito»; tenía un librito, se lo había conseguido de Andréi Semiónych, de Lebeziátnikov, que vive aquí, siempre conseguía unos libritos tan graciosos. Y yo le digo: «Tengo que irme», y así no quise leerle, y había pasado por su casa sobre todo para mostrarle unos cuellitos a Katerina Ivánovna; Lizaveta, la revendedora, me había traído barato unos cuellitos y

unos puñitos, bonitos, nuevitos y con dibujo. Y a Katerina Ivánovna le gustaron mucho, se los puso y se miró en el espejo, y le gustaron mucho, mucho: «Regálamelos, Sonia —dice—, por favor». Por favor me lo pidió, y tenía tantas ganas. ¿Y adónde se los iba a poner? Así: ¡solo se acordó del tiempo de antes, del tiempo feliz! Se mira en el espejo, se admira, y no tiene ningún, ningún vestido, ninguna cosa, ¡desde hace tantos años! Y nunca le pide nada a nadie; es orgullosa, antes da ella lo último, y esta vez pidió: ¡tanto le gustaron! Y a mí me dio pena darlos: «¿Para qué los quiere, Katerina Ivánovna?», le digo. Así le dije: «para qué». ¡Eso sí que no tendría que habérselo dicho! Me miró de un modo, y le dolió tanto, tanto que me negara, y daba tanta lástima verla... Y no le dolió por los cuellitos, sino porque me negué, lo vi. ¡Ay, cómo devolvería ahora todo, cómo lo reharía todo, todas esas palabras de antes!... Ay, yo... ¡pero qué digo!... ¡a usted le da lo mismo!

—¿Usted conocía a esa Lizaveta, la revendedora?

—Sí... ¿Y usted la conocía? —preguntó a su vez Sonia, con cierto asombro.

—Katerina Ivánovna tiene tisis, galopante; morirá pronto —dijo Raskólnikov tras un silencio, sin responder a la pregunta.

—¡Ay, no, no, no! —Y Sonia, con un gesto inconsciente, lo agarró de las dos manos, como suplicándole que no.

—Pero si es mejor que muera.

—¡No, no es mejor, no es mejor, para nada es mejor! —repetía ella asustada e inconscientemente.

—¿Y los niños? ¿Adónde los llevará entonces, si no es a su casa?

—¡Ay, ya no sé! —exclamó Sonia casi desesperada, y se agarró la cabeza.

Se veía que ese pensamiento ya le había cruzado a ella misma muchas, muchas veces, y él no había hecho más que espantarlo de nuevo.

—¿Y si usted, todavía en vida de Katerina Ivánovna, ahora, se enferma y la llevan al hospital, qué pasará entonces? —insistía él sin piedad.

—¡Ay, qué dice, qué dice! ¡Eso sí que no puede ser! —Y la cara de Sonia se torció de un susto terrible.

—¿Cómo que no puede ser? —prosiguió Raskólnikov con una sonrisa dura—. ¿No estará usted asegurada, no? ¿Entonces qué será de ellos? Saldrán a la calle todos en tropel; ella toserá y pedirá limosna, y golpeará la cabeza contra alguna pared, como hoy, y los niños llorarán... Y después se caerá, la llevarán a la comisaría, al hospital, morirá, y los niños...

—¡Ay, no!... ¡Dios no lo permitirá! —le salió por fin a Sonia del pecho oprimido. Escuchaba mirándolo suplicante y juntando las manos en un ruego mudo, como si todo dependiera de él.

Raskólnikov se levantó y empezó a andar por la habitación. Pasó como un minuto. Sonia estaba de pie, con los brazos caídos y la cabeza gacha, en una angustia terrible.

—¿Y ahorrar no se puede? ¿Guardar para un día negro? —preguntó él, deteniéndose de pronto ante ella.

—No —susurró Sonia.

—¡Desde luego que no! ¿Y lo intentó? —añadió casi con burla.

—Lo intenté.

—¡Y fracasó! ¡Bueno, desde luego! ¡Para qué preguntar!

Y otra vez echó a andar por la habitación. Pasó otro minuto.

—¿No recibe dinero todos los días?

Sonia se turbó todavía más que antes, y el color le volvió a subir a la

cara.

—No —susurró con un esfuerzo torturante.

—Con Pólechka seguramente pasará lo mismo —dijo él de pronto.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser, no! —gritó Sonia en voz alta, como desesperada, como si de pronto la hubieran herido con un cuchillo—. ¡Dios, Dios no permitirá semejante horror!...

—A otras sí se lo permite.

—¡No, no! ¡A ella la protegerá Dios, Dios!... —repetía, fuera de sí.

—Pero quizá Dios ni siquiera existe —respondió Raskólnikov, hasta con una especie de malicia; se echó a reír y la miró.

La cara de Sonia cambió de pronto terriblemente: la recorrieron convulsiones. Lo miró con un reproche indecible, quiso decir algo, pero no pudo pronunciar nada y solo de pronto se echó a sollozar amarga, amargamente, tapándose la cara con las manos.

—Usted dice que a Katerina Ivánovna se le trastorna la cabeza; a usted misma se le trastorna la cabeza —dijo él tras un silencio.

Pasaron unos cinco minutos. Él seguía andando de un lado a otro, en silencio y sin mirarla. Por fin se acercó a ella; le centelleaban los ojos. La tomó con las dos manos de los hombros y miró directamente su cara llorosa. Su mirada era seca, inflamada, aguda; los labios le temblaban con fuerza... De pronto se inclinó entero rápidamente y, echándose al suelo, le besó el pie. Sonia se apartó de él horrorizada, como de un loco. Y en efecto, él miraba como un completo loco.

—¿Qué hace, qué hace? ¡Ante mí! —murmuró ella, palideciendo, y el corazón se le encogió de pronto con un dolor terrible.

Él se levantó enseguida.

—No me incliné ante ti, me incliné ante todo el sufrimiento humano —dijo de un modo algo salvaje, y se apartó hacia la ventana—. Escucha —añadió, volviendo junto a ella al cabo de un minuto—, hace un rato le dije a un ofensor que no valía tu dedo meñique... y que hoy le hice a mi hermana el honor de sentarla a tu lado.

—¡Ay, qué les dijo! ¿Y delante de ella? —exclamó asustada Sonia—. ¡Sentarse conmigo! ¡Un honor! Pero si yo... soy una deshonrada... ¡una gran, gran pecadora! ¡Ay, qué dijo usted!

—No lo dije de ti por la deshonra y el pecado, sino por tu gran sufrimiento. Y que eres una gran pecadora, eso es así —añadió casi con entusiasmo—, y sobre todo eres pecadora porque te has mortificado y te has entregado en vano. ¡Cómo no va a ser un horror! ¡Cómo no va a ser un horror que vivas en esta inmundicia que tanto odias, y al mismo tiempo sepas tú misma (no hace falta más que abrir los ojos) que con eso no ayudas a nadie ni salvas a nadie de nada! Pero dime por fin —dijo, casi frenético—: ¿cómo pueden convivir en ti semejante vergüenza y semejante bajeza al lado de otros sentimientos opuestos y santos? ¡Sería más justo, mil veces más justo y más razonable, tirarse de cabeza al agua y terminar de una vez!

—¿Y qué será de ellos? —preguntó débilmente Sonia, mirándolo con sufrimiento, pero al mismo tiempo como sin sorprenderse en absoluto de su propuesta. Raskólnikov la miró de un modo extraño.

Lo leyó todo en una sola mirada de ella. Entonces era verdad que ella misma ya había tenido ese pensamiento. Quizá muchas veces y en serio había pensado, desesperada, cómo terminar de una vez, y tan en serio que ahora casi no se sorprendió de su propuesta. Ni siquiera notó la crueldad de sus palabras (el sentido de sus reproches y de su mirada particular sobre

su vergüenza, desde luego, tampoco lo notó, y eso era visible para él). Pero comprendió por completo hasta qué dolor monstruoso la había desgarrado, y desde hacía mucho, el pensamiento de su situación deshonrosa y vergonzosa. ¿Qué, qué podía haber detenido hasta ahora, pensaba él, su decisión de terminar de una vez? Y solo entonces comprendió del todo lo que significaban para ella esos pobres niños pequeños, huérfanos, y esa lastimosa Katerina Ivánovna, medio loca, con su tisis y sus golpes de cabeza contra la pared.

Pero no obstante le resultaba otra vez claro que Sonia, con su carácter y con la instrucción que de todos modos había recibido, de ningún modo podía seguir así. De todos modos, para él era una pregunta: ¿por qué había podido seguir tanto tiempo, demasiado ya, en esa situación sin volverse loca, si no tenía fuerzas para tirarse al agua? Desde luego, comprendía que la situación de Sonia era un fenómeno casual en la sociedad, aunque, por desgracia, ni mucho menos aislado ni excepcional. Pero esa misma casualidad, cierta instrucción y toda su vida anterior podrían, parece, haberla matado de golpe en el primer paso por ese camino repugnante. ¿Qué la sostenía? ¿No sería el libertinaje? Toda esa vergüenza, evidentemente, la había tocado solo de un modo mecánico; el verdadero libertinaje todavía no había penetrado ni una gota en su corazón: él lo veía; ella estaba de pie ante él, real...

«Tiene tres caminos —pensaba—: tirarse al canal, ir a parar a un manicomio, o... o, por último, lanzarse al libertinaje, que embota la mente y petrifica el corazón». Este último pensamiento era el que más le repugnaba; pero él ya era escéptico, era joven, abstracto y, por lo tanto, cruel, y por eso no podía dejar de creer que la última salida, es decir, el

libertinaje, era la más probable.

«¿Pero será verdad? —exclamó para sí—. ¿Será posible que también esta criatura, que todavía conserva la pureza de espíritu, termine arrastrada conscientemente a ese pozo inmundo y hediondo? ¿Será que ese arrastre ya empezó, y que solo por eso pudo aguantar hasta ahora, porque el vicio ya no le parece tan repugnante? ¡No, no, no puede ser! —exclamaba, como Sonia hacía un rato—. No, del canal la ha retenido hasta ahora el pensamiento del pecado, y ellos, esos... Y si hasta ahora no se ha vuelto loca... ¿Pero quién dijo que no se ha vuelto loca ya? ¿Acaso está en su sano juicio? ¿Acaso se puede hablar como habla ella? ¿Acaso en su sano juicio se puede razonar como razona ella? ¿Acaso se puede estar así, sentada sobre la perdición, justo sobre el pozo hediondo que ya la está arrastrando, y agitar las manos, y taparse los oídos cuando le hablan del peligro? ¿Qué, no estará esperando un milagro? Seguro que sí. ¿Acaso todo esto no son señales de locura?»

Se detuvo con obstinación en ese pensamiento. Esa salida hasta le gustaba más que cualquier otra. Empezó a mirarla con más fijeza.

—¿Así que rezas mucho a Dios, Sonia? —le preguntó.

Sonia callaba; él estaba de pie junto a ella y esperaba la respuesta.

—¿Qué sería yo sin Dios? —susurró ella rápida, enérgicamente, levantando de pasada hacia él los ojos, que de pronto centellearon, y le apretó con fuerza la mano.

«¡Así es, entonces!», pensó él.

—¿Y qué hace Dios por ti a cambio? —preguntó, sondeándola más.

Sonia calló mucho rato, como si no pudiera responder. Su pecho débil se agitaba todo de emoción.

—¡Cállese! ¡No pregunte! ¡Usted no es digno!... —exclamó de pronto, mirándolo con severidad e ira.

«¡Así es! ¡Así es!», se repetía él con insistencia.

—¡Lo hace todo! —susurró ella rápidamente, volviendo a bajar los ojos.

«¡Ahí está la salida! ¡Ahí está la explicación de la salida!», decidió para sí, examinándola con una curiosidad ávida.

Con un sentimiento nuevo, extraño, casi enfermizo, miraba esa carita pálida, delgada e irregular, angulosa, esos ojos azules mansos, capaces de centellear con semejante fuego, con un sentimiento tan severo y enérgico, ese cuerpo pequeño, que todavía temblaba de indignación y de ira, y todo eso le parecía cada vez más extraño, casi imposible. «¡Una loca de Dios[1]! ¡Una loca de Dios!», se repetía.

Sobre la cómoda había un libro. Cada vez, al ir y venir, lo notaba; ahora lo tomó y lo miró. Era el Nuevo Testamento en traducción rusa. El libro era viejo, usado, con encuadernación de cuero.

—¿Esto de dónde salió? —le gritó desde el otro lado de la habitación. Ella seguía en el mismo lugar, a tres pasos de la mesa.

—Me lo trajeron —respondió ella, como de mala gana y sin mirarlo.

—¿Quién lo trajo?

—Lizaveta lo trajo; yo se lo pedí.

«¡Lizaveta! ¡Qué extraño!», pensó él. Todo en Sonia se le volvía a cada minuto más extraño y más maravilloso. Llevó el libro junto a la vela y se puso a hojearlo.

—¿Dónde está lo de Lázaro? —preguntó de pronto.

Sonia miraba obstinadamente al suelo y no respondía. Estaba de pie un

poco de costado a la mesa.

—¿Dónde está la resurrección de Lázaro? Búscamela, Sonia.

Ella lo miró de reojo.

—No mira donde es... en el cuarto evangelio... —susurró con severidad, sin acercarse a él.

—Búscalo y léemelo —dijo él; se sentó, apoyó el codo en la mesa, se sostuvo la cabeza con la mano y clavó sombrío la vista a un costado, preparándose para escuchar.

«Dentro de unas tres semanas, a la séptima versta[2], ¡bienvenido! Me parece que yo mismo estaré allí, si no pasa algo peor», murmuraba para sí.

Sonia dio un paso indeciso hacia la mesa, tras haber escuchado con desconfianza el extraño deseo de Raskólnikov. Aun así, tomó el libro.

—¿Acaso no lo leyó? —preguntó, mirándolo por encima de la mesa, de soslayo. Su voz se volvía cada vez más severa.

—Hace mucho... Cuando estudiaba. ¡Lee!

—¿Y en la iglesia no lo oyó?

—Yo... no iba. ¿Y tú vas a menudo?

—N-no —susurró Sonia.

Raskólnikov sonrió.

—Entiendo... ¿Entonces mañana tampoco irás al entierro de tu padre?

—Iré. Y la semana pasada también fui... mandé decir un responso.

—¿Por quién?

—Por Lizaveta. La mataron con un hacha.

Sus nervios se irritaban cada vez más. La cabeza empezó a darle vueltas.

—¿Eras amiga de Lizaveta?

—Sí... Era justa... venía... pocas veces... no se podía. Leíamos juntas y...

hablábamos. Ella verá a Dios.

Le sonaban extrañas esas palabras de libro, y otra vez una novedad: unos encuentros misteriosos con Lizaveta, y las dos, locas de Dios.

«¡Aquí uno mismo termina volviéndose loco de Dios! ¡Es contagioso!», pensó. —¡Lee! —exclamó de pronto con insistencia e irritación.

Sonia seguía vacilando. El corazón le golpeaba. No sé cómo, no se atrevía a leerle. Casi con tormento miraba él a la «desdichada loca».

—¿Para qué lo quiere? Si usted no cree... —susurró ella en voz baja y como ahogándose.

—¡Lee! ¡Así lo quiero! —insistía él—. ¡Si a Lizaveta se lo leías!

Sonia abrió el libro y buscó el lugar. Le temblaban las manos, le faltaba la voz. Empezó dos veces, y no le salía la primera sílaba.

«Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania...», pronunció por fin, con esfuerzo, pero de pronto, a la tercera palabra, la voz resonó y se quebró, como una cuerda demasiado tensa. Se le cortó el aliento, y se le oprimió el pecho.

Raskólnikov comprendía en parte por qué Sonia no se decidía a leerle, y cuanto más lo comprendía, con más grosería e irritación parecía insistir en la lectura. Comprendía demasiado bien lo penoso que le resultaba ahora entregar y poner al descubierto todo lo suyo. Comprendió que esos sentimientos constituían en efecto su verdadero secreto, y ya antiguo, quizá desde la adolescencia, todavía en la familia, junto al padre desdichado y a la madrastra enloquecida de pena, en medio de los niños hambrientos, de los gritos monstruosos y de los reproches. Pero al mismo tiempo supo ahora, y supo con seguridad, que, aunque estaba angustiada y temía algo

terriblemente al ponerse ahora a leer, al mismo tiempo ella misma tenía unas ganas torturantes de leer, a pesar de toda la angustia y de todos los temores, y precisamente a él, para que él lo oyera, y sin falta ahora, «¡pase lo que pase después!»... Lo leyó en sus ojos, lo comprendió por su agitación exaltada... Ella se dominó, reprimió el espasmo de la garganta que le había cortado la voz al comienzo del versículo, y siguió leyendo el capítulo undécimo del Evangelio de Juan. Así llegó hasta el versículo 19:

«Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, a consolarlas por su hermano. Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarlo; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará».

Aquí se detuvo otra vez, presintiendo con pudor que la voz volvería a temblarle y a quebrársele...

«Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente. ¿Crees esto? Ella le dijo:

(y como recobrando el aliento con dolor, Sonia leyó separando las palabras y con fuerza, como si ella misma confesara su fe en voz alta ante todos:)

Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo».

Estuvo a punto de detenerse, levantó rápidamente los ojos hacia él, pero enseguida se dominó y siguió leyendo. Raskólnikov estaba sentado y

escuchaba inmóvil, sin volverse, con el codo apoyado en la mesa y mirando a un costado. Llegaron hasta el versículo 32.

«Y María, cuando llegó adonde estaba Jesús, al verlo, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Jesús entonces, cuando la vio llorando, y a los judíos que habían venido con ella también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde lo pusieron? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: Miren cómo lo amaba. Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía este, que abrió los ojos al ciego, hacer también que este no muriera?».

Raskólnikov se volvió hacia ella y la miraba con agitación: ¡sí, así es! Ella ya temblaba toda con una fiebre real, verdadera. Él lo esperaba. Se acercaba a la palabra sobre el milagro más grande e inaudito, y la invadía un sentimiento de gran triunfo. Su voz se había vuelto sonora como el metal; el triunfo y la alegría resonaban en ella y la fortalecían. Las líneas se le mezclaban ante los ojos, porque la vista se le oscurecía, pero sabía de memoria lo que leía. En el último versículo, «¿No podía este, que abrió los ojos al ciego...?», ella, bajando la voz, transmitió con ardor y pasión la duda, el reproche y la blasfemia de los judíos incrédulos, ciegos, que dentro de un momento, al cabo de un minuto, caerían como fulminados por un rayo, sollozarían y creerían... «Y él, él, también cegado e incrédulo, él también oirá ahora, él también creerá, ¡sí, sí! ahora mismo, ya mismo», soñaba ella, y temblaba de una espera gozosa.

«Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quiten la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque

hace cuatro días que está en el sepulcro».

Ella cargó con energía sobre la palabra: cuatro.

«Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió,

(leyó en voz alta y con entusiasmo, temblando y helándose, como si ella misma lo viera con sus propios ojos):

atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desátenlo y déjenlo ir.

Entonces muchos de los judíos que habían venido a María, y habían visto lo que hizo Jesús, creyeron en él».

Más no leyó, ni podía leer; cerró el librito y se levantó rápidamente de la silla.

—Eso es todo sobre la resurrección de Lázaro —susurró, cortante y severa, y se quedó inmóvil, vuelta hacia un lado, sin atreverse, como avergonzada, a levantar los ojos hacia él. Su temblor febril continuaba todavía. El cabo de vela ya hacía rato que se iba apagando en el candelero torcido, iluminando débilmente, en esa habitación miserable, al asesino y a la ramera, extrañamente reunidos en la lectura del libro eterno. Pasaron unos cinco minutos o más.

—Vine a hablar de un asunto —dijo de pronto Raskólnikov en voz alta y frunciendo el ceño; se levantó y se acercó a Sonia. Ella levantó los ojos hacia él en silencio. Su mirada era especialmente severa, y en ella se

expresaba una especie de decisión salvaje.

—Hoy abandoné a los míos —dijo—, a mi madre y a mi hermana. No iré a verlas ahora. Allí lo rompí todo.

—¿Para qué? —preguntó Sonia, como aturdida. El encuentro de hacía un rato con su madre y su hermana le había dejado una impresión extraordinaria, aunque poco clara para ella misma. Escuchó la noticia de la ruptura casi con horror.

—Ahora solo te tengo a ti —añadió él—. Vámonos juntos... Vine a verte a ti. ¡Juntos estamos malditos, juntos iremos!

Le centelleaban los ojos. «¡Como un loco!», pensó a su vez Sonia.

—¿Ir adónde? —preguntó con miedo, y retrocedió sin querer.

—¿Y yo qué sé? Solo sé que por el mismo camino, lo sé con seguridad, y nada más. ¡Un solo fin!

Ella lo miraba y no entendía nada. Solo entendía que él era terrible, infinitamente desdichado.

—Ninguno de ellos entenderá nada si les hablas —prosiguió él—, pero yo entendí. Te necesito, por eso vine a verte.

—No entiendo... —susurró Sonia.

—Después lo entenderás. ¿Acaso no hiciste lo mismo? También tú pasaste por encima... pudiste pasar por encima. Pusiste las manos sobre ti misma, destruiste una vida... la tuya (¡da lo mismo!). Podrías vivir con el espíritu y la razón, y terminarás en la Sennaia... Pero no puedes aguantar, y si te quedas sola, te volverás loca, como yo. Ya ahora estás como loca; ¡por lo tanto tenemos que ir juntos, por el mismo camino! ¡Vámonos!

—¿Para qué? ¿Para qué dice esto? —dijo Sonia, extraña y tumultuosamente agitada por sus palabras.

—¿Para qué? Porque así no se puede seguir: ¡para eso! Hay que razonar por fin en serio y directamente, y no llorar como una niña y gritar que Dios no lo permitirá. ¿Y qué pasará si de verdad mañana te llevan al hospital? Aquella no está en sus cabales y está tísica, morirá pronto, ¿y los niños? ¿Acaso Pólechka no se perderá? ¿Acaso no has visto aquí niños, por los rincones, a los que sus madres mandan a pedir limosna? Me informé de dónde viven esas madres y en qué ambiente. Allí los niños no pueden seguir siendo niños. Allí uno de siete años es depravado y ladrón. Y los niños son la imagen de Cristo: «De los tales es el reino de Dios». Él mandó honrarlos y amarlos; son la humanidad futura...

—¿Y qué, qué hacer? —repetía Sonia, llorando histéricamente y retorciéndose las manos.

—¿Qué hacer? Romper lo que haya que romper, de una vez para siempre, y nada más: ¡y tomar el sufrimiento sobre sí! ¿Qué? ¿No entiendes? Después lo entenderás... ¡La libertad y el poder, y sobre todo el poder! ¡Sobre toda la criatura temblorosa y sobre todo el hormiguero!... ¡Ese es el fin! ¡Recuérdalo! ¡Esta es mi despedida para ti! Quizá sea la última vez que hablo contigo. Si no vengo mañana, te enterarás de todo tú misma, y entonces recuerda estas palabras de ahora. Y alguna vez, después, dentro de años, con la vida, quizá entiendas lo que significaban. Y si vengo mañana, te diré quién mató a Lizaveta. ¡Adiós!

Sonia se estremeció entera de susto.

—¿Pero acaso usted sabe quién la mató? —preguntó, helándose de horror y mirándolo con extravío.

—Lo sé y te lo diré... ¡A ti, solo a ti! Te elegí a ti. No vendré a pedirte perdón, simplemente te lo diré. Hace mucho que te elegí para decírtelo, ya

entonces, cuando tu padre hablaba de ti y cuando Lizaveta estaba viva, lo pensé. Adiós. No me des la mano. ¡Mañana!

Salió. Sonia lo miraba como a un loco; pero ella misma estaba como fuera de sí, y lo sentía. La cabeza le daba vueltas. «¡Señor! ¿Cómo sabe quién mató a Lizaveta? ¿Qué significaban esas palabras? ¡Esto da miedo!» Pero al mismo tiempo el pensamiento no le venía a la cabeza. ¡De ningún modo! ¡De ningún modo!... «¡Oh, debe de ser terriblemente desdichado!... Abandonó a su madre y a su hermana. ¿Para qué? ¿Qué pasó? ¿Y qué intenciones tiene? ¿Qué era lo que le decía? Le besó el pie y le decía... le decía (sí, lo dijo claramente) que sin ella ya no puede vivir... ¡Oh, Señor!»

Sonia pasó toda la noche con fiebre y delirando. A veces se levantaba de un salto, lloraba, se retorcía las manos, ya volvía a caer en un sueño febril, y soñaba con Pólechka, con Katerina Ivánovna, con Lizaveta, con la lectura del Evangelio y con él... él, con su cara pálida, con los ojos ardientes... Él le besa los pies, llora... ¡Oh, Señor!

Detrás de la puerta de la derecha, detrás de aquella misma puerta que separaba la vivienda de Sonia de la vivienda de Gertruda Kárlovna Resslich, había una habitación intermedia, vacía desde hacía tiempo, que pertenecía a la vivienda de la señora Resslich y que esta alquilaba, para lo cual había puesto letreritos en el portón y había pegado papelitos en los vidrios de las ventanas que daban al canal. Sonia hacía tiempo que se había acostumbrado a considerar esa habitación deshabitada. Y sin embargo, todo ese tiempo, junto a la puerta de la habitación vacía, había estado de pie el señor Svidrigáilov, escondido, escuchando. Cuando Raskólnikov salió, se quedó parado, pensó, fue de puntillas a su habitación, contigua a la vacía, tomó una silla y la llevó sin ruido justo hasta la puerta que daba a

la habitación de Sonia. La conversación le había parecido entretenida y significativa, y le había gustado muchísimo, muchísimo; tanto le había gustado que hasta llevó la silla, para no tener que soportar en adelante, por ejemplo ya mañana, la molestia de estar de pie una hora entera, sino instalarse más cómodamente, para obtener en todos los sentidos un placer completo.

Notas

1. En el original, *iuródivaia*: en Rusia, la persona simple o trastornada a la que el pueblo tenía por santa, «loca por Cristo».

2. En la séptima versta del camino de Peterhof estaba el manicomio de Petersburgo.

Cuarta parte. Capítulo V

Cuando a la mañana siguiente, a las once en punto, Raskólnikov entró en el edificio de la comisaría del distrito ..., en la sección del juez de instrucción, y pidió que lo anunciaran a Porfiri Petróvich, hasta se sorprendió de lo mucho que tardaban en recibirlo: pasaron por lo menos diez minutos antes de que lo llamaran. Y según sus cálculos, le parecía que deberían haberse lanzado sobre él enseguida. Mientras tanto estaba de pie en la sala de espera, y junto a él iba y venía gente a la que, al parecer, no le importaba nada de él. En la habitación siguiente, que parecía una oficina, estaban sentados escribiendo varios escribientes, y era evidente que ninguno tenía la menor idea de quién o qué era Raskólnikov. Con una mirada inquieta y suspicaz observaba alrededor, buscando: ¿no habrá junto a él aunque sea algún guardia, alguna mirada misteriosa encargada de vigilarlo para que no se fuera a ningún lado? Pero no había nada parecido: veía solo caras de oficina, ocupadas en pequeñeces, después a otras personas, y a nadie le hacía ninguna falta: podía irse ahora mismo a donde quisiera. Cada vez se afirmaba más en él la idea de que, si de verdad ese hombre enigmático de la víspera, ese fantasma salido de debajo de la tierra, lo sabía todo y lo había visto todo, ¿acaso lo dejarían a él, a Raskólnikov,

estar así de pie y esperar tranquilamente? ¿Y acaso lo esperarían aquí hasta las once, hasta que a él mismo se le ocurriera presentarse? Resultaba que o ese hombre todavía no había denunciado nada, o... o simplemente tampoco sabía nada y él mismo, con sus propios ojos, no había visto nada (¿y cómo podía haberlo visto?), y por lo tanto todo eso, lo de la víspera, lo que le había pasado a él, a Raskólnikov, era otra vez un fantasma, exagerado por su imaginación irritada y enferma. Esa conjetura había empezado a afirmarse en él ya la víspera, en los momentos de mayor alarma y desesperación. Tras pensar todo eso ahora y prepararse para un nuevo combate, sintió de pronto que temblaba, y hasta la indignación hirvió en él al pensar que temblaba de miedo ante el odiado Porfiri Petróvich. Lo más terrible para él era volver a encontrarse con ese hombre: lo odiaba sin medida, infinitamente, y hasta temía delatarse de algún modo con su odio. Y su indignación era tan fuerte que enseguida le detuvo el temblor; se preparó para entrar con un aire frío e insolente y se prometió callar lo más posible, observar y escuchar y, por lo menos esta vez, a toda costa, vencer su naturaleza enfermizamente irritada. En ese mismo momento lo llamaron a ver a Porfiri Petróvich.

Resultó que en ese momento Porfiri Petróvich estaba solo en su despacho. Su despacho era una habitación ni grande ni pequeña; había en ella un gran escritorio delante de un sofá forrado de hule, un buró, un armario en un rincón y unas cuantas sillas, todo mobiliario oficial, de madera amarilla pulida. En un rincón, en la pared del fondo o, mejor dicho, en un tabique, había una puerta cerrada con llave: más allá, detrás del tabique, debían de estar entonces otras habitaciones. Al entrar Raskólnikov, Porfiri Petróvich cerró enseguida la puerta por la que había

entrado, y se quedaron a solas. Recibió a su visitante, al parecer, con el aire más alegre y amable, y solo unos minutos después Raskólnikov notó en él, por ciertos indicios, algo así como turbación, como si de pronto lo hubieran desconcertado o lo hubieran sorprendido en algo muy reservado y secreto.

—¡Ah, respetabilísimo! Aquí lo tenemos... por nuestros lares... —empezó Porfiri, tendiéndole las dos manos—. ¡Bueno, siéntese, padrecito! ¿O quizá no le gusta que lo llamen respetabilísimo y... padrecito, así, tout court[1]? No lo tome, por favor, por familiaridad... Aquí, señor, en el sofacito.

Raskólnikov se sentó, sin quitarle los ojos de encima.

«Por nuestros lares», las disculpas por la familiaridad, la palabrita francesa «tout court», etcétera, etcétera: todo eso eran signos característicos. «Pues me tendió las dos manos, pero no me dio ninguna, las retiró a tiempo», le cruzó con sospecha. Los dos se vigilaban, pero en cuanto se cruzaban sus miradas, los dos, con la rapidez del rayo, las apartaban.

—Le traje este papelito... lo del reloj... aquí está, señor. ¿Está bien escrito o hay que copiarlo otra vez?

—¿Qué? ¿El papelito? Sí, sí... no se preocupe, así está bien, señor —dijo Porfiri Petróvich, como si tuviera prisa por ir a algún lado, y, ya dicho eso, tomó el papel y lo revisó—. Sí, así está bien, señor. No hace falta nada más —dijo con la misma rapidez, y dejó el papel sobre la mesa. Después, al cabo de un minuto, hablando ya de otra cosa, lo volvió a tomar de la mesa y lo pasó a su buró.

—Usted, me parece, dijo ayer que deseaba preguntarme...

formalmente... sobre mi relación con esa... asesinada —empezó de nuevo Raskólnikov. «¿Pero para qué metí ese "me parece"? —le cruzó como un rayo—. ¿Pero por qué me inquieto tanto por haber metido ese "me parece"?», le cruzó enseguida otro pensamiento, como un rayo.

Y sintió de pronto que su suspicacia, con el solo contacto con Porfiri, con solo dos palabras, con solo dos miradas, ya había crecido en un instante hasta dimensiones monstruosas... y que eso era terriblemente peligroso: los nervios se irritan, la agitación aumenta. «¡Mal asunto! ¡Mal asunto!... Otra vez me voy a delatar».

—¡Sí, sí, sí! ¡No se preocupe! Hay tiempo, hay tiempo, señor —murmuraba Porfiri Petróvich, paseándose de un lado a otro junto a la mesa, pero de algún modo sin ningún objetivo, como lanzándose ya hacia la ventana, ya hacia el buró, ya otra vez hacia la mesa, ya evitando la mirada suspicaz de Raskólnikov, ya deteniéndose de pronto en el sitio y mirándolo directamente a los ojos. Su figura pequeña, gordita y redonda resultaba al mismo tiempo extraordinariamente extraña, como una pelotita que rodara en distintas direcciones y rebotara enseguida en todas las paredes y los rincones.

—¡Hay tiempo, señor, hay tiempo!... ¿Y usted fuma? ¿Tiene? Aquí tiene, señor, un cigarrillito... —prosiguió, ofreciéndole un cigarrillo al visitante—. Sabe, lo recibo aquí, pero mi vivienda está aquí mismo, detrás del tabique... es oficial, señor, y yo ahora vivo en una particular, por un tiempo. Había que hacer aquí algunos arreglitos. Ahora ya está casi listo... una vivienda oficial, sabe, es una cosa estupenda, ¿eh? ¿Qué le parece?

—Sí, una cosa estupenda —respondió Raskólnikov, mirándolo casi con burla.

—Una cosa estupenda, una cosa estupenda... —repetía Porfiri Petróvich, como si de pronto pensara en algo completamente distinto—. ¡Sí! ¡Una cosa estupenda! —casi gritó al final, levantando de pronto los ojos hacia Raskólnikov y deteniéndose a dos pasos de él. Esa repetición múltiple y tontita de que una vivienda oficial era una cosa estupenda contradecía demasiado, por su vulgaridad, la mirada seria, pensante y enigmática que dirigía ahora a su visitante.

Pero eso calentó todavía más la rabia de Raskólnikov, que ya no pudo de ningún modo contenerse de lanzar un desafío burlón y bastante imprudente.

—¿Y sabe qué? —preguntó de pronto, mirándolo casi con insolencia y como sintiendo placer en su insolencia—. Existe, me parece, una regla jurídica así, un procedimiento jurídico, para todos los jueces de instrucción posibles: empezar primero de lejos, con pequeñeces, o incluso con algo serio, pero completamente ajeno, para, por así decirlo, animar o, mejor dicho, distraer al interrogado, adormecer su prudencia, y después de pronto, de la manera más inesperada, darle en plena coronilla con la pregunta más fatal y peligrosa; ¿no es así? Eso, me parece, se menciona hasta hoy religiosamente en todas las reglas e instrucciones, ¿no?

—Así, así... ¿y qué, usted cree que yo con la vivienda oficial lo estaba... eh? —Y, dicho esto, Porfiri Petróvich entornó los ojos, guiñó uno; algo alegre y astuto le recorrió la cara, las arruguitas de la frente se le alisaron, los ojillos se le achicaron, los rasgos de la cara se le estiraron, y de pronto estalló en una risa nerviosa, prolongada, agitándose y bamboleándose con todo el cuerpo y mirando directamente a los ojos a Raskólnikov. Este se echó a reír también, forzándose un poco; pero cuando Porfiri, al ver que

también él se reía, se desternilló con una risa tal que casi se puso morado, la repugnancia de Raskólnikov de pronto rebasó toda prudencia: dejó de reírse, frunció el ceño y estuvo mirando largamente y con odio a Porfiri, sin quitarle los ojos de encima durante toda su risa larga y como intencionadamente interminable. La imprudencia, por lo demás, era evidente por ambas partes: resultaba que Porfiri Petróvich parecía reírse en la cara de su visitante, que recibía esa risa con odio, y que se turbaba muy poco por esa circunstancia. Esto último fue muy significativo para Raskólnikov: comprendió que seguramente Porfiri Petróvich tampoco se había turbado en absoluto hacía un rato, sino que, al contrario, era él mismo, Raskólnikov, el que quizá había caído en una trampa; que allí había evidentemente algo que él no sabía, algún objetivo; que quizá todo estaba ya preparado y ahora, en este mismo minuto, se revelaría y se le vendría encima...

Fue enseguida directo al asunto, se levantó de su sitio y tomó la gorra.

—Porfiri Petróvich —empezó con decisión, pero con una irritación bastante fuerte—, ayer manifestó usted el deseo de que viniera para unos interrogatorios. (Cargó especialmente sobre la palabra «interrogatorios»). Vine, y si necesita algo, pregunte; si no, permítame retirarme. No tengo tiempo, tengo un asunto... Tengo que estar en el entierro de ese funcionario atropellado por unos caballos del que usted... también sabe... —añadió, enojándose enseguida por ese agregado, y por eso irritándose todavía más—. Estoy harto de todo esto, señor, ¿oye?, y desde hace mucho... en parte por eso estuve enfermo... en una palabra —casi gritó, sintiendo que la frase sobre la enfermedad estaba todavía más fuera de lugar—, en una palabra: sírvase o interrogarme o dejarme ir, ahora

mismo... ¡y si es interrogarme, no de otro modo que en regla, señor! De otro modo no lo permitiré; y por eso, por ahora, adiós, ya que nosotros dos no tenemos ahora nada que hacer.

—¡Señor! ¿Pero qué dice usted? ¿Pero sobre qué voy a interrogarlo? —cacareó de pronto Porfiri Petróvich, cambiando enseguida de tono y de aire y dejando de reírse en un instante—. Pero no se preocupe, por favor —se afanaba, ya otra vez lanzándose hacia todos lados, ya poniéndose de pronto a hacer sentar a Raskólnikov—, hay tiempo, hay tiempo, señor, ¡y todo esto no son más que pequeñeces, señor! Yo, al contrario, me alegro tanto de que por fin haya venido a vernos... Lo recibo como a un invitado. Y por esta maldita risa, padrecito Rodión Románovich, discúlpeme. ¿Rodión Románovich? Así es, me parece, su patronímico, ¿no?... Soy un hombre nervioso, señor; me hizo reír mucho con lo agudo de su observación; a veces, de verdad, me sacudo como una goma elástica, y así media hora... Soy reidor, señor. Por mi complexión hasta temo la parálisis. ¡Pero siéntese, qué hace!... Por favor, padrecito, que si no pensaré que se enojó...

Raskólnikov callaba, escuchaba y observaba, todavía con el ceño fruncido de ira. Se sentó, sin embargo, pero sin soltar la gorra.

—Le diré una cosa de mí, padrecito Rodión Románovich, por así decirlo, como explicación del carácter —prosiguió Porfiri Petróvich, afanándose por la habitación y, como antes, como evitando encontrarse con los ojos de su visitante—. Yo, sabe, soy soltero, un hombre así, poco mundano y desconocido, y además un hombre acabado, anquilosado, señor, que ya se fue en semilla y... y... y ¿notó usted, Rodión Románovich, que aquí, es decir, aquí en Rusia, señor, y sobre todo en nuestros círculos

de Petersburgo, si se juntan dos hombres inteligentes que todavía no se conocen demasiado, pero que, por así decirlo, se respetan mutuamente, como ahora usted y yo, señor, durante media hora entera no pueden de ningún modo encontrar tema de conversación? Se quedan anquilosados uno frente al otro, sentados y turbándose mutuamente. Todos tienen tema de conversación: las damas, por ejemplo... la gente de mundo, por ejemplo, de tono más alto, siempre tiene un tema de conversación, c'est de rigueur[2], pero la gente de clase media, como nosotros, es toda tímida y poco conversadora... pensante, quiero decir. ¿De qué viene eso, padrecito? ¿Que no tenemos intereses sociales, o qué, señor? ¿O que somos demasiado honrados y no queremos engañarnos unos a otros? No sé, señor. ¿Eh? ¿Qué le parece? Pero deje la gorrita, señor, como si fuera a irse ya mismo; de verdad, da apuro verlo... Yo, al contrario, me alegro tanto, señor...

Raskólnikov dejó la gorra, sin dejar de callar y de escuchar serio y ceñudo la charla vacía y enredada de Porfiri. «¿Pero qué, de verdad quiere distraer mi atención con su charla estúpida?»

—Café no le ofrezco, señor, no es el lugar; pero ¿por qué no pasar unos cinco minutitos con un amigo, para distraerse? —soltaba Porfiri sin callar—. Y sabe, señor, todas estas obligaciones del servicio... pero no se ofenda, padrecito, de que ande así, de un lado para otro; disculpe, padrecito, temo muchísimo ofenderlo, pero el ejercicio me es simplemente indispensable, señor. Estoy siempre sentado, y me alegro tanto de caminar unos cinco minutos... las hemorroides, señor... sigo pensando en curarme con gimnasia; allí, dicen, los consejeros de Estado, los consejeros de Estado efectivos y hasta los consejeros secretos saltan a la cuerda con gusto, señor; así es la ciencia en nuestro siglo, señor... así es... Y en cuanto a estas

obligaciones de aquí, los interrogatorios y todo este formalismo... usted mismo, padrecito, acaba de dignarse mencionar los interrogatorios, señor... pues, sabe, en efecto, padrecito Rodión Románovich, estos interrogatorios a veces desconciertan al interrogador más que al interrogado... Eso, padrecito, acaba usted de dignarse observarlo con toda justicia e ingenio. (Raskólnikov no había observado nada parecido). ¡Uno se enreda, señor! ¡De verdad, uno se enreda! ¡Y siempre lo mismo, siempre lo mismo, como un tambor! Ahí viene la reforma, y por lo menos de nombre nos rebautizarán[3], ¡je, je, je! Y en cuanto a nuestros procedimientos jurídicos, como usted se dignó expresar con tanto ingenio, estoy completamente, del todo de acuerdo con usted, señor. Pues dígame, ¿quién de todos los acusados, aun del más tosco campesino, no sabe que, por ejemplo, primero lo adormecerán con preguntas ajenas (según su feliz expresión), y después de pronto le darán en plena coronilla, con el lomo del hacha, señor, ¡je, je, je!, en plena coronilla, según su feliz comparación, ¡je, je!, así que usted de verdad pensó que yo con la vivienda quería... ¡je, je! Qué irónico es usted. ¡Bueno, no lo haré! Ah, sí, a propósito, una palabrita llama a otra, un pensamiento provoca otro: usted mencionó también hace un rato la forma, sabe, en cuanto al interrogatorito, señor... ¡Pero qué es eso de en regla! La forma, sabe, en muchos casos es una tontería, señor. A veces solo con conversar amistosamente uno sale ganando. La forma nunca se va, permítame tranquilizarlo en eso, señor; ¿y qué es en el fondo la forma, le pregunto yo? Con la forma no se puede estorbar a cada paso al juez de instrucción. El oficio del juez de instrucción es, por así decirlo, un arte libre, en su género, señor, o algo así... ¡je, je, je!...

Porfiri Petróvich tomó aliento un minutito. Soltaba sin cansarse ya

frases vacías, sin sentido, ya de pronto deslizaba unas palabritas enigmáticas y enseguida volvía a extraviarse en el sinsentido. Por la habitación ya casi corría, moviendo cada vez más rápido sus piernitas gordas, mirando siempre al suelo, con la mano derecha metida a la espalda y agitando sin cesar la izquierda, haciendo distintos gestos, cada vez asombrosamente inadecuados a sus palabras. Raskólnikov notó de pronto que, al correr por la habitación, un par de veces pareció detenerse junto a la puerta, por un instante, y como escuchar... «¿Estará esperando algo?»

—Y en eso, de verdad, tiene usted toda la razón, señor —volvió a empezar Porfiri, mirando alegremente, con una candidez extraordinaria, a Raskólnikov (lo que hizo que este se estremeciera y se preparara en un instante)—, de verdad tiene razón, señor, en haberse burlado con tanto ingenio de las formas jurídicas, ¡je, je! Estos procedimientos nuestros (algunos, desde luego), profundamente psicológicos, son ridículos en extremo, señor, y quizá hasta inútiles, señor, si la forma los estorba mucho. Sí, señor... otra vez hablo de la forma: bueno, supongamos que yo reconociera o, mejor dicho, sospechara de alguien, de este, de aquel, de otro, por así decirlo, como criminal, señor, en algún asuntito que me hubieran encargado... ¿Usted se prepara para jurista, Rodión Románovich?

—Sí, me preparaba...

—Bueno, pues aquí tiene, por así decirlo, un ejemplito para el futuro, es decir, no piense que me atrevo a enseñarle: ¡mire qué artículos publica usted sobre los crímenes! No, señor, sino así, como un hecho, me atrevo a presentarle un ejemplito: pues supongamos que yo considerara a este, a aquel, a otro, como criminal; ¿para qué, le pregunto, voy a molestarlo antes

de tiempo, aunque tuviera pruebas contra él, señor? A alguno estoy obligado, por ejemplo, a arrestarlo cuanto antes, pero otro no es de ese carácter, de verdad, señor; ¿entonces por qué no dejarlo pasear por la ciudad, je, je, señor? No, veo que usted no entiende del todo, así que se lo pintaré más claro, señor: si lo encerrara, por ejemplo, demasiado pronto, con eso, quizá, le daría un apoyo moral, por así decirlo, ¡je, je! ¿Se ríe usted? (Raskólnikov ni pensaba reírse: estaba sentado con los labios apretados, sin apartar su mirada inflamada de los ojos de Porfiri Petróvich). Y sin embargo así es, señor, sobre todo con cierto sujeto, porque las personas son muy variadas, señor, y por encima de todo está la práctica, señor. Usted se digna decir ahora: pruebas; pues bien, supongamos que hay pruebas, señor, pero las pruebas, padrecito, tienen dos caras, la mayoría de las veces, señor, y yo soy juez de instrucción, por lo tanto un hombre débil, lo confieso: querría presentar la instrucción, por así decirlo, con claridad matemática, querría conseguir una pruebita tal que se pareciera a dos por dos son cuatro. ¡Que se pareciera a una demostración directa e indiscutible! Pero si lo encierro a destiempo, aunque estuviera seguro de que es él, quizá yo mismo me quite los medios para desenmascararlo después, ¿y por qué? Porque le daré, por así decirlo, una situación determinada, por así decirlo, lo determinaré y lo tranquilizaré psicológicamente, y entonces se me meterá en su caparazón: comprenderá por fin que es un preso. Dicen que en Sebastopol, enseguida después del Alma[4], la gente inteligente tenía un miedo terrible de que el enemigo atacara de un momento a otro a viva fuerza y tomara Sebastopol de golpe; pero cuando vieron que el enemigo prefería un asedio en regla y abría la primera paralela, cuánto se alegraron y se tranquilizaron, dicen, los

inteligentes, señor: por lo menos dos meses, quiere decir, se alargaba el asunto, ¡porque cuándo la iban a tomar con un asedio en regla! ¿Otra vez se ríe, otra vez no lo cree? Desde luego, también usted tiene razón. ¡Tiene razón, señor, tiene razón! Todos estos son casos particulares, estoy de acuerdo con usted; el caso presentado es, en efecto, particular, señor. Pero hay que observar esto, bonísimo Rodión Románovich: el caso general, señor, aquel al que se aplican todas las formas y reglas jurídicas y del que se calcularon y se escribieron en los libros, no existe en absoluto, señor, por la sencilla razón de que todo asunto, todo, por ejemplo un crimen, en cuanto ocurre en la realidad, se convierte enseguida en un caso completamente particular, señor; y a veces en uno que no se parece en nada a nada anterior. Ocurren a veces casos comiquísimos de este tipo, señor. Pero si dejo a cierto señor completamente solo, si no lo detengo ni lo molesto, pero que sepa cada hora y cada minuto, o por lo menos sospeche, que yo lo sé todo, hasta el último secreto, y que día y noche lo vigilo, lo custodio sin descanso, y que esté conmigo, consciente, bajo una sospecha y un miedo eternos, entonces, palabra de Dios, perderá la cabeza, de verdad, señor; vendrá solo, y quizá hasta haga algo que ya se parecerá a dos por dos, que tendrá, por así decirlo, un aspecto matemático, y eso es agradable, señor. Eso le puede pasar a un campesino patán, y con uno de los nuestros, un hombre inteligente moderno, y además desarrollado en cierta dirección, con más razón todavía. Porque, palomito, es muy importante comprender en qué dirección está desarrollado un hombre. ¡Y los nervios, señor, los nervios, que usted se olvidó de ellos, señor! ¡Si hoy todo es enfermo, flaco e irritado!... ¡Y cuánta bilis, cuánta bilis hay en todos ellos! ¡Si eso, le digo yo, llegado el caso, es una especie de mina, señor! ¡Y qué me inquieta a mí que

ande suelto por la ciudad! ¡Que pasee, que pasee por ahora; si ya sé sin eso que es mi victimita y que no se me escapará a ninguna parte! ¿Y adónde se va a escapar, je, je? ¿Al extranjero, o qué? Al extranjero se escapa un polaco, no él, tanto más cuanto que lo vigilo y he tomado medidas. ¿Se escapará al interior de la patria? Pero allí viven campesinos, auténticos, toscos, rusos; un hombre desarrollado a la moderna preferiría la cárcel a vivir con semejantes extranjeros como nuestros campesinos, ¡je, je! Pero todo eso es una tontería y algo exterior. ¡Qué es eso de escapar! Eso es formal; lo principal no es eso; no se me escapará solo porque no tenga adónde escapar: psicológicamente no se me escapará, ¡je, je! ¡Qué expresioncita! No se me escapará por ley de la naturaleza, aunque tuviera adónde escapar. ¿Ha visto una mariposa ante una vela? Bueno, pues así estará él, estará siempre a mi alrededor, como alrededor de la vela, girando; la libertad no le será grata, empezará a ponerse pensativo, a enredarse, se enredará a sí mismo por completo, como en una red, ¡se inquietará hasta la muerte!... Y no solo eso: él mismo me preparará alguna cosita matemática, algo así como dos por dos, con tal de que yo le dé un entreacto más largo... Y estará siempre, siempre dando vueltas a mi alrededor, achicando cada vez más el radio, y... ¡plaf! Se me meterá derecho en la boca, y me lo tragaré, señor, y eso sí que es muy agradable, señor, ¡je, je, je! ¿No lo cree usted?

Raskólnikov no respondía; estaba sentado, pálido e inmóvil, mirando la cara de Porfiri con la misma tensión.

«¡Buena lección! —pensaba, helándose—. Esto ya ni siquiera es el gato con el ratón, como ayer. Y no es que me muestre su fuerza inútilmente y... me la sople: ¡es demasiado inteligente para eso! Aquí hay otro objetivo, ¿cuál? ¡Eh, tonterías, hermano, me asustas y te haces el astuto! ¡No tienes

pruebas, y el hombre de ayer no existe! Lo que quieres es desconcertarme, irritarme antes de tiempo, y en ese estado aplastarme, ¡pero mientes, te vas a caer, te vas a caer! ¿Pero por qué, por qué soplarme hasta tal punto?... ¿Contamos con mis nervios enfermos, o qué?... No, hermano, mientes, te vas a caer, aunque hayas preparado algo... Bueno, ya veremos qué es lo que preparaste».

Y se contuvo con todas sus fuerzas, preparándose para una catástrofe terrible y desconocida. Por momentos le daban ganas de lanzarse y estrangular allí mismo a Porfiri. Ya al entrar temía esa rabia. Sentía que se le habían secado los labios, que el corazón le golpeaba, que se le había cuajado espuma en los labios. Pero de todos modos decidió callar y no pronunciar una palabra hasta el momento oportuno. Comprendió que esa era la mejor táctica en su situación, porque no solo no se delataría, sino que, al contrario, con su silencio irritaría al propio enemigo, y quizá fuera este el que se delatara ante él. Por lo menos, eso esperaba.

—No, veo que usted no lo cree, señor, piensa todo el tiempo que le estoy colando bromitas inocentes —repuso Porfiri, cada vez más alegre y riéndose sin cesar de gusto, y empezando otra vez a dar vueltas por la habitación—. Desde luego, tiene razón, señor; yo tengo hasta una figura que el propio Dios hizo así, que solo provoca pensamientos cómicos en los demás; un bufón, señor; pero le diré esto, y otra vez se lo repito, señor: que usted, padrecito Rodión Románovich, disculpe a este viejo, es un hombre todavía joven, señor, por así decirlo, en su primera juventud, y por eso aprecia por encima de todo la inteligencia humana, a ejemplo de toda la juventud. El ingenio juguetón y los argumentos abstractos de la razón lo seducen, señor. Y eso es exactamente como el antiguo Hofkriegsrat

austriaco[5], por ejemplo, en la medida en que puedo juzgar los acontecimientos militares: en el papel ya habían vencido a Napoleón y lo habían hecho prisionero, y en su despacho lo habían calculado y dispuesto todo del modo más ingenioso, y de pronto mira uno, y el general Mack se rinde con todo su ejército, ¡je, je, je! Ya veo, ya veo, padrecito Rodión Románovich, que se ríe de mí, de que yo, un hombre civil, saque siempre ejemplitos de la historia militar. Pero qué le voy a hacer, es una debilidad, me gusta lo militar, y cuánto me gusta leer todos esos partes militares... decididamente me equivoqué de carrera. Tendría que haber servido en el ejército, señor, de verdad. Napoleón quizá no habría llegado a ser, pero mayor sí que habría sido, señor, ¡je, je, je! Bueno, señor, ahora le diré, mi querido, toda la verdad detallada sobre ese caso particular: la realidad y la naturaleza, mi señor, son algo importante, y cómo cortan a veces el cálculo más perspicaz. ¡Eh, escuche a este viejo, le hablo en serio, Rodión Románovich! (Al decir esto, Porfiri Petróvich, que tendría apenas treinta y cinco años, de verdad pareció de pronto envejecer entero: hasta le cambió la voz, y como que se encogió todo). Además, soy un hombre franco, señor... ¿Soy un hombre franco o no? ¿Qué le parece? Me parece que del todo: le comunico gratis semejantes cosas, y encima no pido recompensa por ello, ¡je, je! Bueno, pues, señor, sigo, señor: el ingenio, a mi parecer, es una cosa magnífica, señor; es, por así decirlo, el adorno de la naturaleza y el consuelo de la vida, y qué trucos puede plantear, parece, de modo que a veces cómo va a adivinarlos algún pobrecito juez de instrucción, que además se deja llevar él mismo por su fantasía, como siempre ocurre, ¡porque también es un ser humano, señor! ¡Pero la naturaleza saca de apuros al pobrecito juez de instrucción, esa es la desgracia! Y en eso no

piensa la juventud que se deja llevar por el ingenio, «que pasa por encima de todos los obstáculos» (como usted se dignó expresar del modo más ingenioso y astuto). Él, supongamos, mentirá, es decir, el hombre, señor, el caso particular, señor, el incognito, señor, y mentirá de maravilla, de la manera más astuta; ahí, parecería, el triunfo, y goza de los frutos de tu ingenio, y él... ¡plaf!, en el lugar más interesante, en el más escandaloso, va y se desmaya. Supongamos que es la enfermedad, a veces hay bochorno en las habitaciones, ¡pero de todos modos, señor! ¡De todos modos dio que pensar! Mintió de manera incomparable, pero no supo contar con la naturaleza. ¡Ahí está la perfidia, señor! Otra vez, dejándose llevar por lo juguetón de su ingenio, empezará a tomarle el pelo al que sospecha de él, palidecerá como a propósito, como en un juego, pero palidecerá con demasiada naturalidad, demasiado parecido a la verdad, ¡y otra vez dio que pensar! Aunque engañe la primera vez, durante la noche el otro lo pensará, si no es ningún tonto. ¡Y así a cada paso, señor! Pero qué digo: él mismo empezará a adelantarse, a meterse donde no le preguntan, empezará a hablar sin cesar de lo que, al contrario, debería callar, empezará a soltar distintas alegorías, ¡je, je! Vendrá él mismo y empezará a preguntar: ¿por qué no me detienen de una vez?, ¡je, je, je! ¡Y eso le puede pasar al hombre más ingenioso, a un psicólogo y literato, señor! ¡La naturaleza es un espejo, un espejo, señor, el más transparente, señor! ¡Mírate en él y admírate, eso es lo que hay, señor! ¿Pero por qué se ha puesto tan pálido, Rodión Románovich, no tendrá calor, no quiere que abra la ventanita?

—Oh, no se preocupe, por favor —exclamó Raskólnikov, y de pronto soltó una carcajada—. ¡Por favor, no se preocupe!

Porfiri se detuvo frente a él, esperó y de pronto también él soltó una

carcajada, siguiéndolo. Raskólnikov se levantó del sofá, cortando bruscamente de pronto su risa, completamente de ataque.

—¡Porfiri Petróvich! —dijo en voz alta y clara, aunque apenas se tenía sobre las piernas temblorosas—. Por fin veo claramente que usted me sospecha decididamente del asesinato de esa vieja y de su hermana Lizaveta. Por mi parte, le declaro que todo esto me tiene harto desde hace mucho. Si considera que tiene derecho a perseguirme legalmente, persígame; si a arrestarme, arrésteme. Pero que se rían en mi cara y me atormenten, no lo permitiré.

De pronto le temblaron los labios, los ojos se le encendieron de furia, y la voz, contenida hasta entonces, resonó.

—¡No lo permitiré, señor! —gritó de pronto, dando con todas sus fuerzas un puñetazo en la mesa—. ¿Lo oye, Porfiri Petróvich? ¡No lo permitiré!

—¡Ay, Señor, pero qué es esto otra vez! —exclamó, al parecer completamente asustado, Porfiri Petróvich—. ¡Padrecito! ¡Rodión Románovich! ¡Queridito! ¡Padre mío! ¿Pero qué le pasa?

—¡No lo permitiré! —estuvo a punto de gritar otra vez Raskólnikov.

—¡Padrecito, más bajo! ¡Que nos van a oír, van a venir! Bueno, ¿qué les diremos entonces? ¡Piénselo! —susurró horrorizado Porfiri Petróvich, acercando su cara a la cara misma de Raskólnikov.

—¡No lo permitiré, no lo permitiré! —repitió maquinalmente Raskólnikov, pero también de pronto en un susurro completo.

Porfiri se volvió rápidamente y corrió a abrir la ventana.

—¡Que entre aire fresco! ¡Y debería tomar un poco de agua, palomito, que esto es un ataque, señor! —Y se lanzó hacia la puerta para pedir agua,

pero allí mismo, en el rincón, por suerte, había una jarra de agua.

—Padrecito, beba —susurraba, lanzándose hacia él con la jarra—, a ver si le ayuda... —El susto y la misma solicitud de Porfiri Petróvich eran tan naturales que Raskólnikov se calló y se puso a examinarlo con una curiosidad salvaje. El agua, sin embargo, no la aceptó.

—¡Rodión Románovich! ¡Queridito! ¡Pero así se va a volver loco, se lo aseguro, ay, ay! ¡Ah, ah! ¡Beba! ¡Pero beba aunque sea un poquito!

Logró hacerle tomar el vaso de agua en las manos. El otro se lo llevó maquinalmente a los labios, pero, volviendo en sí, lo dejó con repugnancia sobre la mesa.

—¡Sí, señor, tuvimos un ataquito, señor! Así, palomito, se va a volver a traer la enfermedad de antes —cacareó Porfiri Petróvich con una solicitud amistosa, aunque todavía con un aire algo desconcertado—. ¡Señor! ¿Pero cómo no cuidarse así? Ahí tiene a Dmitri Prokófich, que vino ayer a verme: estoy de acuerdo, estoy de acuerdo, señor, tengo un carácter mordaz, malo, ¡pero mire lo que sacaron de eso!... ¡Señor! Vino ayer, después de usted, comíamos, habló y habló, y yo no hice más que abrir los brazos; bueno, pienso... ¡ay, Señor! ¿Vino de parte de usted, o qué? ¡Pero siéntese, padrecito, siéntese por amor de Cristo!

—¡No, no de parte mía! Pero sabía que iba a verlo y para qué iba —respondió bruscamente Raskólnikov.

—¿Lo sabía?

—Lo sabía. ¿Y qué hay con eso?

—Pues hay, padrecito Rodión Románovich, que yo conozco hazañas suyas todavía mayores; ¡estoy al tanto de todo, señor! Sé muy bien cómo fue a alquilar la vivienda, casi de noche, cuando había oscurecido, y se puso

a tocar la campanilla, y preguntó por la sangre, y desconcertó a los obreros y a los porteros. Comprendo su estado de ánimo, el de entonces... pero de todos modos así se va a volver simplemente loco, ¡palabra de Dios, señor! ¡Va a perder la cabeza! La indignación hierve en usted demasiado fuerte, señor, una indignación noble, señor, por las ofensas recibidas, primero del destino y después de los policías, y entonces usted se lanza de aquí para allá para, por así decirlo, obligar a todos a hablar cuanto antes y terminar así todo de una vez, porque lo tienen harto estas tonterías y todas estas sospechas. ¿No es así? ¿Adiviné el estado de ánimo, señor?... Solo que así no solo usted, sino también Razumíjin me va a perder la cabeza; si es una persona demasiado buena para esto, usted mismo lo sabe. Usted tiene la enfermedad, y él la virtud, y la enfermedad resulta contagiosa para él... Yo, padrecito, cuando se calme, le contaré... ¡pero siéntese, padrecito, por amor de Cristo! Por favor, descanse, tiene una cara que da miedo; pero siéntese.

Raskólnikov se sentó; el temblor se le pasaba, y el calor le subía por todo el cuerpo. Con un asombro profundo, escuchaba con tensión a Porfiri Petróvich, asustado y amistosamente solícito. Pero no creía ni una sola palabra suya, aunque sentía una extraña inclinación a creerle. Las palabras inesperadas de Porfiri sobre la vivienda lo habían dejado completamente estupefacto. «¿Cómo es esto? Entonces sabe lo de la vivienda —pensó de pronto—, ¡y él mismo me lo cuenta!»

—Sí, señor, hubo un caso casi exacto, psicológico, en nuestra práctica judicial, señor, un caso así de enfermizo, señor —prosiguió Porfiri a toda prisa—. También uno se acusó de un asesinato, señor, ¡y cómo se acusó!: armó toda una alucinación, presentó hechos, contó circunstancias, confundió, desconcertó a todos y a cada uno, ¿y qué? Él mismo,

completamente sin intención, había sido en parte causa del asesinato, pero solo en parte, y cuando se enteró de que había dado pie a los asesinos, se angustió, se le nubló la mente, empezó a imaginarse cosas, se trastornó del todo, ¡y se convenció a sí mismo de que el asesino era él! Pero el Senado gobernante por fin examinó el asunto, y el desdichado fue absuelto y puesto bajo cuidado. ¡Gracias al Senado gobernante! ¡Ay, ay, ay! ¿Y así qué, padrecito? Así uno puede pescarse una fiebre, cuando le vienen esas ganas de irritarse los nervios, de ir de noche a tocar campanillas y a preguntar por la sangre. Si esa psicología la he estudiado toda en la práctica, señor. Así a veces a un hombre lo tienta tirarse por una ventana o desde un campanario, y la sensación es tan seductora. Y lo mismo las campanillas, señor... ¡Es la enfermedad, Rodión Románovich, la enfermedad! Ha empezado a descuidar demasiado su enfermedad, señor. Debería consultar a un médico experimentado, que ese gordo suyo... ¡Usted delira! ¡Todo esto lo hace usted simplemente delirando!...

Por un instante todo empezó a girar alrededor de Raskólnikov.

«¿Será posible, será posible —le cruzaba— que también ahora mienta? ¡Imposible, imposible!», apartaba de sí ese pensamiento, sintiendo de antemano hasta qué grado de furia y de rabia podía llevarlo, sintiendo que de furia podía volverse loco.

—¡No fue delirando, fue despierto! —exclamó, tensando todas las fuerzas de su razón para penetrar en el juego de Porfiri—. ¡Despierto, despierto! ¿Lo oye?

—¡Sí, entiendo y oigo, señor! ¡También ayer decía que no era delirando, hasta insistía especialmente en que no era delirando! ¡Todo lo que usted puede decir lo entiendo, señor! ¡Ay, ay!... Pero escuche, Rodión

Románovich, benefactor mío, bueno, aunque solo fuera esta circunstancia. Si usted fuera de verdad, en realidad, culpable, o estuviera de algún modo mezclado en este maldito asunto, ¿acaso insistiría usted mismo, por favor, en que no lo hizo todo delirando, sino, al contrario, en plena conciencia? Y además insistir especialmente, con una obstinación así, especial, insistir: ¿podría ser, podría ser eso, por favor? Si a mi parecer es completamente al revés. Porque si usted se sintiera culpable de algo, entonces precisamente debería insistir: ¡que sin falta, digamos, fue delirando! ¿No es así? ¿Verdad que sí?

Algo astuto se oyó en esa pregunta. Raskólnikov se echó hacia atrás, hasta el respaldo mismo del sofá, apartándose de Porfiri, que se inclinaba hacia él, y lo examinaba en silencio, fijamente, perplejo.

—O lo del señor Razumíjin, es decir, si vino ayer a hablar por su cuenta o instigado por usted. ¡Pero si precisamente debería usted decir que vino por su cuenta, y ocultar que fue instigado por usted! ¡Y sin embargo usted no lo oculta! ¡Usted insiste precisamente en que fue instigado por usted!

Raskólnikov nunca había insistido en eso. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Usted miente en todo —dijo despacio y débilmente, con los labios torcidos en una sonrisa dolorosa—, quiere otra vez mostrarme que conoce todo mi juego, que conoce de antemano todas mis respuestas —decía, sintiendo casi él mismo que ya no sopesaba como debía las palabras—, quiere asustarme... o simplemente se ríe de mí...

Seguía mirándolo fijamente mientras decía esto, y de pronto otra vez una rabia sin límites brilló en sus ojos.

—¡Usted miente en todo! —exclamó—. Usted mismo sabe muy bien

que la mejor treta para un criminal es, en lo posible, no ocultar lo que se puede no ocultar. ¡No le creo!

—¡Pero qué escurridizo es usted! —se rió Porfiri—. Con usted, padrecito, no hay quien pueda; se le ha metido una especie de monomanía. ¿Así que no me cree? Pues yo le digo que ya me cree, ya me creyó un cuarto de arshín, y yo haré que me crea el arshín entero, porque de verdad lo quiero y le deseo sinceramente el bien.

A Raskólnikov le temblaron los labios.

—Sí, señor, se lo deseo, señor, se lo digo definitivamente, señor —prosiguió, tomando levemente, amistosamente, a Raskólnikov del brazo, un poco más arriba del codo—, se lo digo definitivamente, señor: cuide su enfermedad. Además, ahora le ha llegado la familia; acuérdese de ella. Debería darles descanso y mimarlas, y usted no hace más que asustarlas...

—¿Y a usted qué le importa? ¿Cómo lo sabe? ¿Por qué se interesa tanto? ¿Entonces me vigila y quiere mostrármelo?

—¡Padrecito! ¡Pero si todo lo supe de usted, de usted mismo! No se da cuenta de que, en su agitación, usted mismo lo dice todo de antemano, a mí y a otros. Del señor Razumíjin, de Dmitri Prokófich, también supe ayer muchos detalles interesantes. No, señor, usted me interrumpió, pero le diré que por su suspicacia, con todo su ingenio, hasta ha perdido usted la visión sensata de las cosas. Bueno, por ejemplo, aunque sea sobre el mismo tema, lo de las campanillas: ¡semejante tesoro, semejante hecho (¡todo un hecho, señor!) se lo entregué así, con pies y manos, yo, el juez de instrucción! ¿Y usted no ve nada en eso? Si sospechara de usted aunque fuera un poquito, ¿así debería actuar yo? Al contrario, debería primero adormecer sus sospechas, y no dar a entender que ya estoy al tanto de ese

hecho; distraerlo así hacia el lado contrario, y de pronto, como con el lomo del hacha en la coronilla (según su propia expresión), dejarlo pasmado: «¿Y qué, señor, se dignó usted hacer en la vivienda de la asesinada a las diez de la noche, y casi a las once? ¿Y por qué tocaba la campanilla? ¿Y por qué preguntaba por la sangre? ¿Y por qué desconcertaba a los porteros y los invitaba a ir a la comisaría, a ver al teniente?». Así debería actuar yo si tuviera aunque fuera una gotita de sospecha contra usted. Debería tomarle declaración en toda regla, hacer un registro, y quizá hasta arrestarlo... ¡Por lo tanto, no alimento sospechas contra usted, si actué de otro modo! ¡Y usted perdió la visión sensata, y no ve nada, se lo repito, señor!

Raskólnikov se estremeció con todo el cuerpo, de modo que Porfiri Petróvich lo notó con demasiada claridad.

—¡Usted miente en todo! —exclamó—. No sé cuáles son sus objetivos, pero usted miente en todo... Hace un rato no hablaba en ese sentido, y no puedo equivocarme... ¡Usted miente!

—¿Que yo miento? —repuso Porfiri, al parecer acalorándose, pero conservando el aire más alegre y burlón y, al parecer, sin inquietarse en lo más mínimo por la opinión que tuviera de él el señor Raskólnikov—. ¿Que yo miento?... ¿Y cómo actué con usted hace un rato (yo, el juez de instrucción), soplándole yo mismo y entregándole todos los medios para la defensa, armándole yo mismo toda esta psicología: «La enfermedad, digamos, el delirio, estaba ofendido; la melancolía y los policías», y todo lo demás? ¿Eh? ¡Je, je, je! Aunque, por lo demás (lo digo de paso), todos estos medios psicológicos para la defensa, estas excusas y tretas, son en extremo endebles, y además tienen dos caras: «La enfermedad, digamos, el delirio, los sueños, me pareció, no recuerdo», todo eso está bien, señor, ¿pero por

qué, padrecito, en la enfermedad y en el delirio se aparecen precisamente esos sueños y no otros? Podrían ser también otros, señor, ¿no? ¡Je, je, je, je!

Raskólnikov lo miró con orgullo y desprecio.

—En una palabra —dijo con insistencia y en voz alta, levantándose y empujando un poco a Porfiri al hacerlo—, en una palabra, quiero saber: ¿me reconoce usted definitivamente libre de sospechas o no? Hable, Porfiri Petróvich, hable de manera positiva y definitiva, ¡y rápido, ahora mismo!

—¡Qué comisión! ¡Pues sí que es una comisión usted! —exclamó Porfiri con un aire completamente alegre, astuto y nada inquieto—. ¿Y para qué quiere saber, para qué quiere saber tanto, si todavía ni empezaron a molestarlo en lo más mínimo? ¡Si es usted como un niño: dame, dame el fuego en las manos! ¿Y por qué se inquieta tanto? ¿Por qué se nos ofrece usted mismo de ese modo, por qué razones? ¿Eh? ¡Je, je, je!

—Le repito —exclamó furioso Raskólnikov— que no puedo soportar más...

—¿Qué, señor? ¿La incertidumbre? —lo interrumpió Porfiri.

—¡No me hiera! ¡No quiero!... ¡Le digo que no quiero!... ¡No puedo y no quiero!... ¡Oiga! ¡Oiga! —gritó, volviendo a dar un puñetazo en la mesa.

—¡Pero más bajo, más bajo! ¡Que nos van a oír! Se lo advierto en serio: cuídese. ¡No bromeo, señor! —dijo en un susurro Porfiri, pero esta vez en su cara ya no estaba la expresión de antes, bonachona como de mujer y asustada; al contrario, ahora daba órdenes directamente, con severidad, frunciendo las cejas y como rompiendo de golpe todos los secretos y las ambigüedades. Pero fue solo un instante. Raskólnikov, desconcertado, cayó de pronto en un verdadero frenesí; pero, cosa extraña: otra vez obedeció la orden de hablar más bajo, aunque estaba en el paroxismo más

fuerte de la furia.

—¡No dejaré que me atormenten! —se puso a susurrar de pronto como antes, dándose cuenta al instante, con dolor y con odio, de que no podía dejar de someterse a la orden, y poniéndose con ese pensamiento todavía más furioso—. ¡Arrésteme, regístreme, pero sírvase actuar en regla, y no jugar conmigo, señor! No se atreva...

—Pero no se preocupe por la regla —lo interrumpió Porfiri, con la sonrisita astuta de antes y como admirando incluso con deleite a Raskólnikov—. ¡Lo invité ahora, padrecito, en confianza, completamente así, como amigo!

—¡No quiero su amistad y escupo sobre ella! ¿Lo oye? Y ahí tiene: tomo la gorra y me voy. A ver, ¿qué dices ahora, si tienes intención de arrestarme?

Agarró la gorra y fue hacia la puerta.

—¿Y la sorpresita no quiere verla? —se rió Porfiri, agarrándolo otra vez un poco más arriba del codo y deteniéndolo junto a la puerta. Por lo visto, se volvía cada vez más alegre y juguetón, lo que sacaba definitivamente de sí a Raskólnikov.

—¿Qué sorpresita? ¿Qué es eso? —preguntó, deteniéndose de pronto y mirando con susto a Porfiri.

—Una sorpresita, señor, aquí está, detrás de la puerta, sentada en mi casa, ¡je, je, je! (Señaló con el dedo la puerta cerrada del tabique, que daba a su vivienda oficial). La cerré con llave para que no se escapara.

—¿Qué es eso? ¿Dónde? ¿Qué?... —Raskólnikov se acercó a la puerta y quiso abrirla, pero estaba cerrada.

—Está cerrada, señor, ¡aquí está la llave!

Y, en efecto, le mostró la llave, sacándola del bolsillo.

—¡Mientes en todo! —aulló Raskólnikov, ya sin contenerse—. ¡Mientes, maldito polichinela! —Y se lanzó sobre Porfiri, que retrocedía hacia la puerta, pero sin acobardarse en lo más mínimo.

—¡Lo entiendo todo, todo! —saltó hacia él—. Mientes y me provocas para que me delate...

—Pero si ya no se puede uno delatar más, padrecito Rodión Románych. Si está usted frenético. No grite, que llamo a la gente, señor.

—¡Mientes, no pasará nada! ¡Llama a la gente! Sabías que estaba enfermo y querías irritarme hasta la furia para que me delatara: ¡ese es tu objetivo! ¡No, dame hechos! ¡Lo entendí todo! No tienes hechos, no tienes más que conjeturas miserables, insignificantes, ¡de Zamétov!... Conocías mi carácter, querías llevarme al frenesí y después aplastarme de pronto con popes y delegados[6]... ¿Los esperas? ¿Eh? ¿Qué esperas? ¿Dónde? ¡Tráelos!

—¡Pero qué delegados, padrecito! ¡Lo que se le ocurre a uno! Si así, en regla, ni siquiera se puede actuar, como usted dice; usted, querido, no conoce el oficio... Pero la regla no se va, señor, ¡ya lo verá usted mismo!... —murmuraba Porfiri, escuchando junto a la puerta.

En efecto, en ese momento, justo junto a la puerta, en la otra habitación, se oyó algo así como un ruido.

—¡Ah, ahí vienen! —exclamó Raskólnikov—. ¡Los mandaste a buscar!... ¡Los esperabas! Lo calculaste... ¡Bueno, tráelos a todos aquí: delegados, testigos, lo que quieras... tráelos! ¡Estoy listo! ¡Listo!...

Pero en ese momento ocurrió un suceso extraño, algo tan inesperado, en el curso normal de las cosas, que desde luego ni Raskólnikov ni Porfiri Petróvich podían contar con semejante desenlace.

Notas

1. «Así, sin más».

2. «Es de rigor».

3. La reforma judicial de 1864 cambió, entre otras cosas, el nombre del cargo de Porfiri.

4. En la guerra de Crimea, tras la batalla del Alma (1854), los aliados sitiaron Sebastopol en lugar de asaltarla.

5. El Consejo Áulico de Guerra de Viena. En 1805 el general austriaco Mack se rindió con todo su ejército a Napoleón en Ulm.

6. Delegados: testigos oficiales que asistían a los registros y diligencias.

Cuarta parte. Capítulo VI

Después, al recordar ese momento, a Raskólnikov todo se le representaba de este modo.

El ruido que se había oído detrás de la puerta aumentó de pronto rápidamente, y la puerta se entreabrió un poco.

—¿Qué pasa? —gritó con fastidio Porfiri Petróvich—. Si ya advertí...

Por un instante no hubo respuesta, pero se veía que detrás de la puerta había varias personas y que parecían estar apartando a alguien a empujones.

—¿Pero qué pasa ahí? —repitió alarmado Porfiri Petróvich.

—Trajeron al preso, a Nikolái —se oyó una voz.

—¡No hace falta! ¡Fuera! ¡Que espere!... ¿Para qué se metió aquí? ¡Qué desorden es este! —gritó Porfiri, lanzándose hacia la puerta.

—Pero si él... —empezó otra vez la misma voz, y de pronto se cortó.

Durante unos dos segundos, no más, hubo una verdadera lucha; después, de pronto, fue como si alguien apartara a alguien con fuerza, y enseguida un hombre muy pálido entró directamente en el despacho de Porfiri Petróvich.

El aspecto de ese hombre, a primera vista, era muy extraño. Miraba

derecho delante de sí, pero como sin ver a nadie. En sus ojos centelleaba la decisión, pero al mismo tiempo una palidez de muerte le cubría la cara, como si lo llevaran al patíbulo. Los labios, completamente blancos, le temblaban levemente.

Era todavía muy joven, vestido como un hombre del pueblo, de estatura mediana, delgado, con el pelo cortado en redondo, de rasgos finos, como secos. El hombre al que había apartado inesperadamente fue el primero en lanzarse tras él dentro de la habitación y alcanzó a agarrarlo del hombro: era el guardia de la escolta; pero Nikolái dio un tirón del brazo y se soltó una vez más.

En la puerta se apiñaron varios curiosos. Algunos intentaban entrar. Todo lo descrito ocurrió casi en un instante.

—¡Fuera, todavía es temprano! ¡Espera a que te llamen!... ¿Para qué lo trajeron antes? —murmuraba con un fastidio extremo, como desconcertado, Porfiri Petróvich. Pero Nikolái de pronto se arrodilló.

—¿Qué te pasa? —gritó Porfiri, asombrado.

—¡Soy culpable! ¡Mío es el pecado! ¡Yo soy el asesino! —dijo de pronto Nikolái, como algo sin aliento, pero en voz bastante alta.

El silencio duró unos diez segundos, como si a todos les hubiera dado un pasmo; hasta el guardia retrocedió y ya no se acercaba a Nikolái, sino que se retiró maquinalmente hacia la puerta y se quedó inmóvil.

—¿Qué es esto? —exclamó Porfiri Petróvich, saliendo de su estupor momentáneo.

—Yo... soy el asesino... —repitió Nikolái, tras callar una gotita.

—¿Cómo... tú... Cómo... ¿A quién mataste?

Porfiri Petróvich, por lo visto, había perdido la cabeza.

Nikolái volvió a callar una gotita.

—A Aliona Ivánovna y a su hermana, Lizaveta Ivánovna, yo... las maté... con un hacha. Me entró una ofuscación... —añadió de pronto, y volvió a callar. Seguía de rodillas.

Porfiri Petróvich se quedó unos instantes de pie, como pensando, pero de pronto volvió a revolotear y agitó las manos hacia los testigos no invitados. Estos desaparecieron en un instante, y la puerta se entornó. Después miró a Raskólnikov, que estaba de pie en un rincón, mirando con extravío a Nikolái, y se dirigió hacia él, pero de pronto se detuvo, lo miró, pasó enseguida la mirada a Nikolái, después otra vez a Raskólnikov, después otra vez a Nikolái, y de pronto, como arrastrado, volvió a lanzarse sobre Nikolái.

—¿Qué te adelantas con tu ofuscación? —le gritó casi con rabia—. Todavía no te pregunté si te entró o no te entró una ofuscación... habla: ¿tú la mataste?

—Yo soy el asesino... presto declaración... —dijo Nikolái.

—¡Eh! ¿Con qué la mataste?

—Con un hacha. La tenía preparada.

—¡Eh, cuánta prisa! ¿Solo?

Nikolái no entendió la pregunta.

—¿Las mataste solo?

—Solo. Y Mitka es inocente y no tiene que ver con nada de eso.

—¡Pero no te apures con Mitka! ¡Eh!

—¿Y cómo, a ver, cómo bajaste corriendo aquella vez la escalera? ¿Si los porteros se cruzaron con los dos?

—Eso fue para despistar... entonces... corrí con Mitka —respondió

Nikolái, como apresurándose y como si lo tuviera preparado de antemano.

—¡Ahí está! —exclamó Porfiri con rabia—. ¡No dice palabras suyas! —murmuró como para sí, y de pronto volvió a ver a Raskólnikov.

Por lo visto, se había dejado llevar tanto por Nikolái que por un instante hasta se había olvidado de Raskólnikov. Ahora de pronto volvió en sí, hasta se turbó...

—¡Rodión Románovich, padrecito! Disculpe, señor —se lanzó hacia él—, así no se puede, señor; haga el favor, señor... usted aquí no tiene nada que... yo mismo... ¡ya ve qué sorpresas!... ¡haga el favor, señor!...

Y, tomándolo del brazo, le señaló la puerta.

—Parece que usted no esperaba esto, ¿no? —dijo Raskólnikov, que desde luego todavía no entendía nada con claridad, pero que ya había cobrado mucho ánimo.

—Tampoco usted lo esperaba, padrecito. ¡Mire cómo le tiembla la manita! ¡Je, je!

—También usted tiembla, Porfiri Petróvich.

—También yo tiemblo, señor; ¡no lo esperaba, señor!...

Ya estaban en la puerta. Porfiri esperaba impaciente a que pasara Raskólnikov.

—¿Y la sorpresita, al final no me la muestra? —dijo de pronto Raskólnikov.

—Lo dice, y todavía le castañetean los dientecitos, ¡je, je! ¡Qué irónico es usted! Bueno, señor, hasta la vista, señor.

—A mi parecer, más bien adiós.

—¡Como Dios disponga, señor, como Dios disponga! —murmuró Porfiri con una sonrisa algo torcida.

Al cruzar la oficina, Raskólnikov notó que muchos lo miraban con fijeza. En el recibidor, entre la gente, alcanzó a distinguir a los dos porteros de aquella casa a los que aquella noche había invitado a ir a ver al comisario. Estaban de pie y esperaban algo. Pero apenas salió a la escalera, de pronto oyó detrás de sí otra vez la voz de Porfiri Petróvich. Al volverse, vio que lo alcanzaba, todo sin aliento.

—Una palabrita, señor, Rodión Románovich; en cuanto a todo lo demás, será como Dios disponga, pero de todos modos habrá que preguntarle algunas cosas en regla, señor... así que todavía nos veremos, así es, señor.

Y Porfiri se detuvo ante él con una sonrisa.

—Así es, señor —añadió una vez más.

Se podía suponer que todavía quería decir algo más, pero no sé cómo no le salía.

—Y usted, Porfiri Petróvich, discúlpeme por lo de hace un rato... me acaloré —empezó Raskólnikov, ya completamente animado, hasta un deseo irresistible de presumir.

—No es nada, señor, no es nada... —repuso Porfiri, casi con alegría—. Yo mismo, señor... Tengo un carácter venenoso, lo confieso, ¡lo confieso! Pero ya nos veremos, señor. ¡Si Dios dispone, nos veremos mucho, muchísimo, señor!...

—¿Y nos conoceremos definitivamente? —repuso Raskólnikov.

—Y nos conoceremos definitivamente —asintió Porfiri Petróvich y, entornando los ojos, lo miró muy en serio—. ¿Ahora va a una fiesta de santo, señor?

—A un entierro, señor.

—¡Ah, es verdad, al entierro! Cuide su salud, la salud, señor...

—¡Y yo ya no sé qué desearle por mi parte! —repuso Raskólnikov, que ya empezaba a bajar la escalera, pero volviéndose de pronto otra vez hacia Porfiri—. Le desearía mayores éxitos, ¡pero ya ve qué cargo tan cómico es el suyo!

—¿Y por qué cómico, señor? —aguzó enseguida el oído Porfiri Petróvich, que también se había vuelto para irse.

—Pues porque a este pobre Mikolka, cómo lo habrá desgarrado y atormentado, psicológicamente, a su manera, hasta que confesó; día y noche le habrá estado demostrando: «Tú eres el asesino, tú eres el asesino...»; y ahora que ya confesó, se pondrá otra vez a desmenuzarlo hueso por hueso: «¡Mientes, no eres tú el asesino! ¡No pudiste serlo! ¡No dices palabras tuyas!». Bueno, ¿cómo no va a ser cómico el cargo después de eso?

—¡Je, je, je! ¿Así que notó que le dije hace un momento a Nikolái que «no dice palabras suyas»?

—¿Cómo no notarlo?

—¡Je, je! Ingenioso, ingenioso, señor. ¡Todo lo nota! ¡Una verdadera inteligencia juguetona, señor! Y da justo en la cuerda más cómica... ¡je, je! ¿No era Gógol, entre los escritores, dicen, el que tenía ese rasgo en el más alto grado?

—Sí, Gógol.

—Sí, señor, Gógol, señor... hasta el más grato reencuentro, señor.

—Hasta el más grato reencuentro...

Raskólnikov fue derecho a su casa. Estaba tan desconcertado y enredado que, ya en casa y tras dejarse caer en el sofá, estuvo un cuarto de

hora sentado, solo descansando y procurando ordenar un poco sus pensamientos. En cuanto a Nikolái, ni se ponía a razonar: sentía que estaba atónito; que en la confesión de Nikolái había algo inexplicable, asombroso, que ahora no podría entender por nada del mundo. Pero la confesión de Nikolái era un hecho real. Las consecuencias de ese hecho le resultaron enseguida claras: la mentira no podía dejar de descubrirse, y entonces volverían a ocuparse de él. Pero, por lo menos hasta entonces, estaba libre y debía sin falta hacer algo por sí mismo, porque el peligro era inevitable.

¿Pero en qué grado, sin embargo? La situación empezaba a aclararse. Al recordar, a grandes rasgos, en su conjunto, toda la escena de hacía un rato con Porfiri, no pudo dejar de estremecerse de horror una vez más. Desde luego, todavía no conocía todos los objetivos de Porfiri, no podía comprender todos sus cálculos de hacía un rato. Pero una parte del juego se había descubierto, y desde luego nadie mejor que él podía comprender lo terrible que había sido para él esa «jugada» en el juego de Porfiri. Un poco más, y podría haberse delatado por completo, ya de hecho. Conociendo lo enfermizo de su carácter y habiéndolo captado y penetrado bien desde la primera mirada, Porfiri actuaba, aunque con demasiada decisión, casi con seguridad. No hay discusión: Raskólnikov ya se había comprometido demasiado también hacía un rato, pero todavía no se había llegado a los hechos; todo era todavía solo relativo. ¿Pero lo entiende así, de verdad, lo entiende ahora todo así? ¿No se equivoca? ¿A qué resultado exactamente apuntaba hoy Porfiri? ¿De verdad tenía algo preparado para hoy? ¿Y qué exactamente? ¿De verdad esperaba algo o no? ¿Cómo se habrían separado hoy si no hubiera llegado la catástrofe inesperada de Nikolái?

Porfiri había mostrado casi todo su juego; desde luego, se había

arriesgado, pero lo había mostrado, y (le seguía pareciendo a Raskólnikov) si de verdad Porfiri hubiera tenido algo más, también lo habría mostrado. ¿Qué es esa «sorpresa»? ¿Una burla, o qué? ¿Significaba algo o no? ¿Podía esconderse detrás aunque fuera algo parecido a un hecho, a una acusación positiva? ¿El hombre de ayer? ¿Dónde se había metido? ¿Dónde estaba hoy? Porque, si Porfiri tiene algo positivo, desde luego está relacionado con el hombre de ayer...

Estaba sentado en el sofá, con la cabeza colgando, los codos apoyados en las rodillas y la cara tapada con las manos. El temblor nervioso continuaba todavía en todo su cuerpo. Por fin se levantó, tomó la gorra, pensó y se dirigió hacia la puerta.

Presentía de algún modo que, por lo menos por ese día, casi con seguridad podía considerarse a salvo. De pronto sintió en el corazón casi alegría: le dieron ganas de ir cuanto antes a casa de Katerina Ivánovna. Al entierro, desde luego, ya llegaba tarde, pero a la comida de difuntos llegaría a tiempo, y allí, ahora mismo, vería a Sonia.

Se detuvo, pensó, y una sonrisa dolorosa le asomó a los labios.

—¡Hoy! ¡Hoy! —se repetía—. ¡Sí, hoy mismo! Así tiene que ser...

Apenas iba a abrir la puerta, cuando de pronto empezó a abrirse sola. Tembló y retrocedió de un salto. La puerta se abría despacio y en silencio, y de pronto apareció la figura del hombre de ayer, el salido de debajo de la tierra.

El hombre se detuvo en el umbral, miró en silencio a Raskólnikov y dio un paso dentro de la habitación. Era exactamente igual que la víspera, la misma figura, la misma ropa, pero en su cara y en su mirada se había producido un cambio fuerte: ahora miraba como afligido y, tras quedarse

un poco de pie, suspiró hondo. Solo le faltaba llevarse la palma a la mejilla e inclinar la cabeza hacia un lado para parecerse por completo a una mujer del pueblo.

—¿Qué quiere? —preguntó Raskólnikov, helado.

El hombre calló y de pronto le hizo una reverencia profunda, casi hasta el suelo. Por lo menos tocó el suelo con un dedo de la mano derecha.

—¿Qué hace? —exclamó Raskólnikov.

—Soy culpable —dijo el hombre en voz baja.

—¿De qué?

—De malos pensamientos.

Los dos se miraban.

—Me dio rabia. Cuando usted se dignó venir aquella vez, quizá con unas copas, y llamaba a los porteros a la comisaría y preguntaba por la sangre, me dio rabia que lo dejaran pasar en vano y que lo tomaran por borracho. Y me dio tanta rabia que perdí el sueño. Y como me acordaba de la dirección, vinimos ayer aquí y preguntamos...

—¿Quién vino? —lo interrumpió Raskólnikov, empezando a recordar en un instante.

—Yo, es decir, el que lo ofendió.

—¿Así que usted es de aquella casa?

—Pues yo estaba allí mismo, entonces, en el portón, con ellos, ¿o se olvidó? Nosotros tenemos allí nuestro oficio, desde siempre. Somos peleteros, mieshchane, aceptamos trabajo para hacer en casa... y sobre todo me dio rabia...

Y de pronto Raskólnikov recordó con claridad toda la escena de anteayer bajo el portón; se dio cuenta de que, además de los porteros,

entonces había allí varias personas más, y también mujeres. Recordó una voz que proponía llevarlo directamente a la comisaría. La cara del que hablaba no podía recordarla, y ni siquiera ahora la reconocía, pero recordaba que hasta le había respondido algo entonces, se había vuelto hacia él...

Así que en eso, entonces, se resolvía todo el horror de la víspera. Lo más horrible era pensar que de verdad había estado a punto de perderse, de perderse a sí mismo por una circunstancia tan insignificante. Por lo tanto, aparte del alquiler de la vivienda y de las preguntas por la sangre, ese hombre no puede contar nada. Por lo tanto, tampoco Porfiri tiene nada, salvo ese delirio, ningún hecho, salvo la psicología, que tiene dos caras, nada positivo. Por lo tanto, si no aparecen más hechos (¡y ya no deben aparecer, no deben, no deben!), entonces... ¿entonces qué le pueden hacer? ¿Con qué pueden desenmascararlo definitivamente, aunque lo arresten? Y, por lo tanto, Porfiri solo ahora, solo hace un momento, se enteró de lo de la vivienda, y hasta entonces no lo sabía.

—¿Fue usted el que le contó hoy a Porfiri... lo de que yo fui allí? —exclamó, golpeado por una idea repentina.

—¿A qué Porfiri?

—Al juez de instrucción.

—Yo se lo dije. Los porteros no fueron entonces, y fui yo.

—¿Hoy?

—Estuve un minutito antes que usted. Y lo oí todo, todo, cómo lo torturaba.

—¿Dónde? ¿Qué? ¿Cuándo?

—Pues allí mismo, detrás del tabique, estuve sentado todo el tiempo.

—¿Cómo? ¿Así que la sorpresa era usted? ¿Pero cómo pudo pasar eso? ¡Por favor!

—Viendo yo —empezó el mieshchanín— que los porteros no querían ir por lo que yo decía, porque, dicen, ya es tarde, y quizá hasta se enoje de que no hayamos ido en su momento, me dio rabia, y perdí el sueño, y me puse a averiguar. Y cuando lo averigüé ayer, hoy fui. La primera vez que fui, no estaba. Al cabo de una hora fui, no me recibieron; la tercera vez fui, me dejaron pasar. Me puse a informarle todo, cómo fue, y él se puso a saltar por la habitación y a golpearse el pecho con el puño: «¿Qué me hacen ustedes, bandidos? —dice—. ¡Si hubiera sabido semejante cosa, lo habría hecho traer con escolta!». Después salió corriendo, llamó a alguien y se puso a hablar con él en un rincón, y después otra vez a mí, y se puso a preguntar y a insultar. Y me reprochó mucho; y yo le informé de todo y le dije que, a lo que yo le dije ayer, usted no se atrevió a responderme nada y que no me reconoció. Y entonces se puso otra vez a correr, y se golpeaba todo el tiempo el pecho, y se enojaba, y corría, y cuando lo anunciaron a usted, bueno, dice, métete detrás del tabique, quédate ahí por ahora, no te muevas, oigas lo que oigas, y él mismo me llevó allí una silla y me encerró; quizá, dice, te pregunte. Y cuando trajeron a Nikolái, entonces, después de usted, me sacó: todavía te mandaré llamar, dice, y te seguiré preguntando...

—¿Y a Nikolái lo interrogó delante de ti?

—En cuanto lo sacó a usted, me sacó enseguida a mí, y empezó a interrogar a Nikolái.

El mieshchanín se detuvo y de pronto volvió a hacer una reverencia, tocando el suelo con un dedo.

—Perdóneme la calumnia y mi rencor.

—Que Dios te perdone —respondió Raskólnikov, y en cuanto lo dijo, el mieshchanín le hizo una reverencia, pero ya no hasta el suelo, sino hasta la cintura, se dio la vuelta despacio y salió de la habitación. «Todo tiene dos caras, ahora todo tiene dos caras», se repetía Raskólnikov, y salió de la habitación más animado que nunca.

«Ahora todavía vamos a pelear», dijo con una sonrisa rabiosa, bajando la escalera. La rabia, sin embargo, iba contra sí mismo: recordaba con desprecio y vergüenza su «cobardía».

Quinta parte. Capítulo I

La mañana que siguió a la explicación fatal de Piotr Petróvich con Dúniechka y con Pulqueria Aleksándrovna tuvo también sobre Piotr Petróvich su efecto aleccionador. Con enorme disgusto, se vio obligado a aceptar poco a poco como un hecho consumado e irreversible lo que todavía la víspera le parecía un suceso casi fantástico y, aunque ocurrido, de todos modos como todavía imposible. La negra serpiente del amor propio herido le había chupado el corazón toda la noche. Al levantarse de la cama, Piotr Petróvich se miró enseguida en el espejo. Temía que durante la noche se le hubiera derramado la bilis. Sin embargo, por ese lado todo seguía bien por el momento, y, al mirar su aspecto noble, blanco y algo engordado en los últimos tiempos, Piotr Petróvich hasta se consoló por un instante, completamente convencido de encontrarse una novia en algún otro lugar, y quizá hasta mejor; pero enseguida volvió en sí y escupió enérgicamente a un lado, con lo que provocó una sonrisa silenciosa pero sarcástica en su joven amigo y compañero de vivienda, Andréi Semiónovich Lebeziátnikov. Piotr Petróvich notó esa sonrisa y para sí se la anotó enseguida en la cuenta de su joven amigo. En los últimos tiempos ya le había anotado muchas cosas en la cuenta. Su rabia se redobló cuando de pronto se dio cuenta de

que no debería haberle comunicado la víspera a Andréi Semiónovich los resultados de la víspera. Era el segundo error de la víspera, cometido en caliente, por exceso de expansividad, en la irritación... Después, durante toda esa mañana, como a propósito, a un disgusto siguió otro disgusto. Hasta en el Senado lo esperaba un fracaso en el asunto que gestionaba allí. Lo irritó especialmente el dueño de la vivienda que había alquilado en vista de su próxima boda y que estaba arreglando por su cuenta: ese dueño, un artesano alemán enriquecido, por nada del mundo aceptaba anular el contrato recién firmado y exigía la indemnización completa estipulada en el contrato, a pesar de que Piotr Petróvich le devolvía la vivienda casi completamente renovada. Del mismo modo, en la mueblería por nada del mundo querían devolver ni un rublo de la seña por los muebles comprados pero todavía no trasladados a la vivienda. «¡No me voy a casar a propósito por los muebles!», rechinaba para sí Piotr Petróvich, y al mismo tiempo volvió a cruzarle una esperanza desesperada: «¿Pero será que de verdad todo esto está tan irremediablemente perdido y terminado? ¿No se puede intentar una vez más?». El pensamiento de Dúniechka volvió a clavársele seductoramente en el corazón. Soportó ese momento con tormento, y desde luego, si hubiera podido ahora, con solo un deseo, matar a Raskólnikov, Piotr Petróvich habría pronunciado ese deseo inmediatamente.

«El error estuvo además en que no les di nada de dinero —pensaba, volviendo triste al cuartucho de Lebeziátnikov—. ¿Y por qué diablos me volví tan judío? ¡Si ni siquiera había cálculo! Pensaba tenerlas a pan y agua y llevarlas a que me miraran como a la providencia, ¡y mira!... ¡Bah!... No, si les hubiera dado en todo este tiempo, por ejemplo, unos mil quinientos

para el ajuar, y para regalos, para cajitas de todo tipo, neceseres, cornalinas, telas y toda esa porquería de lo de Knop[1] y del Almacén Inglés, el asunto habría sido más limpio y... ¡más firme! ¡No me habrían rechazado ahora tan fácilmente! Son gente de tal índole que sin duda habrían considerado una obligación devolver, en caso de rechazo, los regalos y el dinero; ¡y devolverlos habría sido pesado y les habría dado pena! Y además les habría picado la conciencia: ¿cómo echar así de pronto a un hombre que hasta ahora había sido tan generoso y bastante delicado?... ¡Hm! ¡Metí la pata!» Y, rechinando otra vez los dientes, Piotr Petróvich se llamó allí mismo imbécil; para sí, desde luego.

Llegado a esta conclusión, volvió a casa el doble de rabioso e irritable que cuando había salido. Los preparativos de la comida de difuntos en la habitación de Katerina Ivánovna atrajeron en parte su curiosidad. Ya la víspera había oído algo de esa comida; hasta recordaba vagamente que también a él lo habían invitado; pero con sus propias preocupaciones había dejado pasar todo eso sin atención. Apresurándose a informarse con la señora Lippewechsel, que se afanaba, en ausencia de Katerina Ivánovna (que estaba en el cementerio), junto a la mesa que se estaba poniendo, supo que la comida sería solemne, que estaban invitados casi todos los inquilinos, incluso algunos que no conocían al difunto, que estaba invitado hasta Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, a pesar de su pelea anterior con Katerina Ivánovna, y, por último, que él mismo, Piotr Petróvich, no solo estaba invitado, sino que se lo esperaba incluso con gran impaciencia, ya que era casi el invitado más importante de todos los inquilinos. También Amalia Ivánovna había sido invitada con grandes honores, a pesar de todos los disgustos anteriores, y por eso ahora hacía de

dueña y se afanaba, casi sintiendo placer en ello, y además iba toda vestida, aunque de luto, con todo nuevo, de seda, de punta en blanco, y estaba orgullosa de ello. Todos esos hechos e informaciones le dieron a Piotr Petróvich cierta idea, y pasó a su habitación, es decir, a la habitación de Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, algo pensativo. El caso era que se había enterado también de que entre los invitados estaba Raskólnikov.

Andréi Semiónovich, por algún motivo, había pasado toda esa mañana en casa. Con ese señor, Piotr Petróvich había establecido unas relaciones extrañas, aunque en parte también naturales: Piotr Petróvich lo despreciaba y lo odiaba incluso más allá de toda medida, casi desde el mismo día en que se instaló en su casa, pero al mismo tiempo parecía temerle un poco. Se había alojado en su casa al llegar a Petersburgo no solo por su tacañería, aunque esa era casi la razón principal, sino que había además otra razón. Todavía en la provincia había oído hablar de Andréi Semiónovich, su antiguo pupilo, como de uno de los jóvenes progresistas más avanzados e incluso como de alguien que desempeñaba un papel importante en ciertos círculos curiosos y fabulosos. Eso había impresionado a Piotr Petróvich. Precisamente esos círculos poderosos, que lo sabían todo, que despreciaban a todos y que lo denunciaban todo, asustaban desde hacía tiempo a Piotr Petróvich con un miedo especial, aunque completamente indefinido. Desde luego, él mismo, y además en la provincia, no podía formarse sobre nada de eso una idea aproximadamente exacta. Había oído, como todos, que existían, sobre todo en Petersburgo, unos progresistas, nihilistas, denunciadores, etcétera, etcétera, pero, como muchos, exageraba y deformaba hasta el absurdo el sentido y la importancia de esos nombres. Lo que más temía, desde hacía ya varios

años, era la denuncia pública, y ese era el fundamento principal de su inquietud constante y exagerada, sobre todo al soñar con trasladar su actividad a Petersburgo. En ese aspecto estaba, como se dice, asustado, como a veces se asustan los niños pequeños. Hacía algunos años, en la provincia, cuando apenas empezaba a organizar su carrera, había conocido dos casos de personas bastante importantes de la provincia, a las que hasta entonces se aferraba y que lo protegían, cruelmente denunciadas. Uno de los casos terminó para el denunciado de un modo especialmente escandaloso, y el otro estuvo a punto de terminar incluso de un modo muy enojoso. Por eso Piotr Petróvich había decidido, al llegar a Petersburgo, averiguar inmediatamente de qué se trataba y, si hacía falta, por si acaso, adelantarse y congraciarse con «nuestras generaciones jóvenes». En eso contaba con Andréi Semiónovich, y en la visita, por ejemplo, a Raskólnikov ya había aprendido a redondear de algún modo ciertas frases de oídas...

Desde luego, pronto alcanzó a ver en Andréi Semiónovich a un hombrecito extraordinariamente vulgar y simplón. Pero eso no desengañó ni animó en lo más mínimo a Piotr Petróvich. Aunque se hubiera convencido de que todos los progresistas eran igual de tontos, ni así se habría calmado su inquietud. A todas esas doctrinas, ideas, sistemas (con los que Andréi Semiónovich se le echó encima) no les daba la menor importancia. Tenía su propio objetivo. Solo necesitaba averiguar cuanto antes y de inmediato: ¿qué había pasado aquí y cómo? ¿Tiene fuerza esta gente o no la tiene? ¿Tiene él algo que temer o no? ¿Lo denunciarán si emprende tal cosa, o no lo denunciarán? ¿Y si lo denuncian, por qué exactamente, y por qué propiamente se denuncia ahora? Y no solo eso: ¿no

se podría de algún modo congraciarse con ellos y al mismo tiempo engañarlos, si de verdad tienen fuerza? ¿Hace falta o no? ¿No se podría, por ejemplo, arreglar algo en su carrera precisamente por medio de ellos? En una palabra, le esperaban cientos de preguntas.

Ese Andréi Semiónovich era un hombrecito enclenque y escrofuloso, de baja estatura, empleado en algún lado, de un rubio extraño, con unas patillas en forma de chuletas de las que estaba muy orgulloso. Además, casi siempre le dolían los ojos. Tenía un corazón bastante blando, pero una manera de hablar muy segura de sí y a veces incluso extraordinariamente arrogante, lo que, en comparación con su figurita, casi siempre resultaba ridículo. En casa de Amalia Ivánovna, sin embargo, se lo contaba entre los inquilinos bastante respetables, es decir, no se emborrachaba y pagaba el alquiler puntualmente. A pesar de todas esas cualidades, Andréi Semiónovich era en efecto algo tonto. Se había adherido al progreso y a «nuestras generaciones jóvenes» por pasión. Era uno de esa legión innumerable y variada de vulgares, de abortos enclenques y de caprichosos que no aprendieron nada hasta el final, que en un instante se pegan sin falta a la idea más de moda que anda por ahí, para vulgarizarla enseguida, para caricaturizar en un instante todo aquello a lo que ellos mismos a veces sirven del modo más sincero.

Por lo demás, Lebeziátnikov, a pesar incluso de ser muy buenito, también empezaba en parte a no soportar a su compañero de vivienda y antiguo tutor Piotr Petróvich. Eso había ocurrido por ambas partes de algún modo sin querer y mutuamente. Por simplón que fuera Andréi Semiónovich, de todos modos empezó a darse cuenta poco a poco de que Piotr Petróvich lo engañaba y lo despreciaba en secreto y de que «no era

para nada ese tipo de hombre». Intentó exponerle el sistema de Fourier y la teoría de Darwin, pero Piotr Petróvich, sobre todo en los últimos tiempos, empezó a escuchar de un modo demasiado sarcástico, y en los últimísimos tiempos hasta empezó a insultar. El caso era que, por instinto, empezaba a penetrar que Lebeziátnikov no solo era un hombrecito vulgar y algo tonto, sino quizá también un mentirosillo, y que no tenía en absoluto relaciones de alguna importancia ni siquiera en su círculo, sino que solo había oído algo de tercera mano; más aún: quizá ni siquiera conocía bien su asunto, el de la propaganda, porque se embrollaba demasiado, ¡y qué iba a ser él un denunciador! Observemos de paso que Piotr Petróvich, en esa semana y media, aceptaba con gusto (sobre todo al principio) de Andréi Semiónovich incluso elogios muy extraños, es decir, no objetaba, por ejemplo, y callaba si Andréi Semiónovich le atribuía la disposición a contribuir a la futura y próxima organización de una nueva «comuna» en algún lugar de la calle Meshchánskaia; o, por ejemplo, a no impedirle a Dúniechka, si a esta se le ocurría, desde el primer mes de matrimonio, tener un amante; o a no bautizar a sus futuros hijos, etcétera, etcétera: todo por el estilo. Piotr Petróvich, según su costumbre, no objetaba a semejantes cualidades que se le atribuían y permitía que lo elogiaran incluso así: tan agradable le resultaba cualquier elogio.

Piotr Petróvich, que esa mañana había cambiado, por alguna razón, unos cuantos bonos al cinco por ciento, estaba sentado a la mesa contando fajos de billetes y de títulos. Andréi Semiónovich, que casi nunca tenía dinero, andaba por la habitación y se hacía a sí mismo como que miraba todos esos fajos con indiferencia e incluso con desdén. Piotr Petróvich, por ejemplo, por nada del mundo habría creído que Andréi Semiónovich

pudiera de verdad mirar con indiferencia semejante dinero; y Andréi Semiónovich, a su vez, pensaba con amargura que Piotr Petróvich podía en efecto ser capaz de pensar así de él, y quizá hasta se alegraba de la ocasión de pinchar y provocar a su joven amigo con los fajos de billetes extendidos, recordándole su insignificancia y toda la supuesta diferencia que existía entre ellos dos.

Esta vez lo encontraba irritable y desatento como nunca, a pesar de que él, Andréi Semiónovich, se había puesto a desarrollar ante él su tema favorito, la fundación de una nueva «comuna» especial. Las breves objeciones y observaciones que se le escapaban a Piotr Petróvich entre el chasquido de las bolitas del ábaco respiraban la burla más evidente e intencionadamente descortés. Pero el «humano» Andréi Semiónovich atribuía el estado de ánimo de Piotr Petróvich a la impresión de la ruptura de la víspera con Dúniechka y ardía en deseos de empezar a hablar cuanto antes de ese tema: tenía algo progresista y de propaganda que decir al respecto, que podría consolar a su respetable amigo y «sin duda» sería útil para su desarrollo posterior.

—¿Qué comida de difuntos es esa que se está organizando en casa de esa... de la viuda? —preguntó de pronto Piotr Petróvich, interrumpiendo a Andréi Semiónovich en el punto más interesante.

—Como si no lo supiera; si ayer mismo hablé con usted de ese mismo tema y desarrollé la idea de todos esos ritos... Si ella también lo invitó a usted, lo oí. Usted mismo habló ayer con ella...

—De ningún modo esperaba que esa tonta pobretona gastara en la comida de difuntos todo el dinero que recibió de ese otro tonto... de Raskólnikov. Hasta me asombré hace un momento al pasar: ¡qué

preparativos hay allí, vinos!... Han invitado a varias personas, ¡el diablo sabrá qué es esto! —prosiguió Piotr Petróvich, preguntando y llevando la conversación a eso como con algún propósito—. ¿Qué? ¿Dice que también me invitaron a mí? —añadió de pronto, levantando la cabeza—. ¿Y cuándo? No lo recuerdo, señor. Aunque no iré. ¿Qué voy a hacer yo allí? Ayer solo le hablé, de pasada, de la posibilidad de que recibiera, como viuda pobre de un funcionario, un sueldo anual en forma de ayuda única. ¿No será por eso que me invita? ¡Je, je!

—Yo tampoco tengo intención de ir —dijo Lebeziátnikov.

—¡Faltaría más! Le dio una paliza con sus propias manos. Se entiende que le dé vergüenza, ¡je, je, je!

—¿Quién le dio una paliza? ¿A quién? —se alarmó de pronto Lebeziátnikov, y hasta se puso colorado.

—¡Pues usted, a Katerina Ivánovna, hace un mes o algo así! Lo oí, señor, ayer, señor... ¡Así son las convicciones!... Y la cuestión femenina también se fue de juerga. ¡Je, je, je!

Y Piotr Petróvich, como consolado, volvió a chasquear las bolitas del ábaco.

—¡Todo eso es una tontería y una calumnia! —se encendió Lebeziátnikov, que siempre temía que le recordaran esa historia—. ¡Y no fue para nada así! Fue otra cosa... Usted oyó mal; ¡un chisme! Yo simplemente me defendí entonces. Ella fue la primera en lanzarse sobre mí con las uñas... Me arrancó toda una patilla... A todo hombre le está permitido, espero, defender su persona. Además, no le permitiré a nadie que use la violencia conmigo... Por principio. Porque eso ya es casi despotismo. ¿Qué tenía que hacer: quedarme parado delante de ella? Solo

la aparté de un empujón.

—¡Je, je, je! —seguía riéndose con malicia Luzhin.

—Usted me provoca porque está enojado y rabioso... ¡Y eso es una tontería y no tiene nada, nada que ver con la cuestión femenina! Usted no lo entiende bien; yo hasta pensaba que, si ya se acepta que la mujer es igual al hombre en todo, incluso en la fuerza (cosa que ya se afirma), entonces también en esto tiene que haber igualdad. Desde luego, después razoné que esa cuestión, en el fondo, no debería existir, porque tampoco debería haber peleas, y que los casos de pelea en la sociedad futura son impensables... y que es extraño, desde luego, buscar la igualdad en una pelea. No soy tan tonto... aunque peleas, por lo demás, hay... es decir, después no las habrá, pero ahora todavía hay... ¡bah, diablos! ¡Con usted uno se confunde! No es por ese disgusto que no iré a la comida de difuntos. Simplemente no iré por principio, para no participar en el prejuicio infame de las comidas de difuntos, ¡eso es! Aunque se podría ir, solo para reírse... Pero lástima que no habrá popes. Si no, iría sin falta.

—Es decir, sentarse a la mesa ajena y escupir allí mismo sobre ella, e igualmente sobre los que lo invitaron. ¿Es eso?

—No escupir para nada, sino protestar. Lo hago con un fin útil. Puedo contribuir indirectamente al desarrollo y a la propaganda. Todo hombre está obligado a desarrollar y a hacer propaganda, y quizá cuanto más bruscamente, mejor. Puedo lanzar una idea, una semilla... De esa semilla crecerá un hecho. ¿En qué los ofendo? Primero se ofenderán, y después ellos mismos verán que les hice un bien. Ahí tiene, entre nosotros acusaban a la Terébieva (la que ahora está en la comuna) de que, cuando dejó a su familia y... se entregó, les escribió a su madre y a su padre que no quería

vivir entre prejuicios y que se unía en matrimonio civil, y de que eso había sido demasiado grosero con los padres, de que podría haberlos tratado con consideración, escribir con más suavidad. A mi parecer todo eso es una tontería, y no hace ninguna falta más suavidad; al contrario, al contrario, ahí es donde hay que protestar. Ahí tiene a la Varents, que vivió siete años con su marido, abandonó a dos hijos y le cortó de una vez al marido en una carta: «He comprendido que con usted no puedo ser feliz. Nunca le perdonaré que me haya engañado, ocultándome que existe otra organización de la sociedad, por medio de comunas. Hace poco me enteré de todo eso por un hombre generoso, al que me entregué, y con él fundo una comuna. Se lo digo directamente, porque considero deshonesto engañarlo. Quédese como guste. No espere recuperarme, es usted demasiado tarde. Le deseo que sea feliz». ¡Así es como se escriben esa clase de cartas!

—¿Y esa Terébieva no es aquella de la que usted decía entonces que estaba en su tercer matrimonio civil?

—¡Solo en el segundo, si se juzga como corresponde! ¡Y aunque fuera en el cuarto, aunque fuera en el decimoquinto, todo eso es una tontería! Y si alguna vez lamenté que mi padre y mi madre hayan muerto, desde luego es ahora. Varias veces hasta soñé con que, si todavía vivieran, ¡cómo los habría sacudido con una protesta! A propósito lo habría arreglado así... ¡Qué es eso de un «hijo que ya se independizó», bah! ¡Les habría mostrado! ¡Los habría asombrado! ¡De verdad, lástima que no haya nadie!

—¿Para asombrarlo? ¡Je, je! Bueno, que sea como usted guste —lo interrumpió Piotr Petróvich—, pero dígame una cosa: usted conoce a esa hija del difunto, esa tan flaquita. ¿Es completamente cierto lo que dicen de

ella, eh?

—¿Y qué? A mi parecer, es decir, según mi convicción personal, ese es precisamente el estado más normal de la mujer. ¿Por qué no? Es decir, distinguons[2]. En la sociedad actual, desde luego, no es del todo normal, porque es forzado, pero en la futura será completamente normal, porque será libre. Y además ya ahora ella tenía derecho: sufría, y ese era su fondo, por así decirlo, su capital, del que tenía pleno derecho a disponer. Desde luego, en la sociedad futura no harán falta fondos; pero su papel tendrá otro significado, estará condicionado de manera armónica y racional. En cuanto a Sofía Semiónovna personalmente, en el momento actual veo sus actos como una protesta enérgica y personificada contra la organización de la sociedad y la respeto profundamente por ello; ¡hasta me alegra mirarla!

—¡Y a mí me contaron que fue usted el que la echó de estos cuartos!

Lebeziátnikov hasta se puso furioso.

—¡Ese es otro chisme! —aulló—. ¡No fue para nada, para nada así! ¡Eso sí que no fue así! ¡Todo eso lo inventó entonces Katerina Ivánovna, porque no entendió nada! ¡Y yo no la pretendía para nada a Sofía Semiónovna! Simplemente la desarrollaba, de manera completamente desinteresada, procurando despertar en ella la protesta... Solo necesitaba la protesta, y además Sofía Semiónovna ya no podía seguir aquí en los cuartos por sí misma.

—¿La invitaba a la comuna, o qué?

—Usted no hace más que reírse, y muy desafortunadamente, permítame observarlo. ¡Usted no entiende nada! En la comuna no existen esos papeles. La comuna se organiza precisamente para que no existan esos papeles. En la comuna ese papel cambiará toda su esencia actual, y lo que

aquí es estúpido, allí será inteligente; lo que aquí, en las circunstancias actuales, es antinatural, allí será completamente natural. Todo depende del ambiente y del medio en que está el hombre. Todo es por el ambiente, y el hombre mismo no es nada. Y con Sofía Semiónovna me llevo bien también ahora, lo que puede servirle de prueba de que nunca me consideró su enemigo ni su ofensor. ¡Sí! Ahora la estoy seduciendo para la comuna, ¡pero sobre bases completamente, completamente, completamente distintas! ¿De qué se ríe? Queremos fundar nuestra propia comuna, especial, pero sobre bases más amplias que las anteriores. Hemos ido más lejos en nuestras convicciones. ¡Negamos más! Si Dobroliúbov[3] se levantara de la tumba, discutiría con él. ¡Y a Belinski lo haría trizas! Y mientras tanto sigo desarrollando a Sofía Semiónovna. ¡Es una naturaleza hermosa, hermosa!

—Bueno, y se aprovecha de esa hermosa naturaleza, ¿eh? ¡Je, je!

—¡No, no! ¡Oh, no! ¡Al contrario!

—¡Vaya, al contrario! ¡Je, je, je! ¡Mira lo que dijo!

—¡Pero créame! ¿Por qué razones iba a ocultárselo a usted, dígame por favor? Al contrario, a mí mismo hasta me resulta extraño: conmigo es de un modo como forzado, como temeroso, casta y pudorosa.

—Y usted, desde luego, la desarrolla... ¡je, je!, ¿le demuestra que todos esos pudores son tonterías?...

—¡Para nada! ¡Para nada! ¡Oh, qué grosera, qué incluso estúpidamente (perdóneme) entiende usted la palabra desarrollo! ¡N-no entiende nada! ¡Oh, Dios, qué... poco preparado está usted todavía! Nosotros buscamos la libertad de la mujer, y usted no tiene más que una cosa en la cabeza... Dejando completamente de lado la cuestión de la castidad y del pudor

femenino, como cosas inútiles en sí mismas e incluso prejuiciosas, admito por completo, por completo, su castidad conmigo, porque en eso está toda su voluntad, todo su derecho. Desde luego, si ella misma me dijera: «Quiero tenerte», me consideraría muy afortunado, porque la muchacha me gusta mucho; pero ahora, ahora por lo menos, desde luego nadie la ha tratado nunca con más cortesía y miramiento que yo, con más respeto por su dignidad... ¡espero y confío, y nada más!

—Mejor regálele algo. Apuesto a que en eso no pensó.

—¡N-no entiende nada, ya se lo dije! Desde luego, esa es su situación, ¡pero aquí hay otra cuestión! ¡Una completamente distinta! Usted simplemente la desprecia. Viendo un hecho que por error considera digno de desprecio, le niega ya a un ser humano una mirada humana. ¡Usted todavía no sabe qué naturaleza es esa! Solo me fastidia mucho que en los últimos tiempos haya dejado completamente de leer y ya no me pida más libros. Antes me los pedía. Es una lástima también que, con toda su energía y su decisión de protestar (que ya demostró una vez), todavía tenga como poca autonomía, por así decirlo, independencia, poca negación, para desprenderse por completo de ciertos prejuicios y... tonterías. A pesar de eso, entiende perfectamente ciertas cuestiones. Entendió magníficamente, por ejemplo, la cuestión del besamanos, es decir, que el hombre ofende a la mujer con la desigualdad si le besa la mano. Esa cuestión se debatió entre nosotros, y yo se la transmití enseguida. Lo de las asociaciones obreras en Francia también lo escuchó con atención. Ahora le estoy explicando la cuestión de la entrada libre en las habitaciones en la sociedad futura.

—¿Y eso qué es?

—Se debatió en los últimos tiempos la cuestión de si un miembro de la

comuna tiene derecho a entrar en la habitación de otro miembro, hombre o mujer, a cualquier hora... y se decidió que tiene derecho...

—¿Y si él o ella están ocupados en ese momento con necesidades indispensables? ¡Je, je!

Andréi Semiónovich hasta se enojó.

—¡Y usted siempre con eso, con esas malditas «necesidades»! —exclamó con odio—. ¡Bah, qué rabia y qué fastidio me da haberle mencionado entonces prematuramente, al exponer el sistema, esas malditas necesidades! ¡Diablos! ¡Esa es la piedra de escándalo para todos los que son como usted, y lo peor es que se burlan de eso antes de saber de qué se trata! ¡Y como si tuvieran razón! ¡Como si se enorgullecieran de algo! ¡Bah! Varias veces sostuve que toda esa cuestión solo se le puede exponer al novato al final de todo, cuando ya está convencido del sistema, cuando el hombre ya está desarrollado y encaminado. ¿Y además, dígame por favor, qué encuentra usted de tan vergonzoso y despreciable aunque sea en los pozos negros? ¡Yo soy el primero, yo, dispuesto a limpiar los pozos negros que quiera! ¡Ahí ni siquiera hay sacrificio alguno! Es simplemente un trabajo, una actividad noble, útil para la sociedad, que vale tanto como cualquier otra, y mucho más que, por ejemplo, la actividad de un Rafael o de un Pushkin, ¡porque es más útil!

—Y más noble, más noble, ¡je, je, je!

—¿Qué es eso de «más noble»? No entiendo esas expresiones en el sentido de una definición de la actividad humana. «Más noble», «más generoso»: todo eso son tonterías, absurdos, palabras viejas y prejuiciosas que yo niego. ¡Todo lo que es útil para la humanidad es noble! Solo entiendo una palabra: ¡útil! Ríase cuanto quiera, ¡pero es así!

Piotr Petróvich se reía mucho. Ya había terminado de contar y había guardado el dinero. Aunque una parte, por algún motivo, seguía todavía sobre la mesa. Esa «cuestión de los pozos negros», a pesar de toda su vulgaridad, ya había servido varias veces de motivo de ruptura y desacuerdo entre Piotr Petróvich y su joven amigo. Toda la estupidez consistía en que Andréi Semiónovich de verdad se enojaba. Luzhin, en cambio, se desahogaba con eso, y en ese momento tenía especiales ganas de hacer enojar a Lebeziátnikov.

—Usted está tan rabioso y se me pega así por su fracaso de ayer —estalló por fin Lebeziátnikov, que, en general, a pesar de toda su «independencia» y de todas sus «protestas», de algún modo no se atrevía a contradecir a Piotr Petróvich y en general todavía guardaba ante él una especie de respeto habitual, de años atrás.

—Mejor dígame una cosa —lo interrumpió Piotr Petróvich con altivez y fastidio—: ¿puede usted, señor..., o mejor dicho: tiene usted de verdad tanta confianza con la mencionada joven persona como para pedirle ahora mismo que venga un minuto aquí, a esta habitación? Me parece que ya volvieron todos de allí, del cementerio... Oigo que hay movimiento... Necesitaría verla, señor, a esa persona, señor.

—¿Pero para qué? —preguntó asombrado Lebeziátnikov.

—Así, señor, hace falta, señor. Hoy o mañana me mudo de aquí, y por eso desearía comunicarle... Aunque, si quiere, quédese también aquí durante la explicación. Mejor todavía. Porque si no, quizá piense usted Dios sabe qué.

—Yo no pensaré absolutamente nada... Solo preguntaba, y si tiene un asunto, no hay nada más fácil que llamarla. Voy enseguida. Y yo, esté

seguro, no lo molestaré.

En efecto, al cabo de unos cinco minutos Lebeziátnikov volvió con Sóniechka. Esta entró extraordinariamente asombrada y, según su costumbre, intimidada. Siempre se intimidaba en casos así y temía mucho a las caras nuevas y a los conocidos nuevos; los temía también antes, desde niña, y ahora todavía más... Piotr Petróvich la recibió «con cariño y cortesía», aunque con cierto matiz de alegre familiaridad, adecuada, por lo demás, según la opinión de Piotr Petróvich, a un hombre tan respetable y sólido como él con respecto a una criatura tan joven y en cierto sentido interesante. Se apresuró a «animarla» y la sentó a la mesa frente a él. Sonia se sentó, miró alrededor (a Lebeziátnikov, al dinero que había sobre la mesa) y después de pronto otra vez a Piotr Petróvich, y ya no apartó más los ojos de él, como si se hubiera quedado clavada en él. Lebeziátnikov se dirigió hacia la puerta. Piotr Petróvich se levantó, le indicó con un gesto a Sonia que siguiera sentada y detuvo a Lebeziátnikov en la puerta.

—¿Ese Raskólnikov está allí? ¿Vino? —le preguntó en un susurro.

—¿Raskólnikov? Está. ¿Por qué? Sí, está... Acaba de entrar, lo vi... ¿Por qué?

—Pues entonces le pediré especialmente que se quede aquí, con nosotros, y que no me deje a solas con esta... muchacha. El asunto es insignificante, pero van a sacar Dios sabe qué. No quiero que Raskólnikov cuente allí... ¿Entiende de qué hablo?

—¡Ah, entiendo, entiendo! —adivinó de pronto Lebeziátnikov—. Sí, usted tiene derecho... Desde luego, según mi convicción personal, usted va demasiado lejos en sus temores, pero... de todos modos tiene derecho. Como guste, me quedo. Me pondré aquí junto a la ventana y no lo

molestaré... A mi parecer, usted tiene derecho...

Piotr Petróvich volvió al sofá, se sentó frente a Sonia, la miró con atención y de pronto tomó un aire extraordinariamente sólido, incluso algo severo: «Que tú, señora, no vayas a pensar algo». Sonia se turbó definitivamente.

—En primer lugar, discúlpeme, por favor, Sofía Semiónovna, ante su muy respetada mamá... ¿Así es, me parece? ¿Katerina Ivánovna le hace las veces de madre? —empezó Piotr Petróvich con mucha solidez, pero, por lo demás, con bastante cariño. Se veía que tenía las intenciones más amistosas.

—Así es, señor, así es; me hace las veces de madre, señor —respondió Sonia, apresurada y asustada.

—Bien, señor, pues discúlpeme ante ella de que, por circunstancias ajenas a mi voluntad, me veo obligado a faltar y no estaré en sus blinis... es decir, en la comida de difuntos, a pesar de la amable invitación de su mamá.

—Sí, señor; se lo diré, señor; ahora mismo, señor. —Y Sóniechka se levantó apresurada de la silla.

—Todavía no es todo, señora —la detuvo Piotr Petróvich, sonriendo ante su simpleza y su desconocimiento de las conveniencias—. Y poco me conoce usted, amabilísima Sofía Semiónovna, si pensó que por esta razón insignificante, que me concierne solo a mí, iba a molestar personalmente y a llamar a mi casa a una persona como usted. Tengo otro objetivo, señora.

Sonia se sentó apresurada. Los billetes grises e irisados[4], que no se habían retirado de la mesa, volvieron a brillar ante sus ojos, pero ella apartó rápidamente la cara de ellos y la levantó hacia Piotr Petróvich: de pronto le pareció terriblemente indecoroso, sobre todo para ella, mirar el dinero

ajeno. Clavó la mirada en los quevedos de oro de Piotr Petróvich, que este sostenía en la mano izquierda, y al mismo tiempo en un anillo grande, macizo, extraordinariamente bonito, con una piedra amarilla, que tenía en el dedo medio de esa mano; pero de pronto también apartó de él los ojos y, sin saber ya dónde meterse, terminó por clavarlos otra vez directamente en los ojos de Piotr Petróvich. Tras callar con todavía más solidez que antes, este prosiguió:

—Me ocurrió ayer, de pasada, cruzar un par de palabras con la desdichada Katerina Ivánovna. Dos palabras bastaron para saber que se encuentra en un estado... antinatural, si se puede expresar así...

—Sí, señor... antinatural, señor —asentía Sonia, apresurada.

—O, por decirlo más simple y comprensible: enfermo.

—Sí, señor, más simple y compren... sí, señor, está enferma, señor.

—Así es, señora. Pues bien, por sentimiento de humanidad y-y-y, por así decirlo, de compasión, desearía ser, por mi parte, útil en algo, previendo su suerte inevitablemente desdichada. Parece que toda esa familia pobrísima depende ahora solo de usted.

—Permítame preguntarle —se levantó de pronto Sonia—: ¿qué le dijo usted ayer de la posibilidad de una pensión? Porque ella ya ayer me decía que usted se había comprometido a conseguirle una pensión. ¿Es verdad, señor?

—De ningún modo, señora, e incluso en cierto sentido es un absurdo. Solo insinué una ayuda temporal para la viuda de un funcionario muerto en servicio, siempre que haya protección, pero, al parecer, su difunto padre no solo no cumplió el plazo de servicio, sino que en los últimos tiempos ni siquiera estaba en servicio. En una palabra, aunque podría haber esperanza,

es muy efímera, porque en realidad no existe en este caso ningún derecho a una ayuda, sino incluso lo contrario... ¡Y ella ya pensó en una pensión, je, je, je! ¡Qué señora tan desenvuelta!

—Sí, señor, en una pensión... Porque ella es crédula y buena, y por bondad lo cree todo, y... y... y... tiene una cabeza así... Sí, señor... disculpe, señor —dijo Sonia, y volvió a levantarse para irse.

—Permítame, todavía no terminó de escucharme, señora.

—Sí, señor, no terminé de escuchar, señor —murmuró Sonia.

—Pues siéntese, señora.

Sonia se turbó terriblemente y volvió a sentarse, por tercera vez.

—Viendo su situación, con los desdichados pequeños, desearía, como ya dije, ser útil en algo, en la medida de mis fuerzas, es decir, como se dice, en la medida de mis fuerzas, señora, no más. Se podría, por ejemplo, organizar una colecta en su favor, o, por así decirlo, una lotería... o algo por el estilo, como siempre se organiza en casos así por parte de allegados o incluso de extraños, pero en general de personas deseosas de ayudar. De eso precisamente tenía intención de hablarle. Se podría, señora.

—Sí, señor, está bien, señor... Que Dios se lo, señor... —balbuceaba Sonia, mirando fijamente a Piotr Petróvich.

—Se podría, señora, pero... eso después, señora... es decir, se podría empezar hoy mismo. Esta noche nos veremos, nos pondremos de acuerdo y pondremos, por así decirlo, las bases. Venga a verme aquí a eso de las siete. Andréi Semiónovich, espero, también participará con nosotros... Pero... hay una circunstancia que conviene mencionar previamente y con cuidado. Para eso precisamente la molesté, Sofía Semiónovna, llamándola aquí. Precisamente, señora, mi opinión es que no se puede, y es peligroso,

poner el dinero en manos de la propia Katerina Ivánovna; y la prueba es esta misma comida de difuntos de hoy. No teniendo, por así decirlo, ni una corteza de alimento para el día de mañana y... bueno, ni calzado, ni nada, se compra hoy ron de Jamaica e incluso, parece, madeira y-y-y café. Lo vi al pasar. Y mañana otra vez todo caerá sobre usted, hasta el último pedazo de pan; eso ya es absurdo, señora. Y por eso también la colecta, en mi opinión personal, debería hacerse de modo que la desdichada viuda, por así decirlo, no supiera del dinero, y que lo supiera, por ejemplo, solo usted. ¿No es así lo que digo?

—No sé, señor. Es solo hoy que ella, señor... es una vez en la vida... tenía tantas ganas de recordarlo, de honrarlo, la memoria... y ella es muy inteligente, señor. Aunque, como usted guste, señor, y yo le estaré muy, muy, muy... todos ellos le estarán... y Dios se lo, señor... y los huérfanos, señor...

Sonia no terminó y se echó a llorar.

—Así es, señora. Bueno, señora, téngalo en cuenta, señora; y ahora tenga a bien aceptar, en interés de su pariente, para empezar, una suma en la medida de mis fuerzas, de mi parte personalmente. Deseo muchísimo que mi nombre no se mencione en esto. Aquí tiene, señora... teniendo, por así decirlo, yo mismo preocupaciones, no estoy en condiciones de más...

Y Piotr Petróvich le tendió a Sonia un billete de diez rublos, desplegándolo con cuidado. Sonia lo tomó, se encendió, se levantó de un salto, murmuró algo y se apresuró a despedirse. Piotr Petróvich la acompañó solemnemente hasta la puerta. Ella salió por fin de la habitación, toda agitada y agotada, y volvió a casa de Katerina Ivánovna extraordinariamente turbada.

Durante toda esta escena, Andréi Semiónovich estuvo ya de pie junto a la ventana, ya andando por la habitación, sin querer interrumpir la conversación; y cuando Sonia se fue, se acercó de pronto a Piotr Petróvich y le tendió solemnemente la mano:

—Lo oí todo y lo vi todo —dijo, cargando especialmente sobre esta última palabra—. ¡Esto es noble, es decir, quería decir humano! Usted quería evitar el agradecimiento, ¡lo vi! Y aunque, se lo confieso, no puedo simpatizar, por principio, con la beneficencia privada, porque no solo no extirpa el mal de raíz, sino que incluso lo alimenta más, no puedo menos que reconocer que vi su acto con satisfacción; sí, sí, eso me gusta.

—¡Eh, todo eso es una tontería! —murmuraba Piotr Petróvich, algo agitado y como observando a Lebeziátnikov.

—¡No, no es una tontería! Un hombre ofendido y fastidiado, como usted, por el suceso de ayer, y al mismo tiempo capaz de pensar en la desgracia ajena, un hombre así, señor... aunque con sus actos comete un error social... ¡de todos modos es digno de respeto! Ni siquiera lo esperaba de usted, Piotr Petróvich, tanto más cuanto que, según sus ideas... ¡oh, cuánto lo estorban todavía sus ideas! ¡Cómo lo agita, por ejemplo, este fracaso de ayer! —exclamaba el buenito Andréi Semiónovich, volviendo a sentir una simpatía redoblada por Piotr Petróvich—. ¿Y para qué, para qué necesita usted sin falta este matrimonio, este matrimonio legal, nobilísimo, amabilísimo Piotr Petróvich? ¿Para qué necesita sin falta esta legalidad en el matrimonio? Bueno, si quiere, pégueme, pero me alegro, me alegro de que no haya resultado, de que esté usted libre, de que no esté todavía del todo perdido para la humanidad, me alegro... ¡Ya ve: lo dije!

—Para no llevar cuernos ni criar hijos ajenos en ese matrimonio civil

suyo: para eso necesito el matrimonio legal, señor —dijo Luzhin, por responder algo. Estaba especialmente ocupado en algo y pensativo.

—¿Los hijos? ¿Tocó usted los hijos? —se estremeció Andréi Semiónovich, como un caballo de guerra que oye la trompeta militar—. Los hijos son una cuestión social y una cuestión de primera importancia, estoy de acuerdo; pero la cuestión de los hijos se resolverá de otro modo. Algunos niegan por completo a los hijos, como cualquier insinuación de familia. Hablaremos de los hijos después, ¡y ahora ocupémonos de los cuernos! Le confieso que ese es mi punto débil. Esa expresión vil, de húsares, de Pushkin, es hasta impensable en el léxico futuro. ¿Y qué son los cuernos? ¡Oh, qué error! ¿Qué cuernos? ¿Para qué cuernos? ¡Qué tontería! ¡Al contrario, en el matrimonio civil es donde no los habrá! Los cuernos no son más que la consecuencia natural de todo matrimonio legal, por así decirlo, su corrección, su protesta, de modo que en ese sentido no son en absoluto humillantes... Y si alguna vez (suponiendo un absurdo) estoy en un matrimonio legal, hasta me alegraré de sus tres veces malditos cuernos; entonces le diré a mi mujer: «Amiga mía, hasta ahora solo te amaba; ahora, en cambio, te respeto, porque supiste protestar». ¿Se ríe? ¡Es porque no es capaz de desprenderse de los prejuicios! Diablos, entiendo en qué consiste exactamente el disgusto cuando a uno lo engañan en el matrimonio legal; pero eso no es más que la consecuencia vil de un hecho vil, en el que los dos quedan humillados. Pero cuando los cuernos se ponen abiertamente, como en el matrimonio civil, entonces ya no existen, son impensables y pierden hasta el nombre de cuernos. Al contrario, su mujer no hará más que demostrarle cuánto lo respeta, considerándolo incapaz de oponerse a su felicidad y lo bastante desarrollado como para no vengarse de ella por un

nuevo marido. Diablos, a veces sueño con que, si me casaran con alguien... ¡bah!, si me casara (por lo civil o por la ley, da lo mismo), creo que yo mismo le llevaría un amante a mi mujer, si ella tardara mucho en tenerlo. «Amiga mía —le diría—, te amo, pero además deseo que me respetes, ¡eso!» ¿No es así, no es así lo que digo?...

Piotr Petróvich se reía escuchándolo, pero sin especial entusiasmo. Hasta escuchaba poco. De verdad estaba pensando en otra cosa, y hasta Lebeziátnikov por fin lo notó. Piotr Petróvich estaba incluso agitado, se frotaba las manos, se quedaba pensativo. Todo eso Andréi Semiónovich lo comprendió y lo recordó después...

Notas

1. Knop: tienda elegante de Petersburgo, como el Almacén Inglés.

2. «Distingamos».

3. Nikolái Dobroliúbov y, más abajo, Vissarión Belinski, críticos rusos venerados por la juventud radical.

4. Billetes de cincuenta rublos (grises) y de cien (irisados).

Quinta parte. Capítulo II

Sería difícil señalar con exactitud las causas por las que en la cabeza trastornada de Katerina Ivánovna nació la idea de esa comida de difuntos tan disparatada. En efecto, en ella se habían despilfarrado casi diez rublos de los veinte y pico recibidos de Raskólnikov propiamente para el entierro de Marmeládov. Quizá Katerina Ivánovna se consideraba obligada ante el difunto a honrar su memoria «como corresponde», para que supieran todos los inquilinos, y Amalia Ivánovna en especial, que él «no solo no era para nada peor que ellos, sino quizá todavía mucho mejor, señor», y que ninguno de ellos tenía derecho a «levantarle la nariz». Quizá lo que más influyó aquí fue ese orgullo particular de los pobres por el cual, en ciertos ritos sociales, obligatorios en nuestras costumbres para todos y cada uno, muchos pobres se esfuerzan hasta el último aliento y gastan los últimos kopeks ahorrados con tal de no ser «menos que los demás» y de que esos otros no los «critiquen» de algún modo. Es también muy probable que a Katerina Ivánovna se le antojara, precisamente en esa ocasión, precisamente en el momento en que, al parecer, todo el mundo la había abandonado, mostrarles a todos esos «inquilinos insignificantes y repugnantes» no solo que ella «sabía vivir y sabía recibir», sino que ni

siquiera había sido educada para semejante suerte, sino que había sido educada en una «casa noble, y hasta se puede decir aristocrática, de coronel», y que de ningún modo se había preparado para barrer ella misma el piso y lavar de noche los trapos de los niños. Esos paroxismos de orgullo y de vanidad visitan a veces a las personas más pobres y oprimidas y, de cuando en cuando, se convierten en ellas en una necesidad irritable e incontenible. Y Katerina Ivánovna, además, no era de las oprimidas: a ella las circunstancias podían matarla del todo, pero oprimirla moralmente, es decir, intimidarla y someter su voluntad, eso no se podía. Además, Sóniechka decía de ella, con mucho fundamento, que se le trastornaba la razón. Es verdad que eso todavía no se podía afirmar de modo positivo y definitivo, pero en efecto, en los últimos tiempos, durante todo el último año, su pobre cabeza se había atormentado demasiado como para no dañarse aunque fuera en parte. El fuerte desarrollo de la tisis, según dicen los médicos, también favorece la perturbación de las facultades mentales.

Vinos, en plural y de muchas clases, no había, ni madeira tampoco: eso era una exageración, pero vino había. Había vodka, ron y vino de Lisboa, todo de pésima calidad, pero todo en cantidad suficiente. De comida, además de la kutiá[1], había tres o cuatro platos (entre otros, también blinis), todos de la cocina de Amalia Ivánovna, y además se pusieron a la vez dos samovares para el té y el ponche previstos para después de la comida. Las compras las había dispuesto la propia Katerina Ivánovna, con ayuda de un inquilino, un polaquito lastimoso que vivía Dios sabe para qué en casa de la señora Lippewechsel, que enseguida se había agregado a Katerina Ivánovna para hacerle los mandados y había corrido todo el día anterior y toda esa mañana a toda carrera y con la lengua afuera, al parecer

esforzándose especialmente para que se notara esta última circunstancia. Por cualquier nimiedad acudía a cada minuto a la misma Katerina Ivánovna, hasta corría a buscarla al Gostini Dvor[2], la llamaba sin cesar «pani jorúnzhina»[3] y terminó por hartarla del todo, aunque al principio ella decía que sin ese hombre «servicial y generoso» habría estado completamente perdida. Estaba en el carácter de Katerina Ivánovna vestir enseguida al primero que se le cruzara con los colores más hermosos y vivos, alabarlo hasta el punto de que a alguno le daba incluso vergüenza, inventar en su elogio diversas circunstancias que no existían en absoluto, creer ella misma con toda sinceridad y de todo corazón en su realidad y después de pronto, de golpe, desengañarse, cortar, escupir y echar a empujones a la persona a la que, apenas unas horas antes, literalmente adoraba. Por naturaleza era de carácter risueño, alegre y pacífico, pero a fuerza de desgracias y fracasos incesantes había llegado a desear y exigir con tanta furia que todos vivieran en paz y alegría y no se atrevieran a vivir de otro modo, que la más leve disonancia en la vida, el más mínimo fracaso, empezaron a llevarla enseguida casi al frenesí, y en un instante, tras las esperanzas y las fantasías más brillantes, empezaba a maldecir el destino, a romper y tirar todo lo que le caía en las manos y a golpearse la cabeza contra la pared. También Amalia Ivánovna adquirió de pronto, por alguna razón, una importancia extraordinaria y un respeto extraordinario por parte de Katerina Ivánovna, quizá solo porque se había emprendido esta comida de difuntos y Amalia Ivánovna había decidido de todo corazón participar en todos los trajines: se encargó de poner la mesa, de proporcionar la mantelería, la vajilla, etcétera, y de preparar la comida en su cocina. Katerina Ivánovna le había dado plenos poderes y la había

dejado en su lugar al irse ella misma al cementerio. En efecto, todo estaba preparado a lo grande: la mesa estaba puesta hasta con bastante pulcritud; la vajilla, los tenedores, los cuchillos, las copitas, los vasos, las tazas, todo eso, desde luego, era de acá y de allá, de distintos modelos y tamaños, de distintos inquilinos, pero todo estaba a la hora señalada en su lugar, y Amalia Ivánovna, sintiendo que había cumplido magníficamente su cometido, recibió a los que volvían incluso con cierto orgullo, toda emperifollada, con una cofia con cintas de luto nuevas y vestido negro. Ese orgullo, aunque merecido, por alguna razón no le gustó a Katerina Ivánovna: «¡De verdad, como si sin Amalia Ivánovna no hubieran sabido ni poner la mesa!». Tampoco le gustó la cofia de cintas nuevas: «¿No estará orgullosa, a lo mejor, esta alemana tonta de ser la casera y de haber aceptado por caridad ayudar a unos inquilinos pobres? ¡Por caridad! ¡Habrase visto! En casa del papá de Katerina Ivánovna, que era coronel y casi casi gobernador, la mesa se ponía a veces para cuarenta personas, de modo que a una Amalia Ivánovna cualquiera, o mejor dicho Liúdvigovna, allí no la habrían dejado entrar ni en la cocina...». Por lo demás, Katerina Ivánovna resolvió no expresar por el momento sus sentimientos, aunque decidió en su corazón que a Amalia Ivánovna habría que bajarle los humos sin falta ese mismo día y recordarle cuál era su verdadero lugar, porque si no se iba a imaginar Dios sabe qué de sí misma; entretanto, la trató solo con frialdad. Otro disgusto contribuyó también en parte a la irritación de Katerina Ivánovna: al entierro, de los inquilinos invitados al entierro, aparte del polaquito, que había alcanzado a pasar corriendo también por el cementerio, no fue casi nadie; y a la comida de difuntos, es decir, a la comida fría, se presentaron de entre ellos todos los más insignificantes y

pobres, muchos de ellos ni siquiera en sus cabales, así, una porquería. Los de más edad y más respetables, todos, como a propósito, como si se hubieran puesto de acuerdo, faltaron. Piotr Petróvich Luzhin, por ejemplo, el más respetable, se puede decir, de todos los inquilinos, no se presentó, y sin embargo ya la víspera por la noche Katerina Ivánovna había alcanzado a contarle a todo el mundo, es decir, a Amalia Ivánovna, a Pólechka, a Sonia y al polaquito, que era un hombre nobilísimo, generosísimo, con relaciones enormísimas y con fortuna, antiguo amigo de su primer marido, recibido en casa de su padre, y que había prometido emplear todos los medios para conseguirle una pensión considerable. Observemos aquí que si Katerina Ivánovna se jactaba de las relaciones y la fortuna de alguien, lo hacía sin ningún interés, sin ningún cálculo personal, de manera completamente desinteresada, por así decirlo, de la plenitud del corazón, por el solo placer de alabar y de darle todavía más valor al alabado. Detrás de Luzhin, y probablemente «siguiendo su ejemplo», no se presentó tampoco «ese canalla asqueroso de Lebeziátnikov». «¿Y este qué se cree? Solo lo invitaron por caridad, y eso porque vive en la misma habitación que Piotr Petróvich y es conocido suyo, así que era incómodo no invitarlo». No se presentó tampoco una señora de tono con su «doncella demasiado madura», su hija, que aunque vivían solo desde hacía unas dos semanas en los cuartos de Amalia Ivánovna, ya se habían quejado varias veces del ruido y los gritos que salían de la habitación de los Marmeládov, sobre todo cuando el difunto volvía borracho a casa, cosa que, desde luego, había llegado ya a oídos de Katerina Ivánovna a través de la misma Amalia Ivánovna cuando esta, peleándose con Katerina Ivánovna y amenazando con echar a toda la familia, gritaba a

todo pulmón que molestaban a unos «inquilinos nobles, a los que no les llegaban ni a los pies». Katerina Ivánovna había resuelto ahora invitar a propósito a esa señora y a su hija, a las que «supuestamente no les llegaba ni a los pies», tanto más cuanto que hasta entonces, en los encuentros casuales, la señora le daba altivamente la espalda; así que, para que supiera que aquí «se piensa y se siente con más nobleza, y se invita sin guardar rencor», y para que vieran que Katerina Ivánovna estaba acostumbrada a vivir en otra suerte muy distinta. Eso se suponía que se les explicaría sin falta en la mesa, igual que lo del cargo de gobernador del difunto papá, y al mismo tiempo se observaría indirectamente que no había motivo para darle la espalda en los encuentros y que eso había sido sumamente estúpido. Tampoco vino el teniente coronel gordo (en realidad, capitán segundo retirado), pero resultó que estaba «sin poder tenerse en pie» desde la mañana del día anterior. En una palabra, se presentaron solo: el polaquito; después un escribientillo mezquino, sin palabras, de frac grasiento, con granos y con un olor repugnante; después también un viejito sordo y casi completamente ciego, que alguna vez había servido en no sé qué oficina de correos y al que alguien, desde tiempos inmemoriales y sin que se supiera para qué, mantenía en casa de Amalia Ivánovna. Se presentó también un teniente retirado borracho, en realidad un funcionario de intendencia, con la risotada más indecente y estruendosa y, «imagínense», ¡sin chaleco! Uno se sentó directamente a la mesa, sin siquiera saludar a Katerina Ivánovna, y, por último, un individuo, por falta de ropa, se presentó en bata, pero eso ya era tan indecente que, gracias a los esfuerzos de Amalia Ivánovna y del polaquito, consiguieron sacarlo. El polaquito, por lo demás, trajo consigo a otros dos polaquitos, que nunca

habían vivido en casa de Amalia Ivánovna y a los que nadie había visto hasta entonces en los cuartos. Todo eso irritó de un modo extraordinariamente desagradable a Katerina Ivánovna. «¿Para quién se hicieron entonces todos los preparativos?». Hasta a los niños, para ganar lugar, no los sentaron a la mesa, que ya ocupaba toda la habitación, sino que les pusieron la mesa en el rincón del fondo, sobre un baúl, y a las dos pequeñas las sentaron en un banquito, y Pólechka, como mayor, tenía que cuidarlas, darles de comer y limpiarles las naricitas, «como a niños nobles». En una palabra, Katerina Ivánovna, quieras que no, tuvo que recibir a todos con redoblada importancia e incluso con altanería. A algunos los examinó con especial severidad y los invitó desde lo alto a sentarse a la mesa. Considerando, por alguna razón, que Amalia Ivánovna tenía que responder por todos los que no habían venido, empezó de pronto a tratarla con un descuido extremo, cosa que esta notó enseguida y que la picó en extremo. Semejante comienzo no presagiaba un buen final. Por fin se sentaron.

Raskólnikov entró casi en el mismo momento en que volvían del cementerio. Katerina Ivánovna se alegró terriblemente de verlo, en primer lugar porque era el único «invitado instruido» de todos los invitados y, «como se sabe, se preparaba para ocupar dentro de dos años una cátedra de profesor en la universidad de aquí», y en segundo lugar porque se disculpó con ella enseguida y respetuosamente por no haber podido estar en el entierro, a pesar de todo su deseo. Ella se le echó encima sin más, lo sentó a la mesa a su lado, a la izquierda (a la derecha se sentó Amalia Ivánovna), y, a pesar del ajetreo y los trajines incesantes para que la comida se sirviera como es debido y a todos les tocara, a pesar de la tos torturante que a cada

minuto la interrumpía y la ahogaba y que, al parecer, se le había arraigado especialmente en esos dos últimos días, se dirigía sin cesar a Raskólnikov y a media voz se apresuraba a desahogar ante él todos los sentimientos acumulados en ella y toda su justa indignación por la comida de difuntos malograda; y la indignación se alternaba a menudo con la risa más alegre, más incontenible, a costa de los invitados reunidos, pero sobre todo a costa de la propia casera.

—La culpa de todo la tiene ese cuclillo. Usted entiende de quién hablo: ¡de ella, de ella! —Y Katerina Ivánovna le señaló con la cabeza a la casera—. Mírela: abrió los ojos de par en par, siente que hablamos de ella, pero no puede entender y saca los ojos afuera. ¡Fu, lechuza! ¡Ja, ja, ja!... ¡Ejem, ejem, ejem! ¿Y qué quiere mostrar con esa cofita? ¡Ejem, ejem, ejem! ¿Notó usted que tiene ganas de que todos piensen que me protege y que me hace un honor con estar presente? Le pedí, como a una persona decente, que invitara a gente mejor, y precisamente a los conocidos del difunto, y mire a quién trajo: ¡unos payasos!, ¡unos adefesios! Mire a ese de la cara sucia: ¡es un moco con dos patas! Y esos polaquitos... ¡ja, ja, ja! ¡Ejem, ejem, ejem! Nadie, nadie los vio nunca aquí, y yo nunca los vi; ¿y a qué vinieron, le pregunto yo? Están sentados muy formales, uno al lado del otro. ¡Eh, pane! —le gritó de pronto a uno de ellos—, ¿tomó blinis? ¡Tome más! ¡Tome cerveza, cerveza! ¿No quiere vodka? Mire: se levantó de un salto, hace reverencias, mire, mire: deben de estar muertos de hambre, ¡pobres! No importa, que coman. Por lo menos no hacen ruido, solo que... solo que, la verdad, ¡temo por las cucharas de plata de la casera!... ¡Amalia Ivánovna! —se dirigió de pronto a ella, casi en voz alta—, si por casualidad le roban las cucharas, yo no respondo por ellas, ¡se lo advierto de antemano! ¡Ja, ja,

ja! —estalló en risas, volviéndose otra vez a Raskólnikov, otra vez señalándole con la cabeza a la casera y alegrándose de su ocurrencia—. ¡No entendió, otra vez no entendió! Está sentada con la boca abierta, mire: una lechuza, una verdadera lechuza, un mochuelo con cintas nuevas, ¡ja, ja, ja!

Aquí la risa volvió a convertirse en una tos insoportable que duró cinco minutos. En el pañuelo quedó algo de sangre, en la frente le brotaron gotas de sudor. En silencio le mostró la sangre a Raskólnikov y, apenas recobró el aliento, enseguida volvió a susurrarle con extraordinaria animación y con manchas rojas en las mejillas:

—Mire, le di el encargo más delicado, se puede decir, de invitar a esa señora y a su hija, ¿entiende de quién hablo? Ahí hacía falta comportarse del modo más delicadísimo, actuar de la manera más hábil, y ella hizo las cosas de tal modo que esa tonta forastera, esa criatura engreída, esa provinciana insignificante, solo porque es no sé qué viuda de un mayor y vino a gestionar una pensión y a gastarse el ruedo de la falda por las oficinas públicas, porque a los cincuenta y cinco años se tiñe las cejas, se pone albayalde y colorete (eso se sabe)... y semejante criatura no solo no tuvo a bien presentarse, sino que ni siquiera mandó disculparse, ya que no podía venir, como en estos casos lo exige la cortesía más elemental. No entiendo por qué no vino tampoco Piotr Petróvich. ¿Pero dónde está Sonia? ¿Adónde se fue? ¡Ah, aquí está por fin! ¿Qué pasa, Sonia, dónde estabas? Es extraño que seas tan poco puntual incluso en el entierro de tu padre. Rodión Románich, déjela sentarse a su lado. Ese es tu lugar, Sóniechka... sírvete lo que quieras. Toma de la gelatina, es lo mejor. Enseguida traen los blinis. ¿Y a los niños les dieron? Pólechka, ¿tienen ahí de todo? ¡Ejem, ejem, ejem! Bueno, está bien. Pórtate bien, Lionia, y tú, Kolia, no balancees

las piernitas; siéntate como debe sentarse un niño noble. ¿Qué dices, Sóniechka?

Sonia se apresuró a transmitirle enseguida las disculpas de Piotr Petróvich, procurando hablar en voz alta para que todos pudieran oír y empleando las expresiones más escogidamente respetuosas, incluso inventadas a propósito en nombre de Piotr Petróvich y adornadas por ella. Añadió que Piotr Petróvich le había encargado especialmente decir que, en cuanto le fuera posible, vendría de inmediato para hablar a solas de los asuntos y ponerse de acuerdo sobre lo que se podía hacer y emprender en adelante, etcétera, etcétera.

Sonia sabía que eso apaciguaría y calmaría a Katerina Ivánovna, la halagaría y, sobre todo, satisfaría su orgullo. Se sentó al lado de Raskólnikov, a quien saludó de prisa con una inclinación, y le echó una mirada fugaz y curiosa. Por lo demás, durante todo el resto del tiempo evitó de algún modo mirarlo y hablarle. Estaba como distraída, aunque no apartaba la vista de la cara de Katerina Ivánovna, para complacerla. Ni ella ni Katerina Ivánovna estaban de luto, por falta de vestidos; Sonia llevaba uno marrón, más bien oscuro, y Katerina Ivánovna su único vestido, de percal, oscurito, a rayas. La noticia sobre Piotr Petróvich pasó como sobre ruedas. Tras escuchar a Sonia con importancia, Katerina Ivánovna, con la misma importancia, se informó de cómo andaba de salud Piotr Petróvich. Después, de inmediato y casi en voz alta, le susurró a Raskólnikov que en efecto habría sido extraño que un hombre respetable y sólido como Piotr Petróvich cayera en una «compañía tan extraordinaria», a pesar incluso de toda su devoción por su familia y de su vieja amistad con su papá.

—Por eso le estoy especialmente agradecida, Rodión Románich, de

que no haya desdeñado mi pan y mi sal, ni siquiera en estas condiciones —añadió casi en voz alta—; por lo demás, estoy segura de que solo su amistad especial con mi pobre difunto lo movió a cumplir su palabra.

Después volvió a examinar una vez más con orgullo y dignidad a sus invitados y de pronto, con especial solicitud, le preguntó en voz alta y por encima de la mesa al viejito sordo: «¿No quiere más asado, y le dieron vino de Lisboa?». El viejito no contestó y durante largo rato no pudo entender qué le preguntaban, aunque los vecinos, para reírse, hasta empezaron a sacudirlo. Él solo miraba alrededor con la boca abierta, con lo que avivó todavía más la alegría general.

—¡Mire qué zopenco! ¡Mire, mire! ¿Y para qué lo trajeron? En cuanto a Piotr Petróvich, yo siempre estuve segura de él —prosiguió Katerina Ivánovna dirigiéndose a Raskólnikov—, y desde luego no se parece... —se dirigió brusca y ruidosamente y con un aire extraordinariamente severo a Amalia Ivánovna, con lo que esta hasta se intimidó—, no se parece a esas descocadas emperifolladas suyas, a las que en casa de mi papá no habrían tomado de cocineras en la cocina, y a las que mi difunto marido, desde luego, les habría hecho un honor recibiéndolas, y eso solo por su bondad inagotable.

—¡Sí, señora, le gustaba beber, señora; eso le gustaba, señora, empinaba, señora! —gritó de pronto el de intendencia retirado, vaciando la duodécima copita de vodka.

—Mi difunto marido, en efecto, tenía esa debilidad, y eso lo sabe todo el mundo —se le prendió de pronto Katerina Ivánovna—, pero era un hombre bueno y noble, que amaba y respetaba a su familia; lo único malo es que por su bondad se fiaba demasiado de toda clase de gente depravada,

¡y Dios sabe con quién no bebió, con gente que no le llegaba ni a la suela de los zapatos! Imagínese, Rodión Románovich, le encontraron en el bolsillo un gallito de pan de especias: iba muerto de borracho, y se acordaba de los niños.

—¿Un ga-lli-to? ¿Usted tuvo a bien decir: un ga-lli-to? —gritó el señor de intendencia.

Katerina Ivánovna no se dignó responderle. Se quedó pensando en algo y suspiró.

—Seguramente usted piensa, como todos, que yo era demasiado severa con él —prosiguió, dirigiéndose a Raskólnikov—. ¡Pero no es así! ¡Él me respetaba, me respetaba mucho, mucho! ¡Era un hombre de buen corazón! ¡Y a veces daba tanta lástima! Estaba sentado, a veces, mirándome desde el rincón, y me daba tanta lástima, daban ganas de acariciarlo, y después pensaba para mí: «Lo acaricio y se vuelve a emborrachar»; solo con severidad se lo podía contener un poco.

—Sí, señora, había tirones de pelo, señora, había, señora, en más de una ocasión, señora —volvió a bramar el de intendencia, y se echó al cuerpo otra copita de vodka.

—No solo a tirones de pelo, sino hasta a escobazos convendría tratar a ciertos tontos. ¡No hablo ahora del difunto! —le cortó Katerina Ivánovna al de intendencia.

Las manchas rojas de sus mejillas ardían cada vez más; el pecho le subía y le bajaba. Un minuto más, y ya estaba dispuesta a armar un escándalo. Muchos soltaban risitas; a muchos, por lo visto, aquello les resultaba agradable. Al de intendencia empezaron a darle codazos y a susurrarle algo. Era evidente que querían azuzarlos.

—Pe-e-ermítame preguntarle, ¿eso por quién lo dice, señora? —empezó el de intendencia—, es decir, a costa de quién... a costa noble de quién... tuvo usted a bien hace un momento... ¡Aunque no hace falta! ¡Tonterías! ¡Viuda! ¡Viudita! Perdono... ¡Paso! —Y se zampó otra vodka.

Raskólnikov estaba sentado y escuchaba en silencio y con repugnancia. En cuanto a comer, apenas tocaba, por cortesía, los bocados que Katerina Ivánovna le ponía a cada minuto en el plato, y eso solo para no ofenderla. Observaba fijamente a Sonia. Pero Sonia estaba cada vez más inquieta y preocupada; también ella presentía que la comida de difuntos no terminaría en paz y seguía con miedo la irritación creciente de Katerina Ivánovna. Sabía, entre otras cosas, que la causa principal por la que las dos señoras forasteras habían tratado con tanto desprecio la invitación de Katerina Ivánovna era ella, Sonia. Había oído de boca de la misma Amalia Ivánovna que la madre hasta se había ofendido con la invitación y había planteado la pregunta: «¿Cómo podría sentar a su hija al lado de esa señorita?». Sonia presentía que Katerina Ivánovna ya lo sabía de algún modo, y una ofensa a ella, a Sonia, significaba para Katerina Ivánovna más que una ofensa a ella personalmente, a sus hijos, a su papá; en una palabra, era una ofensa mortal, y Sonia sabía que Katerina Ivánovna ya no se calmaría «hasta demostrarles a esas descocadas que las dos eran...», etcétera, etcétera. Como a propósito, alguien le pasó a Sonia desde la otra punta de la mesa un plato con dos corazones modelados en pan negro, atravesados por una flecha. Katerina Ivánovna se encendió y enseguida observó en voz alta, por encima de la mesa, que el que lo había pasado era, desde luego, «un asno borracho». Amalia Ivánovna, que también presentía algo malo y al mismo tiempo estaba ofendida en lo más hondo

del alma por la altanería de Katerina Iványovna, para desviar en otra dirección el ánimo desagradable de la concurrencia y, de paso, para elevarse en la opinión general, empezó de pronto, sin venir a cuento, a contar que un conocido suyo, «Karl de la botica», había ido de noche en un coche de alquiler y que «el cochero quiso lo matar y que Karl le mucho, mucho rogó que no lo mataba, y lloró, y manos juntó, y asustó, y del miedo corazón le atravesó». Katerina Iványovna, aunque sonrió, observó enseguida que Amalia Iványovna no debería contar anécdotas en ruso. Esta se ofendió todavía más y replicó que su «Vater aus Berlin fue mucho, mucho importante hombre y siempre manos en bolsillos metía». La risueña Katerina Iványovna no aguantó y soltó una carcajada terrible, de modo que Amalia Iványovna empezaba ya a perder la última paciencia y apenas se contenía.

—¡Qué mochuelo! —volvió a susurrarle enseguida Katerina Iványovna a Raskólnikov, casi alegre—. Quiso decir que andaba con las manos en los bolsillos, y le salió que metía la mano en los bolsillos ajenos, ¡ejem, ejem! ¿Y notó usted, Rodión Románovich, de una vez para siempre, que todos estos extranjeros de Petersburgo, es decir, sobre todo los alemanes, que vienen de no se sabe dónde, son todos más tontos que nosotros? Pero convenga conmigo, ¿se puede contar que «Karl de la botica del miedo corazón le atravesó» y que él (¡mocoso!), en lugar de atar al cochero, «manos juntó y lloró y mucho rogó»? ¡Ay, qué boba! ¡Y encima cree que es muy conmovedor, y no sospecha lo tonta que es! A mi parecer, este borracho de intendencia es mucho más inteligente que ella; por lo menos se ve que es un perdido que se bebió hasta el último resto de juicio, y en cambio estos son todos tan formales, tan serios... Mire cómo está sentada, con los ojos

afuera. ¡Se enoja! ¡Se enoja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ejem, ejem, ejem!

Ya alegre, Katerina Ivánovna se dejó llevar enseguida por diversos detalles y de pronto se puso a hablar de cómo, con ayuda de la pensión que conseguiría, abriría sin falta en su ciudad natal, T..., un pensionado para señoritas nobles. Katerina Ivánovna todavía no se lo había comunicado a Raskólnikov, y enseguida se dejó llevar por los detalles más seductores. No se sabe cómo, de pronto apareció en sus manos aquel mismo «diploma de honor» del que le había hablado a Raskólnikov el difunto Marmeládov, explicándole en la taberna que Katerina Ivánovna, su esposa, en la ceremonia de graduación del instituto, había bailado la danza del chal «ante el gobernador y otras personalidades». Ese diploma de honor, evidentemente, debía servir ahora de testimonio del derecho de Katerina Ivánovna a abrir ella misma un pensionado; pero, sobre todo, lo había preparado con el fin de aplastar definitivamente a «las dos descocadas emperifolladas», en caso de que vinieran a la comida de difuntos, y demostrarles claramente que Katerina Ivánovna era de la casa más noble, «y hasta se puede decir aristocrática, hija de coronel, y seguramente mejor que ciertas aventureras que tanto se han multiplicado en los últimos tiempos». El diploma de honor pasó enseguida de mano en mano entre los invitados borrachos, cosa que Katerina Ivánovna no impidió, porque en él en efecto se indicaba, en toutes lettres[4], que ella era hija de un consejero de corte y caballero de una orden y, por consiguiente, de verdad casi hija de coronel. Inflamada, Katerina Ivánovna se extendió de inmediato sobre todos los detalles de la futura vida hermosa y tranquila en T...; sobre los profesores del gimnasio a los que invitaría a dar clases en su pensionado; sobre un respetable viejito, un francés, Mangot, que le había enseñado

francés a la misma Katerina Ivánovna en el instituto y que todavía ahora vivía sus últimos años en T... y seguramente iría a trabajar con ella por el precio más razonable. Llegó por fin el turno también de Sonia, «que se iría a T... junto con Katerina Ivánovna y la ayudaría allí en todo». Pero en ese momento alguien resopló de pronto en la punta de la mesa. Katerina Ivánovna, aunque procuró enseguida aparentar que no notaba con desdén la risa surgida en la punta de la mesa, enseguida, levantando la voz a propósito, se puso a hablar con animación de las indudables aptitudes de Sofía Semiónovna para servirle de ayudante, «de su mansedumbre, su paciencia, su abnegación, su nobleza y su instrucción», y al mismo tiempo le dio unas palmaditas a Sonia en la mejilla y, incorporándose, la besó con ardor dos veces. Sonia se encendió, y Katerina Ivánovna de pronto se echó a llorar, observando allí mismo sobre sí misma que «era una tonta con los nervios débiles y que estaba demasiado alterada, que era hora de terminar, y que, como la comida ya había terminado, habría que servir el té». En ese mismo momento, Amalia Ivánovna, ya definitivamente ofendida de no haber tomado la menor parte en toda la conversación y de que ni siquiera la escucharan, se arriesgó de pronto a un último intento y, con angustia secreta, se atrevió a comunicarle a Katerina Ivánovna una observación sumamente sensata y profunda: que en el futuro pensionado había que prestar especial atención a la ropa blanca limpia de las señoritas (die Wäsche) y que «sin falta tiene que estar una buena señora (die Dame) que bien la ropa mira», y segundo, «que todas jóvenes señoritas a escondidas de noche ninguna novela no leen». Katerina Ivánovna, que en efecto estaba alterada y muy cansada y que ya estaba completamente harta de la comida de difuntos, enseguida le «cortó» a Amalia Ivánovna que esta

«decía disparates» y no entendía nada; que ocuparse de die Wäsche era asunto de la encargada de la ropa blanca y no de la directora de un pensionado noble; y que, en cuanto a la lectura de novelas, eso ya era sencillamente una indecencia, y que le pedía que se callara. Amalia Ivánovna se encendió y, enfurecida, observó que ella solo «bien quería» y que «mucho, mucho bien quería», y que a ella «por vivienda hace mucho Geld no paga». Katerina Ivánovna enseguida le «bajó los humos», diciéndole que mentía al decir que «bien quería», porque todavía la víspera, cuando el difunto todavía yacía sobre la mesa, la había atormentado por el alquiler. A esto Amalia Ivánovna observó de manera muy consecuente que ella «a esas damas invitó, pero que esas damas no vino, porque esas damas son damas nobles y no pueden venir a dama no noble». Katerina Ivánovna enseguida le «subrayó» que, como ella era una fregona, no podía juzgar qué era la verdadera nobleza. Amalia Ivánovna no lo soportó y declaró enseguida que su «Vater aus Berlin fue mucho, mucho importante hombre y las dos manos en bolsillos metía y todo hacía así: ¡puf!, ¡puf!», y, para representar más eficazmente a su Vater, Amalia Ivánovna se levantó de un salto de la silla, se metió las dos manos en los bolsillos, infló los carrillos y se puso a emitir con la boca unos sonidos indefinidos, parecidos a puf-puf, entre las sonoras carcajadas de todos los inquilinos, que alentaban a propósito a Amalia Ivánovna con su aprobación, presintiendo la pelea. Pero eso ya no lo pudo soportar Katerina Ivánovna, y de inmediato, para que todos lo oyeran, «le espetó» que Amalia Ivánovna quizá nunca había tenido ningún Vater, sino que Amalia Ivánovna era simplemente una chujonka[5] borracha de Petersburgo y que seguramente antes había trabajado de cocinera en algún lado, o tal

vez algo peor. Amalia Ivánovna se puso roja como un cangrejo y chilló que quizá era Katerina Ivánovna la que «nunca Vater no tuvo; y que ella tuvo Vater aus Berlin, y así largo levita llevaba, y todo hacía: ¡puf, puf, puf!». Katerina Ivánovna observó con desprecio que su origen lo conocía todo el mundo y que en ese mismo diploma de honor estaba indicado en letras de imprenta que su padre era coronel; y que el padre de Amalia Ivánovna (si es que había tenido algún padre) seguramente era algún chujonets de Petersburgo, que vendía leche; y lo más probable era que no hubiera tenido padre en absoluto, porque todavía hoy no se sabía cuál era el patronímico de Amalia Ivánovna: ¿Ivánovna o Liúdvigovna? Entonces Amalia Ivánovna, enfurecida definitivamente y golpeando con el puño sobre la mesa, se puso a chillar que ella era Amal-Iván y no Liúdvigovna, que su Vater «se llamaba Johann y que fue burmaestre», y que el Vater de Katerina Ivánovna «nunca jamás no fue burmaestre». Katerina Ivánovna se levantó de la silla y con severidad, con voz al parecer tranquila (aunque toda pálida y con el pecho que le subía hondo), le observó que si se atrevía aunque fuera una sola vez más a «poner en el mismo plano a su miserable Vatercito con su papá, ella, Katerina Ivánovna, le arrancaría la cofita y la pisotearía». Al oír esto, Amalia Ivánovna se echó a correr por la habitación, gritando con todas sus fuerzas que ella era la casera y que Katerina Ivánovna «en este minuto se muda de vivienda»; después se lanzó, no se sabe para qué, a recoger de la mesa las cucharas de plata. Se armó un barullo y un estrépito; los niños se echaron a llorar. Sonia se lanzó a contener a Katerina Ivánovna; pero cuando Amalia Ivánovna de pronto gritó algo sobre la cartilla amarilla, Katerina Ivánovna apartó a Sonia de un empujón y se lanzó hacia Amalia Ivánovna para cumplir de inmediato su

amenaza respecto de la cofita. En ese momento se abrió la puerta, y en el umbral de la habitación apareció de pronto Piotr Petróvich Luzhin. Estaba de pie y examinaba a toda la concurrencia con una mirada severa y atenta. Katerina Ivánovna se lanzó hacia él.

Notas

1. Kutiá: trigo o arroz cocido con miel y pasas, plato ritual de los funerales rusos.

2. Gostini Dvor: la gran galería comercial de la avenida Nevski.

3. Pani: «señora» en polaco (pane, «señor»). Jorúnzhina: mujer de un jorúnzhi, alférez.

4. «Con todas las letras».

5. Chujonka (masculino chujonets): nombre despectivo de los fineses de los alrededores de Petersburgo.

Quinta parte. Capítulo III

—¡Piotr Petróvich! —gritó—. ¡Defiéndame usted al menos! Hágale entender a esta criatura estúpida que no se atreve a tratar así a una dama noble en la desgracia, que para eso hay tribunales... iré a ver al mismísimo gobernador general... Ella me las pagará... En recuerdo del pan y la sal de mi padre, defienda a los huérfanos.

—Permítame, señora... Permítame, permítame, señora —la rechazaba con la mano Piotr Petróvich—. A su papá, como usted sabe, nunca tuve el honor de conocerlo... ¡permítame, señora! (alguien soltó una sonora carcajada), y en sus incesantes disputas con Amalia Ivánovna no tengo intención de participar, señora... Vengo por un asunto mío... y deseo tener una explicación, de inmediato, con su hijastra, Sofía... Ivánovna... ¿Así es, me parece? Permítame pasar, señora...

Y Piotr Petróvich, rodeando de costado a Katerina Ivánovna, se dirigió al rincón opuesto, donde estaba Sonia.

Katerina Ivánovna se quedó en el lugar en que estaba, como fulminada por un rayo. No podía entender cómo Piotr Petróvich había podido renegar del pan y la sal de su papá. Una vez inventados ese pan y esa sal, ya creía en ellos religiosamente. La impresionó también el tono práctico, seco,

lleno incluso de una especie de amenaza despectiva, de Piotr Petróvich. Y todos, además, se fueron callando poco a poco ante su aparición. Además de que ese hombre «práctico y serio» desentonaba demasiado bruscamente con toda la concurrencia, además de eso se veía que había venido por algo importante, que probablemente alguna causa extraordinaria podía haberlo atraído a semejante compañía y que, por lo tanto, algo iba a suceder enseguida, algo iba a pasar. Raskólnikov, que estaba al lado de Sonia, se apartó para dejarlo pasar; Piotr Petróvich, al parecer, no lo notó en absoluto. Al cabo de un minuto apareció en el umbral también Lebeziátnikov; no entró en la habitación, sino que se detuvo también con una especie de curiosidad particular, casi con asombro; escuchaba, pero al parecer durante largo rato no conseguía entender algo.

—Disculpen que quizá los interrumpa, pero el asunto es bastante importante, señores —observó Piotr Petróvich, sin dirigirse a nadie en particular—. Hasta me alegro de que haya público. Amalia Ivánovna, le ruego encarecidamente que, en su calidad de dueña de la vivienda, preste atención a mi conversación siguiente con Sofía Ivánovna. Sofía Ivánovna —prosiguió, dirigiéndose directamente a Sonia, extraordinariamente asombrada y ya asustada de antemano—, de mi mesa, en la habitación de mi amigo Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, inmediatamente después de su visita, desapareció un billete de crédito del Estado de cien rublos que me pertenecía. Si de un modo u otro usted sabe dónde se encuentra ahora y nos lo indica, le aseguro bajo palabra de honor, y tomo a todos por testigos, que el asunto terminará ahí. En caso contrario, me veré obligado a recurrir a medidas muy serias, y entonces... ¡échese la culpa a sí misma, señora!

Un silencio completo reinó en la habitación. Hasta los niños que lloraban se callaron. Sonia estaba de pie, mortalmente pálida, miraba a Luzhin y no podía responder nada. Era como si todavía no entendiera. Pasaron algunos segundos.

—Y bien, señora, ¿cómo es? —preguntó Luzhin, mirándola fijamente.

—No sé... No sé nada... —pronunció por fin Sonia con voz débil.

—¿No? ¿No sabe? —volvió a preguntar Luzhin, y calló todavía algunos segundos—. Piénselo, mademoiselle —empezó con severidad, pero todavía como exhortándola—, considérelo; estoy dispuesto a darle todavía tiempo para reflexionar. Tenga a bien ver, señora: si no estuviera tan seguro, desde luego, con mi experiencia, no me habría arriesgado a acusarla tan directamente; pues por una acusación semejante, directa y pública, pero falsa o incluso solo equivocada, yo mismo, en cierto sentido, respondo. Eso lo sé. Esta mañana cambié, para mis necesidades, unos cuantos bonos al cinco por ciento por la suma, nominalmente, de tres mil rublos. La cuenta la tengo anotada en la billetera. Al llegar a casa, yo (testigo de ello es Andréi Semiónovich) me puse a contar el dinero y, después de contar dos mil trescientos rublos, los guardé en la billetera, y la billetera en el bolsillo lateral de la levita. Sobre la mesa quedaban unos quinientos rublos en billetes de crédito, y entre ellos tres billetes de cien rublos cada uno. En ese momento llegó usted (llamada por mí), y todo el tiempo que estuvo después en mi casa se mostró extraordinariamente turbada, tanto que hasta tres veces, en medio de la conversación, se levantó y se apresuró, por algún motivo, a irse, aunque nuestra conversación todavía no había terminado. Andréi Semiónovich puede atestiguar todo esto. Probablemente usted misma, mademoiselle, no se negará a confirmar

y declarar que yo la llamé, por medio de Andréi Semiónovich, únicamente para hablar con usted de la situación desamparada y huérfana de su pariente, Katerina Ivánovna (a cuya comida de difuntos yo no podía asistir), y de lo útil que sería organizar en su favor algo así como una colecta, una lotería o algo parecido. Usted me agradeció y hasta derramó unas lágrimas (lo cuento todo tal como fue, en primer lugar para recordárselo, y en segundo lugar para mostrarle que de mi memoria no se ha borrado ni el menor rasgo). Después tomé de la mesa un billete de crédito de diez rublos y se lo di, en mi nombre, en interés de su pariente y a modo de primera ayuda. Todo eso lo vio Andréi Semiónovich. Después la acompañé hasta la puerta (siempre con la misma turbación por parte de usted), tras lo cual, habiéndome quedado a solas con Andréi Semiónovich y habiendo hablado con él unos diez minutos, Andréi Semiónovich salió, y yo volví a la mesa, con el dinero que estaba encima, con el fin de contarlo y apartarlo, como me había propuesto antes. Para mi asombro, un billete de cien rublos, entre los demás, no estaba. Tenga a bien juzgar: sospechar de Andréi Semiónovich de ningún modo puedo, señora; hasta la suposición me avergüenza. Equivocarme en la cuenta tampoco pude, porque un minuto antes de su llegada, al terminar todas las cuentas, encontré el total exacto. Convenga usted misma en que, recordando su turbación, su prisa por irse y el hecho de que tuvo las manos, durante un tiempo, sobre la mesa; tomando en consideración, por último, su posición social y los hábitos que conlleva, yo, por así decirlo, con horror y hasta contra mi voluntad, me vi obligado a detenerme en una sospecha, desde luego cruel, pero ¡justa, señora! Agregaré además, y repito, que a pesar de toda mi evidente seguridad, comprendo que de todos modos en mi acusación

actual hay cierto riesgo para mí. Pero, como ve, no lo dejé pasar; me levanté y le diré por qué: ¡únicamente, señora, únicamente a causa de su negrísima ingratitud! ¿Cómo? Yo mismo la invito en interés de su pobrísima pariente, yo mismo le entrego mi limosna, en la medida de mis fuerzas, de diez rublos, ¡y usted misma, allí mismo, enseguida, me paga todo eso con semejante acto! No, señora, ¡eso ya no está bien, señora! Hace falta una lección. Juzgue usted; más aún, como verdadero amigo suyo, le ruego (pues en este momento no puede tener mejor amigo), ¡vuelva en sí! ¡De lo contrario, seré inexorable! Y bien, señora, ¿entonces?

—Yo no le saqué nada —susurró Sonia con horror—. Usted me dio diez rublos, aquí están, tómelos. —Sonia sacó del bolsillo el pañuelo, buscó el nudito, lo desató, sacó el billete de diez rublos y le tendió la mano a Luzhin.

—¿Y los otros cien rublos no los va a confesar? —pronunció él con reproche e insistencia, sin aceptar el billete.

Sonia miró alrededor. Todos la miraban con unas caras tan terribles, severas, burlonas, llenas de odio. Miró a Raskólnikov... él estaba de pie junto a la pared, con los brazos cruzados, y la miraba con una mirada de fuego.

—¡Oh, Señor! —se le escapó a Sonia.

—Amalia Ivánovna, habrá que avisar a la policía, y por eso le ruego encarecidamente que mande entretanto a buscar al portero —pronunció Luzhin en voz baja y hasta con cariño.

—¡Gott der Barmherzige[1]! ¡Yo ya sabía que ella robaba! —juntó las manos Amalia Ivánovna.

—¿Usted ya lo sabía? —recogió Luzhin—. Por lo tanto, ya antes tenía

al menos algunos fundamentos para llegar a esa conclusión. Le ruego, respetabilísima Amalia Ivánovna, que recuerde sus palabras, pronunciadas, por lo demás, ante testigos.

De todos lados se levantó de pronto un ruidoso murmullo. Todos se agitaron.

—¡Có-o-mo! —gritó de pronto Katerina Ivánovna, volviendo en sí, y, como si se soltara, se lanzó hacia Luzhin—. ¡Cómo! ¿La acusa de robo? ¿A Sonia? ¡Ah, canallas, canallas! —Y, lanzándose hacia Sonia, la abrazó como en un torno con sus brazos resecos.

—¡Sonia! ¡Cómo te atreviste a aceptarle diez rublos! ¡Oh, tonta! ¡Dámelos! ¡Dame ahora mismo esos diez rublos! ¡Así!

Y, arrancándole a Sonia el billete, Katerina Ivánovna lo estrujó en las manos y se lo tiró con todo el brazo directamente a la cara de Luzhin. La bolita le dio en el ojo y rebotó al suelo. Amalia Ivánovna se lanzó a recoger el dinero. Piotr Petróvich se enojó.

—¡Sujeten a esta loca! —gritó.

En la puerta, en ese momento, junto a Lebeziátnikov, aparecieron algunas personas más, entre las que asomaban también las dos señoras forasteras.

—¡Cómo! ¿Loca? ¿Yo, loca? ¡Imbécil! —chilló Katerina Ivánovna—. ¡Imbécil eres tú, picapleitos, hombre vil! ¡Sonia, Sonia le va a sacar dinero! ¡Sonia, ladrona! ¡Si encima te lo daría ella a ti, imbécil! —Y Katerina Ivánovna soltó una carcajada histérica—. ¿Han visto alguna vez un imbécil así? —se lanzaba hacia todos lados, señalándoles a todos a Luzhin—. ¡Cómo! ¿Y tú también? —vio a la casera—. ¿Y tú también, salchichera, confirmas que ella «robaba», vil pata de gallina prusiana con miriñaque?

¡Ah, ustedes! ¡Ah, ustedes! ¡Si ni siquiera salió de la habitación, y en cuanto volvió de tu casa, canalla, se sentó aquí mismo al lado de Rodión Románovich!... ¡Regístrenla! ¡Si no salió a ninguna parte, el dinero tiene que estar encima de ella! ¡Busca, pues, busca, busca! ¡Pero si no lo encuentras, entonces, perdona, querido, me las vas a pagar! ¡Al soberano, al soberano, al mismísimo zar misericordioso correré, me echaré a sus pies, ahora mismo, hoy mismo! ¡Yo soy huérfana! ¡Me dejarán entrar! ¿Crees que no me dejarán? ¡Mientes, llegaré! ¡Llegaré-é! ¿Contabas con que ella es mansa? ¿En eso confiaste? ¡Pues yo, hermano, en cambio, tengo agallas! ¡Te vas a estrellar! ¡Busca, pues! ¡Busca, busca, vamos, busca!

Y Katerina Ivánovna, en pleno frenesí, zarandeaba a Luzhin, arrastrándolo hacia Sonia.

—Estoy dispuesto, señora, y respondo... ¡pero cálmese, señora, cálmese! ¡Ya veo de sobra que tiene agallas!... Esto... esto... ¿esto cómo es, señora? —balbuceaba Luzhin—. Esto debe hacerse ante la policía, señora... aunque, por lo demás, ahora también hay testigos de sobra... Estoy dispuesto, señora... Pero en todo caso es difícil para un hombre... por razón del sexo... Si fuera con ayuda de Amalia Ivánovna... aunque, por lo demás, las cosas no se hacen así... ¿Esto cómo es, señora?

—¡Que sea quien usted quiera! ¡Que la registre el que quiera! —gritaba Katerina Ivánovna—. ¡Sonia, vuelve los bolsillos del revés! ¡Así, así! ¡Mira, monstruo, este está vacío, aquí estaba el pañuelo, el bolsillo está vacío, ¿ves?! ¡Aquí está el otro bolsillo, así, así! ¡¿Ves?, ¿ves?!

Y Katerina Ivánovna no es que volvió del revés, sino que directamente arrancó hacia afuera los dos bolsillos, uno tras otro. Pero del segundo, el derecho, saltó de pronto un papel y, describiendo una parábola en el aire,

cayó a los pies de Luzhin. Todos lo vieron; muchos gritaron. Piotr Petróvich se agachó, tomó el papel del suelo con dos dedos, lo levantó a la vista de todos y lo desplegó. Era un billete de crédito de cien rublos, doblado en ocho. Piotr Petróvich hizo girar la mano alrededor, mostrándoles a todos el billete.

—¡Ladrona! ¡Fuera de vivienda! ¡Polizei, Polizei! —vociferó Amalia Ivánovna—. ¡A ellos hay que Siberia mandar! ¡Fuera!

De todos lados volaron exclamaciones. Raskólnikov callaba, sin apartar los ojos de Sonia, desviándolos de vez en cuando, pero con rapidez, hacia Luzhin. Sonia estaba en el mismo lugar, como sin sentido: casi ni siquiera estaba asombrada. De pronto el rubor le inundó toda la cara; gritó y se cubrió con las manos.

—¡No, no fui yo! ¡Yo no lo saqué! ¡No sé! —gritó con un alarido desgarrador, y se lanzó hacia Katerina Ivánovna. Esta la agarró y la apretó con fuerza contra sí, como si quisiera defenderla con su pecho de todos.

—¡Sonia! ¡Sonia! ¡No lo creo! ¡Mira, no lo creo! —gritaba (a pesar de toda la evidencia) Katerina Ivánovna, sacudiéndola en sus brazos como a una criatura, besándola innumerables veces, atrapándole las manos y, como clavándose en ellas, besándoselas—. ¡Que tú lo hayas sacado! ¡Pero qué gente tan estúpida! ¡Oh, Señor! ¡Estúpidos, estúpidos ustedes! —gritaba, dirigiéndose a todos—. ¡Si todavía no saben, no saben qué corazón es este, qué muchacha es esta! ¡Ella va a sacar, ella! ¡Si es capaz de quitarse su último vestido, venderlo, andar descalza y dárselo a ustedes, si lo necesitan, así es ella! ¡Hasta la cartilla amarilla la sacó porque mis propios hijos se morían de hambre, se vendió por nosotros!... ¡Ay, difunto, difunto! ¡Ay, difunto, difunto! ¿Ves? ¿Ves? ¡Aquí tienes tu comida de difuntos! ¡Señor!

¡Pero defiéndanla, qué hacen todos ahí parados! ¡Rodión Románovich! ¿Y usted por qué no la defiende? ¿Usted también lo cree, o qué? ¡No valen ni su dedo meñique, todos, todos, todos, todos! ¡Señor! ¡Defiéndela, por fin!

El llanto de la pobre Katerina Ivánovna, tísica y desamparada, pareció producir un fuerte efecto en el público. Había tanto de lastimoso, tanto de sufriente en esa cara tísica, reseca, torcida por el dolor, en esos labios resecos, con sangre coagulada, en esa voz que gritaba ronca, en ese llanto a gritos, parecido al llanto de un niño, en esa súplica confiada, infantil y al mismo tiempo desesperada de que la defendieran, que, al parecer, todos se compadecieron de la desdichada. Por lo menos Piotr Petróvich se compadeció enseguida.

—¡Señora! ¡Señora! —exclamaba con voz imponente—. ¡Este hecho no le concierne a usted! Nadie se atreverá a acusarla de intención ni de complicidad, tanto más cuanto que fue usted misma la que lo descubrió, al volver del revés el bolsillo: por lo tanto, no sospechaba nada. Estoy muy, muy dispuesto a lamentarlo si, por así decirlo, la miseria empujó también a Sofía Semiónovna, pero ¿por qué, mademoiselle, no quiso confesar? ¿Temió la vergüenza? ¿El primer paso? ¿Perdió quizá la cabeza? Es comprensible, señora; muy comprensible, señora... Pero, sin embargo, ¿para qué lanzarse a semejantes cosas? ¡Señores! —se dirigió a todos los presentes—. ¡Señores! Lamentándolo y, por así decirlo, compadeciéndolo, estoy dispuesto, si quieren, a perdonar, incluso ahora, a pesar de las ofensas personales recibidas. Que la vergüenza de ahora le sirva, mademoiselle, de lección para el futuro —se dirigió a Sonia—, y yo dejaré pasar lo demás y, qué se le va a hacer, lo doy por terminado. ¡Basta!

Piotr Petróvich miró de reojo a Raskólnikov. Sus miradas se cruzaron.

La mirada ardiente de Raskólnikov estaba dispuesta a reducirlo a cenizas. Entretanto Katerina Ivánovna, al parecer, ya no oía nada más: abrazaba y besaba a Sonia como una loca. También los niños rodeaban a Sonia por todos lados con sus manitas, y Pólechka (que, por lo demás, no entendía del todo de qué se trataba) parecía ahogarse por completo en lágrimas, deshecha en sollozos y con su linda carita hinchada por el llanto escondida en el hombro de Sonia.

—¡Qué bajeza! —resonó de pronto una voz fuerte en la puerta.

Piotr Petróvich se volvió rápidamente.

—¡Qué vileza! —repitió Lebeziátnikov, mirándolo fijamente a los ojos.

Piotr Petróvich hasta pareció estremecerse. Todos lo notaron. (Después lo recordaban.) Lebeziátnikov dio un paso dentro de la habitación.

—¿Y usted se atrevió a ponerme de testigo? —dijo, acercándose a Piotr Petróvich.

—¿Qué significa esto, Andréi Semiónovich? ¿De qué está hablando? —balbuceó Luzhin.

—¡Significa que usted es... un calumniador, eso es lo que significan mis palabras! —pronunció con ardor Lebeziátnikov, mirándolo con severidad con sus ojitos miopes. Estaba terriblemente enojado. Raskólnikov clavó en él los ojos, como recogiendo y sopesando cada palabra. Volvió a reinar el silencio. Piotr Petróvich casi perdió la compostura, sobre todo en el primer instante.

—Si eso me lo dice a mí... —empezó, tartamudeando—, ¿pero qué le pasa? ¿Está en su sano juicio?

—Yo sí estoy en mi sano juicio, señor, ¡pero usted es... un estafador! ¡Ah, qué bajeza! Lo estuve escuchando todo, esperé a propósito todo el

tiempo para entenderlo todo, porque, lo confieso, hasta ahora no es del todo lógico... Pero para qué hizo usted todo esto, no lo entiendo.

—¡Pero qué es lo que hice! ¡¿Va a dejar de hablar con sus acertijos disparatados?! ¿O es que quizá bebió?

—¡Usted es el que quizá bebe, hombre vil, y no yo! ¡Yo nunca bebo ni vodka, porque no está en mis convicciones! Imagínense: ¡él, él mismo, con sus propias manos, le dio ese billete de cien rublos a Sofía Semiónovna! ¡Yo lo vi, yo soy testigo, lo juraré! ¡Él, él! —repetía Lebeziátnikov, dirigiéndose a todos y a cada uno.

—¿Pero se volvió loco o no, mocoso? —chilló Luzhin—. Ella está aquí misma delante de usted, en persona; ella misma, aquí, hace un momento, delante de todos, confirmó que, aparte de diez rublos, no recibió nada de mí. ¿De qué modo pude dárselo, después de eso?

—¡Lo vi, lo vi! —gritaba y confirmaba Lebeziátnikov—. ¡Y aunque esté en contra de mis convicciones, estoy dispuesto a prestar ahora mismo ante el tribunal el juramento que sea, porque vi cómo usted se lo deslizó a escondidas! ¡Solo que yo, tonto de mí, pensé que se lo deslizaba por beneficencia! En la puerta, al despedirse de ella, cuando ella se volvió y usted le estrechaba la mano con una mano, con la otra, la izquierda, usted le metió a escondidas el billete en el bolsillo. ¡Lo vi! ¡Lo vi!

Luzhin palideció.

—¡Qué está mintiendo! —exclamó con insolencia—. ¿Y cómo pudo usted, desde la ventana, distinguir el billete? Le pareció... con esos ojos cegatos. ¡Usted delira!

—¡No, no me pareció! Y aunque estaba lejos, lo vi todo, todo, y aunque desde la ventana en efecto es difícil distinguir el billete (en eso

tiene razón), yo, por un motivo especial, sabía con seguridad que era precisamente un billete de cien rublos, porque cuando usted se puso a darle a Sofía Semiónovna el billete de diez rublos (lo vi yo mismo), en ese mismo momento tomó de la mesa un billete de cien rublos (eso lo vi porque entonces estaba cerca, y como enseguida se me ocurrió una idea, por eso no olvidé que usted tenía el billete en la mano). Usted lo dobló y lo tuvo apretado en la mano todo el tiempo. Después yo me olvidé otra vez, pero cuando usted empezó a levantarse, lo pasó de la derecha a la izquierda y casi se le cae; ahí volví a acordarme, porque ahí volvió a ocurrírseme la misma idea, precisamente que usted quería, a escondidas de mí, hacerle un favor. Ya puede imaginarse cómo me puse a observar, y bueno, vi cómo logró metérselo en el bolsillo. ¡Lo vi, lo vi, lo juraré!

Lebeziátnikov casi se ahogaba. De todos lados empezaron a oírse exclamaciones diversas, que expresaban sobre todo asombro; pero se oyeron también exclamaciones que tomaban un tono amenazador. Todos se apretujaron alrededor de Piotr Petróvich. Katerina Ivánovna se lanzó hacia Lebeziátnikov.

—¡Andréi Semiónovich! ¡Me equivoqué con usted! ¡Defiéndala! ¡Solo usted está de su lado! ¡Es huérfana, a usted lo mandó Dios! ¡Andréi Semiónovich, querido, padrecito!

Y Katerina Ivánovna, casi sin saber lo que hacía, se arrojó de rodillas ante él.

—¡Disparates! —vociferó Luzhin, enfurecido hasta la rabia—. Disparates es lo que dice usted, señor. «Me olvidé, me acordé, me olvidé»: ¡qué es eso! ¿Por lo tanto, yo se lo metí a propósito? ¿Para qué? ¿Con qué fin? ¿Qué tengo yo en común con esta...?

—¿Para qué? ¡Eso es precisamente lo que yo tampoco entiendo, pero que lo que cuento es un hecho verdadero, eso es seguro! ¡Me equivoco tan poco, hombre repugnante y criminal, que recuerdo precisamente cómo en ese momento se me vino enseguida a la cabeza una pregunta al respecto, precisamente mientras le agradecía y le estrechaba la mano! ¿Para qué se lo metió a escondidas en el bolsillo? Es decir, ¿por qué precisamente a escondidas? ¿Será solo porque quería ocultármelo, sabiendo que tengo convicciones contrarias y niego la beneficencia privada, que no cura nada de raíz? Y bueno, decidí que de verdad le daba vergüenza delante de mí dar semejantes sumas, y además, quizá, pensé, quiere darle una sorpresa, asombrarla cuando encuentre en su bolsillo cien rublos enteros. (Porque a ciertos benefactores les encanta adornar así sus beneficios; lo sé.) Después se me ocurrió también que usted quería ponerla a prueba, es decir, ver si, al encontrarlo, vendría a agradecer. Después, que quería evitar el agradecimiento y que, bueno, cómo se dice: que la mano derecha, o algo así, no sepa... en una palabra, así... ¡Bueno, cuántas ideas no se me vinieron entonces a la cabeza!, de modo que resolví pensarlo todo después, pero de todos modos consideré poco delicado revelarle que conocía el secreto. Pero, sin embargo, enseguida se me ocurrió además otra pregunta: que Sofía Semiónovna, antes de notarlo, a lo mejor, quién sabe, perdería el dinero; por eso resolví venir aquí, llamarla aparte y avisarle que le habían metido cien rublos en el bolsillo. Y de paso pasé antes por el cuarto de las señoras Kobyliátnikov para llevarles la *Conclusión general del método positivo*[2] y recomendarles especialmente el artículo de Piderit (y, por lo demás, también el de Wagner); después vengo aquí, ¡y miren qué historia! ¿Y acaso podía, podía yo tener todas esas ideas y razonamientos si de verdad no

hubiera visto que usted le metió en el bolsillo cien rublos?

Cuando Andréi Semiónovich terminó sus prolijos razonamientos, con semejante conclusión lógica al final del discurso, estaba terriblemente cansado, y hasta le corría el sudor por la cara. Por desgracia, ni en ruso sabía expresarse como es debido (aunque, por lo demás, no sabía ninguna otra lengua), de modo que de algún modo se agotó por completo, de golpe, y hasta pareció adelgazar después de su hazaña de abogado. Sin embargo, su discurso produjo un efecto extraordinario. Había hablado con tal ardor, con tal convicción, que evidentemente todos le creyeron. Piotr Petróvich sintió que la cosa iba mal.

—¡Qué me importa a mí que se le hayan venido a la cabeza no sé qué preguntas estúpidas! —exclamó—. ¡Eso no es una prueba, señor! ¡Usted pudo haber delirado todo eso en sueños, eso es todo, señor! ¡Y yo le digo que miente, señor! ¡Miente y calumnia por algún rencor contra mí, y precisamente por despecho porque no acepté sus propuestas sociales librepensadoras e impías, eso es, señor!

Pero esa salida no le sirvió de nada a Piotr Petróvich. Al contrario, de todos lados se oyó un murmullo.

—¡Ah, conque adónde fuiste a parar! —gritó Lebeziátnikov—. ¡Mientes! ¡Llama a la policía, que yo voy a jurar! ¡Solo una cosa no puedo entender: para qué se arriesgó a un acto tan bajo! ¡Oh, hombre lastimoso y vil!

—Yo puedo explicar para qué se arriesgó a semejante acto y, si hace falta, yo mismo voy a jurar —pronunció por fin con voz firme Raskólnikov, y dio un paso adelante.

Estaba, al parecer, firme y tranquilo. A todos les quedó de algún modo

claro, con solo mirarlo, que él sabía en efecto de qué se trataba y que se había llegado al desenlace.

—Ahora lo entiendo todo completamente —prosiguió Raskólnikov, dirigiéndose directamente a Lebeziátnikov—. Desde el principio de la historia empecé a sospechar que aquí había una trampa repugnante; empecé a sospechar a causa de ciertas circunstancias particulares, conocidas solo por mí, que voy a explicarles ahora a todos: ¡en ellas está todo el asunto! Y usted, Andréi Semiónovich, con su valiosísimo testimonio, me lo aclaró todo definitivamente. Les pido a todos, a todos, que escuchen: este señor (señaló a Luzhin) pidió hace poco la mano de una señorita, y precisamente de mi hermana, Avdotia Románovna Raskólnikova. Pero al llegar a Petersburgo, anteayer, en nuestro primer encuentro, se peleó conmigo, y yo lo eché de mi casa, de lo que hay dos testigos. Este hombre es muy malo... Anteayer yo todavía no sabía que se alojaba aquí, en los cuartos, en su casa, Andréi Semiónovich, y que, por lo tanto, el mismo día en que nos peleamos, es decir, anteayer mismo, fue testigo de cómo yo le entregué, como amigo del difunto señor Marmeládov, a su esposa Katerina Ivánovna algo de dinero para el entierro. Enseguida le escribió una nota a mi madre y le informó que yo había dado todo el dinero no a Katerina Ivánovna, sino a Sofía Semiónovna, y al mismo tiempo, en las expresiones más viles, mencionó... el carácter de Sofía Semiónovna, es decir, insinuó el carácter de mis relaciones con Sofía Semiónovna. Todo esto, como ustedes entienden, con el fin de enemistarme con mi madre y mi hermana, haciéndoles creer que yo despilfarro, con fines innobles, el último dinero con que ellas me ayudan. Ayer por la noche, delante de mi madre y de mi hermana, y en su presencia, restablecí la verdad, demostrando que había

dado el dinero a Katerina Ivánovna para el entierro, y no a Sofía Semiónovna, y que anteayer todavía ni siquiera conocía a Sofía Semiónovna y ni siquiera la había visto todavía en persona. Añadí además que él, Piotr Petróvich Luzhin, con todos sus méritos, no vale ni el dedo meñique de Sofía Semiónovna, de quien habla tan mal. A su pregunta de si sentaría a Sofía Semiónovna al lado de mi hermana, respondí que ya lo había hecho, ese mismo día. Enfurecido porque mi madre y mi hermana no querían, por sus calumnias, pelearse conmigo, él, de palabra en palabra, empezó a decirles insolencias imperdonables. Se produjo la ruptura definitiva, y lo echaron de la casa. Todo eso ocurrió ayer por la noche. Ahora les pido una atención especial: imagínense que si ahora él hubiera logrado demostrar que Sofía Semiónovna es una ladrona, en primer lugar les habría demostrado a mi hermana y a mi madre que tenía casi razón en sus sospechas; que se había enojado con justicia porque yo había puesto en el mismo plano a mi hermana y a Sofía Semiónovna; que, al atacarme a mí, defendía, por lo tanto, y protegía el honor de mi hermana, su novia. En una palabra, con todo eso hasta podía volver a enemistarme con mi familia y, desde luego, esperaba volver a ganarse su favor. Por no hablar de que se vengaba de mí personalmente, porque tiene motivos para suponer que el honor y la felicidad de Sofía Semiónovna me son muy queridos. ¡Ese es todo su cálculo! ¡Así es como entiendo yo este asunto! ¡Esa es toda la causa, y no puede haber otra!

Así, o casi así, terminó Raskólnikov su discurso, interrumpido a menudo por las exclamaciones del público, que, por lo demás, escuchaba con mucha atención. Pero, a pesar de todas las interrupciones, habló con dureza, con calma, con precisión, con claridad, con firmeza. Su voz dura,

su tono convencido y su cara severa produjeron en todos un efecto extraordinario.

—¡Así es, así es, así es! —confirmaba con entusiasmo Lebeziátnikov—. Tiene que ser así, porque precisamente me preguntó, en cuanto Sofía Semiónovna entró en nuestra habitación, si estaba usted aquí, si no lo había visto yo entre los invitados de Katerina Ivánovna. Para eso me llevó aparte a la ventana y allí me lo preguntó en voz baja. ¡Por lo tanto, necesitaba sin falta que usted estuviera aquí! ¡Así es, todo es así!

Luzhin callaba y sonreía con desprecio. Por lo demás, estaba muy pálido. Parecía que estaba pensando cómo zafarse. Quizá con gusto lo habría dejado todo y se habría ido, pero en ese momento eso era casi imposible; eso significaba reconocer abiertamente la justicia de las acusaciones que se le hacían y que en efecto había calumniado a Sofía Semiónovna. Además, el público, que ya de por sí había bebido, estaba demasiado agitado. El de intendencia, aunque, por lo demás, no lo entendía todo, gritaba más que nadie y proponía ciertas medidas muy desagradables para Luzhin. Pero también había quienes no estaban borrachos; habían venido y se habían reunido de todas las habitaciones. Los tres polaquitos se acaloraban terriblemente y le gritaban sin cesar: «¡Pane łajdak[3]!», y además mascullaban no sé qué amenazas en polaco. Sonia escuchaba con tensión, pero como si tampoco entendiera todo, como si despertara de un desmayo. Solo no apartaba los ojos de Raskólnikov, sintiendo que en él estaba toda su defensa. Katerina Ivánovna respiraba con dificultad y ronquera y parecía estar en un agotamiento terrible. La más tonta de todos era Amalia Ivánovna, que estaba ahí con la boca abierta, sin entender absolutamente nada. Solo veía que a Piotr

Petróvich de algún modo lo habían pescado. Raskólnikov pidió hablar de nuevo, pero ya no lo dejaron terminar: todos gritaban y se apretujaban alrededor de Luzhin con insultos y amenazas. Pero Piotr Petróvich no se acobardó. Viendo que el asunto de la acusación contra Sonia estaba ya completamente perdido, recurrió directamente a la insolencia.

—Permítanme, señores, permítanme; no se amontonen, ¡déjenme pasar! —decía, abriéndose paso entre la multitud—. Y háganme el favor de no amenazar; les aseguro que no pasará nada, no harán nada, no soy de los cobardes, señores, sino que, al contrario, serán ustedes, señores, los que responderán por haber encubierto con la violencia un asunto criminal. La ladrona está más que desenmascarada, y la voy a perseguir, señores. En el tribunal no son tan ciegos y... no están borrachos, señores, y no les creerán a dos ateos declarados, agitadores y librepensadores, que me acusan por venganza personal, cosa que ellos mismos, por su estupidez, reconocen... ¡Sí, señores, permítanme, señores!

—¡Que ahora mismo no quede ni rastro de usted en mi habitación; tenga a bien mudarse, y todo terminó entre nosotros! ¡Y pensar que yo me desvivía, le exponía... dos semanas enteras!...

—Pero si yo mismo, Andréi Semiónovich, le dije hace un rato que me mudaba, cuando usted todavía me retenía; ahora solo añadiré que usted es un imbécil, señor. Le deseo que se cure el juicio y esos ojos cegatos. ¡Permítanme, pues, señores!

Se abrió paso; pero al de intendencia no le daba la gana dejarlo ir tan fácilmente, solo con insultos: agarró un vaso de la mesa, tomó impulso y se lo lanzó a Piotr Petróvich; pero el vaso voló derecho hacia Amalia Ivánovna. Ella chilló, y el de intendencia, perdiendo el equilibrio por el

impulso, se desplomó pesadamente bajo la mesa. Piotr Petróvich pasó a su habitación, y al cabo de media hora ya no estaba en la casa. Sonia, tímida por naturaleza, ya sabía de antes que a ella era más fácil perderla que a cualquier otra persona, y que ofenderla podía cualquiera casi impunemente. Pero de todos modos, hasta ese mismo momento, le había parecido que de algún modo se podía evitar la desgracia: con cautela, con mansedumbre, con sumisión ante todos y cada uno. Su desengaño fue demasiado duro. Desde luego, ella podía soportarlo todo con paciencia y casi sin queja, incluso esto. Pero en el primer momento le resultó demasiado duro. A pesar de su triunfo y de su justificación, cuando pasaron el primer susto y el primer estupor, cuando lo entendió y lo comprendió todo con claridad, un sentimiento de desamparo y de ofensa le oprimió el corazón de un modo torturante. Le dio un ataque de nervios. Por fin, sin poder más, salió corriendo de la habitación y corrió a su casa. Fue casi inmediatamente después de que se fuera Luzhin. Amalia Ivánovna, cuando el vaso le dio a ella, entre las sonoras risas de los presentes, tampoco aguantó pagar los platos rotos de un banquete ajeno. Con un chillido, como enloquecida, se lanzó hacia Katerina Ivánovna, considerándola culpable de todo:

—¡Fuera de vivienda! ¡Ahora mismo! ¡Marsch! —Y con estas palabras empezó a agarrar todo lo que le caía en las manos de las cosas de Katerina Ivánovna y a tirarlo al suelo. Casi deshecha ya, a punto de desmayarse, sofocada, pálida, Katerina Ivánovna se levantó de un salto de la cama (en la que había caído agotada) y se lanzó sobre Amalia Ivánovna. Pero la lucha era demasiado desigual; esta la apartó como a una plumita.

—¡Cómo! ¡No bastaba con calumniarnos impíamente, y esta criatura

se me viene encima a mí! ¡Cómo! ¡El día del entierro de mi marido me echan de la vivienda, después de mi pan y mi sal, a la calle, con los huérfanos! ¡Pero adónde voy a ir! —vociferaba, sollozando y ahogándose, la pobre mujer—. ¡Señor! —gritó de pronto, con los ojos centelleantes—, ¿será posible que no haya justicia? ¿A quién vas a defender, si no es a nosotros, los huérfanos? ¡Pero ya veremos! ¡Hay en el mundo tribunales y justicia, los hay, los encontraré! ¡Enseguida, espera, criatura impía! Pólechka, quédate con los niños, ya vuelvo. ¡Espérenme, aunque sea en la calle! ¡Veremos si hay justicia en el mundo!

Y, echándose sobre la cabeza aquel mismo chal verde de drap de dames del que había hablado en su relato el difunto Marmeládov, Katerina Ivánovna se abrió paso entre la multitud desordenada y borracha de inquilinos, que todavía se agolpaban en la habitación, y con alaridos y lágrimas salió corriendo a la calle, con el propósito indefinido de encontrar en algún lugar, ahora mismo, inmediatamente y a toda costa, justicia. Pólechka, asustada, se acurrucó con los niños en el rincón, sobre el baúl, donde, abrazando a los dos pequeños, temblando toda, se puso a esperar la llegada de su madre. Amalia Ivánovna corría por la habitación, chillaba, se lamentaba, tiraba al suelo todo lo que le caía en las manos y armaba alboroto. Los inquilinos vociferaban cada uno por su lado: unos terminaban de contar, como podían, el suceso ocurrido; otros se peleaban e insultaban; otros entonaron canciones...

«¡Y ahora es hora de que vaya yo! —pensó Raskólnikov—. ¡A ver, Sofía Semiónovna, veremos qué dice usted ahora!»

Y se fue a la vivienda de Sonia.

Notas

1. «¡Dios misericordioso!», en alemán.

2. Compilación rusa de divulgación positivista. Piderit y Wagner, autores alemanes de fisiología y ciencias naturales leídos por los jóvenes radicales.

3. «¡Señor canalla!», en polaco.

Quinta parte. Capítulo IV

Raskólnikov había sido un abogado activo y animoso de Sonia contra Luzhin, a pesar de que él mismo llevaba en el alma tanto horror y sufrimiento propios. Pero, después de haber sufrido tanto por la mañana, era como si se alegrara de la ocasión de cambiar sus impresiones, que se habían vuelto insoportables, por no hablar de cuánto había de personal y de cordial en su afán de defender a Sonia. Además, tenía en perspectiva, y eso lo inquietaba terriblemente, sobre todo por momentos, el encuentro próximo con Sonia: tenía que anunciarle quién había matado a Lizaveta, y presentía para sí un tormento terrible, y era como si lo apartara con las manos. Y por eso, cuando exclamó, al salir de casa de Katerina Ivánovna: «¿Y ahora qué dirá usted, Sofía Semiónovna?», evidentemente se encontraba todavía en un estado de exaltación exterior, de ánimo, de desafío y de reciente victoria sobre Luzhin. Pero le ocurrió algo extraño. Cuando llegó a la vivienda de Kapernaúmov, sintió en sí una repentina debilidad y miedo. Se detuvo pensativo ante la puerta con una pregunta extraña: «¿Hay que decir quién mató a Lizaveta?». La pregunta era extraña porque de pronto, al mismo tiempo, sintió que no solo no podía dejar de decirlo, sino que ni siquiera era posible aplazar ese momento,

aunque fuera por un tiempo. Todavía no sabía por qué era imposible; solo lo sintió, y esa conciencia torturante de su impotencia ante la necesidad casi lo aplastó. Para no razonar más ni atormentarse, abrió rápidamente la puerta y desde el umbral miró a Sonia. Ella estaba sentada, con los codos apoyados en la mesita y la cara cubierta con las manos, pero, al ver a Raskólnikov, se levantó enseguida y fue a su encuentro, como si lo estuviera esperando.

—¡Qué habría sido de mí sin usted! —pronunció rápidamente, al encontrarse con él en medio de la habitación. Evidentemente, solo quería decirle eso cuanto antes. Para eso lo esperaba.

Raskólnikov pasó a la mesa y se sentó en la silla de la que ella acababa de levantarse. Ella se quedó de pie ante él, a dos pasos, exactamente como el día anterior.

—¿Qué, Sonia? —dijo él, y de pronto sintió que le temblaba la voz—. Porque todo el asunto se apoyaba en «la posición social y los hábitos que conlleva». ¿Lo entendió usted hace un rato?

En su cara se expresó el sufrimiento.

—¡Solo no me hable como ayer! —lo interrumpió ella—. Por favor, no empiece. Ya hay bastantes tormentos...

Se apresuró a sonreír, asustada de que quizá no le gustara el reproche.

—Me fui de allí como una tonta. ¿Qué pasa allí ahora? Hace un momento quería ir, pero pensaba todo el tiempo que... usted vendría.

Él le contó que Amalia Ivánovna los echaba de la vivienda y que Katerina Ivánovna había salido corriendo a alguna parte a «buscar justicia».

—¡Ay, Dios mío! —se sobresaltó Sonia—. Vamos enseguida...

Y agarró su mantilla.

—¡Siempre lo mismo! —exclamó con irritación Raskólnikov—. ¡Usted no tiene en la cabeza más que a ellos! Quédese conmigo.

—¿Y... Katerina Ivánovna?

—Y Katerina Ivánovna, desde luego, no la va a pasar de largo, vendrá a verla ella misma, ya que salió corriendo de la casa —añadió él, gruñón—. Si no la encuentra, la culpable va a ser usted...

Sonia, en una indecisión torturante, se sentó en una silla. Raskólnikov callaba, mirando al suelo y pensando en algo.

—Supongamos que Luzhin ahora no quiso —empezó, sin mirar a Sonia—. Pero si hubiera querido, o si de algún modo hubiera entrado en sus cálculos, ¡la habría metido en la cárcel, si no hubiéramos estado allí yo y Lebeziátnikov! ¿Eh?

—Sí —dijo ella con voz débil—. ¡Sí! —repitió, distraída e inquieta.

—¡Y yo de verdad podía no haber estado! Y Lebeziátnikov apareció por pura casualidad.

Sonia callaba.

—¿Y si la hubieran metido en la cárcel, entonces qué? ¿Recuerda lo que le dije ayer?

Ella volvió a no responder. Él esperó.

—Y yo que pensaba que volvería a gritar: «¡Ay, no hable, basta!» —se rio Raskólnikov, pero con cierto esfuerzo—. ¿Qué, otra vez silencio? —volvió a preguntar al cabo de un minuto—. ¿Pero hay que hablar de algo, no? Precisamente me interesaría saber cómo resolvería usted ahora una «cuestión», como dice Lebeziátnikov. (Era como si empezara a confundirse.) No, de verdad, lo digo en serio. Imagínese, Sonia, que usted

conociera de antemano todas las intenciones de Luzhin, que supiera (es decir, con seguridad) que por ellas se perdería del todo Katerina Ivánovna, y también los niños; usted también, por añadidura (ya que usted no se considera nada, así que por añadidura). Pólechka también... porque a ella le espera el mismo camino. Bueno, señora; entonces: si de pronto todo esto quedara ahora librado a su decisión, que viva en el mundo uno u otros, es decir, ¿que viva Luzhin y cometa infamias, o que muera Katerina Ivánovna? ¿Cómo decidiría usted: cuál de ellos debe morir? Se lo pregunto.

Sonia lo miró con inquietud: le pareció oír algo especial en ese discurso vacilante, que se acercaba desde lejos a algo.

—Ya presentía que usted me preguntaría algo así —dijo, mirándolo con atención inquisitiva.

—Bueno, está bien; ¿pero, sin embargo, cómo lo decidiría?

—¿Para qué pregunta lo que no puede ser? —dijo Sonia con repugnancia.

—¡Por lo tanto, es mejor que Luzhin viva y cometa infamias! ¿Ni siquiera eso se atrevió a decidir?

—Pero si yo no puedo conocer la providencia de Dios... ¿Y para qué pregunta lo que no se puede preguntar? ¿Para qué esas preguntas vacías? ¿Cómo puede suceder que eso dependa de mi decisión? ¿Y quién me puso aquí de juez: quién debe vivir y quién no debe vivir?

—Cuando se mete la providencia de Dios, ya no hay nada que hacer —refunfuñó sombrío Raskólnikov.

—¡Mejor dígame directamente lo que quiere! —exclamó con sufrimiento Sonia—. Usted otra vez me lleva hacia algo... ¡¿Será posible

que haya venido solo para atormentarme?!

No pudo más y de pronto se echó a llorar amargamente. Con una angustia sombría la miraba él. Pasaron unos cinco minutos.

—Pero tienes razón, Sonia —pronunció él por fin en voz baja. Había cambiado de pronto; su tono afectadamente insolente e impotentemente provocador había desaparecido. Hasta la voz se le había debilitado de pronto—. Yo mismo te dije ayer que no vendría a pedir perdón, y casi empecé justamente por pedir perdón... Lo de Luzhin y la providencia lo decía por mí... Era que pedía perdón, Sonia... Quiso sonreír, pero algo impotente e inacabado se expresó en su sonrisa pálida. Inclinó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

Y de pronto una sensación extraña, inesperada, de una especie de odio corrosivo hacia Sonia le atravesó el corazón. Como sorprendido y asustado él mismo de esa sensación, levantó de pronto la cabeza y la miró fijamente; pero encontró sobre sí la mirada de ella, inquieta y solícita hasta el tormento; allí había amor; su odio desapareció como un fantasma. No era eso; había tomado un sentimiento por otro. Eso solo significaba que aquel momento había llegado.

Volvió a cubrirse la cara con las manos y a inclinar la cabeza. De pronto palideció, se levantó de la silla, miró a Sonia y, sin pronunciar nada, se pasó a la cama de ella.

Ese momento se parecía terriblemente, en su sensación, a aquel en que estaba de pie detrás de la vieja, con el hacha ya sacada del lazo, y sintió que ya «no se podía perder ni un instante más».

—¿Qué le pasa? —preguntó Sonia, terriblemente intimidada.

Él no podía pronunciar nada. No había pensado anunciarlo así, para

nada así, y él mismo no entendía lo que ahora le estaba pasando. Ella se acercó a él en silencio, se sentó en la cama a su lado y esperó, sin apartar los ojos de él. El corazón le golpeaba y se le detenía. Se volvió insoportable: él giró hacia ella su cara mortalmente pálida; los labios se le torcían impotentes, esforzándose por pronunciar algo. El horror le atravesó el corazón a Sonia.

—¿Qué le pasa? —repitió, apartándose un poco de él.

—Nada, Sonia. No te asustes... ¡Tonterías! La verdad, si se piensa bien, son tonterías —balbuceaba él con el aire de un hombre que delira y no sabe lo que hace—. ¿Pero para qué vine a atormentarte a ti? —añadió de pronto, mirándola—. De verdad. ¿Para qué? No dejo de hacerme esa pregunta, Sonia...

Quizá se había hecho esa pregunta un cuarto de hora antes, pero ahora la pronunció en plena impotencia, apenas consciente de sí y sintiendo un temblor incesante en todo el cuerpo.

—¡Ay, cómo se atormenta! —pronunció ella con sufrimiento, mirándolo fijamente.

—¡Todo son tonterías!... Mira, Sonia (de pronto, por algún motivo, sonrió, de un modo pálido e impotente, unos dos segundos), ¿te acuerdas de lo que quería decirte ayer?

Sonia esperaba inquieta.

—Te dije, al irme, que quizá me despedía de ti para siempre, pero que si venía hoy te diría... quién mató a Lizaveta.

Ella de pronto se echó a temblar con todo el cuerpo.

—Pues bien, vine a decírtelo.

—Entonces usted de verdad ayer... —susurró ella con dificultad—.

¿Pero cómo lo sabe? —preguntó rápidamente, como si de pronto volviera en sí.

Sonia empezó a respirar con dificultad. Su cara se ponía cada vez más pálida.

—Lo sé.

Ella calló cerca de un minuto.

—¿Lo encontraron, entonces? —preguntó con timidez.

—No, no lo encontraron.

—¿Entonces cómo lo sabe usted? —volvió a preguntar, apenas audible, y otra vez casi después de un minuto de silencio.

Él se volvió hacia ella y la miró fijamente, muy fijamente.

—Adivina —pronunció con la misma sonrisa torcida e impotente de antes.

Fue como si le corrieran convulsiones por todo el cuerpo.

—Pero usted... a mí... ¿por qué me... asusta así? —pronunció ella, sonriendo como una criatura.

—Por lo tanto, soy muy amigo de él... ya que lo sé —prosiguió Raskólnikov, sin dejar de mirarle la cara, como si ya no tuviera fuerzas para apartar los ojos—. Él a esa Lizaveta... no quería matarla... A ella... la mató sin querer... Quería matar a la vieja... cuando estuviera sola... y fue... Y entonces entró Lizaveta... Y él entonces... la mató también a ella.

Pasó otro minuto terrible. Los dos seguían mirándose.

—¿Así que no puedes adivinar? —preguntó él de pronto, con la sensación de arrojarse desde un campanario.

—N-no —susurró Sonia, apenas audible.

—Mira bien.

Y apenas dijo eso, otra vez una sensación de antes, conocida, le heló de pronto el alma: la miraba y de pronto, en su cara, fue como si viera la cara de Lizaveta. Recordaba vivamente la expresión de la cara de Lizaveta cuando él se acercaba a ella aquella vez con el hacha y ella retrocedía hacia la pared, adelantando la mano, con un susto completamente infantil en la cara, exactamente como los niños pequeños cuando de pronto empiezan a asustarse de algo, miran inmóviles e inquietos el objeto que los asusta, se echan hacia atrás y, tendiendo hacia adelante la manita, se disponen a llorar. Casi lo mismo le ocurrió ahora a Sonia: con la misma impotencia, con el mismo susto, lo miró un rato y de pronto, adelantando la mano izquierda, apoyó levemente, apenas, los dedos en el pecho de él y empezó a levantarse despacio de la cama, apartándose de él cada vez más, y su mirada se volvía cada vez más inmóvil sobre él. Su horror se le comunicó de pronto también a él: exactamente el mismo susto apareció en su cara, exactamente igual se puso él también a mirarla, y casi hasta con la misma sonrisa infantil.

—¿Adivinaste? —susurró él por fin.

—¡Señor! —se le escapó del pecho un alarido terrible. Cayó sin fuerzas sobre la cama, con la cara en las almohadas. Pero al instante se incorporó rápidamente, se acercó rápidamente a él, lo agarró de las dos manos y, apretándoselas con fuerza, como en un torno, con sus dedos delgados, volvió a mirarle la cara, inmóvil, como pegada a ella. Con esa última mirada desesperada quería descubrir y atrapar aunque fuera una última esperanza para sí. Pero no había esperanza; no quedaba ninguna duda; ¡todo era así! Incluso después, más adelante, cuando recordaba ese momento, le resultaba extraño y asombroso: ¿por qué precisamente había visto

entonces tan de golpe que ya no había ninguna duda? ¿Acaso podía decir, por ejemplo, que presentía algo de ese tipo? Y sin embargo ahora, apenas él se lo dijo, de pronto le pareció que en efecto era como si hubiera presentido precisamente eso.

—¡Basta, Sonia, basta! ¡No me atormentes! —le pidió él con sufrimiento.

No había pensado revelárselo así, para nada así, pero salió así.

Como fuera de sí, ella se levantó de un salto y, retorciéndose las manos, llegó hasta el medio de la habitación; pero volvió rápidamente y se sentó otra vez a su lado, casi tocándolo hombro con hombro. De pronto, como atravesada, se estremeció, gritó y se arrojó, sin saber ella misma para qué, de rodillas ante él.

—¡Qué hizo usted, qué hizo usted consigo mismo! —pronunció con desesperación y, levantándose de un salto, se le echó al cuello, lo abrazó y lo apretó con fuerza, con mucha fuerza, entre sus brazos.

Raskólnikov se echó hacia atrás y la miró con una sonrisa triste:

—Qué extraña eres, Sonia: me abrazas y me besas cuando te dije eso. No sabes lo que haces.

—¡No, no hay nadie más desdichado que tú ahora en el mundo entero! —exclamó ella como en un frenesí, sin haber oído su observación, y de pronto se echó a llorar a gritos, como en un ataque de nervios.

Un sentimiento que desde hacía mucho le era desconocido le inundó el alma como una ola y la ablandó de golpe. Él no se le resistió: dos lágrimas le rodaron de los ojos y quedaron colgando de las pestañas.

—¿Entonces no me vas a abandonar, Sonia? —decía él, mirándola casi con esperanza.

—¡No, no; nunca y en ninguna parte! —gritó Sonia—. ¡Te seguiré, iré a todas partes! ¡Oh, Señor!... ¡Ay, desdichada de mí!... ¿Y por qué, por qué no te conocí antes? ¿Por qué no viniste antes? ¡Oh, Señor!

—Ya ves, vine.

—¡Ahora! ¡Oh, qué hacer ahora!... ¡Juntos, juntos! —repetía como en un desvanecimiento, y volvía a abrazarlo—. ¡Iré contigo al presidio! —A él fue como si de pronto lo sacudiera un estremecimiento; la sonrisa de antes, odiosa y casi altanera, le asomó forzada a los labios.

—Yo, Sonia, quizá todavía no quiero ir al presidio —dijo él.

Sonia lo miró rápidamente.

Después de la primera compasión, apasionada y torturante, por el desdichado, otra vez la terrible idea del asesinato la golpeó. En el tono cambiado de sus palabras le pareció oír de pronto al asesino. Lo miraba con estupor. Todavía no sabía nada, ni por qué, ni cómo, ni para qué había sido. Ahora todas esas preguntas se encendieron de golpe en su conciencia. Y otra vez no lo creyó: «¡Él, él, un asesino! ¿Pero acaso es posible?».

—¡Pero qué es esto! ¡Pero dónde estoy! —pronunció en profunda perplejidad, como si todavía no hubiera vuelto en sí—. ¿Pero cómo pudo usted, usted, siendo así... decidirse a esto?... ¡Pero qué es esto!

—Pues sí, para robar. ¡Basta, Sonia! —respondió él, cansado y hasta como con fastidio.

Sonia estaba de pie como aturdida, pero de pronto exclamó:

—¡Tenías hambre! ¿Tú... para ayudar a tu madre? ¿Sí?

—No, Sonia, no —balbuceaba él, apartando la cara y dejando colgar la cabeza—. No tenía tanta hambre... de verdad quería ayudar a mi madre, pero... tampoco eso es del todo cierto... ¡no me atormentes, Sonia!

Sonia juntó las manos.

—¡Pero será posible, será posible que todo esto sea de verdad! ¡Señor, pero qué verdad es esta! ¿Quién puede creerlo?... ¿Y cómo, cómo es que usted mismo da lo último que tiene y mató para robar? ¡Ah!... —gritó de pronto—. Ese dinero que le dio a Katerina Ivánovna... ese dinero... Señor, ¿será posible que también ese dinero...?

—No, Sonia —la interrumpió él apresuradamente—, ese dinero no era aquel, ¡tranquilízate! Ese dinero me lo mandó mi madre, por medio de un comerciante, y lo recibí enfermo, el mismo día en que lo di... Razumíjin lo vio... él mismo lo recibió por mí... ese dinero es mío, mío propio, verdaderamente mío.

Sonia lo escuchaba perpleja y se esforzaba con todas sus fuerzas por comprender algo.

—Y aquel dinero... por lo demás, ni siquiera sé si había dinero allí —añadió él en voz baja y como pensativo—. Le saqué entonces del cuello una bolsa, de gamuza... una bolsa llena, bien repleta... pero no miré dentro; no tuve tiempo, seguramente... Y en cuanto a las cosas, unos gemelos y unas cadenitas, escondí todas esas cosas y la bolsa en un patio ajeno, en la avenida V..., debajo de una piedra, a la mañana siguiente... Todo sigue allí todavía...

Sonia escuchaba con todas sus fuerzas.

—¿Entonces por qué...? ¿Cómo es que usted dijo: para robar, y no se llevó nada? —preguntó ella rápidamente, aferrándose a una paja.

—No sé... todavía no decidí si tomaré o no ese dinero —pronunció él, otra vez como pensativo, y de pronto, volviendo en sí, sonrió con una risa rápida y breve—. ¡Eh, qué estupidez acabo de soltar!, ¿eh?

A Sonia se le cruzó un pensamiento: «¿No estará loco?». Pero enseguida lo dejó: no, aquí había otra cosa. ¡No entendía nada, nada de esto!

—Sabes, Sonia —dijo él de pronto con una especie de inspiración—, sabes lo que voy a decirte: si solo hubiera degollado porque tenía hambre —prosiguió, cargando cada palabra y mirándola enigmática pero sinceramente—, ahora yo... ¡sería feliz! ¡Que lo sepas!

—¿Y qué te importa a ti, qué te importa —exclamó al cabo de un instante, incluso con una especie de desesperación—, qué te importa si yo confesara ahora que obré mal? ¿Qué quieres de ese estúpido triunfo sobre mí? ¡Ah, Sonia, acaso vine para eso a verte ahora!

Sonia quiso otra vez decir algo, pero calló.

—Por eso te llamé ayer a venir conmigo, porque eres lo único que me queda.

—¿Adónde me llamaba? —preguntó Sonia con timidez.

—No a robar ni a matar, no te preocupes, no para eso —sonrió él con sarcasmo—. Somos gente distinta... Y sabes, Sonia, solo ahora, solo en este momento comprendí: ¿adónde te llamaba ayer? Y ayer, cuando te llamaba, yo mismo no entendía adónde. Te llamaba por una sola cosa, vine por una sola cosa: que no me abandones. ¿No me vas a abandonar, Sonia?

Ella le apretó la mano.

—¡¿Y por qué, por qué se lo dije, por qué se lo revelé?! —exclamó él con desesperación al cabo de un minuto, mirándola con un tormento infinito—. Ahí estás esperando explicaciones de mí, Sonia, estás sentada y esperas, lo veo; ¿y qué voy a decirte? No vas a entender nada de esto, y solo vas a sufrir toda entera... ¡por mí! Mira, lloras y otra vez me abrazas; ¿y por

qué me abrazas? Porque yo mismo no lo soporté y vine a descargarlo en otro: «¡Sufre tú también, así a mí me será más fácil!». ¿Y puedes amar a semejante canalla?

—¿Pero acaso tú no te atormentas también? —exclamó Sonia.

Otra vez el mismo sentimiento le inundó el alma como una ola y otra vez se la ablandó por un instante.

—Sonia, tengo un corazón malo, fíjate en eso: con eso se puede explicar mucho. Vine precisamente porque soy malo. Hay quienes no habrían venido. Pero yo soy un cobarde y... ¡un canalla! Pero... ¡qué importa! Todo esto no es... Ahora hay que hablar, y no sé empezar...

Se detuvo y se quedó pensando.

—¡E-eh, somos gente distinta! —volvió a exclamar—. No hacemos pareja. ¡Y por qué, por qué vine! ¡Nunca me lo perdonaré!

—¡No, no, está bien que hayas venido! —exclamaba Sonia—. ¡Es mejor que yo lo sepa! ¡Mucho mejor!

Él la miró con dolor.

—¡Y qué, en realidad! —dijo, como si se le hubiera ocurrido—. ¡Si fue así! Mira: yo quería hacerme Napoleón, por eso maté... Bueno, ¿se entiende ahora?

—N-no —susurró Sonia con ingenuidad y timidez—, solo... ¡habla, habla! ¡Lo entenderé, para mí misma lo entenderé todo! —le suplicaba—. ¿Lo entenderás? Bueno, está bien, ¡veremos!

Calló y estuvo largo rato pensando.

—La cosa es así: una vez me hice esta pregunta: ¿y si, por ejemplo, en mi lugar se hubiera encontrado Napoleón, y no hubiera tenido, para empezar su carrera, ni Tolón, ni Egipto, ni el paso del Mont Blanc, sino

que, en lugar de todas esas cosas hermosas y monumentales, hubiera habido simple y llanamente una viejecilla ridícula cualquiera, viuda de un registrador, a la que además hubiera que matar para sacarle el dinero del baúl (para la carrera, ¿entiendes?), entonces, ¿se habría decidido a eso, si no hubiera habido otra salida? ¿No le habría repugnado, porque eso es demasiado poco monumental y... y pecaminoso? Pues te digo que con esa «cuestión» me atormenté terriblemente mucho tiempo, de modo que me dio una vergüenza terrible cuando por fin adiviné (de pronto, de algún modo) que no solo no le habría repugnado, sino que ni siquiera se le habría pasado por la cabeza que eso fuera poco monumental... y ni siquiera habría entendido para nada qué había ahí que pudiera repugnar. Y si no hubiera tenido otro camino, la habría estrangulado sin dejarla chistar, ¡sin ninguna vacilación!... Bueno, y yo... salí de la vacilación... la estrangulé... siguiendo el ejemplo de la autoridad... ¡Y fue exactamente así! ¿Te da risa? Sí, Sonia, lo más risible de todo es que quizá fue precisamente así...

A Sonia no le daba ninguna risa.

—Mejor dígamelo directamente... sin ejemplos —le pidió todavía más tímida y apenas audible.

Él se volvió hacia ella, la miró con tristeza y la tomó de las manos.

—Otra vez tienes razón, Sonia. Todo esto son tonterías, casi pura charlatanería. Mira: tú sabes que mi madre no tiene casi nada. Mi hermana recibió educación, por casualidad, y está condenada a arrastrarse como institutriz. Todas sus esperanzas estaban puestas solo en mí. Yo estudiaba, pero no podía mantenerme en la universidad y por un tiempo me vi obligado a dejarla. Aunque las cosas hubieran seguido así, dentro de diez, de doce años (si las circunstancias hubieran salido bien) podría de todos

modos esperar llegar a ser algún maestro o funcionario, con mil rublos de sueldo... (Hablaba como si recitara algo aprendido.) Y para entonces mi madre se habría consumido de preocupaciones y de pena, y de todos modos yo no habría conseguido darle tranquilidad, y mi hermana... ¡bueno, a mi hermana podría haberle pasado algo todavía peor!... ¿Y qué gracia tiene pasar toda la vida de largo por todo y darle la espalda a todo, olvidarse de la madre y soportar respetuosamente, por ejemplo, la ofensa a la hermana? ¿Para qué? ¿Para que, después de enterrarlas, uno consiga otras nuevas, mujer e hijos, y después también los deje sin un centavo y sin un pedazo de pan? Bueno... bueno, entonces decidí, apoderándome del dinero de la vieja, emplearlo en mis primeros años, sin atormentar a mi madre, en mantenerme en la universidad, en los primeros pasos después de la universidad, y hacer todo eso en grande, radicalmente, de modo de organizar por completo toda una carrera nueva y emprender un camino nuevo, independiente... Bueno... bueno, eso es todo... Bueno, desde luego, que maté a la vieja, eso lo hice mal... ¡y basta!

Con una especie de impotencia se arrastró hasta el final del relato y bajó la cabeza.

—Ay, no es eso, no es eso —exclamaba Sonia con angustia—, ¿y acaso se puede así...? ¡No, no es así, no es así!

—¡Tú misma ves que no es así!... ¡Y eso que lo conté con sinceridad, la verdad!

—¡Pero qué verdad es esa! ¡Oh, Señor!

—Yo solo maté un piojo, Sonia, inútil, asqueroso, dañino.

—¡Un ser humano, un piojo!

—Pero si yo también sé que no es un piojo —respondió él, mirándola

de un modo extraño—. Aunque, por lo demás, miento, Sonia —añadió—; hace mucho que miento... Todo esto no es; tienes razón en lo que dices. ¡Las causas son completamente, completamente, completamente otras!... Hace mucho que no hablo con nadie, Sonia... Me duele mucho la cabeza ahora.

Los ojos le ardían con un fuego febril. Casi empezaba a delirar; una sonrisa inquieta le vagaba por los labios. A través de la exaltación del espíritu asomaba ya una impotencia terrible. Sonia comprendió cuánto se atormentaba. También a ella empezaba a darle vueltas la cabeza. Y hablaba de un modo tan extraño: como si algo se entendiera, pero... «¡¿pero cómo?! ¡¿Cómo?! ¡Oh, Señor!». Y se retorcía las manos con desesperación.

—¡No, Sonia, no es eso! —empezó él de nuevo, levantando de pronto la cabeza, como si un giro repentino de sus pensamientos lo hubiera golpeado y excitado otra vez—. ¡No es eso! Mejor... supón (¡sí, así es de verdad mejor!), supón que soy vanidoso, envidioso, malo, vil, vengativo, bueno... y quizá además propenso a la locura. (¡Que vaya todo junto! ¡Lo de la locura ya lo dijeron antes, me di cuenta!) Te dije hace un rato que no podía mantenerme en la universidad. ¿Y sabes que quizá sí podía? Mi madre me habría mandado para pagar lo necesario, y para las botas, la ropa y el pan lo habría ganado yo mismo; ¡seguro! Había clases; ofrecían cincuenta kopeks. ¡Razumíjin bien que trabaja! Pero me llené de rabia y no quise. Precisamente me llené de rabia (¡es una buena palabra!). Entonces me metí en mi rincón como una araña. Tú estuviste en mi cuchitril, lo viste... ¿Y sabes, Sonia, que los techos bajos y las habitaciones estrechas estrechan el alma y la mente? ¡Oh, cómo odiaba ese cuchitril! Y sin embargo no quería salir de él. ¡A propósito no quería! Pasaba días enteros

sin salir, y no quería trabajar, y ni siquiera quería comer, me pasaba todo el tiempo acostado. Si Nastasia me traía algo, comía; si no me traía, así pasaba el día; ¡a propósito, por rabia, no pedía! De noche no hay luz, estoy acostado en la oscuridad, y no quiero ganar para velas. Había que estudiar, y vendí los libros; y sobre mi mesa, sobre los apuntes y los cuadernos, todavía ahora hay un dedo de polvo. Prefería estar acostado y pensar. Y pensaba todo el tiempo... ¡Y tenía todo el tiempo unos sueños, sueños extraños, diversos, ni hablar de cuáles! Pero solo entonces empezó a parecerme que... ¡No, no es así! ¡Otra vez lo cuento mal! Mira, entonces me preguntaba todo el tiempo: ¿por qué soy tan tonto que, si los otros son tontos y si yo ya sé con seguridad que son tontos, yo mismo no quiero ser más inteligente? Después supe, Sonia, que si uno espera a que todos se vuelvan inteligentes, será demasiado largo... Después supe además que eso no sucederá nunca, que la gente no cambiará, y nadie podrá rehacerla, ¡y no vale la pena gastar el esfuerzo! ¡Sí, es así! Esa es su ley... ¡Ley, Sonia! ¡Es así!... ¡Y ahora sé, Sonia, que el que es firme y fuerte de mente y de espíritu, ese es su amo! El que se atreve a mucho, ese tiene razón entre ellos. El que puede escupir sobre lo más grande, ese es su legislador, ¡y el que más que nadie puede atreverse, ese tiene más razón que todos! ¡Así ha sido hasta ahora y así será siempre! ¡Solo un ciego no lo ve!

Raskólnikov, al decir esto, aunque miraba a Sonia, ya no se preocupaba de si ella entendía o no. La fiebre se había apoderado de él por completo. Estaba en una especie de éxtasis sombrío. (¡De verdad, hacía demasiado tiempo que no hablaba con nadie!) Sonia comprendió que ese catecismo sombrío se había convertido en su fe y en su ley.

—Adiviné entonces, Sonia —prosiguió con exaltación—, que el poder

se le da solo a aquel que se atreve a agacharse y tomarlo. Aquí hay una sola cosa, una sola: ¡basta con atreverse! Se me ocurrió entonces una idea, por primera vez en la vida, que a nadie, nunca, se le había ocurrido antes que a mí. ¡Nadie! De pronto se me presentó claro como el sol: ¿cómo es posible que ni uno solo hasta ahora se haya atrevido ni se atreva, pasando junto a todo este absurdo, a agarrarlo todo simple y llanamente por la cola y mandarlo al diablo de una sacudida? Yo... yo quise atreverme y maté... ¡yo solo quise atreverme, Sonia, esa es toda la causa!

—¡Oh, cállese, cállese! —gritó Sonia, juntando las manos—. ¡Usted se apartó de Dios, y Dios lo castigó, lo entregó al diablo!...

—A propósito, Sonia: eso, cuando yo estaba acostado en la oscuridad y se me representaba todo, ¿era el diablo el que me tentaba?, ¿eh?

—¡Cállese! ¡No se ría, blasfemo, usted no entiende nada, nada! ¡Oh, Señor! ¡No va a entender nada, nada!

—Cállate, Sonia, no me río para nada; si yo mismo sé que el diablo me arrastraba. ¡Cállate, Sonia, cállate! —repitió sombrío e insistente—. Lo sé todo. Todo esto ya lo pensé y me lo susurré cuando estaba acostado entonces en la oscuridad... Todo esto lo discutí conmigo mismo, hasta el último y más mínimo rasgo, y lo sé todo, ¡todo! ¡Y cómo me harté, cómo me harté entonces de toda esa charlatanería! Quería olvidarlo todo y empezar de nuevo, Sonia, ¡y dejar de charlar! ¿Y acaso crees que fui como un tonto, a ciegas? ¡Fui como un hombre listo, y eso precisamente me perdió! ¿Y acaso crees que no sabía, por ejemplo, al menos esto: que si yo ya había empezado a preguntarme y a interrogarme si tengo derecho a tener poder, entonces es que no tengo derecho a tener poder? ¿O que si me hago la pregunta de si el hombre es un piojo, entonces es que el hombre ya

no es un piojo para mí, sino un piojo para aquel al que eso ni se le pasa por la cabeza y que va directamente, sin preguntas...? Si me atormenté tantos días con si Napoleón habría ido o no, es que ya sentía claramente que no soy Napoleón... Todo, todo el tormento de toda esa charlatanería lo aguanté, Sonia, y quise sacudírmelo de los hombros entero: quise, Sonia, matar sin casuística, matar para mí, ¡para mí solo! ¡No quería mentir en eso ni siquiera a mí mismo! No maté para ayudar a mi madre: ¡tonterías! No maté para hacerme, con los medios y el poder obtenidos, benefactor de la humanidad. ¡Tonterías! Simplemente maté; maté para mí, para mí solo: ¡y que después llegara a ser benefactor de alguien o que me pasara la vida, como una araña, atrapándolos a todos en la tela y chupándoles a todos los jugos vivos, en ese momento tenía que darme lo mismo!... Y lo principal, Sonia, no era el dinero lo que necesitaba cuando maté; no necesitaba tanto el dinero como otra cosa... Ahora lo sé todo... Entiéndeme: quizá, yendo por el mismo camino, ya nunca más habría repetido el asesinato. Necesitaba saber otra cosa, otra cosa me empujaba de los brazos: necesitaba saber entonces, y saberlo cuanto antes, si soy un piojo como todos o un hombre. ¡Si podré pasar por encima o no podré! ¿Me atreveré a agacharme y tomar, o no? ¿Soy una criatura temblorosa o tengo derecho...?

—¿A matar? ¿Tiene derecho a matar? —juntó las manos Sonia.

—¡E-eh, Sonia! —gritó él con irritación; quiso replicarle algo, pero calló con desprecio—. ¡No me interrumpas, Sonia! Solo quería demostrarte una cosa: que el diablo me arrastró entonces, y que solo después me explicó que yo no tenía derecho a ir allí, porque soy un piojo exactamente igual que todos. ¡Se burló de mí, y por eso vine ahora a verte! ¡Recibe a tu huésped! Si yo no fuera un piojo, ¿habría venido a verte?

Escucha: cuando fui entonces a ver a la vieja, solo fui a probar... ¡Que lo sepas!

—¡Y mató! ¡Mató!

—¿Pero cómo maté? ¿Acaso así se mata? ¿Acaso así se va a matar, como fui yo entonces? Algún día te contaré cómo fui... ¿Acaso maté a la viejecilla? ¡Me maté a mí, no a la viejecilla! ¡Ahí mismo, de un golpe, me liquidé a mí mismo, para siempre!... Y a esa viejecilla la mató el diablo, no yo... ¡Basta, basta, Sonia, basta! Déjame —gritó de pronto con una angustia convulsiva—, ¡déjame!

Apoyó los codos en las rodillas y, como en unas tenazas, se apretó la cabeza con las palmas.

—¡Qué sufrimiento! —se le escapó a Sonia un alarido torturante.

—Bueno, ¿qué hacer ahora? ¡Dilo! —preguntó él, levantando de pronto la cabeza y mirándola con la cara deformada horriblemente por la desesperación.

—¡Qué hacer! —exclamó ella, levantándose de pronto de un salto, y sus ojos, hasta entonces llenos de lágrimas, de pronto centellearon—. ¡Levántate! (Lo agarró del hombro; él se incorporó, mirándola casi con asombro.) Ve ahora mismo, en este mismo minuto, párate en una encrucijada, inclínate, besa primero la tierra que profanaste, y después inclínate ante todo el mundo, hacia los cuatro lados, y diles a todos, en voz alta: «¡Yo maté!». Entonces Dios te volverá a mandar vida. ¿Irás? ¿Irás? —le preguntaba, temblando toda, como en un ataque, agarrándolo de las dos manos, apretándoselas con fuerza entre las suyas y mirándolo con una mirada de fuego.

Él se asombró y hasta quedó impresionado por su repentino arrebato.

—¿Lo dices por el presidio, Sonia? ¿Hay que denunciarse, o qué? —preguntó sombrío.

—Aceptar el sufrimiento y redimirse con él, eso es lo que hay que hacer.

—¡No! No iré a ellos, Sonia.

—¿Y cómo vas a vivir, cómo vas a vivir? ¿Con qué vas a vivir? —exclamaba Sonia—. ¿Acaso es posible ahora? ¿Cómo vas a hablar con tu madre? (¡Oh, con ellas, con ellas, qué va a pasar ahora!) ¡Pero qué digo! Si ya abandonaste a tu madre y a tu hermana. Si ya las abandonaste, las abandonaste. ¡Oh, Señor! —gritó—. ¡Si él ya lo sabe todo! ¿Pero cómo, cómo vivir sin nadie? ¡Qué va a ser de ti ahora!

—No seas niña, Sonia —pronunció él en voz baja—. ¿En qué soy culpable ante ellos? ¿Para qué iré? ¿Qué les diré? Todo esto no es más que un fantasma... Ellos mismos aniquilan gente por millones, y encima lo tienen por virtud. ¡Son unos pillos y unos canallas, Sonia!... No iré. ¿Y qué voy a decir: que maté, pero que no me atreví a llevarme el dinero, que lo escondí bajo una piedra? —añadió con una sonrisa corrosiva—. Si ellos mismos se van a reír de mí, van a decir: es un tonto por no habérselo llevado. ¡Un cobarde y un tonto! No van a entender nada, nada, Sonia, y no son dignos de entender. ¿Para qué iré? No iré. No seas niña, Sonia...

—Te vas a atormentar, te vas a atormentar —repetía ella, tendiéndole las manos en una súplica desesperada.

—Quizá todavía me calumnié a mí mismo —observó él sombrío, como pensativo—; quizá todavía soy un hombre y no un piojo, y me apresuré a condenarme... Todavía voy a luchar.

Una sonrisa altanera le asomaba forzada a los labios.

—¡Cargar con semejante tormento! ¡Y toda la vida, toda la vida!...

—Me acostumbraré... —pronunció él, huraño y reflexivo—. Escucha —empezó al cabo de un minuto—, basta de llorar, es hora de hablar de lo concreto: vine a decirte que ahora me buscan, me persiguen...

—¡Ah! —gritó Sonia, asustada.

—¿Y por qué gritas? ¡Tú misma deseas que vaya al presidio, y ahora te asustas! Solo que esto: no me voy a entregar a ellos. Todavía voy a luchar con ellos, y no van a poder hacer nada. No tienen pruebas verdaderas. Ayer estuve en gran peligro y pensé que ya estaba perdido; pero hoy el asunto se arregló. Todas sus pruebas tienen dos caras, es decir, sus acusaciones las puedo volver en mi propio favor, ¿entiendes?, y las voy a volver, porque ahora aprendí... Pero a la cárcel me van a meter seguro. Si no hubiera sido por una casualidad, quizá me habrían metido hoy mismo, y seguramente, incluso, quizá todavía me metan hoy... Solo que eso no es nada, Sonia: estaré un tiempo, y me soltarán... porque no tienen ni una sola prueba verdadera, y no la tendrán, te doy mi palabra. Y con lo que tienen no se puede encerrar a un hombre. Bueno, basta... Solo para que lo sepas... Con mi hermana y mi madre procuraré arreglármelas de algún modo para disuadirlas y no asustarlas... Mi hermana, por lo demás, ahora parece que tiene asegurado el porvenir... por lo tanto, también mi madre... Bueno, eso es todo. Ten cuidado, por lo demás. ¿Vendrás a verme a la cárcel, cuando esté preso?

—¡Oh, iré! ¡Iré!

Los dos estaban sentados uno al lado del otro, tristes y abatidos, como si después de una tormenta los hubiera arrojado solos a una orilla desierta. Él miraba a Sonia y sentía cuánto amor de ella había sobre él, y, cosa

extraña, de pronto le resultó pesado y doloroso que lo amaran así. ¡Sí, era una sensación extraña y terrible! Al ir a ver a Sonia, sentía que en ella estaba toda su esperanza y toda su salida; pensaba descargar al menos una parte de sus tormentos, y de pronto, ahora, cuando todo el corazón de ella se había vuelto hacia él, de pronto sintió y tomó conciencia de que se había vuelto incomparablemente más desdichado de lo que era antes.

—Sonia —dijo—, mejor no vengas a verme cuando esté preso en la cárcel.

Sonia no respondió, lloraba. Pasaron algunos minutos.

—¿Llevas una cruz? —preguntó ella de pronto, inesperadamente, como si de pronto se acordara.

Él al principio no entendió la pregunta.

—No, no llevas, ¿verdad? Toma, toma esta, de ciprés. Me queda otra, de cobre, la de Lizaveta. Lizaveta y yo nos cambiamos las cruces: ella me dio su cruz, y yo le di mi imagen. Ahora voy a llevar la de Lizaveta, y esta es para ti. Tómala... ¡si es mía! ¡Si es mía! —le suplicaba—. ¡Si vamos a ir juntos a sufrir, juntos cargaremos también la cruz!...

—¡Dámela! —dijo Raskólnikov. No quería apenarla. Pero enseguida retiró la mano que había tendido hacia la cruz.

—Ahora no, Sonia. Mejor después —añadió, para tranquilizarla.

—Sí, sí, mejor, mejor —recogió ella con entusiasmo—. Cuando vayas a sufrir, entonces te la pondrás. Vendrás a verme, te la pondré, rezaremos e iremos.

En ese instante alguien golpeó tres veces a la puerta.

—Sofía Semiónovna, ¿se puede pasar? —se oyó una voz cortés, muy conocida.

Sonia se lanzó hacia la puerta asustada. La fisonomía rubia del señor Lebeziátnikov se asomó a la habitación.

Quinta parte. Capítulo V

Lebeziátnikov tenía un aire alarmado.

—Vengo a verla, Sofía Semiónovna. Disculpe... Ya pensaba que lo encontraría aquí —se dirigió de pronto a Raskólnikov—, es decir, no pensaba nada... de ese tipo... pero precisamente pensaba... Allá, en casa, Katerina Ivánovna se volvió loca —le espetó de pronto a Sonia, dejando a Raskólnikov.

Sonia gritó.

—Es decir, por lo menos eso parece. Por lo demás... Allá no sabemos qué hacer, ¡eso es, señora! Volvió... parece que la echaron de algún lado, quizá hasta le pegaron... por lo menos eso parece... Fue corriendo a ver al jefe de Semión Zajárich, no lo encontró en casa; comía en casa de otro general... Imagínense: se fue para allá, adonde estaban comiendo... a casa de ese otro general, e, imagínense, insistió hasta conseguirlo, hizo salir al jefe de Semión Zajárich, y parece que hasta de la mesa. Pueden imaginarse lo que pasó allí. Desde luego, la echaron; y ella cuenta que fue ella la que lo insultó y que le tiró algo. Eso hasta se puede suponer... cómo no la detuvieron, ¡no lo entiendo! Ahora se lo cuenta a todo el mundo, también a Amalia Ivánovna, solo que es difícil entenderla, grita y se golpea... Ah, sí:

dice y grita que, como ahora todos la abandonaron, tomará a los niños y saldrá a la calle a llevar un organillo, y los niños cantarán y bailarán, y ella también, y juntarán dinero, y todos los días irán bajo la ventana del general... «Que vean, dice, cómo los niños nobles de un padre funcionario andan por las calles mendigando». A los niños les pega a todos, ellos lloran. A Lionia le enseña a cantar «La granjita»[1], al niño a bailar, a Polina Mijáilovna también, rompe todos los vestidos; les hace unos gorritos, como de actores; ella misma quiere llevar una palangana para golpearla, en lugar de música... No escucha nada... Imagínense, ¿cómo puede ser? ¡Esto ya es sencillamente imposible!

Lebeziátnikov habría seguido todavía, pero Sonia, que lo escuchaba casi sin respirar, agarró de pronto la mantilla y el sombrerito y salió corriendo de la habitación, vistiéndose por el camino. Raskólnikov salió detrás de ella, Lebeziátnikov detrás de él.

—¡Enloqueció sin duda! —le decía este a Raskólnikov, saliendo con él a la calle—. Yo solo no quería asustar a Sofía Semiónovna y dije «parece», pero no hay ninguna duda. Dicen que son unos tubérculos que, en la tisis, saltan en el cerebro; lástima que no sé medicina. Por lo demás, intenté convencerla, pero no escucha nada.

—¿Le habló usted de los tubérculos?

—Es decir, no exactamente de los tubérculos. Además, ella no habría entendido nada. Pero lo que digo es esto: si se convence a una persona lógicamente de que, en el fondo, no tiene motivo para llorar, dejará de llorar. Eso está claro. ¿Y usted está convencido de que no dejará?

—Sería demasiado fácil vivir entonces —respondió Raskólnikov.

—Permítame, permítame; desde luego, para Katerina Ivánovna es

bastante difícil entenderlo; ¿pero sabe usted que en París ya se hicieron experimentos serios sobre la posibilidad de curar a los locos actuando solo por medio de la persuasión lógica? Un profesor de allí, muerto hace poco, un sabio serio, se imaginó que se podía curar así. Su idea fundamental es que en los locos no hay ningún trastorno particular en el organismo, sino que la locura es, por así decirlo, un error lógico, un error de juicio, una visión incorrecta de las cosas. Refutaba al enfermo gradualmente y, imagínese, ¡dicen que obtenía resultados! Pero como al mismo tiempo usaba también las duchas, los resultados de ese tratamiento quedan, desde luego, en duda... Por lo menos, eso parece...

Raskólnikov hacía rato que no escuchaba. Al llegar a la altura de su casa, le hizo un gesto con la cabeza a Lebeziátnikov y entró por el portón. Lebeziátnikov volvió en sí, miró alrededor y siguió corriendo.

Raskólnikov entró en su cuartucho y se detuvo en medio. «¿Para qué había vuelto aquí?». Miró ese papel amarillento, gastado, ese polvo, su sofá... Desde el patio llegaba un golpeteo agudo, incesante; algo, en algún lado, era como si lo estuvieran clavando, algún clavo... Se acercó a la ventana, se puso de puntillas y durante largo rato, con aire de extraordinaria atención, escudriñó el patio. Pero el patio estaba vacío, y no se veía a los que golpeaban. A la izquierda, en el pabellón, se veían aquí y allá ventanas abiertas; en los alféizares había macetitas con geranios raquíticos. Detrás de las ventanas había ropa colgada... Todo eso lo sabía de memoria. Se apartó y se sentó en el sofá.

¡Nunca, nunca se había sentido tan terriblemente solo!

Sí, sintió una vez más que quizá de verdad llegaría a odiar a Sonia, y precisamente ahora, cuando la había hecho más desdichada. «¿Para qué

había ido a verla a pedirle sus lágrimas? ¿Por qué le era tan necesario devorarle la vida? ¡Oh, vileza!».

—¡Me quedaré solo! —pronunció de pronto con decisión—. ¡Y ella no irá a verme a la cárcel!

Al cabo de unos cinco minutos levantó la cabeza y sonrió de un modo extraño. Era un pensamiento extraño: «Quizá en el presidio de verdad sea mejor», se le ocurrió de pronto.

No recordaba cuánto tiempo estuvo sentado en su cuarto, con pensamientos indefinidos que se le agolpaban en la cabeza. De pronto la puerta se abrió y entró Avdotia Románovna. Primero se detuvo y lo miró desde el umbral, como él hacía un rato a Sonia; después pasó y se sentó frente a él en la silla, en su lugar del día anterior. Él la miró en silencio y como sin pensamiento.

—No te enojes, hermano, solo vengo por un minuto —dijo Dunia. La expresión de su cara era pensativa, pero no severa. La mirada era clara y serena. Él vio que también esta había venido a verlo con amor.

—Hermano, ahora lo sé todo, todo. Dmitri Prokófich me lo explicó y me lo contó todo. Te persiguen y te atormentan por una sospecha estúpida e infame... Dmitri Prokófich me dijo que no hay ningún peligro y que haces mal en tomarlo con tanto horror. Yo no pienso así y comprendo perfectamente cómo se ha sublevado todo en ti y que esa indignación puede dejar huellas para siempre. Eso es lo que temo. Por habernos abandonado no te juzgo ni me atrevo a juzgarte, y perdóname por habértelo reprochado antes. Siento en mí misma que, si tuviera una pena tan grande, yo también me alejaría de todos. A mamá no le contaré nada de esto, pero le hablaré de ti sin cesar y le diré de tu parte que vendrás muy

pronto. No te atormentes por ella; yo la calmaré; pero tú tampoco la atormentes: ven aunque sea una vez; ¡recuerda que es tu madre! Y ahora solo vine a decirte (Dunia empezó a levantarse) que si por casualidad me necesitas para algo, o necesitas... toda mi vida, o lo que sea... llámame y vendré. ¡Adiós!

Dio media vuelta bruscamente y fue hacia la puerta.

—¡Dunia! —la detuvo Raskólnikov, se levantó y se acercó a ella—. Ese Razumíjin, Dmitri Prokófich, es un hombre muy bueno.

Dunia se ruborizó apenas.

—¿Y? —preguntó, tras esperar un minuto.

—Es un hombre práctico, trabajador, honrado y capaz de amar con fuerza... Adiós, Dunia.

Dunia se encendió toda, y después de pronto se alarmó:

—¿Pero qué es esto, hermano? ¿Acaso de verdad nos separamos para siempre, que me haces... semejantes testamentos?

—Da lo mismo... adiós...

Se apartó y se alejó de ella hacia la ventana. Ella se quedó un momento, lo miró con inquietud y salió alarmada.

No, él no era frío con ella. Hubo un instante (el último de todos) en que tuvo unas ganas terribles de abrazarla con fuerza y despedirse de ella, e incluso decírselo, pero ni siquiera se atrevió a darle la mano:

«Después quizá se estremezca al recordar que ahora la abracé, dirá que le robé el beso».

«¿Y esta lo aguantará o no lo aguantará? —añadió para sí al cabo de unos minutos—. No, no lo aguantará; ¡las de esa clase no aguantan! Las de esa clase nunca aguantan...»

Y pensó en Sonia.

De la ventana llegó un soplo de frescura. En el patio la luz ya no brillaba tanto. De pronto tomó la gorra y salió.

Desde luego, no podía, ni quería, ocuparse de su estado enfermizo. Pero toda esa inquietud incesante y todo ese horror del alma no podían pasar sin consecuencias. Y si todavía no estaba en cama con una verdadera fiebre, quizá era precisamente porque esa inquietud interior, incesante, todavía lo mantenía en pie y consciente, pero de un modo como artificial, por un tiempo.

Vagaba sin rumbo. El sol se ponía. Una angustia particular había empezado a manifestársele en los últimos tiempos. No había en ella nada especialmente corrosivo, ardiente; pero de ella emanaba algo constante, eterno; se presentían años sin salida de esa angustia fría, mortecina; se presentía una especie de eternidad en «un arshín de espacio». A la hora del atardecer esa sensación solía empezar a torturarlo todavía más.

—¡Con estas debilidades estupidísimas, puramente físicas, que dependen de alguna puesta de sol, a ver quién se contiene de hacer una estupidez! ¡No ya a casa de Sonia, a casa de Dunia irá uno! —masculló con odio.

Lo llamaron. Se volvió; Lebeziátnikov se lanzó hacia él.

—Imagínese, estuve en su casa, lo estoy buscando. Imagínese, ¡cumplió su intención y se llevó a los niños! Sofía Semiónovna y yo a duras penas los encontramos. Ella misma golpea una sartén, obliga a los niños a cantar y bailar. Los niños lloran. Se detienen en las encrucijadas y junto a las tiendas. Detrás de ellos corre la gente estúpida. Vamos.

—¿Y Sonia?... —preguntó con inquietud Raskólnikov, apresurándose

detrás de Lebeziátnikov.

—Sencillamente fuera de sí. Es decir, no es Sofía Semiónovna la que está fuera de sí, sino Katerina Ivánovna; aunque, por lo demás, también Sofía Semiónovna está fuera de sí. Y Katerina Ivánovna está completamente fuera de sí. Le digo que enloqueció definitivamente. Las va a llevar la policía. Puede imaginarse cómo va a influir eso... Ahora están en el canal, junto al puente ...ski, muy cerca de la casa de Sofía Semiónovna. Cerca.

En el canal, no muy lejos del puente y a dos casas de la casa donde vivía Sonia, se había juntado un montón de gente. Sobre todo acudían corriendo chicos y chicas. La voz ronca, desgarrada, de Katerina Ivánovna se oía ya desde el puente. Y en efecto era un espectáculo extraño, capaz de interesar al público de la calle. Katerina Ivánovna, con su vestido viejito, con el chal de drap de dames y con el sombrerito de paja roto, caído de lado en un bollo deforme, estaba en efecto en un verdadero frenesí. Estaba cansada y se ahogaba. Su cara tísica y extenuada parecía más sufriente que nunca (además, en la calle, al sol, un tísico parece siempre más enfermo y más desfigurado que en casa); pero su estado de excitación no cesaba, y a cada minuto se volvía todavía más irritable. Se lanzaba hacia los niños, les gritaba, los persuadía, les enseñaba allí mismo, delante de la gente, cómo bailar y cantar, empezaba a explicarles para qué hacía falta, se desesperaba por su torpeza, les pegaba... Después, sin terminar, se lanzaba hacia el público; si notaba a una persona apenas bien vestida que se detenía a mirar, enseguida se ponía a explicarle que a esto, miren, habían llegado los niños «de una casa noble, y hasta se puede decir aristocrática». Si oía risas en la multitud o alguna palabrita provocadora, enseguida se echaba encima de

los insolentes y empezaba a pelearse con ellos. Unos, en efecto, se reían; otros meneaban la cabeza; a todos en general les daba curiosidad mirar a la loca con los niños asustados. La sartén de la que había hablado Lebeziátnikov no estaba; por lo menos, Raskólnikov no la vio; pero en lugar de golpear la sartén, Katerina Ivánovna se ponía a dar palmadas al compás con sus palmas resecas cuando hacía cantar a Pólechka y bailar a Lionia y a Kolia; y hasta se ponía ella misma a cantar con ellos, pero cada vez se cortaba en la segunda nota por una tos torturante, con lo que volvía a desesperarse, maldecía su tos y hasta lloraba. Lo que más la sacaba de quicio era el llanto y el miedo de Kolia y de Lionia. En efecto, había habido un intento de disfrazar a los niños como se disfrazan los cantores y las cantoras callejeros. Al niño le habían puesto un turbante de algo rojo con blanco, para que hiciera de turco. Para Lionia no habían alcanzado los disfraces; solo le habían puesto en la cabeza el gorrito rojo de estambre tejido (o mejor dicho, el gorro de dormir) del difunto Semión Zajárich, y en el gorro habían clavado un pedazo de pluma blanca de avestruz que había pertenecido a la abuela de Katerina Ivánovna y que se había conservado hasta entonces en el baúl, como rareza de familia. Pólechka llevaba su vestidito de siempre. Miraba a su madre con timidez y desconcierto, no se apartaba de ella, escondía sus lágrimas, adivinaba la locura de su madre y miraba alrededor con inquietud. La calle y la multitud la habían asustado terriblemente. Sonia seguía sin descanso a Katerina Ivánovna, llorando y rogándole a cada minuto que volviera a casa. Pero Katerina Ivánovna era inexorable.

—¡Basta, Sonia, basta! —gritaba atropelladamente, apresurándose, ahogándose y tosiendo—. ¡No sabes lo que pides, como una criatura! Ya te

dije que no volveré a casa de esa alemana borracha. Que vean todos, todo Petersburgo, cómo piden limosna los hijos de un padre noble, que sirvió toda la vida con fidelidad y lealtad y, se puede decir, murió en el servicio. (Katerina Ivánovna ya había alcanzado a crearse esa fantasía y a creer en ella ciegamente.) Que lo vea, que lo vea ese generalucho inútil. Y además eres tonta, Sonia: ¿qué vamos a comer ahora, dime? Bastante te hemos torturado, ¡no quiero más! ¡Ah, Rodión Románich, es usted! —gritó, al ver a Raskólnikov y lanzándose hacia él—. ¡Explíquele usted, por favor, a esta tontita que no se puede hacer nada más inteligente! Hasta los organilleros ganan algo, y a nosotros enseguida todos nos distinguirán, sabrán que somos una familia noble y pobre de huérfanos reducidos a la miseria, y ese generalucho perderá su puesto, ¡ya verá! Todos los días iremos bajo sus ventanas, y cuando pase el soberano, me pondré de rodillas, pondré a todos estos delante y los señalaré: «¡Protégenos, padre!». Él es el padre de todos los huérfanos, es misericordioso, nos protegerá, ya verá, y a ese generalucho... ¡Lionia! Tenez-vous droite![2] Tú, Kolia, enseguida vas a bailar otra vez. ¿Por qué lloriqueas? ¡Otra vez lloriquea! ¿Pero qué, de qué tienes miedo, tontito? ¡Señor! ¡Qué hago con él, Rodión Románich! ¡Si supiera qué torpes son! ¡Qué se puede hacer con semejantes criaturas!...

Y ella, casi llorando también (lo que no le impedía seguir su parloteo incesante e ininterrumpido), le señalaba a los niños que lloriqueaban. Raskólnikov intentó convencerla de que volviera e incluso le dijo, pensando influir en su amor propio, que no era decoroso para ella andar por las calles como andan los organilleros, porque se estaba preparando para ser directora de un pensionado noble para señoritas...

—¡Un pensionado, ja, ja, ja! ¡De lejos todo suena hermoso! —exclamó Katerina Ivánovna, y enseguida después de la risa se ahogó en un acceso de tos—. No, Rodión Románich, ¡el sueño se acabó! ¡Todos nos abandonaron!... Y ese generalucho... Sabe, Rodión Románich, le tiré un tintero; allí, en la antesala de los lacayos, justo estaba sobre la mesa, al lado de la hoja en la que firmaban, y yo firmé, se lo tiré y salí corriendo. Oh, viles, viles. Pero me da igual; ahora yo misma voy a alimentar a estos, ¡no me voy a inclinar ante nadie! ¡Bastante la hemos atormentado! (Señaló a Sonia.) Pólechka, ¿cuánto juntaron, a ver? ¿Cómo? ¿Solo dos kopeks? ¡Oh, infames! ¡No dan nada, solo corren detrás de nosotros con la lengua afuera! ¿Y de qué se ríe ese zoquete? (señaló a uno de la multitud). ¡Todo esto es porque este Kolka es tan torpe, con él no hay más que trabajo! ¿Qué quieres, Pólechka? Háblame en francés, parlez-moi français. ¡Si yo te enseñé, si sabes algunas frases!... ¿Si no, cómo van a distinguir que ustedes son de familia noble, niños bien educados y no como todos los organilleros? No vamos a representar por las calles algún «Petrushka»[3], sino que cantaremos una romanza noble... ¡Ah, sí! ¿Pero qué vamos a cantar? Todos ustedes me interrumpen, y nosotros... mire, Rodión Románich, nos detuvimos aquí para elegir qué cantar, algo que Kolia también pueda bailar... porque todo esto, ya puede imaginárselo, lo hacemos sin preparación; hay que ponerse de acuerdo para ensayarlo todo por completo, y después nos iremos a la avenida Nevski, donde hay mucha más gente de la alta sociedad y enseguida se fijarán en nosotros: Lionia sabe «La granjita»... ¡Pero siempre «La granjita» y «La granjita», y todos la cantan! Tenemos que cantar algo mucho más noble... Bueno, ¿qué se te ocurrió, Polia? ¡Si al menos ayudaras a tu madre! ¡La memoria, no tengo

memoria, si no, me acordaría! ¡No vamos a cantar «El húsar, apoyado en su sable», de verdad! ¡Ah, cantemos en francés «Cinq sous»[4]! Si yo les enseñé, les enseñé. Y lo principal, como es en francés, enseguida verán que ustedes son hijos de nobles, y será mucho más conmovedor... Hasta se podría: «Malborough s'en va-t-en guerre»[5], ya que es una cancioncita completamente infantil y se usa en todas las casas aristocráticas para hacer dormir a los niños.

Malborough s'en va-t-en guerre, Ne sait quand reviendra...

empezó a cantar... —Pero no, ¡mejor «Cinq sous»! Vamos, Kolia, las manitos en la cintura, rápido, y tú, Lionia, gira también hacia el lado contrario, y Pólechka y yo vamos a acompañar cantando y dando palmadas.

Cinq sous, cinq sous, Pour monter notre ménage...

¡Ejem, ejem, ejem! (Y se ahogó de tos.) Arréglate el vestidito, Pólechka, se te bajaron los hombritos —observó entre la tos, recobrando el aliento—. Ahora tienen que comportarse con especial decoro y finura, para que todos vean que son hijos de nobles. Yo dije entonces que el corpiño había que cortarlo más largo y además en dos paños. Fuiste tú, Sonia, con tus consejos: «Más corto, más corto», y así salió, que desfiguramos por completo a la criatura... ¡Bueno, otra vez lloran todos! ¿Pero qué les pasa, tontos? Vamos, Kolia, empieza rápido, rápido, rápido... ¡ay, qué criatura insoportable!...

Cinq sous, cinq sous...

¡Otra vez el soldado! ¿Y tú qué quieres?

En efecto, entre la multitud se abría paso un guardia. Pero al mismo tiempo un señor de uniforme y capote, un funcionario respetable de unos

cincuenta años, con una condecoración al cuello (esto último le resultó muy agradable a Katerina Ivánovna e influyó en el guardia), se acercó y en silencio le dio a Katerina Ivánovna un billetito verde de tres rublos. En su cara se expresaba una compasión sincera. Katerina Ivánovna lo aceptó y le hizo una reverencia cortés, incluso ceremoniosa.

—Le agradezco, muy señor mío —empezó con altivez—, las causas que nos movieron... toma el dinero, Pólechka. ¿Ves? Sí que hay personas nobles y generosas, siempre dispuestas a ayudar a una pobre noble en la desgracia. Usted ve, muy señor mío, a unos huérfanos nobles, se puede decir incluso que con las relaciones más aristocráticas... Y ese generalucho estaba sentado comiendo perdices... se puso a patalear porque lo molesté... «Excelencia, le digo, proteja a los huérfanos, ya que conocía muy bien, le digo, al difunto Semión Zajárich, y como a su propia hija el más vil de los viles la calumnió el día de su muerte...». ¡Otra vez ese soldado! ¡Protéjame! —le gritó al funcionario—. ¿Por qué se me viene encima este soldado? Ya escapamos aquí de otro, de la Meshchánskaia... ¡y a ti qué te importa, imbécil!

—Porque en las calles está prohibido, señora. No haga escándalos.

—¡El escandaloso eres tú! Es lo mismo que si anduviera con un organillo, ¿a ti qué te importa?

—Para el organillo hay que tener permiso, y usted va por su cuenta, señora, y de esta manera junta a la gente. ¿Dónde vive usted?

—¡Cómo, permiso! —vociferó Katerina Ivánovna—. ¡Hoy enterré a mi marido, qué permiso ni qué nada!

—Señora, señora, cálmese —empezó el funcionario—, vamos, la acompaño... Aquí, en medio de la multitud, no es decoroso... usted no está bien...

—¡Muy señor mío, muy señor mío, usted no sabe nada! —gritaba Katerina Ivánovna—. Nos iremos a la Nevski... ¡Sonia, Sonia! ¿Pero dónde está? ¡También llora! ¡Pero qué les pasa a todos ustedes!... Kolia, Lionia, ¿adónde van? —gritó de pronto, asustada—. ¡Oh, niños tontos! ¡Kolia, Lionia, pero adónde se van!...

Sucedió que Kolia y Lionia, asustados hasta el último extremo por la multitud de la calle y por las ocurrencias de su madre enloquecida, al ver por fin al soldado, que quería llevárselos a alguna parte, de pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo, se agarraron de las manitos y echaron a correr. Con alaridos y llanto se lanzó la pobre Katerina Ivánovna a alcanzarlos. Era deforme y lastimoso verla correr, llorando, ahogándose. Sonia y Pólechka se lanzaron detrás de ella.

—¡Hazlos volver, hazlos volver, Sonia! ¡Oh, niños tontos, ingratos!... ¡Polia! Atrápalos... Si es por ustedes que yo...

Tropezó en plena carrera y cayó.

—¡Se lastimó y está sangrando! ¡Oh, Señor! —gritó Sonia, inclinándose sobre ella.

Todos acudieron corriendo, todos se apretujaron alrededor. Raskólnikov y Lebeziátnikov llegaron corriendo de los primeros; el funcionario también se apresuró, y detrás de él el guardia, que refunfuñó «¡Vaya, vaya!» con un gesto de la mano, presintiendo que el asunto iba a traer complicaciones.

—¡Circulen! ¡Circulen! —dispersaba a la gente que se apretujaba alrededor.

—¡Se está muriendo! —gritó alguien.

—¡Se volvió loca! —pronunció otro.

—¡Dios nos libre! —pronunció una mujer, santiguándose—. ¿Y a la chiquilla y al chico, los agarraron? Mírala, ahí los traen, la mayorcita los atrapó... ¡Mira qué alocados!

Pero cuando miraron bien a Katerina Ivánovna, vieron que no se había lastimado en absoluto contra una piedra, como había pensado Sonia, sino que la sangre que había enrojecido el empedrado le había brotado del pecho por la garganta.

—Esto lo conozco, lo he visto —le balbuceaba el funcionario a Raskólnikov y a Lebeziátnikov—, es la tisis, señores; brota así la sangre y ahoga. Con una pariente mía, hace poco fui testigo, y así, como vaso y medio... de pronto, señor... ¿Pero qué hacer, sin embargo? ¿Se va a morir ahora mismo?

—¡Aquí, aquí, a mi casa! —suplicaba Sonia—. ¡Aquí vivo yo!... Esta casa, la segunda desde aquí... ¡A mi casa, rápido, rápido!... —se lanzaba hacia todos—. Manden a buscar un médico... ¡Oh, Señor!

Gracias a los esfuerzos del funcionario el asunto se arregló; hasta el guardia ayudó a trasladar a Katerina Ivánovna. La llevaron a casa de Sonia casi muerta y la acostaron en la cama. La hemorragia todavía continuaba, pero ella parecía empezar a volver en sí. En la habitación entraron a la vez, además de Sonia, Raskólnikov y Lebeziátnikov, el funcionario y el guardia, que antes había dispersado a la multitud, de la que algunos los acompañaron hasta la misma puerta. Pólechka hizo entrar, llevándolos de la mano, a Kolia y a Lionia, que temblaban y lloraban. Vinieron también los de los Kapernaúmov: él mismo, cojo y tuerto, un hombre de aspecto extraño, con el pelo y las patillas erizados como cerdas; su mujer, que tenía un aire asustado de una vez para siempre, y algunos de sus hijos, con caras

de madera por el asombro constante y con la boca abierta. Entre todo ese público apareció de pronto también Svidrigáilov. Raskólnikov lo miró con asombro, sin entender de dónde había salido y sin recordarlo en la multitud.

Se hablaba del médico y del sacerdote. El funcionario, aunque le susurró a Raskólnikov que, al parecer, el médico ya estaba de más, dispuso que se lo mandara buscar. Fue corriendo el propio Kapernaúmov.

Entretanto Katerina Ivánovna recobró el aliento; por un tiempo la sangre se detuvo. Miraba con una mirada enfermiza, pero fija y penetrante, a Sonia, pálida y temblorosa, que le secaba con un pañuelo las gotas de sudor de la frente; por fin pidió que la incorporaran. La sentaron en la cama, sosteniéndola de los dos lados.

—¿Dónde están los niños? —preguntó con voz débil—. ¿Los trajiste, Polia? ¡Oh, tontos!... ¿Pero por qué echaron a correr?... ¡Ay!

La sangre todavía le cubría los labios resecos. Paseó los ojos alrededor, examinando:

—¡Así que así vives, Sonia! Ni una sola vez vine a tu casa... y me tocó...

La miró con sufrimiento:

—Te hemos chupado la sangre, Sonia... Polia, Lionia, Kolia, vengan aquí... Bueno, aquí los tienes, Sonia, a todos, tómalos... de mis manos a las tuyas... ¡y yo ya tuve bastante!... ¡Se acabó el baile! ¡Ja!... Acuéstenme, déjenme al menos morir en paz...

La volvieron a acostar sobre la almohada.

—¿Qué? ¿Un sacerdote?... No hace falta... ¿De dónde van a sacar ustedes un rublo de sobra?... ¡No tengo pecados!... Dios tiene que perdonar igual... ¡Él sabe cuánto sufrí!... ¡Y si no perdona, tampoco hace

falta!...

Un delirio inquieto se apoderaba de ella cada vez más. A veces se estremecía, paseaba los ojos alrededor, reconocía a todos por un minuto; pero enseguida la conciencia volvía a dejar paso al delirio. Respiraba ronca y trabajosamente; algo parecía borbotearle en la garganta.

—Yo le digo: «¡Excelencia!...» —gritaba, recobrando el aliento después de cada palabra—. Esa Amalia Liúdvigovna... ¡ah! ¡Lionia, Kolia! Las manitos en la cintura, rápido, rápido, glissé-glissé, pas de basque! Golpea con los piecitos... Sé una criatura graciosa.

Du hast Diamanten und Perlen...[6]

¿Cómo sigue? Eso es lo que habría que cantar...

Du hast die schönsten Augen, Mädchen, was willst du mehr?

¡Sí, cómo no! Was willst du mehr... ¡qué cosas inventa el zoquete!... Ah, sí, también esta:

En el calor del mediodía, en un valle del Daguestán...[7]

Ah, cómo la amaba... ¡Yo adoraba esta romanza, Pólechka!... Sabes, tu padre... la cantaba cuando todavía era mi novio... ¡Oh, aquellos días!... ¡Esa, esa es la que tendríamos que cantar! Bueno, cómo era, cómo era... ya me olvidé... ¡pero recuérdenmela!, ¿cómo era? —Estaba en una agitación extraordinaria y se esforzaba por incorporarse. Por fin, con una voz terrible, ronca, desgarrada, empezó, gritando y ahogándose en cada palabra, con aire de un susto que iba en aumento:

¡En el calor del mediodía!... ¡En un valle!... ¡Del Daguestán!... ¡Con plomo en el pecho!...

¡Excelencia! —vociferó de pronto con un alarido desgarrador, deshecha en lágrimas—. ¡Proteja a los huérfanos! ¡Conociendo el pan y la sal del

difunto Semión Zajárich!... ¡Se puede decir incluso aristocrático!... ¡Ja! —se estremeció de pronto, volviendo en sí y mirando a todos con una especie de horror, pero enseguida reconoció a Sonia—. ¡Sonia, Sonia! —pronunció mansa y cariñosamente, como asombrada de verla ante sí—. Sonia, querida, ¿tú también estás aquí?

La volvieron a incorporar.

—¡Basta!... ¡Es hora!... ¡Adiós, pobrecita!... ¡Reventaron al jamelgo!... ¡Me deslomé-é-é! —gritó con desesperación y con odio, y se desplomó con la cabeza sobre la almohada.

Volvió a perder el conocimiento, pero ese último desvanecimiento no duró mucho. Su cara amarillo pálido, reseca, cayó hacia atrás, la boca se le abrió, las piernas se estiraron convulsivamente. Suspiró hondo, muy hondo, y murió.

Sonia cayó sobre su cadáver, la rodeó con los brazos y se quedó inmóvil, con la cabeza apretada contra el pecho reseco de la difunta. Pólechka se echó a los pies de su madre y se los besaba, llorando a gritos. Kolia y Lionia, sin entender todavía lo que había pasado, pero presintiendo algo muy terrible, se agarraron uno al otro de los hombritos con las dos manos y, con los ojos clavados uno en el otro, de pronto, juntos, a la vez, abrieron la boca y se pusieron a gritar. Los dos todavía estaban disfrazados: uno con el turbante, la otra con el gorrito y la pluma de avestruz.

¿Y cómo había ido a parar de pronto ese «diploma de honor» a la cama, al lado de Katerina Ivánovna? Estaba allí mismo, junto a la almohada; Raskólnikov lo vio.

Se apartó hacia la ventana. Lebeziátnikov se le acercó de un salto.

—¡Murió! —dijo Lebeziátnikov.

—Rodión Románovich, tengo que transmitirle dos palabritas necesarias —se acercó Svidrigáilov. Lebeziátnikov enseguida le cedió el lugar y se esfumó delicadamente. Svidrigáilov llevó al asombrado Raskólnikov todavía más lejos, a un rincón.

—Todo este trajín, es decir, el entierro y lo demás, lo tomo a mi cargo. Sabe, con tal de que haya dinero, y ya le dije que a mí me sobra. A estos dos pichones y a esta Pólechka los colocaré en algunos orfanatos de los mejores y depositaré para cada uno, hasta la mayoría de edad, mil quinientos rublos de capital, para que Sofía Semiónovna esté completamente tranquila. Y a ella también la sacaré del pantano, porque es una buena muchacha, ¿no es así? Bueno, señor, entonces transmítale a Avdotia Románovna que sus diez mil los empleé así.

—¿Con qué fines se ha vuelto usted tan caritativo? —preguntó Raskólnikov.

—¡E-eh! ¡Hombre desconfiado! —se rio Svidrigáilov—. Si ya le dije que ese dinero me sobra. ¿Y simplemente por humanidad, no lo admite, o qué? Porque ella no era un «piojo» (señaló con el dedo el rincón donde estaba la difunta), como alguna viejecilla usurera. Bueno, convenga, bueno: «¿que viva Luzhin, de verdad, y cometa infamias, o que muera ella?». Y si yo no ayudo, «Pólechka, por ejemplo, irá allí también, por el mismo camino...».

Pronunció esto con aire de una especie de picardía alegre, guiñando el ojo, sin apartar los ojos de Raskólnikov. Raskólnikov palideció y se quedó helado, al oír sus propias expresiones, dichas a Sonia. Se echó rápidamente hacia atrás y miró a Svidrigáilov con ojos desorbitados.

—¿Có-cómo... lo sabe usted? —susurró, respirando a duras penas.

—Pero si yo vivo aquí, detrás de la pared, en casa de madame Resslich. Aquí está Kapernaúmov, y allí madame Resslich, una vieja y devotísima amiga. Vecino, señor.

—¿Usted?

—Yo —prosiguió Svidrigáilov, sacudiéndose de risa—, y puedo asegurarle por mi honor, queridísimo Rodión Románovich, que me ha interesado usted de un modo asombroso. Ya le dije que nos entenderíamos, se lo predije, y mire, nos entendimos. Y verá qué hombre tan acomodaticio soy. Verá que conmigo todavía se puede vivir...

Notas

1. Romanza popular de la época, con letra del poeta Alekséi Koltsov.

2. «¡Ponte derecha!».

3. El títere de las funciones callejeras rusas, parecido a Polichinela.

4. «Cinco centavos», canción francesa: «Cinco centavos para armar nuestro hogar...».

5. Canción infantil francesa: «Mambrú se fue a la guerra, no sé cuándo vendrá...».

6. Canción sobre un poema de Heine: «Tienes diamantes y perlas... tienes los ojos más hermosos, muchacha, ¿qué más quieres?».

7. Primer verso de «El sueño», de Lermontov, sobre un hombre que agoniza herido en un valle del Cáucaso.

Sexta parte. Capítulo I

Para Raskólnikov empezó una época extraña: era como si de pronto una niebla hubiera caído ante él y lo hubiera encerrado en una soledad pesada y sin salida. Al recordar esa época después, ya mucho más tarde, adivinaba que su conciencia a veces como que se empañaba y que eso había durado, con algunos intervalos, hasta la catástrofe definitiva. Estaba positivamente convencido de que entonces se había equivocado en muchas cosas, por ejemplo en los plazos y en el tiempo de algunos sucesos. Por lo menos, al recordar más tarde y esforzarse por aclararse lo recordado, se enteró de muchas cosas sobre sí mismo guiándose ya por datos recibidos de otras personas. Confundía, por ejemplo, un suceso con otro; otro lo consideraba consecuencia de un hecho que existía solo en su imaginación. A veces se apoderaba de él una inquietud enfermiza y torturante, que llegaba a transformarse incluso en un miedo pánico. Pero recordaba también que había habido minutos, horas, quizá hasta días, llenos de apatía, que se había apoderado de él como en oposición al miedo anterior; una apatía parecida al estado enfermizamente indiferente de algunos moribundos. En general, en esos últimos días él mismo parecía esforzarse por huir de una comprensión clara y completa de su situación; algunos hechos

apremiantes, que exigían una aclaración inmediata, le pesaban especialmente; pero cuánto se habría alegrado de liberarse y huir de ciertas preocupaciones, cuyo olvido, por lo demás, amenazaba con una perdición completa e inevitable en su situación.

Lo inquietaba especialmente Svidrigáilov: hasta se podía decir que era como si se hubiera detenido en Svidrigáilov. Desde las palabras de Svidrigáilov, demasiado amenazantes para él y expresadas con demasiada claridad, en la vivienda de Sonia, en el momento de la muerte de Katerina Ivánovna, era como si se hubiera alterado el curso habitual de sus pensamientos. Pero, a pesar de que ese hecho nuevo lo inquietaba extraordinariamente, Raskólnikov de algún modo no se apresuraba a aclarar el asunto. A veces, encontrándose de pronto en alguna parte apartada y solitaria de la ciudad, en alguna fonda miserable, solo, a una mesa, pensativo, y recordando apenas cómo había llegado allí, se acordaba de pronto de Svidrigáilov: de pronto tomaba conciencia con demasiada claridad e inquietud de que habría que ponerse de acuerdo cuanto antes con ese hombre y, en lo posible, resolverlo definitivamente. Una vez, al llegar a algún lugar más allá de la barrera, hasta se imaginó que allí esperaba a Svidrigáilov y que allí tenían una cita. Otra vez se despertó antes del amanecer en algún lugar, en el suelo, entre unos arbustos, y casi no entendía cómo había llegado allí. Por lo demás, en esos dos o tres días después de la muerte de Katerina Ivánovna ya se había encontrado dos veces con Svidrigáilov, casi siempre en la vivienda de Sonia, adonde iba de algún modo sin propósito, pero casi siempre por un minuto. Siempre intercambiaban palabras breves y ni una sola vez hablaron del punto capital, como si entre ellos hubieran convenido por sí solos callar sobre eso

por un tiempo. El cuerpo de Katerina Ivánovna todavía yacía en el ataúd. Svidrigáilov disponía el entierro y hacía los trámites. Sonia también estaba muy ocupada. En el último encuentro, Svidrigáilov le explicó a Raskólnikov que lo de los hijos de Katerina Ivánovna ya lo había resuelto de algún modo, y resuelto con éxito; que, gracias a ciertas relaciones, había encontrado personas con cuya ayuda se podía colocar a los tres huérfanos, de inmediato, en establecimientos muy decentes para ellos; que el dinero apartado para ellos también había ayudado mucho, ya que a los huérfanos con capital es mucho más fácil colocarlos que a los huérfanos mendigos. Dijo también algo de Sonia, prometió pasar en esos días por casa de Raskólnikov y mencionó que «desearía consultarle; que haría mucha falta hablar, que hay ciertos asuntos...». Esa conversación tuvo lugar en el zaguán, junto a la escalera. Svidrigáilov miraba fijamente a los ojos a Raskólnikov y de pronto, tras callar y bajando la voz, le preguntó:

—¿Pero qué le pasa, Rodión Románich, que está tan fuera de sí? ¡De verdad! Escucha y mira, pero es como si no entendiera. Anímese. Mire, vamos a hablar; lástima que haya mucho trabajo, ajeno y propio... ¡Eh, Rodión Románich! —añadió de pronto—. Todos los hombres necesitan aire, aire, señor... ¡Antes que nada!

De pronto se hizo a un lado para dejar pasar a un sacerdote y a un sacristán que subían la escalera. Iban a celebrar el responso. Por disposición de Svidrigáilov, los responsos se celebraban dos veces por día, puntualmente. Svidrigáilov siguió su camino. Raskólnikov se quedó un momento, pensó y entró detrás del sacerdote en la vivienda de Sonia.

Se quedó en la puerta. Empezaba el oficio, en voz baja, con solemnidad, con tristeza. En la conciencia de la muerte y en la sensación de la presencia

de la muerte siempre había habido para él algo pesado y místicamente terrible, desde la infancia; y además hacía mucho que no oía un responso. Y había además allí algo distinto, demasiado terrible e inquietante. Miraba a los niños: todos estaban junto al ataúd, de rodillas; Pólechka lloraba. Detrás de ellos, llorando en silencio y como con timidez, rezaba Sonia. «Y en estos días ni una sola vez me miró ni me dijo una palabra», se le ocurrió de pronto a Raskólnikov. El sol iluminaba vivamente la habitación; el humo del incienso subía en volutas; el sacerdote leía «Dale, Señor, el descanso». Raskólnikov estuvo de pie todo el oficio. Al bendecir y despedirse, el sacerdote miraba alrededor de un modo extraño. Después del oficio, Raskólnikov se acercó a Sonia. Ella de pronto lo tomó de las dos manos y le apoyó la cabeza en el hombro. Ese gesto breve hasta dejó perplejo a Raskólnikov; hasta resultaba extraño: ¿cómo?, ¡ni la menor repulsión, ni la menor repugnancia hacia él, ni el menor temblor en su mano! Era ya una especie de infinitud de la propia humillación. Así, por lo menos, lo entendió él. Sonia no decía nada. Raskólnikov le estrechó la mano y salió. Se sintió terriblemente abrumado. Si hubiera sido posible irse a alguna parte en ese momento y quedarse completamente solo, aunque fuera para toda la vida, se habría considerado feliz. Pero el caso era que en los últimos tiempos, aunque casi siempre estaba solo, de ningún modo podía sentir que estaba solo. Le pasaba de irse fuera de la ciudad, salir al camino real, hasta una vez salió a una especie de bosquecillo; pero cuanto más solitario era el lugar, con más fuerza parecía percibir la presencia cercana e inquietante de alguien, no exactamente terrible, sino de algún modo muy molesta, de modo que se apresuraba a volver a la ciudad, se mezclaba con la multitud, entraba en las fondas, en las tabernas, iba al

Tolkuchi[1], a la Sennaia. Aquí ya parecía más fácil e incluso más solitario. En un figón, antes del anochecer, cantaban canciones: se quedó sentado una hora entera, escuchando, y recordaba que hasta le había resultado muy agradable. Pero al final de pronto volvió a inquietarse; era como si un remordimiento de conciencia hubiera empezado de pronto a atormentarlo: «Mírame, aquí sentado escuchando canciones, ¡y acaso es eso lo que tengo que hacer!», pareció pensar. Por lo demás, enseguida adivinó que no solo eso lo inquietaba; había algo que exigía una resolución inmediata, pero que no se podía ni comprender ni expresar con palabras. Todo se enredaba en una especie de ovillo. «¡No, mejor alguna lucha! Mejor otra vez Porfiri... o Svidrigáilov... Que venga pronto otra vez algún desafío, el ataque de alguien... ¡Sí! ¡Sí!», pensaba. Salió del figón y se lanzó casi a correr. El pensamiento de Dunia y de su madre le infundió de pronto, por alguna razón, una especie de miedo pánico. Fue esa noche, antes del amanecer, cuando se despertó entre los arbustos, en la isla Krestovski, todo aterido, con fiebre; se fue a casa y llegó ya de madrugada. Después de unas horas de sueño la fiebre pasó, pero se despertó ya tarde: eran las dos de la tarde.

Recordó que ese día estaba fijado el entierro de Katerina Ivánovna, y se alegró de no haber estado presente. Nastasia le trajo de comer; comió y bebió con gran apetito, casi con avidez. Tenía la cabeza más fresca, y él mismo estaba más tranquilo que en esos tres últimos días. Hasta se asombró, de pasada, de sus anteriores oleadas de miedo pánico. La puerta se abrió y entró Razumíjin.

—¡Ah! Come, por lo tanto no está enfermo —dijo Razumíjin, tomó una silla y se sentó a la mesa frente a Raskólnikov. Estaba alarmado y no

intentaba ocultarlo. Hablaba con visible fastidio, pero sin apresurarse ni levantar especialmente la voz. Se podría pensar que en él se había instalado alguna intención particular e incluso excepcional—. Escucha —empezó con decisión—, a mí me importan un diablo todos ustedes, pero por lo que veo ahora, veo claramente que no puedo entender nada; por favor, no creas que vine a interrogarte. ¡Me da igual! ¡Yo mismo no quiero! Ahora revélalo tú todo, todos sus secretos, y quizá ni siquiera me ponga a escuchar, escupiré y me iré. Solo vine a saber personalmente y definitivamente: ¿es verdad, en primer lugar, que estás loco? Sobre ti, ves, existe la convicción (bueno, por ahí, en algún lado) de que quizá estás loco o muy propenso a ello. Te confieso que yo mismo estaba muy inclinado a sostener esa opinión, en primer lugar, a juzgar por tus actos estúpidos y en parte infames (que nada explica), y en segundo lugar, por tu comportamiento reciente con tu madre y tu hermana. Solo un monstruo y un canalla, si no un loco, podría haberse portado con ellas como te portaste tú; y por consiguiente, estás loco...

—¿Hace mucho que las viste?

—Ahora mismo. ¿Y tú no las viste desde entonces? ¿Por dónde andas vagando, dime, por favor? Pasé tres veces a verte. Tu madre está seriamente enferma desde ayer. Se preparó para venir a verte; Avdotia Románovna trató de retenerla; no quiere escuchar nada: «Si él, dice, está enfermo, si se le trastorna la razón, ¿quién lo va a ayudar sino su madre?». Vinimos todos aquí, porque no íbamos a dejarla sola. Hasta tu misma puerta le rogamos que se calmara. Entramos, no estabas, aquí estuvo sentada ella. Estuvo sentada diez minutos, nosotros de pie a su lado, en silencio. Se levantó y dijo: «Si sale de casa, y por lo tanto está sano y se olvidó de su madre,

entonces es indecoroso y vergonzoso que una madre esté de pie en el umbral y mendigue cariño como una limosna». Volvió a casa y cayó en cama; ahora tiene fiebre: «Veo, dice, que para la suya sí tiene tiempo». Ella supone que la suya es Sofía Semiónovna, tu novia o tu amante, ya no sé. Fui enseguida a ver a Sofía Semiónovna, porque, hermano, quería averiguarlo todo; llego, miro: está el ataúd, los niños lloran. Sofía Semiónovna les está probando vestiditos de luto. Tú no estás. Miré, me disculpé y salí, y así se lo informé a Avdotia Románovna. Todo eso, por lo tanto, es una tontería, y aquí no hay ninguna «suya»; lo más probable, por lo tanto, es la locura. Pero aquí estás sentado tragando carne hervida, como si no hubieras comido en tres días. Supongamos que los locos también comen, pero aunque no me hayas dicho ni una palabra, tú... ¡no estás loco! Eso lo juro. Antes que nada, no estás loco. Así que al diablo con todos ustedes, porque aquí hay algún misterio, algún secreto; y yo no tengo intención de romperme la cabeza con sus secretos. Solo pasé a insultarte —concluyó, levantándose—, a desahogarme, ¡y ya sé lo que tengo que hacer ahora!

—¿Y qué quieres hacer ahora?

—¿Y a ti qué te importa lo que quiero hacer ahora?

—¡Cuidado, te vas a dar a la bebida!

—¿Cómo... cómo lo supiste?

—¡Faltaría más!

Razumíjin calló un minuto.

—Tú siempre fuiste un hombre muy sensato y nunca, nunca estuviste loco —observó de pronto con ardor—. Es así: ¡me voy a dar a la bebida! ¡Adiós! —Y se dispuso a irse.

—Hablé de ti, anteayer me parece, con mi hermana, Razumíjin.

—¡De mí! Pero... ¿dónde pudiste verla anteayer? —se detuvo de pronto Razumíjin, y hasta palideció un poco. Se podía adivinar que el corazón le latía en el pecho despacio y con tensión.

—Vino aquí, sola, estuvo sentada aquí, habló conmigo.

—¡Ella!

—Sí, ella.

—¿Y qué le dijiste... quiero decir, de mí?

—Le dije que eras un hombre muy bueno, honrado y trabajador. Que la amas no se lo dije, porque ella misma lo sabe.

—¿Ella misma lo sabe?

—¡Faltaría más! Adondequiera que yo me vaya, me pase lo que me pase, tú quedarías como su providencia. Te las confío, por así decirlo, Razumíjin. Te lo digo porque sé perfectamente cuánto la amas y estoy convencido de la pureza de tu corazón. Sé también que ella puede amarte, y quizá hasta ya te ama. Ahora decide tú mismo, como mejor te parezca, si te hace falta o no darte a la bebida.

—Rodka... Mira... Bueno... ¡Ah, diablos! ¿Y tú adónde quieres irte? Mira: si todo esto es un secreto, ¡que lo sea! Pero yo... yo voy a descubrir el secreto... Y estoy seguro de que sin falta es alguna tontería y unas nimiedades terribles, y que tú solo lo tramaste todo. ¡Aunque, por lo demás, eres un hombre excelentísimo! ¡Un hombre excelentísimo!...

—Y yo precisamente quería añadirte, pero me interrumpiste, que razonaste muy bien hace un rato al no querer conocer esos misterios y secretos. Déjalo por ahora, no te preocupes. Todo lo sabrás a su tiempo, precisamente cuando haga falta. Ayer un hombre me dijo que el hombre

necesita aire, ¡aire, aire! Quiero ir a verlo ahora y averiguar qué entiende por eso.

Razumíjin estaba de pie, pensativo y agitado, y calculaba algo.

«¡Es un conspirador político! ¡Seguro! Y está en vísperas de algún paso decisivo, ¡eso seguro! No puede ser de otro modo y... y Dunia lo sabe...», pensó de pronto para sí.

—Así que Avdotia Románovna viene a verte —pronunció, escandiendo las palabras—, y tú mismo quieres ver a un hombre que dice que hace falta más aire, aire y... y, por lo tanto, también esa carta... eso también es algo de lo mismo —concluyó como para sí.

—¿Qué carta?

—Recibió una carta, hoy, que la alarmó mucho. Mucho. Demasiado, incluso. Empecé a hablar de ti, y me pidió que me callara. Después... después dijo que quizá nos separaríamos muy pronto; después empezó a agradecerme algo con ardor; después se fue a su cuarto y se encerró.

—¿Recibió una carta? —volvió a preguntar pensativo Raskólnikov.

—Sí, una carta; ¿y tú no lo sabías? Hm.

Los dos callaron un rato.

—Adiós, Rodión. Yo, hermano... hubo un tiempo... aunque, por lo demás, adiós; mira, hubo un tiempo... ¡Bueno, adiós! Yo también tengo que irme. No voy a beber. Ahora no hace falta... ¡mientes!

Se apresuraba; pero, ya al salir y casi cerrando la puerta tras de sí, de pronto la volvió a abrir y dijo, mirando hacia un costado:

—¡A propósito! ¿Recuerdas ese asesinato, el de Porfiri: el de la vieja? Bueno, pues que sepas que el asesino apareció, confesó él mismo y presentó todas las pruebas. Es uno de esos mismos obreros, los pintores, imagínate,

¿recuerdas que yo aquí todavía los defendía? ¿Creerás que toda esa escena de la pelea y la risa en la escalera, con su compañero, cuando subían los otros, el portero y los dos testigos, la organizó a propósito, precisamente para desviar las sospechas? ¡Qué astucia, qué presencia de ánimo en semejante cachorro! Cuesta creerlo; ¡pero él mismo lo explicó, él mismo lo confesó todo! ¡Y cómo me equivoqué yo! Bueno, a mi parecer, es simplemente un genio del fingimiento y del ingenio, un genio de la coartada jurídica, ¡y por lo tanto no hay de qué asombrarse especialmente! ¿Acaso no puede haber gente así? Y que no haya mantenido el carácter y haya confesado, por eso le creo todavía más. Es más verosímil... ¡Pero cómo me equivoqué yo, yo entonces! ¡Me subía por las paredes por ellos!

—Dime, por favor, ¿de dónde lo sacaste y por qué te interesa tanto? —preguntó Raskólnikov con visible agitación.

—¡Faltaría más! ¡Por qué me interesa! ¡Mira lo que pregunta!... Y lo supe por Porfiri, entre otros. Por lo demás, casi todo lo supe por él.

—¿Por Porfiri?

—Por Porfiri.

—¿Y qué... qué dice él? —preguntó Raskólnikov, asustado.

—Me lo explicó magníficamente. Me lo explicó psicológicamente, a su manera.

—¿Él te lo explicó? ¿Él mismo te lo explicaba?

—Él mismo, él mismo; ¡adiós! Después te contaré algo más, pero ahora tengo que hacer. Allí... hubo un tiempo en que pensé... ¡Bueno, qué más da; después!... ¿Para qué voy a emborracharme ahora? Tú me emborrachaste sin vino. ¡Estoy borracho, Rodka! Ahora estoy borracho sin vino; bueno, adiós; pasaré; muy pronto.

Salió.

«¡Es, es un conspirador político, eso seguro, seguro! —decidió definitivamente para sí Razumíjin, bajando despacio la escalera—. Y arrastró a su hermana; eso es muy, muy posible con el carácter de Avdotia Románovna. Empezaron a tener citas... Y ella también me lo insinuaba. Por muchas de sus palabras... y palabritas... e insinuaciones, ¡todo resulta precisamente así! ¿Y cómo explicar de otro modo todo este embrollo? ¡Hm! Y yo que pensaba... Oh, Señor, qué se me había ocurrido. Sí, señor, fue un ofuscamiento, y soy culpable ante él. Fue él quien entonces, junto a la lámpara, en el pasillo, me provocó el ofuscamiento. ¡Puaj! ¡Qué pensamiento tan feo, grosero y vil de mi parte! Bien hecho, Mikolka, que confesaste... ¡Y cómo se explica ahora todo lo anterior! Aquella enfermedad suya, todos sus actos tan extraños, incluso antes, antes, todavía en la universidad, qué sombrío, qué huraño era siempre... ¿Pero qué significa ahora esa carta? Ahí quizá también haya algo. ¿De quién es esa carta? Sospecho... Hm. No, todo esto lo voy a averiguar».

Recordó y pensó todo lo de Dúniechka, y el corazón se le detuvo. Se arrancó de su lugar y echó a correr.

Raskólnikov, en cuanto salió Razumíjin, se levantó, se volvió hacia la ventana, se golpeó contra un rincón, contra otro, como olvidando lo estrecho de su cuchitril, y... volvió a sentarse en el sofá. Estaba como renovado por completo; otra vez la lucha: ¡por lo tanto, había una salida!

«¡Sí, por lo tanto, había una salida! Porque ya todo se había estancado y taponado demasiado, había empezado a oprimirlo de un modo torturante, lo asaltaba una especie de embotamiento. Desde la misma escena con Mikolka en casa de Porfiri había empezado a ahogarse sin salida,

en la estrechez. Después de Mikolka, ese mismo día, había sido la escena en casa de Sonia; la había llevado y terminado de un modo completamente, completamente distinto de como habría podido imaginárselo antes... ¡se había debilitado, por lo tanto, instantánea y radicalmente! ¡De golpe! ¡Y había estado de acuerdo entonces con Sonia, él mismo había estado de acuerdo, de corazón, en que así, solo, con semejante cosa en el alma, no podría vivir! ¿Y Svidrigáilov? Svidrigáilov es un enigma... Svidrigáilov lo inquieta, es verdad, pero de algún modo no por ese lado. Con Svidrigáilov quizá también tenga que haber todavía una lucha. Svidrigáilov quizá también sea toda una salida; pero Porfiri es otra cosa.

»Así que Porfiri en persona además se lo explicaba a Razumíjin, ¡se lo explicaba psicológicamente! ¡Otra vez empezó a meter su maldita psicología! ¿Porfiri? ¿Que Porfiri creyera aunque fuera por un minuto que Mikolka es culpable, después de lo que hubo entre ellos entonces, después de aquella escena, a solas, antes de Mikolka, para la que no se puede encontrar una interpretación correcta, salvo una? (A Raskólnikov, varias veces en esos días, se le había cruzado y le había vuelto a la memoria a retazos toda esa escena con Porfiri; entera no habría podido soportar el recuerdo.) En aquel momento se habían pronunciado entre ellos tales palabras, se habían producido tales movimientos y gestos, habían intercambiado tales miradas, se había dicho algo con tal voz, se había llegado a tales límites, que después de eso ya no era Mikolka (al que Porfiri había adivinado de memoria desde la primera palabra y el primer gesto), no era Mikolka quien podía hacer tambalear el fundamento mismo de sus convicciones.

»¡Y qué tal! ¡Hasta Razumíjin había empezado a sospechar! La escena

en el pasillo, junto a la lámpara, no había pasado entonces en vano. Ahí lo tienes, corrió a ver a Porfiri... ¿Pero por qué razón iba este a engañarlo así? ¿Qué propósito tiene en desviar la vista de Razumíjin hacia Mikolka? Seguramente tramó algo; aquí hay intenciones, ¿pero cuáles? Es verdad que desde aquella mañana había pasado mucho tiempo, demasiado, demasiado, y de Porfiri no se había sabido ni una palabra. Bueno, eso, desde luego, es peor...» Raskólnikov tomó la gorra y, pensativo, salió de la habitación. Era el primer día, en todo ese tiempo, en que se sentía, por lo menos, con la conciencia sana. «Hay que terminar con Svidrigáilov —pensaba—, y a toda costa, cuanto antes: este también, al parecer, espera que yo vaya a verlo». Y en ese instante se alzó de pronto de su corazón cansado un odio tal que quizá habría podido matar a alguno de esos dos: a Svidrigáilov o a Porfiri. Por lo menos sintió que, si no ahora, más adelante era capaz de hacerlo. «Veremos, veremos», se repetía para sí.

Pero apenas abrió la puerta del zaguán, se topó de pronto con el mismísimo Porfiri. Este venía a verlo. Raskólnikov se quedó petrificado un minuto. Cosa extraña, no se asombró mucho de Porfiri y casi no se asustó. Solo se estremeció, pero rápidamente, en un instante, se preparó. «¡Quizá el desenlace! ¿Pero cómo se acercó tan en silencio, como un gato, y yo no oí nada? ¿Habrá estado escuchando?».

—No esperaba visita, Rodión Románich —exclamó riendo Porfiri Petróvich—. Hace mucho que pensaba pasar; voy pasando y pienso: ¿por qué no entrar unos cinco minutos a visitarlo? ¿Iba a salir? No lo retendré. Solo un cigarrillito, si me lo permite.

—Pero siéntese, Porfiri Petróvich, siéntese —hacía sentar Raskólnikov a su visitante, con un aire al parecer tan contento y amistoso que, de

verdad, se habría asombrado de sí mismo si hubiera podido mirarse. ¡Se raspaban los últimos restos, el poso! A veces un hombre aguanta así media hora de miedo mortal con un bandido, pero cuando le ponen definitivamente el cuchillo en la garganta, entonces hasta el miedo se le pasa. Se sentó directamente frente a Porfiri y, sin pestañear, lo miraba. Porfiri entornó los ojos y empezó a encender el cigarrillo.

«¡Vamos, habla, habla! —era como si quisiera saltarle del corazón a Raskólnikov—. ¿Y qué, qué, qué es lo que no dices?»

Notas

1. El mercado de baratillo de Petersburgo, cerca de la Sennaia.

Sexta parte. Capítulo II

—¡Ay, estos cigarrillos! —se puso a hablar por fin Porfiri Petróvich, después de terminar de encender y de recobrar el aliento—. Un daño, un puro daño, ¡y no puedo dejarlos! Toso, señor, me empezó a raspar la garganta, y me falta el aire. Yo, sabe, soy miedoso, señor; el otro día fui a ver a B...n, que examina a cada enfermo minimum media hora; y hasta se echó a reír al mirarme: me golpeó, me auscultó: a usted, dice, entre otras cosas, el tabaco no le conviene; tiene los pulmones dilatados. ¿Pero cómo lo voy a dejar? ¿Con qué lo voy a reemplazar? No bebo, señor, esa es toda la desgracia, je, je, je, ¡que no bebo, esa es la desgracia! Todo es relativo, Rodión Románich, ¡todo es relativo!

«¿Qué es esto, vuelve a sus formalismos de antes, o qué?», pensó Raskólnikov con repugnancia. Toda la escena reciente de su último encuentro le vino de pronto a la memoria, y el sentimiento de entonces le afluyó al corazón como una ola.

—Pero si ya vine a verlo anteayer por la noche; ¿usted no lo sabe? —prosiguió Porfiri Petróvich, examinando la habitación—. A la habitación, a esta misma, entré. También, como hoy, pasaba por aquí: a ver, pienso, si le devuelvo la visitita. Entré, y la habitación de par en par;

miré alrededor, esperé, y ni siquiera me anuncié a su criada: salí. ¿No cierra con llave?

La cara de Raskólnikov se ensombrecía cada vez más. Porfiri fue como si adivinara sus pensamientos.

—Vine a explicarme, palomito Rodión Románich, ¡a explicarme, señor! Le debo y estoy obligado a darle una explicación, señor —prosiguió con una sonrisa, y hasta le dio una palmadita en la rodilla a Raskólnikov; pero casi en el mismo instante su cara tomó de pronto una expresión seria y preocupada; hasta pareció velarse de tristeza, para asombro de Raskólnikov. Nunca le había visto ni sospechado semejante cara—. Una escena extraña ocurrió la última vez entre nosotros, Rodión Románich. Quizá también en nuestro primer encuentro ocurrió entre nosotros una escena extraña; pero entonces... ¡Bueno, ahora ya todo va junto! Mire, señor: quizá resulto muy culpable ante usted; lo siento, señor. Porque, recuerde cómo nos separamos: a usted le cantan los nervios y le tiemblan las corvas, y a mí me cantan los nervios y me tiemblan las corvas. Y sabe, de algún modo hasta resultó entre nosotros algo poco decente, nada de caballeros. Y nosotros, a pesar de todo, somos caballeros; es decir, en todo caso, antes que nada caballeros; eso hay que entenderlo, señor. Porque recuerde hasta dónde se llegó... ya del todo indecoroso, señor.

«¿Qué es esto, por quién me toma?», se preguntaba con asombro Raskólnikov, levantando la cabeza y mirando a Porfiri con ojos muy abiertos.

—Pensé que ahora es mejor que actuemos con franqueza —prosiguió Porfiri Petróvich, echando un poco hacia atrás la cabeza y bajando los ojos, como si no quisiera turbar más con su mirada a su antigua víctima y como

si desdeñara sus métodos y artimañas anteriores—. Sí, señor, semejantes sospechas y semejantes escenas no pueden durar mucho. Entonces nos resolvió Mikolka, porque si no, no sé hasta dónde habríamos llegado. Ese maldito mieshchanín de poca monta estuvo sentado entonces en mi despacho detrás del tabique, ¿puede imaginárselo? Usted, desde luego, ya lo sabe; y yo mismo sé que él fue a verlo después; pero lo que usted supuso entonces, eso no fue: no mandé a buscar a nadie y todavía no había dispuesto nada. ¿Me preguntará por qué no dispuse nada? Y cómo decírselo: a mí mismo eso me dejó entonces como aturdido. Apenas si dispuse mandar a buscar a los porteros. (A los porteros, seguramente, los vio al pasar.) Me cruzó entonces un pensamiento, uno solo, rápido como un relámpago; estaba muy convencido entonces, ve usted, Rodión Románich. Pues bien, pienso, aunque se me escape por un tiempo una cosa, en cambio agarraré la otra por la cola; lo mío, lo mío, por lo menos, no se me escapará. Usted es muy irritable, Rodión Románich, por naturaleza, señor; incluso demasiado, señor, con todas las demás cualidades fundamentales de su carácter y de su corazón, que me hago la ilusión de haber penetrado en parte, señor. Bueno, desde luego, yo también podía, incluso entonces, considerar que no siempre sucede así, que un hombre se levante y le suelte a uno toda la verdad de golpe. Eso, aunque sucede, sobre todo cuando se le agota a uno la última paciencia, en todo caso es raro. Eso también podía considerarlo yo. No, pienso, ¡si al menos tuviera un rasguito! Aunque fuera el rasguito más diminuto, uno solo, pero uno tal que se pudiera tomar con las manos, que fuera una cosa, y no solo esta psicología. Porque, pensaba yo, si el hombre es culpable, entonces, desde luego, en todo caso se puede esperar de él algo sustancial; está permitido

incluso contar con el resultado más inesperado. Con su carácter contaba yo entonces, Rodión Románich, ¡con su carácter más que nada, señor! Tenía entonces muchas esperanzas puestas en usted.

—Pero usted... ¿pero por qué habla ahora así? —balbuceó por fin Raskólnikov, sin haber comprendido bien siquiera la pregunta. «¿De qué habla? —se perdía para sí—. ¿Será posible que de verdad me tome por inocente?».

—¿Por qué hablo así? Vine a explicarme, señor; lo considero, por así decirlo, un deber sagrado. Quiero exponérselo todo hasta el fondo, cómo fue todo, toda esta historia de todo aquel, por así decirlo, ofuscamiento. Lo hice sufrir mucho, Rodión Románich. No soy un monstruo, señor. Porque también entiendo yo lo que significa cargar con todo esto para un hombre abatido, pero orgulloso, imperioso e impaciente, ¡sobre todo impaciente! Yo, en todo caso, lo considero a usted un hombre nobilísimo, señor, y hasta con gérmenes de generosidad, señor, aunque no estoy de acuerdo con usted en todas sus convicciones, cosa que considero mi deber declarar de antemano, directamente y con total sinceridad, pues antes que nada no deseo engañar. Al conocerlo, sentí apego por usted. ¿Quizá se ría de estas palabras mías? Tiene derecho, señor. Sé que usted no me tomó cariño desde la primera mirada, porque, en el fondo, no hay por qué tomármelo, señor. Pero piense lo que quiera; ahora deseo, por mi parte, borrar por todos los medios la impresión producida y demostrar que también yo soy un hombre con corazón y con conciencia. Se lo digo sinceramente, señor.

Porfiri Petróvich se detuvo con dignidad. Raskólnikov sintió una oleada de un susto nuevo. El pensamiento de que Porfiri lo consideraba

inocente empezó de pronto a asustarlo.

—Contarlo todo por orden, cómo empezó entonces de pronto, no hace falta —prosiguió Porfiri Petróvich—; creo que hasta está de más. Y dudo que pueda, señor. Porque, ¿cómo explicarlo detalladamente? Al principio corrieron rumores. Qué rumores eran y de quién y cuándo... y con qué motivo, propiamente, se llegó a usted, también creo que está de más. Personalmente, para mí empezó con una casualidad, con una casualidad del todo casual, que en el más alto grado podía haber sido y podía no haber sido. ¿Cuál? Hm, creo que tampoco hay que decirlo. Todo eso, los rumores y las casualidades, coincidió entonces para mí en un solo pensamiento. Lo confieso francamente, porque si hay que confesar, que sea todo: fui yo el primero que entonces se lanzó contra usted. Las marcas de la vieja en los objetos y lo demás, lo demás, todo eso son tonterías, señor. Cosas así se pueden contar por cientos. Tuve también ocasión entonces de enterarme con detalle de la escena en la comisaría, también por casualidad, señor, y no así de pasada, sino por un narrador especial, de primera, que, sin saberlo él mismo, dominó asombrosamente esa escena. ¡Todo va junto, señor, todo va junto, señor, Rodión Románich, palomito! ¿Y cómo no iba uno a volverse hacia cierto lado? De cien conejos nunca se hará un caballo, de cien sospechas nunca se hará una prueba, así dice un proverbio inglés, pero eso es solo la sensatez, señor; ¡pero intente usted dominar las pasiones, las pasiones!, porque también el juez de instrucción es un hombre, señor. Me acordé entonces también de su articulito, en la revistita, recuerda, de la que hablamos en detalle ya en su primera visita. Entonces me burlé, pero era para provocarlo a usted a seguir. Repito: usted es muy impaciente y está muy enfermo, Rodión Románich. Que usted es

audaz, arrogante, serio y... que ha sentido, que ha sentido ya mucho, todo eso hacía mucho que lo sabía, señor. Todas esas sensaciones me son conocidas, y su articulito lo leí como algo conocido. Fue concebido en noches de insomnio y en el frenesí, con el corazón que se levanta y golpea, con un entusiasmo reprimido. ¡Y es peligroso ese entusiasmo reprimido y orgulloso en la juventud! Entonces me burlé, pero ahora le diré que me encanta terriblemente, en general, es decir, como aficionado, esa primera prueba de la pluma, juvenil y ardiente. Humo, niebla, una cuerda que suena en la niebla[1]. Su artículo es absurdo y fantástico, pero en él brilla tal sinceridad, en él hay un orgullo juvenil e insobornable, en él hay la audacia de la desesperación; es un artículo sombrío, señor, pero eso está bien, señor. Su articulito lo leí, y lo dejé a un lado, y... al dejarlo entonces, pensé: «¡Bueno, con este hombre no va a pasar así!». ¿Y cómo, dígame ahora, después de semejante antecedente no dejarse arrastrar por lo que siguió? ¡Ah, Señor! ¿Pero acaso digo algo? ¿Acaso afirmo algo ahora? Entonces solo lo noté. ¿Qué hay aquí?, pienso. Aquí no hay nada, es decir, absolutamente nada, y quizá en el más alto grado nada. Y además dejarme arrastrar así, a mí, un juez de instrucción, es hasta del todo indecoroso: ahí tengo a Mikolka en mis manos, y ya con hechos; usted dirá lo que quiera, ¡pero son hechos! Y también él mete su psicología; hay que ocuparse de ellos; porque aquí es asunto de vida o muerte. ¿Para qué le explico ahora todo esto? Para que lo sepa y, con su inteligencia y su corazón, no me culpe por mi comportamiento malicioso de entonces. No malicioso, señor, se lo digo sinceramente, ¡je, je! ¿Usted qué cree, que no estuve entonces en su casa con un registro? Estuve, señor, estuve, je, je, estuve, señor, cuando usted estaba aquí enfermo en la camita. No oficialmente y no en persona,

pero estuve, señor. Hasta el último pelo se examinó en su vivienda, siguiendo incluso las primeras huellas; pero... umsonst[2]! Pienso: ahora este hombre vendrá, vendrá él mismo, y muy pronto; si es culpable, vendrá sin falta. Otro no vendría, pero este vendrá. ¿Y recuerda cómo el señor Razumíjin empezó a írsele de la lengua con usted? Eso lo organizamos nosotros para alterarlo, por eso a propósito hicimos correr el rumor, para que se le fuera de la lengua con usted, y el señor Razumíjin es un hombre tal que no aguanta la indignación. Al señor Zamétov lo primero que le saltó a la vista fue su ira y su audacia abierta: ¡cómo es eso de soltar de pronto en una fonda: «¡Yo maté!»! Demasiado audaz, señor, demasiado insolente, señor, y si es culpable, pienso, ¡es un luchador terrible! Así lo pensé entonces, señor. ¡Espero, señor! Lo espero con todas mis fuerzas, y a Zamétov usted entonces sencillamente lo aplastó y... ¡ese es precisamente el asunto: toda esta maldita psicología tiene dos caras! Bueno, pues lo espero, miro, y Dios me lo da: ¡usted viene! Así me golpeó el corazón. ¡Eh! ¿Pero para qué tenía usted que venir entonces? La risa, la risa suya, cuando entró aquella vez, recuerda, fue como si a través de un cristal lo adivinara entonces todo, y si no lo hubiera estado esperando de ese modo especial, tampoco en su risa habría notado nada. Eso es lo que significa estar predispuesto. Y el señor Razumíjin entonces... ¡ah! La piedra, la piedra, recuerda, la piedra, esa debajo de la cual están escondidas las cosas. ¡Es como si la viera en algún lado, allá, en una huerta! En una huerta, ¿no es eso lo que le dijo usted a Zamétov, y después en mi casa, la segunda vez? Y cuando empezamos entonces a desmenuzar ese artículo suyo, cuando usted se puso a exponerlo, ¡cada palabra suya uno la toma doble, como si debajo hubiera otra! Pues bien, Rodión Románich, de ese modo llegué

hasta el último extremo, y me di un golpe en la frente, y volví en mí. No, digo, ¡qué estoy haciendo! Si uno quiere, todo esto, digo, se puede explicar hasta el último rasgo en el sentido contrario, y hasta resulta más natural. ¡Un tormento, señor! «No, pienso, mejor sería tener un rasguito...». Y cuando oí entonces lo de las campanillas, me quedé todo helado, hasta me dio un escalofrío. «Bueno, pienso, ¡ahí está el rasguito! ¡Eso es!». Y ya no razoné entonces, sencillamente no quise. Mil rublos habría dado en ese momento, de los míos propios, solo para verlo con mis propios ojos: cómo caminó usted entonces cien pasos al lado del mieshchanín, después de que él le dijera «asesino» a la cara, ¡y no se atrevió a preguntarle nada en cien pasos enteros!... ¿Y ese frío en la médula espinal? ¿Y esas campanillas, en la enfermedad, en el medio delirio? Así que, Rodión Románich, ¿de qué se asombra, después de eso, de que le hiciera entonces semejantes jugadas? ¿Y por qué vino usted mismo en ese mismo momento? Porque a usted también era como si alguien lo empujara, palabra, y si Mikolka no nos hubiera separado, entonces... ¿y a Mikolka entonces lo recuerda? ¿Lo recuerda bien? ¡Fue un trueno, señor! ¡Fue un trueno que estalló de la nube, un rayo! ¿Y cómo lo recibí yo? Al rayo no le creí ni así de poco, ¡usted mismo lo vio! ¡Qué va! Ya después, después de usted, cuando él empezó a responder muy, muy coherentemente a ciertos puntos, tanto que yo mismo me asombré, tampoco después le creí ni un centavo. Eso es lo que significa afirmarse como el diamante. No, pienso, ¡morgen früh[3]! ¡Qué Mikolka ni qué nada!

—Razumíjin me decía hace un momento que usted también ahora acusa a Nikolái y que se lo aseguró al propio Razumíjin...

Se le cortó el aliento y no terminó. Escuchaba con una agitación

indecible cómo el hombre que lo había calado de punta a punta renegaba de sí mismo. Temía creerlo y no lo creía. En las palabras todavía ambiguas buscaba y atrapaba con avidez algo más preciso y definitivo.

—¡El señor Razumíjin! —exclamó Porfiri Petróvich, como alegrándose de la pregunta de Raskólnikov, que callaba todo el tiempo—. ¡Je, je, je! Al señor Razumíjin precisamente había que apartarlo así: donde dos se entienden, el tercero sobra. El señor Razumíjin no es eso, señor, y además es una persona ajena; vino corriendo a verme todo pálido... ¡Bueno, que Dios lo acompañe, para qué meterlo aquí! ¿Y en cuanto a Mikolka, quiere saber qué clase de sujeto es, tal como yo lo entiendo? En primer lugar, todavía es una criatura menor de edad, y no es que sea un cobarde, sino algo así como una especie de artista. De verdad, señor, no se ría de que lo explique así. Inocente y receptivo a todo. Tiene corazón; es un fantasioso. Canta, baila, y dicen que cuenta cuentos de tal modo que la gente viene de otros lugares a escucharlo. Va a la escuela, y se muere de risa porque le muestran un dedito, y se emborracha hasta perder el sentido, no por vicio, sino así, a rachas, cuando lo emborrachan, todavía como un niño. Aquella vez robó, y ni él mismo lo sabe; porque «si lo levanté del suelo, ¿qué robo es ese?». ¿Y sabe usted que es de los raskólniki[4], y no es que sea propiamente de los raskólniki, sino simplemente un sectario?; en su familia hubo «errantes»[5], y él mismo hasta hace poco, dos años enteros, en la aldea, estuvo bajo la dirección espiritual de cierto stárets. Todo eso lo supe por Mikolka y por los de su pueblo, de Zaraisk. ¡Qué digo! ¡Quería sencillamente huir al desierto! Tenía fervor, rezaba a Dios por las noches, leía los libros viejos, los «verdaderos», y se embebía en ellos. Petersburgo influyó mucho en él, sobre todo el sexo femenino, y bueno, el vino. Es

receptivo, señor, y se olvidó del stárets y de todo. Sé que un pintor de aquí le tomó cariño, empezó a ir a verlo, ¡y justo se presentó este caso! Bueno, se acobardó: ¡a ahorcarse! ¡A huir! ¿Qué hacer con la idea que ha corrido en el pueblo sobre nuestra justicia? A algunos les da miedo la palabra misma: «Te van a condenar». ¡Quién tiene la culpa! Ya veremos qué dicen los nuevos tribunales. ¡Ay, quiera Dios! Bueno, señor, en la cárcel, por lo visto, ahora se acordó del venerable stárets; la Biblia también apareció otra vez. ¿Sabe usted, Rodión Románich, lo que significa para algunos de ellos «sufrir»? No es sufrir por alguien, sino así, sencillamente: «hay que sufrir»; es decir, aceptar el sufrimiento, y si viene de las autoridades, tanto mejor. En mis tiempos estuvo un preso humildísimo un año entero en la cárcel, sobre la estufa, leyendo la Biblia todas las noches, y se embebió, sabe, se embebió del todo, tanto que, sin venir a cuento, agarró un ladrillo y se lo tiró al director, sin que este lo hubiera ofendido en nada. ¡Y cómo se lo tiró!: apuntó a propósito un arshín al costado, para no causar ningún daño. Bueno, ya se sabe cómo termina un preso que se lanza con un arma contra la autoridad: y así «aceptó el sufrimiento». Pues bien, ahora sospecho que Mikolka quiere «aceptar el sufrimiento» o algo por el estilo. Eso lo sé con seguridad, incluso por los hechos, señor. Solo que él no sabe que yo lo sé. ¿Qué, no admite que de semejante pueblo salgan personas fantásticas? ¡Si es lo más común! El stárets ahora volvió a actuar, sobre todo se le vino a la memoria después del lazo. Por lo demás, él mismo me lo contará todo, vendrá. ¿Usted cree que aguantará? Espere, todavía se va a retractar. De un momento a otro espero que venga a retirar su declaración. A ese Mikolka le tomé cariño y lo estoy estudiando a fondo. ¡Y qué se iba a imaginar usted! ¡Je, je! A ciertos puntos me respondió muy

coherentemente; evidentemente recibió la información necesaria, se preparó con habilidad; pero en otros puntos, sencillamente, se cayó en el charco: no sabe nadita, no tiene idea, y ni siquiera sospecha que no tiene idea. ¡No, padrecito Rodión Románich, aquí no es Mikolka! Aquí hay un asunto fantástico, sombrío, un asunto moderno, un caso de nuestro tiempo, señor, cuando se ha enturbiado el corazón humano; cuando se cita la frase de que la sangre «refresca»; cuando se predica toda la vida en el confort. Aquí hay sueños librescos, señor, aquí hay un corazón irritado por la teoría; aquí se ve la decisión de dar el primer paso, pero una decisión de un tipo especial: se decidió, sí, pero como quien cae de una montaña o se despeña de un campanario, y llegó al crimen como si no fuera con sus propias piernas. Se olvidó de cerrar la puerta tras de sí, y mató, mató a dos, según una teoría. Mató, y no supo llevarse el dinero, y lo que alcanzó a agarrar lo llevó bajo una piedra. No le bastó con el tormento que soportó cuando estaba detrás de la puerta y golpeaban la puerta y sonaba la campanilla; no, después va, en medio delirio, a la vivienda vacía a recordar esa campanilla, necesitó volver a sentir el frío en la espalda... Bueno, eso, supongamos, fue en la enfermedad, pero hay más: mató, y se considera un hombre honrado, desprecia a la gente, anda como un ángel pálido. No, qué Mikolka ni qué nada, palomito Rodión Románich, ¡aquí no es Mikolka!

Estas últimas palabras, después de todo lo dicho antes, tan parecido a una retractación, eran demasiado inesperadas. Raskólnikov se echó a temblar todo, como atravesado.

—Entonces... ¿quién... mató?... —preguntó, sin poder contenerse, con voz ahogada. Porfiri Petróvich hasta se echó hacia atrás contra el respaldo de la silla, como si también él se hubiera asombrado tan inesperadamente

de la pregunta.

—¿Cómo que quién mató?... —repitió, como si no creyera a sus oídos—. ¡Pues usted mató, Rodión Románich! Usted fue el que mató, señor... —añadió casi en un susurro, con voz completamente convencida.

Raskólnikov se levantó de un salto del sofá, se quedó de pie unos segundos y volvió a sentarse, sin decir una palabra. Pequeñas convulsiones le recorrieron de pronto toda la cara.

—El labiecito otra vez, como aquella vez, le tiembla —balbuceó Porfiri Petróvich, como incluso con compasión—. Usted, Rodión Románich, al parecer, no me entendió bien, señor —añadió, después de callar un poco—, por eso se asombró tanto. Vine precisamente para decirlo ya todo y llevar el asunto a cara descubierta.

—No fui yo el que mató —susurró Raskólnikov, como los niños pequeños asustados cuando los sorprenden en flagrante delito.

—No, fue usted, señor, Rodión Románich, usted, señor, y nadie más, señor —susurró Porfiri con severidad y convicción.

Los dos se callaron, y el silencio duró hasta un tiempo extrañamente largo, unos diez minutos. Raskólnikov apoyó el codo en la silla y en silencio se revolvía el pelo con los dedos. Porfiri Petróvich estaba sentado tranquilo y esperaba. De pronto Raskólnikov miró con desprecio a Porfiri.

—¡Otra vez con lo de antes, Porfiri Petróvich! Siempre con esos mismos métodos suyos: ¿cómo no se cansa, de verdad?

—Eh, déjelo, ¡qué me importan ahora los métodos! Otra cosa sería si hubiera testigos aquí; pero estamos los dos solos, susurrando. Usted mismo ve que no vine a verlo para acosarlo y cazarlo como a una liebre. Que confiese o no, en este momento me da lo mismo. Para mí mismo, aun sin

usted, estoy convencido.

—Y si es así, ¿para qué vino? —preguntó con irritación Raskólnikov—. Le hago la pregunta de antes: si me considera culpable, ¿por qué no me mete en la cárcel?

—¡Bueno, esa sí que es una pregunta! Le responderé punto por punto: en primer lugar, detenerlo así, directamente, no me conviene.

—¡Cómo que no le conviene! Si está convencido, entonces debe...

—Eh, ¿y qué, que esté convencido? Todo eso, por ahora, son mis sueños, señor. ¿Y para qué voy a meterlo allí a descansar? Usted mismo lo sabe, ya que usted mismo lo pide. Traigo, por ejemplo, al mieshchanín para que lo desenmascare, y usted le dice: «¿Estás borracho o no? ¿Quién me vio contigo? Yo te tomé sencillamente por un borracho, y además estabas borracho»; ¿y qué le digo yo entonces a eso?, tanto más cuanto que lo suyo es todavía más verosímil que lo de él, porque en su declaración no hay más que psicología, lo que a su jeta hasta le sienta mal, y usted, en cambio, da justo en el clavo, porque el canalla bebe como un perdido y es hasta demasiado conocido por eso. Y yo mismo le confesé francamente, ya varias veces, que esta psicología tiene dos caras y que la segunda será mayor, y mucho más verosímil, y que, aparte de eso, contra usted por ahora no tengo nada. Y aunque de todos modos lo meteré preso, y hasta vine yo mismo (de un modo para nada humano) a anunciárselo todo de antemano, de todos modos le digo directamente (también de un modo nada humano) que no me convendrá. Bueno, señor, en segundo lugar, vine a verlo porque...

—Sí, ¿en segundo lugar? (Raskólnikov seguía ahogándose.)

—Porque, como ya le anuncié hace un rato, me considero obligado a

darle una explicación. No quiero que me tenga por un monstruo, tanto más cuanto que le tengo sincera simpatía, créalo o no. Por consiguiente, en tercer lugar, vine a verlo con una propuesta abierta y directa: que se presente a confesar. Eso le resultará incalculablemente más ventajoso, y a mí también me resulta más ventajoso, porque me lo saco de encima. Bueno, ¿qué, es franco o no de mi parte?

Raskólnikov pensó un minuto.

—Escuche, Porfiri Petróvich, usted mismo dice: pura psicología, y sin embargo se metió en las matemáticas. ¿Y qué tal si usted mismo ahora se equivoca?

—No, Rodión Románich, no me equivoco. Tengo un rasguito así. Ese rasguito ya lo encontré entonces, señor; ¡me lo mandó el Señor!

—¿Qué rasguito?

—No le diré cuál, Rodión Románich. Y, en todo caso, ahora ya no tengo derecho a postergarlo más; lo meteré preso, señor. Así que piénselo: a mí ahora ya me da lo mismo, y por consiguiente lo hago únicamente por usted. ¡Palabra, será mejor, Rodión Románich!

Raskólnikov sonrió con rabia.

—Esto no solo es ridículo, es hasta desvergonzado. Bueno, aunque yo fuera culpable (cosa que no digo en absoluto), ¿por qué razón iba a presentarme ante usted a confesar, cuando usted mismo dice ya que me sentaré allí a descansar?

—Eh, Rodión Románich, no les crea del todo a las palabras; ¡quizá no sea del todo a descansar! Porque esto es solo una teoría, y encima mía, señor, ¿y qué autoridad soy yo para usted? Quizá yo mismo incluso ahora le oculto algo, señor. No voy a tomar y soltárselo todo así, ¡je, je! Segunda

cosa: ¿cómo que qué ventaja? ¿Sabe usted qué rebaja le corresponderá por esto? ¿Porque cuándo va a presentarse, en qué momento? ¡Piénselo nada más! ¿Cuando otro ya cargó con el crimen y enredó todo el asunto? Y yo, se lo juro por Dios mismo, lo arreglaré y lo dispondré «allí» de tal modo que su presentación resulte como del todo inesperada. Toda esta psicología la destruiremos por completo, todas las sospechas contra usted las reduciré a nada, de modo que su crimen aparecerá como una especie de ofuscamiento, porque, en conciencia, es un ofuscamiento. Soy un hombre honrado, Rodión Románich, y cumpliré mi palabra.

Raskólnikov calló con tristeza y bajó la cabeza; pensó largo rato y por fin volvió a sonreír, pero su sonrisa era ya mansa y triste:

—¡Eh, no hace falta! —pronunció, como si ya no se ocultara en absoluto de Porfiri—. ¡No vale la pena! ¡No me hace ninguna falta su rebaja!

—¡Eso es justamente lo que temía! —exclamó Porfiri con ardor y como sin querer—. Eso es justamente lo que temía, que no le hiciera falta nuestra rebaja.

Raskólnikov lo miró con tristeza e imponencia.

—¡Eh, no desdeñe la vida! —prosiguió Porfiri—. Mucha tiene todavía por delante. ¡Cómo que no hace falta la rebaja, cómo que no hace falta! ¡Qué hombre impaciente es usted!

—¿Qué tengo mucho por delante?

—¡Vida! ¿Qué clase de profeta es usted, cuánto sabe? Busquen y hallarán. Quizá Dios lo esperaba en esto. Y además no es para siempre, la cadena.

—Habrá rebaja... —se rio Raskólnikov.

—¿Y qué, se asustó de la vergüenza burguesa, o qué? Puede ser que se haya asustado, y usted mismo no lo sabe, ¡porque es joven! Y sin embargo no es usted quien debería temer o avergonzarse de presentarse a confesar.

—¡E-eh, me da igual! —susurró Raskólnikov con desprecio y repugnancia, como si ni siquiera quisiera hablar. Volvió a incorporarse, como si quisiera irse a alguna parte, pero se sentó de nuevo con visible desesperación.

—¡Eso, le da igual! Perdió la fe y cree que lo adulo groseramente; ¿pero cuánto ha vivido todavía? ¿Cuánto entiende? Inventó una teoría, y le dio vergüenza que se viniera abajo, ¡que resultara tan poco original! Resultó vil, es verdad, pero usted, de todos modos, no es un canalla sin remedio. ¡Para nada es un canalla de esos! Por lo menos, no se engañó mucho tiempo a sí mismo, llegó de golpe hasta el último extremo. ¿Sabe por quién lo tengo yo? Lo tengo por uno de esos a los que, aunque les arranquen las tripas, se quedarán de pie mirando con una sonrisa a sus verdugos, con tal de que encuentren la fe o a Dios. Bueno, pues encuéntrelos, y vivirá. Usted, en primer lugar, hace mucho que necesita cambiar de aire. ¿Y qué? El sufrimiento también es una cosa buena. Sufra. Mikolka quizá tenga razón en querer sufrir. Sé que no logra creer, pero usted no filosofe con astucia; entréguese a la vida directamente, sin razonar; no se preocupe: lo llevará directo a la orilla y lo pondrá de pie. ¿A qué orilla? ¿Y yo qué sé? Solo creo que todavía le queda mucho por vivir. Sé que ahora toma mis palabras como un sermón aprendido de memoria; pero quizá después las recuerde, le sirvan algún día; para eso se lo digo. Todavía es una suerte que solo haya matado a una viejecilla. Si hubiera inventado otra teoría, quizá habría hecho algo cien millones de veces más monstruoso. Quizá todavía

haya que agradecérselo a Dios; ¿qué sabe usted?: quizá Dios lo guarda para algo. Y usted tenga un gran corazón y tema un poco menos. ¿Se acobardó ante el gran cumplimiento que le espera? No, aquí ya es una vergüenza acobardarse. Ya que dio semejante paso, aguante firme. Aquí ya está la justicia. Vamos, cumpla lo que exige la justicia. Sé que no cree, pero, palabra, la vida lo sacará adelante. Usted mismo le tomará cariño después. Ahora solo necesita aire, ¡aire, aire!

Raskólnikov hasta se estremeció.

—¿Pero quién es usted? —exclamó—. ¿Qué clase de profeta es usted? ¿Desde lo alto de qué calma majestuosa me pronuncia esas profecías llenas de sabiduría?

—¿Quién soy yo? Soy un hombre acabado, nada más. Un hombre, quizá, que siente y que se compadece, que quizá sabe alguna cosa, pero ya completamente acabado. Y usted es otra cosa; a usted Dios le preparó una vida (y quién sabe, quizá también en usted todo se vaya en humo y no pase nada). Bueno, ¿y qué, que pase a otra categoría de personas? ¿No irá a lamentar el confort, usted, con su corazón? ¿Y qué, que quizá durante demasiado tiempo nadie lo vea? No es cuestión de tiempo, sino de usted mismo. Hágase sol, y todos lo verán. El sol, antes que nada, tiene que ser sol. ¿Por qué sonríe otra vez: porque soy tan Schiller? ¡Y apuesto a que supone que ahora me congracio con usted! Y bueno, quizá de verdad me congracio, ¡je, je, je! Usted, Rodión Románich, quizá no me crea de palabra, quizá incluso nunca me crea del todo; esa es mi índole, lo admito; solo añadiré esto: cuán bajo soy y cuán honrado soy, me parece que usted mismo puede juzgarlo.

—¿Cuándo piensa detenerme?

—Pues un día y medio o dos todavía puedo darle para pasear. Piénselo, palomito, rece a Dios. Y es más ventajoso, palabra, más ventajoso.

—¿Y si me escapo? —preguntó Raskólnikov, sonriendo de un modo extraño.

—No, no se escapará. Un mujik se escaparía, un sectario de moda se escaparía, un lacayo del pensamiento ajeno, porque basta con mostrarle la puntita del dedito, como al guardiamarina Dyrka[6], y creerá toda la vida en lo que usted quiera. Pero usted ya no cree en su teoría, ¿con qué se va a escapar? ¿Y qué ganaría usted huyendo? Huir es feo y difícil, y usted ante todo necesita vida y una posición definida, un aire adecuado; bueno, ¿y allí es su aire? Se escapará y volverá usted mismo. Sin nosotros no puede arreglárselas. Y si lo encierro en la prisión, bueno, estará un mes, bueno, dos, bueno, tres, y después de pronto, acuérdese de mis palabras, usted mismo se presentará, y quizá de un modo inesperado para usted mismo. Una hora antes todavía no sabrá que va a presentarse a confesar. Hasta estoy seguro de que «se le ocurrirá aceptar el sufrimiento»; ahora no me cree de palabra, pero usted mismo se detendrá en eso. Porque el sufrimiento, Rodión Románich, es una gran cosa; no mire que yo haya engordado, no importa, en cambio lo sé; no se ría de esto: en el sufrimiento hay una idea. Mikolka tiene razón. No, no se escapará, Rodión Románich.

Raskólnikov se levantó y tomó la gorra. Porfiri Petróvich también se levantó.

—¿Va a dar un paseo? La tarde va a estar hermosa, solo que ojalá no haya tormenta. Aunque, por lo demás, mejor, si refresca...

También él tomó la gorra.

—Usted, Porfiri Petróvich, por favor, no se meta en la cabeza

—pronunció Raskólnikov con severa insistencia— que hoy le confesé algo. Usted es un hombre extraño, y lo escuché por pura curiosidad. Pero yo no le confesé nada... Recuérdelo.

—Bueno, sí, ya lo sé, lo recordaré; fíjese, hasta tiembla. No se preocupe, palomito; hágase su voluntad. Pasee un poco; solo que pasear demasiado no se puede. Por si acaso, tengo además un pedidito para usted —añadió, bajando la voz—; es delicadito, pero importante: si, es decir, por si acaso (cosa en la que, por lo demás, no creo y que lo considero completamente incapaz de hacer), si por casualidad, bueno, así, por si acaso, se le ocurriera en estas cuarenta o cincuenta horas terminar el asunto de otro modo, de alguna manera fantástica, levantar las manitos contra sí mismo (suposición absurda, pero usted me la perdonará), entonces deje una notita breve pero detallada. Así, dos renglones, nada más que dos renglones, y mencione la piedra: será más noble, señor. Bueno, señor, hasta la vista... ¡Buenos pensamientos, buenos comienzos!

Porfiri salió, algo encorvado y como evitando mirar a Raskólnikov. Raskólnikov se acercó a la ventana y esperó con irritada impaciencia el momento en que, según sus cálculos, aquel saldría a la calle y se alejaría un poco. Después salió también él de la habitación, apresuradamente.

Notas

1. Eco de las últimas líneas de «Diario de un loco», de Gógol.

2. «¡En vano!», en alemán.

3. «Mañana temprano», en alemán: aquí, irónico, «¡ni hablar!».

4. Raskólnik: cismático, viejo creyente separado de la Iglesia oficial en el siglo XVII. De la misma raíz que el apellido Raskólnikov.

5. Secta de viejos creyentes que predicaba la huida del mundo y la vida errante.

6. Personaje de una comedia ligera de la época, tipo del crédulo.

Sexta parte. Capítulo III

Se apresuraba a ver a Svidrigáilov. Qué podía esperar de ese hombre, ni él mismo lo sabía. Pero en ese hombre se escondía una especie de poder sobre él. Una vez que tomó conciencia de eso, ya no pudo tranquilizarse, y ahora, además, había llegado el momento.

Por el camino una pregunta lo atormentaba especialmente: ¿había ido Svidrigáilov a ver a Porfiri?

Hasta donde podía juzgar, y lo habría jurado, ¡no, no había ido! Pensó una y otra vez, recordó toda la visita de Porfiri, calculó: ¡no, no había ido, desde luego que no había ido!

¿Pero si todavía no había ido, iría o no iría a ver a Porfiri?

Por ahora le parecía que no iría. ¿Por qué? Tampoco eso habría podido explicarlo, pero aunque hubiera podido, ahora no se habría puesto a romperse especialmente la cabeza con eso. Todo eso lo atormentaba, y al mismo tiempo de algún modo no estaba para eso. Cosa extraña, quizá nadie lo habría creído, pero de su destino actual, inmediato, se preocupaba de un modo débil, distraído. Lo atormentaba otra cosa, mucho más importante, extraordinaria, que tenía que ver con él mismo y con nadie más, pero otra cosa, algo principal. Además sentía un cansancio moral

ilimitado, aunque su razón esa mañana funcionaba mejor que en todos esos últimos días.

¿Y valía la pena ahora, después de todo lo que había pasado, esforzarse por vencer todas esas nuevas dificultades mezquinas? ¿Valía la pena, por ejemplo, esforzarse en intrigar para que Svidrigáilov no fuera a ver a Porfiri; estudiar, averiguar, perder el tiempo con un Svidrigáilov cualquiera?

¡Oh, cómo lo hartaba todo eso!

Y sin embargo, de todos modos se apresuraba a ver a Svidrigáilov; ¿no esperaría de él algo nuevo, indicaciones, una salida? ¡Hasta a una paja se aferra uno! ¿No sería el destino, no sería algún instinto lo que los juntaba? Quizá era solo cansancio, desesperación; quizá no hacía falta Svidrigáilov, sino otra persona, y Svidrigáilov solo se había presentado a mano. ¿Sonia? ¿Y para qué iría ahora a ver a Sonia? ¿Otra vez a pedirle sus lágrimas? Además, Sonia le daba miedo. Sonia representaba una sentencia inexorable, una decisión sin cambio. Aquí era o el camino de ella, o el de él. Sobre todo en ese momento no estaba en condiciones de verla. No, ¿no era mejor probar con Svidrigáilov: qué es eso? Y no podía dejar de reconocer en su interior que en efecto aquel le hacía falta para algo desde hacía tiempo.

Bueno, sin embargo, ¿qué podía haber de común entre ellos? Ni siquiera la maldad podía ser igual en ellos. Ese hombre, además, era muy desagradable, evidentemente depravado en extremo, seguramente astuto y engañoso, quizá muy malo. Corren sobre él tales historias. Es verdad que había hecho gestiones por los hijos de Katerina Ivánovna; ¿pero quién sabe para qué y qué significa eso? Ese hombre tiene siempre algunas intenciones y proyectos.

Durante todos esos días le cruzaba constantemente a Raskólnikov otro pensamiento que lo inquietaba terriblemente, aunque incluso procuraba apartarlo de sí, ¡tan pesado le resultaba! Pensaba a veces: Svidrigáilov siempre andaba rondándolo, y ahora también lo ronda; Svidrigáilov había descubierto su secreto; Svidrigáilov había tenido designios contra Dunia. ¿Y si todavía los tiene? Casi con seguridad se puede decir que sí. ¿Y si ahora, conocido su secreto y obtenido así poder sobre él, quiere usarlo como arma contra Dunia?

Ese pensamiento a veces, incluso en sueños, lo atormentaba, pero por primera vez se le presentaba con tanta claridad consciente como ahora, cuando iba a ver a Svidrigáilov. Ese solo pensamiento ya lo sumía en una furia sombría. En primer lugar, entonces todo cambiaría, incluso en su propia situación: habría que revelarle enseguida el secreto a Dúniechka. Habría que entregarse a sí mismo, quizá, para apartar a Dúniechka de algún paso imprudente. ¿La carta? ¡Esta mañana Dunia había recibido una carta! ¿De quién podía recibir cartas en Petersburgo? (¿De Luzhin, quizá?) Es verdad que allí vigila Razumíjin; pero Razumíjin no sabe nada. ¿Quizá habría que revelárselo también a Razumíjin? Raskólnikov pensó en eso con repugnancia.

«En todo caso, hay que ver a Svidrigáilov cuanto antes —decidió para sí definitivamente—. Gracias a Dios, aquí no hacen tanta falta los detalles como el fondo del asunto; pero si, si es capaz, si Svidrigáilov intriga algo contra Dunia, entonces...»

Raskólnikov estaba tan cansado por todo ese tiempo, por todo ese mes, que ya no podía resolver semejantes preguntas de otro modo que con una sola decisión: «Entonces lo mataré», pensó con fría desesperación. Un

sentimiento pesado le oprimió el corazón; se detuvo en medio de la calle y se puso a mirar alrededor: ¿por qué camino iba y adónde había llegado? Se encontraba en la avenida ...ski, a unos treinta o cuarenta pasos de la Sennaia, que había atravesado. Todo el segundo piso de la casa de la izquierda lo ocupaba una fonda. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par; la fonda, a juzgar por las figuras que se movían en las ventanas, estaba llena hasta los topes. En el salón se derramaban cancioncitas, sonaban un clarinete y un violín y retumbaba un bombo turco. Se oían chillidos de mujeres. Iba a volver atrás, sin entender por qué había doblado por la avenida ...ski, cuando de pronto, en una de las ventanas abiertas del extremo de la fonda, vio a Svidrigáilov sentado junto a la misma ventana, a una mesita de té, con una pipa entre los dientes. Eso lo impresionó de un modo terrible, hasta el horror. Svidrigáilov lo observaba y lo examinaba en silencio y, cosa que también impresionó enseguida a Raskólnikov, al parecer había estado a punto de levantarse para alcanzar a irse sin ruido antes de que lo notaran. Raskólnikov enseguida hizo como que tampoco él lo había notado y miraba pensativo hacia un costado, pero seguía observándolo con el rabillo del ojo. El corazón le latía con inquietud. Así era: Svidrigáilov, evidentemente, no quiere que lo vean. Se quitó la pipa de los labios y ya quería esconderse; pero al levantarse y correr la silla, probablemente notó de pronto que Raskólnikov lo veía y lo observaba. Entre ellos ocurrió algo parecido a la escena de su primer encuentro en casa de Raskólnikov, durante el sueño. Una sonrisa pícara apareció en la cara de Svidrigáilov y se fue ensanchando cada vez más. Uno y otro sabían que los dos se veían y se observaban. Por fin, Svidrigáilov soltó una sonora carcajada.

—¡Vamos, vamos! ¡Entre, pues, si quiere; aquí estoy! —gritó desde la ventana.

Raskólnikov subió a la fonda.

Lo encontró en una habitación del fondo muy pequeña, de una sola ventana, contigua al salón grande, donde, en veinte mesitas, entre los gritos de un coro desesperado de cantores, tomaban té comerciantes, funcionarios y una multitud de gente de toda clase. De algún lado llegaba el choque de las bolas de billar. En la mesita frente a Svidrigáilov había una botella de champaña empezada y un vaso medio lleno de vino. En el cuartito estaban además un muchacho organillero, con un pequeño organillo de mano, y una muchacha robusta, de mejillas coloradas, con la falda a rayas recogida y un sombrerito tirolés con cintas, una cantante de unos dieciocho años, que, a pesar de la canción del coro en la otra habitación, cantaba con acompañamiento del organillero, con una voz de contralto bastante ronca, una canción de lacayos...

—¡Ya basta! —la interrumpió Svidrigáilov cuando entró Raskólnikov.

La muchacha se cortó enseguida y se quedó esperando respetuosamente. Había cantado su lacayada rimada con una especie de matiz serio y respetuoso en la cara.

—¡Eh, Filipp, un vaso! —gritó Svidrigáilov.

—No voy a beber vino —dijo Raskólnikov.

—Como quiera, no es para usted. ¡Bebe, Katia! Hoy ya no hará falta nada más, ¡vete! —Le sirvió un vaso entero de vino y le puso delante un billetito amarillo. Katia se bebió el vaso de una vez, como beben el vino las mujeres, es decir, sin despegarlo, en veinte tragos, tomó el billetito, le besó la mano a Svidrigáilov, que con mucha seriedad se dejó besar la mano, y

salió de la habitación, y tras ella se arrastró también el muchacho con el organillo. A los dos los habían traído de la calle. Svidrigáilov no llevaba ni una semana en Petersburgo, y ya todo a su alrededor estaba en un plano como patriarcal. El mozo de la fonda, Filipp, también era ya un «conocido» y se mostraba servil. La puerta al salón se cerraba; Svidrigáilov en esa habitación estaba como en su casa y pasaba en ella quizá días enteros. La fonda era sucia, miserable y ni siquiera de categoría mediana.

—Iba a verlo y lo estaba buscando —empezó Raskólnikov—, ¡pero por qué de pronto doblé ahora por la avenida ...ski desde la Sennaia! Nunca doblo por aquí ni vengo. Desde la Sennaia doblo a la derecha. Y además el camino a su casa no es por aquí. Apenas doblé, ¡y aquí está usted! ¡Es extraño!

—¿Por qué no dice directamente: es un milagro?

—Porque quizá es solo una casualidad.

—¡Qué pliegue tiene toda esta gente! —soltó una carcajada Svidrigáilov—. ¡No lo reconoce, aunque por dentro crea en el milagro! Usted mismo dice que «quizá» es solo una casualidad. ¡Y qué cobardicas son aquí todos respecto de su propia opinión, no se lo puede imaginar, Rodión Románich! No lo digo por usted. Usted tiene opinión propia y no se acobardó de tenerla. Con eso precisamente atrajo mi curiosidad.

—¿Con nada más?

—Pero eso ya es bastante.

Svidrigáilov estaba evidentemente en un estado de excitación, pero solo una gotita; de vino había bebido solo medio vaso.

—Me parece que usted vino a verme antes de saber que soy capaz de tener eso que usted llama opinión propia —observó Raskólnikov.

—Bueno, entonces era otra cosa. Cada uno tiene sus pasos. Y en cuanto al milagro, le diré que usted, al parecer, se pasó durmiendo estos últimos dos o tres días. Yo mismo le indiqué esta fonda, y no hubo ningún milagro en que viniera derecho; yo mismo le expliqué todo el camino, le conté el lugar donde está y las horas en que se me puede encontrar aquí. ¿Recuerda?

—Lo olvidé —respondió con asombro Raskólnikov.

—Le creo. Se lo dije dos veces. La dirección se le grabó en la memoria mecánicamente. Y usted dobló por aquí mecánicamente, y sin embargo exactamente según la dirección, sin saberlo usted mismo. Yo, al decírselo entonces, no esperaba que me hubiera entendido. Se delata usted demasiado, Rodión Románich. Y otra cosa: estoy convencido de que en Petersburgo mucha gente, al caminar, habla sola. Es una ciudad de medio locos. Si tuviéramos ciencias, los médicos, los juristas y los filósofos podrían hacer sobre Petersburgo investigaciones valiosísimas, cada uno en su especialidad. Raramente se encontrarán tantas influencias sombrías, bruscas y extrañas sobre el alma humana como en Petersburgo. ¡Lo que valen solo las influencias del clima! Y sin embargo es el centro administrativo de toda Rusia, y su carácter debe reflejarse en todo. Pero ahora no se trata de eso, sino de que ya varias veces lo he mirado de costado. Usted sale de casa y todavía lleva la cabeza erguida. A los veinte pasos ya la baja, cruza las manos a la espalda. Mira y, evidentemente, ya no ve nada ni delante ni a los costados. Por último, empieza a mover los labios y a hablar solo, y a veces libera una mano y declama; por último, se detiene en medio del camino mucho tiempo. Eso no está nada bien, señor. Quizá alguien más lo nota, además de mí, y eso ya no le conviene. A mí, en el

fondo, me da lo mismo, y no voy a curarlo, pero usted, desde luego, me entiende.

—¿Y usted sabe que me vigilan? —preguntó Raskólnikov, mirándolo inquisitivamente.

—No, no sé nada —respondió Svidrigáilov como con asombro.

—Pues entonces dejemos en paz mi persona —masculló Raskólnikov, frunciendo el ceño.

—Bueno, dejemos en paz su persona.

—Mejor dígame: si usted viene aquí a beber y me indicó dos veces que viniera a verlo aquí mismo, ¿por qué ahora, cuando yo miraba la ventana desde la calle, se escondía y quería irse? Lo noté muy bien.

—¡Je, je! ¿Y por qué usted, cuando yo estaba aquella vez en el umbral de su casa, estaba acostado en su sofá con los ojos cerrados y fingía dormir, cuando no dormía en absoluto? Lo noté muy bien.

—Yo podía tener... razones... usted mismo lo sabe.

—Y yo podía tener mis razones, aunque usted no las vaya a saber.

Raskólnikov apoyó el codo derecho en la mesa, se sostuvo el mentón por debajo con los dedos de la mano derecha y clavó fijamente los ojos en Svidrigáilov. Examinó durante un minuto su cara, que siempre lo había impresionado también antes. Era una especie de cara extraña, parecida a una máscara: blanca, sonrosada, con labios sonrosados, de un rojo vivo, con la barba de un rubio claro y con el pelo rubio todavía bastante tupido. Los ojos eran de algún modo demasiado azules, y su mirada de algún modo demasiado pesada e inmóvil. Había algo terriblemente desagradable en esa cara hermosa y extraordinariamente juvenil para sus años. La ropa de Svidrigáilov era elegante, de verano, liviana; sobre todo presumía de su

ropa blanca. En el dedo tenía un enorme anillo con una piedra cara.

—¿Pero será posible que con usted también tenga que lidiar? —dijo de pronto Raskólnikov, yendo con impaciencia convulsiva directamente a cara descubierta—. Aunque usted quizá sea el hombre más peligroso, si quiere hacer daño, yo ya no quiero forzarme más. Le mostraré ahora mismo que no me aprecio tanto como usted probablemente piensa. Sepa, pues, que vine a decirle directamente que si mantiene su intención anterior respecto de mi hermana y si para eso piensa aprovechar algo de lo que se ha descubierto en los últimos tiempos, lo mataré antes de que me meta en la cárcel. Mi palabra es segura: usted sabe que sabré cumplirla. Segundo: si quiere anunciarme algo (porque todo este tiempo me pareció que usted quería decirme algo), anúncielo pronto, porque el tiempo es valioso y quizá muy pronto ya será tarde.

—¿Pero adónde se apresura tanto? —preguntó Svidrigáilov, examinándolo con curiosidad.

—Cada uno tiene sus pasos —pronunció Raskólnikov, sombrío e impaciente.

—Usted mismo me provocaba hace un momento a la franqueza, y a la primera pregunta se niega a responder —observó Svidrigáilov con una sonrisa—. A usted siempre le parece que yo tengo algunos fines, y por eso me mira con sospecha. Bueno, eso es completamente comprensible en su situación. Pero por mucho que desee entenderme con usted, de todos modos no me tomaré el trabajo de convencerlo de lo contrario. Palabra, la cosa no vale la pena, y además no tenía intención de hablar con usted de nada tan especial.

—¿Para qué le hacía falta yo entonces? ¿No me andaba usted

rondando?

—Pues simplemente como un sujeto curioso de observación. Me gustó usted por lo fantástico de su situación, ¡por eso! Además, usted es hermano de una persona que me interesaba mucho, y, por último, de esa misma persona oí en su momento hablar de usted terriblemente mucho y a menudo, de lo cual deduje que tiene gran influencia sobre ella; ¿acaso es poco? ¡Je, je, je! Por lo demás, lo confieso, su pregunta es para mí muy compleja, y me resulta difícil responderle. Bueno, por ejemplo, ¿usted no vino a verme ahora no solo por un asunto, sino por algo nuevo? ¿No es así? ¿No es así? —insistía Svidrigáilov con una sonrisa pícara—. Bueno, pues imagínese después de esto que yo mismo, todavía viniendo hacia aquí, en el vagón, contaba precisamente con usted, con que usted también me diría algo nuevo y con que precisamente de usted lograría tomar prestado algo. ¡Mire qué ricos somos!

—¿Tomar prestado qué?

—¿Y qué le voy a decir? ¿Acaso sé qué? Ya ve en qué fondita me paso sentado todo el tiempo, y eso me resulta delicioso; es decir, no es que sea delicioso, sino así, en algún lado hay que sentarse. Bueno, aunque sea esa pobre Katia, ¿la vio?... Si al menos fuera yo, por ejemplo, un glotón, un gastrónomo de club, ¡pero mire lo que puedo comer! (Señaló con el dedo un rincón donde, en una mesita, en un platito de lata, estaban los restos de un bistec horrible con papas.) A propósito, ¿comió usted? Yo piqué algo y no quiero más. Vino, por ejemplo, no bebo en absoluto. Aparte del champaña, ninguno, y de champaña un vaso en toda la noche, y aun así me duele la cabeza. Ahora lo hice traer para entonarme, porque voy a ir a algún lado, y usted me ve con un ánimo especial. Por eso hace un rato me escondí

como un colegial, porque pensé que usted me estorbaría; pero, al parecer (sacó el reloj), puedo estar con usted una hora; ahora son las cuatro y media. ¿Creerá que ojalá hubiera algo?: bueno, ser terrateniente, bueno, padre, bueno, ulano, fotógrafo, periodista... n-nada, ¡ninguna especialidad! A veces hasta me aburro. De verdad, pensé que usted me diría algo nuevo.

—¿Pero quién es usted y para qué vino aquí?

—¿Quién soy yo? Usted lo sabe: un noble, serví dos años en la caballería, después anduve vagando así aquí en Petersburgo, después me casé con Marfa Petróvna y viví en el campo. ¡Esa es mi biografía!

—Usted, al parecer, es jugador.

—No, qué jugador. Un tahúr no es un jugador.

—¿Y usted fue tahúr?

—Sí, fui tahúr.

—¿Y qué, le pegaban?

—Pasaba. ¿Y qué?

—Bueno, entonces podía usted desafiar a duelo... y además, en general, eso anima.

—No le contradigo, y además no soy maestro en filosofar. Le confieso que vine aquí más que nada por las mujeres, y cuanto antes.

—¿Apenas enterrada Marfa Petróvna?

—Pues sí —sonrió con una franqueza que desarmaba Svidrigáilov—. ¿Y qué? ¿Usted, al parecer, encuentra algo malo en que hable así de las mujeres?

—¿Es decir, si encuentro o no algo malo en el libertinaje?

—¡En el libertinaje! ¡Mire adónde fue a parar! Aunque, por lo demás, por orden primero le responderé sobre la mujer en general; sabe, estoy

dispuesto a charlar. Dígame, ¿para qué voy a contenerme? ¿Por qué dejar a las mujeres, si por lo menos soy aficionado a ellas? Por lo menos, es una ocupación.

—¿Así que aquí solo espera el libertinaje?

—¡Bueno, y qué, pues sí, el libertinaje! Se les ha metido el libertinaje. Pero me gusta, por lo menos, una pregunta directa. En este libertinaje, por lo menos, hay algo constante, basado incluso en la naturaleza y no sometido a la fantasía, algo que está siempre como una brasa encendida en la sangre, que siempre enciende, que todavía por mucho tiempo, y con los años, quizá no se apague tan pronto. ¿Convenga usted mismo, acaso no es una ocupación a su manera?

—¿Y de qué hay que alegrarse? Es una enfermedad, y peligrosa.

—¡Ah, mire adónde va! Estoy de acuerdo en que es una enfermedad, como todo lo que pasa la medida, y aquí sin falta habrá que pasar la medida; pero esto, en primer lugar, en uno es así y en otro es de otro modo, y en segundo lugar, desde luego, en todo hay que mantener la medida, el cálculo, aunque sea vil, ¿pero qué se le va a hacer? Si no fuera por esto, quizá habría que pegarse un tiro. Estoy de acuerdo en que un hombre decente está obligado a aburrirse, pero, sin embargo...

—¿Y usted podría pegarse un tiro?

—¡Vamos! —replicó Svidrigáilov con repugnancia—. Hágame el favor de no hablarme de eso —añadió apresuradamente e incluso sin ninguna fanfarronería, que se había mostrado en todas sus palabras anteriores. Hasta su cara pareció cambiar—. Confieso una debilidad imperdonable, pero qué se le va a hacer: le tengo miedo a la muerte y no me gusta que se hable de ella. ¿Sabe que en parte soy un místico?

—¡Ah! ¡Los fantasmas de Marfa Petróvna! ¿Y qué, siguen viniendo?

—Déjelos, no los mencione; en Petersburgo todavía no vinieron; ¡y al diablo con ellos! —exclamó con un aire como irritado—. No, mejor hablemos de esto... aunque, por lo demás... ¡Hm! Eh, poco tiempo, no puedo quedarme mucho con usted, ¡y es una lástima! Habría algo que comunicar.

—¿Y qué tiene usted, una mujer?

—Sí, una mujer, así, un caso casual... no, no hablo de eso.

—¿Y la abominación de todo este ambiente ya no le afecta? ¿Ya perdió la fuerza de detenerse?

—¿Y usted también pretende tener fuerza? ¡Je, je, je! Me asombró usted ahora, Rodión Románich, aunque sabía de antemano que así sería. ¡Usted me habla del libertinaje y de la estética! ¡Usted, un Schiller; usted, un idealista! Todo eso, desde luego, es como debe ser, y habría que asombrarse si fuera de otro modo, pero, sin embargo, de algún modo, en la realidad resulta extraño... ¡Ah, lástima que haya poco tiempo, porque usted es un sujeto curiosísimo! Y a propósito, ¿le gusta Schiller? A mí me gusta terriblemente.

—¡Pero qué fanfarrón es usted, sin embargo! —pronunció Raskólnikov con cierta repugnancia.

—¡Pues no, palabra que no! —respondió Svidrigáilov, riendo a carcajadas—. Aunque, por lo demás, no discuto, que sea fanfarrón; ¿pero por qué no fanfarronear un poco, cuando es inofensivo? Viví siete años en el campo con Marfa Petróvna, y por eso, echándome ahora sobre un hombre inteligente como usted, inteligente y curioso en el más alto grado, me alegro sencillamente de charlar; y además me bebí este medio vaso de

vino y ya se me subió una gotita a la cabeza. Y lo principal: existe una circunstancia que me ha excitado mucho, pero de la que... me callaré. ¿Adónde va? —preguntó de pronto Svidrigáilov, asustado.

Raskólnikov había empezado a levantarse. Se sentía abrumado, sofocado y de algún modo incómodo por haber venido. Se había convencido de que Svidrigáilov era el malvado más vacío e insignificante del mundo.

—¡E-eh! Quédese, deténgase —le rogaba Svidrigáilov—, y pida que le traigan aunque sea un té. Vamos, quédese, no voy a decir tonterías, sobre mí, quiero decir. Le contaré algo. Bueno, ¿quiere que le cuente cómo una mujer, para decirlo con su estilo, «me salvaba»? Eso hasta será una respuesta a su primera pregunta, porque esa persona es su hermana. ¿Puedo contarlo? Y además mataremos el tiempo.

—Cuéntelo, pero espero que usted...

—¡Oh, no se preocupe! Además, Avdotia Románovna, incluso en un hombre tan ruin y vacío como yo, solo puede infundir el más profundo respeto.

Sexta parte. Capítulo IV

—Usted sabe quizá (y además yo mismo se lo conté) —empezó Svidrigáilov— que estuve aquí preso en la cárcel de deudores, por una cuenta enorme y sin tener en perspectiva el menor medio para pagarla. No hace falta detallar cómo me rescató entonces Marfa Petróvna; ¿sabe hasta qué grado de embriaguez puede a veces amar una mujer? Era una mujer honrada, nada tonta (aunque completamente inculta). Imagínese que esa misma mujer, celosa y honrada, decidió condescender, después de muchos arrebatos y reproches terribles, a una especie de contrato conmigo, que cumplió durante todo nuestro matrimonio. El caso es que era bastante mayor que yo y además llevaba siempre en la boca un clavito de olor. Yo tenía en el alma suficiente cerdada y una especie de honradez como para declararle directamente que no podía serle completamente fiel. Esa confesión la sacó de quicio, pero, al parecer, mi franqueza grosera en cierto modo le gustó: «Entonces, como quien dice, él mismo no quiere engañarme, ya que lo declara así de antemano», y para una mujer celosa eso es lo primero. Después de largas lágrimas se estableció entre nosotros un contrato verbal de este tipo: primero, nunca abandonaré a Marfa Petróvna y siempre seguiré siendo su marido; segundo, sin su permiso no

me ausentaré a ninguna parte; tercero, nunca tendré una amante fija; cuarto, a cambio, Marfa Petróvna me permite echarles el ojo de vez en cuando a las criadas de la casa, pero no de otro modo que con su conocimiento secreto; quinto, Dios me libre de enamorarme de una mujer de nuestra clase; sexto, si por casualidad, Dios no lo quiera, me visitara alguna pasión, grande y seria, debo revelárselo a Marfa Petróvna. Respecto de este último punto, Marfa Petróvna estuvo, por lo demás, bastante tranquila todo el tiempo; era una mujer inteligente y, por consiguiente, no podía mirarme de otro modo que como a un libertino y un mujeriego incapaz de amar en serio. Pero una mujer inteligente y una mujer celosa son dos cosas distintas, y ahí precisamente está la desgracia. Por lo demás, para juzgar con imparcialidad a ciertas personas, hay que renunciar de antemano a algunas opiniones preconcebidas y a la costumbre cotidiana respecto de las personas y los objetos que habitualmente nos rodean. En su juicio, más que en el de nadie, tengo derecho a confiar. Quizá usted ya oyó contar muchas cosas ridículas y absurdas de Marfa Petróvna. En efecto, tenía algunas costumbres muy ridículas; pero le diré directamente que lamento sinceramente las innumerables penas de las que fui causa. Bueno, y me parece que basta para una oraison funèbre[1] muy decente de la más tierna esposa por el más tierno marido. En nuestras peleas, yo la mayor parte de las veces callaba y no me irritaba, y esa caballerosidad casi siempre alcanzaba su fin; influía en ella, y hasta le gustaba; hubo casos en que hasta se enorgullecía de mí. Pero a su hermanita, de todos modos, no la soportó. ¡Y cómo sucedió que se arriesgara a llevar a su casa, como institutriz, a semejante belleza! Yo lo explico por el hecho de que Marfa Petróvna era una mujer ardiente y receptiva y que, simple y llanamente, ella misma se

enamoró (literalmente se enamoró) de su hermanita. ¡Y bueno, también Avdotia Románovna! Comprendí muy bien, desde la primera mirada, que la cosa iba mal, y, ¿qué cree?, resolví ni siquiera levantar los ojos hacia ella. Pero Avdotia Románovna misma dio el primer paso, ¿lo creerá o no? ¿Creerá también que Marfa Petróvna llegaba al punto de enojarse al principio conmigo por mi silencio constante sobre su hermana, por mostrarme tan indiferente ante sus incesantes y enamorados elogios de Avdotia Románovna? ¡Yo mismo no entiendo qué quería! Bueno, desde luego, Marfa Petróvna le contó a Avdotia Románovna todo sobre mí, hasta lo más íntimo. Tenía el rasgo desdichado de contarles decididamente a todos todos nuestros secretos de familia y de quejarse de mí incesantemente ante todos; ¿cómo iba a dejar pasar a una amiga nueva y tan hermosa? Supongo que no tenían otro tema de conversación que yo, y sin duda Avdotia Románovna llegó a conocer todos esos cuentos sombríos y misteriosos que me atribuyen... ¿Apuesto a que usted también ya oyó algo de ese tipo?

—Lo oí. Luzhin lo acusó a usted de haber sido incluso causa de la muerte de una criatura. ¿Es verdad?

—Hágame el favor de dejar en paz todas esas vulgaridades —se excusó Svidrigáilov con repugnancia y gruñón—. Si quiere sin falta enterarse de todo ese sinsentido, alguna vez se lo contaré aparte, pero ahora...

—Se hablaba también de un lacayo suyo en el campo y de que usted supuestamente también había sido causa de algo.

—¡Hágame el favor, basta! —volvió a interrumpir Svidrigáilov con evidente impaciencia.

—¿No será ese el lacayo que después de muerto venía a cargarle la

pipa... como usted mismo me contó? —se irritaba cada vez más Raskólnikov.

Svidrigáilov miraba atentamente a Raskólnikov, y a este le pareció que en esa mirada brillaba un instante, como un relámpago, una sonrisa maligna; pero Svidrigáilov se contuvo y respondió con mucha cortesía:

—Ese mismo. Veo que a usted también todo esto le interesa extraordinariamente, y consideraré un deber, en la primera ocasión oportuna, satisfacer su curiosidad en todos los puntos. ¡Diablos! ¡Veo que de verdad puedo parecerle a alguien un personaje novelesco! Juzgue, pues, hasta qué punto debo agradecer después de eso a la difunta Marfa Petróvna por haberle contado a su hermanita tantas cosas misteriosas y curiosas sobre mí. No me atrevo a juzgar la impresión; pero, en todo caso, eso me resultó ventajoso. A pesar de toda la repulsión natural de Avdotia Románovna hacia mí y a pesar de mi aspecto siempre sombrío y repelente, por fin ella tuvo lástima de mí, lástima de un hombre perdido. Y cuando el corazón de una muchacha siente lástima, eso, desde luego, es lo más peligroso para ella. Enseguida le darán sin falta ganas de «salvar», y de hacer entrar en razón, y de resucitar, y de llamar a fines más nobles, y de hacer renacer a una nueva vida y actividad; bueno, ya se sabe lo que se puede soñar en ese sentido. Enseguida me di cuenta de que el pajarito volaba solo a la red, y a mi vez me preparé. ¿Usted, al parecer, frunce el ceño, Rodión Románich? No es nada, señor; el asunto, como sabe, terminó en nada. (¡Diablos, cuánto vino bebo!) Sabe, siempre lamenté, desde el principio, que el destino no hubiera hecho nacer a su hermana en el siglo segundo o tercero de nuestra era, en algún lado, como hija de un principillo reinante o de algún gobernante, o de un procónsul en Asia

Menor. Sin duda habría sido una de las que sufrieron el martirio, y desde luego habría sonreído cuando le quemaran el pecho con tenazas al rojo. Habría ido a eso a propósito, ella misma, y en los siglos cuarto y quinto se habría ido al desierto de Egipto y habría vivido allí treinta años, alimentándose de raíces, de éxtasis y de visiones. Ella misma no hace más que tener sed de eso y exigir que se le permita aceptar cuanto antes algún tormento por alguien, y si no se le da ese tormento, quizá hasta se tire por la ventana. Oí algo de un tal señor Razumíjin. Dicen que es un muchacho sensato (como lo indica su apellido[2]; seminarista, seguramente), pues que cuide a su hermana. En una palabra, creo que la entendí, y lo considero un honor. Pero entonces, es decir, al principio del trato, ya sabe usted, uno siempre es de algún modo más frívolo y más tonto, mira equivocadamente, ve lo que no es. ¡Diablos!, ¿por qué es tan hermosa? ¡Yo no tengo la culpa! En una palabra, en mí empezó con el impulso voluptuoso más incontenible. Avdotia Románovna es casta de un modo terrible, inaudito y nunca visto. (Fíjese que le comunico esto de su hermana como un hecho. Es casta quizá hasta lo enfermizo, a pesar de toda su amplia inteligencia, y eso la perjudicará.) Entonces tuvimos allí a una muchacha, Parasha, Parasha la de los ojos negros, a la que acababan de traer de otra aldea, una criada de la casa, y a la que yo nunca había visto; muy bonita, pero tonta hasta lo increíble: se echó a llorar, armó un aullido que se oyó en toda la finca, y se produjo un escándalo. Una vez, después de la comida, Avdotia Románovna me buscó a propósito, solo, en una alameda del jardín y, con los ojos centelleantes, me exigió que dejara en paz a la pobre Parasha. Fue casi nuestra primera conversación a solas. Yo, desde luego, consideré un honor satisfacer su deseo, procuré fingirme impresionado, turbado; bueno,

en una palabra, no representé mal el papel. Empezaron los tratos, las conversaciones misteriosas, las moralejas, las enseñanzas, los ruegos, las súplicas, hasta las lágrimas, ¡créame, hasta las lágrimas! ¡Hasta ese punto llega en ciertas muchachas la pasión por la propaganda! Yo, desde luego, se lo eché todo a mi destino, me fingí hambriento y sediento de luz, y por fin puse en marcha el medio más grande e inquebrantable para conquistar el corazón femenino, un medio que nunca engaña a nadie y que actúa decididamente sobre todas sin excepción. Ese medio es conocido: la adulación. No hay nada en el mundo más difícil que la sinceridad, y no hay nada más fácil que la adulación. Si en la sinceridad hay aunque sea una centésima parte de nota falsa, se produce enseguida una disonancia, y tras ella, el escándalo. Pero si en la adulación incluso todo es falso, hasta la última nota, aun así resulta agradable y se escucha no sin placer; aunque sea con un placer grosero, pero de todos modos con placer. Y por grosera que sea la adulación, en ella sin falta por lo menos la mitad parece verdad. Y eso para todos los grados de desarrollo y capas de la sociedad. Hasta a una vestal se la puede seducir con la adulación. Y de la gente común ni hablar. No puedo recordar sin reírme cómo una vez seduje a una señora entregada a su marido, a sus hijos y a sus virtudes. ¡Qué divertido fue y qué poco trabajo dio! Y la señora era en efecto virtuosa, por lo menos a su manera. Toda mi táctica consistía en que sencillamente a cada minuto estaba aplastado y me postraba ante su castidad. Adulaba sin piedad, y apenas conseguía un apretón de manos, incluso una mirada, me reprochaba habérselo arrancado por la fuerza, que ella se había resistido, que se había resistido tanto que seguramente yo nunca habría obtenido nada si no fuera yo mismo tan vicioso; que ella, en su inocencia, no había previsto la

perfidia y había cedido sin querer, sin saberlo ella misma, sin darse cuenta, etcétera, etcétera. En una palabra, obtuve todo, y mi señora seguía convencida en el más alto grado de que era inocente y casta y de que cumplía todos los deberes y obligaciones, y de que se había perdido completamente por casualidad. ¡Y cómo se enojó conmigo cuando le declaré al final que, según mi sincera convicción, ella había buscado los placeres exactamente igual que yo! La pobre Marfa Petróvna también se dejaba llevar terriblemente por la adulación, y si yo solo hubiera querido, desde luego habría puesto toda la finca a mi nombre ya en vida de ella. (Pero bebo terriblemente mucho vino y charlo demasiado.) Espero que no se enoje si menciono ahora que el mismo efecto empezó a cumplirse también con Avdotia Románovna. Pero yo mismo fui tonto e impaciente y eché a perder todo el asunto. A Avdotia Románovna ya algunas veces antes (y una vez de un modo especial) no le gustó nada la expresión de mis ojos, ¿lo creerá? En una palabra, en ellos se encendía cada vez con más fuerza e imprudencia cierto fuego que la asustaba y que terminó por resultarle odioso. No hace falta contar detalles, pero nos separamos. Entonces volví a hacer una tontería. Me puse a burlarme del modo más grosero de todas esas propagandas y conversiones; Parasha volvió a salir a escena, y no solo ella; en una palabra, empezó un Sodoma. ¡Ay, si usted hubiera visto, Rodión Románich, aunque fuera una vez en la vida, los ojitos de su hermanita como a veces saben centellear! No importa que yo ahora esté borracho y que ya me haya bebido un vaso entero de vino; digo la verdad; le aseguro que esa mirada la soñaba; el susurro de su vestido terminé por no poder soportarlo. De verdad, pensé que me iba a dar un ataque de epilepsia; nunca me imaginé que pudiera llegar a semejante frenesí. En una

palabra, era necesario reconciliarse; pero eso ya era imposible. ¿E imagínese lo que hice entonces? ¡Hasta qué grado de embrutecimiento puede llevar la rabia a un hombre! Nunca emprenda nada con rabia, Rodión Románich. Calculando que Avdotia Románovna, en el fondo, era una mendiga (ah, perdóneme, no quería decir eso... ¿pero acaso no da lo mismo, si se expresa la misma idea?), en una palabra, que vive del trabajo de sus manos, que mantiene a su madre y a usted (¡ah, diablos, otra vez frunce el ceño!...), resolví ofrecerle todo mi dinero (unos treinta mil podía reunir ya entonces) con tal de que huyera conmigo, aunque fuera aquí, a Petersburgo. Desde luego, le habría jurado amor eterno, dicha, etcétera, etcétera. ¿Creerá que entonces estaba tan prendado que si ella me hubiera dicho: degüella o envenena a Marfa Petróvna y cásate conmigo, lo habría hecho enseguida? Pero todo terminó con la catástrofe que usted ya conoce, y usted mismo puede juzgar a qué rabia pude llegar al enterarme de que Marfa Petróvna había conseguido entonces a ese chupatintas vilísimo, a Luzhin, y casi había armado la boda, lo que, en el fondo, habría sido lo mismo que yo proponía. ¿No es así? ¿No es así? ¿Verdad que sí? Noto que usted se ha puesto a escuchar con mucha atención... joven interesante...

Svidrigáilov dio con impaciencia un puñetazo en la mesa. Se había puesto colorado. Raskólnikov veía claramente que el vaso o vaso y medio de champaña que había bebido, a sorbos, sin que se notara, le había hecho un efecto enfermizo, y decidió aprovechar la ocasión. Svidrigáilov le resultaba muy sospechoso.

—Bueno, después de esto estoy completamente convencido de que usted también vino aquí con la vista puesta en mi hermana —le dijo a Svidrigáilov directamente y sin ocultarse, para irritarlo todavía más.

—Eh, déjelo —pareció recapacitar de pronto Svidrigáilov—. Ya se lo dije... y además su hermana no me puede ver.

—De eso precisamente estoy convencido, de que no puede, pero ahora no se trata de eso.

—¿Y usted está convencido de que no puede? (Svidrigáilov entornó los ojos y sonrió burlonamente.) Tiene razón, no me ama; pero nunca responda de las cosas que hubo entre marido y mujer o entre amante y amada. Ahí siempre hay un rinconcito que siempre queda desconocido para todo el mundo y que solo conocen ellos dos. ¿Responde usted de que Avdotia Románovna me miraba con repulsión?

—Por algunas palabras y palabritas suyas durante su relato, noto que usted también ahora tiene sus planes, y los más urgentes, respecto de Dunia, desde luego viles.

—¡Cómo! ¿Se me escaparon semejantes palabras y palabritas? —se asustó de pronto Svidrigáilov con mucha ingenuidad, sin prestar la menor atención al epíteto dado a sus intenciones.

—Y también ahora se le escapan. ¿Por qué, por ejemplo, tiene tanto miedo? ¿De qué se asustó ahora de pronto?

—¿Yo tengo miedo y me asusto? ¿Me asusto de usted? Más bien es usted quien tiene que temerme, cher ami[3]. Pero qué disparate, sin embargo... Por lo demás, me emborraché, lo veo; casi se me volvió a escapar. ¡Al diablo el vino! ¡Eh, agua!

Agarró la botella y sin ceremonias la tiró por la ventanita. Filipp trajo agua.

—Todo esto son tonterías —dijo Svidrigáilov, mojando una toalla y aplicándosela a la cabeza—, y yo con una sola palabra puedo pararlo y

reducir a polvo todas sus sospechas. ¿Sabe usted, por ejemplo, que me caso?

—Ya me lo había dicho antes.

—¿Se lo dije? Lo olvidé. Pero entonces no podía afirmarlo, porque ni siquiera había visto todavía a la novia; solo tenía la intención. Pero ahora tengo novia, y el asunto está hecho, y si no fuera por unos asuntos urgentes, sin falta lo llevaría ahora mismo a verlos, porque quiero pedirle consejo. ¡Eh, diablos! Solo quedan diez minutos. Mire, mire el reloj; aunque, por lo demás, se lo contaré, porque es una cosita interesante, mi casamiento, a su manera, quiero decir; ¿adónde va? ¿Otra vez se va?

—No, ahora ya no me voy.

—¿No se va en absoluto? ¡Veremos! Lo llevaré allí, es verdad, le mostraré a la novia, pero no ahora, porque ahora pronto será hora de que se vaya. Usted a la derecha, yo a la izquierda. ¿Conoce a esa Resslich? Esa misma Resslich en cuya casa vivo ahora, ¿eh? ¿Oye? No, usted qué cree: esa misma de la que dicen que la chiquilla, en el agua, en invierno... bueno, ¿oye? ¿Oye? Pues ella me lo cocinó todo; a ti, dice, se te ve aburrido, distráete un tiempo. Porque yo soy un hombre sombrío, aburrido. ¿Usted cree que alegre? No, sombrío: no hago daño y me quedo en un rincón; a veces en tres días no me sacan una palabra. Y esa Resslich es una pícara, le diré, ¿sabe lo que tiene en mente?: que yo me aburra, abandone a la mujer y me vaya, y la mujer le quede a ella, y ella la ponga en circulación; en nuestro ambiente, quiero decir, y más arriba. Hay, dice, un padre así, inválido, funcionario retirado, sentado en un sillón, que hace dos años que no mueve las piernas. Hay, dice, también una madre, una señora sensata, la mamá. El hijo sirve en algún lado en una provincia, no ayuda. La hija se

casó y no los visita, y tienen a su cargo dos sobrinos pequeños (como si los propios fueran pocos), y sacaron del gimnasio, sin terminar el curso, a una niña, su hija menor, que dentro de un mes cumple dieciséis años, así que dentro de un mes ya se la puede casar. Conmigo. Fuimos; qué gracioso es todo en su casa; me presento: terrateniente, viudo, de apellido conocido, con tales relaciones, con capital; ¿y qué, que yo tenga cincuenta y ella no llegue a dieciséis? ¿Quién se fija en eso? Pero es tentador, ¿eh? Es tentador, ¡ja, ja! ¡Tendría que haber visto cómo me puse a conversar con el papá y la mamá! Habría que pagar solo por verme en ese momento. Sale ella, hace una reverencia; puede imaginárselo, todavía con un vestidito corto, un capullito sin abrir, se ruboriza, se enciende como la aurora (le habían dicho, desde luego). No sé qué piensa usted de las caritas de mujer, pero a mi parecer esos dieciséis años, esos ojitos todavía infantiles, esa timidez y esas lagrimitas de pudor, a mi parecer, eso es mejor que la belleza, y ella además es un cuadro. Cabellitos claritos, en ricitos pequeños como de corderito, labiecitos carnosos, encarnados, piececitos... ¡una maravilla!... Bueno, nos conocimos, anuncié que tenía prisa por asuntos de familia, y al día siguiente, es decir, anteayer, nos bendijeron. Desde entonces, en cuanto llego, enseguida la siento en mis rodillas, y así no la bajo... Bueno, se enciende como la aurora, y yo la beso a cada minuto; la mamá, desde luego, le inculca que, como quien dice, este es tu marido y que así debe ser; en una palabra, ¡una delicia! Y este estado actual, de novio, de verdad, quizá es mejor que el de marido. Aquí está lo que se llama la nature et la vérité[4]! ¡Ja, ja! Hablé con ella un par de veces: la chiquilla no tiene nada de tonta; a veces me echa una mirada a escondidas que hasta me quema. Y sabe, tiene una carita como la Madonna de Rafael. Porque la Madonna Sixtina tiene

una cara fantástica, la cara de una loca de Dios dolorida, ¿no le llamó la atención? Bueno, pues algo de ese tipo. Apenas nos bendijeron, al día siguiente le llevé regalos por mil quinientos: un aderezo de brillantes, otro de perlas y un neceser de plata de señora, así de grande, con toda clase de cosas, de modo que hasta a ella, a la madonna, se le encendió la carita. Ayer la senté en mis rodillas, y seguramente de un modo demasiado poco ceremonioso: se encendió toda y le saltaron lagrimitas, pero no quiere mostrarlo, ella misma arde toda. Se fueron todos un minuto, nos quedamos ella y yo completamente solos, de pronto se me echa al cuello (por primera vez ella misma), me abraza con las dos manitas, me besa y jura que será para mí una esposa obediente, fiel y buena, que me hará feliz, que empleará toda la vida, cada minuto de su vida, que lo sacrificará todo, y que a cambio de todo eso solo desea tener de mí mi respeto, y que no necesita, dice, «¡nada, nada más, ningún regalo!». Convenga usted mismo en que oír una confesión semejante a solas de un angelito así, de dieciséis años, con vestidito de tul, con los ricitos ahuecados, con el rubor del pudor virginal y con lagrimitas de entusiasmo en los ojos, convenga usted mismo en que es bastante tentador. ¿Verdad que es tentador? ¿Verdad que vale algo, eh? ¿Verdad que vale? Bueno... bueno, escuche... bueno, vamos a ver a mi novia... ¡solo que no ahora!

—¡En una palabra, en usted esta monstruosa diferencia de edad y de desarrollo es lo que excita la voluptuosidad! ¿Y será posible que de verdad se case así?

—¿Y por qué no? Sin falta. Cada uno se las arregla para sí mismo, y vive más alegre que nadie el que mejor sabe engañarse a sí mismo. ¡Ja, ja! ¿Pero por qué se ha metido con tanta fuerza en la virtud? Tenga piedad,

padrecito, soy un hombre pecador. ¡Je, je, je!

—Usted, sin embargo, colocó a los hijos de Katerina Ivánovna. Aunque... aunque usted tenía para eso sus razones... ahora lo entiendo todo.

—A los niños en general los quiero, quiero mucho a los niños —soltó una carcajada Svidrigáilov—. A este respecto hasta puedo contarle un episodio curiosísimo, que todavía continúa. El primer día después de llegar me fui por todas esas cloacas; bueno, después de siete años, me les eché encima. Usted probablemente nota que no me apresuro a juntarme con mi compañía, con los amigos y camaradas de antes. Y me las arreglaré sin ellos todo lo que pueda. Sabe, en el campo, en casa de Marfa Petróvna, me torturaba hasta la muerte el recuerdo de todos los lugares y lugarcitos misteriosos en los que, el que sabe, puede encontrar mucho. ¡Diablos! La gente se emborracha, la juventud instruida se consume por la inacción en sueños y ensoñaciones irrealizables, se deforma en teorías; de algún lado llegaron judíos, esconden el dinero, y todo lo demás se entrega al libertinaje. Así me sopló esta ciudad desde las primeras horas su olor conocido. Fui a parar a una de esas llamadas veladas de baile, una cloaca terrible (y a mí me gustan precisamente las cloacas con un poco de mugre); bueno, desde luego, un cancán como no los hay y como no los hubo en mis tiempos. Sí, señor, en eso está el progreso. De pronto, miro: una niña, de unos trece años, vestida de un modo encantador, baila con un virtuoso; otro frente a ella, vis à vis. Junto a la pared, en una silla, está sentada la madre. ¡Bueno, puede imaginarse qué cancán! La niña se turba, se ruboriza, por fin se ofende y se echa a llorar. El virtuoso la agarra y empieza a hacerla girar y a hacer piruetas delante de ella; todos alrededor se ríen a

carcajadas y (me encanta nuestro público en momentos así, aunque sea de cancán) se ríen y gritan: «¡Bien hecho, así se hace! ¡Que no traigan niños!». Bueno, a mí me da igual, y no es asunto mío, ¡que se consuelen de modo lógico o ilógico! Enseguida elegí mi lugar, me senté junto a la madre y empecé con que yo también era forastero, que qué ignorantes eran todos aquí, que no sabían distinguir los verdaderos méritos ni tener el debido respeto; di a entender que tenía mucho dinero; las invité a llevarlas en mi coche; las llevé a casa, las conocí (viven en un cuartucho subalquilado, acababan de llegar). Me declararon que mi amistad tanto ella como su hija no podían recibirla sino como un honor; me entero de que no tienen ni casa ni hogar, y que vinieron a gestionar algo en alguna oficina; les ofrezco mis servicios, dinero; me entero de que fueron a la velada por error, pensando que de verdad allí enseñaban a bailar; me ofrezco a contribuir por mi parte a la educación de la jovencita, al francés y al baile. Lo aceptan con entusiasmo, lo consideran un honor, y todavía hoy las trato... ¿Quiere que vayamos? Solo que no ahora.

—¡Basta, basta de sus anécdotas viles y bajas, hombre depravado, bajo, voluptuoso!

—¡Schiller, nuestro Schiller, Schiller! Où va-t-elle la vertu se nicher?[5] Y sabe, voy a contarle a propósito cosas así, para oír sus gritos. ¡Un placer!

—¡Claro! ¿Acaso no soy ridículo para mí mismo en este momento? —masculló con rabia Raskólnikov.

Svidrigáilov se reía a carcajadas a todo pulmón; por fin llamó a Filipp, pagó y empezó a levantarse.

—¡Pero qué borracho estoy, assez causé[6]! —dijo—. ¡Un placer!

—¡Claro que usted siente placer! —gritó Raskólnikov, levantándose

también—. ¿Acaso para un libertino gastado contar semejantes aventuras, con la vista puesta en alguna intención monstruosa de ese mismo tipo, no es un placer, y además en estas circunstancias y a un hombre como yo...? Eso excita.

—Bueno, si es así —respondió Svidrigáilov incluso con cierto asombro, examinando a Raskólnikov—, si es así, entonces usted mismo es un cínico considerable. Material, por lo menos, encierra en sí enorme. Puede tomar conciencia de mucho, de mucho... bueno, y también puede hacer mucho. Pero, sin embargo, basta. Lamento sinceramente haber hablado poco con usted, pero no se me va a escapar... Espere nada más...

Svidrigáilov salió de la fonda. Raskólnikov detrás de él. Svidrigáilov, sin embargo, no estaba muy borracho; solo por un instante se le había subido a la cabeza, y la borrachera se le pasaba a cada minuto. Estaba muy preocupado por algo, por algo extraordinariamente importante, y fruncía el ceño. Una especie de espera evidentemente lo agitaba y lo inquietaba. Con Raskólnikov, en los últimos minutos, había cambiado de pronto de algún modo y a cada minuto se volvía más grosero y burlón. Raskólnikov notó todo esto y también estaba alarmado. Svidrigáilov le resultaba muy sospechoso; decidió seguirlo.

Bajaron a la acera.

—Usted a la derecha y yo a la izquierda, o, si quiere, al revés, solo que: adieu, mon plaisir[7], ¡hasta un feliz reencuentro!

Y se fue a la derecha, hacia la Sennaia.

Notas

1. «Oración fúnebre».

2. Razumíjin viene de *razum*, «razón».

3. «Querido amigo».

4. «La naturaleza y la verdad».

5. «¿Dónde irá a anidar la virtud?», verso de Molière.

6. «Basta de charla».

7. «Adiós, placer mío».

Sexta parte. Capítulo V

Raskólnikov fue detrás de él.

—¿Qué es esto? —exclamó Svidrigáilov, volviéndose—. Creo que ya dije...

—Esto significa que ahora no me voy a separar de usted.

—¿Qué-é-é?

Los dos se detuvieron, y los dos se miraron un minuto, como midiéndose.

—De todos sus relatos medio borrachos —le cortó con dureza Raskólnikov— concluí positivamente que usted no solo no abandonó sus vilísimos designios sobre mi hermana, sino que incluso está más ocupado en ellos que nunca. Sé que esta mañana mi hermana recibió una carta. Usted no se estuvo quieto todo el tiempo... Usted, supongamos, pudo desenterrar por el camino alguna mujer; pero eso no significa nada. Deseo cerciorarme personalmente...

Raskólnikov apenas si habría podido determinar él mismo qué quería precisamente ahora y de qué deseaba precisamente cerciorarse personalmente.

—¡Conque así! ¿Y quiere que llame ahora mismo a la policía?

—¡Llámala!

Volvieron a quedarse un minuto uno frente al otro. Por fin la cara de Svidrigáilov cambió. Tras cerciorarse de que Raskólnikov no se había asustado de la amenaza, tomó de pronto el aire más alegre y amistoso.

—¡Qué tipo! A propósito no le hablaba de su asunto, aunque, desde luego, me tortura la curiosidad. Es un asunto fantástico. Lo había dejado para otra vez, pero, de verdad, usted es capaz de irritar hasta a un muerto... Bueno, vamos, solo que le digo de antemano: ahora paso solo un minuto por casa a buscar dinero; después cierro la vivienda, tomo un coche y me voy a las Islas toda la noche. ¿Pero para qué va usted a seguirme?

—Yo por ahora voy a la vivienda, pero no a la suya, sino a la de Sofía Semiónovna, a disculparme por no haber estado en el entierro.

—Como usted guste, pero Sofía Semiónovna no está en casa. Llevó a todos los niños a casa de una señora, una señora anciana de alcurnia, una vieja conocida mía de hace mucho y directora de unos orfanatos. Encanté a esa señora entregándole el dinero por los tres pichones de Katerina Ivánovna; además doné más dinero para los establecimientos; por último, le conté la historia de Sofía Semiónovna, incluso con todos los honores, sin ocultar nada. Produjo un efecto indescriptible. Por eso se le indicó a Sofía Semiónovna que se presentara hoy mismo, directamente en el hotel ..., donde temporalmente, viniendo de su dacha, se encuentra mi señora.

—No importa, de todos modos iré.

—Como quiera, solo que yo no lo acompaño; ¡y a mí qué! Ya estamos llegando a casa. Dígame: estoy convencido de que usted me mira con sospecha porque yo mismo fui tan delicado que hasta ahora no lo molesté con preguntas... ¿entiende? Le pareció una cosa extraordinaria; ¡apuesto a

que es así! Y bueno, sea uno delicado después de eso.

—¡Y escuche detrás de las puertas!

—¡Ah, lo dice por eso! —se rio Svidrigáilov—. Sí, me habría asombrado si, después de todo, lo hubiera dejado pasar sin observación. ¡Ja, ja! Aunque entendí algo de lo que usted entonces... allí... armó y le contó usted mismo a Sofía Semiónovna, ¿qué es eso, sin embargo? Quizá soy un hombre completamente atrasado y ya no puedo entender nada. ¡Explíquemelo, por Dios, palomito! Ilústreme con los principios más modernos.

—Usted no pudo oír nada, ¡miente en todo!

—No, no hablo de eso, no de eso (aunque, por lo demás, algo oí); no, hablo de que usted no hace más que lamentarse y lamentarse. El Schiller que lleva dentro se turba a cada minuto. Y ahora, no escuche uno detrás de las puertas. Si es así, vaya y declárelo ante las autoridades: que así y así, me sucedió tal caso, salió un pequeño error en la teoría. Pero si está convencido de que no se puede escuchar detrás de las puertas, pero a las viejecillas sí se las puede despachar con lo que caiga a mano, por gusto, entonces váyase cuanto antes a alguna parte, a América. ¡Huya, joven! Quizá todavía haya tiempo. Se lo digo sinceramente. ¿No tiene dinero, o qué? Le daré para el viaje.

—No pienso para nada en eso —lo interrumpió Raskólnikov con repugnancia.

—Entiendo (por lo demás, no se moleste: si quiere, no hable mucho); entiendo qué preguntas tiene en curso: ¿morales, o qué? ¿Preguntas del ciudadano y del hombre? Y usted déjelas de lado; ¿para qué las quiere ahora? ¡Je, je! ¿Porque todavía es ciudadano y hombre? Pues si es así, no

había que meterse; no hay que emprender lo que no es asunto de uno. Bueno, pues péguese un tiro; ¿qué, no tiene ganas?

—Usted, al parecer, quiere irritarme a propósito, solo para que lo deje en paz ahora...

—Qué tipo raro, si ya llegamos; pase, por favor, a la escalera. Mire, aquí está la entrada de Sofía Semiónovna; ¡mire, no hay nadie! ¿No lo cree? Pregúntele a Kapernaúmov; ella les deja la llave. Aquí está la propia madame de Kapernaúmov, ¿eh? ¿Qué? (es un poco sorda) ¿Salió? ¿Adónde? Bueno, ¿ahora oyó? No está y no estará hasta, quizá, muy entrada la noche. Bueno, ahora vamos a mi casa. ¿No quería venir también a mi casa? Bueno, ya estamos en mi casa. Madame Resslich no está. Esa mujer siempre anda en trajines, pero es una buena mujer, se lo aseguro... quizá le sería útil, si usted fuera algo más sensato. Bueno, tenga a bien ver: tomo del escritorio este bono al cinco por ciento (¡mire cuántos tengo todavía!), y este hoy se va a la casa de cambio. Bueno, ¿lo vio? No tengo más tiempo que perder. Se cierra el escritorio, se cierra la vivienda, y otra vez estamos en la escalera. Bueno, ¿quiere que tomemos un coche? Yo voy a las Islas. ¿No le gustaría dar un paseo? Mire, tomo esta calesa hasta Yelaguin; ¿qué? ¿Se niega? ¿No aguantó? Demos un paseo, no importa. Parece que se viene la lluvia, no importa, bajaremos la capota...

Svidrigáilov ya estaba sentado en la calesa. Raskólnikov consideró que sus sospechas, por lo menos en ese momento, eran injustas. Sin responder una palabra, se volvió y echó a andar de regreso en dirección a la Sennaia. Si se hubiera vuelto aunque fuera una vez por el camino, habría alcanzado a ver cómo Svidrigáilov, tras alejarse no más de cien pasos, le pagaba a la calesa y se encontraba él mismo en la acera. Pero él ya no podía ver nada y

ya había doblado la esquina. Una profunda repugnancia lo arrastraba lejos de Svidrigáilov. «¡Y yo pude esperar aunque fuera un instante algo de este malvado grosero, de este libertino voluptuoso y canalla!», exclamó sin querer. Es verdad que Raskólnikov pronunció su juicio de un modo demasiado apresurado y ligero. Había algo en todo el entorno de Svidrigáilov que, por lo menos, le daba alguna originalidad, si no misterio. En cuanto a lo que en todo esto concernía a su hermana, Raskólnikov seguía de todos modos convencido con seguridad de que Svidrigáilov no la dejaría en paz. ¡Pero se volvía demasiado pesado e insoportable pensar y repensar todo eso!

Según su costumbre, al quedarse solo, a los veinte pasos cayó en una profunda meditación. Al subir al puente, se detuvo junto a la baranda y se puso a mirar el agua. Y entretanto, cerca de él estaba Avdotia Románovna.

Se había cruzado con ella a la entrada del puente, pero había pasado de largo sin distinguirla. Dúniechka nunca lo había encontrado así en la calle y se impresionó hasta el susto. Se detuvo y no sabía si llamarlo o no. De pronto notó a Svidrigáilov, que se acercaba apresurado desde el lado de la Sennaia.

Pero este, al parecer, se acercaba de un modo misterioso y cauteloso. No subió al puente, sino que se detuvo a un costado, en la acera, esforzándose con todas sus fuerzas para que Raskólnikov no lo viera. A Dunia ya la había notado hacía rato y empezó a hacerle señas. A ella le pareció que con sus señas le rogaba que no llamara a su hermano y lo dejara en paz, y que la llamaba a ella hacia él.

Así lo hizo Dunia. Rodeó en silencio a su hermano y se acercó a Svidrigáilov.

—Vamos rápido —le susurró Svidrigáilov—. No deseo que Rodión Románich se entere de nuestro encuentro. Le advierto que estuve sentado con él aquí cerca, en una fonda, donde él mismo me encontró, y a duras penas me lo saqué de encima. Por alguna razón sabe de mi carta para usted y sospecha algo. ¿No se lo habrá revelado usted, desde luego? ¿Y si no fue usted, entonces quién?

—Ya doblamos la esquina —lo interrumpió Dunia—, ahora mi hermano no nos verá. Le declaro que no iré más lejos con usted. Dígamelo todo aquí; todo eso se puede decir también en la calle.

—En primer lugar, eso de ningún modo se puede decir en la calle; en segundo lugar, usted debe escuchar también a Sofía Semiónovna; en tercer lugar, le mostraré algunos documentos... Bueno, y por último, si no acepta entrar en mi casa, renuncio a cualquier explicación y me voy enseguida. Al mismo tiempo le pediré que no olvide que un secreto muy curioso de su querido hermano está completamente en mis manos.

Dunia se detuvo indecisa y miraba a Svidrigáilov con una mirada penetrante.

—¿De qué tiene miedo? —observó él con calma—. La ciudad no es el campo. Y en el campo usted me hizo más daño a mí que yo a usted, y aquí...

—¿Sofía Semiónovna está advertida?

—No, no le dije ni una palabra, y ni siquiera estoy del todo seguro de que esté en casa ahora. Aunque, por lo demás, probablemente esté. Hoy enterró a su pariente: no es día para andar de visita. Por ahora no quiero decirle nada de esto a nadie, y hasta me arrepiento en parte de habérselo comunicado a usted. Aquí la menor imprudencia equivale ya a una

denuncia. Vivo aquí, en esta casa, ya estamos llegando. Ese es el portero de nuestra casa; el portero me conoce muy bien; mire, saluda; ve que voy con una dama, y desde luego ya alcanzó a fijarse en su cara, y eso le será útil si tiene mucho miedo y sospecha de mí. Perdone que hable tan groseramente. Yo vivo de subinquilino. Sofía Semiónovna vive conmigo pared por medio, también de subinquilina. Todo el piso está alquilado por cuartos. ¿Por qué va a tener miedo, como una criatura? ¿O tan terrible soy?

La cara de Svidrigáilov se torció en una sonrisa condescendiente; pero ya no estaba para sonrisas. El corazón le golpeaba y el aliento se le cortaba en el pecho. Hablaba más fuerte a propósito para ocultar su agitación creciente; pero Dunia no alcanzó a notar esa agitación particular; la había irritado demasiado la observación de que le tenía miedo como una criatura y de que él era tan terrible para ella.

—Aunque sé que usted es un hombre... sin honor, no le tengo el menor miedo. Vaya adelante —dijo ella, al parecer con calma, pero su cara estaba muy pálida.

Svidrigáilov se detuvo junto a la vivienda de Sonia.

—Permítame averiguar si está en casa. No está. ¡Qué mala suerte! Pero sé que puede venir muy pronto. Si salió, no puede ser sino a casa de una señora, por sus huérfanos. A ellos se les murió la madre. Yo también me metí en esto y dispuse cosas. Si Sofía Semiónovna no vuelve en diez minutos, se la mandaré a usted misma, si quiere, hoy mismo; bueno, este es mi cuarto. Estas son mis dos habitaciones. Detrás de la puerta vive mi casera, la señora Resslich. Ahora mire aquí, le mostraré mis documentos principales: desde mi dormitorio esta puerta lleva a dos habitaciones completamente vacías, que se alquilan. Aquí están... esto tiene que mirarlo

con algo más de atención...

Svidrigáilov ocupaba dos habitaciones amuebladas, bastante amplias. Dúniechka miraba alrededor con desconfianza, pero no notó nada particular ni en el mobiliario ni en la disposición de las habitaciones, aunque se podía notar alguna cosa, por ejemplo, que la vivienda de Svidrigáilov quedaba de algún modo entre dos viviendas casi deshabitadas. A la suya no se entraba directamente desde el pasillo, sino a través de dos habitaciones de la casera, casi vacías. Y desde el dormitorio, Svidrigáilov, abriendo una puerta cerrada con llave, le mostró a Dúniechka una vivienda también vacía, que se alquilaba. Dúniechka se detuvo en el umbral, sin entender para qué la invitaban a mirar, pero Svidrigáilov se apresuró a explicarlo:

—Mire, mire aquí, esta segunda habitación grande. Fíjese en esta puerta, está cerrada con llave. Junto a la puerta hay una silla, una sola silla en las dos habitaciones. La traje de mi vivienda para escuchar más cómodo. Ahí mismo, detrás de la puerta, está la mesa de Sofía Semiónovna; ahí estaba sentada ella y hablaba con Rodión Románich. Y yo escuchaba aquí, sentado en la silla, dos tardes seguidas, las dos veces unas dos horas, y desde luego pude enterarme de algo, ¿qué le parece?

—¿Usted escuchaba?

—Sí, escuchaba; ahora vamos a mi cuarto; aquí no hay ni dónde sentarse.

Llevó de vuelta a Avdotia Románovna a su primera habitación, que le servía de sala, y la invitó a sentarse en una silla. Él se sentó en el otro extremo de la mesa, por lo menos a una sazhén[1] de ella, pero probablemente en sus ojos brillaba ya la misma llama que tanto había

asustado alguna vez a Dúniechka. Ella se estremeció y volvió a mirar alrededor con desconfianza. Su gesto fue involuntario; por lo visto, no quería mostrar desconfianza. Pero la situación apartada de la vivienda de Svidrigáilov terminó por impresionarla. Quería preguntar si por lo menos su casera estaba en casa, pero no lo preguntó... por orgullo. Además había en su corazón otro sufrimiento, desproporcionadamente mayor que el miedo por sí misma. Se atormentaba de un modo insoportable.

—Aquí está su carta —empezó, dejándola sobre la mesa—. ¿Acaso es posible lo que usted escribe? Usted insinúa un crimen supuestamente cometido por mi hermano. Lo insinúa con demasiada claridad, no se atreva ahora a desdecirse. Sepa que ya antes que usted oí hablar de ese cuento estúpido y no le creo ni una palabra. Es una sospecha infame y ridícula. Conozco la historia y sé cómo y por qué se inventó. Usted no puede tener ninguna prueba. Prometió demostrarlo: ¡hable, pues! ¡Pero sepa de antemano que no le creo! ¡No le creo!...

Dúniechka pronunció esto atropelladamente, apresurándose, y por un instante el rubor le subió a la cara.

—Si no lo creyera, ¿cómo podría haber pasado que se arriesgara a venir sola a mi casa? ¿Para qué vino, entonces? ¿Por pura curiosidad?

—¡No me atormente, hable, hable!

—Ni qué decir que usted es una muchacha valiente. Palabra, pensé que le pediría al señor Razumíjin que la acompañara hasta aquí. Pero él no estaba ni con usted ni alrededor de usted, me fijé bien: es audaz; quería, por lo tanto, proteger a Rodión Románich. Por lo demás, en usted todo es divino... En cuanto a su hermano, ¿qué le voy a decir? Usted acaba de verlo. ¿Cómo está?

—¿No se basará solo en eso?

—No, no en eso, sino en sus propias palabras. Aquí vino dos tardes seguidas a ver a Sofía Semiónovna. Le mostré dónde estaban sentados. Le hizo su confesión completa. Es un asesino. Mató a la vieja viuda de funcionario, la usurera, en cuya casa él mismo empeñaba cosas; mató también a su hermana, una revendedora llamada Lizaveta, que entró por casualidad durante el asesinato de su hermana. Las mató a las dos con un hacha que había traído consigo. Las mató para robar, y robó; tomó dinero y algunas cosas... Él mismo se lo transmitió todo palabra por palabra a Sofía Semiónovna, que es la única que conoce el secreto, pero no participó en el asesinato ni de palabra ni de hecho; al contrario, se horrorizó igual que usted ahora. Esté tranquila, ella no lo delatará.

—¡No puede ser! —balbuceaba Dúniechka con los labios pálidos, lívidos; se ahogaba—. No puede ser, no hay ninguna, ni la menor causa, ningún motivo... ¡Es mentira! ¡Mentira!

—Robó, esa es toda la causa. Tomó dinero y cosas. Es verdad que, según su propia confesión, no se aprovechó ni del dinero ni de las cosas, sino que los llevó a algún lado, bajo una piedra, donde todavía están. Pero eso es porque no se atrevió a aprovecharlos.

—¿Pero acaso es verosímil que él haya podido robar, saquear? ¿Que haya podido siquiera pensarlo? —exclamó Dunia, y se levantó de un salto de la silla—. Usted lo conoce, ¿lo vio? ¿Acaso puede ser un ladrón?

Era como si le suplicara a Svidrigáilov; había olvidado todo su miedo.

—Aquí, Avdotia Románovna, hay miles y millones de combinaciones y clasificaciones. El ladrón roba, pero en cambio sabe para sí que es un canalla; y yo oí de un hombre noble que asaltó el correo; ¡y quién sabe,

quizá de verdad pensó que había hecho algo decente! Desde luego, yo mismo no lo habría creído, igual que usted, si me lo hubieran contado de segunda mano. Pero a mis propios oídos les creí. Él le explicaba a Sofía Semiónovna también todas las causas; pero ella al principio no creyó a sus oídos, y por fin creyó a sus ojos, a sus propios ojos. Porque él mismo se lo transmitía en persona.

—¡¿Pero qué... causas?!

—Es largo, Avdotia Románovna. Aquí hay, cómo expresárselo, una especie de teoría, lo mismo por lo que yo encuentro, por ejemplo, que un crimen aislado está permitido si el fin principal es bueno. ¡Un solo mal y cien buenas acciones! También es, desde luego, ofensivo para un joven con méritos y con un amor propio desmedido saber que, por ejemplo, con solo tres mil, toda la carrera, todo el futuro en su fin vital tomaría otra forma, y sin embargo esos tres mil no están. Agregue a eso la irritación del hambre, de la vivienda estrecha, de los harapos, de la conciencia viva de la belleza de su posición social, y al mismo tiempo de la posición de su hermana y de su madre. Y más que nada la vanidad, el orgullo y la vanidad; aunque, por lo demás, Dios sabe, quizá también con buenas inclinaciones... Yo no lo culpo, no crea, por favor; y además no es asunto mío. Había también allí una teoriíta propia, una teoría cualquiera, según la cual las personas se dividen, ve usted, en material y en personas especiales, es decir, en personas para las que, por su elevada posición, no hay ley escrita, sino que, al contrario, ellas mismas componen las leyes para el resto de la gente, para el material, para la basura. No es nada, una teoriíta cualquiera; une théorie comme une autre[2]. Napoleón lo arrastró terriblemente, es decir, propiamente lo arrastró el hecho de que muchísimas personas geniales no

se fijaron en el mal aislado, sino que pasaron por encima, sin vacilar. Al parecer, se imaginó que también él era un hombre genial, es decir, estuvo convencido de eso por un tiempo. Sufrió mucho y sufre ahora por la idea de que supo componer la teoría, pero no es capaz de pasar por encima sin vacilar, y por lo tanto no es un hombre genial. Bueno, y eso para un joven con amor propio es humillante, sobre todo en nuestro siglo...

—¿Y el remordimiento? ¿Usted le niega, por lo tanto, todo sentimiento moral? ¿Pero acaso es así?

—Ah, Avdotia Románovna, ahora todo se ha enturbiado; es decir, por lo demás, nunca estuvo en un orden especial. Los rusos en general son gente amplia, Avdotia Románovna, amplia como su tierra, y extraordinariamente propensa a lo fantástico, a lo desordenado; pero es una desgracia ser amplio sin una genialidad especial. ¿Y recuerda cuánto hablamos usted y yo, a solas, de este mismo tipo de cosas y sobre este mismo tema, sentados por las tardes en la terraza del jardín, cada vez después de la cena? Usted precisamente me reprochaba esa amplitud. Quién sabe, quizá hablábamos al mismo tiempo en que él estaba acostado aquí pensando lo suyo. En nuestra sociedad instruida no hay tradiciones especialmente sagradas, Avdotia Románovna: salvo que alguien se las componga de algún modo con los libros... o saque algo de las crónicas. Pero esos son más bien eruditos y, sabe, todos papanatas a su manera, de modo que hasta resulta indecoroso para un hombre de mundo. Por lo demás, mis opiniones en general usted las conoce; yo no acuso decididamente a nadie. Yo mismo soy un señorito de manos blancas, y me atengo a eso. Pero ya hablamos de esto más de una vez. Hasta tuve la dicha de interesarla con mis juicios... ¡Está usted muy pálida, Avdotia

Románovna!

—Esa teoría suya la conozco. Leí su artículo en la revista sobre las personas a las que todo les está permitido... Me lo trajo Razumíjin...

—¿El señor Razumíjin? ¿El artículo de su hermano? ¿En una revista? ¿Existe ese artículo? No lo sabía. ¡Debe de ser curioso! ¿Pero adónde va, Avdotia Románovna?

—Quiero ver a Sofía Semiónovna —pronunció Dúniechka con voz débil—. ¿Por dónde se va a su cuarto? Quizá ya llegó; quiero verla sin falta, ahora mismo. Que ella...

Avdotia Románovna no pudo terminar; el aliento literalmente se le cortó.

—Sofía Semiónovna no volverá hasta la noche. Así lo supongo. Tenía que venir muy pronto, y si no, entonces muy tarde...

—¡Ah, así que mientes! Lo veo... mentías... ¡mentías en todo!... ¡No te creo! ¡No te creo! —gritaba Dúniechka en un verdadero frenesí, perdiendo por completo la cabeza.

Casi desmayada cayó en la silla que Svidrigáilov se apresuró a acercarle.

—Avdotia Románovna, ¿qué le pasa?, ¡vuelva en sí! Aquí tiene agua. Tome un sorbo...

Le salpicó agua. Dúniechka se estremeció y volvió en sí.

—¡Le hizo un efecto fuerte! —balbuceaba Svidrigáilov para sí, frunciendo el ceño—. ¡Avdotia Románovna, cálmese! Sepa que él tiene amigos. Lo salvaremos, lo sacaremos de esto. ¿Quiere que me lo lleve al extranjero? Tengo dinero; en tres días consigo un pasaje. Y en cuanto a que mató, todavía hará muchas buenas obras, de modo que todo esto se borrará; cálmese. Todavía puede ser un gran hombre. ¿Pero qué le pasa?

¿Cómo se siente?

—¡Hombre malvado! Encima se burla. Déjeme salir...

—¿Adónde va? ¿Pero adónde va?

—A verlo a él. ¿Dónde está? ¿Usted lo sabe? ¿Por qué está cerrada esta puerta? Entramos por esta puerta, y ahora está cerrada con llave. ¿Cuándo alcanzó a cerrarla con llave?

—No se podía gritar a todas las habitaciones lo que hablábamos aquí. No me burlo en absoluto; solo que me cansé de hablar en este lenguaje. ¿Y adónde va a ir así? ¿O quiere delatarlo? Lo llevará a la rabia, y él se delatará solo. Sepa que ya lo vigilan, ya dieron con la pista. Usted no hará más que entregarlo. Espere; lo vi y hablé con él hace un momento; todavía se lo puede salvar. Espere, siéntese, pensémoslo juntos. Para eso la llamé, para hablar de esto a solas y pensarlo bien. ¡Pero siéntese!

—¿De qué modo puede usted salvarlo? ¿Acaso se lo puede salvar?

Dunia se sentó. Svidrigáilov se sentó a su lado.

—Todo depende de usted, de usted, de usted sola —empezó él con ojos centelleantes, casi en un susurro, trabándose y sin llegar a pronunciar algunas palabras por la agitación.

Dunia, asustada, se apartó más de él. Él también temblaba todo.

—Usted... ¡una palabra suya, y él está salvado! Yo... yo lo salvaré. Tengo dinero y amigos. Lo mandaré enseguida, y yo sacaré un pasaporte, dos pasaportes. Uno para él, otro para mí. Tengo amigos; tengo gente práctica... ¿Quiere? Sacaré también un pasaporte para usted... para su madre... ¿para qué quiere a Razumíjin? Yo también la amo... La amo infinitamente. Déjeme besar el borde de su vestido, ¡déjeme! ¡Déjeme! No puedo oír cómo susurra. Dígame: haz esto, ¡y lo haré! Lo haré todo. Haré

lo imposible. En lo que usted cree, en eso también creeré yo. ¡Lo haré todo, todo! ¡No me mire, no me mire así! ¿Sabe que me está matando...?

Hasta empezaba a delirar. Algo le había pasado de pronto, como si de pronto se le hubiera subido a la cabeza. Dunia se levantó de un salto y se lanzó hacia la puerta.

—¡Abran! ¡Abran! —gritaba a través de la puerta, llamando a alguien y sacudiendo la puerta con las manos—. ¡Abran! ¿Será posible que no haya nadie?

Svidrigáilov se levantó y volvió en sí. Una sonrisa maligna y burlona le asomaba despacio a los labios todavía temblorosos.

—Allí no hay nadie en casa —pronunció en voz baja y pausadamente—; la casera salió, y es trabajo inútil gritar así: no hace más que alterarse en vano.

—¿Dónde está la llave? ¡Abre la puerta ahora mismo, ahora mismo, hombre vil!

—Perdí la llave y no puedo encontrarla.

—¡Ah! ¡Así que esto es una violencia! —exclamó Dunia, se puso pálida como la muerte y se lanzó al rincón, donde se parapetó enseguida detrás de una mesita que encontró a mano. No gritaba; pero clavó la mirada en su torturador y seguía atentamente cada uno de sus movimientos. Svidrigáilov tampoco se movía de su lugar y estaba de pie frente a ella, en el otro extremo de la habitación. Hasta había recobrado el dominio de sí, por lo menos por fuera. Pero su cara seguía pálida como antes. La sonrisa burlona no lo abandonaba.

—Usted dijo hace un momento «violencia», Avdotia Románovna. Si es violencia, usted misma puede juzgar que tomé mis medidas. Sofía

Semiónovna no está en casa; los Kapernaúmov quedan muy lejos, cinco habitaciones cerradas. Por último, soy por lo menos el doble de fuerte que usted, y además no tengo nada que temer, porque usted después tampoco podrá quejarse: ¿no querrá de verdad delatar a su hermano? Y además nadie le creerá: ¿por qué razón una muchacha fue sola a la vivienda de un hombre solo? De modo que, aunque sacrifique a su hermano, tampoco así demostrará nada: la violencia es muy difícil de probar, Avdotia Románovna.

—¡Canalla! —susurró Dunia con indignación.

—Como quiera, pero fíjese que hablé solo a modo de suposición. Según mi convicción personal, usted tiene toda la razón: la violencia es una abominación. Solo lo dije para que vea que en su conciencia no quedará absolutamente nada si incluso... si incluso usted quisiera salvar a su hermano voluntariamente, así como yo le propongo. Usted, entonces, simplemente se habría sometido a las circunstancias, bueno, a la fuerza, por último, si no se puede prescindir de esa palabra. Piénselo; el destino de su hermano y de su madre está en sus manos. Y yo seré su esclavo... toda la vida... aquí voy a esperar...

Svidrigáilov se sentó en el sofá, a unos ocho pasos de Dunia. Para ella ya no había la menor duda sobre su decisión inquebrantable. Además, lo conocía...

De pronto ella sacó del bolsillo un revólver, amartilló el gatillo y bajó la mano con el revólver sobre la mesita. Svidrigáilov se levantó de un salto.

—¡Ajá! ¡Así que así es! —exclamó con asombro, pero sonriendo con malicia—. ¡Bueno, esto cambia por completo el curso del asunto! ¡Usted misma me facilita extraordinariamente las cosas, Avdotia Románovna!

¿Pero dónde consiguió ese revólver? ¿No será el señor Razumíjin? ¡Bah! ¡Pero si el revólver es mío! ¡Un viejo conocido! ¡Y cómo lo busqué entonces!... Nuestras lecciones de tiro en el campo, que tuve el honor de darle, no fueron en vano, después de todo.

—¡No es tu revólver, sino de Marfa Petróvna, a la que mataste, malvado! Tú no tenías nada propio en su casa. Lo tomé cuando empecé a sospechar de lo que eras capaz. ¡Atrévete a dar un solo paso, y te juro que te mato!

Dunia estaba frenética. Tenía el revólver preparado.

—¿Y su hermano? Lo pregunto por curiosidad —preguntó Svidrigáilov, todavía de pie en su lugar.

—¡Denúncialo, si quieres! ¡No te muevas! ¡No te acerques! ¡Voy a disparar! ¡Envenenaste a tu mujer, lo sé, tú eres un asesino!...

—¿Y usted está firmemente convencida de que envenené a Marfa Petróvna?

—¡Tú! Tú mismo me lo insinuabas; me hablabas de un veneno... sé que fuiste a buscarlo... lo tenías preparado... Fuiste tú sin duda... ¡canalla!

—Aunque eso fuera verdad, habría sido por ti... de todos modos tú habrías sido la causa.

—¡Mientes! Te odié siempre, siempre...

—¡Eh, Avdotia Románovna! Por lo visto olvidó cómo, en el ardor de la propaganda, ya se inclinaba y desfallecía... Lo vi en sus ojitos; ¿recuerda, aquella noche, a la luz de la luna, cuando todavía cantaba el ruiseñor?

—¡Mientes! (La rabia centelleó en los ojos de Dunia.) ¡Mientes, calumniador!

—¿Miento? Bueno, quizá miento. Mentí. A las mujeres no hay que

recordarles estas cositas. (Sonrió.) Sé que vas a disparar, bestezuela bonita. ¡Pues dispara!

Dunia levantó el revólver y, mortalmente pálida, con el labio inferior blanco y tembloroso, con sus grandes ojos negros que centelleaban como fuego, lo miraba, decidida, midiendo y esperando el primer movimiento de él. Nunca la había visto tan hermosa. El fuego que brotó de sus ojos en el momento en que levantaba el revólver fue como si lo quemara, y el corazón se le encogió de dolor. Dio un paso, y sonó el disparo. La bala le rozó el pelo y dio en la pared, detrás. Él se detuvo y se rio en voz baja:

—¡Me picó la avispa! Apunta directo a la cabeza... ¿Qué es esto? ¡Sangre! —Sacó el pañuelo para secarse la sangre que le corría en un hilito fino por la sien derecha; probablemente la bala le había rozado apenas la piel del cráneo. Dunia bajó el revólver y miraba a Svidrigáilov no exactamente con miedo, sino con una especie de perplejidad salvaje. ¡Era como si ella misma ya no entendiera qué había hecho y qué estaba pasando!

—¡Y bueno, falló! Dispare otra vez, espero —pronunció Svidrigáilov en voz baja, todavía sonriendo, pero de un modo sombrío—. ¡Así alcanzaré a agarrarla antes de que amartille!

Dúniechka se estremeció, amartilló rápidamente y volvió a levantar el revólver.

—¡Déjeme! —pronunció con desesperación—. Le juro que volveré a disparar... Yo... ¡lo mataré!...

—Y bueno... a tres pasos es imposible no matar. Pero si no me mata... entonces... —Sus ojos centellearon, y dio otros dos pasos.

Dúniechka disparó: ¡no salió el tiro!

—Lo cargaron con descuido. ¡No importa! Ahí tiene todavía una cápsula. Arréglelo, espero.

Estaba de pie ante ella, a dos pasos, esperaba y la miraba con una decisión salvaje, con una mirada pesada, inflamada de pasión. Dunia comprendió que él moriría antes que dejarla ir. «Y... y desde luego ahora lo matará, ¡a dos pasos!...»

De pronto tiró el revólver.

—¡Lo tiró! —pronunció Svidrigáilov con asombro, y respiró hondo. Algo pareció soltársele de golpe del corazón, y quizá no solo el peso del miedo a la muerte; y además, apenas si lo sentía en ese momento. Era la liberación de otro sentimiento, más doliente y sombrío, que ni él mismo habría podido definir en toda su fuerza.

Se acercó a Dunia y le rodeó suavemente la cintura con el brazo. Ella no se resistía, pero, temblando toda como una hoja, lo miraba con ojos suplicantes. Él quiso decir algo, pero solo se le torcían los labios, y no podía pronunciar nada.

—¡Déjame ir! —dijo Dunia, suplicando.

Svidrigáilov se estremeció: ese «tú» ya había sido pronunciado de algún modo distinto que el de antes.

—¿Entonces no me amas? —preguntó él en voz baja.

Dunia negó con la cabeza.

—¿Y... no puedes?... ¿Nunca? —susurró él con desesperación.

—¡Nunca! —susurró Dunia.

Pasó un instante de lucha terrible y muda en el alma de Svidrigáilov. La miraba con una mirada indecible. De pronto retiró el brazo, se apartó, se alejó rápidamente hacia la ventana y se quedó de pie ante ella.

Pasó otro instante.

—¡Aquí está la llave! (La sacó del bolsillo izquierdo del abrigo y la dejó detrás de sí sobre la mesa, sin mirar ni volverse hacia Dunia.) Tómela; ¡váyase rápido!...

Miraba obstinadamente por la ventana.

Dunia se acercó a la mesa a tomar la llave.

—¡Rápido! ¡Rápido! —repitió Svidrigáilov, todavía sin moverse ni volverse. Pero en ese «rápido», por lo visto, sonó una nota terrible.

Dunia la entendió, agarró la llave, se lanzó hacia la puerta, abrió rápidamente y se escapó de la habitación. Al cabo de un minuto, como loca, fuera de sí, salió corriendo al canal y corrió en dirección al puente ...

Svidrigáilov se quedó todavía unos tres minutos junto a la ventana; por fin se volvió despacio, miró alrededor y se pasó suavemente la palma por la frente. Una sonrisa extraña le torció la cara, una sonrisa lastimosa, triste, débil, una sonrisa de desesperación. La sangre, que ya se secaba, le manchó la palma; miró la sangre con rabia; después mojó una toalla y se lavó la sien. El revólver, que Dunia había tirado y que había ido a parar junto a la puerta, le saltó de pronto a la vista. Lo levantó y lo examinó. Era un revólver pequeño, de bolsillo, de tres tiros, de modelo antiguo; le quedaban todavía dos cargas y una cápsula. Se podía disparar una vez. Pensó, se metió el revólver en el bolsillo, tomó el sombrero y salió.

Notas

1. Antigua medida rusa: algo más de dos metros.

2. «Una teoría como cualquier otra».

Sexta parte. Capítulo VI

Toda esa noche, hasta las diez, la pasó en distintas fondas y cloacas, pasando de una a otra. Apareció en algún lado también Katia, que volvía a cantar otra canción de lacayos sobre cómo alguien, «canalla y tirano»,

Empezó a besar a Katia.

Svidrigáilov les daba de beber a Katia, al organillero, a los cantores, a los mozos y a dos escribientillos. Con esos escribientillos se juntó, propiamente, porque los dos tenían la nariz torcida: a uno la nariz se le iba torcida a la derecha, y al otro a la izquierda. Eso impresionó a Svidrigáilov. Por fin lo arrastraron a un jardín de recreo, donde pagó por ellos y por la entrada. En ese jardín había un abeto delgadito de tres años y tres arbustitos. Además se había construido un «vauxhall»[1], en realidad una taberna, pero allí se podía tomar también té, y además había algunas mesitas verdes y sillas. Un coro de malos cantores y un alemán de Múnich borracho, una especie de payaso, con la nariz roja, pero por alguna razón extraordinariamente abatido, divertían al público. Los escribientillos se pelearon con otros escribientillos y empezaron una riña. Eligieron a Svidrigáilov como juez. Ya llevaba un cuarto de hora juzgándolos, pero gritaban tanto que no había la menor posibilidad de entender nada. Lo

más probable era que uno de ellos había robado algo y hasta había alcanzado a vendérselo allí mismo a un judío que se presentó; pero, una vez vendido, no quiso repartir con su compañero. Resultó por fin que el objeto vendido era una cucharita de té que pertenecía al vauxhall. En el vauxhall la echaron en falta, y el asunto empezó a tomar dimensiones complicadas. Svidrigáilov pagó la cuchara, se levantó y salió del jardín. Eran cerca de las diez. Él mismo no había bebido en todo ese tiempo ni una gota de vino y solo había pedido té en el vauxhall, y eso más bien por cumplir. Entretanto la noche era sofocante y sombría. Hacia las diez avanzaron de todos lados unas nubes terribles; estalló el trueno, y la lluvia se desplomó como una cascada. El agua no caía en gotas, sino que azotaba la tierra en chorros enteros. Los relámpagos brillaban a cada minuto, y se podía contar hasta cinco durante cada resplandor. Empapado hasta los huesos, llegó a su casa, se encerró, abrió el escritorio, sacó todo su dinero y rompió dos o tres papeles. Después, metiéndose el dinero en el bolsillo, quiso cambiarse de ropa, pero, al mirar por la ventana y escuchar la tormenta y la lluvia, hizo un gesto con la mano, tomó el sombrero y salió sin cerrar la vivienda. Fue derecho a ver a Sonia. Ella estaba en casa.

No estaba sola; a su alrededor había cuatro niños pequeños de los Kapernaúmov. Sofía Semiónovna les estaba dando té. Recibió a Svidrigáilov en silencio y con respeto, miró con asombro su ropa empapada, pero no dijo una palabra. Los niños, en cambio, salieron todos corriendo enseguida con un terror indescriptible.

Svidrigáilov se sentó a la mesa y le pidió a Sonia que se sentara a su lado. Ella se dispuso tímidamente a escuchar.

—Yo, Sofía Semiónovna, quizá me vaya a América —dijo

Svidrigáilov—, y como probablemente nos vemos por última vez, vine a hacer algunas disposiciones. Bueno, ¿usted vio hoy a esa señora? Sé lo que le dijo, no hace falta repetirlo. (Sonia hizo un movimiento y se sonrojó.) Esa gente tiene cierto pliegue. En cuanto a sus hermanitas y a su hermanito, de verdad están colocados, y el dinero que les corresponde lo entregué para cada uno, con recibo, donde corresponde, en manos seguras. Usted, por lo demás, quédese con esos recibos, así, por si acaso. ¡Aquí tiene, tómelos! Bueno, señora, ahora esto está terminado. Aquí hay tres bonos al cinco por ciento, en total por tres mil. Esto tómelo para usted, propiamente para usted, y que quede así entre nosotros, que nadie lo sepa, oiga lo que oiga. Le harán falta, porque, Sofía Semiónovna, vivir así, como antes, es feo, y además ya no tiene ninguna necesidad.

—Yo, señor, he recibido tantos beneficios de usted, y los huérfanos, señor, y la difunta —se apresuró Sonia—, que si hasta ahora le he agradecido tan poco, entonces... no lo tome...

—Eh, basta, basta.

—Y este dinero, Arkadi Ivánovich, se lo agradezco mucho, pero ahora no lo necesito. Yo sola siempre me mantendré; no lo tome por ingratitud: si es usted tan bondadoso, este dinero, señor...

—Es para usted, para usted, Sofía Semiónovna, y por favor, sin más conversación, porque además no tengo tiempo. Y le hará falta. Rodión Románovich tiene dos caminos: o una bala en la frente, o el camino de Vladímir[2]. (Sonia lo miró con espanto y se echó a temblar.) No se preocupe, lo sé todo, por él mismo, y no soy un charlatán; no se lo diré a nadie. Hizo bien en enseñarle entonces que fuera él mismo a entregarse y a decirlo. Eso le resultará mucho más ventajoso. Bueno, cuando le toque el

camino de Vladímir, él irá por él, ¿y usted detrás de él, no? ¿No es así? ¿No es así? Bueno, pues si es así, entonces el dinero le hará falta. Le hará falta para él mismo, ¿entiende? Dándoselo a usted, es lo mismo que si se lo diera a él. Además, usted prometió pagarle la deuda a Amalia Ivánovna; lo oí. ¿Por qué, Sofía Semiónovna, asume tan irreflexivamente todos esos contratos y obligaciones? La que le quedó debiendo a esa alemana fue Katerina Ivánovna, no usted, así que usted debería mandar a paseo a la alemana. Así no se puede vivir en el mundo. Bueno, señora, si alguna vez alguien le pregunta (bueno, mañana o pasado mañana) por mí o acerca de mí (y a usted le van a preguntar), no mencione que vine a verla ahora, y de ningún modo muestre el dinero ni diga que se lo di, a nadie. Bueno, ahora hasta la vista. (Se levantó de la silla.) Salúdeme a Rodión Románich. A propósito: guarde el dinero por un tiempo, aunque sea en casa del señor Razumíjin. ¿Conoce al señor Razumíjin? Desde luego que lo conoce. Es un muchacho pasable. Lléveselo mañana o... cuando llegue el momento. Y hasta entonces, escóndalo bien.

Sonia también se levantó de un salto de la silla y lo miraba asustada. Tenía muchas ganas de decir algo, de preguntar algo, pero en los primeros minutos no se atrevía, y además no sabía cómo empezar.

—¿Pero cómo... cómo es que usted, señor, ahora, con esta lluvia, se va a ir?

—Bueno, prepararse para América y tenerle miedo a la lluvia, ¡je, je! ¡Adiós, palomita, Sofía Semiónovna! Viva, y viva mucho, usted les servirá a otros. A propósito... dígale al señor Razumíjin que le mando saludos. Así mismo dígaselo: Arkadi Ivánovich Svidrigáilov, como quien dice, le manda saludos. Sin falta.

Salió, dejando a Sonia asombrada, asustada y con una especie de sospecha confusa y pesada.

Resultó después que esa misma noche, pasadas las once, hizo además otra visita muy excéntrica e inesperada. La lluvia todavía no paraba. Empapado, entró a las once y veinte en la estrecha viviendita de los padres de su novia, en la isla Vasílievski, en la Tercera Línea, en la avenida Pequeña. A duras penas consiguió que le abrieran y al principio produjo una gran confusión; pero Arkadi Ivánovich, cuando quería, era un hombre de modales muy seductores, de modo que la primera conjetura (aunque, por lo demás, muy ingeniosa) de los sensatos padres de la novia, de que Arkadi Ivánovich probablemente ya se había emborrachado tanto en algún lado que ya no sabía lo que hacía, cayó enseguida por sí sola. Al padre inválido lo sacó en su sillón hasta Arkadi Ivánovich la compasiva y sensata madre de la novia y, según su costumbre, enseguida empezó con algunas preguntas lejanas. (Esa mujer nunca hacía preguntas directas, sino que siempre ponía en marcha primero sonrisas y frotamientos de manos, y después, si había que saber algo sin falta y con seguridad, por ejemplo cuándo le convendría a Arkadi Ivánovich fijar la boda, empezaba con las preguntas más curiosas y casi ávidas sobre París y sobre la vida de la corte allí, y solo después llegaba por orden hasta la Tercera Línea de la isla Vasílievski.) En otro momento todo eso, desde luego, habría inspirado mucho respeto, pero esta vez Arkadi Ivánovich resultó de algún modo especialmente impaciente y quiso ver a la novia de manera tajante, aunque ya le habían informado al principio que la novia se había acostado. Desde luego, la novia apareció. Arkadi Ivánovich le comunicó directamente que por un tiempo, por una circunstancia muy importante, debía irse de

Petersburgo, y que por eso le había traído quince mil rublos de plata, en distintos títulos, rogándole que los aceptara de él como regalo, ya que hacía tiempo que pensaba regalarle esa bagatela antes de la boda. Ninguna conexión lógica especial del regalo con la partida inmediata y con la necesidad imperiosa de venir para eso con lluvia y a medianoche quedaba demostrada, desde luego, con esas explicaciones, pero el asunto, sin embargo, salió muy bien. Hasta los necesarios ayes y exclamaciones, preguntas y asombros se volvieron de pronto extraordinariamente moderados y contenidos; en cambio, el agradecimiento se mostró del modo más ardiente y fue reforzado incluso por las lágrimas de la sensatísima madre. Arkadi Ivánovich se levantó, se rio, besó a la novia, le dio unas palmaditas en la mejilla, confirmó que volvería pronto y, notando en sus ojos una curiosidad infantil, pero al mismo tiempo también una especie de pregunta muda muy seria, pensó, la besó por segunda vez y en el acto se fastidió sinceramente en su alma de que el regalo fuera a ir de inmediato a guardarse bajo llave en manos de la más sensata de las madres. Salió, dejando a todos en un estado de excitación extraordinaria. Pero la compasiva mamá enseguida, a media voz y atropelladamente, resolvió algunas de las perplejidades más importantes, a saber: que Arkadi Ivánovich es un gran hombre, un hombre de negocios y de relaciones, un rico; Dios sabe lo que tiene en la cabeza: se le ocurrió y se fue, se le ocurrió y entregó el dinero, y por lo tanto no hay de qué asombrarse. Desde luego, es extraño que esté todo empapado, pero los ingleses, por ejemplo, son todavía más excéntricos, y además toda esa gente de alto tono no se fija en lo que se dirá de ellos y no hace ceremonias. Quizá hasta anda así a propósito, para mostrar que no le teme a nadie. Y lo principal: no decirle ni

una palabra de esto a nadie, porque Dios sabe todavía qué saldrá de esto, y el dinero, cuanto antes, bajo llave; y desde luego lo mejor de todo es que Fedosia se quedó en la cocina, y lo principal: de ningún modo, de ningún modo, de ningún modo hay que comunicarle nada a esa pícara de la Resslich, etcétera, etcétera. Estuvieron sentados cuchicheando hasta las dos. La novia, por lo demás, se fue a dormir mucho antes, asombrada y un poco triste.

Y Svidrigáilov, entretanto, exactamente a medianoche, cruzaba el puente ...kov en dirección al Lado de Petersburgo. La lluvia había cesado, pero el viento rugía. Empezaba a temblar, y por un minuto miró con una especie de curiosidad especial y hasta con una pregunta el agua negra del Pequeño Neva. Pero pronto le pareció que hacía mucho frío estar de pie sobre el agua; se volvió y se dirigió a la avenida .... Caminaba por la interminable avenida ... desde hacía ya mucho, casi media hora, tropezando más de una vez en la oscuridad sobre el empedrado de madera, pero sin dejar de buscar algo con curiosidad por el lado derecho de la avenida. Por aquí, en algún lugar, ya al final de la avenida, había notado, al pasar en coche hacía poco, un hotel de madera, pero amplio, y su nombre, hasta donde recordaba, era algo así como Adrianópolis. No se equivocó en sus cálculos: ese hotel, en semejante lugar perdido, era un punto tan visible que no había posibilidad de no encontrarlo, incluso en la oscuridad. Era un edificio largo, de madera, ennegrecido, en el que, a pesar de lo avanzado de la hora, todavía brillaban luces y se notaba cierta animación. Entró y le pidió un cuarto a un harapiento que encontró en el pasillo. El harapiento, tras echarle una mirada a Svidrigáilov, se sacudió y enseguida lo llevó a un cuarto apartado, sofocante y estrecho, en algún lado al final del pasillo, en

un rincón, debajo de la escalera. Pero no había otro; todos estaban ocupados. El harapiento lo miraba interrogativamente.

—¿Hay té? —preguntó Svidrigáilov.

—Eso se puede, señor.

—¿Qué más hay?

—Ternera, señor, vodka, señor, entremeses, señor.

—Trae ternera y té.

—¿Y no se le ofrecerá nada más? —preguntó el harapiento, incluso con cierta perplejidad.

—¡Nada, nada!

El harapiento se retiró, completamente desilusionado.

«Debe de ser un buen lugar —pensó Svidrigáilov—; cómo no lo conocía. Yo también, probablemente, tengo el aspecto de alguien que vuelve de algún café cantante, pero que ya tuvo por el camino alguna historia. Pero es curioso, sin embargo: ¿quién se aloja y pasa la noche aquí?»

Encendió una vela y examinó el cuarto con más detalle. Era un cuchitril tan pequeño que casi no le daba la altura a Svidrigáilov, de una sola ventana; una cama muy sucia, una mesa simple pintada y una silla ocupaban casi todo el espacio. Las paredes parecían hechas de tablas clavadas, con un papel gastado, tan polvoriento y desgarrado ya que su color (amarillo) todavía se podía adivinar, pero ya no se podía distinguir ningún dibujo. Una parte de la pared y del techo estaba cortada en diagonal, como suele ser en las buhardillas, pero aquí por encima de ese sesgo pasaba la escalera. Svidrigáilov dejó la vela, se sentó en la cama y se quedó pensando. Pero un cuchicheo extraño e incesante, que a veces subía

casi hasta el grito, en el cuchitril vecino, terminó por llamarle la atención. Ese cuchicheo no había cesado desde que había entrado. Escuchó: alguien insultaba y, casi con lágrimas, le reprochaba algo a otro, pero solo se oía una voz. Svidrigáilov se levantó, tapó la vela con la mano, y en la pared brilló enseguida una rendija; se acercó y se puso a mirar. En el cuarto, algo más grande que el suyo, había dos huéspedes. Uno de ellos, sin levita, con la cabeza extraordinariamente rizada y la cara roja, inflamada, estaba de pie en pose de orador, con las piernas separadas para mantener el equilibrio, y, golpeándose el pecho con la mano, le reprochaba patéticamente al otro que era un mendigo y que ni siquiera tenía rango, que él lo había sacado del barro y que cuando quisiera podía echarlo, y que todo eso lo ve solo el dedo del Altísimo. El amigo reprochado estaba sentado en una silla y tenía el aspecto de un hombre que desea extraordinariamente estornudar, pero que de ningún modo lo logra. De vez en cuando miraba al orador con una mirada turbia de carnero, pero evidentemente no tenía la menor idea de qué se hablaba, y dudosamente oía siquiera algo. Sobre la mesa se consumía una vela, había una garrafa de vodka casi vacía, copitas, pan, vasos, pepinos y vajilla con té bebido hacía mucho. Tras examinar atentamente ese cuadro, Svidrigáilov se apartó de la rendija con indiferencia y volvió a sentarse en la cama.

El harapiento, que volvió con el té y la ternera, no pudo contenerse de preguntar una vez más: «¿No hace falta algo más?», y, tras oír otra vez una respuesta negativa, se retiró definitivamente. Svidrigáilov se lanzó sobre el té para calentarse y se bebió un vaso, pero no pudo comer ni un bocado, por completa pérdida del apetito. En él, evidentemente, empezaba la fiebre. Se quitó el abrigo, la chaqueta, se envolvió en la manta y se acostó en la

cama. Estaba fastidiado: «Mejor habría sido esta vez estar sano», pensó, y sonrió. En la habitación hacía calor sofocante, la vela ardía débil, afuera rugía el viento, en algún rincón raspaba un ratón, y en toda la habitación parecía oler a ratones y a algo de cuero. Estaba acostado y como soñando despierto: un pensamiento sucedía a otro. Parecía que tenía muchas ganas de aferrarse con la imaginación a algo en especial. «Debajo de la ventana debe de haber algún jardín —pensó—; susurran los árboles; ¡cómo me disgusta el ruido de los árboles de noche, en la tormenta y en la oscuridad, qué sensación fea!». Y recordó cómo, al pasar hacía un rato junto al parque Petrovski, hasta había pensado en él con repugnancia. Entonces recordó de paso también el puente ...kov y el Pequeño Neva, y otra vez fue como si le diera frío, como hacía un rato cuando estaba de pie sobre el agua. «Nunca en mi vida me gustó el agua, ni siquiera en los paisajes —volvió a pensar, y de pronto sonrió otra vez ante un pensamiento extraño—: porque ahora, al parecer, tendría que darme todo igual respecto de toda esta estética y del confort, y precisamente ahora me volví exigente, como una fiera que elige sin falta su lugar... en un caso parecido. ¡Precisamente tendría que haber doblado hace un rato hacia el Petrovski! Seguramente me pareció oscuro, frío, ¡je, je! ¡Casi que me hicieron falta sensaciones agradables!... A propósito, ¿por qué no apago la vela? (La sopló.) Los vecinos se acostaron —pensó, al no ver luz en la rendija de antes—. Ahora sí, Marfa Petróvna, ahora tendría que dignarse venir: está oscuro, y el lugar es adecuado, y el momento original. Y precisamente ahora no vendrá...»

De pronto, por alguna razón, recordó cómo hacía un rato, una hora antes de ejecutar su designio sobre Dúniechka, le había recomendado a Raskólnikov que la confiara a la protección de Razumíjin. «En efecto,

quizá lo dije más bien para mi propia provocación, como adivinó Raskólnikov. ¡Pero qué pícaro, sin embargo, ese Raskólnikov! Cargó mucho sobre sí. Puede llegar a ser un gran pícaro con el tiempo, cuando se le pasen las tonterías, ¡pero ahora tiene demasiadas ganas de vivir! En ese punto esa gente es canalla. Bueno, al diablo con él, que haga lo que quiera, a mí qué».

Seguía sin poder dormir. Poco a poco la imagen de Dúniechka de hacía un rato empezó a surgir ante él, y de pronto un temblor le recorrió el cuerpo. «No, esto ya hay que dejarlo —pensó, volviendo en sí—, hay que pensar en otra cosa. Es extraño y ridículo: nunca tuve un gran odio a nadie, ni siquiera deseé nunca especialmente vengarme, y eso es mala señal, ¡mala señal! Tampoco me gustaba discutir ni me acaloraba: ¡también mala señal! ¡Y cuánto le prometí hace un rato! ¡Puaj, diablos! Y quizá me habría triturado de algún modo...». Volvió a callar y apretó los dientes: otra vez la imagen de Dúniechka apareció ante él exactamente como había estado cuando, después de disparar la primera vez, se había asustado terriblemente, había bajado el revólver y, mortalmente pálida, lo miraba, de modo que él habría alcanzado a agarrarla dos veces, y ella ni habría levantado la mano para defenderse, si él mismo no se lo hubiera recordado. Recordó cómo en ese instante fue como si le diera lástima de ella, como si se le oprimiera el corazón... «¡Eh! ¡Al diablo! Otra vez estos pensamientos, ¡todo esto hay que dejarlo, dejarlo!...»

Ya se iba durmiendo; el temblor febril se calmaba; de pronto fue como si algo le corriera bajo la manta por el brazo y por la pierna. Se estremeció: «¡Puaj, diablos, si casi parece un ratón! —pensó—. Es que dejé la ternera sobre la mesa...». Tenía unas ganas terribles de no destaparse, de no

levantarse, de no tener frío, pero de pronto otra vez algo le rozó desagradablemente la pierna; se arrancó la manta y encendió la vela. Temblando de frío febril, se inclinó a examinar la cama: no había nada; sacudió la manta, y de pronto saltó a la sábana un ratón. Se lanzó a atraparlo; pero el ratón no se bajaba de la cama, sino que corría en zigzag hacia todos lados, se le escurría de entre los dedos, le corría por el brazo y de pronto se escabulló bajo la almohada; tiró la almohada, pero en un instante sintió cómo algo le saltaba al pecho bajo la ropa, le rozaba el cuerpo, y ya estaba en la espalda, bajo la camisa. Se echó a temblar nerviosamente y se despertó. En la habitación estaba oscuro; estaba acostado en la cama, envuelto como antes en la manta; bajo la ventana aullaba el viento. «¡Qué asquerosidad!», pensó con fastidio.

Se levantó y se sentó en el borde de la cama, de espaldas a la ventana. «Mejor no dormir en absoluto», resolvió. De la ventana, por lo demás, llegaba frío y humedad; sin levantarse, se echó encima la manta y se envolvió en ella. No encendió la vela. No pensaba en nada, ni quería pensar; pero los sueños se alzaban uno tras otro, pasaban fragmentos de pensamientos, sin principio ni fin y sin conexión. Era como si cayera en un duermevela. El frío, la oscuridad, la humedad o el viento que aullaba bajo la ventana y sacudía los árboles despertaron en él una especie de inclinación y deseo fantásticos y obstinados, pero empezaron a presentársele todo el tiempo flores. Se imaginó un paisaje encantador; un día claro, tibio, casi caluroso, un día de fiesta, el día de la Trinidad. Una rica y lujosa casa de campo, al gusto inglés, toda cubierta de fragantes macizos de flores, rodeada de canteros que daban la vuelta a toda la casa; una escalinata cubierta de enredaderas, llena de canteros de rosas; una escalera

clara y fresca, alfombrada con una alfombra lujosa, adornada con flores raras en jarrones chinos. Notó especialmente, en jarrones con agua, en las ventanas, ramos de narcisos blancos y delicados que se inclinaban sobre sus tallos de un verde vivo, gruesos y largos, con un fuerte perfume aromático. Ni siquiera tenía ganas de apartarse de ellos, pero subió la escalera y entró en una sala grande y alta, y otra vez también aquí, por todas partes, junto a las ventanas, cerca de las puertas abiertas a la terraza, en la terraza misma, por todas partes había flores. Los pisos estaban cubiertos de hierba fresca recién cortada y fragante, las ventanas estaban abiertas, un aire puro, liviano, fresco penetraba en la habitación, los pajaritos piaban bajo las ventanas, y en medio de la sala, sobre mesas cubiertas con paños de raso blanco, había un ataúd. Ese ataúd estaba forrado de gros de Nápoles blanco y bordeado con un espeso volante blanco. Guirnaldas de flores lo rodeaban por todos lados. Toda entre flores yacía en él una niña, con un vestido de tul blanco, con las manos cruzadas y apretadas sobre el pecho, como talladas en mármol. Pero su pelo suelto, un pelo de rubia clara, estaba mojado; una corona de rosas le rodeaba la cabeza. El perfil severo y ya rígido de su cara estaba también como tallado en mármol, pero la sonrisa en sus labios pálidos estaba llena de una especie de pena ilimitada, nada infantil, y de una gran queja. Svidrigáilov conocía a esa niña; no había imagen santa ni velas encendidas junto a ese ataúd, y no se oían oraciones. Esa niña era una suicida, una ahogada. Tenía solo catorce años, pero ya era un corazón destrozado, y se había perdido a sí mismo, ultrajado por una ofensa que había horrorizado y asombrado esa conciencia joven, infantil, que había inundado de una vergüenza inmerecida su alma angélicamente pura y le había arrancado el último grito de desesperación, no escuchado,

sino insolentemente profanado en una noche oscura, en las tinieblas, en el frío, en el deshielo húmedo, cuando aullaba el viento...

Svidrigáilov volvió en sí, se levantó de la cama y dio un paso hacia la ventana. A tientas encontró el pestillo y abrió la ventana. El viento irrumpió con furia en su estrecho cuchitril y fue como si le cubriera de escarcha helada la cara y el pecho, cubierto solo por la camisa. Bajo la ventana, debía de haber en efecto algo así como un jardín, y al parecer también de recreo; probablemente de día también cantaban aquí cantores y se sacaba té a las mesitas. Ahora, en cambio, de los árboles y los arbustos volaban salpicaduras a la ventana; estaba oscuro como en un sótano, de modo que apenas, apenas se podían distinguir unas manchas oscuras que indicaban objetos. Svidrigáilov, inclinado y apoyando los codos en el alféizar, llevaba ya unos cinco minutos mirando sin apartarse esa niebla. En medio de las tinieblas y de la noche sonó un cañonazo, y tras él otro.

«¡Ah, la señal! El agua sube —pensó—; hacia la mañana se desbordará, donde el terreno es más bajo, a las calles, inundará los sótanos y las bodegas, flotarán las ratas de los sótanos, y en medio de la lluvia y el viento la gente empezará, insultando, mojada, a arrastrar sus trastos a los pisos de arriba... ¿Y qué hora será ahora?». Y apenas pensó eso, en algún lado cerca, haciendo tictac y como apresurándose con todas sus fuerzas, un reloj de pared dio las tres. «¡Eh, si dentro de una hora ya empezará a clarear! ¿Para qué esperar? Saldré ahora mismo, iré derecho al Petrovski: allí, en algún lado, elegiré un arbusto grande, todo empapado por la lluvia, de modo que con solo rozarlo con el hombro millones de salpicaduras me bañen toda la cabeza...» Se apartó de la ventana, la cerró, encendió la vela, se puso el chaleco, el abrigo, el sombrero y salió con la vela al pasillo, para buscar en

algún lado al harapiento, que dormía en un cuartucho entre toda clase de trastos y cabos de vela, pagarle el cuarto y salir del hotel. «¡El mejor momento, no se podría elegir otro mejor!»

Anduvo largo rato por todo el pasillo largo y estrecho, sin encontrar a nadie, y ya quería llamar en voz alta, cuando de pronto, en un rincón oscuro, entre un armario viejo y una puerta, distinguió un objeto extraño, algo como vivo. Se inclinó con la vela y vio a una criatura: una niña de unos cinco años, no más, con un vestidito empapado como un trapo de fregar, que temblaba y lloraba. No pareció asustarse de Svidrigáilov, sino que lo miraba con un asombro embotado con sus grandes ojazos negros y de vez en cuando sollozaba, como los niños que han llorado mucho, pero ya dejaron e incluso se consolaron, y sin embargo, de cuando en cuando, de pronto vuelven a sollozar. La carita de la niña era pálida y extenuada; estaba entumecida de frío, pero «¿cómo llegó hasta aquí? Entonces se escondió aquí y no durmió en toda la noche». Se puso a hacerle preguntas. La niña de pronto se animó y rápida, rápidamente le balbuceó algo en su lenguaje infantil. Había algo de «mamita» y de que «mamita me va a pedar», de una taza que había «lompido» (roto). La niña hablaba sin callar; a duras penas se podía adivinar de todos esos relatos que era una criatura no querida, a la que su madre, alguna cocinera siempre borracha, probablemente de ese mismo hotel, había molido a golpes y aterrorizado; que la niña había roto la taza de su mamá y se había asustado tanto que se había escapado ya desde la tarde; probablemente se había escondido largo rato en algún lado en el patio, bajo la lluvia, y por fin se había colado aquí, se había escondido detrás del armario y se había quedado aquí en el rincón toda la noche, llorando, temblando de humedad, de oscuridad y de miedo

de que ahora le pegaran fuerte por todo eso. La tomó en brazos, la llevó a su cuarto, la sentó en la cama y empezó a desvestirla. Sus zapatitos agujereados, sobre los pies descalzos, estaban tan mojados como si hubieran estado toda la noche en un charco. Después de desvestirla, la acostó en la cama, la tapó y la envolvió por completo, con la cabeza, en la manta. Se durmió enseguida. Terminado todo, volvió a quedarse sombríamente pensativo.

«¡Mira en qué se me ocurrió meterme! —decidió de pronto con un sentimiento pesado y rabioso—. ¡Qué disparate!». Fastidiado, tomó la vela para ir a buscar a toda costa al harapiento e irse de aquí cuanto antes. «¡Eh, chiquilla!», pensó con una maldición, ya abriendo la puerta, pero volvió una vez más a mirar a la niña, si dormía y cómo dormía. Levantó con cuidado la manta. La niña dormía con un sueño profundo y feliz. Se había calentado bajo la manta, y el color ya se le había extendido por las mejillitas pálidas. Pero cosa extraña: ese color se marcaba como más vivo y más intenso de lo que podía ser el rubor infantil habitual. «Es un rubor de fiebre», pensó Svidrigáilov; es como un rubor de vino, como si le hubieran dado a beber un vaso entero. Los labiecitos encarnados arden, echan fuego; ¿pero qué es esto? De pronto le pareció que sus largas pestañas negras tiemblan y parpadean, como si se levantaran, y de debajo de ellas asoma un ojito pícaro, agudo, que guiña de un modo nada infantil, como si la niña no durmiera y fingiera. Sí, así es: sus labiecitos se abren en una sonrisa; las comisuras de los labiecitos tiemblan, como si todavía se contuvieran. Pero ya dejó por completo de contenerse; ya es risa, risa evidente; algo insolente, provocador brilla en esa cara para nada infantil; es el vicio, es la cara de una camelia, la cara insolente de una camelia venal de las francesas. Ya, sin

ocultarse en absoluto, se abren los dos ojos: lo envuelven con una mirada ardiente y desvergonzada, lo llaman, se ríen... Había algo infinitamente monstruoso y ultrajante en esa risa, en esos ojos, en toda esa abominación en la cara de una criatura. «¡Cómo! ¡De cinco años!... —susurró con verdadero horror Svidrigáilov—. Esto... ¿qué es esto?». Pero ya se vuelve hacia él con toda la carita encendida, tiende los brazos... «¡Ah, maldita!», exclamó con horror Svidrigáilov, levantando la mano sobre ella... Pero en ese mismo momento se despertó.

Está en la misma cama, envuelto igual en la manta; la vela no está encendida, y en las ventanas ya blanquea el pleno día.

«¡Una pesadilla toda la noche!» Se incorporó con rabia, sintiéndose todo molido; le dolían los huesos. Afuera hay una niebla completamente espesa y no se puede distinguir nada. Van a dar las cinco; ¡se quedó dormido! Se levantó y se puso la chaqueta y el abrigo, todavía húmedos. Palpando el revólver en el bolsillo, lo sacó y acomodó la cápsula; después se sentó, sacó del bolsillo una libreta y en la primera hoja, la más visible, escribió en letra grande algunos renglones. Al releerlos, se quedó pensando, con el codo apoyado en la mesa. El revólver y la libreta estaban allí mismo, junto al codo. Las moscas recién despertadas se pegaban a la porción intacta de ternera que estaba allí mismo sobre la mesa. Las miró largo rato y por fin, con la mano derecha libre, empezó a cazar una mosca. Se agotó largo rato en esfuerzos, pero de ningún modo podía atraparla. Por fin, sorprendiéndose en esa interesante ocupación, volvió en sí, se estremeció, se levantó y salió decidido de la habitación. Al cabo de un minuto estaba en la calle.

Una niebla espesa, lechosa, cubría la ciudad. Svidrigáilov caminó por el

empedrado de madera, resbaladizo y sucio, en dirección al Pequeño Neva. Se le aparecían el agua del Pequeño Neva, crecida durante la noche, la isla Petrovski, los senderos mojados, la hierba mojada, los árboles y los arbustos mojados y, por último, aquel mismo arbusto... Con fastidio se puso a examinar las casas, para pensar en otra cosa. No se cruzaba por la avenida ni un transeúnte ni un cochero. Las casitas de madera, de un amarillo vivo, con los postigos cerrados, tenían un aspecto triste y sucio. El frío y la humedad le calaban todo el cuerpo, y empezaron a darle escalofríos. De vez en cuando topaba con letreros de tiendas y verdulerías y leía cada uno con esmero. Ya terminó el empedrado de madera. Ya llegó a la altura de una gran casa de piedra. Un perrito sucio, aterido, con la cola entre las patas, le cruzó el camino. Un borracho perdido, de capote, boca abajo, yacía atravesado en la acera. Lo miró y siguió adelante. Una alta torre de vigía le apareció a la izquierda. «¡Bah! —pensó—, ¡aquí está el lugar!, ¿para qué ir al Petrovski? Por lo menos, ante un testigo oficial...». Casi sonrió ante este nuevo pensamiento y dobló por la calle ...skaia. Allí estaba la casa grande con la torre de vigía. Junto al gran portón cerrado de la casa estaba de pie, apoyado en él con el hombro, un hombrecito pequeño, envuelto en un capote gris de soldado y con un casco de cobre a lo Aquiles. Con mirada adormilada, de reojo, miró fríamente a Svidrigáilov, que se acercaba. En su cara se veía esa pena gruñona y secular que se ha impreso tan agriamente en todas las caras sin excepción de la raza judía. Los dos, Svidrigáilov y Aquiles, se examinaron un rato en silencio el uno al otro. A Aquiles le pareció por fin fuera de lo reglamentario que un hombre que no estaba borracho estuviera de pie frente a él a tres pasos, lo mirara fijamente y no dijera nada.

—¿Y-ze, qué-ze se le o-o-frece aquí-ze? —pronunció, todavía sin moverse ni cambiar de posición.

—Nada, hermano, ¡buenos días! —respondió Svidrigáilov.

—Aquí no es lugar.

—Yo, hermano, me voy a tierras extranjeras.

—¿A tierras extranjeras?

—A América.

—¿A América?

Svidrigáilov sacó el revólver y amartilló el gatillo. Aquiles levantó las cejas.

—¡Y-ze, qué-ze, esas bomas (bromas) aquí no es lugar!

—¿Y por qué no habría de ser lugar?

—Porque-ze no es lugar.

—Bueno, hermano, da lo mismo. El lugar es bueno; si te preguntan, responde que se fue, como quien dice, a América.

Se apoyó el revólver en la sien derecha.

—¡Y-ze, aquí no se puede, aquí no es lugar! —se sobresaltó Aquiles, dilatando cada vez más las pupilas.

Svidrigáilov apretó el gatillo.

Notas

1. Del inglés *Vauxhall*, jardín de recreo de Londres: así se llamaban los pabellones de los jardines públicos rusos.

2. La Vladímirka, el camino por el que los condenados marchaban a Siberia.

Sexta parte. Capítulo VII

Ese mismo día, pero ya de tarde, pasadas las seis, Raskólnikov se acercaba a la vivienda de su madre y de su hermana, a aquella misma vivienda de la casa de Bakaléiev donde las había instalado Razumíjin. La entrada a la escalera era desde la calle. Raskólnikov se acercaba todavía conteniendo el paso y como vacilando: ¿entrar o no? Pero no habría vuelto atrás por nada del mundo; su decisión estaba tomada. «Además, da lo mismo, ellas todavía no saben nada —pensaba—, y ya se acostumbraron a tenerme por un excéntrico...». Su ropa era horrible: todo sucio, después de haber estado toda la noche bajo la lluvia, roto, raído. Su cara estaba casi desfigurada por el cansancio, la intemperie, el agotamiento físico y una lucha de casi un día entero consigo mismo. Toda esa noche la había pasado solo, Dios sabe dónde. Pero, por lo menos, se había decidido.

Golpeó a la puerta; le abrió su madre. Dúniechka no estaba en casa. Ni siquiera la criada estaba en ese momento. Pulqueria Aleksándrovna al principio se quedó muda de asombro alegre; después lo agarró de la mano y lo arrastró a la habitación.

—¡Por fin estás aquí! —empezó, trabándose de alegría—. No te enojes conmigo, Rodia, porque te recibo tan tontamente, con lágrimas: me estoy

riendo, no llorando. ¿Crees que lloro? No, es que me alegro, pero tengo esta costumbre tonta: se me caen las lágrimas. Me pasa desde la muerte de tu padre, lloro por todo. Siéntate, querido, debes de estar cansado, lo veo. Ay, cómo te ensuciaste.

—Ayer estuve bajo la lluvia, mamá... —empezó Raskólnikov.

—¡Pero no, no! —se sobresaltó Pulqueria Aleksándrovna, interrumpiéndolo—. Pensaste que enseguida me pondría a interrogarte, según mi antigua costumbre de mujer; no te preocupes. Yo comprendo, lo comprendo todo; ahora ya aprendí cómo son las cosas aquí y, de verdad, yo misma veo que aquí es más sensato. Lo decidí de una vez para siempre: ¿cómo voy a entender yo tus razonamientos y pedirte cuentas? Quizá tengas Dios sabe qué asuntos y planes en la cabeza, o te nazcan allí algunas ideas; ¿y voy a empujarte del brazo: en qué piensas, a ver? Yo... ¡Ay, Señor! Pero qué hago yo dando vueltas de aquí para allá como una loca... Yo, Rodia, estoy leyendo ya por tercera vez tu artículo en la revista, me lo trajo Dmitri Prokófich. Y me quedé boquiabierta cuando lo vi: qué tonta, pienso para mí, a esto se dedica, ¡esta es la explicación de las cosas! Quizá tenga ideas nuevas en la cabeza, en este momento; las está pensando, y yo lo atormento y lo turbo. Lo leo, querido mío, y desde luego no entiendo mucho; pero, por lo demás, así tiene que ser: ¿cómo voy a entender yo?

—Muéstremelo, mamá.

Raskólnikov tomó el periodiquito y echó una mirada rápida a su artículo. Por mucho que eso contradijera su situación y su estado, sintió ese sentimiento extraño y corrosivamente dulce que experimenta el autor que se ve impreso por primera vez; además, también se hicieron sentir los veintitrés años. Duró un instante. Después de leer algunas líneas, frunció el

ceño, y una angustia terrible le oprimió el corazón. Toda su lucha interior de los últimos meses le volvió a la memoria de golpe. Con repugnancia y fastidio tiró el artículo sobre la mesa.

—Pero, Rodia, por tonta que sea, de todos modos puedo juzgar que muy pronto serás uno de los primeros hombres, si no el primero, de nuestro mundo científico. Y se atrevieron a pensar que te habías vuelto loco. ¡Ja, ja, ja! ¿No sabes? ¡Si lo pensaban! Ah, gusanos viles, ¿cómo van a entender qué es la inteligencia? Y Dúniechka también casi lo creyó, ¿qué te parece? Tu difunto padre mandó dos veces cosas a las revistas: primero versos (todavía guardo el cuaderno, alguna vez te lo mostraré), y después ya toda una novela (yo misma le rogué que me la dejara copiar), y cómo rezábamos los dos para que la aceptaran: ¡no la aceptaron! Yo, Rodia, hace unos seis o siete días me desesperaba al ver tu ropa, cómo vives, qué comes y con qué andas. Y ahora veo que otra vez fui tonta, porque si quieres, ahora lo conseguirás todo de golpe, con tu inteligencia y tu talento. Es que por ahora, entonces, no quieres, y te ocupas de cosas mucho más importantes...

—¿Dunia no está en casa, mamá?

—No, Rodia. Muy a menudo no la veo en casa, me deja sola. Dmitri Prokófich, gracias a él, viene a hacerme compañía y siempre habla de ti. Te quiere y te respeta, querido mío. De tu hermana no digo que me falte tanto el respeto. Si no me quejo. Ella tiene su carácter, yo tengo el mío; a ella le han salido unos secretos; bueno, yo no tengo ningún secreto para ustedes. Desde luego, estoy firmemente convencida de que Dunia es demasiado inteligente y, además, nos quiere a mí y a ti... pero ya no sé adónde llevará todo esto. Ahora me hiciste feliz, Rodia, con venir, y ella justo se lo perdió;

cuando venga le diré: sin ti vino tu hermano, ¿y dónde te dignaste pasar el tiempo? A mí, Rodia, no me mimes demasiado: si puedes, ven; si no puedes, qué se le va a hacer, esperaré igual. Porque de todos modos sabré que me quieres, y con eso me basta. Leeré tus escritos, oiré hablar de ti a todos, y de vez en cuando tú mismo vendrás a visitarme, ¿qué más quiero? Porque ahora viniste para consolar a tu madre, lo veo...

En ese momento Pulqueria Aleksándrovna se echó de pronto a llorar.

—¡Otra vez yo! ¡No me mires, tonta de mí! Ay, Señor, pero qué hago aquí sentada —exclamó, levantándose de un salto—, si hay café, ¡y no te convido! Eso es lo que es el egoísmo de una vieja. ¡Enseguida, enseguida!

—Mamá, déjelo, me voy enseguida. No vine para eso. Por favor, escúcheme.

Pulqueria Aleksándrovna se le acercó con timidez.

—Mamá, pase lo que pase, oiga lo que oiga de mí, le digan lo que le digan de mí, ¿me querrá como ahora? —preguntó él de pronto, desde la plenitud del corazón, como sin pensar en sus palabras y sin sopesarlas.

—Rodia, Rodia, ¿qué te pasa? ¿Pero cómo puedes preguntar eso? ¿Y quién me va a decir algo de ti? Además, no le creeré a nadie, venga quien venga, simplemente lo echaré.

—Vine a asegurarle que siempre la quise, y ahora me alegro de que estemos solos, me alegro incluso de que Dúniechka no esté —prosiguió él con el mismo impulso—; vine a decirle directamente que, aunque usted vaya a ser desdichada, de todos modos sepa que su hijo la quiere ahora más que a sí mismo y que todo lo que usted pensó de mí, que soy cruel y no la quiero, todo eso era mentira. Nunca dejaré de quererla... Bueno, y basta; me pareció que había que hacerlo así y empezar por esto...

Pulqueria Aleksándrovna lo abrazaba en silencio, lo apretaba contra su pecho y lloraba en voz baja.

—No sé qué te pasa, Rodia —dijo por fin—. Pensé todo este tiempo que simplemente te aburríamos, y ahora veo por todo que se te prepara una gran pena, por eso estás angustiado. Hace mucho que lo presiento, Rodia. Perdóname por hablar de esto; no hago más que pensar en ello y no duermo por las noches. Esta noche tu hermana también se la pasó entera delirando y no hacía más que mencionarte. Oí algo, pero no entendí nada. Toda la mañana anduve como antes de una ejecución, esperaba algo, lo presentía, ¡y llegó! Rodia, Rodia, ¿adónde vas? ¿Te vas de viaje a alguna parte?

—Me voy.

—¡Lo pensaba! Pero yo también puedo ir contigo, si hace falta. Y Dunia; ella te quiere, te quiere mucho, y Sofía Semiónovna, si quieres, que venga con nosotros, si hace falta; ya ves, hasta la tomaría con gusto como hija. Dmitri Prokófich nos ayudará a prepararnos juntos... pero... ¿adónde... te vas?

—Adiós, mamá.

—¡Cómo! ¡Hoy mismo! —gritó ella, como si lo perdiera para siempre.

—No puedo, tengo que irme, me hace mucha falta...

—¿Y yo no puedo ir contigo?

—No, pero usted póngase de rodillas y rece a Dios por mí. Su oración quizá llegue.

—¡Déjame persignarte, bendecirte! Así, así. ¡Oh, Dios, qué estamos haciendo!

Sí, se alegraba, se alegraba mucho de que no hubiera nadie, de que

estuvieran a solas con su madre. Era como si de golpe se le ablandara el corazón por todo ese tiempo terrible. Cayó ante ella, le besaba los pies, y los dos, abrazados, lloraban. Y ella esta vez no se asombraba ni hacía preguntas. Hacía mucho que comprendía que a su hijo le pasaba algo terrible, y ahora había llegado un momento espantoso para él.

—Rodia, querido mío, mi primogénito —decía ella, sollozando—, ahora eres igual que cuando eras pequeño, así venías a mí, así me abrazabas y me besabas; todavía cuando vivíamos con tu padre y pasábamos penurias, nos consolabas solo con estar con nosotros, y cuando enterré a tu padre, ¡cuántas veces lloramos abrazados tú y yo, así como ahora, sobre su tumbita! Y si hace mucho que lloro, es que el corazón de madre presintió la desgracia. En cuanto te vi por primera vez aquella vez, por la tarde, recuerdas, cuando acabábamos de llegar aquí, lo adiviné todo solo por tu mirada, así me tembló entonces el corazón, y hoy, cuando te abrí, te miré, bueno, pienso, por lo visto llegó la hora fatal. Rodia, Rodia, ¿no te vas ahora mismo?

—No.

—¿Vendrás otra vez?

—Sí... vendré.

—Rodia, no te enojes, no me atrevo ni a preguntarte. Sé que no me atrevo, pero así, dime solo dos palabritas: ¿te vas lejos?

—Muy lejos.

—¿Y qué hay allí, algún empleo, una carrera para ti, o qué?

—Lo que Dios mande... solo rece por mí...

Raskólnikov fue hacia la puerta, pero ella se aferró a él y lo miraba a los ojos con una mirada desesperada. Su cara se deformó de horror.

—Basta, mamá —dijo Raskólnikov, arrepintiéndose profundamente de haber decidido venir.

—¿No es para siempre? ¿Todavía no es para siempre? ¿Vendrás, vendrás mañana?

—Vendré, vendré, adiós.

Por fin se soltó.

La tarde era fresca, tibia y clara; el tiempo había mejorado desde la mañana. Raskólnikov iba a su vivienda; se apresuraba. Quería terminarlo todo antes de la puesta del sol. Y hasta entonces no habría querido encontrarse con nadie. Al subir a su vivienda, notó que Nastasia, apartándose del samovar, lo seguía atentamente y lo acompañaba con los ojos. «¿No habrá alguien en mi cuarto?», pensó. Con repugnancia se le apareció Porfiri. Pero, al llegar a su habitación y abrirla, vio a Dúniechka. Estaba sentada completamente sola, en una profunda meditación, y al parecer lo esperaba desde hacía mucho. Él se detuvo en el umbral. Ella se incorporó del sofá asustada y se irguió ante él. Su mirada, clavada inmóvil en él, expresaba horror y una pena insaciable. Y solo por esa mirada él comprendió de golpe que ella lo sabía todo.

—¿Qué, entro o me voy? —preguntó él con desconfianza.

—Pasé todo el día en casa de Sofía Semiónovna; te esperábamos las dos. Pensábamos que sin falta irías allí.

Raskólnikov entró en la habitación y se sentó agotado en una silla.

—Estoy como débil, Dunia; estoy muy cansado; y quisiera, al menos en este momento, dominarme por completo.

Levantó hacia ella los ojos con desconfianza.

—¿Pero dónde estuviste toda la noche?

—No lo recuerdo bien; mira, hermana, quería decidirme definitivamente y anduve muchas veces cerca del Neva; eso lo recuerdo. Quería terminar allí, pero... no me decidí... —susurró, otra vez mirando a Dunia con desconfianza.

—¡Gracias a Dios! ¡Y cómo temíamos precisamente eso, Sofía Semiónovna y yo! Entonces todavía crees en la vida: ¡gracias a Dios, gracias a Dios!

Raskólnikov sonrió con amargura.

—No creía, y hace un rato lloramos abrazados con mi madre; no creo, y le pedí que rezara por mí. Dios sabe cómo se hace esto, Dúniechka, y yo no entiendo nada de esto.

—¿Estuviste en casa de mamá? ¿Y se lo dijiste? —exclamó Dunia con horror—. ¿Será posible que te hayas decidido a decírselo?

—No, no se lo dije... con palabras; pero ella entendió mucho. Te oyó delirar por la noche. Estoy seguro de que ya entiende la mitad. Quizá hice mal en ir. Ya ni sé para qué fui. Soy un hombre vil, Dunia.

—¡Un hombre vil, y estás dispuesto a ir al sufrimiento! Porque vas, ¿no?

—Voy. Ahora mismo. Sí, para evitar esta vergüenza quería ahogarme, Dunia, pero pensé, ya de pie sobre el agua, que si hasta ahora me consideraba fuerte, entonces que tampoco tema ahora la vergüenza —dijo él, adelantándose—. ¿Es orgullo, Dunia?

—Es orgullo, Rodia.

Fue como si brillara un fuego en sus ojos apagados; era como si le resultara agradable que todavía fuera orgulloso.

—¿Y no crees, hermana, que simplemente le tuve miedo al agua?

—preguntó él con una sonrisa deforme, mirándole la cara.

—¡Oh, Rodia, basta! —exclamó Dunia con amargura.

Durante unos dos minutos duró el silencio. Él estaba sentado con la cabeza gacha y miraba al suelo; Dúniechka estaba de pie en el otro extremo de la mesa y lo miraba con tormento. De pronto él se levantó:

—Es tarde, es hora. Voy ahora mismo a entregarme. Pero no sé para qué voy a entregarme.

Grandes lágrimas le corrían por las mejillas a ella.

—Lloras, hermana, ¿pero puedes tenderme la mano?

—¿Y tú lo dudabas?

Ella lo abrazó con fuerza.

—¿Acaso tú, al ir al sufrimiento, no lavas ya a medias tu crimen? —exclamó, apretándolo entre sus brazos y besándolo.

—¿Crimen? ¿Qué crimen? —gritó él de pronto, con una especie de furia repentina—. ¿Que maté un piojo asqueroso y dañino, una viejecilla usurera que no le servía a nadie, por cuya muerte se perdonan cuarenta pecados, que chupaba la savia de los pobres, eso es un crimen? No pienso en él ni pienso lavarlo. ¿Y por qué todos me lo echan en cara por todos lados: «¡crimen, crimen!»? ¡Solo ahora veo claramente todo lo absurdo de mi pusilanimidad, ahora, cuando ya me decidí a ir a esta vergüenza inútil! Me decido simplemente por mi bajeza y mi falta de talento, y si acaso también por conveniencia, como me proponía ese... ¡Porfiri!...

—¡Hermano, hermano, qué estás diciendo! ¡Pero si derramaste sangre! —gritó Dunia con desesperación.

—La que todos derraman —recogió él casi en un frenesí—, la que corre y siempre corrió en el mundo como una cascada, la que se derrama

como champaña y por la que se corona en el Capitolio y después se llama al que la derramó benefactor de la humanidad. ¡Pero mira solo con más atención y distingue! Yo mismo quería el bien de la gente y habría hecho cientos, miles de buenas obras en lugar de esta sola estupidez, ni siquiera estupidez, sino simplemente torpeza, ya que toda esa idea no era para nada tan estúpida como parece ahora, con el fracaso... (¡Con el fracaso todo parece estúpido!) Con esta estupidez solo quería ponerme en una posición independiente, dar el primer paso, conseguir los medios, y después todo se habría borrado con un beneficio inconmensurable, en comparación... Pero yo, yo no aguanté ni el primer paso, ¡porque soy un canalla! ¡En eso está todo el asunto! Y sin embargo no voy a mirar con la mirada de ustedes: si me hubiera salido bien, me habrían coronado, ¡y ahora, a la trampa!

—¡Pero no es eso, no es eso en absoluto! ¡Hermano, qué estás diciendo!

—¡Ah! ¡No es la forma, no es una forma estéticamente buena! Pues decididamente no entiendo: ¿por qué bombardear a la gente con bombas, en un sitio en regla, es una forma más respetable? ¡El miedo a la estética es el primer signo de la impotencia!... Nunca, nunca tomé conciencia de esto con más claridad que ahora, y más que nunca no entiendo mi crimen. ¡Nunca, nunca fui más fuerte ni estuve más convencido que ahora!...

El color hasta le subió a la cara pálida y extenuada. Pero, al pronunciar la última exclamación, su mirada se encontró por casualidad con los ojos de Dunia, y tanto, tanto tormento por él encontró en esa mirada, que sin querer volvió en sí. Sintió que de todos modos había hecho desdichadas a estas dos pobres mujeres. De todos modos, el culpable era él...

—¡Dunia, querida! Si soy culpable, perdóname (aunque a mí no se me puede perdonar, si soy culpable). ¡Adiós! ¡No discutamos! Es hora, ya es

hora. No me sigas, te lo suplico, todavía tengo que pasar por... Y ahora ve y siéntate enseguida al lado de mamá. ¡Te lo suplico! Es mi último, mi más grande pedido. No te apartes de ella en todo el tiempo; la dejé con una inquietud que dudo que soporte: o morirá, o se volverá loca. ¡Quédate con ella! Razumíjin estará con ustedes; se lo dije... No llores por mí: procuraré ser valiente y honrado, toda la vida, aunque sea un asesino. Quizá algún día oigas mi nombre. No las deshonraré, ya verás; todavía demostraré... ahora, por el momento, hasta la vista —se apresuró a concluir, al notar otra vez una expresión extraña en los ojos de Dunia ante sus últimas palabras y promesas—. ¿Por qué lloras así? No llores, no llores; ¡si no nos separamos del todo!... ¡Ah, sí! ¡Espera, me olvidaba!...

Se acercó a la mesa, tomó un libro grueso, cubierto de polvo, lo abrió y sacó un pequeño retrato que estaba entre las hojas, una acuarela sobre marfil. Era el retrato de la hija de la casera, su antigua novia, muerta de fiebre, aquella muchacha extraña que quería entrar en un monasterio. Durante un minuto miró atentamente esa carita expresiva y enfermiza, besó el retrato y se lo dio a Dúniechka.

—Con ella hablé mucho también de esto, solo con ella —pronunció pensativo—; a su corazón le comuniqué mucho de lo que después se cumplió de un modo tan monstruoso. No te preocupes —se dirigió a Dunia—, ella no estaba de acuerdo, igual que tú, y me alegro de que ya no exista. Lo principal, lo principal es que todo ahora irá de un modo nuevo, se partirá en dos —exclamó de pronto, volviendo otra vez a su angustia—, todo, todo, ¿pero estoy preparado para eso? ¿Lo quiero yo mismo? ¡Dicen que hace falta para mi prueba! ¿Para qué, para qué todas estas pruebas absurdas? ¿Para qué? ¿Tendré más conciencia entonces, aplastado por los

tormentos, por la idiotez, en una impotencia senil después de veinte años de presidio, que la que tengo ahora, y para qué viviré entonces? ¿Por qué acepto ahora vivir así? ¡Oh, supe que era un canalla cuando hoy, al amanecer, estaba de pie sobre el Neva!

Por fin salieron los dos. ¡Le costaba a Dunia, pero lo amaba! Se fue, pero, tras alejarse unos cincuenta pasos, se volvió una vez más para mirarlo. Todavía se lo veía. Pero, al llegar a la esquina, se volvió también él; por última vez se encontraron sus miradas; pero, al notar que ella lo miraba, él hizo un gesto impaciente y hasta fastidiado con la mano para que siguiera, y él mismo dobló bruscamente la esquina.

«Soy malo, ya lo veo —pensaba para sí, avergonzado al cabo de un minuto de su gesto fastidiado con la mano a Dunia—. ¡Pero por qué me quieren tanto ellas, si no lo merezco! ¡Oh, si estuviera solo y nadie me quisiera, y yo mismo nunca hubiera querido a nadie! ¡No habría pasado todo esto! Pero es curioso: ¿será posible que en estos quince o veinte años futuros mi alma se humille tanto que con veneración lloriquee ante la gente, llamándome bandido a cada palabra? ¡Sí, precisamente, precisamente! Para eso me destierran ahora, eso es lo que necesitan... Ahí andan todos por la calle de aquí para allá, y cada uno de ellos es ya un canalla y un bandido por naturaleza; peor todavía: ¡un idiota! ¡Pero prueben a librarme del destierro, y todos se pondrán rabiosos de noble indignación! ¡Oh, cómo los odio a todos!»

Se quedó pensando profundamente en esto: «¿Por qué proceso puede suceder que él termine humillándose ante todos ellos ya sin razonar, humillándose por convicción? ¿Y por qué no? Desde luego, así tiene que ser. ¿Acaso veinte años de opresión incesante no terminarán de rematarlo?

La gota horada la piedra. ¡¿Y para qué, para qué vivir después de esto, para qué voy ahora, cuando yo mismo sé que todo será precisamente así, como en un libro, y no de otro modo?!»

Quizá ya por centésima vez se hacía esa pregunta desde la tarde anterior, pero de todos modos seguía caminando.

Sexta parte. Capítulo VIII

Cuando entró en casa de Sonia, ya empezaba el crepúsculo. Todo el día Sonia lo había esperado con una agitación terrible. Lo habían esperado juntas con Dunia. Esta había venido a verla ya desde la mañana, al recordar las palabras de Svidrigáilov de la víspera, de que Sonia «sabe de esto». No vamos a transmitir los detalles de la conversación y de las lágrimas de las dos mujeres, ni hasta qué punto se unieron entre sí. Dunia, por lo menos, sacó de ese encuentro un consuelo: que su hermano no estaría solo; a ella, a Sonia, había ido primero con su confesión; en ella había buscado un ser humano cuando le hizo falta un ser humano; ella también lo seguiría adonde lo mandara el destino. Dunia ni siquiera lo preguntó, pero sabía que así sería. Miraba a Sonia incluso con una especie de veneración y al principio casi la turbaba con ese sentimiento de veneración con que la trataba. Sonia estuvo a punto incluso de echarse a llorar: ella, al contrario, se consideraba indigna hasta de mirar a Dunia. La hermosa imagen de Dunia, cuando esta se había despedido de ella con tanta atención y respeto en su primer encuentro en casa de Raskólnikov, había quedado desde entonces para siempre en su alma como una de las visiones más hermosas e inalcanzables de su vida.

Dúniechka por fin no aguantó más y dejó a Sonia para esperar a su hermano en su vivienda; todo el tiempo le parecía que él iría allí primero. Al quedarse sola, Sonia enseguida empezó a atormentarse de miedo ante la idea de que quizá de verdad él se suicidara. Lo mismo temía Dunia. Pero las dos, durante todo el día, se habían disuadido una a otra a porfía, con todos los argumentos, de que eso no podía ser, y habían estado más tranquilas mientras estuvieron juntas. Ahora, en cambio, apenas se separaron, una y otra empezaron a pensar solo en eso. Sonia recordaba cómo el día anterior Svidrigáilov le había dicho que Raskólnikov tenía dos caminos: la Vladímirka o... Conocía además su vanidad, su arrogancia, su amor propio y su incredulidad. «¿Será posible que solo la pusilanimidad y el miedo a la muerte puedan obligarlo a vivir?», pensó por fin con desesperación. El sol, entretanto, ya se ponía. Estaba de pie, triste, ante la ventana y miraba fijamente por ella; pero por esa ventana solo se veía la pared maestra sin blanquear de la casa vecina. Por fin, cuando ya había llegado al pleno convencimiento de la muerte del desdichado, él entró en su habitación.

Un grito de alegría se le escapó del pecho. Pero, al mirarle atentamente la cara, de pronto palideció.

—¡Pues sí! —dijo Raskólnikov, sonriendo—. Vengo por tus cruces, Sonia. Tú misma me mandabas a la encrucijada; ¿y ahora, cuando se llegó a los hechos, te acobardaste?

Sonia lo miraba con asombro. Le pareció extraño ese tono; un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero al cabo de un minuto adivinó que tanto el tono como esas palabras, todo era fingido. Él hablaba con ella mirando de algún modo hacia un rincón y como evitando mirarla

directamente a la cara.

—Mira, Sonia, pensé que así quizá sea también más ventajoso. Hay una circunstancia... Bueno, es largo de contar, y además no hace falta. ¿Sabes qué es lo único que me enfurece? Me fastidia que todas esas jetas estúpidas, bestiales, me vayan a rodear enseguida, me vayan a clavar directamente sus ojazos, a hacerme sus preguntas estúpidas, a las que hay que responder, me vayan a señalar con el dedo... ¡Puaj! Sabes, no voy a ver a Porfiri; me harté de él. Mejor iré a ver a mi amigo Pólvora; cómo lo voy a sorprender, qué efecto voy a lograr, a su manera. Pero habría que tener más sangre fría; me he vuelto demasiado bilioso en los últimos tiempos. ¿Creerás que hace un momento amenacé a mi hermana casi con el puño, solo porque se volvió a mirarme por última vez? ¡Una cerdada, semejante estado! ¡Eh, adónde he llegado! Bueno, ¿y dónde están las cruces?

Estaba como fuera de sí. Ni siquiera podía quedarse quieto en un lugar un solo minuto, no podía concentrar la atención en ningún objeto; sus pensamientos saltaban uno sobre otro, se le iba la lengua; las manos le temblaban levemente.

Sonia sacó en silencio del cajón dos cruces, la de ciprés y la de cobre, se persignó ella misma, lo persignó a él y le colgó en el pecho la crucecita de ciprés.

—Esto, entonces, es el símbolo de que tomo la cruz sobre mí, ¡je, je! ¡Y es cierto, hasta ahora sufrí poco! De ciprés, es decir, del pueblo llano; la de cobre es la de Lizaveta, te la quedas tú; ¿a ver, muéstramela? ¿Así que la llevaba ella... en aquel momento? Yo también conozco dos cruces parecidas, una de plata y una imagen. Se las tiré entonces sobre el pecho a la viejecilla. Esas sí que vendrían bien ahora, de verdad, esas son las que

tendría que ponerme... Aunque, por lo demás, no digo más que mentiras, me voy a olvidar del asunto; ¡estoy como distraído!... Mira, Sonia, propiamente vine para avisarte, para que lo supieras... Bueno, eso es todo... Solo para eso vine. (Hm, aunque pensaba que diría más.) Si tú misma querías que fuera, bueno, pues estaré preso en la cárcel, y se cumplirá tu deseo; ¿y por qué lloras? ¿Tú también? Basta, déjalo; ¡ay, qué pesado me resulta todo esto!

Sin embargo, nació en él un sentimiento; se le oprimió el corazón al mirarla. «¿Y esta, esta por qué?», pensaba para sí. «¿Qué soy yo para ella? ¿Por qué llora, por qué me prepara como mi madre o Dunia? ¡Va a ser mi niñera!»

—Persígnate, reza aunque sea una vez —le pidió Sonia con voz temblorosa y tímida.

—¡Oh, como quieras, cuanto quieras! Y de corazón, Sonia, de corazón...

Aunque, por lo demás, quería decir otra cosa.

Se persignó varias veces. Sonia agarró su chal y se lo echó sobre la cabeza. Era el chal verde de drap de dames, probablemente el mismo del que había hablado entonces Marmeládov, el «de la familia». A Raskólnikov se le cruzó ese pensamiento, pero no preguntó. En efecto, él mismo ya empezaba a sentir que estaba terriblemente distraído y como monstruosamente alterado. Eso lo asustó. Lo impresionó de pronto también que Sonia quisiera ir con él.

—¡Pero qué haces! ¿Adónde vas? ¡Quédate, quédate! Voy solo —gritó con un fastidio pusilánime y, casi enfurecido, fue hacia la puerta—. ¡Y para qué todo un séquito! —mascullaba al salir.

Sonia se quedó en medio de la habitación. Él ni siquiera se despidió de ella; ya la había olvidado; una duda corrosiva y rebelde le hervía en el alma.

«¿Pero es así, es así todo esto? —volvió a pensar, bajando la escalera—. ¿Será posible que no se pueda todavía detenerse y volver a arreglarlo todo... y no ir?»

Pero de todos modos iba. De pronto sintió definitivamente que no tenía sentido hacerse preguntas. Al salir a la calle recordó que no se había despedido de Sonia, que ella se había quedado en medio de la habitación, con su chal verde, sin atreverse a moverse por su grito, y se detuvo un instante. En ese mismo momento un pensamiento lo iluminó de pronto vivamente, como si esperara para golpearlo definitivamente.

«¿Y para qué, para qué fui a verla ahora? Le dije: por un asunto; ¿pero por qué asunto? ¡No había ningún asunto en absoluto! ¿Para anunciarle que voy? ¿Y qué? ¡Qué necesidad! ¿La amo, acaso? ¿No, verdad que no? Si acabo de echarla como a un perro. ¿Necesitaba de verdad sus cruces? ¡Oh, qué bajo he caído! No: ¡necesitaba sus lágrimas, necesitaba ver su susto, mirar cómo le duele y se le desgarra el corazón! ¡Había que aferrarse a algo, demorarse, mirar a un ser humano! ¡Y me atrevía a confiar tanto en mí, a soñar tanto conmigo mismo, mendigo de mí, insignificante de mí, canalla, canalla!»

Iba por el malecón del canal, y ya le quedaba poco. Pero al llegar al puente se detuvo y de pronto dobló hacia el puente, a un costado, y se fue a la Sennaia.

Miraba con avidez a derecha e izquierda, se fijaba con tensión en cada objeto y no podía concentrar la atención en nada; todo se le escurría. «Dentro de una semana, dentro de un mes, me llevarán a alguna parte en

uno de esos coches de presos por este puente; ¿cómo miraré entonces este canal? ¿Habría que recordar esto? —le cruzó por la cabeza—. Este letrero: ¿cómo leeré entonces estas mismas letras? Aquí dice: "Campañía"; bueno, pues hay que recordar esta a, la letra a, y mirarla dentro de un mes, esta misma a: ¿cómo la miraré entonces? ¿Qué sentiré y pensaré entonces?... Dios, qué bajo debe de ser todo esto, todas estas... preocupaciones mías de ahora. Desde luego, todo esto debe de ser curioso... a su manera... (¡ja, ja, ja! ¡en qué estoy pensando!) me estoy volviendo un niño, fanfarroneo ante mí mismo; ¿y por qué me avergüenzo? ¡Puaj, cómo empujan! Este gordo (un alemán, seguramente) que me empujó: ¿sabrá a quién empujó? Una mujer con una criatura pide limosna; es curioso que me considere más feliz que ella. ¿Y si le diera algo, por curiosidad? ¡Bah, me quedó una moneda de cinco kopeks en el bolsillo!, ¿de dónde? Toma, toma... ¡tómala, madrecita!»

—¡Que Dios te guarde! —se oyó la voz lastimera de la mendiga.

Entró en la Sennaia. Le resultaba desagradable, muy desagradable, chocar con la gente, pero iba precisamente adonde se veía más gente. Habría dado todo en el mundo por quedarse solo; pero él mismo sentía que no estaría solo ni un minuto. En la multitud armaba escándalo un borracho: no hacía más que querer bailar, pero se caía todo el tiempo de costado. Lo habían rodeado. Raskólnikov se abrió paso entre la multitud, miró unos minutos al borracho y de pronto soltó una carcajada breve y entrecortada. Al cabo de un minuto ya se había olvidado de él, ni siquiera lo veía, aunque lo miraba. Por fin se apartó, sin recordar siquiera dónde se encontraba; pero cuando llegó al medio de la plaza, de pronto le sucedió un movimiento, una sensación se apoderó de él de golpe, lo agarró entero,

con el cuerpo y con el pensamiento.

De pronto recordó las palabras de Sonia: «Ve a la encrucijada, inclínate ante la gente, besa la tierra, porque también ante ella pecaste, y dile en voz alta a todo el mundo: "¡Soy un asesino!"». Se echó a temblar todo al recordarlo. Y la angustia y la inquietud sin salida de todo ese tiempo, pero sobre todo de las últimas horas, lo habían aplastado ya hasta tal punto que se lanzó sin más a la posibilidad de esa sensación íntegra, nueva, plena. Le llegó de pronto como en un ataque: se encendió en el alma como una chispa y de pronto, como un fuego, lo abarcó entero. Todo se ablandó en él de golpe, y brotaron las lágrimas. Tal como estaba, cayó al suelo...

Se arrodilló en medio de la plaza, se inclinó hasta el suelo y besó esa tierra sucia, con deleite y felicidad. Se levantó y se inclinó por segunda vez.

—¡Mira cómo se emborrachó! —observó a su lado un muchacho.

Se oyeron risas.

—Es que va a Jerusalén, hermanos, se despide de sus hijos, de la patria, se inclina ante todo el mundo, besa la ciudad capital de San Petersburgo y su suelo —añadió un borrachito de los mieshchanín.

—¡Todavía es un muchacho joven! —intercaló un tercero.

—¡Es de los nobles! —observó alguien con voz grave.

—Hoy en día no se sabe quién es noble y quién no.

Todos esos comentarios y conversaciones contuvieron a Raskólnikov, y las palabras «yo maté», que quizá se disponían a escapársele de la lengua, se le helaron por dentro. Sin embargo, soportó con calma todos esos gritos y, sin mirar alrededor, se fue derecho por un callejón en dirección a la comisaría. Una visión le pasó por delante en el camino, pero no se asombró; ya presentía que así tenía que ser. En el momento en que, en la

Sennaia, se inclinó hasta el suelo por segunda vez, al volverse hacia la izquierda, a unos cincuenta pasos de sí, vio a Sonia. Ella se escondía de él detrás de una de las barracas de madera que había en la plaza; ¡por lo tanto, había acompañado toda su procesión dolorosa! Raskólnikov sintió y comprendió en ese momento, de una vez para siempre, que Sonia ahora estaba con él para siempre y lo seguiría aunque fuera al fin del mundo, adondequiera que lo llevara el destino. Todo el corazón se le revolvió... pero ya había llegado al lugar fatal...

Entró en el patio con bastante ánimo. Había que subir al tercer piso. «Todavía me falta subir», pensó. En general le parecía que hasta el momento fatal todavía faltaba mucho, que todavía quedaba mucho tiempo, que todavía se podía pensar en muchas cosas.

Otra vez la misma basura, las mismas cáscaras en la escalera de caracol, otra vez las puertas de las viviendas abiertas de par en par, otra vez las mismas cocinas, de las que salían humo y hedor. Raskólnikov no había vuelto allí desde entonces. Las piernas se le entumecían y se le doblaban, pero caminaban. Se detuvo un instante para recobrar el aliento, para recomponerse, para entrar como un ser humano. «¿Y para qué? ¿Por qué? —pensó de pronto, tomando conciencia de su gesto—. Si hay que beber este cáliz, ¿no da todo igual? Cuanto más feo, mejor». En su imaginación pasó en ese instante la figura de Iliá Petróvich Pólvora. «¿Será posible que de verdad vaya a verlo a él? ¿Y no se puede ir a otro? ¿No se puede ir a Nikodim Fomich? ¿Dar la vuelta ahora mismo e ir a la vivienda del propio comisario? Por lo menos sería de un modo casero... ¡No, no! ¡A Pólvora, a Pólvora! Si hay que beber, beberlo todo de una vez...»

Helado y casi fuera de sí, abrió la puerta de la comisaría. Esta vez había

muy poca gente; había un portero y otro hombre del pueblo. El guardia ni siquiera se asomaba de su tabique. Raskólnikov pasó a la habitación siguiente. «Quizá todavía se pueda no decirlo», le cruzó. Allí un individuo, de los escribientes, con levita particular, se disponía a escribir algo en un escritorio. En un rincón se acomodaba otro escribiente. Zamétov no estaba. Nikodim Fomich, desde luego, tampoco.

—¿No hay nadie? —preguntó Raskólnikov, dirigiéndose al individuo del escritorio.

—¿Y a quién busca usted?

—¡A-a-ah! Ni se lo oía ni se lo veía, y huele a espíritu ruso... cómo es en ese cuento... ¡lo olvidé! ¡M-mis r-respetos! —exclamó de pronto una voz conocida.

Raskólnikov se echó a temblar. Ante él estaba Pólvora, que había salido de pronto de la tercera habitación. «Es el destino mismo —pensó Raskólnikov—. ¿Por qué está aquí?»

—¿Viene a vernos? ¿Por qué asunto? —exclamaba Iliá Petróvich. (Estaba, al parecer, de un humor excelentísimo e incluso una gotita excitado.) —Si es por un asunto, vino demasiado temprano. Yo mismo estoy por casualidad... Aunque, por lo demás, en lo que pueda. Le confieso... ¿cómo? ¿cómo? Perdone...

—Raskólnikov.

—¡Pues claro: Raskólnikov! ¿Y será posible que haya podido suponer que lo olvidé? No me tenga, por favor, por alguien así... Rodión Ro... Ro... Rodiónich, ¿así, me parece?

—Rodión Románich.

—¡Sí, sí, sí! ¡Rodión Románich, Rodión Románich! Eso precisamente

era lo que buscaba. Hasta pregunté muchas veces. Le confieso que desde entonces lamenté sinceramente que aquella vez usted y yo... después me explicaron, me enteré de que es un joven literato y hasta un sabio... y, por así decirlo, los primeros pasos... ¡Oh, Señor! ¡Si cuál de los literatos y sabios no dio al principio pasos originales! Mi mujer y yo, los dos respetamos la literatura, y mi mujer, ¡hasta la pasión!... ¡La literatura y lo artístico! Que uno sea noble, y todo lo demás se puede adquirir con talento, conocimiento, razón, ¡genio! El sombrero, bueno, ¿qué significa, por ejemplo, un sombrero? Un sombrero es una tortita, lo compro en la tienda de Zimmermann; pero lo que se guarda bajo el sombrero y se cubre con el sombrero, ¡eso sí que no lo compro, señor!... Le confieso que hasta quería ir a verlo para explicarme, pero pensé que quizá usted... Pero no le preguntaré: ¿de verdad necesita algo? ¿Dicen que vino su familia?

—Sí, mi madre y mi hermana.

—Hasta tuve el honor y la dicha de encontrarme con su hermana: una persona instruida y encantadora. Le confieso que lamenté que nos acaloráramos tanto aquella vez. ¡Qué caso! Y si aquella vez, con motivo de su desmayo, le eché cierta mirada, después eso se explicó del modo más brillante. ¡Fanatismo y cerrazón! Comprendo su indignación. ¿Quizá con motivo de la llegada de su familia se cambia de vivienda?

—N-no, solo así... Vine a preguntar... pensé que encontraría aquí a Zamétov.

—¡Ah, sí! Porque ustedes se hicieron amigos; lo oí, señor. Bueno, Zamétov no está aquí; no lo encontró. ¡Sí, señor, perdimos a Aleksandr Grigórievich! Desde ayer no está disponible; se trasladó... y, al trasladarse, hasta se peleó con todos... de un modo tan descortés... Un muchacho

atolondrado, nada más; hasta podía dar esperanzas; ¡pero vaya uno a entenderse con ellos, con nuestra brillante juventud! Quiere dar no sé qué examen, pero entre nosotros basta con hablar y fanfarronear un poco, y con eso termina el examen. ¡No es lo mismo que usted, por ejemplo, o el señor Razumíjin, su amigo! Su carrera es la parte científica, ¡y a usted ya no lo desviarán los fracasos! Para usted todas estas bellezas de la vida, se puede decir, nihil est: ¡asceta, monje, ermitaño!... Para usted el libro, la pluma detrás de la oreja, las investigaciones científicas: ¡ahí es donde planea su espíritu! Yo mismo en parte... ¿Tuvo a bien leer las memorias de Livingstone?

—No.

—Yo sí las leí. Hoy en día, por lo demás, se han extendido muchísimos nihilistas; bueno, eso también se entiende; ¿qué tiempos son estos, le pregunto yo? Aunque, por lo demás, con usted... porque usted, desde luego, no es nihilista. ¡Responda con franqueza, con franqueza!

—N-no...

—No, sabe, usted conmigo con franqueza, no se cohíba, ¡como si estuviera a solas consigo mismo! Una cosa es el servicio, otra cosa es... usted pensó que iba a decir la amistad; no, señor, ¡no adivinó! No la amistad, sino el sentimiento del ciudadano y del hombre, el sentimiento de humanidad y de amor al Altísimo. Puedo ser una persona oficial, y estar en funciones, pero estoy obligado a sentir siempre en mí al ciudadano y al hombre y a rendir cuentas... Usted tuvo a bien mencionar a Zamétov. Zamétov es capaz de armar un escándalo a la francesa en un establecimiento indecente, con un vaso de champaña o de vino del Don: ¡eso es su Zamétov! Y yo, quizá, por así decirlo, ardí de devoción y de

sentimientos elevados, y además tengo importancia, rango, ocupo un puesto. Estoy casado y tengo hijos. Cumplo el deber de ciudadano y de hombre, ¿y él quién es, permítame preguntarle? Lo trato a usted como a un hombre ennoblecido por la instrucción. Otra cosa: se han extendido desmesuradamente estas comadronas.

Raskólnikov levantó interrogativamente las cejas. Las palabras de Iliá Petróvich, que evidentemente acababa de levantarse de la mesa, golpeaban y se desparramaban ante él en su mayor parte como sonidos vacíos. Pero una parte de ellas de todos modos la entendía de algún modo; miraba interrogativamente y no sabía en qué terminaría todo esto.

—Hablo de esas muchachas de pelo corto —prosiguió el locuaz Iliá Petróvich—; yo mismo, por mi cuenta, las apodé comadronas, y encuentro que el apodo es completamente satisfactorio. ¡Je, je! Se meten en la academia, estudian anatomía; bueno, dígame: si me enfermo, ¿voy a llamar a una señorita para que me cure? ¡Je, je!

Iliá Petróvich se reía a carcajadas, completamente satisfecho de sus agudezas.

—Supongamos que es una sed desmedida de instrucción; pero uno se instruyó, y basta. ¿Para qué abusar? ¿Para qué ofender a las personas nobles, como hace el sinvergüenza de Zamétov? ¿Por qué me ofendió, le pregunto yo? Otra cosa: cuántos suicidios se han extendido, no se lo puede imaginar. Todos gastan el último dinero y se matan. Chiquillas, chiquillos, viejos... Esta misma mañana se informó de un señor recién llegado. ¡Nil Pávlich, eh, Nil Pávlich! ¿Cómo se llamaba el caballero del que se informó hace un rato, el que se pegó un tiro en el Lado de Petersburgo?

—Svidrigáilov —respondió con voz ronca e indiferente alguien desde

la otra habitación.

Raskólnikov se estremeció.

—¡Svidrigáilov! ¡Svidrigáilov se pegó un tiro! —exclamó.

—¡Cómo! ¿Usted conoce a Svidrigáilov?

—Sí... lo conozco... Llegó hace poco...

—Pues sí, llegó hace poco, había perdido a su mujer, un hombre de conducta disoluta, y de pronto se pegó un tiro, y de un modo tan escandaloso que no se lo puede imaginar... dejó en su libreta unas palabras de que muere en su sano juicio y pide que no se culpe a nadie de su muerte. Dicen que este tenía dinero. ¿Y usted cómo es que lo conoce?

—Yo... lo conocía... mi hermana vivía en su casa como institutriz...

—Vaya, vaya, vaya... Entonces usted puede informarnos sobre él. ¿Y no sospechaba nada?

—Lo vi ayer... él... bebía vino... yo no sabía nada.

Raskólnikov sentía que algo había caído sobre él y lo había aplastado.

—Usted parece haber palidecido otra vez. Aquí hay un aire tan cargado...

—Sí, tengo que irme, señor —balbuceó Raskólnikov—; perdone la molestia...

—¡Oh, por favor, cuando quiera! Me dio un placer, y me alegro de declarar...

Iliá Petróvich hasta le tendió la mano.

—Solo quería... venía por Zamétov...

—Entiendo, entiendo, y me dio un placer.

—Yo... me alegro mucho... hasta la vista, señor... —sonreía Raskólnikov.

Salió; se tambaleaba. La cabeza le daba vueltas. No sentía si se sostenía sobre las piernas. Empezó a bajar la escalera, apoyándose con la mano derecha en la pared. Le pareció que un portero, con un libro en la mano, lo empujaba al subir hacia la comisaría a su encuentro; que un perrito ladraba y ladraba en algún lado en el piso de abajo y que una mujer le tiraba un palo de amasar y gritaba. Bajó y salió al patio. Allí, en el patio, no lejos de la salida, estaba Sonia, pálida, mortalmente pálida, y lo miró de un modo salvaje, salvaje. Él se detuvo ante ella. Algo enfermizo y torturado se expresó en su cara, algo desesperado. Ella juntó las manos. Una sonrisa deforme, perdida, le asomó forzada a los labios. Se quedó un momento, sonrió y se volvió hacia arriba, otra vez a la comisaría.

Iliá Petróvich se había sentado y revolvía unos papeles. Ante él estaba aquel mismo mujik que acababa de empujar a Raskólnikov al subir por la escalera.

—¿A-a-ah? ¡Usted otra vez! ¿Se olvidó algo?... ¿Pero qué le pasa?

Raskólnikov, con los labios pálidos, con la mirada inmóvil, se le acercó despacio, llegó hasta la misma mesa, se apoyó en ella con la mano, quiso decir algo, pero no pudo; solo se oían unos sonidos incoherentes.

—¡Se siente mal, una silla! ¡Aquí, siéntese en la silla, siéntese! ¡Agua!

Raskólnikov se dejó caer en la silla, pero no apartaba los ojos de la cara de Iliá Petróvich, muy desagradablemente sorprendido. Los dos se miraron un minuto y esperaron. Trajeron agua.

—Fui yo... —empezó Raskólnikov.

—Tome agua.

Raskólnikov apartó el agua con la mano y en voz baja, pausadamente, pero con claridad, pronunció:

—Fui yo quien mató entonces a la vieja viuda del funcionario y a su hermana Lizaveta con un hacha, y las robó.

Iliá Petróvich abrió la boca. De todos lados acudieron corriendo.

Raskólnikov repitió su declaración. . . . . .

. . . . . .

Epílogo. Capítulo I

Siberia. A orillas de un río ancho y desierto se alza una ciudad, uno de los centros administrativos de Rusia; en la ciudad hay una fortaleza; en la fortaleza, una cárcel. En la cárcel está recluido desde hace ya nueve meses un presidiario deportado de segunda categoría, Rodión Raskólnikov. Desde el día de su crimen ha pasado casi un año y medio.

El proceso de su causa transcurrió sin grandes dificultades. El criminal sostuvo su declaración con firmeza, precisión y claridad, sin embrollar las circunstancias, sin atenuarlas en su favor, sin deformar los hechos, sin olvidar el menor detalle. Contó hasta el último rasgo todo el proceso del asesinato: aclaró el misterio de la prenda (una tablita de madera con una tira de metal) que se encontró en las manos de la vieja asesinada; contó en detalle cómo le había tomado las llaves a la asesinada, describió esas llaves, describió el arcón y con qué estaba lleno; hasta enumeró algunos de los objetos sueltos que había en él; aclaró el enigma del asesinato de Lizaveta; contó cómo había venido y golpeado Koch, y después de él el estudiante, transmitiendo todo lo que habían hablado entre ellos; cómo él, el criminal, había bajado después corriendo la escalera y había oído los chillidos de Mikolka y de Mitka; cómo se había escondido en la vivienda vacía, había

llegado a su casa, y para terminar indicó la piedra en el patio, en la avenida Voznesenski, junto al portón, debajo de la cual se encontraron las cosas y la bolsa. En una palabra, el asunto resultó claro. Los jueces de instrucción y los jueces se asombraron mucho, entre otras cosas, de que hubiera escondido la bolsa y las cosas debajo de la piedra sin aprovecharlas, y más que nada de que no solo no recordara en detalle todas las cosas que propiamente había robado, sino que incluso se equivocara en su número. La circunstancia misma de que nunca hubiera abierto la bolsa y ni siquiera supiera cuánto dinero había en ella pareció increíble (en la bolsa resultaron haber trescientos diecisiete rublos de plata y tres monedas de veinte kopeks; por haber estado mucho tiempo bajo la piedra, algunos de los billetes de arriba, los más grandes, se habían estropeado muchísimo). Durante mucho tiempo se esforzaron por averiguar por qué precisamente el acusado mentía en esta sola circunstancia, cuando en todo lo demás confesaba voluntariamente y con veracidad. Por fin, algunos (sobre todo entre los psicólogos) admitieron incluso la posibilidad de que de verdad no hubiera mirado dentro de la bolsa y por eso no supiera qué había en ella, y que, sin saberlo, la hubiera llevado así bajo la piedra; pero de eso mismo concluyeron enseguida que el crimen mismo no podía haber sucedido de otro modo que en un estado de cierta enajenación mental transitoria, por así decirlo, de una monomanía enfermiza de asesinato y robo, sin otros fines ni cálculos de provecho. Justo entonces llegó a propósito la novísima teoría de moda de la enajenación mental transitoria, que tan a menudo se intenta aplicar en nuestros tiempos a ciertos criminales. Además, el antiguo estado hipocondríaco de Raskólnikov fue declarado con toda exactitud por muchos testigos: el doctor Zosímov, sus antiguos

compañeros, la casera, la criada. Todo eso contribuyó mucho a la conclusión de que Raskólnikov no se parecía del todo a un asesino, bandido y ladrón común, sino que aquí había otra cosa. Para gran fastidio de los que defendían esta opinión, el propio criminal casi no intentó defenderse; a las preguntas finales de qué precisamente había podido inclinarlo al homicidio y qué lo había impulsado a cometer el robo, respondió con mucha claridad, con la exactitud más grosera, que la causa de todo había sido su mala situación, su miseria y su desamparo, el deseo de asegurar los primeros pasos de su carrera en la vida con ayuda de por lo menos tres mil rublos, que contaba con encontrar en casa de la asesinada. Y se había decidido al asesinato a causa de su carácter frívolo y pusilánime, irritado, además, por las privaciones y los fracasos. A las preguntas de qué precisamente lo había impulsado a presentarse a confesar, respondió directamente que un arrepentimiento sincero. Todo eso era ya casi grosero...

La sentencia, sin embargo, resultó más clemente de lo que podía esperarse, a juzgar por el crimen cometido, y quizá precisamente porque el criminal no solo no quería justificarse, sino que incluso parecía manifestar el deseo de acusarse todavía más. Todas las circunstancias extrañas y particulares del caso fueron tomadas en cuenta. El estado enfermizo y calamitoso del criminal antes de cometer el crimen no fue objeto de la menor duda. Que no hubiera aprovechado lo robado se tomó en parte como efecto del arrepentimiento despertado, en parte como un estado no del todo sano de las facultades mentales en el momento de cometer el crimen. La circunstancia del asesinato casual de Lizaveta sirvió incluso de ejemplo que reforzaba esta última suposición: ¡un hombre comete dos

asesinatos y al mismo tiempo olvida que la puerta está abierta! Por último, la presentación para confesar, precisamente en el momento en que el asunto se había embrollado extraordinariamente a causa de la falsa autoinculpación de un fanático abatido (Nikolái), y además cuando contra el verdadero criminal no solo no había pruebas claras, sino casi ni siquiera sospechas (Porfiri Petróvich cumplió su palabra por completo), todo eso contribuyó definitivamente a atenuar la suerte del acusado.

Aparecieron además, de un modo completamente inesperado, otras circunstancias muy favorables al acusado. El ex estudiante Razumíjin desenterró de algún lado información y presentó pruebas de que el criminal Raskólnikov, durante su estancia en la universidad, con sus últimos recursos había ayudado a un compañero de universidad pobre y tísico y casi lo había mantenido durante medio año. Y cuando este murió, cuidó del padre viejo e inválido que le quedaba al compañero muerto (que había mantenido y alimentado a su padre con su trabajo casi desde los trece años), terminó por internar a ese viejo en un hospital, y cuando este también murió, lo enterró. Toda esa información tuvo cierta influencia favorable en la decisión de la suerte de Raskólnikov. Su propia ex casera, la madre de la novia muerta de Raskólnikov, la viuda Zarnítsyna, atestiguó también que, cuando todavía vivían en otra casa, en las Cinco Esquinas, Raskólnikov, durante un incendio, de noche, había sacado de una vivienda que ya ardía a dos niños pequeños, y se había quemado al hacerlo. Ese hecho fue cuidadosamente investigado y bastante bien atestiguado por muchos testigos. En una palabra, terminó con que el criminal fue condenado a trabajos forzados de segunda categoría por un plazo de solo ocho años, en consideración a su presentación para confesar y a algunas

circunstancias atenuantes.

Ya al principio del proceso la madre de Raskólnikov se enfermó. Dunia y Razumíjin encontraron la posibilidad de llevársela de Petersburgo durante todo el juicio. Razumíjin eligió una ciudad sobre el ferrocarril y a poca distancia de Petersburgo, para poder seguir regularmente todas las circunstancias del proceso y al mismo tiempo ver con la mayor frecuencia posible a Avdotia Románovna. La enfermedad de Pulqueria Aleksándrovna era algo extraño, nervioso, y estaba acompañada de algo parecido a la locura, si no del todo, por lo menos en parte. Dunia, al volver de su último encuentro con su hermano, encontró a su madre ya completamente enferma, con fiebre y delirio. Esa misma noche se puso de acuerdo con Razumíjin sobre qué responder precisamente a su madre cuando preguntara por su hermano, y hasta inventó con él, para la madre, toda una historia sobre la partida de Raskólnikov a algún lugar lejano, a la frontera de Rusia, por un encargo privado que le traería por fin dinero y fama. Pero los impresionó que de nada de eso preguntara la propia Pulqueria Aleksándrovna, ni entonces ni después. Al contrario, ella misma tenía toda una historia sobre la partida repentina de su hijo; contaba con lágrimas cómo había venido a despedirse de ella; daba a entender con insinuaciones que solo ella conocía muchas circunstancias muy importantes y misteriosas y que Rodia tenía muchos enemigos muy poderosos, de modo que hasta tenía que esconderse. En cuanto a su carrera futura, también le parecía indudable y brillante, cuando pasaran ciertas circunstancias hostiles; le aseguraba a Razumíjin que su hijo llegaría a ser con el tiempo incluso un hombre de Estado, como lo demostraban su artículo y su brillante talento literario. Leía ese artículo sin cesar, a veces

incluso en voz alta, casi dormía con él, y sin embargo casi no preguntaba dónde estaba precisamente Rodia ahora, a pesar incluso de que evidentemente se evitaba hablar con ella de eso, cosa que por sí sola podía despertar su suspicacia. Empezaron, por fin, a temer ese extraño silencio de Pulqueria Aleksándrovna sobre ciertos puntos. Ella, por ejemplo, ni siquiera se quejaba de que no hubiera cartas de él, cuando antes, viviendo en su pueblito, solo vivía de la esperanza y de la espera de recibir cuanto antes una carta de su amado Rodia. Esta última circunstancia era ya demasiado inexplicable e inquietaba mucho a Dunia; se le ocurría la idea de que su madre quizá presentía algo terrible en el destino de su hijo y temía preguntar para no enterarse de algo todavía más terrible. En todo caso, Dunia veía claramente que Pulqueria Aleksándrovna no estaba en su sano juicio.

Un par de veces, sin embargo, ocurrió que ella misma llevó la conversación de tal modo que era imposible, al responderle, no mencionar dónde estaba precisamente Rodia ahora; y cuando las respuestas tenían que resultar forzosamente insatisfactorias y sospechosas, se volvía de pronto extraordinariamente triste, sombría y callada, lo que duraba muchísimo tiempo. Dunia vio por fin que era difícil mentir e inventar y llegó a la conclusión definitiva de que era mejor callar por completo sobre ciertos puntos; pero cada vez se hacía más evidente que la pobre madre sospechaba algo terrible. Dunia recordó, entre otras cosas, las palabras de su hermano de que su madre había escuchado su delirio, la noche anterior a aquel último día fatal, después de su escena con Svidrigáilov: ¿no habría oído algo entonces? A menudo, a veces después de varios días e incluso semanas de silencio huraño y sombrío y de lágrimas mudas, la enferma se

animaba de un modo histérico y de pronto empezaba a hablar en voz alta, casi sin callar, de su hijo, de sus esperanzas, del futuro... Sus fantasías eran a veces muy extrañas. La entretenían, le daban la razón (ella misma quizá veía claramente que le daban la razón y solo la entretenían), pero de todos modos ella hablaba...

Cinco meses después de que el criminal se presentara a confesar, se dictó su sentencia. Razumíjin lo veía en la cárcel siempre que era posible. Sonia también. Por fin llegó la separación; Dunia le juró a su hermano que esa separación no era para siempre; Razumíjin también. En la cabeza joven y ardiente de Razumíjin se afirmó firmemente el proyecto de echar en los próximos tres o cuatro años, en lo posible, aunque fuera el comienzo de una fortuna futura, ahorrar aunque fuera un poco de dinero y mudarse a Siberia, donde el suelo es rico en todos los sentidos y faltan trabajadores, gente y capitales; establecerse allí en la misma ciudad donde estuviera Rodia, y... empezar todos juntos una vida nueva. Al despedirse, todos lloraron. Raskólnikov, en los últimísimos días, estaba muy pensativo, preguntaba mucho por su madre, se inquietaba constantemente por ella. Se atormentaba incluso demasiado por ella, lo que inquietaba a Dunia. Al enterarse en detalle del estado enfermizo de su madre, se volvió muy sombrío. Con Sonia, por alguna razón, estuvo especialmente parco de palabras todo el tiempo. Sonia, con ayuda del dinero que le había dejado Svidrigáilov, hacía tiempo que se había preparado y dispuesto para seguir al convoy de presos en el que lo mandarían a él. Nunca se mencionó entre ella y Raskólnikov ni una palabra de esto; pero los dos sabían que así sería. En la última despedida él sonreía de un modo extraño ante las ardientes seguridades de su hermana y de Razumíjin sobre el futuro feliz de ellos,

cuando él saliera del presidio, y predijo que el estado enfermizo de su madre terminaría pronto en una desgracia. Él y Sonia partieron por fin.

Dos meses después Dúniechka se casó con Razumíjin. La boda fue triste y silenciosa. Entre los invitados estaban, por lo demás, Porfiri Petróvich y Zosímov. En todo el último tiempo Razumíjin tenía el aspecto de un hombre firmemente decidido. Dunia creía ciegamente que él cumpliría todas sus intenciones, y no podía no creerlo: en ese hombre se veía una voluntad de hierro. Entre otras cosas, volvió a asistir a las clases de la universidad para terminar la carrera. Los dos hacían a cada minuto planes para el futuro; los dos contaban firmemente con mudarse a Siberia, con seguridad, dentro de cinco años. Hasta entonces confiaban en Sonia, allá...

Pulqueria Aleksándrovna bendijo con alegría el matrimonio de su hija con Razumíjin; pero después de ese matrimonio pareció volverse todavía más triste y preocupada. Para darle un momento agradable, Razumíjin le comunicó, entre otras cosas, el hecho del estudiante y de su padre decrépito, y que Rodia se había quemado e incluso había estado enfermo después de salvar de la muerte, el año anterior, a dos criaturitas. Las dos noticias llevaron a Pulqueria Aleksándrovna, ya de por sí trastornada de la razón, casi a un estado de exaltación. Hablaba sin cesar de eso, entablaba conversación incluso en la calle (aunque Dunia la acompañaba siempre). En los coches públicos, en las tiendas, en cuanto atrapaba a cualquier oyente, llevaba la conversación a su hijo, a su artículo, a cómo había ayudado al estudiante, se había quemado en el incendio, etcétera. Dúniechka ya no sabía cómo contenerla. Aparte del peligro de semejante estado exaltado y enfermizo, ya el solo hecho amenazaba con una desgracia:

alguien podía recordar el apellido Raskólnikov por la causa judicial pasada y empezar a hablar de eso. Pulqueria Aleksándrovna averiguó incluso la dirección de la madre de las dos criaturitas salvadas del incendio y quería ir a verla sin falta. Por fin su inquietud creció hasta el límite extremo. A veces se echaba de pronto a llorar, a menudo se enfermaba y deliraba con fiebre. Una vez, por la mañana, declaró directamente que según sus cálculos Rodia tenía que llegar pronto, que recordaba cómo él mismo, al despedirse de ella, había dicho que precisamente dentro de nueve meses había que esperarlo. Se puso a ordenar todo en la vivienda y a prepararse para el recibimiento, se puso a arreglar la habitación destinada a él (la suya propia), a limpiar los muebles, a lavar y colgar cortinas nuevas, etcétera. Dunia se alarmó, pero callaba e incluso la ayudaba a arreglar la habitación para recibir a su hermano. Después de un día agitado, pasado entre fantasías incesantes, en sueños alegres y en lágrimas, por la noche se enfermó y a la mañana siguiente ya tenía fiebre y deliraba. Se declaró una fiebre nerviosa. A las dos semanas murió. En el delirio se le escapaban palabras por las que se podía concluir que había sospechado mucho más del terrible destino de su hijo de lo que incluso suponían.

Raskólnikov tardó mucho en enterarse de la muerte de su madre, aunque la correspondencia con Petersburgo se había establecido ya desde el comienzo mismo de su llegada a Siberia. Se organizó a través de Sonia, que puntualmente cada mes escribía a Petersburgo a nombre de Razumíjin y puntualmente cada mes recibía respuesta de Petersburgo. Las cartas de Sonia les parecieron al principio a Dunia y a Razumíjin algo secas e insatisfactorias; pero al final los dos encontraron que era imposible escribir mejor, porque también de esas cartas se obtenía, en resumidas cuentas, la

idea más completa y exacta del destino de su desdichado hermano. Las cartas de Sonia estaban llenas de la realidad más cotidiana, de la descripción más simple y clara de todo el ambiente de la vida de presidio de Raskólnikov. No había en ellas ni exposición de sus propias esperanzas, ni conjeturas sobre el futuro, ni descripciones de sus propios sentimientos. En lugar de intentos de aclarar su estado de ánimo y en general toda su vida interior, había solo hechos, es decir, sus propias palabras, noticias detalladas sobre el estado de su salud, qué había deseado tal día en una visita, qué le había pedido a ella, qué le había encargado, etcétera. Todas esas noticias se comunicaban con un detalle extraordinario. La imagen del desdichado hermano terminó por surgir sola, dibujada con precisión y claridad; aquí no podía haber errores, porque todo eran hechos ciertos.

Pero poco consuelo pudieron sacar Dunia y su marido de esas noticias, sobre todo al principio. Sonia comunicaba sin cesar que él estaba siempre sombrío, parco de palabras y que casi no se interesaba en absoluto por las noticias que ella le comunicaba cada vez de las cartas que recibía; que a veces preguntaba por su madre; y cuando ella, viendo que él ya adivinaba la verdad, le comunicó por fin su muerte, para asombro suyo, incluso la noticia de la muerte de su madre pareció no afectarlo mucho, por lo menos así le pareció a ella por su aspecto exterior. Comunicaba, entre otras cosas, que, a pesar de que él, al parecer, estaba tan ensimismado y como encerrado ante todos, había tomado su nueva vida de un modo muy directo y simple; que comprendía claramente su situación, no esperaba nada mejor en lo inmediato, no tenía ninguna esperanza frívola (tan propia de su situación) y no se asombraba casi de nada en el nuevo ambiente que lo rodeaba, tan poco parecido a nada de lo anterior. Comunicó que su

salud era satisfactoria. Iba a los trabajos, de los que no se esquivaba ni a los que se ofrecía. La comida le era casi indiferente, pero esa comida, salvo los domingos y los días de fiesta, era tan mala que por fin aceptó con gusto de ella, de Sonia, algo de dinero para tomar té todos los días; en cuanto a todo lo demás, le pidió que no se preocupara, asegurándole que todas esas preocupaciones por él solo lo fastidiaban. Más adelante, Sonia comunicaba que su alojamiento en la cárcel era común con todos; el interior de sus barracas ella no lo había visto, pero concluía que allí era estrecho, deforme e insalubre; que él dormía en las tarimas, poniéndose debajo un fieltro, y que no quería arreglarse nada más. Pero que vivía tan tosca y pobremente no por algún plan o intención preconcebidos, sino simplemente por desatención e indiferencia exterior hacia su destino. Sonia escribía directamente que él, sobre todo al principio, no solo no se interesaba por sus visitas, sino que casi se fastidiaba con ella, era parco de palabras e incluso grosero con ella, pero que al final esos encuentros se habían convertido para él en una costumbre e incluso casi en una necesidad, de modo que hasta se había angustiado mucho cuando ella estuvo enferma unos días y no pudo visitarlo. Lo veía los días de fiesta en el portón de la cárcel o en el cuerpo de guardia, adonde lo llamaban para verla unos minutos; y los días de trabajo, en los trabajos, adonde ella iba a verlo, o en los talleres, o en las fábricas de ladrillos, o en los cobertizos a orillas del Irtish. De sí misma Sonia informaba que había logrado hacerse en la ciudad incluso de algunas amistades y protecciones; que se ocupaba de la costura, y como en la ciudad casi no había modista, se había vuelto incluso indispensable en muchas casas; solo no mencionaba que gracias a ella también Raskólnikov había obtenido la protección de las autoridades, que

le aliviaban los trabajos, etcétera. Por fin llegó la noticia (Dunia hasta notó cierta agitación e inquietud especial en sus últimas cartas) de que él rehuía a todos, que en la cárcel los presidiarios no lo querían; que callaba días enteros y se ponía muy pálido. De pronto, en la última carta, Sonia escribió que él se había enfermado muy seriamente y estaba en el hospital, en la sala de presos...

Epílogo. Capítulo II

Estaba enfermo desde hacía mucho; pero no fueron los horrores de la vida de presidio, ni los trabajos, ni la comida, ni la cabeza rapada, ni la ropa de retazos lo que lo quebró: ¡oh!, ¿qué le importaban todos esos tormentos y suplicios? Al contrario, hasta se alegraba del trabajo: agotándose físicamente en el trabajo, por lo menos conseguía unas cuantas horas de sueño tranquilo. ¿Y qué significaba para él la comida, esa sopa de repollo aguada con cucarachas? De estudiante, en su vida anterior, a menudo no tenía ni eso. Su ropa era abrigada y adecuada a su modo de vida. Los grilletes ni siquiera los sentía sobre sí. ¿Iba a avergonzarse de su cabeza rapada y de su chaqueta de dos colores? ¿Pero ante quién? ¿Ante Sonia? Sonia le tenía miedo; ¿y ante ella iba a avergonzarse?

¿Y entonces? Se avergonzaba incluso ante Sonia, a la que atormentaba por eso con su trato despectivo y grosero. Pero no se avergonzaba de la cabeza rapada ni de los grilletes: su orgullo estaba gravemente herido; y enfermó de orgullo herido. ¡Oh, qué feliz habría sido si hubiera podido acusarse a sí mismo! Entonces lo habría soportado todo, hasta la vergüenza y el oprobio. Pero se juzgó con severidad, y su conciencia endurecida no encontró ninguna culpa especialmente terrible en su pasado, salvo quizá

un simple desacierto, que le podía pasar a cualquiera. Se avergonzaba precisamente de que él, Raskólnikov, se hubiera perdido tan ciega, desesperanzada, sorda y estúpidamente, por una especie de sentencia del destino ciego, y de que tuviera que resignarse y someterse ante el «sinsentido» de una sentencia cualquiera, si quería tranquilizarse un poco.

Una inquietud sin objeto y sin fin en el presente, y en el futuro un sacrificio incesante con el que no se adquiría nada: eso era lo que le esperaba en el mundo. ¡Y qué importaba que dentro de ocho años tuviera solo treinta y dos y pudiera empezar otra vez a vivir! ¿Para qué vivir? ¿Qué tener en vista? ¿A qué aspirar? ¿Vivir para existir? Pero mil veces, ya antes, había estado dispuesto a dar su existencia por una idea, por una esperanza, incluso por una fantasía. La sola existencia siempre le había resultado poca; siempre había querido más. Quizá solo por la fuerza de sus deseos se había considerado entonces un hombre al que le estaba permitido más que a otro.

¡Si al menos el destino le hubiera mandado el arrepentimiento: un arrepentimiento ardiente, que destroza el corazón, que ahuyenta el sueño, un arrepentimiento tal que, por sus tormentos terribles, a uno se le aparecen la soga y el remolino! ¡Oh, se habría alegrado de él! Los tormentos y las lágrimas también son vida. Pero no se arrepentía de su crimen.

Por lo menos podría haberse enfurecido por su estupidez, como se había enfurecido antes por los actos monstruosos y estupidísimos que lo habían llevado a la cárcel. Pero ahora, ya en la cárcel, en libertad, volvió a examinar y a pensar todos sus actos anteriores y no los encontró para nada tan estúpidos y monstruosos como le habían parecido en aquel tiempo fatal, antes.

«¿En qué, en qué —pensaba— era mi idea más estúpida que otras ideas y teorías que pululan y chocan unas con otras en el mundo desde que el mundo existe? Basta con mirar el asunto con una mirada completamente independiente, amplia y libre de las influencias cotidianas, y entonces, desde luego, mi idea resultará para nada tan... extraña. ¡Oh, negadores y sabios de cinco kopeks de plata, por qué se detienen a mitad de camino!

»¿Por qué les parece tan monstruoso mi acto? —se decía—. ¿Porque es una maldad? ¿Qué significa la palabra "maldad"? Mi conciencia está tranquila. Desde luego, se cometió un crimen; desde luego, se violó la letra de la ley y se derramó sangre; pues tomen por la letra de la ley mi cabeza... ¡y basta! Desde luego, en ese caso incluso muchos benefactores de la humanidad, que no heredaron el poder sino que lo tomaron ellos mismos, deberían haber sido ejecutados en sus primerísimos pasos. Pero esa gente aguantó sus pasos, y por eso tiene razón, y yo no aguanté, y por lo tanto no tenía derecho a permitirme ese paso».

Solo en eso reconocía su crimen: solo en no haberlo aguantado y haberse presentado a confesar.

Sufría también por la idea: ¿por qué no se había matado entonces? ¿Por qué había estado de pie entonces sobre el río y había preferido presentarse a confesar? ¿Será posible que haya tanta fuerza en ese deseo de vivir y que sea tan difícil vencerlo? ¿Y Svidrigáilov, que le temía a la muerte, sí lo venció?

Se hacía esa pregunta con tormento y no podía entender que ya entonces, cuando estaba de pie sobre el río, quizá presentía en sí y en sus convicciones una profunda mentira. No entendía que ese presentimiento podía ser el anuncio de un futuro quiebre en su vida, de su futura

resurrección, de una futura mirada nueva sobre la vida.

Admitía más bien solo el peso embotado del instinto, que no le tocaba a él romper y por encima del cual, una vez más, no tenía fuerzas para pasar (por debilidad e insignificancia). Miraba a sus compañeros de presidio y se asombraba: ¡cómo amaban también todos ellos la vida, cómo la apreciaban! Precisamente le pareció que en la cárcel la amaban y la valoraban todavía más, y la apreciaban más que en libertad. ¡Qué tormentos y suplicios terribles no habían soportado algunos de ellos, por ejemplo los vagabundos! ¿Será posible que pueda significar tanto para ellos un solo rayo de sol, un bosque espeso, en algún lugar perdido y desconocido un manantial frío, señalado ya desde hacía tres años, con el que el vagabundo sueña volver a encontrarse como con una amante, lo ve en sueños, con la hierbita verde alrededor, con el pajarito que canta en el arbusto? Mirando más a fondo, veía ejemplos todavía más inexplicables.

En la cárcel, en el ambiente que lo rodeaba, desde luego no notaba muchas cosas, y no quería notarlas en absoluto. Vivía como con los ojos bajos: le resultaba repugnante e insoportable mirar. Pero al final muchas cosas empezaron a asombrarlo, y de algún modo, sin querer, empezó a notar lo que antes ni siquiera sospechaba. En general, y más que nada, empezó a asombrarlo ese abismo terrible, infranqueable, que había entre él y toda esa gente. Parecía que él y ellos fueran de naciones distintas. Él y ellos se miraban con desconfianza y hostilidad. Conocía y entendía las causas generales de esa separación; pero nunca antes había admitido que esas causas fueran en realidad tan profundas y fuertes. En la cárcel había también polacos deportados, presos políticos. Esos sencillamente consideraban a toda esa gente ignorantes y siervos y la despreciaban desde

lo alto; pero Raskólnikov no podía mirar así: veía claramente que esos ignorantes eran en muchos aspectos mucho más inteligentes que esos mismos polacos. Había también rusos que despreciaban demasiado a ese pueblo: un ex oficial y dos seminaristas; Raskólnikov notaba claramente también su error.

A él, en cambio, no lo querían y lo evitaban todos. Al final hasta empezaron a odiarlo; ¿por qué? No lo sabía. Lo despreciaban, se reían de él, se reían de su crimen los que eran mucho más criminales que él.

—¡Tú eres un señor! —le decían—. ¡Qué ibas a andar tú con un hacha! No es para nada cosa de señores.

En la segunda semana de la Cuaresma le tocó el turno de hacer sus devociones con su barraca. Iba a la iglesia a rezar con los demás. Por algo que ni él mismo supo, se produjo una vez una pelea; todos a la vez se le echaron encima con rabia.

—¡Tú eres un ateo! ¡Tú no crees en Dios! —le gritaban—. Hay que matarte.

Nunca había hablado con ellos de Dios ni de la fe, pero querían matarlo como ateo; él callaba y no les replicaba. Un presidiario se lanzó sobre él en un frenesí decidido; Raskólnikov lo esperaba tranquilo y en silencio: no se le movió una ceja, no le tembló ni un rasgo de la cara. El soldado de la escolta alcanzó a ponerse a tiempo entre él y el asesino; si no, se habría derramado sangre.

Había otra pregunta que no podía resolver: ¿por qué todos ellos le habían tomado tanto cariño a Sonia? Ella no buscaba congraciarse con ellos; la veían raramente, a veces solo en los trabajos, cuando venía un minuto para verlo a él. Y sin embargo todos ya la conocían, sabían también

que lo había seguido, sabían cómo vivía, dónde vivía. Dinero no les daba, servicios especiales no les prestaba. Solo una vez, en Navidad, trajo para toda la cárcel una limosna: empanadas y roscas. Pero poco a poco entre ellos y Sonia se fueron estableciendo algunas relaciones más cercanas: ella les escribía cartas para sus familias y las mandaba por correo. Sus parientes, hombres y mujeres, que venían a la ciudad, dejaban, por indicación de ellos, en manos de Sonia cosas para ellos y hasta dinero. Sus mujeres y sus amantes la conocían y la visitaban. Y cuando ella aparecía en los trabajos, viniendo a ver a Raskólnikov, o se encontraba con un grupo de presos que iban a trabajar, todos se quitaban el gorro, todos la saludaban: «¡Madrecita, Sofía Semiónovna, madre nuestra, tierna, compasiva!», les decían esos presidiarios rudos, marcados a hierro, a esa criatura pequeña y delgadita. Ella sonreía y les devolvía el saludo, y a todos les gustaba cuando ella les sonreía. Les gustaba hasta su manera de caminar, se volvían a mirarla cuando se iba, y la elogiaban; la elogiaban incluso por ser tan pequeña, ya no sabían ni por qué elogiarla. Hasta iban a verla para que los curara.

Estuvo en el hospital todo el final de la Cuaresma y la Semana Santa. Ya convaleciente, recordó sus sueños de cuando todavía estaba con fiebre y delirio. Había soñado, en la enfermedad, que todo el mundo estaba condenado a ser víctima de una especie de peste terrible, inaudita y nunca vista, que venía de las profundidades de Asia hacia Europa. Todos debían perecer, salvo algunos, muy pocos, elegidos. Habían aparecido unas triquinas nuevas, seres microscópicos que se instalaban en los cuerpos de las personas. Pero esos seres eran espíritus, dotados de inteligencia y voluntad. Las personas que los recibían en sí se volvían enseguida

endemoniadas y locas. Pero nunca, nunca las personas se habían considerado tan inteligentes e inquebrantables en la verdad como se consideraban los contagiados. Nunca habían considerado más inquebrantables sus sentencias, sus conclusiones científicas, sus convicciones y creencias morales. Aldeas enteras, ciudades y pueblos enteros se contagiaban y enloquecían. Todos estaban alarmados y no se entendían entre sí; cada uno pensaba que solo en él estaba la verdad, y se atormentaba mirando a los demás, se golpeaba el pecho, lloraba y se retorcía las manos. No sabían a quién juzgar ni cómo, no podían ponerse de acuerdo sobre qué considerar el mal y qué el bien. No sabían a quién acusar ni a quién justificar. Las personas se mataban unas a otras con una especie de rabia absurda. Se reunían unas contra otras en ejércitos enteros, pero los ejércitos, ya en marcha, de pronto empezaban a desgarrarse a sí mismos, las filas se desordenaban, los guerreros se lanzaban unos sobre otros, se apuñalaban y se degollaban, se mordían y se comían unos a otros. En las ciudades tocaban a rebato todo el día: llamaban a todos, pero quién llamaba y para qué, nadie lo sabía, y todos estaban alarmados. Abandonaron los oficios más corrientes, porque cada uno proponía sus ideas, sus correcciones, y no podían ponerse de acuerdo; se detuvo la agricultura. Aquí y allá la gente se juntaba en grupos, se ponía de acuerdo en algo, juraba no separarse, pero enseguida empezaba algo completamente distinto de lo que acababa de proponerse, empezaba a acusarse mutuamente, se peleaba y se degollaba. Empezaron los incendios, empezó el hambre. Todos y todo perecía. La peste crecía y avanzaba cada vez más. Solo podían salvarse en todo el mundo unas pocas personas: eran los puros y elegidos, destinados a empezar una nueva raza de hombres y una nueva

vida, a renovar y purificar la tierra, pero nadie, en ninguna parte, había visto a esas personas, nadie había oído su palabra ni su voz.

A Raskólnikov lo atormentaba que ese delirio absurdo resonara de un modo tan triste y tan torturante en sus recuerdos, que la impresión de esos sueños febriles tardara tanto en pasar. Era ya la segunda semana después de Semana Santa; hacía días tibios, claros, de primavera; en la sala de presos habían abierto las ventanas (enrejadas, debajo de las cuales andaba un centinela). Sonia, durante toda su enfermedad, solo había podido visitarlo dos veces en la sala; cada vez había que pedir permiso, y eso era difícil. Pero venía a menudo al patio del hospital, bajo las ventanas, sobre todo al atardecer, y a veces solo para quedarse un minuto en el patio y mirar aunque fuera de lejos las ventanas de la sala. Una vez, al atardecer, Raskólnikov, ya casi completamente restablecido, se durmió; al despertarse, se acercó por casualidad a la ventana y de pronto vio a lo lejos, junto al portón del hospital, a Sonia. Estaba de pie y parecía esperar algo. Algo pareció atravesarle en ese momento el corazón; se estremeció y se apartó enseguida de la ventana. Al día siguiente Sonia no vino, al tercer día tampoco; él notó que la esperaba con inquietud. Por fin le dieron el alta. Al llegar a la cárcel, se enteró por los presos de que Sofía Semiónovna se había enfermado, estaba en cama en su casa y no salía a ninguna parte.

Estaba muy inquieto, mandaba a preguntar por ella. Pronto se enteró de que su enfermedad no era peligrosa. Al enterarse a su vez de que él la extrañaba tanto y se preocupaba por ella, Sonia le mandó una nota escrita con lápiz, y le informaba que estaba mucho mejor, que tenía un resfrío sin importancia, leve, y que pronto, muy pronto, iría a verlo al trabajo. Cuando leía esa nota, el corazón le latía con fuerza y dolor.

El día era otra vez claro y tibio. Muy temprano, a eso de las seis, se fue al trabajo, a la orilla del río, donde en un cobertizo estaba instalado un horno para cocer alabastro y donde lo machacaban. Fueron allí solo tres trabajadores. Uno de los presos tomó al soldado de escolta y fue con él a la fortaleza a buscar una herramienta; otro se puso a preparar la leña y a cargarla en el horno. Raskólnikov salió del cobertizo a la orilla misma, se sentó sobre unos troncos apilados junto al cobertizo y se puso a mirar el río ancho y desierto. Desde la orilla alta se abría una amplia comarca. Desde la otra orilla, lejana, llegaba una canción apenas audible. Allá, en la estepa inmensa bañada de sol, negreaban como puntos apenas perceptibles las yurtas de los nómadas. Allá estaba la libertad y vivía otra gente, nada parecida a la de aquí; allá era como si el tiempo mismo se hubiera detenido, como si todavía no hubieran pasado los siglos de Abraham y de sus rebaños. Raskólnikov estaba sentado, miraba inmóvil, sin apartar la vista; su pensamiento pasaba a los sueños, a la contemplación; no pensaba en nada, pero una especie de angustia lo agitaba y lo atormentaba.

De pronto Sonia apareció a su lado. Se había acercado casi sin ruido y se sentó junto a él. Era todavía muy temprano, el fresco de la mañana todavía no se había suavizado. Llevaba su pobre capa vieja y el chal verde. Su cara todavía mostraba señales de la enfermedad, había adelgazado, palidecido, se había afilado. Le sonrió con afecto y alegría, pero, según su costumbre, le tendió la mano con timidez.

Siempre le tendía la mano con timidez, a veces ni siquiera se la daba, como si temiera que él la rechazara. Él siempre le tomaba la mano como con repugnancia, siempre la recibía como con fastidio, a veces callaba obstinadamente durante toda su visita. Pasaba que ella temblaba ante él y

se iba con una pena profunda. Pero ahora sus manos no se separaban; él la miró fugaz y rápidamente, no pronunció nada y bajó los ojos al suelo. Estaban solos, nadie los veía. El soldado de escolta se había vuelto de espaldas en ese momento.

Cómo sucedió, ni él mismo lo supo, pero de pronto fue como si algo lo levantara y lo arrojara a sus pies. Lloraba y le abrazaba las rodillas. En el primer instante ella se asustó terriblemente, y toda su cara se volvió de muerte. Se levantó de un salto y, temblando, lo miraba. Pero enseguida, en ese mismo instante, lo comprendió todo. En sus ojos brilló una felicidad infinita; comprendió, y para ella ya no había duda de que él la amaba, la amaba infinitamente, y de que por fin había llegado ese momento...

Quisieron hablar, pero no pudieron. Tenían lágrimas en los ojos. Los dos estaban pálidos y flacos; pero en esas caras enfermas y pálidas ya brillaba la aurora de un futuro renovado, de una resurrección plena a una vida nueva. Los había resucitado el amor; el corazón de uno encerraba fuentes infinitas de vida para el corazón del otro.

Resolvieron esperar y sufrir con paciencia. Les quedaban todavía siete años; ¡y hasta entonces, cuánto tormento insoportable y cuánta felicidad infinita! Pero él había resucitado, y lo sabía, lo sentía plenamente con todo su ser renovado, y ella... ¡ella vivía solo de la vida de él!

Al anochecer de ese mismo día, cuando ya habían cerrado las barracas, Raskólnikov estaba acostado en las tarimas y pensaba en ella. Ese día hasta le había parecido que todos los presidiarios, sus antiguos enemigos, ya lo miraban de otro modo. Él mismo hasta les había hablado, y le habían respondido con cariño. Lo recordó ahora, pero así tenía que ser: ¿acaso no debía ahora cambiar todo?

Pensaba en ella. Recordó cómo la había atormentado constantemente y le había desgarrado el corazón; recordó su pobre carita delgada, pero esos recuerdos ahora casi no lo atormentaban: sabía con qué amor infinito redimiría ahora todos sus sufrimientos.

¡Y qué eran todos, todos los tormentos del pasado! Todo, incluso su crimen, incluso la sentencia y la deportación, le parecían ahora, en el primer impulso, un hecho exterior, extraño, como si ni siquiera le hubiera ocurrido a él. Por lo demás, esa noche no podía pensar en nada largo rato y de modo continuado, concentrar el pensamiento en algo; y tampoco habría resuelto nada ahora conscientemente; solo sentía. En lugar de la dialéctica había llegado la vida, y en la conciencia debía elaborarse algo completamente distinto.

Debajo de su almohada estaba el Evangelio. Lo tomó maquinalmente. Ese libro le pertenecía a ella, era el mismo con el que ella le había leído la resurrección de Lázaro. Al principio del presidio él pensaba que ella lo atormentaría con la religión, que le hablaría del Evangelio y le impondría libros. Pero, para su enorme asombro, ella nunca le habló de eso, ni una sola vez le ofreció siquiera el Evangelio. Él mismo se lo pidió poco antes de su enfermedad, y ella le trajo el libro en silencio. Hasta ahora ni lo había abierto.

Tampoco lo abrió ahora, pero un pensamiento le cruzó por dentro: «¿Acaso sus convicciones pueden no ser ahora también mis convicciones? Sus sentimientos, sus aspiraciones, por lo menos...».

También ella estuvo agitada todo ese día, y por la noche hasta volvió a enfermarse. Pero era tan feliz que casi se asustó de su felicidad. ¡Siete años, solo siete años! Al principio de su felicidad, en algunos momentos, los dos

estaban dispuestos a mirar esos siete años como siete días. Él ni siquiera sabía que la nueva vida no le llegaría gratis, que todavía había que comprarla cara, pagarla con una gran hazaña futura...

Pero aquí ya empieza una historia nueva, la historia de la renovación gradual de un hombre, la historia de su regeneración gradual, de su paso gradual de un mundo a otro, de su conocimiento de una realidad nueva, hasta ahora completamente desconocida. Eso podría ser tema de un nuevo relato, pero nuestro relato de ahora ha terminado.

1866

Índice

Primera parte. Capítulo I 4
Primera parte. Capítulo II 16
Primera parte. Capítulo III 40
Primera parte. Capítulo IV 58
Primera parte. Capítulo V 75
Primera parte. Capítulo VI 90
Primera parte. Capítulo VII 107
Segunda parte. Capítulo I 124
Segunda parte. Capítulo II 148
Segunda parte. Capítulo III 163
Segunda parte. Capítulo IV 183
Segunda parte. Capítulo V 198
Segunda parte. Capítulo VI 215
Segunda parte. Capítulo VII 244
Tercera parte. Capítulo I 270
Tercera parte. Capítulo II 289
Tercera parte. Capítulo III 306
Tercera parte. Capítulo IV 325
Tercera parte. Capítulo V 342
Tercera parte. Capítulo VI 370
Cuarta parte. Capítulo I 386
Cuarta parte. Capítulo II 404

Cuarta parte. Capítulo III 421
Cuarta parte. Capítulo IV 432
Cuarta parte. Capítulo V 455
Cuarta parte. Capítulo VI 482
Quinta parte. Capítulo I 494
Quinta parte. Capítulo II 518
Quinta parte. Capítulo III 537
Quinta parte. Capítulo IV 558
Quinta parte. Capítulo V 582
Sexta parte. Capítulo I 601
Sexta parte. Capítulo II 615
Sexta parte. Capítulo III 635
Sexta parte. Capítulo IV 649
Sexta parte. Capítulo V 665
Sexta parte. Capítulo VI 685
Sexta parte. Capítulo VII 704
Sexta parte. Capítulo VIII 717
Epílogo. Capítulo I 732
Epílogo. Capítulo II 744